Los alias de Aurea

Libro 1

Entelequia

Gina Peral

Los alias de Aurea

Libro 1

Entelequia

Gina Peral

© Derechos de edición reservados.
© Gina Peral, 2023
Corrección: Dana Roberts
Diseño de portada: Nerea Pérez Imagina Designs
Diseño logo: Jorge Fornes
Maquetación y diseño de interiores: Gina Peral
ISBN:
No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Entelequia

Del lat. tardío entelechīa, y este del gr. εντελεχεια entelécheia.
1. f. Cosa irreal.

Prólogo

Apoyé mi codo derecho junto a su pierna y lo miré a los ojos, incapaz de ver algo más que no fuera él. Me mantuvo la mirada y nos observamos durante un rato incalculable.

—¿Qué pasa? —demandé rompiendo el silencio—. ¿Qué pasa contigo?

—No aguanto que otro tío te toque —sentenció con simpleza.

—¿Estás celoso? —solicité sin poder creerlo, aunque tenía que ser eso, qué otra cosa si no.

Mi interior se removió esperando su respuesta, y anhelaba que fuera positiva. Sí, lo sé, no es de ser muy buena persona o ser mínimamente sensata. Tenía dieciséis años; él, lo quisiera yo o no, movía mi mundo, tenía el poder de hacerlo tambalear, y yo deseaba tener el poder de sacudir el suyo, aunque me conformaba con una agitación leve.

—No, sí, puede… —se contradijo y se frotó la cara, ocultándose tras las manos. Negué, era tantas cosas las que sentía que no me veía capaz de centrarme en una sola y asimilarla. Solo podía dejarme llevar por la situación, el momento, por él, siempre por él. Cogí sus manos entre las mías, apartándolas para poder mirarlo—. Sí —reconoció cuando nuestras miradas chocaron, capturando la del otro. No podía creerlo, y menos que lo reconociera—. Sí —repitió, acunando mi rostro entre sus ásperas y curtidas manos—, estoy celoso. Me muero de celos cuando pienso que has dejado a ese gilipollas besarte, tocarte… —no sé si él me atrajo mientras sostenía mi rostro o si mi cuerpo buscó el suyo, pero cuando me di cuenta, estaba entre sus piernas—. Me mata pensar que ha habido otro después de mí, borrándome de tu piel —dijo con rabia.

Observé cómo su mandíbula se tensaba, el sufrimiento y verdad que desprendían sus palabras; cómo su voz imprimía una sinfonía que hacía temblar mis piernas. Me sentía confusa con todo lo que me hacía sentir, perdida en la intensidad de cada emoción que despertaba. Él era un volcán, arrasaba allí por donde pasaba y lo estaba haciendo conmigo. Iba a convertirme en cenizas en sus manos y no me importaba, nada, mientras estuviera en ellas, mientras me sostuviera cerca de él.

Me sentí perdida, no era la primera vez, y ni mucho menos sería la última. Todavía no lo sabía, pero siempre iba a ser así: perderme en él y encontrarme en él.

Peque

1

Tenía catorce años, casi quince, cuando me enamoré por primera vez. Ya habíamos entrado en el nuevo milenio, habíamos pasado lo que parecía que iba a ser el fin del mundo y al final quedó en nada. Fue en el verano del año 2000 cuando descubrí el «amor».

Él era mayor, malote y con un punto macarra, aunque nada comparado con sus amigos.

Gaspy era amigo del hermano de mi mejor amiga Raquel. Nos conocimos una tarde de verano; Raquel y yo bailábamos *Y yo sigo aquí*, de Paulina Rubio, en la pista de la discoteca que frecuentábamos los sábados por la tarde, con el resto de nuestras amigas. Lo recuerdo perfectamente y de una forma tan intensa y nítida como recuerdo pocas cosas.

Era alto, muy alto, vestía una ajustada camiseta de tirantes negra con bermudas tejanas y deportivas Nike. Su pelo oscuro estaba rasurado, su piel era tostada, sus labios finos y pronunciados y unos ojos oscuros, llenos de encanto, de esos que miran directamente a los tuyos y son capaces de ver más allá. En cuanto sus ojos se fijaron en los míos, no pude apartar mi mirada, tímida e inocente, curiosa, pero cuando se dirigió a mí fue cuando me desarmó. Fue un flechazo, instantáneo y profundo, era un desconocido que iba a mover mi mundo y a hacer que se tambaleara irremediablemente.

La verdad es que cuando se acercaron a nosotras no reparé en él; en cuanto el hermano de Raquel, Toni para todos y Antonio para mí, se acercó a nosotras, hice rodar los ojos y aparté la mirada de él y de sus amigos. Busqué el apoyo y la camarería de alguna de mis amigas, pero su presencia solo me hastiaba a mí, todas las miradas se dirigieron a él, a Antonio, como de costumbre, y los pasos de baile cesaron, mientras yo intentaba fingir que el anhelo de todas mis amigas no había aparecido para fastidiarme la diversión.

Odiaba al mayor de los Gómez, que como siempre estaba rodeado de personas, tenía don de gentes y, al parecer, aunque a mi juicio no lo era, al resto del mundo le parecía alguien divertido. Era el típico amigo que siempre arrancaba las carcajadas del resto. Todas nuestras amigas suspiraban por él, pero, toda regla tiene su excepción y, como puedes imaginarte, esa era yo, claro. Toni no me caía nada bien, era un busca peleas, un ligón que iba con unas y con otras sin cortarse, y a mí me parecía un insufrible tocapelotas. Siempre estaba con Raquel, y cuando no estábamos en el instituto pasaba la mayor parte del tiempo en su casa; siempre que él estaba aburrido venía a molestarme, pincharme y meterse conmigo fue su entretenimiento desde el momento en que puse un pie en su casa.

Raquel era la mediana de cuatro hermanos, estaban Antonio, Raquel, Lourdes y Jacinto; los dos últimos eran mellizos, aunque parecían siameses, siempre iban juntos a todas partes, tenían un rollo francamente muy raro… Yo entré en sus vidas el mismo año que llegué a Cataluña y siempre me trataron como a una más en esa casa.

Mi padre y yo nos mudamos desde Vigo en el verano del 97, el mismo año del trágico accidente de Lady Di. Cómo lamenté su muerte, me parecía una mujer amable, buena, una madre cariñosa y entregada, lo que yo tanto anhelaba… Nos mudamos año y medio después de la huida de mi madre, el espíritu libre de mi madre, la brisa movida por el viento de mi madre, el culo inquieto, inmaduro e irresponsable de mi señora madre.

Tener la posibilidad de tener hijos no es sinónimo de tener la capacidad, y ella nunca la tuvo. Nunca fue una buena madre, siempre se antepuso a ella y sus vicios por delante de mí y de mi padre. Yo no anhelaba una madre perfecta, pero sí una que se preocupara por mí, que me pidiera las notas y me ayudara a estudiar, que al verme llorar intuyera por qué y supiera consolarme. Anhelaba desde lo más profundo de mi corazón que mi madre me conociera y quisiera, que me dijera esas verdades que duelen, pero también te hacen reaccionar como solo una madre puede hacer. Pero no, esa no era ella, la mía siempre fue una madre ausente, mucho antes de abandonarnos.

Cuando nos mudamos a Cataluña estaba cabreadísima, con el mundo, con mi madre, con la vida, conmigo misma, por querer ser generosa y ser incapaz, pero sobre todo con él. Y todo lo pagué con él, con mi padre, el causante de nuestro cambio de vida.

La versión oficial fue que le ofrecieron un puesto mejor en Barcelona y decidió que podía ser bueno para todos. Yo no supe la verdad hasta años después, y era que estábamos en la ruina. Podía vender la casa o dejar que el banco se la quitara, mientras las deudas de mi madre lo perseguían de cerca. Mi padre decidió vender y coger ese puesto, poner tierra de por medio y empezar una nueva vida, lejos de mamá y el caos que la envolvía.

Nos mudamos a la costa catalana, a un pueblecito con aires de ciudad, cerca de Barcelona. Por aquella época era una niña muy tímida e introvertida, una mosquita muerta de la que todos querían ser amigos de entrada, para después catalogarme como la gallega rara y pasar de mí. Sentía que no encajaba, me sentía rechazado por todos, excepto por Raquel, que es una cabezota de cuidado y no dejó de atosigarme hasta que me abrí y me arrastró junto a sus amigas. Hicimos piña y creamos nuestra pandilla de Spice Girls.[1]

Así aterricé, Raquel acabó siendo mi mejor amiga y yo una más en su casa. Pasaba más tiempo allí que en la mía, vacía y carente de amor. Mi padre siempre estaba trabajando y, cuando estaba, tenía

trabajo pendiente que hacer y no hacía nada conmigo. En el hogar de los Gómez era una más, excepto por él, el hermano de Raquel, a quien le encantaba incomodarme, recordarme que era una invitada y molestaba.

Pero no es de él de quien quiero hablarte, sino de Gaspy, el chico por el que suspiré media adolescencia. Cuántas noches de sueños, de ilusiones, de llantos pensando en él… Era diferente, tenía algo especial, electrizante y atrayente. Tenía el perfil de los amigotes del hermano de mi mejor amiga y, a la vez, no tenía nada que ver, no parecía encajar. Me resultó un enigma desde el primer momento y no estaba dispuesta a no descubrirlo, quise saberlo todo de él al instante, me fascinó desde la primera conversación que tuvimos.

Escuché que el mayor de los Gómez le pedía dinero prestado a su hermana, negué asqueada y me separé, lejos de la pista de baile, para recuperar mi Fanta de naranja edulcorada. Cierto, no teníamos edad para beber, pero no veas qué *pedos* nos pillábamos con el vodka barato, que solíamos meter en el bolso de Fabiola, que era la pija de nuestro grupo, nuestra Victoria Adams particular; a mí, por supuesto, me tocaba ser Geri, no por lo de ser sexy, porque tenía un estilo muy desgarbado, pero era la pelirroja del grupo.

Movía los hombros y las caderas ligeramente intentando tragar aquel repugnante líquido que habíamos elaborado de tapadillo en el baño cuando, por el rabillo del ojo, vi que alguien se acercaba a donde estaba.

—¿Quién eres tú?

Me giré, preguntándome si se estaba dirigiendo a mí, y mis grandes ojos marrones se toparon con él. Lo escaneé sin cortarme, a pesar de que mi época de timidez seguía en auge, pero lo que sorbía con la cañita ayudaba… Ya lo he dicho, pero era alto, lleno de contradicciones: pinta de macarra y ojos de buenazo, atlético y la vez no lo era. Sus largas pestañas ocultaron su mirada una milésima de segundo, para a continuación mostrármela de nuevo, cautivándome por completo y dejándome lela pérdida para lo que en aquel momento me pareció el resto de mi vida.

Miré a mi alrededor y volví a mirarlo a él, haciéndole un nuevo estudio exhaustivo de forma descarada, para descubrir que sus labios se inclinaban ligeramente hacia arriba, en una casi imperceptible y pequeña sonrisa divertida.

—¿Y tú? —pregunté, sintiendo los latidos de mi corazón contra el pecho.

—Gaspar —se presentó.

«*Gaspar*». Lo primero en lo que pensé fue en qué estaban pensando sus padres para ponerle aquel nombre. Si había dado mucho por saco en la tripa de su madre y querían la revancha, aquel nombre era un

castigo, una penitencia.

Aquellos pensamientos, esas estúpidas conjeturas, no duraron. Sus labios volvieron a alzarse, de una forma perezosa pero sincera, animándome a responder. Mis entrañas se contrajeron y expandieron observándolo, y de aquellos movimientos nacieron las mariposas, las primeras, esas que se sienten tan intensas y dulces a esa edad. Aletearon y revolotearon por mi estómago con ganas, y lo harían cada vez que pensara en él.

—Aurea —contesté cortada por todo lo que despertaba en mí.

Me sentí una niña junto a él, y aunque me negara a verme así, lo era; tres años cuando eres adulto no son nada, pero sí cuando aún no tienes quince y el otro está a punto de ser mayor de edad, cuando tú ni siquiera has acabado la educación secundaria obligatoria, cuando las paredes de tu habitación aún están cubiertas de pósteres de la revista *súper pop*.

—La amiga de Raquel —afirmó como si hubiera escuchado hablar de mí.

Se inclinó y me dio dos inocentes besos de presentación, uno por mejilla, que más tarde me sabrían a poco pero que, en aquel momento, podrían haberme hecho volar y, como la adolescente que era, ni siquiera me planteaba por qué, solo quería dejarme llevar.

—Sí —me encogí de hombros sin saber que más añadir—, y tú uno de los tropecientos amigos de Antonio…

—¿Antonio? —me dedicó una sonrisa abierta, que hizo que el aleteo de las mariposas se volviera tan intenso que pensé que iban a escapar para volar alrededor de él.

—¿El capullo del hermano de Raquel? —incliné las cejas señalando lo obvio.

Soltó una carcajada que me sorprendió y encandiló, yo mordí la cañita con una sonrisa, queriendo arrancarle un millón de carcajadas más, observando con ojos inocentes al que se convertiría en mi amor platónico.

—Así que eres inmune a sus encantos —afirmó observándome, divertido.

—¿Qué encantos? —demandé con malicia, y estoy segura de que esa respuesta le gustó.

—Eso mismo me pregunto yo a veces… —dijo mirándome a los ojos de esa forma tan intensa que tenía de mirar—. Un placer conocerte guapa —dijo acariciándome el brazo de forma inocente y respetuosa.

Se alejó de mí, en dirección a la barra, y yo lo seguí con la mirada, queriendo que el cuerpo hiciera el mismo recorrido que mis ojos. El pensamiento de que me había llamado guapa me hizo empezar a fantasear, me pasé toda la tarde buscándolo con la mirada, pero en

cuanto el mayor de los Gómez consiguió lo que había ido a buscar, todos desaparecieron.

—¿Conoces al amigo de tu hermano con el que he estado hablando? —le pregunté a Raquel en la intimidad de su habitación.

Habíamos llegado un par de horas antes, habíamos cenado en compañía de su familia, excepto el mayor de los hermanos, y visto la tele con sus hermanos pequeños, mientras su padre escuchaba la radio con los auriculares y su madre se daba uno de sus legendarios baños de los sábados noche.

—¿Quién? —exclamó emocionada—. No te he visto hablar con nadie, cacho guarra.

Ladeé la cabeza para mirarla. Yo dormía en la cama nido que tenía en su habitación. Aquella cama se pasaba más tiempo fuera que guardada en su sitio, una disputa constante con su madre, que era a quien le tocaba guardarla.

—Gaspar —contesté sonriendo como una tonta enamorada.

Aquello era absurdo, había hablado tres frases con él, y sin embargo no había dejado de pensar en él, en fantasear en cómo sería, si sería simpático, caballeroso o un capullo como sus amigos… Estaba segura de que no, que no tenía nada que ver con Antonio.

—Gaspy —me corrigió Raquel—. ¿Te gusta?

Raquel y yo llevábamos siendo amigas inseparables el suficiente tiempo como para saber por la entonación cuándo algo iba bien o mal.

—Mucho —reconocí, y estoy segura de que mis ojos brillaban. Estaba tan emocionada que seguramente los sentimientos y emociones que despertaba en mí tenían alguna forma física de salir de mí—, parece más simpático que el resto de sus amigos.

—Ese no, Aury —me aconsejó Raquel negando con la cabeza con tristeza.

—¿Por qué no? —me incorporé, dándome la vuelta para sentarme de piernas cruzadas frente a ella—. ¿Es porque es mayor? —negó con la cabeza—. ¿Porque es amigo de tu hermano? —pregunté extrañada y volvió a negar.

—No, no es eso… —dijo apática.

—¿Entonces qué es? —necesitaba saberlo todo y quería descubrir más de lo que cualquiera pudiera contarme—. Nunca lo había visto con tu hermano y sus súper colegas.

—Son amigos de toda la vida, pero se marchó con su madre hace unos años, cuando metieron a su padre en la cárcel.

Puede que fuera una niñata enamorada, pero la sola mención de la cárcel me dio pavor.

—¿En la cárcel? —pregunté asustada.

—Sí, le dio una paliza a su madre que casi la mata… Fue un escándalo, la verdad.

—¿Y ha vuelto?

—Sí, volvió la semana pasada; ahora vive con su abuela hasta que su padre salga.

—¿Va a salir? —afirmó mirándome—. ¿Y su madre? —quise saber.

—Murió —alargó la mano y la atrapé entre las mías, era muy triste—, cáncer.

—Qué injusto, ¿verdad?

—¿El qué, nena?

—Pues que su padre sea tan mala persona como para intentar matar a su madre y viva, y que ella haya tenido que morir por una enfermedad, mientras el otro saldrá en libertad, después de intentar matar a la persona a la que se suponía que debía querer y cuidar…

—Así es la vida, ¿no?

—Supongo —la solté y volví a tumbarme.

En aquella época creíamos saberlo todo, pero en realidad no sabíamos nada, o casi nada, pero íbamos a descubrirlo, vivirlo y sufrirlo.

—Aury —me llamó minutos después—, no hables de esto con nadie, y menos con mi hermano, ¿quieres? Era su mejor amigo y la separación no fue fácil para él. Gaspy no tolera que se compadezcan de él, lo detesta por lo que sé, y si mi hermano se entera de que te lo he contado la liará.

—Tu hermano siempre está dispuesto a liarla.

—Así es mi hermano —añadió antes de apagar las luces y pude imaginarla encogiéndose de hombros.

2

Aquel verano me sentí muy viva, mis emociones y lo loca que estaba por Gaspy lo hicieron muy intenso. Y aunque el 90% fue Gaspy sin ni siquiera verlo o conocerlo hubo mucho más.

Con añoranza recuerdo los últimos años de la E.S.O., esa época en que ya empiezas a ser adulto, o al menos eso crees, pero todavía no tienes las responsabilidades propias de uno. A veces me gustaría volver a aquella época, a los ratos en la playa, en los que nuestras mayores preocupaciones eran los chicos, cómo conseguir alcohol para el fin de semana, la arpía que tuviéramos entre cejas en aquel momento y cómo demonios las mujeres podían ponerse un tampón para poder ir a la piscina cuando te bajaba la regla.

También fue el verano del amor, de las primeras experiencias y corazones rotos. Aún recuerdo la cara llorosa de Fabiola cuando una noche nos confesó que su padre no estaba fuera por trabajo, sino que sus padres se separaban; por lo visto, su padre estaba liado con su jefa y su madre lo había echado. Aquello le daba carta blanca para hacer lo que le diera la gana y todas aprovechamos aquella ventaja. Esther era la mayor de las cinco, había repetido un curso en el colegio y nos sacaba un año; aquel verano perdió la virginidad con su novio de diecisiete años. Todas estábamos emocionadas, queríamos saberlo todo y ella nos deleitaba con toda clase de detalles. A Mónica por fin le salió pecho, cuando ya nadie lo esperaba, y madre mía…, llamaba la atención de todos los chicos con aquella delantera que le salió de la noche a la mañana; nuestra empollona se desmelenó como no lo había hecho antes hasta que empezó el curso. Raquel era la consejera amorosa de nuestra pandilla de «Spice Girls», a pesar de que era la que tenía menos experiencia en ese terreno, ni siquiera le gustaba ningún chico y, como yo, aún no había besado a nadie, bueno, con lengua, que algún pico si habíamos dado a aquellas alturas, aunque fuera jugando a la botella o por un reto. Y yo, bueno, para mí todo giraba en torno a aquel chico con pinta de macarra y ojos bondadosos que, sin pretenderlo o buscarlo, me había robado el corazón y no parecía estar por la labor de fijarse en otro que no fuera él.

Después de nuestro primer encuentro no podía dejar de pensar en él, todo giraba en torno a él. Lo buscaba en cada esquina que cruzaba, en la playa donde me obligaban a ir mis amigas y perdíamos las tardes, en la piscina comunitaria de los Gómez, que siempre estaba a tope, pero a la que yo prefería antes que a la playa porque él podía aparecer en cualquier momento con el imbécil de Antonio. Solo iba a mi casa a buscar ropa limpia y dejar la sucia, saludar a mi padre cuando se ponía muy pesado y poco más. Estaba prácticamente

instalada en casa de los Gómez, donde cada vez que sonaba el timbre me exaltaba y excitaba, pensando que pudiera ser él. Cada vez que llegaba alguna visita mi ritmo cardiaco se disparaba; cuando su hermano llegaba a casa, corría a ver con quién estaba, mientras fantaseaba en cómo sería nuestro encuentro, inventaba posibles conversaciones, buscaba la forma de parecer más madura y que no me viera como la amiga de la hermana pequeña de su colega.

Gaspy tardó dos semanas en volver a aparecer en mi vida. El escenario fue el mismo, aquella discoteca que abría los sábados por la tarde para los menores. Yo en la pista de baile dándolo todo con un vestido prestado de Fabiola y, por supuesto, la misma compañía.

Enseguida reparé en el grupo; el mayor de los Gómez, como de costumbre, encabezaba la comitiva. Debían ser diez o doce tíos, con sus pintas de camorristas chungos, de buscabullas que espantarían a muchos, pero no a unas chiquillas que quieren meterse en líos, que quieren problemas y allí, en el fondo, estaba él, destacando por encima del resto, tan alto y guapo como era el condenado.

Lo miré descarada, observando cómo se acercaba con sus pasos desgarbados y desganados, como si aquello no fuera con él y simplemente se dejara llevar por la corriente. Y mientras lo hacía, yo solo pensaba en qué hacer, quería escabullirme del grupo, encontrar el pretexto con el que acercarme a él y empezar a hablar, pero me sentía bloqueada. Había pasado aquellas semanas fantaseando, imaginándome aquel momento; la decepción del sábado anterior, cuando no apareció por allí, fue mayúscula, y me sentía el ser más estúpido del mundo por no ser capaz de moverme y hacer lo que llevaba soñando catorce eternos días.

Busqué su mirada, esperando que la suya me respondiera para dedicarle una sonrisa y puede que entonces encontrara el valor para acercarme, o puede que lo hiciera él; después de todo, la primera vez que hablamos se acercó él a mí, pero mi llamamiento mental no parecía surtir efecto alguno.

—¿Y a ti qué te pasa, pelirroja? —llamó mi atención Antonio, hablándome al oído para que lo oyera por encima de la música que en el centro de la pista era potente.

—A mí nada —respondí saliendo de mi tarea de llamar la atención de Gaspy para fijarme en la pesadilla de tío que me hablaba demasiado cerca—, ¿y a ti? —lo empujé.

Ladeó la cabeza mirándome a los ojos, y los suyos me desaprobaban, aunque sus labios se curvaran muy ligeramente. Puede que estuviera impresionado por mi rechazo, supongo, aunque no debió sorprenderle mucho, siempre que se acercaba yo me iba antes de que empezara a meterse conmigo. Su puto pasatiempo favorito: incordiarme.

—No soy yo la que mira con ojos de loca —dijo mirando detrás de su hombro.

Seguí la mirada de Antonio hasta él y, al fin, nuestras miradas se encontraron. Había magnetismo en sus ojos, tenía algo que lo hacía único y especial, irreverente y descaradamente atrayente. Estaba colada como nunca pensé que pudiera enamorarme. Observándolo me olvidé de todo, estaba él, y era lo único que importaba: Gaspy.

Hice acopio de valor y, tragando saliva, le dediqué una tímida sonrisa tirante, esperé su reacción manteniendo la mueca, pero me la perdí cuando Antonio volvió a hablarme.

—Sigue soñando, niñata —me dijo al oído, antes de girarse hacia su hermana.

Distraída e impactada lo miré y valoré en mandarlo a la mierda, lo cual no sorprendería a nadie, era nuestra forma de comunicarnos. Pensé en lo que había dicho, solo nosotros dos lo sabíamos, pero sentí aquello como una verdad enorme, tanto que me golpeó el corazón, y lo hizo con tal contundencia que pude apreciar cómo se resquebrajaba.

Agaché la cabeza y, sin alzarla, me alejé avergonzada, mi destino estaba claro: el baño.

La primera en venir a socorrerme fue Esther.

—¿De verdad estás llorando por él? —me miró—. ¿Qué te ha dicho? —quiso saber. Mirándome a los ojos a través del espejo me encogí de hombros y dos lágrimas cargadas cruzaron mis mejillas. Esther se acercó por detrás y me rodeó los hombros con un brazo mirándome desde el espejo—. No le hagas ni caso, siempre te está buscando, no piques.

Agaché la cabeza y rompí a llorar, ella me giró y me abrazó. Esther era nuestra Emma de las Spice. Era la más sensible de las cinco, nosotras éramos las románticas, las soñadoras de la pandilla, y a pesar de que nos parecíamos mucho, no sentía la conexión que me unía a Raquel, que fue la siguiente en entrar al baño, seguida de las otras dos.

Raquel se unió al abrazo y, cuando me di cuenta, estaba entre sus brazos, hipando como si el comentario de su hermano fuera el apocalipsis y no hubiera un mañana.

Todas me hablaban a la vez, excepto Raquel, que sabía que solo necesitaba espacio y acabaría vomitando lo que fuera que sintiera, y así fue.

Al salir del baño intentamos seguir con la fiesta, pero yo estaba hecha polvo. Había perdido aquella maravillosa oportunidad por culpa de Antonio. Esther tenía razón, ella salía con un chico mayor, ¿por qué no iba Gaspy a fijarse en mí? Mónica me soltó uno de sus sermones optimistas sobre tirarme a la piscina y los peces que hay en

el mar. Fabiola le quitó importancia, alegando que estaba exagerando y que la próxima vez me liaba con él seguro, mientras Raquel solo me peinaba los mechones rojos con cariño dejándolas hablar, aunque su opinión fuera la que más me interesaba. En primer lugar, era mi mejor amiga; en segundo, era la única que conocía a Gaspy y, por último, su opinión siempre era la que más peso tenía, aunque no estuviera de acuerdo, incluso cuando creía que no tenía razón.

Estuve unos días sin pisar la casa de los Gómez. En su lugar, Raquel se vino a la mía y todas nos reuníamos en casa de Fabiola, que vivía en una casa de ensueño, enorme y preciosa, una especie de palacete impresionante, en el que te daba miedo hasta pisar por temor a manchar o dejar algo fuera de lugar en esa casa de revista de interiorismo.

No me duró mucho la tontería, el miércoles ya estaba en casa de Raquel, con las pilas cargadas y preparada para un nuevo encuentro, planificándolo mentalmente para estar preparada y prometiéndome a mí misma no permitir que Antonio lo fastidiara de nuevo.

—¿De nuevo por aquí, pelirroja? —me saludó el mayor de los Gómez abriendo la puerta.

Asqueada negué, allí vivían seis personas, y tenía que abrirme él, justamente él, cubierto solo con una toalla que dejaba su torso al descubierto, mientras se pasaba otra por la cabeza como si con ese corte de pelo militar hubiera algo que secar ahí arriba.

Le dediqué una de mis miradas asesinas, intentando no sentirme intimidada por su desnudez. No era tarea fácil, aquel año había mejorado mucho, ya no quedaba rastro de aquel jovencito gordito que conocí al llegar a Cataluña. En su torso se intuían sus abdominales, sus brazos se habían desarrollado y su rostro se había afinado.

—Que te den —contesté intentando entrar en el piso de la tercera planta.

Me cortó el paso, interponiéndose en mi camino, sin dejarme pasar. Me coloqué bien la banda de la bolsa deportiva cargada hasta los topes que llevaba en el hombro derecho y me crucé de brazos, a la defensiva y a la vez preparada para atacar si era necesario.

—Parece que lo que te dije te afectó mucho… Así que te mola, deduzco —me tanteó.

Hice rodar mis ojos a la vez que negaba con la cabeza, no quería entrar al trapo nada más llegar, pero Antonio despertaba lo peor de mí.

—No es de tu incumbencia —contesté como si no le diera importancia, a pesar de que aquello era un problema enorme. Antonio era un marrón de los épicos. Me lo imaginé de cachondeo con los colegas, riéndose de Gaspy porque la patética amiga de su hermana estaba colgada de él, diciéndole lo niñata que era, las cosas malas que

sabía de mí, como mi descoordinación por las mañanas, mi facilidad para llorar y emocionarme, mi terrible manía de dejarme la tapa del váter subida (cosa que su madre no soportaba) o el horrible olor de mis pies cuando me sudaban. «*Estoy jodida*», pensé—. Deberías dejar de preocuparte por mí y hacerlo por tu inminente alopecia —lo pinché; él sabría mis puntos débiles, pero yo también los suyos—; deja de frotarte con tanta saña —señalé la toalla—, solo lo empeoras. Te quedan dos años de pelo ahí arriba, deberías empezar a plantearte para qué vas a utilizar esa enorme zona hueca que tienes por cabeza, porque para pensar ya sé que no.

Me sonrió, como si aquello no le afectara, pero ambos sabíamos que mis palabras habían surtido efecto. Le devolví la sonrisa, estábamos en tablas, y esperé su siguiente ataque. Para mi sorpresa, en lugar de devolverme el golpe bajo, simplemente me cerró la puerta en las narices, dejándome con cara de idiota en el rellano.

Sentí como mi rostro enrojecía de forma intensa, golpeé la puerta rabiosa con el puño.

—¿Qué pasa? —escuché a la madre de Raquel a través de la puerta antes de que esta se abriera—. ¿Qué te pasa, Aurea? —demandó al abrirla—, ¿Estás bien? —se preocupó.

—¡Tu hijo es imbécil! —dije rabiosa.

Su madre alzó las cejas desaprobando aquella afirmación, creo que también se aguantaba la risa, ya fuese por mi rabieta o por mi cara de tomate, pues la sentía arder con brío.

—¿De verdad ese es motivo para aporrear la puerta de casa a la hora de la siesta?

—Me ha dejado en la calle, con la palabra en la boca y ha sido muy estúpido conmigo.

—Lo de siempre —se apartó invitándome a entrar. La besé en la mejilla al pasar junto a ella y me iba a la habitación de Raquel cuando, mientras cruzaba el amplio recibidor, cerró la puerta y siguió hablando—. Piensa que los que se pelean se desean.

Paré en seco al escuchar aquello y me giré, sintiendo cómo el rojo de mi rostro se elevaba a la máxima potencia.

—Antes me quedo virgen de por vida que fijarme en ese orangután maleducado, insufrible e imbécil que tienes por hijo —aseguré con rabia, asesinándola con la mirada.

Ella en respuesta soltó una fuerte y sonora carcajada que me recordó a la de él.

—Ten cuidado con lo que dices —me avisó acercándose a mí—, no sea que tengas que comerte tus palabras —abrí la boca incrédula y ella sonrió pasando por mi lado de camino al comedor—. Raquel está acabando de ducharse —me avisó dándome la espalda.

Indignada, fui a la habitación de Raquel, donde tiré la bolsa, y fui

directa al baño principal. Incrédula, le conté a Raquel lo que su madre había dicho y lo que su hermano me había hecho, despotriqué y despotriqué hasta quedarme a gusto.

Llegó el sábado y esperé encontrarlo, la Fanta edulcorada corría por mi sistema tan rápido como yo la iba ingiriendo, aguardando a que el maldito vodka barato me diera valor para acercarme a él y por fin poder hablar.

Anhelaba conocerlo, me había enamorado de un desconocido, había imaginado cien personalidades para él y, en mi cabeza, tenía una bastante precisa, pero lo cierto es que no tenía ni idea de cómo era, y Raquel tampoco ayudaba mucho. Siempre que accedía a hablarme de él, cosa que le pedía una media de tres veces al día y todas y cada una de las noches desde que lo conocí, me contaba cosas, pero siempre acababa con un «aunque de eso hace mucho, no sé cómo será ahora» que me deprimía, porque me gustaba cómo había sido y quería descubrir que seguía siendo aquel buen chico del que ella hablaba, aquel amigo leal y buena gente.

Apenas recordaba ya el tono de su voz, y solo hacía que fantasear, imaginándolo inclinarse sobre mí para hablarme al oído, cómo olería, si me tocaría, puede que me cogiera de la cintura, con confianza, o del hombro, ganándose mi respeto; soñaba con el tacto de sus manos y el calor de su boca, porque sobre todas las cosas ansiaba besarlo. Deseaba que fuera él quien me diera mi primer beso con lengua, uno de verdad. Soñaba con cómo reaccionaría yo con el roce de su lengua, cómo se ajustarían nuestras bocas.

Sin embargo, aquel sábado lo único que mi boca degustó fue el vómito por culpa de aquella dañina bebida que había tragado como si fuera agua y estuviera sedienta.

Al acabar la noche preferí no haberlo visto, no quería que me viera en esas condiciones, y a pesar de ser consciente, seguía llorando porque no había aparecido, no sabía dónde buscarlo y solo se me ocurría un sitio, pero no quería ir allí.

—¿Por qué no vamos donde Antonio y sus colegas? —sugerí una tarde.

—¡Qué pesada estás! —se quejó Fabiola sin mover ni un músculo de su posición, tostándose boca arriba en la playa. No la culpaba, tenía una piel lechosa como la mía, aunque con la dosis de sol necesaria, a diferencia de la mía, acababa tostándose, haciendo resaltar todavía más su mirada azul cielo—. Es insoportable —añadió.

El resto miramos a Raquel, esperando su respuesta.

—¿De verdad quieres ir a ver a mi hermano? —preguntó Raquel mirándome.

—No —aseguré—, quiero ver a Gaspy, supongo que estarán juntos. Si no está en la playa o la piscina siempre está en el caminito,

podríamos dejarnos caer —dejé caer yo.

—Ya sabes la clase de gente que hay en el caminito —me recordó Raquel.

Sí, lo sabía, el caminito no era lo que se dice un lugar recomendable. Era una especie de parque poco iluminado en forma de sendero, con bancos de piedra a lo largo de la senda. Estaba rodeado de árboles altos y viejos, lleno de zonas oscuros, donde no se hacía nada bueno. Estaba a las afueras, cerca de la urbanización más pija de la ciudad, la de Fabiola, y a la vez, no podía haber nada más alejado, era lo opuesto a la urbanización y sus habitantes. Nunca había estado, pero había escuchado cosas muy chungas del sitio.

—Pues de la clase de Antonio —apunté.

—¿Y de verdad quieres ir? —me preguntó, como si aquello debiera echarme más atrás.

—Será una aventura —me sorprendió Esther apoyándome en aquella terrible idea—, estarán Toni y sus amigos —apuntó—, y Gaspy podría salvarnos de algún yonqui.

—Pero ¿qué dices? —se horrorizó Mónica—. Aury no quiere ir allí —aseguró.

—Sí —reconocí, ansiaba verlo, aquello se estaba convirtiendo en una necesidad, como el dormir o comer, yo era la yonqui y necesitaba saciarme, despejar alguna de todas las incógnitas y conjeturas que había hecho sobre aquel chaval—, quiero ir —afirmé.

—¿No estaréis hablando en serio? —se incorporó Fabiola—. Allí solo hay colgados, vais a conseguir que nos maten por lo poco que llevemos encima. Yo paso —volvió a tumbarse muy segura de su decisión— y vosotras deberíais.

—Mi hermano no dejaría que nos pasara nada —le contestó Raquel.

—Pero no sabemos si tu hermano estará, y él suele ir a última hora de la tarde, no pienso ir allí de noche —dejó muy clara su postura Fabiola.

Al final no fuimos, no solo se rajó Fabiola, también Mónica, que para algo era la sensata del grupo. Raquel no quería ir, hubiese ido por mí, pero no quería, así que no insistí y por supuesto nadie volvió a sacar el tema.

El sábado nos preparábamos en casa de Fabiola para irnos de discoteca, como habíamos hecho todo el verano. Estaba de malhumor, no había podido disfrutar de la piscina como ellas por culpa de la puta regla, y lo que más me pesaba era que estaba convencida de que Gaspy no aparecería aquella tarde, pero tenía la intención de dejar todo el malhumor en casa de mi piji amiga y, en cuanto pusiera un pie en la calle, disfrutar del sábado, me lo merecía, estaba de vacaciones y en pocos días nos plantaríamos en agosto.

Me lo estaba pasando bien, bailamos como descosidas las canciones de Chayanne, Bon Jovi, OBK y Britney Spears entre muchos otros, estaba sudada y no mentiré, mis ojos no dejaban de desviarse hacia arriba, a la entrada del garito, esperando verlo entrar pero, aunque no apareciera, no dejé que eso me arruinara la fiesta.

—Necesito un poco de aire —me quejé a Raquel dándome aire con la mano.

—Pídete mi consumición —sacó el ticket de la cinturilla de su pantalón ceñido.

La cogí y me fui a la barra a pedir una Fanta de naranja que, en cuanto se rebajara, pasaría por el baño para ser tratada por las hábiles manos de Esther.

Esperé a que me sirvieran, aquella tarde estaba especialmente llena la sala, el chico con acné junto al que encontré hueco se fue acercando lentamente mientras esperábamos que nos atendieran. No dejaba de mirarme, y aunque no fuera Gaspy, disfruté de tener la atención de alguien del sexo opuesto.

Iba a decirle algo cuando, de pronto, un brazo se puso junto al mío, rodeándome desde atrás. Observé aquella mano grande, de dedos largos y afilados, aquella no era la mano de un chaval, sino la de un hombre y ¡joder!, rogué que por favor fuera él.

—¿Vienes mucho por aquí, pelirroja?

Sentí como mi pecho se hinchaba, ahí estaba él, y había sido él quien se había acercado a mí, como llevaba esperando ya un mes. En mi mente pude ver una cheerleader, una versión de mí misma con dos coletas cortas de palmera (como deben ser las coletas de una cheerleader) moviendo los pompones con ganas, animándome a no cagarla.

«Ene N, o O, ele L, a A, ce C, a A, ge G, u U, e E, ese S. NO LA CAGUES»

Tenía claro no, clarísimo, que aquel era el momento, mi momento, el nuestro. No iba a dejarlo pasar. No sabía ligar, no tenía experiencia, pero tenía una obsesión enfermiza por las películas románticas y algo debía poder sacar de ahí, aunque fuera el flirteo.

—No me llames pelirroja —le pedí dándome la vuelta para verlo de frente y, aunque tenerlo frente a frente fue una bofetada a mano abierta para mis nervios, que iban en aumento por milésima de segundo, tenía que dejar clara una cosa sobre todas las demás—, así es como me llama tu amigo y lo odio tanto como a él.

—Odio es una palabra muy grande —contestó sonriéndome.

—Con toda mi alma —aseguré llevándome la mano al corazón para darle veracidad a mi respuesta.

—Vale, peque —corrigió, y me encantó que me llamara así. Puede que no fuera el mejor apodo o apelativo, pero era cariñoso y, como no

quería que tuviera muy en cuenta el tema de la edad, preferí pensar que no iba por ahí, sino por lo pequeña que se me veía junto a su más de metro ochenta de altura—; entonces, ¿vienes mucho por aquí?

—Sí —contesté haciéndome la interesante, aunque no estaba muy segura de estar haciendo el ridículo, ni qué decir a continuación—, a veces —sonreí y agaché la mirada.

Al alzarla él me sonreía, una de esas sonrisas que te paralizan el corazón, y el mío lo hizo para después bombear con ganas.

—¿Y tus amigas? —siguió sonriendo.

Creo que sonreía por mi cara de boba, o puede que se me estuviera cayendo la babilla, todo es posible, pero me pareció tan dulce, tan atento, tan tan tan abrazable… Y *besable*…

—En la pista —respondí apoyando el codo en la barra, deseando ponerme de puntillas para que la distancia entre nuestros rostros disminuyera—. ¿Los tuyos?

—Hoy solo he venido con un colega, está por aquí —oteó sobre mi cabeza con cara de «*me importa una mierda todo*».

—Antonio ha venido a pedirle dinero a Raquel, como siempre, ¿no? —deduje.

Sonriéndome, negó con la cabeza, y si en su mirada había bondad, en sus labios había dulzura, de la que no empacha ni sacia, al menos eso creía yo, que nunca podría pasarme ni una cosa ni otra con sus labios cerca de los míos.

Se apoyó más sobre la barra, acortando la distancia de nuestros rostros como tanto deseaba. Más tarde me pasaría días debatiendo si lo había hecho porque sentía lo mismo que yo o simplemente se había dado cuenta y quería contentarme, lo cual tampoco era malo, porque me demostraba lo empático que era, lo generoso, lo caballeroso y solo Dios sabe qué cualidades más le adjudiqué simplemente porque se inclinó un poco...

Es curiosa la forma en que una adolescente enamorada, al menos una romántica como yo, idealiza los momentos y a la persona que despierta esas emociones y sentimientos. ¡Y qué intenso es todo con casi quince años! Todo es tan emocionante, nuevo, doloroso…

En aquel momento, mis pies se movieron unos pocos centímetros a su encuentro, una distancia demasiado prudente para mi enamoramiento. Lo tenía enfrente, estábamos manteniendo una conversación y quería tocarlo, que se lanzara a por mí.

—Me sigue pareciendo raro que lo llames así —admitió.

—Es su nombre —le recordé devolviéndole la sonrisa, embobada y perdida por la suya.

—Lo sé —afirmó con esa desgana tan suya que empezaba a descubrir, pero sin perder la sonrisa que me estaba dedicando y por la que creía poder morir de amor—, lo conozco.

—De toda la vida, ¿no? —me interesé, quería saberlo todo y, aunque empezar por Antonio me fastidiaba, era nuestro nexo común y por algún sitio debía empezar.

—¿Te lo ha dicho Raquel? —afirmé con la cabeza—. He estado un tiempo fuera y todo parece muy diferente ahora —reconoció perdiendo la sonrisa, y me dio la impresión que lo decía a regañadientes, sin ganas de decirlo, pero sintiéndolo.

—¿Como qué? —di otro pasito hacia él.

Seguía demasiado lejos, todavía no llegábamos a tocarnos, a pesar de lo cerca que estábamos. Desde allí no podía olerlo, no sabía si su piel tostada era suave, cuánto de ásperas serían sus mejillas con aquella sombra oscura sobre ellas. Ni si sus labios tan esponjosos como una nube de algodón de azúcar serían todo lo que prometían ser.

—Como tú —contestó, y sentí que mis rodillas temblaban, dejaban de sostenerme sobre la tierra y lo hacían las mariposas tras aquella reconfortante declaración. Su aleteo se intensificó, provocando un entusiasta cosquilleo, tan satisfactorio como peligroso, aunque a esa edad el peligro no tiene la misma vara de medir que cuando te han roto el corazón; el mío estaba intacto y bombeaba con tanta contundencia que podía callar una sala.

—Como yo —afirmé, aunque en realidad era una pregunta; quería verme a través de sus ojos.

—Antes de irme siempre estaba con Toni y no te recuerdo por allí, pero ahora siempre que veo a Raquel, pareces estar cerca.

—Me mudé hace tres o cuatro años —le expliqué emocionada, porque quería saber más de mí.

—¿Desde dónde? —se interesó.

—Vigo.

Me dedicó una sonrisa abierta y recorrió mi rostro con los ojos, acabando en mi melena.

—Una meiga de verdad —dijo cogiendo un mechón—, de pelo rojo.

Me estaba tocando, le gustaba mi pelo y quería pensar que el lote entero, por cómo me miraba, por su forma de sonreírme, porque yo estaba loca por él, supongo.

—Supongo —respondí torpe y tontamente, anonadada.

—Tengo que irme —advirtió, y sentí que me desinflaba como un globo. Acabábamos de empezar a hablar—. Luego nos vemos —se despidió, para mi total desconsuelo.

Aún no se había ido y ya sentía que lo extrañaba, no quería dejarlo ir, no podía, pero intenté convencerme de que no era una despedida, sino un *hasta ahora*; él había dicho «luego nos vemos». Me convencí de que quedaba toda la tarde, la noche y la vida para estar

juntos.

—Vale —contesté, tratando de disimular lo decepcionada que estaba por tan rápida despedida.

Cogió mi mano con la suya y yo cogí aire y lo observé anonadada, incapaz de soltarlo o coger una nueva bocanada. Lo recuerdo muy bien, porque aquel fue un gesto que me marcaría, que siempre me gustará, gracias a lo especial que me hizo sentir.

Se inclinó ligeramente, se llevó mi mano a los labios y, con dulzura, me besó la palma, mirándome a los ojos mientras lo hacía, como si yo mereciera ser venerada.

El roce de sus labios hizo aletear tan fuerte las mariposas que creí poder salir volando del local de un momento a otro de puro júbilo y felicidad. Me humedecí los labios, anhelando que aquella caricia se posara sobre ellos. Jamás había sentido un deseo tan intenso como el que sentí en aquel momento por sus labios sobre los míos, pero el momento pasó.

Cerró los ojos y se irguió. Le observé alzar la mirada para encontrarse con la mía y me dedicó una nueva sonrisa y así, sin más, pero con todo aquello que me haría soñar durante meses, me dejó, y al fin pude volver a respirar con normalidad.

Emocionada y sin bebida volví a la pista de baile dando saltitos de emoción. Entusiasmada, les conté a mis amigas lo ocurrido, sin dejar de escudriñar el local con la mirada. Más tarde lo busqué con Raquel, pero no lo encontré.

Julio se acabó y el tres de agosto llegó mi prima Sofía desde Vigo. Como hacía cada verano, vino a pasar el mes de agosto con nosotros, pese a que era prima por parte de madre y ella y mi padre no tenían parentesco, ya con mis padres separados.

La primera vez que volví a casa tras mudarme sentí que ya no encajaba igual con mi antiguo grupo de amigas, y esa sensación se acentuaba en cada visita, hasta el punto de sentirme una intrusa entre ellas. Con Sofí nunca me pasó, ella era lo más cercano que tenía a una hermana, pese a la distancia tras mi traslado.

Estaba emocionadísima, aquel año había decidido no pasar Semana Santa en mi tierra natal, alegando que tenía un trabajo en grupo pendiente de hacer, cuando en realidad quise quedarme para estar con mis amigas. Así que no la veía desde Reyes y, aunque hablábamos cada vez que podíamos, la extrañaba más que a nadie.

Lo que no podía imaginar era que, con la llegada de Sofia, cambiaría todo, para bien y para mal, pero ya nada volvería a ser lo mismo cuando ella se marchara en septiembre.

3

El reencuentro con Sofía fue tan cálido como ella. Mi prima era un año menor que yo, y aunque un año no parezca gran cosa, se notaba. Era pequeña, en todos los sentidos, bajita y delgada, poca cosa de lejos pero, cuando te acercabas, había algo en ella, en su forma de ser, de moverse, de relacionarse, capaz de llenar una sala. Tenía un magnetismo tan fuerte que podía enmudecer a las masas, solo con tal de saber qué tenía que decir ella.

Tenía luz, había mucha bondad en ella, era una persona excepcionalmente especial. Con su media melena pelirroja, sus ojos azules y sus pecas adornando aquel rostro de duende no parecía gran cosa, pero era muy especial y siempre lucía una enorme y bonita sonrisa que contagiaba a su paso, que transmitía una sensación de tranquilidad y alegría.

En aquella época todavía no había móviles, y mucho menos WhatsApp, ni nada que se le pareciera. Nos tocaba llamar desde el fijo de casa y, aunque siempre procurábamos aprovechar nuestras conversaciones e intentábamos escurrirlas, era difícil, más teniendo en cuenta que yo nunca estaba en casa.

Así que cuando llegó al aeropuerto del Prat, pensé que nunca acabaría de contarle todo lo que necesitaba explicarle, escuchar todas las historias que ella tuviera que contarme a mí y me reservé los dos primeros días desde su llegada solo para nosotras.

En cuanto estuvimos en la soledad y protección de mi habitación, lejos de los oídos y ojos de mi padre, le hablé de Gaspy, no podía ser de otra forma. Ni de lejos era el primer chico que me gustaba, pero lo que sentía por él era inhóspito, emocionante, excitante y fuerte, muy intenso, tanto que a veces tenía la sensación de que no cupiera en mí, y sospechaba que de ahí nacía aquella necesidad de hablar de él, porque era tan fuerte que no podía contener mis emociones y sentimientos dentro de mí, necesitaba expresarlo y, como él no estaba, solo tenía a mis amigas.

—¿Creéis que estará en la discoteca? —preguntó Sofía al aire colocándose unos pendientes en el espejo de pie que tenía en mi habitación.

Se había puesto un vestido de tirante fino, ligero y corto de color negro, con unas botas militares que, aunque yo no creía que le pegaran nada (no tenían plataforma y yo era una fanática de estas), no le quedaba nada mal, rompía con su look.

—Según tu prima no —contestó Raquel—, tiene la teoría de que va una semana sí y otra no.

—No es una teoría, así ha sido todo el mes de julio.

—Lo suyo no es amor —metió baza Fabiola, que estaba harta de mí—, es obcecación.

—Ni siquiera sabes lo que significa eso —contestó por mí Mónica

—Yo creo que hoy sí irá —intervino Esther, optimista como era ella—, pero tienes que hacer algo Aury, no puedes quedarte embobada y no actuar.

—Y si lo haces deja de dar el coñazo —pidió Fabiola—, y sí sé lo que significa.

—Sea como sea —interrumpió Esther antes de que empezara la lucha de dardos envenenados—, lo pasaremos superbién y nos apoyaremos, así que deja esa actitud aquí —le pidió a Fabiola—, puedes llegar a ser una borde —dijo lo que todas pensábamos.

—Qué delicadas sois —se atusó el pelo la pija del grupo.

Aquella tarde no hubo vodka del malo, Fabiola le había robado una botella a su madre, no recuerdo de qué, peso sí sé que, cuando llegamos a la disco, mi prima iba tan borracha que creí que no la dejarían entrar.

—Tú ponte detrás de mí —le aconsejó Mónica mientras yo rodeaba el brazo de Sofía.

—Es una buena idea —apuntó Esther—, Moni tiene al portero encandilado con esos escotes que se pone desde que le han salido las peras.

—¿Peras? —se rió Fabiola—. ¡Qué antigua eres, hermana!

No sé si tuvo algo que ver o no, pero «Peras» fue el mote de Mónica para el último curso.

Entramos a la discoteca sin problemas, algo más tarde de lo habitual, pues estaba bastante llena, había más guiris de lo normal. Conocimos a un rubito, con un corte de pelo a capa que estuvo un buen rato hablando conmigo y con Sofía, aunque más conmigo que con ella. Pero se notaba que era ella quien le interesaba, y eso que la pobre arrastraba las palabras sin remedio.

—¿Por qué no vamos a la pista? —sugerí, pensé que a mi prima le iría bien el movimiento y, de todas maneras, estaba aburrida de hacer de traductora.

También yo estaba nerviosa, Gaspy no aparecía y, aunque según mi teoría esa tarde no se dejaría ver por allí, yo tenía esperanzas, siempre las tenía. En todo lo que hacía, allí donde fuera, me alentaba la posibilidad de encontrármelo, así por casualidad, pero solo lo encontraba allí y se estaba haciendo tarde. Mi optimismo caía en picado ante lo probable que era no encontrarlo.

Bailábamos despreocupadas, Sofía se lo estaba pasando genial y su sonrisa era contagiosa. Sabía que aquel no había sido un año fácil para ella y me alegraba mucho verla disfrutar con mis amigas. Además, estaba segura de que Gaspy no aparecería, lo que en cierto modo me

serenaba, y aunque eso solía relajarme y entristecerme, con mi prima cerca era imposible hacer lo segundo.

—¡Lo sabía! —exclamó Esther de pronto—. Es que lo sabía —insistió mirándome.

—¿El qué? —le pregunté con una sonrisa.

Hizo un movimiento de cejas por encima de mi cabeza y me giré al tiempo que lo hacía ella, dándonos la espalda y, en efecto, tenía razón, su intuición no le había fallado.

No me preguntes qué tenía aquel chico que le hacía tan especial, que me hacía estar tan locamente enamorada de él, pero lo estaba, y es que es cierto eso de que el corazón tiene razones que la razón no entiende, y el mío palpitaba tan fuerte cuando él estaba cerca que podía sentir cada latido dentro del pecho. Tampoco es que en aquellos años buscásemos muchas explicaciones a las cosas, estaba enamorada de él y no necesitaba más que tener la capacidad de tener esos sentimientos para vivirlo y sentirlo.

Se movía tranquilo por la pista, mientras yo observaba sus pasos despreocupados, su pose desinteresada frente a lo que sus ojos le mostraban. Siempre me pareció que tenía una personalidad despreocupada, que era la clase de persona que se dejaba llevar y yo solo quería que me llevara con él a donde fuera, mientras pudiéramos estar juntos.

Puede que la sorpresa de verlo cuando ya no tenía esperanzas me alentara, o que lo hiciera la presencia y el buen rollo que me transmitía Sofi. Fuera por la causa que fuera, para mi propia sorpresa, esa vez fui yo la que se acercó a él, decidida; no estoy segura de a qué, pero resuelta a no dejarlo ir sin más, sin compartir algo conmigo, lo que quisiera.

Me acerqué a él y, en cuanto me vio, detuvo sus pasos un segundo, cambió el rumbo y vino hacia mí, dedicándome una sonrisa cerrada. Fuimos al encuentro del otro y, a medida que la distancia se acortaba, su mirada se fue volviendo más nítida a mi vista y transmitía tanto… En sus ojos vi que acababa de hallar lo que andaba buscando y las mariposas me alentaron a moverme más deprisa para estar junto a él de nuevo, por fin.

Al encontrarnos se inclinó para darme dos besos y yo aspiré de él, devolviéndoselos.

—Hola peque —me saludó al oído.

Así de simple, así de fácil, sencillo y elemental, me robó un poco más el corazón. «Peque», yo era su peque, era algo para él, no le pones un nombre a alguien que no te importa.

—¿Qué tal?

—Pues ya ves… —siempre decía tan poco, o puede que fueran mis ganas de saber más, de saberlo todo, las que me dieran aquella

impresión—. ¿Estás sola?

Buscó alrededor nuestro y su mirada se extendió por encima de mi cabeza.

—Con mis amigas, como siempre —contesté poniéndome de puntillas para que me oyera y le cogí del hombro para ayudarme—. Pensaba que hoy no vendrías —comenté.

Aquel segundo comentario llamó su atención, volvió a mirarme con una sonrisa y la extrañeza brillando en sus expresivos ojos oscuros. Pero yo en aquel momento solo podía pensar en que lo estaba tocando, en que por fin le estaba echando huevos al asunto. Mi Cheerleader particular daba volteretas con los pompones en alto, feliz.

—¿Y eso? —volvió a inclinarse para hablarme al oído.

—Me ha parecido que vienes un fin de semana sí y otro no —contesté coqueta, o al menos eso pretendía, tenía la impresión de que aquello se me daba fatal.

Incorporándose, soltó una carcajada que solo pude imaginar, con Jennyfer López atronando la pista.

—¿De dónde sale esa teoría? —volvió a inclinarse después de reír.

—Así ha sido hasta ahora —me encogí de hombros acercándome más a él.

—¿Y tienes muchas teorías sobre mí? —preguntó divertido, o eso me pareció.

—Unas cuantas —reconocí abiertamente con una sonrisa, mirando sus ojos.

—Creo que no quiero saber por qué —se mordió el labio muy suavemente para liberarlo a él y a mí, que anhelaba sobre todas las cosas mezclar sus labios con los míos.

—Creo que no necesitas saberlo, porque ya lo sabes —me lancé, fingiendo indiferencia, como si lo que acababa de decir no fuera una clara declaración, que lo era y él lo sabía.

—Peque…

—¡Quiero que conozcas a alguien! —lo corté al ver a mi prima Sofía y a Raquel, claramente buscándome.

Le cogí la mano y él simplemente envolvió la mía y se dejó llevar. Rodeamos la pista así, juntos, de la mano, y me sentí tan plena, tan maravillosamente bien, tan cerca de él, que todo mi anhelo se transformó en esperanza, toda aquella inquietud que me atosigaba a diario pasó a ser una cálida calma, de esa que te reconforta en lo más hondo y te hace creer que todo irá bien porque es como debe ir. Sentí que realmente encajábamos y me emocioné, mi pequeña cheerleader saltaba como una loca sobre una mullida nube rosa.

Interceptamos a las chicas casi en la escalera, seguíamos en la pista, pero allí podías oír tus propios pensamientos y también los de tus amigas; me di cuenta al ver a Raquel observando nuestras manos

unidas y después a mí y, sin ni siquiera abrir la boca, me dijo cuánto se alegraba por mí y no pude hacer más que sonreírle en respuesta.

—Te estábamos buscando —me dijo, y después miró a mi amado acompañante—. Gaspy —lo saludó Raquel—, ¿todo bien? —preguntó antes de besarlo.

—Lo de siempre.

—No se te ve el pelo por casa —comentó Raquel y joder, cómo se lo agradecí, lo quería a todas horas en su casa, yo siempre estaba allí—. ¿Mi hermano y tú estáis bien?

—Sí —se encogió con una mueca indiferente en el rostro impostada que no me creí—, lo de siempre, pero las cosas son diferentes y tengo que hacerme a todo ello.

—Ya… —dijo Raquel ensombreciendo el semblante e imaginé en lo que estaba pensando, Gaspy me soltó la mano y se cruzó de brazos encogiéndose una vez más—. Oye, sé que no es el momento, pero quería decirte… —se atrabancó

—Todo va bien Raque —la cortó él mientras yo los observaba a ambos—. ¿Y tú? —señaló a mi prima y después a mí—. ¿Tu hermana?

—Mi prima —le contesté, orgullosa de que viera el parecido—, Sofía —la presenté.

Se inclinó y le dio dos besos.

—Fíjate qué cosas —dijo riéndose—, tú la Reina y yo el Rey.

Sí, ja, ja, la broma me hubiese hecho gracia si no fuera porque a mí me excluía, me quedaba fuera de su reinado. Debo aclarar que, por entonces, en España reinaba la Reina Sofía y él era uno de los Reyes Magos, creo que lo segundo no necesitaba explicación.

Pensé que, como le molara mi prima, yo me tiraba por el primer puente que encontrara. Justo en aquel momento que empezábamos a acercarnos… Nuestro encuentro había sido bonito, no de película, pero no había estado mal. Ambos descubriéndonos y acercándonos al otro como si algo nos uniera. Hacía un minuto nos cogíamos de la mano y ahora llamaba a mi prima Reina, autoproclamándose Rey, ¿y yo tenía que quedarme mirando?

—¿Y eso dónde me deja a mí? —pregunté celosa, haciendo un mohín para suavizarlo.

Me miró y me sonrió, una sonrisa abierta que llegó a mis labios respondiéndole.

—Aquí —contestó inclinándose sobre mí.

Y eso sí fue de película, a cámara lenta, al menos así fue como yo lo viví. Rodeó mi rostro con sus grandes manos, me cogió como nadie lo había hecho antes. Sus palmas, tocándome con aquel cariño, con aquella suavidad, calmaron al instante la ansiedad que el momento debía provocarme. Y el momento que llevaba soñando más de un mes llegó.

Con calma, su rostro se acercó al mío, dándome tiempo, espacio, hasta que sus labios se posaron sobre los míos, con dulzura, con suavidad. Los sentí húmedos contra mi boca, posicionándose sobre los míos, que respondieron al instante y nos fundimos en un beso, en uno que por más que pasen los años no podré olvidar, nunca.

No era el primer beso que daba o recibía, pero sí el primero de alguien de quien estaba enamorada, y la diferencia fue abismal, no había comparación. El sentimiento de plenitud, la aceptación, la forma silenciosa pero cálida de decirme «tú también me gustas», me trasformó y sentí que ya no era yo, que era algo más y que siempre quería sentirme como me sentí en el instante en que sus húmedos labios tentaron y arrullaron los míos.

Nuestros labios se separaron, pero nuestras miradas siguieron unidas, observándonos, buscando en la mirada del otro, y Gaspy tenía una forma de mirar que tocaba y no te dejaba escapar, te hacía su presa, y yo no quería salir de la cárcel de sus ojos negros.

Sonreí y él me devolvió la sonrisa, rodeó mis hombros con un brazo y se puso junto a mí, dejándolo allí apoyado. No puedes imaginar lo bien que me sentí, aquella era una pose de pareja y ya empecé a montarme mis películas, a creerme que todas mis fantasías se harían realidad, una detrás de otra. Con mi brazo rodeé su cintura y no pude evitar alzar la mano para entrelazar sus dedos con los míos, y entonces él cerró la mano sobre la mía.

—¿Cómo va la fiesta, chicas? —les preguntó.

Al fin dejé de mirarlo y me encontré con la sorpresa en la cara de Raquel y aquella enorme y encantadora sonrisa en la de Sofía, apenas le cabía la expresión de felicidad en el rostro.

—Hoy está más animado que de costumbre —contestó Raquel como si nada.

—Yo me lo estoy pasando genial —dijo mi prima animada y empezó a hablar con él.

Sofía tenía muchas virtudes, y una de ellas era su capacidad para dejarse conocer; era extrovertida, transparente y agradable. Gaspy se mostró interesado y yo los escuchaba a medias, poniendo interés en cada palabra que saliera por aquellos labios que acababan de besarme y dejar una huella imborrable en mí.

—Por fin —me sorprendió Raquel hablándome al oído.

Me giré con una sonrisa enorme en los labios, emocionada, feliz, simplemente feliz, que fácil era ser feliz en aquella época, casi tanto como dejar de serlo al segundo siguiente.

Me besó en la mejilla, felicitándome, alegrándose por mí y quise abrazarla, pero no pude soltar a Gaspy, lo tenía bien cogido y no quería volver a soltarlo, nunca.

Al rato Raquel dijo de volver con las demás, y yo miré a Gaspy,

esperando su respuesta; no quería soltarlo, de verdad, era mi salvavidas, había llorado mucho por él y estaba allí, me había besado, me tenía cogida y la felicidad salía por cada poro de mi piel.

Gaspy hizo uno de sus gestos indiferentes y volvimos con las chicas. Fabiola puso cara de «por fin», Mónica me sonrió y Esther alzó sus pulgares cuando Gaspy se inclinaba para escuchar lo que mi prima le decía sin soltarme.

Raquel se encargó de presentarlo al resto de las Spice. Mónica, con su escotazo, se subió el puente de las gafas para darle dos besos, observándolo muy de cerca. Fabiola, con su mono negro súper ajustado, también lo saludó, pero sin mostrar ninguna emoción. Y por último la dulce Esther, con su semirrecogido con dos coletas altas y rubias, no podía ser más Emma, le dio dos efusivos besos y algo de conversación.

Mis amigas empezaron a saltar como locas cuando empezó a sonar Estopa y su raja de la falda. Gaspy me soltó e hizo el intento de bailar, pero no parecía disfrutar mucho, aunque se reía conmigo, dejando caer algún comentario aquí y allí, mientras mi mirada rogaba que me besara otra vez y no dejara de hacerlo.

Sofía y Raquel también le daban conversación, y aunque no se lo veía en su salsa, tampoco parecía incómodo. Me fijé en cómo se comportaba conmigo y con ellas, cómo con ellas mantenía la distancia y a mí me tocaba, aunque fuera sin muchas pretensiones. Lo hacía todo el rato, ya fuera para apartarme el pelo de la oreja y hablarme sobre ella, poner su mano sobre mi hombro o cogerme de la cintura mientras se inclinaba para escucharme.

Estuvo un buen rato con nosotras, que a mí se me pasó volando, la verdad.

—Voy a ir a dar una vuelta —dijo cogiéndome de las manos.

—Voy contigo si quieres —me ofrecí, deseando que dijera que sí, deseando estar con él.

—Tengo que buscar a un colega, no te molestes, quédate con tus amigas y diviértete —me sonrió.

Me puse de puntillas y lo besé. De dónde salió el valor, no lo sé, pero sus labios me respondieron con la misma dulzura, me besó con el mismo mimo, con el mismo tacto. Con suavidad y ternura me devolvió el beso y yo a él, y él de nuevo a mí. Nos miramos a los ojos y se separó de mí, pero no me soltó, se llevó mi mano izquierda a los labios y fue allí donde deposito un último beso antes de desaparecer para no volver.

—¿Por qué Gaspy siempre desaparece? —preguntó Mónica al aire de camino al tren.

Eso mismo me preguntaba yo, pero no abrí la boca. A pesar de la repentina y rápida despedida de Gaspy, seguía en mi nube, soñando

ya en nuestro próximo encuentro.

—Han despedido a Javi —nos informó Esther el miércoles por la tarde.

Ella y Fabiola acababan de llegar a la playa, donde Mónica leía un libro mientras Sofía y yo hacíamos un test de la *súper pop*[2]. Raquel recobraba fuerzas tumbada en la toalla, después de haber estado jugando al voleibol con sus hermanos pequeños y sus amigos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Mónica interesada, cerrando su libro.

Esther hizo un gesto quitándole importancia y un sonido parecido a «*puaj*».

—¿Qué más da? —respondió pasota, aquel verano su pasotismo fue en aumento e iba a ir a peor—. Lo importante es que el sábado podemos salir con él, un colega suyo nos va a apuntar en la lista de una disco en Sabadell que lo está petando.

—¿No quieres ir a Vips? —alcé la cabeza horrorizada y me incorporé incrédula.

No podía creerme que Esther no quisiera ir, allí era donde siempre me encontraba con Gaspy y, después de lo sucedido la semana anterior, yo me moría por ir, contaba las horas.

—Estoy harta de Vips —contestó Fabiola sacando el protector solar—, siempre los mismos niñatos, la misma música, el mismo rollo… ¿Habrá gente mayor? —se interesó.

—Claro —contestó Esther—, es para mayores de dieciséis.

—Pero ninguna de nosotras tiene dieciséis —apuntó Mónica lo obvio.

Yo las miraba horrorizada, estaban hablando en serio y yo necesitaba ir donde siempre, donde estaría Gaspy, verlo a él, lo necesitaba, no era una apetencia, era pura necesidad.

—Entraremos por lista —contestó Esther y después me miró—. Sé que no quieres ir y lo entiendo, pero es el primer sábado que puedo salir con mi novio, nos va a llevar a un sitio diferente, lo pasaremos de puta madre y el sábado que viene volveremos a Calafell, podrás ver a Gaspy, darle tu teléfono o decirle que se pase por casa de Raquel, pero este finde hagamos algo diferente —juntó las palmas de las manos suplicando—, por mí.

—Tampoco tenemos por qué ir juntas —argumenté yo, a pesar de que sabía que estaba siendo muy injusta—; si vosotras queréis ir, id vosotras —pensé en ir a Vips con Sofía.

—Pero yo quiero que vayamos todas —se quejó Esther haciendo un lloriqueo.

—No seas egoísta —me criticó Fabiola—; si tú no vienes, Raquel tampoco y Mónica se rajará. Vamos cada sábado a Vips, no creo que te pase nada por un sábado.

—No soy egoísta —discutí, aunque era cierto, lo era, pero era importante para mí y no entendía cómo no lo veían—, pero es que no tenemos que ir a todos los sitios juntas.

—Será la primera vez que vayamos a una discoteca de verdad, tenemos que ir juntas.

Esa fue Esther de nuevo a la carga, a mí no iban a convencerme, ni falta que le hacía. Raquel habló y sentenció por todas.

—Claro que sí, nena —respondió Raquel mirando a la rubia del grupo—, iremos juntas y lo pasaremos genial —me miró a mí—. La próxima semana verás a Gaspy, es posible que ni siquiera vaya —dijo haciendo referencia a mi teoría de sábado sí, sábado no.

Resignada negué con la cabeza y me tumbé boca arriba, de malhumor. Accedí, no porque lo dijera Raquel, sino porque sabía que estaba siendo injusta y egoísta, y aunque consideraba que ellas también, habíamos ido cada sábado por mí, así que me resigné.

Pero las cosas no sucedieron como Raquel auguró aquella tarde en la playa. La semana siguiente tampoco fuimos. Esther y mi prima ligaron aquel fatídico sábado, y digo fatídico porque sentí que me estaba equivocando, que aquello lo cambiaría todo, y en parte así fue.

El sábado siguiente quisieron volver. Podría haberme ido con Raquel a Calafell, como siempre, y esperar que Gaspy apareciera por allí, pero me sentí incapaz de no ir con mi prima, de dejarla sola, y también de negarle ir cuando le apetecía tanto.

Ya por fin tres semanas después de aquel sábado tan dulce nos encontrábamos allí de nuevo, las seis, con nuestras mejores galas. Era el último sábado que Sofía pasaba en Cataluña. Me gustaría contarte que todo fue genial, que nos divertimos, que Gaspy apareció y quedamos para ir a la playa otro día, que hicimos algún plan juntos, puede que solos a pesar de la vergüenza que sentiría, que por fin le di mi número, o le dije que siempre estaba en casa de Raquel, dónde nos movíamos, averiguar dónde solía ir él. Nada de aquello sucedió. Gaspy no apareció y la noche acabó con una bronca de las épicas entre Raquel y yo, porque al fin y al cabo ella había decidido por todas aquella tarde en la playa.

Raquel y yo lo arreglamos rápido a pesar del mosqueo de cada una. Sofía volvió al norte y llegó el septiembre que todo lo barre. El verano llegaba a su fin, agonizaba contra nuestra voluntad, mientras nosotras intentábamos exprimir hasta el último aliento de él.

Pasamos los dos últimos sábados en la discoteca de Gaspy, pero no, no apareció, y estábamos a punto de empezar un nuevo curso, el último de la ESO, y yo no estaba centrada, mi cabeza seguía en aquellas tardes de verano, en nuestros encuentros, en los besos más dulces, puros y sinceros, que, aunque todavía no lo supiera, iba a recibir. Los primeros, los de Gaspy. Gaspy, me quedaba mucho por

suspirar por él. Mi primer amor, mi amor platónico, el centro de mi universo engullido por un agujero negro sin dejar rastro de su existencia, solo el recuerdo, a veces dulce, otras amargo por lo rápido que pasó, como un suspiro, como las hojas caen en otoño, dejando las copas de los árboles vacías, sin vida; así me sentía yo, así de rápido se había marchado, dejando huella en mí y en nada más.

Cari

4

—Ese chico te está mirando —me sacó Mónica de mis pensamientos.

Ya estábamos en octubre y, aunque aún no hacía frío, había llegado el otoño. Todo parecía haber vuelto a su sitio después del verano, pero en realidad, aunque fingiéramos, las cosas ya no eran iguales. Por fin había dejado de torturar y culpar a mis amigas por haberle perdido la pista a Gaspy, pero interiormente, aunque era consciente de que en parte también era culpa mía por haber accedido, no conseguía deshacerme del resentimiento.

Estábamos en la cafetería, ocupábamos una mesa, nuestro último curso. Raquel y yo lo teníamos complicado, el año anterior habíamos pegado un bajón importante. Esther era un caso perdido, faltaba más a clase de lo que asistía, y aquella mañana no estaba allí. Fabiola, que siempre junto a Mónica eran las académicamente más centradas, había perdido el norte, y faltaba casi tanto como Esther, por lo que sus notas iban a resentirse mucho, pero ella tenía excusa, aunque en el fondo no era más que eso, una excusa que iba a aprovechar para chantajear a sus padres, que ya habían empezado con la guerra del divorcio. Y Mónica era la empollona del grupo, le encantaba saber, aprender y tenía muchas metas, propósitos que pensaba cumplir, estuviéramos con ella o no.

Miré a Mónica, que se apoyaba en la mesa mientras tomaba notas en su cuaderno. Con sutileza apuntó enfrente de nosotras con el lápiz, y yo seguí la dirección de este.

En las gradas había un chico, y en efecto no solo me estaba mirando, sino que no se cortaba un pelo, a diferencia de mí, que azorada agaché la cabeza al chocar con su mirada.

—Podría mirar a cualquiera de nosotras —dije por lo bajo modesta, incómoda porque era cierto, notaba su mirada sobre mí y me sentía avergonzada.

—Sí —estuvo de acuerdo conmigo—, podría —afirmó Mónica alternando su mirada entre el libro y el cuaderno como si aquello no fuera con ella—, pero te mira a ti.

—¿Quién? —se interesó Fabiola apartando los ojos del esmalte de sus uñas para buscarlo con la mirada por el comedor—. ¡Es guapo! —exclamó con la cabeza girada.

—¿Quieres callarte? —tiré de la manga de su jersey intentando que dejara de mirarlo.

—¿De dónde ha salido? —se interesó—. Nunca lo había visto. ¿Es nuevo?

—Primer año de bachillerato —contestó Raquel después de tragar

un bocado enorme de bocadillo—, viene de la escuela de las mojigatas —le dio otra dentellada al bocata.

La escuela de las mojigatas era un colegio que, años atrás, había sido un colegio femenino de monjas, pero de aquello hacía muchos, muchísimos años. En aquella época era mixto y, cuando sus alumnos acababan la ESO, iban a los institutos públicos con un buen nivel para enfrentar el bachillerato y la selectividad.

—¿Cómo lo sabes? —quisimos saber Fabiola y yo, aunque fue ella quien preguntó.

—Me lo dijo él el otro día, cuando me expulsaron de dibujo —explicó—. Merodeaba por los pasillos y me lo encontré, me pidió ayuda para llegar a la biblioteca. Es majo —aseguró—, y sí, creo que le gustas —dijo encogiéndose de hombros mientras me miraba—, pero como solo tienes ojos, cabeza y boca para Gaspy, ¿para qué decir nada?

Volvió a mirar su bocadillo y le dio otro enorme bocado, tanto como su boca permitió.

—¿Cómo sabes que le gusta? —quiso saber Fabiola, obviamente le había gustado.

—Me preguntó en qué curso estaba —dijo con la boca llena—, se interesó —continuó como pudo tragando—, pero después me preguntó por ella —me señaló.

—Aquí somos cuatro que yo sepa —dijo picada Fabiola.

Seguramente Fabiola era la más guapa; bueno, seguramente no, lo era, aunque para gustos colores. Tenía un pelo largo y liso, muy sedoso y con volumen, negro, muy negro, una piel muy tersa y cuidada, sin rastros de acné ni de haber pasado por allí, pero lo más llamativo eran sus ojos, rasgados, grandes y azules, de un tono claro que destacaban. Era muy guapa de cara y además esbelta, ella y Raquel eran las más altas. Pero era una chica que, de entrada, no caía bien; parecía muy altiva, que un poco lo era, pero no tanto como aparentaba. Era bastante borde y había que saber llevarla; cuando aprendías a hacerlo, te dabas cuenta de que, a pesar de su verborrea y brutal sinceridad, también era generosa, y eran cualidades que desde luego yo admiraba mucho de ella, aunque le faltara tacto.

—Cinco —la corrigió Mónica que, aunque parecía estar a lo suyo, estaba en todo.

—Desde que empezó el curso, veo más a Esther fuera del insti que en clase.

—Seguimos siendo cinco —apuntó Raquel con la boca llena.

—¿Cómo sabes que es Aurea la que le gusta? —insistió Fabiola.

—Es la única pelirroja de la mesa —simplificó.

Alcé la mirada por encima de la cabeza de mi amiga y me fijé en él. Me dedicó una sonrisa y yo, tímida y torpemente, se la devolví con

un encogimiento de hombros. Se removió en las gradas y, por un momento, temí que se acercara; no lo hizo y lo agradecí.

—¡Qué desperdicio! —exclamó Fabiola indignada—. Bueno —siguió volviendo su atención a su esmalte de uñas—, con suerte por fin te olvidas del macarra ese…

—No es un macarra —me quejé indignada con mi amiga. Gaspy no le gustaba, o puede que lo que no le gustara fuera el monotema de todo el santo verano—, es buena gente.

—Lo que tú digas —dijo antes de que sonara el timbre.

Los días no dan tregua, tengas la edad que tengas, así es el tiempo: inmisericorde. No entiende de credos, razas, géneros ni edades. Dicho esto, admito que conforme este pasa, parece funcionar diferente. Con quince parece que todo tenga que ser ahora o nunca, que no vaya a haber un mañana y que dentro de un mes es media vida; veinte años después, un mes pasa volando, puede ser un suspiro si no te paras a saborearlo de alguna manera.

—Mierda, joder —forcejeé con la verja—, me cago en la puta —me quejé asqueada.

—Esas son palabras muy malsonantes para estas horas de la mañana.

Me giré para ver a mi interlocutor y me dio mucha vergüenza. Era él, el guaperas moreno de las gradas, al que le interesaba la amiga pelirroja de Raquel, o sea, yo.

Estaba apoyado contra un árbol con una pose desenfadada, observándome divertido.

—Ya —me tapé la cara avergonzada—, todavía estoy dormida —me quejé.

—Te invito a un café —se ofreció.

—No —negué, no quería ir con él, no lo conocía y me moría de vergüenza—, es igual.

—¿Qué opciones tienes? —alcé la mirada y me sonrió—. ¿Quedarte aquí peleando con la puerta? ¿Volver a casa? ¿O tomarte algo conmigo mientras empieza la segunda clase?

—No tomo café —me excusé de forma tonta.

Se echó a reír y, aunque debí ofenderme, negué con la cabeza pensando en la cara de sobada que debía llevar.

—Puedes tomar lo que quieras —aseguró sin dejar de sonreírme.

—Vale —acepté acercándome a él, procurando poner atención a mis torpes pies de primera hora.

—Soy Luis —se presentó cuando estaba frente a él.

—Aurea —le respondí, antes de que me diera dos besos.

Olía a colonia, un aroma suave y agradable, algo ligero. De cerca era aún más guapo e, inevitablemente, lo comparé con Gaspy. No era tan alto como él, ni tampoco tan corpulento, Gaspy estaba como más

hecho. También era moreno de pelo, pero lo llevaba más largo, con un corto tupé a un lado y la piel más clara. Sus ojos no expresaban aquella bondad que Gaspy tenía en la mirada, pero la de Luis era risueña, azul y tenía un brillo peculiar. Ya lo dijo Fabiola, era guapo, muy guapo, la verdad.

De camino a la cafetería, que estaba en la acera de enfrente, me preguntó por mi nombre, por su origen. Le conté mi procedencia mientras él se sorprendía por mi falta de acento gallego, que solo emergía cuando tenía una conversación larga con Sofía o cuando pasaba una temporada en Vigo; no importaba lo larga que fuera la estancia, el acento me venía rápidamente y le costaba un poco más marcharse.

Luis tomó café con leche y una magdalena, mientas yo lo observaba; no había querido nada. No estaba acostumbrada a aquel tipo de situaciones, me sentía tímida y avergonzada, desamparada sin el apoyo de mis inseparables amigas, así que tenía el estómago raro.

No esperaba nada; cuando había accedido a ir con él, estaba demasiado dormida, solo me había dejado llevar y, a medida que fue pasando el tiempo, me alegré. Me sentí muy a gusto. Sin duda, él llevó la conversación, yo me limitaba a responder a sus preguntas y hacer alguna tímida, temiendo que pensara que era una chafardera o una entrometida. Pero él las respondía con gusto, y yo no estaba acostumbrada, a Gaspy había que sacarle las respuestas con sacacorchos y casi siempre te respondía a una pregunta con otra. Luis no, era abierto, extrovertido y simpático, agradable y amable, suficiente para que me relajara.

—Esta magdalena está de muerte —exclamó—, tienes que probarla —me la ofreció.

Me la puso tan cerca de la boca que no me dio muchas opciones. Nunca un chico me había dado de comer en la boca, y puede parecer una tontería, pero fue muy íntimo y no lo conocía de nada, pero como me la puso casi en la boca, no me quedó otra que darle un pequeño bocado y ciertamente lo estaba, te dejaba un leve y muy agradable gusto a limón.

—Sí —contesté—, está muy rica —reconocí tragando, sentía el calor en mi rostro.

—¿Pero te ha llegado el sabor con ese bocadito de *ratolí*[3] que le has dado? —observó mi dentellada burlándose de mí. Volvió a mirarme y sonrió. Tenía una dentadura simpática, disconforme y a la vez había armonía en su sonrisa, era particular, en el buen sentido de la palabra—. Toma —me tendió el bizcocho—, acábatela y así la pruebas.

—La he probado —discutí—, y es tuya —le enseñé las palmas de las manos negando.

—Toma —insistió mirándome a los ojos serio, pero con ojos alegres. Por fin la cogí.

—Gracias —contesté enseñándosela.

Las nueve llegaron volando y disfruté de su compañía, enseguida me sentí a gusto, y no era normal con desconocidos, menos aun cuando estos eran chicos, y mucho menos cuando eran guapos como él, pero nos entendimos enseguida. Tenía la sensación de conocerlo, y eso hizo que me relajara y pudiera ser yo misma, aunque en versión moderada.

—Si quieres mañana repetimos —me dijo subiendo la corta escalinata hasta la entrada del instituto.

—A primera hora tengo catalán, puede que te tome la palabra —dije mirándolo.

—¿No se te da bien? —se interesó con una sonrisa, sosteniéndome la puerta.

Crucé la misma, pensando que además era educado, puede que fuera caballeroso y aquello me gustó, era nuevo, los chicos de mi clase estaban la mitad atontados y la otra mitad se pasaban de listos. Luis me pareció un mundo nuevo, un territorio por explorar y sin sentir vergüenza, la confianza que me daba me animaba a indagar, a saciar mi curiosidad. Nos llevábamos poco más de un año, él ya había cumplido los dieciséis, y yo estaba a días de cumplir los ansiados quince.

Es curiosa la manía que tenemos con crecer cuando somos niños, las ganas de hacernos mayores. No sé qué esperamos de la vida; en mi caso, creo que esperaba libertad, cuando inconscientemente ya la tenía, prácticamente vivía con mi mejor amiga y a todos les parecía bien, menos a uno: Antonio, pero al menos sí a los que tenían algo que decir al respecto: sus padres y el mío. También poder entrar en sitios que en aquel momento cerraban sus puertas para mí por ser una niña, y poder comprar el maldito vodka del malo sin que Raquel tuviera que pagarle a su hermano para que lo hiciera y encima le debiéramos un favor tras otro, pues casi siempre dejaba claro que el favor nos lo hacía a todas; nunca nos lo reclamaba pero, aunque no lo hiciera, no quería deberle nada a Antonio.

—No mucho —respondí—, lo hablo bien, pero escribirlo es otra historia.

—Cuando quieras puedo ayudarte con eso.

—No sé si lo mío con el catalán tiene solución —paré en el pasillo—. ¿Hacia dónde vas? —creí que era el momento de la despedida, la gente de bachillerato tenía las aulas a un lado del instituto y los de la ESO en el lado contrario.

—Te acompaño —se ofreció.

Me apeteció mucho pasar un poco más de tiempo con él, así que

fui yo la que, afirmando, le dedicó una sonrisa que él inmediatamente me devolvió.

Inevitablemente pensé en Gaspy, ¿cómo no hacerlo? Pensaba en él a cada momento, mi enamoramiento no pasaba. Lo imaginé por esos pasillos, acompañándome a clase, lo diferente que sería mi actitud, lo diferente que me sentiría junto a él; no habría calma, ni tranquilidad, solo mariposas e inquietud, pero de esa sana que te da vidilla. Enlacé un pensamiento con otro y me pregunté qué clase de alumno sería, estaba segura de que uno de los que dan muchos quebraderos de cabeza al profesorado, pero en realidad no lo sabía.

—¿Tienes clase esta tarde? —me sacó Luis de mis ensoñaciones de siempre.

—Inglés y Física y química como variable —dije perezosa.

—¿No te gustan? —me preguntó y alcé la mirada para encontrarme con la suya.

—Física y química sí, pero no soy de letras y tengo el inglés más atravesado que el catalán; este por lo menos lo entiendo, pero el inglés las veo pasar y no pillo nada.

—Esta tarde estaré en la biblioteca, trabajando en el *treball de recerca*[4] —me informó.

—Estás en primero, acaba de empezar el curso —argumenté extrañada mientras recorríamos el pasillo, rodeados de otros alumnos—. ¿No es un poco pronto para eso?

—Quiero estar preparado —respondió, y yo alcé las cejas pensando que era demasiado pronto para prepararse—. Pásate si quieres y te echo una mano con la lengua, se me dan bien —aseguró, y lo hizo con tanta naturalidad y humildad que me pareció súper dulce.

—¿Así que se te da bien la lengua? —me reí—. Es bueno saberlo —me cachondeé.

Se rio conmigo y paré frente a la puerta de mi clase; se detuvo a mi lado.

—Ven esta tarde y lo compruebas —me retó.

Su mirada murió en mis labios y rápidamente volvió a mis ojos. Supe que era cierto, le gustaba, y a mí me gustó cómo me miraba, cómo sus ojos claros me hacían sentir.

—Ya veremos —quisiera decir que lo dije para hacerme la interesante, pero en realidad estaba cortada porque creía gustarle y eso me ponía nerviosa—. Tengo que entrar.

—Nos vemos esta tarde entonces —dejó caer.

—Hasta luego, Luis —le dediqué una última sonrisa antes de entrar en clase.

—Aurea —me cogió de la muñeca frenándome en mi huida.

—¿Qué? —contesté girándome de nuevo hacia él.

—Estabas guapa, aporreando la puerta, diciendo esa barbaridad de

tacos, con tu cara de dormida, que lo sepas —me acarició el brazo con uno de los dedos con los que me sujetaba y me soltó.

Se dio la vuelta y, sin hacer más comentarios, sin una última sonrisa o mirada, me dejó plantada, flipando, con las mejillas encendidas, siguiéndolo con la mirada por el pasillo.

—¡Bo! —dijo Raquel en mi oreja haciéndome dar un salto y volver al mundo real, a mi mundo—. Ya veo por qué has llegado tarde —dijo mirando el pasillo. Entrelazó su brazo con el mío y me arrastró al interior de la clase—, tienes que contárnoslo todo.

Lo hice, con todo lujo de detalles, durante aquella primera clase con dificultad, explayándome más en gimnasia, clase en la que Raquel sobresalía, a diferencia de Mónica, que era tan patosa como yo, y para finalizar en el descanso, en la cafetería, donde no pude dejar de mirar a todos lados, preguntándome dónde estaba, alerta por si me pillaba.

—Ya te dije que le gustabas —dijo Raquel.

—De verdad, ¿dejo de venir dos días y me pierdo lo mejor? —se quejó Esther.

—Faltas más de lo que vienes —la corrigió Mónica, nuestra empollona.

Esther hizo un movimiento de cabeza que acompañó con las cejas, sopesando lo que había dicho Moni, paras después volver a dirigirse a mí, dándole la razón a la *Peras*.

—Vas a ir a por él, ¿no? —preguntó la rubia emocionada—. ¿Te gusta?

—Bueno… —dije al aire sin saber qué contestar.

Sí, claro que me gustaba; era atento, guapo, simpático, había sido muy agradable, me gustaba cómo me miraba, cómo me hacía sentir. Además, me daba confianza, lo cual era un enorme punto a su favor, pero tenía un inconveniente, uno inmenso: no era Gaspy. Las mariposas no revoloteaban como locas en mi estómago cuando me miraba, su voz no me erizaba la piel, no creía poder suspirar por otro que no fuera mi Rey mago favorito.

—¡Como digas algo del puto Gaspar, me levanto y me largo! —exclamó Fabiola leyéndome el pensamiento—. Ese chico le da mil vueltas, además es mucho más guapo y sabes más de él en una hora que todo el verano enamorada de ese vulgar hortera de Gaspy.

—No te pases —la corté—, no te pases ni un pelo —la advertí de mala leche.

—Es que es verdad —se puso a la defensiva la pija—, si le hubieras interesado a Gaspy, habría movido ficha…

—La besó —puntualizó Mónica echándome un cable, siempre tan atenta a todo.

—Sí —se giró hacia ella—, la besó —dijo sarcástica, menospreciando aquel momento que para mí lo fue todo—, y como

siempre desapareció y, además, lo hizo para siempre.

—Si no hubiéramos dejado de ir —le eché en cara—, ahora quizás estaríamos juntos.

—Mira Aury —dijo Fabiola condescendiente—, no quiero que te cabrees —siguió pausada y yo me crucé de brazos a la defensiva, sabiendo que lo que viniera a continuación no iba a gustarme ni un pelo—, pero a Gaspy no le gustabas —soltó y sentí aquella afirmación estallarme en la cara, haciendo temblar mi corazón herido—. Puede que le hicieras gracia, pero si le hubieras gustado de verdad, se habría interesado más por ti, te habría buscado como está haciendo este chaval, habría dejado que lo conocieras, te habría dado su número o quedado contigo, pero no hizo ninguna de esas cosas. ¿Por qué?

—No tienes ni idea —contesté con el corazón encogido, poniéndome de pie.

Ni siquiera recogí mis cosas, ni me lo planteé. Me alejé decidida a no llorar hasta que hubiera cruzado la puerta de la cafetería, pero el intento quedó en eso, en un intento.

—Te has pasado —pude escuchar a Raquel decir antes de venir detrás de mí.

Mi mejor amiga corrió y me alcanzó en el pasillo, me cogió del brazo y yo me solté con ganas de correr y esconderme porque, aunque no quisiera admitirlo, aunque doliera, había mucha verdad en las palabas de Fabiola, y no solo dolían, laceraban y sentía que me habían dejado el corazón roto y en carne viva.

—Aury —dijo Raquel detrás de mí—, no le hagas caso —volvió a cogerme y dejé de moverme—. Es Fabiola —me recordó—, ya sabes que a veces no piensa lo que dice.

—Pero es que tiene razón —me desplomé sobre ella y llorando la abracé.

—No es verdad —me estrechó con fuerza, demostrándome que ella siempre estaría ahí—, no sabes si ella tiene razón o no. Gaspy no lo ha tenido fácil —se separó de mí para mirarme a la cara y me limpió las lágrimas—, y eso le hace ser más reservado, pero yo vi cómo te miraba, vi cómo te sonreía, cómo te buscaba —dijo alentándome—. Si no le gustaras no te habría besado, él no es de esos, él no es como mi hermano, de verdad.

—¿Y por qué desapareció? —demandé acongojada.

—No lo sé, nena —dijo con verdadera pena en los ojos.

—Quiero desaparecer —me lamenté, lloré todo lo que llevaba tiempo guardándome.

—Solo hay un sitio donde una chica desaparece —me cogió de la mano y nos alejamos.

Acabamos en el baño, y el resto no tardó mucho en aparecer por allí. Mónica venía cargada con nuestras cosas, la seguía Esther,

tirando de la mano de Fabiola.

—Amor —dijo la rubia antes de abrazarme—, no tienes que ponerte así. Habla con Toni —me aconsejó—, son amigos, él tiene que saber algo; pregúntale y búscalo, ve a por él, estoy segura de que caerá a tus pies —dijo mi *campanera*[5] tan optimista como siempre.

—Es una opción —estuvo de acuerdo Raquel—, podemos preguntarle a mi hermano.

—No quiero preguntarle a tu hermano —me quejé—, es igual —me resigné.

—No quería que te pusieras así —dijo Fabiola mirando al suelo y todas la miramos—, pero es que no sé… —alzó la mirada y me miró—. Ese tal Luis es muy guapo, le gustas, y vas a dejarlo pasar por alguien que no ha movido un dedo por ti —sentenció—. Lo siento —dijo mirando a Raquel, que seguro la reprobaba con la mirada aunque yo no podía verlo, estaba de espaldas a mí—, pero es lo que pienso.

—¿Por qué mejor no te callas, Fabi? —le pidió Esther.

—No creo que alentarla a algo que no es más que un espejismo la ayude.

—Deberíamos relajarnos todas —apuntó Mónica tratando de sembrar la paz.

El timbre sonó y volvimos a clase, quedaban tres largas horas por delante.

Al salir del instituto me disculpé frente a Raquel y me marché a mi casa. Esther se ofreció a acompañarme y al final nos llevó Javi, su novio.

No fui a clase esa tarde, me quedé en casa, pensando y pensando, deprimida, triste como hacía mucho tiempo que no me sentía con la verdad que Fabiola me había plantado en la cara golpeándome una y otra vez.

Llamé a Sofía y le expliqué todo, desde Luis hasta la discusión con Fabiola.

—Gaspy no está —me dijo después de más de una hora de conversación—, sal con ese chico y, si te gusta, estupendo; si no lo hace, no pasa nada, un amigo más, pero no deberías cerrarte, parece majo y nunca está de más sentirse un poco especial. Creo que será bueno para ti, llevas demasiado tiempo rayada por Gaspy, Aurea. Esto no es sano.

No dije nada, pero a las cinco y media me presenté en el instituto, creo que mi cara aún estaba hinchada por la llorera que le había tocado comerse a mi prima.

Entré en la biblioteca. La biblioteca del instituto no tenía mucho que ofrecer. Cuatro paredes amarillas tapadas por estanterías llenas de libros, un par más que hacían de pasillos y algunas mesas para cuatro

personas distribuidas por toda la estancia.

No había mucha gente: una pareja de tercero que se hacía carantoñas hablándose al oído, dos chicas de bachillerato a lo suyo y tres desperdigados solitarios entre los que estaba Luis, que en cuanto abrí la puerta alzó la mirada con interés y me dedicó una enorme sonrisa al verme aparecer.

Cogí aire con ganas y lo solté despacio, acercándome; me encantó cómo me miró y la forma en que sus ojos me seguían, apartando la silla junto a él para que me sentara.

5

Después de aquella primera tarde en la biblioteca vinieron muchas otras, a veces íbamos a la biblioteca municipal y, casi siempre, se nos unía Mónica.

Luis y ella se entendieron enseguida, eran dos cerebrines y hablaban el mismo idioma, uno que yo solo pillaba de vez en cuando; tampoco me preocupaba mucho, cuando se ponían en modo empollones solía desconectar, mirar a la nada y pensar en Gaspy. Soñaba despierta, imaginándome qué estaría haciendo él, preguntándome si él me dedicaría algún pensamiento. Rememoraba nuestros encuentros y, con imaginación los alargaba, cómo podrían haber sido si él, como bien dijo Fabiola, no hubiera desaparecido siempre. A veces Moni o Luis me hacían volver a la realidad, en otras ocasiones volvía por mí misma. Solía pillar a Luis observándome, era tan evidente cómo me miraba a mí y cómo miraba a Mónica, al resto de las chicas, a decir verdad, que no tenía nada que ver. La forma en que me sonreía tenía una cadencia que solo le salía cuando era a mí a quien miraba y me hacía sentir muy especial, gustable, guapa, siempre me gustó mucho cómo me hacía sentir.

Llegó mi cumpleaños, ese año cayó en domingo, lo recuerdo bien. Los Gómez prepararon una comida familiar, a la que se sumó mi padre y el resto de mis amigas. Llevábamos desde el encontronazo entre Fabiola y yo sin coincidir las cinco.

Aquellas últimas semanas había pasado mucho tiempo con Mónica y Luis. Raquel había empezado en un equipo de fútbol femenino donde era la reina del balón; la mitad de las tardes tenía entreno y la otra mitad se iba a las pistas a jugar por libre, lo de la biblioteca no iba con ella, era demasiado inquieta para estar parada y en silencio, se aburría muchísimo y había tardes que no la culpaba. Esther venía un par de veces por semana a clase y se dejaba ver más el fin de semana. Fabiola cada vez faltaba más al insti y tenía novio nuevo, un amigo del de Esther, así que ellas pasaban más tiempo juntas.

Seguía molesta con Fabiola, dolida más que otra cosa. Las palabas que me había dedicado aquella mañana me habían calado hondo, puede que fuera porque seguramente eran ciertas, así lo pensaba a veces, pero también recordaba a Gaspy observándome con su mirada bondadosa, su sonrisa y sus dulces besos y me negaba a creerlo. Todo dependía del momento del día y de mi estado de ánimo.

Habíamos acabado de comer, ya había soplado las velas y algunos aún nos acabábamos nuestro trozo de pastel cuando apareció Antonio; no volvía a casa desde la tarde del viernes. Sus padres estaban con el mío en el balcón fumando, sus hermanos pequeños miraban la tele en

el sofá, repitiendo tarta, y nosotras estábamos en una esquina de la mesa, cotilleando sobre el novio de Fabiola, a quien Moni y yo aún no conocíamos.

Asomó la cabeza por el comedor antes de ir a su habitación con un hola perezoso, al que solo mis amigas prestaron atención; bueno, por una vez yo también. Lo sopesé un buen rato, sabía que se estaba duchando y, cuando lo vi cruzar el pasillo para volver a su habitación, sin querer pensarlo más cogí un trozo de tarta y fui a ofrecérsela.

Llamé a la puerta de la habitación con los nudillos.

—Quiero dormir —contestó de malhumor tras la puerta.

Muy alentador no fue, si en estado normal era un estúpido conmigo, con sueño era insufrible. A pesar de ello abrí la puerta unos centímetros.

—¿Se puede? —pregunté sin mirar en el interior.

—¿Qué quieres, pelirroja? —preguntó en un hondo suspiro de frustración.

—Es mi cumple —abrí la puerta, no me había echado a patadas después de todo.

—Pues felicidades —contestó cuando nuestras miradas se encontraron.

Acababa de ducharse y no parecía haberle dado mucho brío a la toalla. Vestía un pantalón de chándal ancho y una camiseta de tirante amarilla que se veía húmeda, además de ser inapropiada para mediados de octubre. Semi tumbado sobre la cama, tenía unas pronunciadas ojeras bajo sus ojos verdosos, su piel lucía extrañamente pálida y se le veía fatigado, debía haber sido un fin de semana brutal. Estaba hecho una mierda.

—¡Que simpático eres, hijo! —me quejé—. Solo te traía un poco de tarta —me acerqué y se la dejé sobre la cama—, a ver si con suerte se te atraganta —añadí molesta.

—¿Quién es la simpática ahora?

—Acción, reacción; tú me tratas como una mierda, yo te contesto con el mismo cariño.

Me di la vuelta para marcharme, pero siguió hablándome y paré mis pasos.

—¿Qué quieres? —demandó cogiendo el plato de la cama—. Ni sueñes que me vaya a creer que has llamado a mi puerta para ofrecerme un trozo de tu pastel de cumpleaños. Así que suéltalo, no estoy para muchas gilipolleces, me quiero ir a dormir.

Me había decidido a hablar con él porque estaba de buen humor, a la vez que desesperada por saber algo de Gaspy. Luis me gustaba, pero estaba a mil años de causarme la vorágine de sentimientos y emociones que solo recordar a Gaspy me provocaba, él estaba por mí y yo me sentía confusa. Raquel se había ofrecido muchas veces a

preguntarle a su hermano por él, pero lo conocía, sabría que era yo la que quería saber y era mejor dar la cara, de lo contrario me lo iba a hacer pagar, menudo era Antonio.

—Solo quería preguntarte por tu fin de semana, interesarme por ti, pero no quiero entretenerte con mis gilipolleces —contesté picada, dándome la vuelta. Soltó una carcajada que me hizo girarme y mirarlo de nuevo con el ceño fruncido—. ¿Qué te hace tanta puta gracia? —pregunté enfadada. Sacaba lo peor de mí. Se llevó la cuchara a la boca con un trozo del dulce y me señaló con ella—. ¡Que te den! —exclamé.

—No seas quisquillosa —se quejó—, pero tampoco me tomes por idiota. Te importa una mierda mi fin de semana —aseguró lamiendo la cuchara—; quieres algo, pero desde luego no es eso, ni ofrecerme un trozo de pastel —dijo mirando la tarta con ojos golosos, arrasando con una honda cucharada que dejó el trozo temblando—, así que suéltalo.

—¿Qué sabes de Gaspy? —le pregunté a bocajarro.

Me mordí el interior del labio con aprensión esperando su respuesta, odiaba tener que preguntarle a él, pero era aquello o nada, y estaba harta de aquella nada.

—¿Todavía sigues con eso? —miró el pastel.

—¿Qué sabrás tú? —escupí a la defensiva.

—Que pasó de ti —alzó la vista para mirarme—, que si quisiera algo sabe dónde encontrarte. Siempre vas con mi hermana y sabe a qué instituto va. Si le interesaras habría movido el culo. Despierta de una puta vez, pelirroja —me aconsejó con chulería.

No sé cómo no rompí a llorar allí mismo, sus palabras no eran muy diferentes a las de Fabiola, y aun así había más verdad en ellas, tanta que me se me rompió el alma. Pude sentir con total nitidez cómo mi débil corazoncito, ya resquebrajado, acababa de romperse.

Me hubiese gustado decir algo, mandarlo a paseo, pero sabía que, si intentaba pronunciar palabra, mi voz se rompería como lo había hecho mi corazón, y no iba a permitir que eso pasara delante de él, darle ese gusto. Simplemente afirmé, aturdida por tanta verdad, por la magnitud de la pena que venía con ella, y me di la vuelta. Antonio dijo algo como «no llores», «no te pongas así» o «no vale la pena». Ni lo entendí, ni me interesó. Salí de la habitación y cerré detrás de mí, quedándome en la puerta sin saber a dónde ir.

Me giré y miré al comedor, donde mi padre se reía con algo que Esther le había dicho. Raquel discutía con sus hermanos pequeños, mientras sus padres intentaban que reinara la paz, y Mónica y Fabiola seguían cuchicheando ajenas a lo demás. No quería volver allí, no en la situación y en el estado en que me encontraba, así que fui al baño con intención de relajarme, y allí sí rompí a llorar.

—¿Aury? —llamó Raquel a la puerta minutos después.

—Un momento —le pedí mirándome al espejo, sopesando volver a lavarme la cara.

Aquello no tenía solución, desde un helicóptero podrían ver que había estado llorando, tenía la cara hinchadísima y roja. Estaba hecha un cuadro, y de los abstractos, además.

—¿Qué pasa, nena? —preguntó y no supe qué contestar: «¿la misma mierda de siempre?», pensé—. Voy a entrar, ¿vale? —decidió tras mi mutismo. Lo hizo, al momento abría la puerta y con solo verme la cara corrió a abrazarme—. ¿Qué te ha dicho? —demandó preocupada—. ¿Quieres que le meta? —se ofreció separándose lo justo para mirarme.

Negué con la cabeza.

—Cierra la puerta —le pedí—, no quiero que me vean así.

Hizo lo que le pedía mientras me echaba agua helada en la cara y trataba de calmarme.

—¿Qué ha pasado?

—Se acabó —sentencié más para mí que para ella—. Se acabó Gaspy —y pude notar cómo se me rompía la voz. Me cuadré de hombros—. No quiero hablar de ello —dije y me prometí a mí misma no volver a hablar de Gaspy, aquello tenía que acabar—, necesito salir de aquí —le pedí, y no tenía ni idea de cómo hacerlo sin que me viera mi padre.

Nos reunimos en la habitación de Raquel, no sé qué le diría al resto, pero nadie me preguntó por qué había llorado. Cuando mi padre vino a decirme que nos íbamos ya me había calmado, ni siquiera rechisté, tenía ganas de salir de aquel piso.

Volvimos a reunirnos las cinco una semana después y celebramos mi cumpleaños en casa de Fabiola, pero esa vez fue sin adultos, sin vigilancia y con alcohol. Aunque fuera mi cumpleaños, había gente a la que apenas conocía y por fin Fabiola nos presentó a Juan a todas. No me gustó el novio de la pija del grupo, y me pareció que no tenía nada que ver con Javi, el novio de Esther; no sabía de qué se podían conocer, no los veía alternando juntos. Javi era un chaval normal, natural y de barrio, pero el novio de Fabiola era un pijo redomado y un esnob que no tenía nada que ver con nosotras, hasta me pareció que miraba a Fabiola por encima del hombro. No dije nada, no quería que pensara que era una vendetta por las cosas que ella solía decir de Gaspy.

Nos lo pasamos muy bien, bailamos, reímos, bebimos y nos divertimos. La fiesta no decayó en ningún momento, me sentí bien, libre, despreocupada como hacía tiempo que no me sentía, y ni siquiera sabía que me sentía atada, pero estaba libre de dramas, y cada vez que pensaba en Gaspy hablaba con la persona que tuviera al

lado, intentando no volver a mi bucle y quedarme allí.

—¿Por qué no jugamos a la botella? —sugirió Marcos, un compañero de clase.

Se llevaba muy bien con Raquel, pero estaba colado por Fabiola desde segundo al menos. Miré de reojo a la pija, que se morreaba con su novio en el sofá como si no hubiera un mañana y miré a Marcos, tratando de ocultar mi cara de circunstancia.

Quedábamos diez o doce personas, eran más de las diez y Christina Aguilera cantaba *Ven conmigo* a un volumen más moderado. Estábamos desperdigados por el amplio salón.

—Qué infantiles sois —se burló Fabiola cogiendo aire y volviendo a la carga.

—¿Por qué no mejor a beso, verdad o reto? —sugirió Javi, que no querría que nadie besara a su novia.

—Fabiola —la llamó Raquel alzando la voz, para que oyera por encima de sus ruidos amorosos. Esperó a que la mirara y, cuando se separó de la lengua de su novio, continuó Raquel—, te reto a que pidas unas pizzas y las pagues; la mía sin queso, por favor —apuntó.

—Hay pasta donde siempre, pídelas tú —contestó poco dispuesta a dejar lo suyo.

—Entonces bebes —contestó Raquel poniéndose de pie para llamar y pedir la cena.

Mientras venían las pizzas jugamos un buen rato, en el restaurante estaban saturados un sábado por la noche, así que nos dio tiempo a unas cuantas rondas.

—Aury —me pasó el testigo Esther después de beber por negarse a cumplir el reto de Raquel, que era meterse en la piscina—, te toca.

—Verdad —contesté.

—¿Aún quieres a tu ex? —me preguntó Luis dejándome a cuadros.

—Yo no tengo ex —negué titubeante, extrañada por esa pregunta. Luis miró un momento a Mónica y volvió a mirarme a mí—. Te toca empollón —se la devolví.

—Beso —dijo él muy seguro.

—¡Por fin! —exclamó Esther votando sobre sí misma, mientras aplaudía como la colegiala que era, siempre fue muy espontanea—. Cerrad todos los ojos —nos ordenó señalando el amplio círculo formado sobre la carísima alfombra del salón—, debes besar a la chica que más te guste y, si ella te devuelve el beso, será con lengua —le advirtió.

—¿Y qué más? —se quejó Marcos.

—Cállate Tigretón —ordenó Esther—; vamos, cerrad los ojos, todos —advirtió.

Lo hice sin oponer resistencia, creo que fui la primera en seguir sus órdenes. Me puse nerviosa, estaba segura de que me besaría a mí

y, a la vez, temía que no lo hiciera, que me hubiese montado otra película mental como con Gaspy y pasara de mí como él.

Esperé, y el momento no parecía llegar nunca; pensé que había pasado demasiado rato, que debía estar morreándose con otra, pero no abrí los ojos. No lo hice hasta que noté que se movía cerca de mí. Entonces los abrí y me encontré con los suyos, risueños y azules.

Se acercó y pude rechazarlo, me estaba dando la opción, se movía despacio, dándome tiempo a aceptarlo o no; pero lo hice, lo acepté, Luis me gustaba. Nuestros labios se unieron y se fundieron saludándose, había timidez y suavidad en su beso, fue mucho más agradable de lo que había pensado. El último chico al que había besado era a Gaspy, y aunque no quería, el recuerdo recorrió mi mente un momento, hasta su sabor sentí que podía paladear.

El momento de Gaspy había pasado, estaba allí, en mi fiesta de cumpleaños, con Luis, y cuando sus labios se separaron de los míos, mi cuello se alargó y le devolví el beso.

Todavía no lo sabía, pero Luis era de esa clase de personas que siempre sigue las reglas, de la clase recta y correcta que se compromete con las personas y las situaciones. Esther había establecido un reglamento y, por descontado, él lo siguió.

Mi primer beso con lengua fue extraño, húmedo, tímido, pero también emocionante. Volvió a besarme, dándole más empuje a sus labios, dos y hasta tres veces; después, su lengua fue al encuentro de la mía, no le costó llegar a su destino. Aunque estaba nerviosa, deseaba aquello y le recibí gustosa abriendo los labios. Su lengua acarició la mía, la rodeó y nuestras cabezas se movieron al ritmo de ellas.

Unos golpes amortiguados me hicieron abrir los ojos. Luis se separó de mí, pero cuando comprendí que eran aplausos, le cogí de la sudadera y, mirándolo a los ojos, volví a besar sus labios antes de soltarlo y dejarlo volver a su sitio.

Fue entonces cuando miré a mi alrededor y me fijé en Esther, aplaudiendo como una tonta, con una enorme sonrisa blanca adornando su rostro ovalado. Podía sentirla mentalmente vitoreando y diciéndome «¡Por fin!». Y sí, por fin había dado mi primer beso con lengua, aunque todavía me quedaba mucho por descubrir y explorar.

6

El trimestre pasó volando después de mi cumpleaños; con tantas horas de biblioteca con Luis y Mónica remonté, y no solo lo aprobé todo, también algunas asignaturas con muy buena nota. Mi padre estaba encantado y, como recompensa, me dejaba quedarme una noche entre semana en casa de una amiga, Raquel, cosa que, en época escolar, tenía supuestamente prohibido, aunque alguna siempre caía por mucho que no me dejara.

Ya habíamos acabado las clases, pero salía de la biblioteca municipal. Luis, Mónica y yo, como de costumbre. Nos despedimos de Mónica y Luis y yo nos marchamos juntos.

—Así que pasas las navidades en Vigo —comentó Luis de camino a las pistas donde estaría Raquel. Giré el cuello para mirarlo, ya sabía que sí—. ¿Qué hay allí? Además de tu prima Sofía.

—También está mi *avoa*[6] —puntualicé—, la familia y esas cosas.

—¿Tienes ganas?

Me encogí de hombros.

—Bueno —sonreí mirándolo, cada día me gustaba un poquito más. Tenía un carácter muy tranquilo, era detallista y se interesaba por las cosas que le explicaba. Me escuchaba y siempre quería saber más de mí, y eso me gustaba; ese interés que mostraba hacía que me sintiera especial para él, y estaba claro que yo le gustaba, pero desde mi cumpleaños no habíamos tenido otro acercamiento romántico. Yo no sabía cómo entrarle y él no movía ficha tampoco, así que estábamos en suspenso, conociéndonos y forjando una amistad—, en parte. A ratos sí, tengo ganas de ver a la familia, sobre todo a Sofía, y siempre me lo paso bien pero, por otro lado —suspiré sintiéndome culpable—, no muchas.

—¿Por qué? —quiso saber.

—La vida aquí no se detiene porque yo no esté y odio perderme cosas, extraño a mis amigas y sus locuras…

—Yo te voy a añorar mucho estas semanas —declaró.

Volví a mirarlo y nuestras miradas se encontraron. Estaba loco por mí, sus ojos eran claros, pero además cristalinos, trasparentes, y se leía en ellos cuánto le gustaba.

—Yo a ti también —contesté sincera.

—¿Y hay alguien allí? —preguntó cortando el contacto visual.

—¿Alguien? —demandé sin comprender.

—Un chico o algo así —contestó como si le quitara importancia, mirando al suelo.

—No —me eché a reír—, para nada.

—No te busques uno estas fiestas —me pidió con dulzura, alzando

la mirada.

Quise besarlo, cogerlo del brazo para que se detuviera y besarlo de una vez por todas.

—No lo haré —aseguré— y menos ahora.

Esperé que me preguntara por qué, pero no lo hizo y ya habíamos llegado a las pistas, donde Raquel le estaba regateando de forma profesional a un tío que le sacaba dos cabezas. La vitoreé a pleno pulmón y Esther y Javi se acercaron a nosotros.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté sorprendida dándole un fuerte achuchón a la rubia.

—Esperando a su hermano —señaló Esther a Javi cuando acabó de besuquearme.

—Soy Javi —se presentó a Luis amablemente después de saludarme con dos besos.

—Luis —estrechó la mano que le ofrecía—, nos conocimos en el cumple de Aurea —le recordó.

—Estaba muy tocado esa noche —se echó a reír divertido.

Javi, a diferencia del novio de Fabiola, me caía muy bien, era un tío divertido e ingenioso, siempre tenía alguna ocurrencia estúpida que te hacía reír. Él y Esther se compenetraban muy bien, su relación estaba más que afianzada, lo único que no me gustaba era cuando uno de los dos se ponía en plan celoso, y los dos lo eran un rato.

—Fue buenísimo cuando vomitaste en aquel jarrón —me reí recordándolo—. ¿Cómo lo llamó Fabiola? —le pregunté a Esther, que negó con la cabeza apretando la boca.

—Ming —contestó Luis—. Llevan ese nombre por la dinastía en la que fueron fabricados y, si era autentico, su valor es muy muy elevado —nos explicó.

—Pues se lo dejé bien relleno —se burló Javi y yo me reí con él.

—No te rías —le pidió Esther dándole un codazo en el estómago a su chico, ocultando una sonrisa—, a Fabiola le cayó una buena bronca —le recordó.

—Haber llevado alcohol del bueno y no esa mierda de vodka que bebéis siempre.

—Pero si arrasaste con el bar de sus padres y no bebiste más que whisky —lo contradijo Esther.

Sabía que era cierto, aquella fue la segunda bronca que le cayó a Fabiola cuando, al volver su madre del retiro espiritual que había hecho ese fin de semana, se encontró la casa destrozada. Yo estaba allí, recogiendo y limpiando con las demás aquel desastre, con pesadez y sueño. Cuando vio el jarrón pensé que le explotaba la cabeza y a mí los tímpanos de agudos que fueron sus gritos de histérica. La bronca fue tan gorda que acabó jurando que se iba de cabeza a un internado, incluso llamó a su casi ex marido para que la apoyara en aquello,

cuando no quería hablar con él por nada del mundo.

Al final la sangre no llegó al río, aunque estaba a prueba y, tal y como le estaba yendo el curso, estaba segura de que el año siguiente repetiría cuarto en dicho internado, si conseguían meterla en el coche, claro, no era nadie Fabiola y estaba descontrolada.

—Ese whisky no tenía nada que ver con el jodido JB —apuntó nostálgico Javi.

—¿Quién es tu hermano? —me interesé observando el partido.

Luis no tardó mucho en despedirse, tenía la impresión de que Esther no le caía muy bien. De mis amigas, seguramente era a la que menos conocía, ya que casi nunca iba a clase, y pensé que quizás por eso se mostraba algo esquivo con ella.

Me cogió de la muñeca después de despedirse de mis amigos y me apartó unos metros. Paró frente a mí y, detrás de su cabeza, podía ver a Esther observándonos muy interesada.

—Tengo algo para ti —dijo antes de despedirse—, pero no lo abras aquí, ¿vale? —me pidió ladeando la cabeza y no pude hacer más que afirmar, intrigada y emocionada.

De su mochila saco un paquete no muy gordo, del tamaño de un libro de texto, envuelto en un gracioso papel de regalo de color blanco lleno de figuras de Papa Noel.

—¿Y esto? —observé el regalo que me tendía sorprendida.

No debí sorprenderme, Luis era así, siempre tenía detalles. Muchas tardes me obsequiaba con una magdalena de limón de la cafetería de enfrente, sabía cuánto me gustaban; cuando veía que a mi boli le quedaba poca tinta me traía otro y cosas así.

—Es una tontería, para que no te olvides de mí estas Navidades.

Cogí el paquete con una sonrisa, intrigada, calculando su peso.

—¿Y no puedo abrirlo ahora? —demandé curiosa.

—Preferiría que lo abrieras cuando estés sola, la verdad.

Pensé que si él no se decidía lo haría yo y no le di más vueltas, me puse de puntillas y le besé la boca. Cuando nuestros labios se separaron los suyos me dedicaban una bonita sonrisa abierta, aquella que le arrugaba la nariz, su sonrisa sincera, no la de cortesía.

—No voy a olvidarme de ti —dije pegada a él—, así que no te olvides tú de mí.

—No podría —negó—, aunque quisiera —recorrió mi mejilla izquierda con la punta de su dedo índice, siguiendo el recorrido con la mirada por mi rostro—. No hago otra cosa que pensar en ti —aseguró, dejando que la ojeada muriera en mi boca.

Me pareció tan bonito y me hizo sentir tan llena de alegría, de emoción, que hice lo que sentí que debía hacer. Volví a besarlo y él me respondió con ganas.

Después me dedicó una última sonrisa y, metiendo las manos en

los bolsillos de su abrigo, se dio la vuelta y se marchó.

Al momento tenía a Esther tirando de mi brazo.

—¡Tía! —llamó mi atención emocionada, si algo caracterizaba a la rubia, además de su despreocupación e imprevisibilidad, era lo espontanea que era. Esther siempre fue toda naturalidad—. ¡Por fin! —saltó cogiéndome las manos y yo, feliz, salté con ella, inquieta.

Aunque quise esperar al día siguiente y abrir el regalo en casa, a solas como él me había pedido, fui incapaz de esperar tanto y aquella noche lo abrí con Raquel.

En el interior había una cajita; al abrirla, lo primero que encontré fue un cuaderno de actividades de inglés. Solté una risotada al verlo, había mejorado mucho gracias a él, pero me quedaba trabajo por hacer. Por eso había cambiado mi solicitud de crédito variable de tecnología donde iba a ir con Raquel, y buscábamos un aprobado fácil, por inglés, como él me sugirió que hiciera.

—Este tío es tonto —se burló Raquel—. ¿A quién se le ocurre? —se quejó.

—Cosas nuestras —saqué el cuaderno como si fuera la joya más valiosa del mundo.

Debajo de él encontré una carta, un cd y una bolsita de tela que escondía una bonita pulsera de plata con un colgante de una bruja montada en escoba.

—Qué bonito, nena —dijo Raquel observando la pulsera—. ¿Quieres poner el cd?

—Si —contesté mirándola emocionada—. ¿Me la pones? —le tendí la joya.

Pusimos el cd, que era de música clásica, una recopilación; no era mi estilo, y mucho menos el de Raquel, que no dejaba de quejarse pasando las canciones.

La carta decidí leerla sola. Al día siguiente fue imposible, pasé el día con mi padre agobiándome con la maleta, compras de última hora y, aunque me pidió que me quedara en casa, era mi última noche del año en aquella pequeña ciudad que había convertido en mi hogar y tenía planes con mis amigas, así que después de una discusión me salí con la mía. Todas fuimos a dormir a casa de Fabiola para despedirnos. Mi padre me recogió al mediodía, volvimos a casa para coger el equipaje y nos marchamos en taxi al aeropuerto.

No fue hasta el avión que leí la carta, y cómo me arrepentí de no haberlo hecho antes. Lo que decía era bonito, mucho. Hablaba de su pasión por los clásicos, de dónde había nacido, pidiéndome que le diera una verdadera oportunidad al cd que acompañaba aquel escrito. Enlazó su amor por la música con su amor por mí, sin vergüenza me contaba lo que sentía por mí, lo que yo provocaba en él. Era tan romántico lo que había escrito allí, que me prometí no olvidarlo

nunca. Finalizaba pidiéndome que saliera con él.

Me había marchado a Vigo sin darle una respuesta y sin su número para llamarlo.

—¿De quién era esa carta? —me sacó mi padre de mis preocupaciones.

—No seas chafardero —lo critiqué alzando la mochila del suelo para sacar el discman.

—No creo que preocuparme por las cosas de mi hija sea de chafardero.

—Pues lo es —contesté buscando mi aparato de música.

—Antes hablábamos —dijo mi padre y yo rodé los ojos por la chapa que me estaba dando—, nos comunicábamos. Me contabas tus cosas, te interesabas por las mías.

—No me acuerdo —contesté seca, sacando el aparato de la mochila.

—Sí —afirmó—, lo hacíamos, veíamos la tele, reíamos… Ahora nunca estás en casa.

—Tú tampoco —lo miré—, siempre estaba sola, así que no me eches a mí la culpa —le pedí colocándome los cascos en las orejas, dando la discusión por finalizada.

No le dediqué ni un pensamiento a las cuatro palabras que había compartido con mi padre, en aquel momento creí tener cosas más importantes en las que pensar.

Escuché su cd mientras volábamos, sopesando qué hacer. Podía llamar a Mónica y decirle que le diera mi respuesta, o pedirle su número para dársela yo misma, que era lo menos que podía hacer. Pero no me gustó, ni una forma ni otra, merecía algo más y fui cavilando todo el camino hasta aterrizar en Vigo, donde nos recogieron mi tío y mi prima Sofía, que con lo pequeña que era, me hizo tal placaje que por poco me derriba.

Siempre que iba a Vigo pensaba en mi madre, y hacerlo me provocaba mucha inquietud. Me aterraba encontrármela por la calle, la idea de que no me reconociera, pero todavía más que lo hiciera, y no sabía si era peor que de hacerlo me saludara o no. Por suerte nunca la encontraba, y aquella vez no fue diferente.

Las Navidades pasaron en un suspiro, y me lo pasé genial, sobre todo con Sofía. La despedida en el aeropuerto fue lacrimógena, como siempre. La extrañaba tanto, la quería en mi nueva vida, la quería cerca, verla un par de meses a lo sumo al año entre una cosa y otra no compensaba, era lo más parecido que tenía a una hermana, y no era suficiente.

El primer día de clase me levanté temprano, me duché y me arreglé el pelo con la plancha que me habían traído los Reyes, uno de los mejores regalos de mi vida. Me enfundé en un pantalón tejano de

campana, un jersey verde esmeralda que mi prima me había dejado y terminé agenciándome las plataformas blancas.

Esperé a Luis en la entrada del insti, deseando darle mi respuesta; había preferido hacerlo en persona que por teléfono, me pareció muy frío y la espera había sido larga.

—¡He escuchado tu cd! —grité al verlo entre la multitud. Al verme esbozó una sonrisa abierta mientras sus pies se agilizaban a mi encuentro—. Y tengo una respuesta que darte.

Dejé caer la mochila al suelo y di una carrerilla, abalanzándome sobre él. Mis brazos rodearon su cuello y él me mantuvo en el aire sosteniéndome de la cintura con un brazo.

—Quiero ser tu novia —dije justo antes de besarlo—, y te he echado mucho de menos —añadí después, volviéndolo a besar—. Me encantó tu carta —agregué entre beso y beso.

—Estaba muerto de miedo pensando que no te había gustado —reconoció dejándome en el suelo—, que no quisieras salir conmigo y no hubiera hecho bien pidiéndotelo.

—No seas tonto —le pedí sonriéndole.

—Al no llamarme…

—Leí tu carta en el avión y no quería darte la respuesta por teléfono —me excusé—, no te he llamado para quedar porque llegué ayer, no he visto ni a mis amigas aún.

—No pasa nada —dijo cogiéndome la mano—. Te acompaño a tu clase.

Aquel primer día de clase hasta Esther vino, lo que sorprendió a todos, hasta al profesorado. Pude escuchar cómo nuestro tutor la reprendía, advirtiéndole que, o se lo tomaba en serio o hablaría con la directora para expulsarla, que no permitiría que su presencia o influencia jugara en contra del futuro de sus amigas, o sea, nosotras. Me pareció tan injusto y me cabreé tanto, pero ella no le dio la más mínima importancia.

Me explicaron las novedades. En casa de Mónica Papá Noel había llevado un ordenador para la familia y estaba muy emocionada. Esther se había pasado todas las Navidades castigada en casa por no aprobar ni una, menuda sorpresa, si nunca venía a clase. Y Raquel y Fabiola no se hablaban. Raquel había presenciado una discusión entre Fabiola y su novio, y como no le gustó lo que él le decía a su amiga, le dio una torta a mano abierta, seguida de una de sus amenazas. Mi *best friend* podía ser muy paciente, pero también leal y guerrera. Pobre del desgraciado que no tratara bien a alguna de sus amigas o hablara mal de su familia, porque le daba lo mismo quién fuera, se lo comía y lo vomitaba sin despeinarse. Así que Fabiola seguía con el gilipollas y no se hablaban.

—Bueno, pues ya tenéis todas novio menos yo —dejó caer Mónica

días después.

Estábamos en la biblioteca municipal, habíamos vueltos a nuestras costumbres. Luis se había levantado a por un libro para el trabajo de historia que estaba haciendo. Nosotras hacíamos los deberes de matemáticas, ecuaciones de segundo grado, me gustaban.

Me pregunté a qué venía aquello, su vida amorosa había tenido un verano movidito, pero en cuanto empezó el curso, volvió a colocarse su chip de empollona y no quiso saber nada de chicos, fiestas, ni nada que la distrajera más de lo que le parecía prudente.

—Raquel no tiene novio —le recordé mirándola.

—Raquel nunca tendrá novio —cuchicheó ella borrando en su cuaderno.

—¿Qué dices? —la cogí del brazo para que alzara la mirada del cuaderno—. ¿Por qué dices eso? —demandé en voz baja cuando tuve su atención.

Miró a su alrededor y después me dedicó una mirada reprobatoria.

—Nada —contestó negando.

—¡Nada no! —exclamé molesta.

—No alces la voz —me pidió Mónica mirando a su alrededor de nuevo.

Enfadada yo también lo hice, buscando al gilipollas que me había siseado para que me callara. Tampoco había hablado tan alto. Luis me miraba desde el mostrador, desaprobando mi actitud con la mirada; le sonreí sin seguridad y me devolvió la sonrisa.

—Dime por qué dices eso de Raquel —volví a la carga con la *Peras*.

—¿Tenemos que hablar de esto ahora? —preguntó incómoda. Abrí mucho los ojos respondiendo a su pregunta—. Yo creo que le gustan las chicas —susurró mirándome.

—¿Qué? —volví a exclamar.

—Aury —se quejó Mónica—, no estamos en la calle, baja la voz o nos echarán.

—¿Qué pasa, cari? —preguntó Luis en un murmullo cuando se sentó frente a mí.

«Cari». Desde que la semana anterior habíamos empezado a salir, me llamaba cariño o cari, no es que me molestara, me parecía muy «cariñoso», valga la redundancia, pero aún me estaba haciendo a que me llamara así, seguía sonándome un poco raro.

—Nada —negué, ni quería enfadarme, ni hablar de aquello delante de él, ni de nadie.

Seguimos a nuestras cosas, aunque mi cabeza ya no estaba para despejar la X.

Al salir de la biblioteca, Luis se ofreció a acompañarme a las pistas para recoger a Raquel o a casa, pero no quería irme con él, quería que

Mónica me aclarara por qué pensaba que a Raquel le molaban las tías, y no quería hablarlo delante de él.

—Tengo que ir a comprar bragas —lo espanté con toda intención y el efecto fue inmediato—, no creo que te sientas muy cómodo —añadí—. ¿Nos vemos mañana?

—Claro, claro, mejor ve con Mónica, mañana nos vemos, cari.

Se despidió con un beso en los labios y se marchó con cara de horror.

—Vale —me giré en cuanto se alejó un poco—. ¿De qué vas? ¿Te crees que porque Raquel prefiera jugar al futbol que maquillarse como Fabiola ya le tienen que gustar las tías? Eso es un jodido… —no me salió la palabra y me dio mucha rabia, estaba cabreada.

—Cliché —finalizó la frase por mí, al ver que yo no iba a acabar nunca.

—Exacto —la señalé—. Eres la lista del grupo, ¿de qué cojones vas?

—¡Aurea, por favor! —se quejó iniciando la marcha—. Raquel es tan amiga mía como tuya —dijo, aunque ambas sabíamos que aquello no era verdad—, y no tengo una mente tan cerrada. Yo tampoco soy la más femenina del mundo, no es por eso —aseguró.

—¿Entonces por qué es? —insistí.

—Soy observadora y veo cosas que me hacen pensar eso, pero vamos, que me da lo mismo si le gustan las chicas, los chicos o los guepardos. Mientras sea feliz, como si se lo monta con una banda de rock… Es lo que creo y me da igual tener razón o no.

—¿Pero qué cosas has visto? —demandé más relajada—. ¿Por qué lo crees?

—¿Acaso importa?

—No, supongo que no… —pero no las tenía todas conmigo.

La acompañé un trozo hasta su casa y me marché a buscar a Raquel. Normalmente en las pistas donde Raquel jugaba sus partidos callejeros solía haber alguien conocido o iba con Luis, pero aquella tarde no había mucho público, estábamos a medidos de enero, en una localidad costera, con mucha humedad, de la clase que se te mete en los huesos y no vuelve a abandonarte. No había ni Cristo.

Me senté en un banco y, congelándome el culo, la esperé, escuchando el cd de Luis al que, para mí total sorpresa, le estaba cogiendo el rollo. Sonaba una tranquila y relajada canción de Bach que me gustaba mucho, aquel piano era hipnótico y relajaba mucho.

Raquel dejó el partido antes de tiempo, supongo que compadeciéndose de mí.

—¿Dónde te has dejado al cari, cari? —se burló de mí acercándose.

—Tenía que hablar con Moni, la he acompañado un trozo y me he

venido.

—¿De qué teníais que hablar? —se interesó sentándose en el respaldo del banco.

—Problemas —la miré desde abajo y alzó una ceja—, matemáticas —corregí.

—¡Ah! —dijo indiferente—. ¿Nos vamos?

—Por favor —le pedí poniéndome de pie—, estoy congelada.

—Gallega —saltó del banco—, eres una pusilánime —se puso junto a mí y nos alejamos—. ¿Te quedas a dormir? —preguntó rodeándome el cuello con el brazo.

—Vale —contesté poco convencida—, a ver qué dice mi padre, está muy plasta.

—¡Bah! —le quitó importancia—. Dile que tenemos que estudiar.

Eso fue lo que hice, y coló, o eso dejó mi padre que pensara, creo que estaba harto de discutir conmigo. Cenamos todos alrededor de la mesa, menos Antonio, al que no extrañé ni un poco. Después nos fuimos a la habitación y cotilleamos de nuestras cosas. Lo que había hablado con Mónica no dejaba de darme vueltas a la cabeza, quería saber si era cierto o no. Tenía clarísimo que fuera verdad o no, las cosas entre nosotras no cambiarían, yo no lo permitiría, pero quería saberlo, Raquel era mi mejor amiga, yo debía saberlo.

—¿Qué estás pensando, bruja? —preguntó tan perspicaz como era.

—¿No te gusta ningún chico de la pista? —la sondeé—. El rubio ese de pantalón corto es guapo, es muy alto y parece que os lleváis bien.

—Sí —contestó indiferente—, nos llevamos bien, me río con él —reconoció.

—¿Y te gusta?

—No —se echó a reír—, es muy tonto, ha repetido curso dos veces —se burló.

—¿Te gusta alguno? Aunque no sea de la pista —apunté.

—¿Qué pasa? —dijo a la defensiva—. ¿Tengo que echarme novio porque tú tengas?

—¡No! —exclamé molesta—. Claro que no, pero no sé, nunca hablas de chicos.

—Siempre estamos hablando de chicos —dijo con pesadez.

—Sí, pero no de los que te gustan a ti —contesté.

—Es que no me gusta ninguno, no necesito estar colada o tener novio para estar bien.

—Ya, claro que no, pero…

—Pero ¿qué, Aurea? —sacó el aire por la nariz, la estaba cabreando.

—¿Te molan las tías, Raquel? —solté a bocajarro, mirándola.

—¿Qué? —exclamó.

Observé sus castaños, y me pareció que la pregunta le había dolido, pero no quise creerlo, porque no debía sentirse dolida por eso, no la estaba acusando de nada.

—Pues eso, que si te van las tías —volví a preguntar—. A mí me da igual, ¿eh?

—Y si te da igual, ¿por qué preguntas? —se movió en la cama, poniéndose boca arriba.

—Eres mi mejor amiga —le recordé—, ¿cómo no voy a saber algo tan básico de ti?

—Es que no es de tu incumbencia —se quejó.

—¿Cómo qué no? —discutí yo, incorporándome en la cama para mirarla.

—No, no lo es, si me gusta alguien o no, es cosa mía, y si me apetece contártelo lo haré y si no me apetece contárselo a nadie, no diré nada —dijo cabreada.

—Tía, Raquel —me quejé—, ¿cómo no vas a contármelo a mí, joder?

—No tengo ganas de hablar —se dio la vuelta dándome la espalda—. Vamos a dormir.

No me dio opción a replica. Apagó la luz y me quedé unos minutos quieta, sentada en la cama mirando en su dirección, observando la nada, donde había estado mi hermética amiga. Me pregunté si nuestra relación estaba descompensada. Yo le contaba cada detalle, cada suspiro. Cada vez que mi corazón bombeaba de forma irregular, ella lo sabía. Sin embargo, yo no sabía cuándo lo que hacía el suyo, y no comprendía cómo no me había dado cuenta de aquello. Aquella revelación me hizo sentir muy mal, una puta egoísta.

Me tumbé, pero no me dormí, di vueltas en la cama sin conseguir calmarme o conciliar el sueño. Me dolía que Raquel no confiara en mí, pero mucho más no haberme dado cuenta de ello. Me sentía mal por ella, pero sobre todo conmigo misma; me sentía una mala amiga, una egoísta de mierda; mi mejor amiga merecía más, mucho más.

Agobiada, me levanté a hurtadillas, fui a la cocina, donde me serví un vaso de agua, más por moverme que por tener sed. Iba a volver a la habitación de mi amiga, pero al salir de la cocina, en lugar de ir a la zona de las habitaciones, giré al lado contrario, me puse el abrigo y me fui al comedor. Ni siquiera sé por qué lo hice, en qué estaba pensando, pero fui hasta el balcón y salí a la fría noche, que me saludó con una bofetada que me heló la cara. Despacio cerré la puerta tratando de no hacer ruido y despertar a ningún Gómez.

—¿Qué haces, pelirroja? —me sorprendió una voz.

El corazón se me fue a la garganta y por segundos pensé que lo vomitaba.

—¡Joder! —exclamé más fuerte de lo que debería.

—No grites, idiota —me pidió de mala manera—, vas a despertar a toda la casa.

—Me has asustado, imbécil —me quejé buscándolo en las sombras.

No me costó encontrarlo, tampoco es que el balcón fuera olímpico, estaba sentado junto a la mesa que había en el lado izquierdo. Podía ver cómo su cigarro prendía, aunque enseguida me di cuenta de que no era tabaco lo que fumaba, su olor lo delataba.

—Eres incorregible —comentó bajando el tono, y lo conocía tan bien, que sabía que lo había dicho con una sonrisa en los labios.

—Tú sí que eres incorregible —contesté acercándome a él—. ¿De verdad estás fumando eso aquí? ¿Con tus padres en casa?

—¿Acaso importa? —respondió él y, aunque no pude verlo, supe cuál era su expresión, esa de pasota, de rebelde sin causa—. ¿Quieres? —me ofreció el porro.

—Puede —respondí ya frente a la mesa.

—Sigue soñando, pelirroja —de nuevo se reía de mí, lo conocía demasiado bien. Me quedé parada donde estaba, no me apetecía pelearme con él, no me sentía bien conmigo misma y estaba segura de que su compañía no me traería nada bueno, al contrario. Me planteé dar media vuelta y volver por donde había llegado—. ¿No puedes dormir? —busqué su mirada, acostumbrándome a la oscuridad.

—¿Y tú?

—Necesitaba relajarme —dijo alzando el canuto para llevárselo a los labios.

—¿Por qué? —me apreté los brazos contra el cuerpo buscando calentarme.

—Yo qué sé —se frotó la cabeza rapada con la mano libre—. ¿Qué te roba a ti el sueño?

—He discutido con Raquel —reconocí sentándome en la silla que había frente a él.

—¿En serio? ¿Zipi y Zape se han peleado? —volvió a burlarse de mí y yo me pregunté una vez más que estaba haciendo allí—. ¿Qué ha pasado?

—¿Acaso te importa? —contesté a la defensiva.

—No mucho, la verdad, pero sí me intriga —reconoció tirando la ceniza. Rodé los ojos y miré el cielo, buscando algo en él, aunque no sabía el qué, cualquier cosa antes que contarle a él mis problemas con su hermana—. ¿No piensas contármelo?

—Cuéntame tú qué haces despierto y puede que me lo piense.

—Tampoco creas que me interesa tanto —contestó con esa chulería suya.

Resoplé por la nariz molesta con él y me quedé callada, los dos lo hicimos. Yo miraba el cielo y creo que él me miraba a mí, así lo sentía,

pero no pensaba darle el gusto de incomodarme, si era lo que pretendía, algo que tenía clarísimo.

Los minutos corrieron y, cuanto más avanzaba el reloj, más frío tenía, allí fuera, parada.

—¿Qué tal por Vigo? —me sorprendió de pronto.

Lo busqué con la mirada sorprendida de que estuviera siendo amable, de que me diera conversación, eso no iba con él, no cuando se trataba de mí al menos.

—Bien, lo de siempre —contesté con un leve castañeo de dientes.

—¿Tienes frío?

—Como si te importara —escupí, esperando que me atacara de un momento a otro.

—Siéntate conmigo —me ofreció, retirando la silla que había junto a él.

¿Que me sentara con él? Me pregunté a qué venía aquello, y no moví ni un pelo.

—Estás flipando —me reí.

—Estás tú flipando si crees que quiero algo, tengo una manta —aclaró.

—¿Y por qué ibas a querer compartirla conmigo?

—Porque eres una enferma insufrible y no tengo ganas de aguantarte con fiebre. Venga, pelirroja —palmeó el asiento de la silla de plástico—, ven —me pidió.

Cogí aire con ganas y suspiré, no tenía ganas de pelea, pero tampoco quería volver dentro, no podía dormir y me sentía realmente mal allí dentro. Fui junto a él y me senté.

Al momento echó la manta sobre mis piernas y, cogiendo el extremo, lo puso sobre mi hombro, acercándose demasiado. Giré la cabeza para mirarlo, impresionada por aquella caballerosidad nada propia de él y su rostro estaba mucho más cerca de lo esperado.

Su aliento rozó mi rostro y algo me recorrió; aunque debía apartarme, no lo hice, me quedé donde estaba, observando el brillo de sus ojos en la penumbra. Antonio tenía un olor muy particular, masculinidad, mezclada con peligro y riesgo, además de un sutil toque a verano, si la estación puede tener un aroma propiamente dicho.

Se apartó y me puse un poco nerviosa, no sé por qué mis nervios vinieron al alejarse, en lugar de cuando estaba tan cerca como para olerlo y sentirlo, pero así fue como pasó.

—¿Y tú qué? —le di conversación, mirándolo de reojo. De pronto no quería que nos quedáramos callados, no quería calma entre nosotros, necesitaba llenar el silencio, de lo que fuera—. ¿Cómo va el trabajo?

Soltó una carcajada suave al cielo y después giró la cabeza para mirarme.

—El curro es una puta mierda —sentenció encendiendo el canuto—. Nueve horas currando en la calle con este puto frío por cuatro duros de mierda —se quejó.

Volví a mirarlo, pensando que tenía razón, el trabajo en la construcción era muy duro.

—Aún estás a tiempo de estudiar —sugerí mirándolo.

—Sí claro, como tú —resoplé y aparté la mirada, le dio una calada al canuto y me tiró el humo denso a la cara—. Tengo entendido que este año te está yendo de puta madre, no como a mi hermana —tiró la ceniza y volvió a mirarme—. Pensaba que el mal de amores distraía, pero como tú eres un bicho raro, puede que por eso tenga el efecto contrario.

—¿Qué sabrás tú de mis amores? —demandé asqueada, ignorando que acababa de llamarme bicho raro , viniendo de él, tampoco era para tanto, aunque gracia no me hizo.

—¿Aún suspiras por Gaspy?

«*Gaspy*», no quería pensar en Gaspy, me negaba a mí misma a hacerlo, pero era imposible. Desde que lo conocí, todos y cada uno de los días había pensado en él. Aunque no quisiera, en un momento u otro del día algo hacía clic en mi mente y, de alguna forma, aunque fuera un pensamiento fugaz, allí estaba, cada día.

—Qué gilipollas eres —sentencié poniéndome de pie.

—Pelirroja —se quejó—, no te vayas —me pidió.

No le hice el más mínimo caso, crucé el balcón y entré por la puerta corredera al interior de la casa, dejé el abrigo en el perchero y volví a tientas a la habitación de Raquel.

—¿Qué haces? —me preguntó Raquel con voz pastosa, removiéndose.

—Nada —contesté—, duérmete —le pedí.

Se giró hacia mi cama y empezó a olfatear.

—¿Hueles a maría? —preguntó más despierta.

—Tu hermano se está fumando un canuto en el balcón.

—¿Te ha dado? —preguntó—. ¿Qué hacías allí con mi hermano? —pisó la pregunta.

—¿Qué voy a hacer con tu hermano? Discutir, como siempre —sentencié—, nosotros no sabemos hacer otra cosa —le recordé—. No podía dormir y necesitaba un poco de aire.

—No quiero que nos peleemos —dijo sacando el brazo de debajo del nórdico.

—Ni yo —aseguré estrechándole la mano—, habla conmigo —le pedí y prometió hacerlo, intentar ser más abierta y dimos la discusión por terminada.

7

Estar con Luis era tan fácil, tan natural y tranquilo, que resultó muy cómodo. Se introdujo en mi vida y pasó a ser parte protagonista sin apartar a mis amigas. Teníamos nuestros momentos, que exprimíamos como pareja, acabando con las bocas hinchadas de tanto besarnos; tiempo para estudiar, pero sobre todo, momentos para nosotros mismos que yo siempre aprovechaba para mis *Spice*, no quería dejar de lado a mis niñas, perderlas.

El curso fue pasando a medida que el frío se marchaba, dejando paso a la primavera, esa que a todos nos altera un poco. Mis hormonas estaban más despiertas de lo que lo habían estado nunca, y con tantas horas de biblioteca y estudio, no tenía que preocuparme por el final de curso. Solo dos cosas me inquietaban aquellos días y los que vendrían después: Ir más allá con mi cari y cómo todo amenazaba con cambiar cuando la ESO acabara, como estaba cambiando ya, aunque yo mirara a otra parte y me negara a verlo.

Raquel y Fabiola habían hecho las paces un par de semanas después de su enfado, y aunque Raquel lo negaba, yo sabía que no estaba como siempre con Fabiola, que se la estaba guardando, saltaba a la mínima con ella. Fabiola tenía novio nuevo, nos cayó tan mal como el anterior. Esther seguía con Javi; después de suspender todas las asignaturas del segundo trimestre, su madre puso punto y final a su carrera estudiantil y acababa de empezar a trabajar de dependienta en una panadería. Mónica estaba estresada con los exámenes finales, a pesar de que lo tenía hecho, y Raquel seguía en su línea, instituto, pistas, colegueo, amigas, dormir y comer, era tan básica como se supone son los hombres.

—¿Te vienes mañana a mi casa y repasamos tu examen de inglés? —me ofreció Luis.

Lo miré con una enorme sonrisa, era la primera vez que me invitaba, nunca había ido más lejos del portal y la oferta me emocionó. La idea de que por fin pasáramos a la siguiente fase hizo que me revolviera por dentro, aunque no quería hacerme ilusiones.

—Claro —contesté encandilada, mirándolo mientras subíamos la escalinata.

Entrábamos al instituto, era primera hora de la mañana, acabábamos de darnos el lote los cinco minutos de rigor antes de empezar las clases, como era costumbre.

Luis era muy ejecutor, tenía un plan y lo seguía, punto por punto, sin saltarse uno. Era un chico de costumbres y se notaba que en ellas estaba a gusto, se sentía con el control. A mí me parecía bien ese control, no tenía mucho que ver conmigo, pero me gustaba.

—¿Vas a decirles a tus padres que salimos juntos? —me interesé.

Aquella era una pregunta triple. En primer lugar, si pensaba hablarles a sus padres de mí, pues yo al mío no pensaba decirle que tenía novio ni muerta. En segundo, si ya lo sabían, lo que quería decir mucho. Y en tercero, y el más importante, si iban a estar en casa.

—Estaremos solos —dijo sin darle mucha importancia y aquello en mis oídos sonó como un «cari, vamos a hacerlo de una vez por todas, tengo tantas ganas como tú».

Me quedé callada, preparándome mentalmente para lo que se avecinaba; deseaba aquello, pero lo cierto es que al verlo venir me acojoné. Las preguntas se amontonaron unas a otras, como si estaría corriendo demasiado, si Luis era el indicado… Sabía que nos queríamos, pero no si estábamos listos y, en tres minutos, me surgieron mil dudas.

—¿Nos vemos a la salida y concretamos lo de mañana? —me preguntó en la puerta.

—Claro —contesté como una autómata, perdida en mi mente.

—¿Estás bien, cari? —me cogió la barbilla para que mirara sus ojos.

Observé el azul de su mirada, era una de las cosas que más me gustaba de él: la transparencia de su mirada, lo trasparente que era él, con Luis no había sorpresas.

—Claro que sí —contesté apartando aquellas estúpidas dudas de mi cabeza.

Observó sobre mi hombro y me giré interesada en lo que fuera que llamara su atención, pero no había nada, nadie estaba junto a la mesa del profesor, hasta que observé un corazón de tiza pintado en la pizarra; volví a mirarlo preguntándome si era cosa suya.

—Te quiero —fue su respuesta a una pregunta no pronunciada.

Rodeé su cuello con los brazos y de un saltito me encaramé a él, lo besé, con todo el amor que despertaba en mí. No era la primera vez que nos lo decíamos, pero fue diferente.

—Creo que Luis y yo vamos a dar el siguiente paso —les conté a mis amigas emocionada en el desayuno.

—¿En serio? —preguntó Raquel y lo hizo más flipada que emocionada por mí.

—Yo creo que sí —contesté con una enorme sonrisa—. Me ha invitado a su casa —le cogí la mano a mi mejor amiga, nerviosa, expectante, alterada—, nunca he estado y no habrá nadie, eso implica intimidad, estaremos en su habitación, solos —alcé las cejas.

—No te hagas muchas ilusiones —me bajó al momento Fabiola de mi nube. Me giré en su dirección apretando la boca.

—¿Qué sabrás tú? —la atacó Raquel.

—Llevan seis meses juntos y ni siquiera ha intentado tocarle una

tetilla —contestó mirando a Raquel para después mirarme a mí—. Ese tío es un parado —lo criticó.

—Es un caballero —lo defendió Mónica molesta, y en cuanto lo dijo me di cuenta de que yo debería haber saltado, no ella. Pero, aunque nunca pensaba reconocerlo, un poco de razón tenía Fabiola, le costaba avanzar, y me había frenado un par de veces, por lo que siempre me sentía en suspenso, a la expectativa, esperándolo, y nunca llegábamos a nada más que a lo que teníamos. Me dije a mí misma que aquello se acabó—, la está respetando.

—¡Qué cursi! —exclamó Fabiola horrorizada. Hizo como que se metía los dedos en la boca y vomitaba—. Aury, cariño —me dijo a mí palmeándome la mano—, hazme caso: búscate a otro o llegarás virgen al matrimonio con tanto respeto y caballerosidad.

—¡Que gilipollas eres! —me exalté—. A diferencia de ti, yo me respeto, y por eso tengo un novio que lo hace, no como el tuyo, que quiso hacértelo con su amigo mirando.

—Cuánto te queda por aprender, pequeña —contestó condescendiente.

—Si tiene que aprender a ser una zorra como tú —intervino Raquel a machete, como de costumbre con Fabiola—, mejor que se quede como está.

—Mejor ser una zorra que una reprimida de mierda como otras.

No lo vi venir, de verdad que no, nadie se lo esperaba, pasó en un instante. Raquel no contestó al insulto de Fabiola, que por otra parte solo contestaba al de ella, se incorporó del banco donde estaba sentada junto a mí, se apoyó sobre la mesa y, sin que nadie se lo esperara, le dio tal bofetada que no sé cómo Fabiola no se cayó del banco.

La cafetería se quedó como en suspenso; observé a Fabiola que, con la boca abierta, se llevaba la mano al lado izquierdo de la cara, donde acababa de recibir la torta de su vida. Me giré para mirar a Raquel, que apretaba los dientes con fuerza, con ganas de darle más. Volví a mirar a Fabiola, que se recuperaba de la impresión y se cuadraba con los ojos llorosos, dispuesta a plantarle cara. Mónica, junto a ella, también se puso de pie, y yo no reaccioné. ¡Se estaban pegando, mis amigas, se estaban pegando! No daba crédito.

Fabiola intentó devolverle el golpe a Raquel, pero la otra apartó su mano golpeándole el brazo con unos reflejos envidiables. La pescó del pelo y se envolvió la mano con él, tirando de su coleta a un lado y hacia sí, a la vez que su puño se ponía en alto.

—¡Basta Raquel! —intervino Mónica.

Raquel dudó y por fin yo pude actuar, la cogí del brazo que tenía en alto.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté flipando—. Suéltala —le

ordené.

—¿Vamos a seguir permitiendo que esta pija nos mire por encima del hombro? —me preguntó sin soltarle el pelo—. ¿Hasta cuándo vamos a aguantar sus insultos y desplantes?

—Suéltame ahora mismo —le advirtió Fabiola con rabia—, te arrepentirás de esto.

—Suéltala —le pedí a mi mejor amiga al borde de las lágrimas.

—Somos amigas —apuntó Mónica conciliadora—, hablemos las cosas.

Raquel la soltó y se marchó de la cafetería, la observé alejarse.

—Corre detrás de ella —señaló esa dirección Fabiola con la barbilla—, como haces siempre —me espetó masajeándose la coleta contra el cuero cabelludo—, ve detrás a lamerle el culo y a decirle que es culpa mía —me hostigó.

—No, voy a ir detrás de ti —contesté sarcástica—. Te lo has ganado a pulso.

—Ella me ha insultado primero —me recordó recogiendo sus cosas de la mesa.

—Tú llevas escupiéndonos en la cara desde que te conozco.

—Pues si tan mala soy no seáis mis amigas, para amigas falsas, prefiero estar sola.

Se marchó como un vendaval, dejándome con las ganas de decirle que se lo estaba ganando a pulso. Suspiré y me senté, dispuesta a coger mis cosas e ir a por Raquel.

—Esther se va a cabrear por perderse este numerito —se sentó Mónica también.

—¿No vas a decir nada más? —la ataqué cabreada.

—Esto tarde o temprano tenía que pasar —sacó un libro de la mochila—, había demasiada tensión entre ellas. Las cosas mejorarán —aseguró restándole importancia.

—No lo creo —negué metiendo todo en la mochila—. Voy a ver cómo está Raquel —me puse de pie.

—La que ha recibido ha sido Fabiola —me miró desde abajo.

—¿Y a qué esperas para mover el culo?

—Tenemos un examen dentro de dos horas.

—Eres muy pesada, te lo sabes de sobra, me lo sé hasta yo —me quejé alejándome.

Encontré a Raquel en un banco del patio, mirando a la nada, le di su mochila e intenté hablar con ella, pero no tenía ganas de hablar, y cuando Raquel no quería hablar, no podía hablar nadie a su alrededor. Saqué el libro de historia y me puse a repasar el examen. Se estaba bien allí fuera, el sol calentaba y hubiera estado cómoda si no fuera por todo lo que rondaba mi cabeza. La discusión de mis amigas y mi cita con Luis en su casa peleaban por ser el tema estrella de mis

pensamientos, mientras leía sin enterarme de nada.

Al acabar las clases me encontré con Luis. Raquel se había marchado sin decirme nada, así que me fui a mi casa; él me acompañó, hablamos de lo sucedido en el desayuno y sobre cómo quedaríamos para el día siguiente.

Al llegar a casa llamé a Raquel, discutimos. Era incapaz de hablar, de contarme cómo se sentía después de lo sucedido, de abrirse y, si no lo hacía conmigo, sabía que no lo haría con nadie y eso era insano. Me había prometido no ser una egoísta y tenía que actuar.

Los viernes por la tarde no teníamos clase, así que me presenté en su casa a primera hora de la tarde. No estaba, no tenía entreno hasta media tarde, así que la busqué en las pistas, y allí estaba, desfogándose contra el resto de jugadores y la pelota como una posesa, como si aquel partidillo entre colegas fuera la final del mundial de fútbol y le fuera la vida.

—¿Qué pasa? —se sentó conmigo el hermano de Javi.

—Hola —lo saludé mirándolo—. Esperando a Raquel —contesté observándola jugar.

—Tu amiga hoy lo está dando todo —comentó.

Conocía a Juan de las pistas, me lo había presentado Esther; no éramos amigos, ni mucho menos, pero a veces hablábamos de cosas superficiales, era un chaval muy majo.

—Está cabreada —afirmé sin dejar de observar sus movimientos—, para ella el deporte es terapéutico.

—¿Y para quién no? —sentí que me observaba.

—Para mí —sonreí sin prestarle atención—, dame un balón y destrozaré el mundo.

Soltó una carcajada exagerada que me hizo mirarlo, sonreí negando. Lo decía en serio, era muy patosa para los deportes, y una vaga de campeonato, no me gustaban las actividades físicas de ningún tipo.

—¿Qué te gusta hacer? —se interesó.

Hablamos hasta que el partido acabó, no le presté mucha atención a la conversación. Tenía cosas más importantes en las que pensar, como hablar con Raquel de lo sucedido en el almuerzo, mientras me preguntaba si Esther estaría en casa, tenía que hablar con ella sobre lo del día siguiente. Necesitaba que me diera algún consejo para mi gran momento.

—¿Me acompañas al entreno? —se plantó Raquel frente a nosotros sudada y ahogada.

—¿Vas a ir a entrenar después del machaque que acabas de pegarte?

—¡Pues claro! —exclamó—. Tengo que pasar por casa primero.

Nos despedimos de Juan sin muchas florituras y nos alejamos sin

mirar atrás.

—Creo que le molas al hermano de Javi —comentó Raquel a una distancia prudencial.

—¿Qué dices? —la miré de reojo—. Que a veces me hable no significa que le guste.

—Aurea… No te enteras de nada —soltó una carcajada.

—¿Ya estás de mejor humor? —la miré mientras caminábamos.

—¿Tú también crees que soy una reprimida? —me sorprendió con un tono muy diferente—. ¿Es eso de lo que habláis cuando yo no estoy? —miró al suelo, avergonzada, triste. Puede que fuera mi amiga más hermética, pero era mi mejor amiga y la conocía.

—¡No! —exclamé ofendida—. No hablamos de ti cuando no estás, no te criticamos.

—Pero lo piensas —hizo un sonido de asco con la boca.

—Raque —me quejé rodeando su brazo entre los míos—, eres muy —intenté buscar la palabra— cerrada. Pareces incapaz de abrirte, me prometiste hacerlo —le recordé, e intenté dejarlo ahí pero no pude—, pero ni siquiera lo intentas —le reproché.

—No me sale Aury —dijo con esa simpleza tan suya—, no soy como vosotras.

—Como si nosotras fuéramos iguales —me reí, giró el rostro y me dedicó una sonrisa—. Creo que eso es lo que nos hace especiales, lo que nos une —apunté.

—No creo que eso dure mucho más —dijo con pesar.

—¡Pero qué dices! —exclamé indignada—. Fabi y tú lo arreglaréis —aseguré.

—Hace tiempo que Fabiola y yo no nos tragamos —contestó ella negando la cabeza.

—¡Claro que os tragáis! —discutí—. Sois amigas —le recordé.

—No, no creo que seamos amigas —me miró negando de nuevo—, ni que tengamos nada que ver la una con la otra —la miré mientras caminábamos—, simplemente nos movemos juntas porque estamos en el mismo grupo.

—Eso lo dices porque estás enfadada, pero cuando se te pase, verás que no es verdad.

—Nunca hago planes con Fabiola, no tenemos nada en común, o salimos juntas o no saldría con ella como contigo. Al igual que Mónica y Esther tampoco hacen nada juntas si no es en grupo. Todo va a cambiar Aury —me advirtió—; cuando acabe el curso, nada será igual —auguró y me dio miedo que tuviera razón—, ya lo verás. Tú y Mónica empezaréis bachillerato, conoceréis gente nueva; yo no sé qué voy a hacer, pero no estaré con vosotras. Fabiola estará en el internado y Esther… Te guste o no, ya se está alejando, aunque no te quieras dar cuenta. ¿Cuánto hace que no la ves?

Me negaba a creer lo que acababa de decir Raquel, nunca me separaría de mis Spice; era cierto que llevaba un par de semanas sin ver a Esther, pero seguía siendo una más.

—Trabaja por las tardes, nosotras estamos en clase por las mañanas, el fin de semana Javi no trabaja y quiere pasar tiempo con él —la excusé.

—Exacto, se está alejando, no lo hace a propósito, es un proceso natural de la vida.

—Cállate ya —la removí—, pareces Mónica analizando todo. Seguiremos igual de unidas —aseguré y la verdad es que creo que no solo intentaba convencerla a ella, si no a las dos, porque me daba pavor perderlas; ellas, junto a Luis, conformaban mi mundo—. Es más, ahora cuando te deje, voy a ir a ver a Esther.

—No es que quiera que pase, pero es lo que pasará, ya lo verás.

Aquella conversación me dio mucho en lo que pensar, como si mi cabeza no estuviera ya llena. Raquel me acompañó hasta la panadería donde trabajaba Esther y, para sorpresa de las dos, ya sabía lo ocurrido entre Fabiola y Raquel aquella mañana. La primera la había llamado para explicárselo, y sermoneó a Raquel, posicionándose del lado de Fabiola, lo que provocó que Raquel se fuera mosqueada y me dejara allí.

—¿Tú que piensas? —me preguntó cuando nos quedamos solas.

—Que las dos se han pasado lo suyo —contesté—, pero que Raquel debería pedirle perdón por haberla abofeteado delante de todo el mundo —estuve de acuerdo con ella.

—¡Pues eso digo yo! —exclamó y me dejó para atender un cliente.

—¿Cambiamos de tema? —pregunté.

Me dedicó una sonrisa abierta y ladeó la cabeza mirándome, con la ilusión brillando en sus ojos verdes. A Esther no le gustaban los dramas, ella era diversión y optimismo.

—¿De qué quieres hablar, pelirroja?

—Creo que mañana es el día con Luis —contesté con emoción.

Empezó a dar saltitos alegres acercándose a mí, pero tuvo que volver a su sitio para atender a otra clienta. Hablar con ella en el trabajo era una mierda, no se podía tener una conversación tranquila y fluida, a cada momento nos interrumpían.

Me quedé toda la tarde con ella, hablando entre cliente y cliente; la ayudé a recoger y seguimos hablando de las expectativas sobre lo que se avecinaba, me dio algunos consejos. Hablamos por millonésima vez sobre su primera vez con Javi, me habló de otros momentos con él, me dio un montón de información y consejos que yo intentaba grabar a fuego para que mi primera vez fuera increíble y maravillosa, inolvidable.

Javi la recogió y me llevaron en coche a casa de Raquel, donde me

quedé a dormir.

—Aurea —se quejó Raquel medio dormida—, es la cuarta vez que me despiertas con tus soplidos —se quejó—, mañana tengo partido y voy a estar echa polvo.

—Perdona —me desarropé—, estoy nerviosa por lo de mañana.

—Duérmete —me pidió Raquel.

Cogí aire con ganas y lo expulsé ruidosamente intentando relajarme.

—¡Aury, joder! —se quejó perdiendo la paciencia

Me levanté de la cama sin saber a dónde ir o qué hacer, salí de la habitación y fui a la cocina, me bebí un vaso de agua y, al salir, me crucé con Antonio.

—¿Qué haces levantada? —me preguntó de malos modos, los suyos.

—No puedo dormir —me rasqué la frente— y no dejo dormir a tu hermana.

—Vente —me señaló con la cabeza el comedor.

Alcé las cejas cuando ya me daba la espalda y negué con la cabeza, estar con Antonio no iba a relajarme, al contrario, acabaríamos discutiendo, me alteraría y no podría dormir. Pero toda mi vida está llena de acciones sin sentido, de malas ideas y lo seguí hasta el balcón abierto, cerré detrás de mí y me coloqué frente a él, con la mesa entre nosotros.

—¿Qué te pasa? —preguntó vaciando los bolsillos de sus bermudas grises.

—Estoy nerviosa —reconocí.

—¿Y eso? —pareció interesarse, sacó una china y empezó a quemarla.

—¿No irás a fumarte un peta ahora? —lo critiqué.

—¿Algún problema? —preguntó con chulería—. Me relaja.

—Tus padres están durmiendo ahí dentro —le recordé—, pueden salir en cualquier momento y pillarte —dije escandalizada.

—¿Crees que me importa? —demandó y me quedé callada—. Me la pela —contestó.

—Obviamente —respondí acomodándome en la silla.

Los dos nos quedamos en silencio, busqué estrellas en un cielo nocturno y encapotado, aunque tampoco es que hubiese podido ver muchas de haber estado despejado. Él se liaba aquella mierda con profesionalidad, sin importarle nada, en su línea, vaya.

—¿Cómo te va con míster perfecto? —preguntó lamiendo el papel del canuto.

—¿Qué sabrás tú de mi novio? —lo busqué con la mirada.

—Que te vas a dar una hostia de las buenas, nadie es perfecto.

—¿Cuándo me has oído decir que lo sea? —pregunté molesta.

—Estás todo el día hablando de él y prácticamente vives aquí, se oyen cosas.

—No deberías poner la oreja —contesté indignada.

—No lo hago —petó el porro—, tú eres una cotorra —soltó el humo.

—Hoy es viernes —recordé—. ¿Por qué no estás de fiesta? —me extrañé.

—He estado un rato con los colegas en la ermita. Mañana trabajo —se acomodó mirando el techo del balcón—, horas extras, así que me he venido para casa.

—A fumarte un canuto que podrías haberte fumado con tus amigos… —comenté.

—El último antes de irme a la cama.

—¿Me das? —extendí la mano hacía él.

—¿Quieres fumar? —se rio de mí.

—Quiero relajarme, para eso fumas tú, ¿no?

—¿Has fumado alguna vez?

—¿Eso importa?

—No, no has fumado y paso de comerme el marrón si te da un blancazo.

—No seas gilipollas —me quejé sin saber qué era eso—, déjame probarlo —le pedí.

Encendió el porro y, aunque no creí que lo hiciera, me lo pasó. Le di una calada que fui incapaz de tragarme, me dejó un sabor asqueroso en la boca. Le di otra que me hizo toser como una loca, creí que nunca podría quitarme esa carraspera y mal sabor de encima.

—Vas a despertar a todo el vecindario —se quejó.

Lo probé otra vez y volví a toser, me lo quitó de entre los dedos de un manotazo.

—¡Eh! —me quejé.

—Si no sabes fumar no me pidas —le dio una calada y se lamió los labios soltando el humo por la nariz—, si no sabes andar, no intentes correr.

—¿Qué quiere decir eso? —pregunté.

—¿Y tú eres la amiga lista de mi hermana? —se burló de mí.

—No —lo miré, ofendida de que no supiera nuestros roles—, esa es Mónica.

—¿La pechugona de gafas? —preguntó tirando la ceniza.

No podía creerme que no se supiera los nombres, éramos amigas desde que empezó el instituto. Había tenido años para saber diferenciarnos y saber quiénes éramos.

—Sabes que yo soy Aurea ¿no? —le pregunté.

—¿Cómo olvidarlo si estás todo el día en mi casa?

Negué pensando cuánto le gustaba hacerme de menos,

restregarme que siempre estuviera por allí, pero no tenía ganas de entrar al trapo. No sabía si las caladas me habían colocado o no, pero me sentía tranquila, sin ganas de guerra.

—A Mónica en el insti la llaman la Peras —me reí y él se carcajeó, me restregué la cara y me eché el pelo hacía atrás—. Soy una mala amiga por reírme, ¿verdad? —alcé la mirada y me encontré con la suya, que centelleaba en la oscuridad.

—No —contestó serio y se cuadró en su silla frente a mí, como si fuera a decir algo concluyente e importante; imité su gesto y me tendió el porro—, tienes sentido del humor.

—Gracias —respondí con una sonrisa cogiendo lo que me ofrecía.

—Eso no cambia que seas súper cargante y pesada.

—Que te den por el culo —contesté sin molestarme.

—A lo mejor me gusta —ladeó la cabeza haciéndome reír, sin cabrearse conmigo.

—Y luego no quieres otra cosa —afirmé—. Yo también voy a probar cosas nuevas —confesé cómoda con él para variar—. Mañana lo voy a hacer con mi cari —no sé ni por qué se lo dije, por qué le di aquel poder—, por eso estoy nerviosa y no puedo dormir.

Le di una calada al porro que me raspó todo el esófago y, al llegar a mis pulmones, creí que me ahogaría para siempre. Empecé a toser y él a cagarse en todo, incluida mi madre y algunos antepasados que no venían al caso.

—¡Joder, pelirroja! —me arrebató el canuto—. Eres una niñata, aprende a fumar y luego fuma porros.

—¿Por qué te cabreas? —pregunté impresionada por su rabia cuando estábamos bien.

—¡Lárgate de aquí! —me echó—. Vente con mi hermana de una puta vez —retrocedí, dolida. Acababa de abrirme y, para una vez que estábamos bien, me trataba a patadas, como siempre—. No sé por qué te aguanto, por qué lo intento, si no tienes dos dedos de frente.

—A diferencia de ti —contesté con la escopeta cargada después de su ataque—, que con esas entradas, se te está poniendo una frente que podría aterrizar un maldito avión.

Me levanté muy digna y me largué del balcón, cerrando la corredera de un golpe, con suerte despertaba a sus padres, iban a ver qué pasaba y le bajaban los humos.

Me metí en la cama, Raquel ni se despertó, roncaba como si quisiera aspirar la habitación entera. Negué nerviosa y pensé que sería incapaz de dormirme entre el cabreo y los atronadores ronquidos. No sé si fue por lo que había fumado o porque simplemente había canalizado parte de mis emociones hacía fuera, pero me dormí en un momento.

—Tú —me despertó Antonio dándole una patada al colchón de mi

cama. Sobresaltada, abrí los ojos, estaba junto a mi cama, recién duchado—, no quiero dramas —me advirtió.

—¿Qué? —demandé sobada, intentando averiguar qué le pasaba en aquella ocasión.

Me tiró algo encima y se largó. Lo observé marcharse y recogí lo que me había tirado. Condones, dos condones. Los apreté dentro de la mano y me di la vuelta en la cama, ahogando mi vergüenza contra la almohada.

Cuando conseguí recuperarme del bochorno, alcé la cabeza y busqué a Raquel, miré la hora y me cagué en todo, el partido ya había empezado y yo debía estar allí, apoyándola. Me levanté corriendo, y con las prisas me olvidé por un rato de mi cita con Luis, pero en cuanto me vestí y salí corriendo al campo de futbol, empezaron los nerviosa de verdad.

Al llegar ya había empezado la segunda parte, busqué alguna cara conocida y enseguida vi a Mónica, me extrañó que no estuviera estudiando, no hacía otra cosa.

—Hola —la saludé sin aliento sentándome a su lado.

—Llegas tarde —me dijo mirando al campo.

—¿Por qué crees que vengo echando un pulmón? —contesté buscando a Raquel en el césped—. ¿Cómo van? —observé cómo le regateaba a una defensa, pasó la pelota.

—Dos uno ganando, Raquel ha marcado —me miró—. ¿Te has peinado? —preguntó.

—Apenas —contesté peinándome el pelo con los dedos—, me he dormido.

—Pareces una leona —dijo—, pero te queda bien, estás guapa, así en plan salvaje.

—Hoy lo seré con Luis —le guiñé un ojo—. Grrrrr —hice un gesto de leona y las dos nos echamos a reír, por lo ridículo que había quedado—. Estoy nerviosa —reconocí.

—No lo estés —me aconsejó Mónica—, lo único que debes estar es segura.

—Lo estoy. Luis es increíble, ya lo sabes —miré al campo de nuevo—. Lo quiero mucho —reconocí—, es super dulce, cariñoso… Quiero hacerlo, quiero que sea con él.

—Entonces no estés nerviosa, déjate llevar por la situación y pásatelo bien.

—Antonio me ha dado condones —negué con una sonrisa mirándola.

—¿Qué Antonio? —me miró extrañada y yo afirmé alzando las cejas y apretando la boca. Miró al campo de juego buscando a Raquel—. ¿Toni? ¿El hermano de Raquel?

—Sí —seguí su mirada—, que no quiere dramas me dice el

gilipollas —me reí.

—¿Y él cómo lo sabe?

—No sé, estábamos hablando de buen rollo y se lo dije —me encogí de hombros sin darle ninguna importancia, no la tenía, ¿para qué añadir que acabamos como siempre?

—Te ahorras pasar la vergüenza de ir a comprar —contestó práctica.

—Digo yo que Luis habrá comprado, ya sabes lo previsor y metódico que es.

—Supongo que sí —estuvo de acuerdo conmigo.

El equipo de Raquel ganó, se juntaron para comer y celebrar la victoria. En circunstancias normales me habría apuntado, pero las circunstancias no podían ser más excepcionales. Iba a perder mi virginidad y necesitaba darme un baño, elegir algo bonito y ponerme guapa como la ocasión merecía. Así que me despedí y me marché a casa.

—¿Aurea? —me llamó mi padre extrañado al escuchar la puerta.

—Sí —cerré—, como en casa hoy —le informé, yéndome directa a mi cuarto.

—¿Cómo estás, mi vida? —se asomó por la puerta.

—Bien —contesté indiferente, rebuscando en el armario qué ponerme.

—No te veo desde el jueves —se quejó con suavidad, con cariño. Hice un sonido parecido a *ajá*, pasando de él, en mi línea adolescente—. ¿Te apetece que comamos fuera? Hace tiempo que no hacemos planes padre e hija, podemos ir a comer y después…

—No —lo corté sin dejarlo ni siquiera acabar, apenas lo estaba escuchando—, comeré algo rápido, he quedado para estudiar y me tengo que duchar y hacer cosas antes.

—Dúchate rápido, hace buen día, puedo reservar en la playa, no tardaremos mucho…

—¿No escuchas? —me molesté—. Te estoy diciendo que tengo prisa, así que no me agobies —le pedí—, no tengo tiempo que perder contigo.

Se abrió un silencio, yo pensé que se había ido y, cuando volvió a hablar, me sobresaltó.

—Algún día echarás de menos pasar tiempo con tu viejo —contestó dolido.

Rodé los ojos, aquello era un chantaje emocional en toda regla y no pensaba dejarlo correr. Desde hacía un tiempo mi padre intentaba acercarse a mí, fui consciente de ello, pero gracias a él había aprendido a ser independiente, a ir a la mía, y eso pensaba hacer.

—¿Qué pasa? —me giré para mirarlo—. ¿Echas tú de menos pasar tiempo con tu hija?

—Claro que echo de menos pasar tiempo contigo —contestó.

—¿Ahora? —pregunté—. ¿Ahora te acuerdas de que tienes una hija? —ataqué sin miramientos—. Podrías habértelo pensado antes, cuando llegabas a las tantas de la noche y yo me quedaba despierta esperándote, ¿para qué? Para que me echaras la bronca por no estar en la cama. Ahora no vayas de padre modelo cuando has pasado tanto de mí.

—He trabajado mucho, es cierto —reconoció—, pero intento enmendar las cosas. Aurea —dijo en tono quejicoso—, sé que he podido descuidarte…

—Lo has hecho —me crucé de brazos de mal humor—, lo has hecho mucho tiempo.

—Lo siento —dijo apenado—. Solo intentaba ganar dinero para que pudiéramos tener una buena vida, un futuro en el que no te faltara de nada. Quiero lo mejor para ti, mi vida.

—Pues enhorabuena —me giré de nuevo al armario.

—Lo he hecho lo mejor que he podido dadas las circunstancias, siento que me odies.

Escuché su voz tomada y me sentí fatal por ser tan hija de puta. No era un padre modelo, pero tampoco era un mal padre, más si lo comparabas con mi madre. Me daba bastante vía libre, nunca me faltaba de nada y, cuando quería algo, solo debía abrir la boca para tenerlo. Trabajaba mucho, pero ya no lo extrañaba como años atrás, había aprendido a ir a la mía, y me daba rabia que quisiera hacer como si nada, pero también herir sus sentimientos, porque a pesar de todo, sabía que me quería, que era lo primero para él.

—No lo has hecho mal —me giré diciéndole sin decir las palabras mágicas; que lo sentía—, y yo no te odio —sonreí incrédula—, no te hagas la víctima porque no te pega nada, tiburón —así es como era en el trabajo, un tiburón, un jefe despiadado y duro.

—¿Pido algo y comemos juntos? —preguntó. Afirmé con la cabeza y él imitó mi gesto, se acercó hasta mí y me besó la frente—. Te quiero —dijo sobre ella.

Quise decirle que yo también lo quería a él, porque era cierto; la había cagado mucho, pero también había hecho muchas cosas bien y lo quería, pero no me salió decirlo y callé.

Después del «drama» con mi padre, por fin pude elegir la ropa; en lugar de un baño me di una ducha y comimos mexicano hablando, sobre todo de mí. Estaba muy contento con la mejora de mis notas aquel curso, se le veía orgulloso de mí, y fue agradable, al menos pude dejar de pensar en Luis y lo que se avecinaba. Hablamos del futuro, pero no tenía muy claro qué quería ser. ¿Qué niña o niño de quince años lo sabe?

Después de la comida volvieron los nervios. Puse el cd de Estopa a

todo trapo mientras utilizaba el difusor para rizarme el pelo con poco éxito. Mi melena pelirroja no era lisa ni rizada, más bien ondulada y bufada, sin gracia. Me estaba dejando crecer el flequillo y estaba en esa medida que no se puede hacer nada con él, así que cogí las tijeras y, sin pensármelo mucho, lo corté; después de arreglarlo quedó demasiado corto para mi gusto, quise llorar, pero no dejé que el maldito flequillo me arruinara. Aunque era más de pantalón de tiro bajo y campana, había escogido un vestido tejano, en el que me embutí con esfuerzo, era del verano pasado y no era mío, estaba casi segura de que era de Esther, aunque por cómo me costó entrar en él, pensé que podría ser de Fabiola. Me coloqué mis plataformas preferidas, negras con la plataforma blanca, y me maquillé, cosa que solo hacía para ir a Vips. Preparé mi tejana con interior de borrego y metí allí los condones.

En el espejo de pie de mi armario me observé, me vi bastante bien a pesar del sacrilegio de mi flequillo. Me coloqué la tejana y comprobé el contenido de los bolsillos, después de asegurarme que las gomas estaban en su sitio me marché súper nerviosa.

Tenía un paseo de mi casa a la de Luis, pensé que sería bueno para relajarme, pero ocurrió lo contrario. Estaba cada vez más nerviosa, con mil dudas, repasando los consejos de Esther y Fabi en mi cabeza para no cagarla, autoconvenciéndome de que no dolía tanto. Ambas me lo habían dicho, aunque Esther en su día se pasó una semana quejándose.

Al llegar estaba echa un manojo de nervios, mis dedos temblaron de camino al 2º 2ª del telefonillo. Nadie contestó, la puerta simplemente se abrió y subí por las escaleras, incapaz de esperar el ascensor.

Luis me esperaba en el rellano con una sonrisa que se amplió al verme, arrugando la nariz, una de sus auténticas sonrisas, había aprendido a diferenciarlas al poco de empezar.

—¡Cariño! —se acercó a mí y me cogió la mano, me hizo dar una vuelta sobre mí misma—. Estás guapísima, cari —aseguró con esa devoción que me hacía sentir bonita.

Afanada le besé los labios y mi lengua salió en busca de su compañera de juegos favorita, la de él. Estaba nerviosa, peor aún, ansiosa, tenía ganas de empezar, pero él no respondió como yo esperaba. Cogiéndome de la mano me llevó al interior del piso.

Me hizo un breve tour por su casa, muy rápido, se lo podría haber ahorrado.

—¿Así que este es tu cuarto? —dije en la puerta observando el interior.

—Sí —contestó cogiéndome la mano y llevándome a la siguiente puerta—, y este el de mi hermano —me enseñó otro cuarto y me sentí

desconcertada, pero le seguí el rollo.

—¿Quieres beber algo? —preguntó de vuelta al salón.

—¿Me tocas algo? —me acerqué al piano de cola que dominaba la estancia.

Sabía que lo tocaba, pero nunca había tenido la oportunidad de verlo o escucharlo. Acaricié la superficie negra y reluciente, sobre él había un par de fotos de él y su hermano, una de cuando eran niños y otra más actual, aunque al menos tenía un par de años.

—Por supuesto —sonrió acercándose—, a decir verdad, he preparado algo para ti.

—¿Qué canción vas a tocar? —le pregunté, observando lo emocionado que estaba.

—No son canciones, son piezas, y te voy a tocar algo de mi película romántica favorita.

Se sentó en la banqueta frente al instrumento y palmeó el asiento para que me sentara a su lado. Ni lo pensé.

—¿Desde cuándo te gustan las pelis románticas? —pregunté mientras me sentaba.

Olía bien, se había perfumado y los nervios crecieron en mi estómago. Además, se le veía muy seguro, no había ápice de duda en sus movimientos y me encantó aquella faceta. Solía ser muy indeciso y eso me ponía nerviosa, era una de las pocas cosas que no me gustaban de él, que no tuviera nada claro hasta analizarlo bien, pero estaba en su elemento.

—Soy muy versátil con el cine —me miró de reojo, sonrió y dejó lo que estaba haciendo para coger mi rostro y besar mis labios—. Espero que te gusta, cari.

Sus dedos se empezaron a mover sobre las teclas. Había elegancia en sus manos, la izquierda cambiaba de notas más veloz, mientras la derecha las sostenía y me llevó más tiempo del necesario reconocer la canción perdida en sus manos. Al hacerlo observé su rostro, había tanta calma en él que conseguí relajarme. La melodía tranquila y agradable que creaba me recordó a él. La pieza era muy romántica, y él me pareció muy seductor, adjetivo que jamás le había otorgado. Aquella seguridad que derrochaba, la fuerza, los sonidos creados de la nada que transmitían tanto… Apoyé la cabeza sobre su hombro y observé sus manos. Nunca estuve ni estaría más enamorada de él que en aquel momento.

—Joder —intenté recomponerme de las emociones que me invadían cuando acabó.

—¿Te ha gustado? —se giró para mirarme.

—Es precioso —dije emocionada, tratando de no llorar y fastidiar el maquillaje.

—Ni se acerca a tu belleza —respondió rodeándome el rostro con

las manos. Me besó en los labios suavemente y yo solo me dejé llevar, a su ritmo, calmado y dulce, acompasando mis labios a los suyos para dar paso a nuestras lenguas, que se movieron al mismo compás—. Te quiero muchísimo —reconoció sobre mi boca.

—Yo a ti más —contesté del mismo modo.

Se separó de mis labios y quise seguir besándolo, quise que nuestros labios se desgastaran de tanto besarse, acariciarse y mimarse, pero ya no estaban conmigo.

—Estoy componiendo algo nuevo —dijo mirando el teclado para volver a mirarme a mí—, para ti.

—¿En serio? —pregunté incrédula y muy emocionada—. ¿Lo tocas?

—No —sonrió arrugando la nariz—, cuando esté acabado —me acarició la punta de la nariz con cariño—. ¿Estudiamos? —me ofreció—. ¿Y tus cosas? —preguntó extrañado.

—No las he traído —contesté tranquila—; pensé que, como íbamos a estar solos, te apetecería hacer otra cosa que estudiar.

No sé cómo tuve el valor de decir aquello, con lo cortada que era, pero Luis era mi novio y confiaba en él, después de medio año era capaz de hablar sin tapujos.

—Llevas fatal el inglés —me recordó—, es el examen final —apuntó.

—Olvídate del puto inglés —le pedí—, lo llevo mejor que nunca, irá bien —aseguré.

—No seas malhablada Aurea, por favor —me pidió él a mí, odiaba que hablara mal—. ¿Qué te apetece? ¿Habías pensado en algo?

—Lo típico —contesté—. Ir a tu cuarto, darnos el lote, probar algo nuevo… Ya sabes… —alcé las cejas sonriendo. Parecía no saber o se hacía el tonto—. En la cama…

—¿Ahora? —me entendió por fin y no me gustó un pelo su reacción.

—No —contesté sarcástica—. ¿Cómo te viene para 2010? —demandé molesta.

—No es que no quiera hacerlo, cari —se quejó—, claro que quiero, y estoy deseando que seas la primera, porque te quiero como no he querido a ninguna chica —su respuesta me reconfortó, pero sabía que iría seguida de un pero que no se hizo esperar—, pero no sé, no creo que estemos preparados.

—No es un examen —discutí—, es sexo, ensayo, acierto, error y acierto hasta el fondo.

—Ya sé lo que es —pareció ofendido.

—¿Y te sabes la teoría?

—No soy idiota —se quejó.

—¿Y no te apetece llevarlo a la práctica?

—Claro que si —volvió a cogerme de la cara—, pero prefiero hacerlo de otra manera, que nos preparemos para ello, estar seguros. Puede que un ambiente mejor.

—Se supone que yo soy la chica, no tú —me solté de sus manos y él soltó una carcajada—. Me haces sentir como una loca salida que quiere robarte tu virginidad —me quejé poniéndome de pie, muy seria, decepcionada.

—¿Y no es lo que eres? —le dediqué una de mis miradas matadoras, advirtiéndole de que estaba a cero coma de mandarlo a tomar por el culo. Sonrió con afecto y se puso de pie—. Es broma —dijo observando mi rostro—, y lo sabes —rodeó mi cintura con las manos y me zarandeó suavemente para que lo mirara—. ¿Qué te parece si pasamos del inglés y hacemos algo para mayores de trece? —alcé la mirada a sus ojos.

—¿Qué quiere decir eso? —demandé sin comprender.

—Como en las películas; están catalogadas para edades, en las de trece se ve algún pecho —hice rodar mis ojos al escucharle decir pecho, en lugar de teta, tetilla o algo así—. Esta es mi propuesta —volvió a zarandearme suavemente—: Una peli en mi cuarto, nos tumbamos en mi cama y nos enrollamos, nos magreamos y dejamos la peli de más de dieciocho para cuando acabe el curso. ¿Cómo lo ves?

—Yo elijo la peli —me resigné.

—Eso está hecho —me besó.

8

Por fin habían acabado las clases y Raquel y Fabiola habían hecho las paces una vez más. Raquel ya no la buscaba como antes, se ignoraban bastante; tenían un trato cordial entre ellas, pero no solían hablar, ni mucho menos hacer planes sin el resto. Acabé el curso con muy buena nota y bachillerato me esperaba, aunque no tenía la menor idea de lo que quería hacer con mi vida después, ni siquiera me lo planteaba. Mi padre estaba tan orgulloso y contento que me regaló lo que en aquel momento era el mejor regalo del mundo para mí: una moto, una porción de libertad que llevaba meses pidiéndole.

Aquella tarde era la primera vez que salíamos las cinco juntas en lo que me parecía una vida y tenía muchas ganas. El plan era Vips, y luego nos dividíamos: Raquel, Mónica y yo dormíamos en mi casa, las otras dos, se iban por ahí con sus novios.

—Esther —observé cómo preparaba el uniforme para el día siguiente.

—¿Si, nena? —contestó distraída.

—¿Me das un cigarro? —le pedí después de darle un trago a la cerveza, por más que me esforzaba, seguía sabiéndome fatal.

Se dio la vuelta y me miró extrañada, ella y Fabiola eran las únicas que fumaban.

—¿Desde cuándo fumas? —se extrañó—. No me entero de nada —se quejó frustrada.

—No se lo digas a nadie, pero hace un par de semanas estuve fumando con Antonio.

—¿Antonio? —se rio incrédula—. Alias malote Toni, el hermano buenorro de Raquel.

—Ese mismo—reconocí—. Un porro —dije con los humos muy subidos.

—¡No me digas! —se siguió burlando.

—Y como no sabía fumar me lo quitó, así que tengo que aprender; si no, no me subirá.

Se echó a reír a mandíbula abierta, cogió el paquete de tabaco de la mesa y me lo tiró sobre las piernas.

—Así que piensas volver a fumar con… Antonio… Y eso que no lo tragabas.

—Es que es un gilipollas —saqué el cigarro del paquete—, pero es como un jodido fantasma, cuando no puedo dormir siempre está merodeando y nos hacemos compañía.

Me encendí el cigarro sin darle al momento la más mínima importancia, pero la tenía, el tabaco sería uno de mis mayores vicios. La vida está llena de decisiones, y algunas son muy estúpidas. Muchas

veces me han dicho «deberías dejar de fumar», a lo que siempre respondo «nunca debí empezar», y así fue como lo hice, con Esther, en su habitación, para ser capaz de tragarme el humo de un canuto que iba a compartir con mi peor enemigo.

—Vámonos a Vips —dijo contenta con todo preparado para el día siguiente.

—Te imaginas que va Gaspy… —comenté soñadora, las cervezas me estaban afectando.

—¡Aury! —me censuró—. ¿Aún sigues con eso? ¿Qué pasa con Luis, nena?

—Luis… Es tan dulce… —dije emocionada, me enternecía hablar de él.

—Sí —contestó sentándose conmigo en la cama, rodeó mis hombros—. ¿Vendrá hoy?

—No —contesté decepcionada—, la próxima vez, supongo. Había quedado para jugar a rol —Esther sonrió mirándome—, es un friki —reconocí encogiéndome de hombros.

No me importaba que fuera un friki, me gustaba que tuviera sus aficiones y que me dejara a mí las mías, pero también tenía ganas de que las compartiéramos.

—Es tu friki —me dijo Esther como si me leyera la mente y yo afirmé.

Nos marchamos a casa de Mónica, allí nos esperaban las demás. Raquel había ganado el partido y estaba en semifinales de la liguilla que jugaba su equipo; estaba de muy buen humor, a diferencia de Fabiola, que acababa de cortar con otro de sus novios, cada vez le duraban menos. Mónica había guardado a la empollona con sus libros después de acabar el curso, y se la veía con ganas de divertirse, de desinhibirse como el verano anterior. Y yo… Yo tenía miedo. Temía encontrarme con Gaspy y seguir sintiendo lo mismo, temía no llegar a sentir nunca por Luis lo que sentí el verano anterior por Gaspy, y sobre todo, mientras observaba la estampa bebiéndome otra cerveza, temía que Raquel tuviera razón y aquel momento fuera un esfuerzo inútil de seguir unidas, como cuando sacas un pez del agua y da sus últimos coletazos con fuerza, para volver al agua y seguir viviendo.

Aquella tarde no me encontré a Gaspy y me encantaría decir que no me importó, pero mentiría. Había pasado un año, me sentía más segura, menos niña y más mujer, como si la diferencia de edad se hubiera reducido, cuando lo cierto y lógico era que, aunque yo tuviera un año más, él también. Me pasé la tarde esperando, vigilando la zona de entrada, nerviosa por si se producía el encuentro y atemorizada por lo que ocurriría si pasaba.

Aquel fue el verano de los banquitos, así llamábamos a nuestro lugar de encuentro. En uno de los extremos de la playa de nuestra

bonita y pequeña ciudad catalana, frente al paseo marítimo, en la acera opuesta, había unos bancos de piedra, tres bancos para ser exactos, aunque nosotras siempre nos sentábamos en el de en medio. Nos gustaba aquel sitio, pero no íbamos mucho porque estaba lejos; aquel verano no había limites. Fabiola y yo estábamos motorizadas y pasábamos las tardes muertas en aquel rincón, viéndolas pasar. Cuando Esther salía de trabajar, comía, se daba una ducha y bajaba para la playa, a veces con Javi y otras Fabi o yo la llevábamos, y allí nos reuníamos.

Los findes no hubo muchas tardes de Vips, pero sí noches de Area, una discoteca a cuarenta kilómetros, donde se permitía la entrada a mayores de dieciséis años; yo era la única que aún no los tenía, pero siempre entraba, una más. Allí sí servían alcohol, aunque no a menores, y el ambiente puede ser que fuera porque era la novedad y estábamos saturadas de Vips, pero era mucho mejor y más variado.

Luis solo se apuntó una vez y le costó decidirse a venir casi un mes. Tentada estuve, por más ilusión que me hiciera que viniera, de decirle que no quería que lo hiciera, aburrida con sus dudas y sus múltiples e infinitos peros. Y ojalá lo hubiera hecho, porque esa noche de fiesta ocasionó nuestra primera discusión. Habíamos tenido piques, disparidad de ideas y pensamientos, pero aquello fue una verdadera pelea de pareja.

Ni siquiera se ocasionó la misma noche, sino al día siguiente, él era así de prudente, y eso que, de camino a casa, en el coche de Javi con él y Esther, ya le estuve soltando indirectas muy directas y a la yugular, pero Luis capeó el temporal como si no fuera con él.

Como siempre que salíamos no dormí en mi casa, aquella noche todas pernoctamos en casa de Fabiola, excepto Esther, que se fue directa al trabajo de empalmada, como llevaba haciendo casi desde que empezó a trabajar. Nos levantamos a media mañana para ir a la playa, estaba de mal humor, resacosa y defraudada con Luis. Era muy consciente de que aquel no era su ambiente, que salir de fiesta, bailar, beber no era divertido para él, pero yo me había esforzado para encajar en sus planes, por acercarme a sus amigos, y sentía que él no lo había hecho, que no había intentado acercarse a ninguna de mis amigas, excepto a Mónica, pero ellos ya eran amigos y no contaba. Tenía la impresión de que ni siquiera intentó pasárselo bien y me reventaba, yo me había quedado muchas tardes viendo películas con él y su hermano, cuando lo que de verdad me apetecía era estar fuera, disfrutando del verano, de la piscina, la playa, mis amigas, alguna excursión o aventura…

Estuvimos tres días sin vernos o hablarnos después de aquella discusión, y no fue nada fácil, los dos lo llevamos mal, pero al final ambos dimos nuestro brazo a torcer. Fue él quien me llamó para ver

cómo estaba y yo la que le invité a mi casa para hablar y vernos.

Lo esperé nerviosa, era la primera vez que dejábamos de hablarnos y era consciente de que, aunque durante el curso nuestra relación había sido idílica, el curso había acabado, y nuestras diferencias se hacían cada día más patentes y latentes.

Hablamos de lo ocurrido y lo analizamos, por supuesto, Luis lo analizaba todo. A mí me tocó admitir que me había pasado, y a él que, aunque mis formas no fueron las correctas, yo tenía razón. No nos costó pedirnos perdón, ni decir cuánto lo sentíamos; buscamos el equilibrio, ese punto intermedio donde poder sentirnos cómodos cediendo un poco por el otro, para llevar lo nuestro adelante, juntos, creíamos que hasta el infinito, pero el infinito puede ser inalcanzable.

—Te he echado de menos —reconocí melosa mientras nos besábamos.

—Y yo a ti, no sé cómo he aguantada tanto —rodeó mi rostro y dejó de besarme para mirarme a los ojos—, quería darte tiempo para que te calmaras, pero cada segundo lejos de ti ha sido una tortura, cari —contestó con tanta verdad que me moría por él.

—Para mí también.

Nuestras bocas se volvieron a encontrar y parecían necesitar recuperar el tiempo perdido. Nos besamos con necesidad, su lengua buscó la mía y nos saboreamos con devoción, con ganas y una pasión desmedida. Sus manos se deslizaron por mi cuerpo hasta llegar a mi trasero, donde sus dedos se clavaron en él, estrujándolo con ganas, amasándolo. Aquella caricia no tuvo nada que ver con la suavidad con las que sus manos siempre me tocaban, creí sentir su necesidad de tocarme y aquello hizo crepitar aún más la mía, necesitaba que me tocara, que me acariciara entera, por todas partes.

Desesperada, choqué con su cuerpo mientras él me acercaba, estrechándome desde atrás. Mi pelvis topó contra su bragueta hinchada, provocando que mi calor uterino se alzara. Agarrada a su nuca me impulsé sobre él, rodeándole con las piernas me encaramé a su cuerpo; me sostuvo sin problemas, agarrándome, y nos movimos por mi habitación, poco me importaba el rumbo, mientras no nos separáramos, mientras nuestras bocas y cuerpos siguieran igual de enganchados. Me llevó hasta la cama, donde se dejó caer sobre mí, arrancándome una exclamación ahogada que fue seguida de una enorme sonrisa que estoy segura iluminó mi rostro, al pensar que no podría haber llegado a mejor destino.

Seguimos besándonos, mis piernas rodeaban su cintura y los pies empujaban su trasero hacia mí mientras yo, debajo de él, me contoneaba, excitada, buscaba que su cuerpo se fundiera con el mío cuando entre nosotros no quedaba más que la ropa, ni el aire podía colarse. Mis manos bajaron por su cuello hasta el primer botón de la

camisa de manga corta, con prisa y torpeza conseguí desabrocharlo. Se separó de mis labios y, con la boca hinchada de tanto besarnos, me dedicó una de esas sonrisas que hablan por sí solas. Luché con el resto de los botones mientras su boca, dulce, hábil y excitante abandonó la mía, se deslizó por mi cuello y mi cuerpo burbujeó, clamaba porque me recorriera entera.

Intenté quitarle la camisa, se incorporó un poco y se deshizo de ella, dejándola caer por ahí. Me observó desde arriba, no de la misma forma en que solía hacerlo, había más, sus bonitos ojos azules se rasgaban observándome. Me cogió de la nuca con aquella ternura con la que siempre me envolvía y me incorporó junto a él.

—Cómo te he echado de menos —expresó con tanta emoción que mi corazón se hinchó de orgullo y dicha—, te quiero tanto —dijo casi con rabia.

—Yo más —aseguré, aunque no estaba segura de que aquella afirmación fuera cierta.

—Sabes que no —contestó él con una sonrisa, como si me leyera el pensamiento.

Se dejó caer sobre el colchón sin soltarme, me coloqué a ahorcajadas sobre él y lo sentí como no lo había sentido antes, su centro colisionó contra el mío de verdad y fue sin duda el momento más erótico que había vivido hasta entonces. Sin pensarlo, me quité el top y lo observé, la forma en que me miraba me recordó que yo solita podía mover su mundo y me sentí poderosa, amada y más venerada que nunca, y eso era decir mucho.

Sus manos volvieron a capturar mi trasero, apretándolo, amasándolo con un deseo nada habitual en él, pero el mismo que sus ojos me mostraban. Me empujaba a moverme sobre él, y gustosa lo hice, sintiéndolo como no lo había sentido antes, a través de mi fino pantalón de lino y sus tejanos cortos. Me frotaba contra él sintiendo que podía explotar de un momento a otro; sus manos ascendieron desde mi trasero hasta mi delantera, colándose una dentro del sujetador que con tan poco acierto había elegido aquella mañana. Así es la vida, aquello no iba a arruinarme el momento. Solo deseaba quitármelo y que sus labios y lengua llegaran a cada rincón de mi cuerpo, porque si algo sabía hacer Luis era besar. Puede que nunca llegáramos a encajar del todo, pero sí nuestras bocas, podíamos pasar horas besándonos sin saciarnos, deseaba que me besara y colmara entera, pero quería mucho más y ya no era un deseo, era una necesidad que nacía de mis entrañas.

—Hagámoslo —dije sobre su boca, entreabriendo los ojos, buscando su mirada.

Los suyos se abrieron de golpe tras mis palabras, azules y despiertos, mientras los míos seguían nublados de lujuria. Su boca

abandonó la mía y sus manos también se retiraron.

—¿Qué? —exclamó él dejándose caer sobre la cama, apartándose de mí.

—Cari —me quejé sin saber qué más decir. Apoyé las manos sobre su torso desnudo, su palpitante erección seguía clavada allí donde yo necesitaba que entrara—. ¿No quieres? —demandé con aprensión, aterrada por su respuesta, porque no fuera la que yo deseaba.

Se incorporó de nuevo y, mirándome a los ojos, me acarició el rostro; los segundos se volvieron pesados, él callaba y yo no sabía qué interpretar de su silencio. Ni de su mirada clara clavada en la mía, mientras me acariciaba como si fuera una obra de arte a la que temes romper. Me encantaba que me tratara con aquella delicadeza, que fuera tan caballeroso, la forma en que solía mirame y tocarme, pero en aquel momento, mientras la ansiedad se adueñaba de mí, me molestó, incluso asqueó, que me tratara de aquella manera tan cortés, haciéndome sentir cada vez más vulnerable, patética y expuesta.

—No sé si estoy preparado —expuso cuando aparté mi cara de su mano.

—¿De qué cojones tienes miedo? —demandé cabreada, rechazada.

—No me guste que hables así —me reprendió.

Rojo, todo se volvió rojo, la rabia, una tan intensa como mi insatisfacción se adueñó de mí, lacerando cada partícula de mi cuerpo. No podía creerme que hiciera aquello, que me rechazara de aquella manera y encima fuera a ponerse a hacerme reproches. ¡Él!

—¿Qué no te gusta que hable así? —vociferé enfadada—. ¿Vas a darme una puta clase de lengua ahora? —demandé mientras la rabia bullía a toda máquina—. Pero a ti, ¿qué cojones te pasa? —insistí empujándole el pecho.

Se dejó caer sobre la cama, derrotado, no comprendí por qué y ahora, desde el recuerdo, puedo ver cómo sus ojos perdían brillo mientras me observa, tan incrédulo por mi reacción como yo me sentía por la suya.

9

—¡No quiere acostarse conmigo, joder! ¡No le gusto! —lloré con más fuerza.

—¿Quieres tranquilizarte de una vez? —me pidió Raquel, pero no estaba por la labor.

—¿Por qué no nos tranquilizamos todas? —pidió Esther. Entonces sonó un claxon—. Qué oportuno es mi amor —se quejó mirando el reloj de pulsera.

—Venga va —relajó el tono Raquel—, vamos a casa, hablaremos tranquilas.

—No —negué, no pensaba irme sin encontrar la solución—, prefiero quedarme aquí.

—Aurea —suavizó aún más el tono—, ¿aquí para qué?

Quería quedarme con Fabiola, porque teníamos una arpía en el grupo para algo. Era una insensible, cierto, pero no intentaba animarte con mentiras, te decía las cosas claras, tal cual las pensaba, y no se andaba por las ramas. Sentía que aquello era lo que necesitaba, una hostia de realidad, que alguien me dijera lo que yo no estaba viendo, y esa era ella.

—Quiero quedarme con Fabiola —sentencié y no me harían cambiar de opinión.

—Yo luego he quedado —me advirtió rizándose las pestañas mirándose en el espejo.

—Tú no pierdas la oportunidad de salir una noche por una amiga —la criticó Raquel.

—No te piques porque prefiera quedarse conmigo que irse con vosotras a escuchar las mismas gilipolleces de siempre, que ni la harán sentir mejor, ni ver la solución.

—¿Qué solución? —se metió Esther—. ¿Tirarse a todo cristo como tú?

—¡Jà! —exclamó sin despeinarse o molestarse—. ¡Qué celosa estás, rubia!

—¿Yo? —se señaló mirándola con asco—. ¿De ti? —se echó a reír.

—Sí —siguió con sus pestañas—, porque yo hago lo que me da la gana —y lo dijo con tanta soberbia que hasta a mí me molestó—, ningún tío me controla.

—¿Y a mí sí? —demandó la rubia acercándose y pensé que al final se liaba entre todas.

—Eres una amiga de mierda —fue a degüello Raquel contra Fabiola.

—Pues Aurea prefiere quedarse conmigo que ir contigo, Raque, no sé cómo lo ves.

—Yo soy muy feliz con mi novio y no me controla —siguió Esther dolida por lo suyo.

—¡BASTA! —grité, pero me ignoraron y siguieron peleándose. Tiré la botella que tenía en la mano al suelo y se rompió en un millón de pedazos. Me sentí esa botella, hecha añicos, rota, siempre rechazada, repudiada y alejada, por mi madre, mi primer amor y ahora por mi novio—. Dejad de pelearos de una puta vez —dije con la atención de todas ya en mí.

Se callaron al instante y todas me miraron. Fabiola se giró en la banqueta del tocador.

—Eso lo vas a limpiar antes de irte —aseguró señalando el suelo de su habitación.

—Vale —afirmé conforme y me encogí de hombros—, pero me quedo contigo.

—Aury… —se lamentó Fabiola y el claxon de Javi sonó repetidas veces, el pobre perdía la paciencia—. He quedado —se quejó—, en un mes estaré encerrada en un internado, necesito esto —sus ojos se aguaron y yo empecé a llorar de nuevo—; necesito salir, sentirme libre, lo necesito. Si quieres vente, pero no me pidas que me quede aquí.

Fue extraño ver a Fabiola, siempre tan dura y fuerte, realmente vulnerable como lo estaba en ese momento. Mirando en retrospectiva, creo que no recuerdo haberla visto tan tocada antes de aquella noche. Me sentí incapaz de pedirle aquello, estaba aburrida de sentirme la amiga egoísta del grupo, no me gustaba ese rol, estaba harta de mí.

—Toma —llamó mi atención Raquel. La miré y me tendía las llaves de su casa—, no puedes ir a tu casa así, tu padre te oirá y se liará. Vente a mi casa, aquello es como el metro, siempre está entrando y saliendo gente, nadie se dará cuenta, ¿vale?

—Gracias —contesté cogiendo las llaves, pero ella no las soltó.

—Y no bebas más; habla con Fabiola, relájate y que te lleve a mi casa, no vayas sola —miró a Fabiola, que afirmó con la cabeza dándole la razón—, mañana hablaremos.

Me besó la cabeza y se alejó, mientras yo la seguía con la mirada. Javi tocó el claxon otra vez, de forma aún más insistente y Esther se marchó refunfuñona.

—Mañana hablamos zorras —se despidió saliendo detrás de Raquel.

—Y por fin solas —apuntó Fabiola en un suspiro, volviéndose hacia el espejo.

—Siento mucho lo del internado, Fabi —le dije más tranquila.

—Más lo siento yo, pero no quiero hablar de eso y tú tampoco, no te has quedado para hablar de mis mierdas, sino de las tuyas. ¿Qué pasa, Aury? Ya te he dicho lo que pienso.

—Pero no me has dicho cómo crees que debo superarlo, cómo arreglarlo.

—Es que lo tuyo con Luis no tiene arreglo —contestó fría, y después se rascó la ceja—. Sé que te gusta mucho —intentó tener más tacto, y era pedir mucho en ella—, que es muy buen chico, que lleváis saliendo tiempo, pero es un pelele, tía —sentenció.

—Quizás yo vaya demasiado deprisa, puede que deba relajarme…

—No Aurea —me cortó—, deja de echarte las culpas. Él es un simplón, un tonto a las tres; tanto cuidado, tanto mimo y tanta hostia —tiró el rímel sobre el tocador, mosqueada—. Lo que debería haber hecho es tomar las riendas, te has abierto a él, te estás entregando y no tiene ni puta idea de qué hacer con ello —volvió a girarse para mirarme de frente—, porque es un niñato —sentenció—. Mereces más que eso, Aurea. Será muy buen chico, no lo niego, pero es demasiado simple para ti. Nunca te enamorarás de él, estás desperdiciando tu tiempo y gastando energías en algo que está claro no funcionará.

—Sí funcionará —discutí sin pensarlo mucho, como por inercia.

—No —me dio la espalda y me miró a través del espejo mientras acababa con su maquillaje—, no funcionará porque, si estuvieras enamorada de él, habrías discutido que lo ponga en duda, no el que vaya a funcionar a o no. Deja de engañarte —me pidió.

La miré a través del espejo, callada; tenía razón, no lo había negado. Quería a Luis, mucho, pero lo cierto era que, aunque mi cuerpo había despertado, él no provocaba el sinfín de sentimientos y emociones que Gaspy originó. No había color, nada que ver.

«*Gaspy*» había pasado un año entero y los 365 días lo había tenido en la cabeza. Los primeros cien días era constante, después empecé a salir con Luis y poco a poco fue a menos, pero no había pasado un solo día en que no pensara en él, aunque fuera un pensamiento fugaz, de la nada y que no me llevara a nada más, pero ahí había estado.

—¿Crees que debería dejarlo, entonces? —pregunté, aunque estaba claro que sí.

—Creo que deberías haberlo hecho hace meses y buscarte a un semental que te llene en todos los aspectos, no solo que cubra algunos. Mejor estar sola que con alguien que no te llena, que no te hace sentir plena, que te colma de falsa culpabilidad y malas emociones.

—¿Por eso cortas con todos los tíos con los que sales?

—Supongo —contestó indiferente, y aunque supe que mentía, no se lo dije.

—Quiero estar con él —sentencié y lo dije de verdad.

—Vale, pues busca a uno que te desvirgue ya que él parece incapaz, te está creando un trauma con el sexo, Aury, por Dios —se quejó, como si aquello la sacara de sus casillas—. Si lo que necesitas es echar un polvo, échalo, déjate ir y que le den.

—No voy a follarme a alguien que no quiera —me quejé—, quiero hacerlo con él.

—Pero está visto que eso no puede ser —negó poniéndose el colorete—. Con Luis está todo perdido, tú misma lo has dicho al llegar. Estás hasta los huevos —sentenció—, te conozco, si hubieras querido que alguien se compadeciera de él y dijera lo bueno que es, que hables con él y toda esa mierda que llevan semanas diciéndote, habrías quedado con Mónica, que lo defiende de una manera que parece que esté más enamorada de él que tú —dijo para mi total asombro—; o te hubieras ido con Raquel —siguió como si nada—. Pero no, querías realidad y por eso estás hablando conmigo y no con ellas. Puedes ser dos cosas, una romántica o una folladora; yo te aconsejo lo segundo, pero ya de ti depende.

Me quedé callada, procesando todo lo que había dicho, y conociéndola como la conocía, sabiendo lo perspicaz y observadora que era, me sentí incapaz de creer que de verdad Fabiola creyera que yo podía ser lo segundo. Era una jodida romántica, de los pies a la cabeza, de las que lloran viendo películas, de las que se emocionan con una melodía, de las que suspiran cuando ven un gesto romántico entre dos acianos, imaginándose la vida que habrán compartido mientras sueña con tener algo así en su vida.

Cavilé y cavilé mientras ella se preparaba para salir. El chulo de turno era guapo, además de simpático, y se la comía con la mirada, pero de una forma singular, con un punto de lascivia, pero sobre todo con admiración, y deseé que Luis me mirara de esa forma, aunque solo fuera una vez.

—¿Tu amiga viene con nosotros? —preguntó después de que nos presentara Fabiola.

—No, hay que dejarla en casa —contestó ella dedicándole una sonrisa seductora.

Yo no sabía sonreír así, no tenía su tipo, y nunca tendría aquella cara tan simétrica y hermosa, pensé observándola mientras ladeaba la cabeza. A mi favor, pensé, que al menos tenía empatía y sensibilidad, pero aquellos no eran rasgos que atrajeran a los chicos, que hicieran que Luis se volviera loco por mí y me hiciera suya de una vez por todas.

—Vente si quieres, puedo presentarte a algún colega —ofreció el chico rodeando los hombros de Fabiola. Le besó la cabeza mientras yo me preguntaba de dónde los sacaba.

—Eso es justo lo que necesita Aurea —aplaudió Fabiola su oferta.

—No —negué, «*es que ni de coña*», pensé. Yo no era una folladora, y entonces me veía incapaz de serlo nunca—, necesito dormir la borrachera —suspiré.

—No le potes en el coche a Víctor —me advirtió Fabiola.

—Tranquila, estoy bien —aseguré, pero estaba muy lejos de estarlo.

Nos subimos al coche y el chaval se llevó un cigarro a los labios.

—¿Os importa si fumo?

Yo negué con la cabeza para nadie, a lo mío, no se me veía en el asiento de atrás. Fabiola, a pesar de lo que le molestaba oler a tabaco, también dijo que no. Pronto entendí por qué, no era un cigarro lo que había encendido y olía que tiraba para atrás.

—¿Queréis fumar? —nos ofreció el porro.

—Claro —contestó la morena, cogiéndolo.

Yo resoplé, aunque nadie me escuchara, y no contesté. Estaba medio ida en aquel espacio tan pequeño, con aquella humareda. Y entonces pensé en Antonio, el mayor de los Gómez y sus porros, aquel olor me recordó a él y pensé en la noche del balcón. Recordé cómo reaccioné a su cercanía, al olor que desprendía, a verano, mi estación favorita, a peligro y a la vez a confianza. Aunque fuera un gilipollas, pero un gilipollas de fiar.

—Yo quiero fumar —alcé la voz para que me escucharan.

Fabiola soltó el humo y riéndose me pasó el porro sin pensárselo.

Me dejaron en casa de Raquel casi a la una de la madrugada. Subí despacio, como en un sueño; colocada, de alcohol y del porro que nos habíamos fumado en el coche los tres. Tampoco es que yo fumara mucho, aquello me había dado una tos que, mientras subía, me preguntaba cómo no había acabado vomitando en el coche de Víctor.

Me costó media vida meter la llave en la cerradura, aunque nadie vino a socorrerme y yo lo agradecí. Estoy segura de que alguien debió oírme pelear con la puerta, pero que pensaron que era Antonio, tan perjudicado como llegaba a veces. Al entrar no encontré obstáculos, ni si quiera me preocupaba que me descubrieran los padres de Raquel. Al bajar del coche había tomado una decisión de lo más estúpida y sin sentido y me disponía a ejecutarla.

Aquella noche me saldría cara en muchos aspectos, algunos no se harían de rogar. Mi conciencia machacándome la primera; después vendría él, iba a encargarse de ello y lo haría con la maestría que la tarea requería, si esta era machacarme. Otros, en cambio, serían como una débil, pequeña y frágil semilla, bajo tierra, inexistente, no la ves, ni la oyes, ni la hueles, tocas o pruebas, pero ahí está, camuflada, haciéndose fuerte bajo tierra, sin que seas consciente de que está ahí, hasta que de pronto y de la nada brota y no puedes seguir ignorando su existencia, mientras esta no deja de crecer y hacerse fuerte.

10

Entré en su habitación y cerré la puerta con cuidado; con la ayuda de la poca luz que entraba por la ventana, a tientas, llegué hasta su cama y encendí la lamparilla. Se llevó el brazo a los ojos y se removió, bizqueó hasta conseguir abrirlos y enfocarme. Tal y como estaba, me di cuenta de que pocas personas podían ser más sexys que él. Aquella arrogancia tan suya, su chulería innata, su carácter obstinado, incorregible, sumado a su aspecto indomable, le hacían parecer un tipo duro y, sin embargo, en aquel momento, contemplándolo en aquel preciso instante, me pareció el hombre más mono, adorable y achuchable del mundo, con su cara de dormido y sus ojos desconcertados preguntándose qué estaba pasando mientras me observaba.

—¿Aurea? —demandó incorporándose en la cama, y mi nombre sonó fatal en sus labios llenos, parecían tan sabrosos que me asombró—. ¿Qué cojones haces en mi cuarto?

—Házmelo —le pedí y el agrandó los ojos para después restregárselos—, házmelo.

—¿Qué te haga el qué? —demandó, aunque sabía a qué me refería.

—Sabes el qué —me senté en la cama y rodeé su rostro con las manos.

—Pelirroja —me advirtió y yo sonreí al escucharlo llamarme así.

Lo atraje hacia mí y acerqué mis labios a los suyos. Lo besé, pero no respondió a mi beso, así que lo intenté otra vez y otra, pero nada, estaba petrificado, ni pestañeaba.

—No me hagas esto —pedí apoyando mi frente contra la suya, mis manos envolvían su rostro. No podría soportar que alguien más me rechazara, había cubierto el cupo, no podía. Aspiré su olor, sintiéndome patética y diminuta—, no me rechaces tú también.

—Nena —por fin se movió, no su mirada, que mantuvo la mía, pero sus manos volaron a mi cara, apartándome el pelo de ella—, ¿qué te pasa? —parecía realmente preocupado.

—No puedo más —aseguré a punto de romperme, humedeciéndome los labios—, necesito sentirme bien, sentirme deseada por una vez —me abrí frente a mi enemigo.

Cerré los ojos y volví a besar sus labios, ni siquiera sé por qué, lo hice ya sin esperanza y, cuando iba a desistir, respondió y no solo me besó como lo hacía yo, no, ese no era su estilo. Arrasó mi boca, su lengua se coló en ella y conectamos de una forma devastadora; mientras me espoleaba por dentro de todo lo malo, apretándome contra él, entregándome en un solo beso, una sensación de plenitud

que Luis nunca jamás había despertado. Entonces no lo comprendí, no supe reconocerlo, pero aquello iba mucho más allá de las hormonas adolescentes, era más profundo que el deseo o la excitación del momento.

—Estás loca —dijo cuando se separó de mí, acariciándome la cara con cariño.

Su voz era diferente, jadeaba muy levemente, y yo me sentía sin aliento, impresionada.

—Lo estoy por pedirte esto —reconocí—, pero quiero que lo hagamos.

—¿Qué has tomado, pelirroja? —me sonrió—. No deberías meterte mierdas.

—Aquí el único que se mete eres tú —discutí—. No seas capullo —me quejé—, ¿qué más te da? Me va a dar más vergüenza a mí ser una más en tu lista, que a ti haberte follado a la amiga de tu hermana pequeña. Nadie lo sabrá —aseguré—, nunca se lo diré a Raquel —sonreí al pensar la que se podía liar y él miró mis labios—. Hagámoslo —supliqué.

—No voy a follar contigo —contestó mirándome a los ojos, con sus labios mudando la sonrisa que lucían a la vez que la mía también desaparecía—, no puedo.

—¡Venga ya, hombre! —exclamé indignada, poniéndome de pie.

—¿Te quieres callar? —se quejó a la vez que se ponía de pie y me cubría la boca con la mano para que me callara—. ¿Qué cojones te pasa?

Se pegó a mí y pude sentir su entrepierna hinchada contra mi pierna y bueno, se estaba resistiendo, cierto, pero me deseaba. Lo sentí duro contra mí y eso me encendió de verdad, casi tanto como su apasionado beso. Lo miré, analizando su mirada, preguntándome si él había sentido lo mismo que yo, si para él siempre era así o había algo entre nosotros, cosa que me sentía incapaz de creer. Esperé a que me soltara y dio un paso atrás.

—Voy a salir a fumarme un cigarro —dijo buscando su ropa— y, cuando vuelva, no quiero verte aquí —dijo muy serio y eso me hizo daño, pero no fue un gran golpe, me había dado mucho más fuerte en otras ocasiones y había sobrevivido—, así que lárgate.

—No quiero —negué—, si quieres que me vaya de tu habitación, llévame contigo.

—¿Quieres venir conmigo? —lo dijo como una amenaza, en sus ojos había rabia, no sé por qué. Puede que porque no le gustara que le llevara la contraria, puede que como siempre estaba empezando a tocarle los cojones, no lo sé—. Si vienes será hasta el final.

—Eso es lo que quiero —afirmé, mostrándome más segura de lo que realmente me sentía. Lo conocía muy bien e iba a jugármela, lo

sabía, pero me daba igual.

—¿Quieres ser una chica mayor? —volví a sentirlo como una amenaza, pero no me amilané, me encogí de hombros pasota—. Vas a ver lo que hace la gente mayor como yo.

Acabó de vestirse y cogió el casco de la moto, lo chocó contra mi estómago de malos modos y, aunque sabía que iba a hacer que me arrepintiera de aquello, lo seguí sin importarme a dónde.

Con sigilo salimos del piso, bajamos la escalera en el mismo silencio y, una vez abajo, tampoco hablamos. Seguí a Antonio, que me llevó al parking y se paró frente a su moto. Me miró, esperando mi reacción, él sabía que odiaba su moto tanto como su forma de llevarla y hacer el gilipollas, que me parecía un arma de destrucción masiva en sus manos y por nada del mundo me montaría con él. Supuse que pensó que no me atrevería, que no me creía capaz de ir con él. Se equivocaba, no me importaba, ni ir con él en la moto, ni el destino, ni el por qué, me estaba poniendo a prueba y estaba a punto de palmar.

Me coloqué el casco como un autómata, sin pensar en nada; él soltó el aire por la nariz mientras sonreía y negaba llamando mi atención. Arrancó la moto de una patada, mientras seguía negando, tratando sin éxito de ocultar su sonrisa y se subía en la moto.

—Sube, pelirroja —me dijo.

Lo hice, me subí en su moto sin preocuparme por nada, ni siquiera por el miedo que me daban las motos cuando no era yo quien tenía el control. Por el pavor que debería haberme dado subirme con él, que se había caído tantas veces haciendo el idiota. No puedo decir en qué pensaba, porque no lo hacía, no estaba pensando, nada daba vueltas en mi cabeza, no había nada que analizar y estuvo bien dejarse llevar, me sentí libre. Pero nos guste o no, toda acción conlleva una reacción, y aquel trasnochado viajecito lo iba a pagar, y no iba a ser nada barato.

Salimos del parking y el frío de la noche me saludó dándome una fuerte bofetada; llevaba un top y un pantalón de lino, mi atuendo no era nada apropiada para dar un paseo nocturno en moto, las cosas como son. Ni eso, ni el sonido del motor acelerando, ni el estómago removiéndose con nervios y miedo, me hicieron replantearme aquello; me agarré a su cuerpo, me apreté y apoyé la cabeza en su espalda. Cerré los ojos y me dejé llevar.

La calma duró lo que tardamos en llegar al destino, y no me gustó, no podría haberme gustado menos. Quizás el frío hizo que se me bajara el globo que llevaba, pero cuando vi que entrabamos en el caminito, en el famoso *caminito*, fue como volver al mundo real. No quería estar allí. Estaba poco iluminado y de lejos se oía música, de la clase que escuchaba él, *hardcore y makina*[7]. Paró frente a un banco y todos le saludaron.

—¿Te bajas o qué? —me increpó.

—No —estreché su cuerpo con ganas—, preferiría no hacerlo —aseguré observando.

—Tú has querido paseíto, así que bájate de la puta moto —dijo enfadado.

Me bajé, no porque quisiera, sino porque no quería hacerlo enfadar, solo quería marcharme de allí. Me quité el casco y me quedé de pie, mientras Antonio se bajaba de la moto y los siete tíos del banco me miraban. La mayoría no me prestó mucha atención, no parecían ser capaces de mantenerla en nada; otros dos me miraron más, pero con cierto desinterés y esperaron a que él hablara; uno de ellos se me quedó mirando de arriba abajo.

—¿Qué pasa tíos? —saludó a los yonquis del banco.

Podría adornarlo diciendo que eran gente con pintas, gente poco recomendable, que pasaban un mal momento de su vida. Todo ello sería cierto, pero era mucho peor, era gente con un aspecto sucio e insano, comidos por la droga que consumía sus vidas, seguramente sin un techo bajo el que dormir y fue aterrador, pero también triste.

—Está abajo —le dijo el que me observaba sin dejar de mirarme.

—Guárdamela —contestó Antonio.

Agrandé los ojos sin poder creer que pensara dejarme allí con esa gente, muerta de miedo. No lo hizo, se refería a la moto, no a mí; me di cuenta cuando, sin prestarme mucha atención, me quitó el casco de las manos para dejarlo sobre el asiento. Cogiéndome de la mano me llevó con él, alejándonos, adentrándonos en aquel caminito sin salida.

Mi mano libre rodeó la muñeca del brazo con el que tiraba de mí, mientras la música se oía cada vez más fuerte; íbamos hacia ella y el camino se volvía sinuoso, lleno de rincones oscuros en los que hacer las peores cosas, aquellas que debes esconderte para hacer.

—¿Por qué me has traído aquí? —hablé en voz baja.

—Tú has querido venir —contestó sin ni siquiera mirarme.

Mi cuerpo temblaba, no sabía si de miedo o de frío, pero se me había pasado todo y no tenía la menor idea de cómo salir de allí, necesitaba huir. El camino giraba sobre sí mismo y entonces pude ver el siguiente banco, donde comprendí que estaban sus amigos.

—¡Hey Toni! —lo saludaron todavía en la distancia cuando nos vieron.

Admito que eran gente más normal, más joven, con aspecto más sano, pero aun así gente con la que yo no me movería. Estos no daban pena pero, aunque menos, también daban un poco de miedo. Conocía el perfil, cabezas rapadas, botas militares, tejanos entallados enseñando los tobillos y su ropa de marcas muy específicas. Eran el perfil de Antonio: makineo, violencia y drogas, y no quería lidiar con ello.

—¿Qué pasa, chavales? —saludó y todos le contestaron preguntándose qué hacía allí.

—Voy a hablar con Héctor un momento —contestó en general—. Pet —llamó la atención de uno de ellos y me señaló. Miré al tal Pet, que afirmó con la cabeza y se puso de pie a la vez que él me soltaba—, son colegas, quédate con ellos —me dijo a mí.

—No me dejes sola —le pedí apretando su muñeca dentro de mi mano.

—No vamos a hacerte nada, guapa —se burló uno de ellos.

—¿Quién es esta niña? —demandó otro con desprecio.

—No seáis imbéciles —les pidió el tal Pet, llegando hasta nosotros.

—Querías jugar a ser mayor —me contestó Antonio con esa chulería tan suya.

Se soltó de mí y me dejó, siguió el sinuoso camino sin mirar atrás y yo me sentí vulnerable, desamparada y perdida.

—Eres amiga de Raquel, ¿verdad? —me preguntó Pet, frente a mí.

Dejé de seguir a Antonio con la mirada y me fijé en él. Era claramente gitano, tenía la piel morena, una suave perilla fina, los ojos achinados, oscuros, como su cabello, era el único que no iba afeitado.

—Sí —contesté, afirmando con la cabeza, avergonzada.

—Sí —afirmó él dedicándome una sonrisa que me resultó amistosa—, me suena haberte visto —cogió un mechón de mi pelo y me lo enseñó, diciéndome que me reconocía por mi pelo; sí, era lo más llamativo—. Soy Pet —me dio dos besos.

—Aurea —respondí—. ¿Pet? ¿Peter? —demandé por decir algo.

—Pedrito —se burló el que me había llamado niña.

—Siéntate con nosotros —me ofreció otro, que más tarde descubriría se llamaba Jacobo—, no comemos.

—Vale —dije con poca convicción y me acerqué al banco. Pet me seguía de cerca.

—¿Un piti? —me ofreció Lorca, que era el más poca cosa de todos.

—Claro —dije con ganas, tener algo en las manos me iría bien—, gracias —lo cogí.

Peter encendió un mechero frente a mis ojos y yo encendí el cigarro.

—Tienes frío —me dijo, no lo preguntó.

Se acercó a su moto y me tendió una Alpha; se lo agradecí y me escondí dentro de ella. A continuación hizo de anfitrión, desviando todas las miradas de mí a él y yo se lo agradecí en el alma. Me presentó a cada uno de ellos, explicándome algo sobre cada uno o alguna historia, y así empezaron las risas, las pullas y las anécdotas. Me sorprendió sentirme cómoda. Toro me pasó un porro y le di varias caladas sin ahogarme al fin. Los escuchaba riéndome con ellos por sus

anécdotas, mientras se picaban entre sí, eran simples y divertidos.

—Nos vamos —apareció Antonio de la nada. Se acercó hasta mí y me cogió del brazo obligándome a ponerme de pie—, te veo demasiado cómoda —me reprochó.

—Yo también me voy —dijo Peter poniéndose de pie.

Nos despedimos y nos alejamos del resto sin muchas florituras, tampoco ellos nos prestaron más atención que un «hasta luego» y varios «nos vemos». Peter vino junto a nosotros, arrastrando su motor por el camino de graba, hasta llegar al otro banco.

—Pelirroja —llamó mi atención Antonio al llegar a su moto, dejé de mirar a los del banco y lo miré a él—, devuélvele la chaqueta a Pet —me ordenó.

Al momento me sentí fatal, ni me acordaba de que la llevaba puesta; iba a quitármela cuando este negó con la cabeza, mirándome.

—Ya me la darás mañana —le dijo a Toni—, estaba temblando —le explicó.

—No —le contestó y volvió a mirarme a mí—, dásela —exigió y mi boca se abrió pasmada.

Pensaba dársela, por supuesto, no iba a quedármela, pero me dio mucha rabia que Antonio me hablara de aquella manera, con aquellas exigencias.

—¿Y si no quiero? —demandé sin poder creer que me hablara con aquella autoridad.

—¿Quieres dormir en mi casa o buscarte la vida? —contestó muy chulo él.

—¡Toni! —lo censuró Peter.

Miré a mi alrededor, quería irme, y aquel malnacido era capaz de dejarme allí tirada.

—¡Qué gilipollas eres! —exclamé mientras me la quitaba para devolvérsela a Pet.

—Tío —se quejó Peter cogiéndola, negó con la cabeza mientras se miraban—. ¿Vamos a la ermita? —le ofreció colocándose la chaqueta.

—Sí —contestó ofreciéndome el casco—, ahora te alcanzamos —le dijo.

Peter se alejó dedicándome una sonrisa cerrada y Antonio negó mirándome.

—Si tenías frío haberlo dicho —me recriminó en cuanto se fue.

—Me has dejado tirada —le recordé yo, incómoda delante de aquella gente.

—No se te veía incómoda —siguió reprochándome.

—Gracias a Peter, que es muy majo.

—Se llama Pedro —me rectificó.

—Lo que tú digas —rodé mis ojos antes de ponerme el casco—. ¿Podemos marcharnos? —solicité.

Se quitó la chaqueta y me la pasó, una tejana fina que no abrigaba ni la mitad, pero estaba calentita y olía a él, y puede que él no fuera agradable, pero su aroma sí lo era.

Nos marchamos, fuimos a la ermita, aquel era otro de los sitios habituales de Antonio y los suyos; era una ermita antigua, vacía y abandonada, cerca de su casa. Estaba rodeada por altos setos y jardines, con caminos para pasear, mesas para hacer picnics y césped para correr o tumbarse sobre él. Nosotros nos sentamos en un saliente de la ermita, a aquellas horas de la madrugada no había ni un alma. Se fumaron otro porro y me dejaron darle alguna que otra calada, a Antonio se le veía más relajado. Al acabarlo, Peter se marchó a casa, asegurando que le había gustado mucho conocerme, fue muy amable.

—¿Me das uno? —le pregunté a Toni cuando sacó el paquete de tabaco.

—¿Ahora también fumas? —me cuestionó ofreciéndome el paquete.

—A veces —contesté sacando uno de la cajetilla para llevármelo a la boca.

Toni lo encendió y nos fumamos uno cada uno en silencio. Era extraño que entre nosotros hubiera silencio, siempre teníamos algo que discutir, o algún reproche que hacernos. Yo estaba muy relajada, tranquila junto a él, sentía que tenía la cabeza un poco ida, estaba en una nube y me sentía tan en paz, tan a salvo de todo, del mundo.

—Nunca —rompió el silencio muy serio—, jamás —puntualizó girando la cabeza para mirarme—, te vuelvas a ofrecer a nadie como lo has hecho conmigo. ¿Me entiendes?

—¿Y eso por qué? —me reí apoyando la frente en su hombro.

—Porque tú no eres así, no eres de esas, y ningún tío te merece sin antes ganarte.

Moví al cabeza como esquivando una bofetada al escucharlo decir aquello y sonreí.

—¿Y tú sí? —me incorporé buscando su mirada.

—No —sonrió y me pasó el pelo detrás de la oreja, me acarició el rostro mientras yo esperaba que siguiera hablando y me relamía los labios recordando el beso que me había dado. Traté de saborearlo de nuevo, a la vez que un cosquilleo se implantaba allí donde a ese ritmo creía que no entraría nadie. Deseé volver a degustar el sabor de su boca, que volviera a devastarme con su lengua—, yo menos que ninguno —acabó la frase observándome detenidamente—. No me mires así, pelirroja —me pidió soltándome.

—¿Así cómo? —pregunté coqueta, queriendo gustarle, deseando que volviera a besarme. No contestó y le cogí la barbilla, obligándole a mirarme—. ¿Así cómo?

—Nunca pensé que supieras ser seductora —contestó mirándome a

los ojos y yo me mordí el labio, satisfecha al escucharlo—, pensaba que tu encanto radicaba en tu inocencia, pero veo que hay más. Los tíos se van a pegar por ti a la que crezcas un poco.

—Ya no soy una niña —discutí, su comentario fue una bofetada.

—Pero te queda mucho por aprender, empezando por ti misma, y cuando lo descubras, te los vas a llevar de calle y dejarás de rayarte por un imbécil que no tiene ni idea de la mujer que tiene a su lado. Aprenderás a quererte más y a elegir mejor —aseguró.

Abrí la boca sorprendida y lo señalé.

—¡Me quieres! —exclamé poniéndome de pie de un salto.

—¿Qué? —se espantó, pude ver el miedo en sus ojos y fue increíble, jamás antes lo había visto. Malote Toni tenía miedo de mí, me resultó muy gracioso—. ¿De qué hablas?

—Me quieres —me reí, me puse frente a él y bailé canturreando como una idiota, diría que feliz, pero creo que más que felicidad era despreocupación—. Tú me quieres, te preocupas por mí, me aprecias y te enamorarás de mí —finalicé.

—Cállate bruja —se rio de mí poniéndose de pie—. Vámonos a casa —me dijo.

—¿Puedo pedirte algo antes? —me puse seria y di un paso al frente, a él.

—Creo que he cumplido mi cupo de buenas acciones contigo por una temporada.

—Solo una —le pedí en tono lastimero, haciendo un puchero que quería fuera sexy.

—Creo que voy a retirar eso de que eres seductora —se burló de mí.

—¡Antonio! —le golpeé el pecho con el puño.

—No hagas eso —alzó las manos enseñándome las palmas.

—¿Esto? —volví a golpearlo.

—No lo vuelvas a hacer —me advirtió—, sabes cómo me las gasto por las malas.

—¿Por qué? —lo golpeé dos veces seguidas—. ¿Vas a pegarme? —lo provoqué.

Me cogió de la cintura y de pronto dejé de tocar el suelo con los pies, me sostenía con un brazo en el aire. Asustada pataleé, intentó sostenerme con el otro brazo, pero dio un traspié, creo que por la hierba húmeda, y se resbaló, hizo un movimiento y caímos al suelo.

Los dos empezamos a reírnos, prácticamente había caído encima de él, y aunque me había golpeado la rodilla e iba a salirme un cardenal de los grandes ni siquiera sentí el más mínimo dolor en aquel momento. Lo único que sentía era el frescor de la pierna izquierda que tocaba el suelo y el calor que desprendía su cuerpo contra el mío.

Había algo cuando su piel tocaba la mía que hacía que la mía

ardiera, desde lo más hondo hacia fuera. Antonio era un peligro con piernas y me despertaba enterita.

—No estás tan fuerte como creías, no puedes ni con cincuenta kilos de pelirroja.

—¿Cincuenta kilos? —se burló de mí.

Cogiéndome de la cintura me puso completamente sobre él y mi cuerpo fue recorrido por un calor de lo más gustoso. Iba a besarlo, que era justo lo que quería pedirle, pero perdí la oportunidad, en dos movimientos estábamos de pie y ya me estaba soltando. No podía permitirlo, mis brazos rodearon su cintura, pegándome a él.

—Bésame otra vez —le pedí sin cortarme un pelo.

—Pelirroja… —se quejó—. No has aprendido nada del paseíto —intentó apartarse.

—Sí, he aprendido —me pegué a él y pude notar lo que había en sus pantalones, que chocaba contra mi estómago; estaba excitado y me puso a cien notarlo—. He aprendido que eres imprevisible y puedes ser divertido, que te gusto y que tú me gustas a mí.

—No te hagas la olla —se apartó cogiéndome del hombro para que me mantuviera a distancia—. Es verdad que te aprecio, estás todo el puto día en mi casa —se excusó y yo sonreí negando, preguntándome a quién pretendía engañar, porque a mí no, desde luego—, al final el roce hace el cariño, aunque no quieras. Pero no me gustas —aseguró—, no eres mi tipo —aquello me borró la sonrisa de un plumazo, me ofendió y molestó—. Eres una niña, pelirroja —se rio de mí—, eres como una hermana más.

—Espero que no todos tus hermanos te la pongan dura —contesté cabreada alejándome de él en dirección a la moto.

No discutió, no lo negó, no dijo nada. Me llevó a su casa y, una vez allí, cada uno tomó su camino como si no hubiéramos compartido nada aquella noche, pero para mí nada volvería a ser igual, nunca volvería a mirarlo con los mismos ojos, por más que me pesara.

11

A la mañana siguiente me sentí horrible, resacosa, mala persona, una infiel de mierda que se había ofrecido a su peor enemigo mientras tenía a su lado a una persona que la quería de verdad. Había engañado a Luis, me había besado con Toni y no había pasado más porque él tenía más cerebro que yo, algo que me pareció increíble y muy difícil de admitir, pero así era, había sido una descerebrada y lo iba a pagar caro.

Me puse boca abajo, tapándome la cara con la almohada, muerta de vergüenza. Sentía bochorno, desprecio y asco hacia mí misma, y no solo por lo que le había hecho a Luis, que era mucho, también por lo que me había hecho a mí misma al ofrecerme a Antonio como lo había hecho. No comprendía en qué estaba pensando para hacer aquellas cosas.

Grité, grité contra la almohada dejándome la garganta, tratando sin éxito de sacar la rabia que brotaba en mí, la peor rabia de todas, aquella que sientes contra ti mismo. La culpa no había sido del alcohol o de los porros, mucho menos de Antonio, había sido mía e iba a pagar las consecuencias, y serían carísimas, estaba segura de que él se encargaría de que así fuera. La tregua se acabaría en cuanto volviéramos a encontrarnos y le había dado todo un arsenal con el que hundirme de por mi vida, y me pareció justo, había engañado a Luis, al dulce, paciente y generoso Luis, mi cari no se merecía aquello, yo merecía ser castigada y, aunque no quería, pensé que merecía lo que se me venía encima. No creí que pudiera volver a mirarlos a la cara, ni a Toni y mucho menos a Luis.

Raquel estaba en la ducha y yo me marché a hurtadillas, con intención de no decir nada a nadie y, aunque la madre de los Gómez me interceptó huyendo, me dejó ir. En casa lloré, me sentía fatal, horrible, tenía que contárselo a Luis, pero no tenía ni idea de cómo.

Llamé a Sofía, mi Sofi, ella sabría aconsejarme. Cuando le expliqué lo sucedido no daba crédito, no comprendió por qué había hecho nada de todo aquello, pero claro, yo tampoco lo entendía, ni me reconocía en ninguna de aquellas acciones. Me aconsejó que fuera sincera con Luis, y estuve de acuerdo con ella, no merecía menos. Pero no lo llamé, no me sentí capaz; con quien sí hablé fue con Raquel, le dije que me encontraba mal y que no iría a los banquitos aquella tarde, y me quedé en casa. Me di un largo baño escuchando el primer cd que me regaló Luis y me sentí incapaz de romperle el corazón.

No me dieron mucha tregua para lamerme las heridas, pues al día siguiente Raquel y Mónica se presentaron en mi casa, no querían ni una excusa más. Fui incapaz de explicarles la verdad, Raquel no me

perdonaría que hubiera ido a por su hermano, le encantaba que fuera inmune a él, a diferencia de las demás, y Mónica, Dios, Mónica me iba a odiar por romperle el corazón a Luis. Lo admito, fui una cobarde y no dije nada.

Siempre fui mejor guardando los secretos de los demás que los propios, y ocultarle algo a Raquel era como caer en arenas movedizas y pelear por no hundirte. Los siguientes días fueron complicados, porque ella sabía que me pasaba algo, pero no entendía el qué. Yo era incapaz de actuar con normalidad, y además no quería ir a su casa ni muerta, y cuanto más tiempo pasaba era peor, porque debía seguir mintiendo. Me arrepentí de no habérselo dicho, si desde el principio le hubiera quitado importancia, le hubiera dicho «te vas a reír, pero llegué super perjudicada y tu hermano se me antojó y nos dimos un beso tonto, no significó nada y no sé cómo decírselo a Luis, ¿qué me aconsejas, amiga?», puede que lo hubiera entendido, pero ya era tarde y las arenas me estaban engullendo, escusa tras escusa, mentira tras mentira. Me iba explotar en la cara, porque Antonio iba a jugar con esa carta sin darse cuenta del daño que provocaría con ella.

Me convencí de que hablar con Luis sería más fácil; fui yo quien lo llamó, no me dejó decir mucho, tampoco era algo que quisiera decirle por teléfono, me pidió que fuera a su casa y, para mi sorpresa, me presentó a sus padres, como su novia.

Me quería morir, literalmente.

Me había armado de valor para explicarle lo que había pasado, no pensaba decírselo todo tal cual, pero sí lo importante, que me había besado con otro. Y allí estaba yo, con un vaso de bitter kas en la mano mientras la madre de Luis no dejaba de hablar de lo mucho que le importaba yo a su hijo, lo buena chica que parecía y lo contenta que estaba por ello, mientras animaba a su marido a decir algo, sin darle espacio para que el pobre hombre dijera más de tres palabras seguidas. Insisto: me quería morir.

Por fin, en algún momento de aquella incómoda situación, Luis me cogió de la mano y me llevó a su habitación, cerró la puerta tras de sí y me abrazó. Fue un abrazo cargado de sentimiento, me sentí su ancla y a la vez que él era mi bote y estaba a punto de hundirlo.

—Cari —dijo sepultándome entre sus brazos—, siento de verdad lo que pasó el otro día —mi ansia por abandonar este mundo se hizo más fuerte—, no quiero que pienses que no estoy comprometido contigo… Eres preciosa y me encantas —se separó lo justo para poder mirarme a la cara e incluso me sentí peor mirando sus ojos azules.

—Luis… Yo… —no sabía ni qué decir.

—No —me tapó la boca con los dedos, con esa suavidad tan suya— déjame que termine —me pidió, y yo no sabía ni cómo empezar, así que callé, como la rata cobarde que era—. Quería

presentarte a mi familia para que veas lo importante que eres para mí; que sepas que, aunque quizás necesite un poco de tiempo, lo quiero todo contigo…

—Ha pasado algo —lo interrumpí, aquello era demasiado.

La puerta se abrió y Luis pasó de estar acariciándome la cara mientras me cogía de la cintura a estar a un metro de mí, fue como si se teletransportara, no he visto cosa igual.

—Chicos —se asomó su madre interrumpiendo mis palabras, con aquella permanente que dañaba la sensibilidad de cualquiera que tuviera buen gusto—, sé que tenéis ganas de estar juntos, y podéis estarlo —dijo con una condescendencia vomitiva—, pero esta puerta es mejor que se mantenga abierta —nos dedicó otra sonrisa que mostró sus dientes amarillentos manchados de carmín—. ¿Os parece bien? —volvió a sonreír antes de irse.

—¿Podemos ir a dar un paseo? —me giré para mirar a Luis, no quería que su madre escuchara lo que tenía que decir.

—¿Ahora? —demandó con pereza.

—Sí —contesté muy segura, necesitaba salir de allí—, ahora —dije exasperada.

Nos marchamos, paseamos sin rumbo hasta llegar a una Rambleta ancha con bancos a ambos lados de la misma. La gente pasaba haciendo deporte, otros paseaban y nosotros nos sentamos en un banco bajo la sombre de un árbol, buscando intimidad.

—He hecho algo horrible —le dije—, estaba enfadada, dolida, me sentí tan rechazada por ti… —me excusé, tratando en vano de justificarme—. Bebí y yo…

—Cari —me interrumpió Luis y dejé que siguiera hablando porque yo no sabía cómo hacerlo—, jamás te rechazaría —aseguró—, me gustas más que nadie en el mundo, eres guapa, encantadora, lista, sensible, apasionada… —aseguró cogiéndome la mano y los ojos se me llenaron de lágrimas, estaba a punto de caerme del pedestal en el que Luis me mantenía y los dos nos íbamos a hacer mucho daño—. Te quiero —dijo con angustia, apretándome la mano mientras nuestras miradas no se separaban ni para humedecer el ojo con un simple y necesario parpadeo. No es que a los míos les hiciera falta, en cuanto parpadeara saldrían las lágrimas que se acumulaban—, más de lo que pueda querer a otra persona, y lo quiero todo contigo, todo —me cogió el rostro entre las manos y me besó los labios—; todo, mi amor, todo —dijo sobre ellos y las lágrimas ya rodaban por mis mejillas, veloces, una detrás de otra—. Solo te pido que seas un poco paciente, no quiero que nuestra primera vez sea por un calentón, sino que busquemos el momento ideal, que sea bonito —asentí y al momento rompí a llorar, yo también quería un momento bonito, pero no íbamos a tenerlo, en cuanto le contara lo que había hecho se acabó.

—Yo también te quiero —me abracé a él compungida—, pero lo que he hecho…

—No quiero saberlo —me interrumpió. Alcé la cabeza de su pecho para mirarlo—, no quiero que sufras —aseguró limpiándome la cara de lágrimas—, no quiero que te hagas daño o me lo hagas a mí —sentenció con tristeza en los ojos—. Necesito que cuando te sientas de esta manera, en lugar de enfadarte y dejar de hablarme, me cuentes cómo te sientes y lo arreglemos en el momento, que trabajemos en nuestra relación, juntos.

Entonces no lo vi, pero eran palabras sabias aquellas, sabía más él de relaciones con su primera pareja de lo que yo he aprendido a base de ensayo y error durante años. Fue tan generoso conmigo que sentí que no podía quererlo más, que superaríamos aquello, no sabía cómo, pero de alguna manera le compensaría lo que había hecho aquella noche.

Mi relación con Luis siguió y tuve que volver a casa de Raquel. Aproveché un domingo por la mañana para ir, sabía que ella no estaría pero que, si la fiesta no se había alargado mucho, Antonio sí, y necesitaba cerrarle la boca; aunque me costara la paga de todo el verano, estaba dispuesta hasta a venderle mi alma. Toni tampoco estaba, así que me quedé con los mellizos, observando cómo se comportaban; había algo en ellos, en cómo se trataban, que me daba escalofríos.

—Cielo, cuánto tiempo sin verte —me dedicó una sonrisa abierta la madre de Raquel—, te echábamos de menos —aseguró y la creí—. ¿Te quedas a comer?

—Claro —contesté sin pensar en que era domingo y mi padre estaba en casa.

Antonio no llegó, solo yo lo esperaba. Comimos como si nada ocurriera, aunque lo cierto es que yo estaba muy atenta a la puerta de entrada y Raquel a mí. Después de comer Raquel y yo nos pusimos a lavar los platos y, como siempre que le tocaba aquella tarea, le entró un retortijón y fue al baño dejándome a mí todo el trabajo. No me quejé, estaba de buen humor y sonaba una de las canciones más sexys, *Can't Get You Out Of My Head* de Kylie Minogue, mientras yo movía el cuerpo al ritmo de la música aclarando los platos.

—Hombre —escuché detrás de mí y di un respingo, paralizándome. No lo había oído llegar, ya no esperaba que volviera hasta la noche y me cogió con la guardia baja—, mira quién ha vuelto por aquí y con ganas de marcha —siguió desde la puerta de la cocina.

Me avergonzó que me hubiera visto bailar como lo hacía, pero no dejé que eso me paralizara, debía callarle la boca, y debía hacerlo en ese momento, antes de que Raquel volviera. Dejé los platos, cogí aire y me giré, no podía haber llegado en peor momento, pero es que los

momentos no se eligen, y para hablar con él nunca sería un buen momento.

—Estás hecho una mierda —le dije, sorprendida por su aspecto, había perdido todo encanto. Tenía los ojos inyectados en sangre y su piel canela estaba paliducha.

—Pelirroja… —dijo a modo de advertencia, de una forma juguetona—. No creo que tenga peor aspecto que el tuyo la última vez que te vi. ¿Te acuerdas? —alzó el tono de voz—. Aquella noche que —corrí hacia él— te metiste en mi cama, pidiéndome que…

—¡Cállate! —exclamé tapándole la boca con la mano—. Ni una palabra más —advertí.

Sonrió, pude verlo en sus verdosos ojos y sentirlo bajo mi mano. Me cogió la muñeca y apartó mi mano de su cara, dejándola caer. Me acarició la mejilla y se inclinó sobre mí mientras sus dedos se colaban dentro de mi melena suelta.

—¿Todavía quieres que te lo haga? —susurró sobre mi boca.

Algo dentro de mí vibró haciendo que todo mi cuerpo se sacudiera. Debí apartarlo, darle un empujón y mandarlo a la mierda, pero la palabra sexy se le quedaba pequeña al muy cabrón, a pesar del mal aspecto que tenía. Y me despertó de pies a cabeza, sin apenas tocarme, no sé si pretendiéndolo o no, pero estaba a su merced y no me daba cuenta.

—¿Qué? —conseguí decir en un pobre y lastimoso susurro del que me avergoncé.

—Qué perdida estás, pelirroja —se burló de mí y me besó la nariz.

Recuperó su altura y yo pude recobrar las funciones cerebrales, no comprendía qué me había pasado, pero me cabreó muchísimo el efecto que me había causado y, todavía más, que él fuera más consciente que yo del poder que tenía sobre mí.

—Eres gilipollas —dije yo ofendida, dándole un empujón para que se apartara, más vale tarde que nunca, supuse—, no vuelvas a tocarme —le advertí alzando un dedo.

Y después de decirle aquello, como si tuviera con qué amenazarlo, quien lo tocó fui yo. Cogí su muñeca y lo arrastré a su cuarto.

—¿Qué haces? —demandó cuando cerré la puerta— Estaba de coña —dijo incrédulo.

—¿Pero tú qué cojones te crees? —demandé—. ¿Que eres irresistible o algo así?

—Te han temblado las piernas en la cocina —se sentó en la cama y se apoyó en el codo, recostándose sobre ella sin llegar a tumbarse—, reconócelo —me dijo burlón.

No contesté, no me habían temblado las piernas, toda yo lo había hecho, como un molinillo mecido en medio de una tormenta. No quería ni analizar por qué había causado ese efecto en mí, tenía cosas

más importantes que hacer.

—No puedes contarle a nadie lo que pasó la otra noche —le dije y el tiró el cuello para atrás riéndose—, sobre todo a Raquel —volvió a mirarme con atención—. Nada, ni que nos besamos, ni lo que te pedí, ni el paseo… Nada —sentencié—, por favor —le pedí.

—¿Por qué sobre todo a mi hermana? Pensaba que no había secretos entre vosotras.

—Raquel no puede enterarse —negué sin más explicación que esa.

—Ahora te avergüenza, ¿no? —me preguntó—. La verdad es que fue bastante patético.

—Soy patética —admití—, pero no se lo digas a nadie, por favor, Antonio —supliqué.

—Todos somos patéticos en algún momento de nuestras vidas —contestó.

Lo miré preguntándome si se compadecía de mí, si sentía empatía, incluso si él era capaz de sentirla siendo un descerebrado, engreído, despreocupado y egoísta.

—¿Se lo dirás a alguien? —le supliqué con la mirada que no lo hiciera.

—Mi silencio te costará caro —contestó antes de estirarse.

Contaba con ello, pero aun así me sentó fatal. Un momento antes parecía sentir empatía por mí, con eso de todos hemos sido patéticos y ahora volvía a ser él.

—¡Vamos! —me quejé—. Somos amigos —le recordé, intentando ganármelo.

—¿En qué universo paralelo tú y yo somos amigos? —se rio escéptico.

—En el que yo me muestro vulnerable y me abro frente a ti y tú, en lugar de ser el sinvergüenza que eres, intentas darme una lección y me respetas. En ese —contesté.

—No te montes películas, guapa —me pidió con tal soberbia que quise estrangularlo—, yo tengo una reputación —siguió dándome ganas de vomitar—, y tú no vas a hundirla. Si no echamos un polvo es porque simplemente no me gustas, pelirroja, eres una niña y a mí me gustan las mujeres, punto. Eso no nos convierte en amigos.

Me hizo daño, mucho además, y lo peor es que no fue culpa suya. Ni siquiera me enfadé, tenía razón, en todo, había sido una ilusa y una estúpida, además de patética.

—¿Qué quieres que haga? —demandé tragándome el nudo de mi garganta.

La puerta de la habitación se abrió de pronto.

—Te estaba buscando —se quejó Raquel mirándome, luego miró a su hermano y volvió a mirarme a mí—. ¿Qué estáis haciendo? —demandó desconfiada.

—Nada —contesté yo.

—Tu amiga se estaba ofreciendo…

—¿Qué dices? —lo interrumpí en un grito.

—A ir a por una fricandela con patatas al centro —siguió él mirando a Raquel y luego me miró a mí, mientras yo lo mataba con la mirada—. Me gusta con salsa samurái.

—¿De qué va esto? —demandó Raquel mirando a uno y a otro—. ¿Qué ocultáis?

—Me daba vergüenza decírtelo —intenté salir de aquella incomprensible situación—, pero me he quedado con hambre —mentí—, me apetecían unas patatas y, con la excusa de ir a por algo para él, pensaba pillarlas. ¿Me acompañas?

—¿Tú te crees que yo soy imbécil o algo? —me preguntó incrédula.

—¿Podéis seguir con el drama cuando tenga mi comida? Me quiero ir a dormir.

—No vamos a ir a buscarte nada —aseguró Raquel enfadada, mirándolo.

—La pelirroja irá en un momento, ¿verdad que sí, Aurea? —me miraron los dos.

—Claro —afirmé.

—Esto es absurdo —salió Raquel de la habitación enfadada.

—Pelirroja —llamó mi atención cuando iba a irme—, esto es solo el principio —me guiñó un ojo dedicándome una sonrisa ladeada, la más pícara de su arsenal.

Me aparté el pelo de la cara y le enseñé el dedo corazón antes de marcharme. Ni siquiera intenté hablar con Raquel, no sabía qué decir. Me fui al centro, compré la comida y, al volver, Raquel se había marchado, enfadada conmigo, obvio, y él dormía la mona.

12

Me usó de recadera varias veces y me puso en más de un aprieto frente a Raquel, pero no dijo nada. La mayor putada de todas me la hizo en el cumpleaños de Esther, me la jugó y quise matarlo. Ya todas tenían dieciséis, menos yo, que los cumplía en dos meses, y a la cumpleañera, que era un año mayor, se le antojó ir a una famosa discoteca alternativa, de *makina* y *hardcore*. Era la primera vez para todas menos para la rubia; aquella música me gustaba, como Raquel me la tragaba mucho en su casa. Toni siempre tenía puestos los cds de aquellas discotecas, pero a Mónica y a Fabiola no, así que salíamos de otro ambiente. Estábamos en la cola cuando Antonio apareció de la nada y nos dijo que lo acompañáramos; íbamos las cinco, el novio de Esther y varios amigos de la pareja. Mientras nos saltábamos la cola, Antonio no dejó de saludar a gente con un «nos vemos dentro», parecía conocer a todo el mundo y la verdad es que me sorprendió mucho.

—Karim —llamó al portero—, deja pasar a esta gente, que son amigos míos —le dijo—, la de los moños —señaló a Raquel—, es mi hermana.

—Lo que tú digas —contestó el portero estrechándole la mano.

Todos empezaron a entrar para pasar por taquilla y, cuando era mi turno, me dedicó una de esas sonrisas suyas. Esa la conocía, era la sonrisa de «te vas a cagar», y me la lio.

—A esta pídele el carnet —le dijo mirándome con aquella sonrisa vacilona.

—¿No tiene la edad? —me miró el portero.

—No lo sé… —dijo llevándose los dedos a la boca, como si lo pensara.

—¿Qué más quieres de mí? —le escupí sin poder creer que me hiciera aquello.

—El carnet —me tendió la mano el portero.

Alcé la vista para mirarlo a los ojos y, a regañadientes, saqué el carnet con el que salía de fiesta; era de una prima de Fabiola que le caía mal y se lo robó del bolso dos años atrás y, como para las discotecas de dieciséis ya no lo necesitaba, me lo había prestado.

—¡Madre mía! —soltó una carcajada el muy canalla mirando el carnet en la mano del gorila—. ¡Ni siquiera es pelirroja! —se burló de mí.

—Fuera de la cola —negó el portero tendiéndome el carnet.

—Eres un gilipollas de mierda —acusé a Toni cogiendo el carnet, sin moverme.

—¿Qué os pasa? —preguntó Raquel con la entrada en la mano.

—Tu hermano, que es un cabrón de mierda —solté con toda la rabia mientras él apretaba la boca para no carcajearse—, que le ha dicho que el carnet no es mío.

—¿Por qué has hecho eso? —lo golpeó enfadada—. ¿Eres tonto o qué te pasa?

—Que paséis buena noche —nos deseó y se largó tan tranquilo.

—Lo odio —dije observándolo entrar en la discoteca y perderse en unas escaleras descendentes—, con toda mi alma —y me salió de lo más profundo del cuerpo.

—Me quedaré contigo fuera —dijo Raquel, resignada.

Observé a mi alrededor, todos eran del perfil de Antonio y algunos mucho peores, había hasta skinhead, y algún despistado que pintaba allí tan poco como mis amigas y yo.

—Es igual —no quería quedarme allí—, pídele a Javi la llave, os esperaré en el coche.

—Vale, me quedaré contigo —aseguró.

—No, quédate —dije escuchando la música de lejos—, tenías muchas ganas de venir.

—No te voy a dejar sola.

—Que se queden Fabi o Mónica, no querían venir —me encogí de hombros disgustada, yo sí quería ir, me estaba dando mucha rabia—. Me cago en tu hermano.

—No sé qué problema tiene —contestó—, ahora vengo —dijo antes de perderse por donde los demás.

Y allí estaba yo, a un lado de la puerta para no molestar, entre aquella gente que no tenía nada que ver conmigo, observando, serena; el efecto de lo que había bebido se me había pasado con el enfado. Tres cigarros me fumé, otros dos me gorrearon, vi dos peleas, una de ellas bastante chunga y consolé a una chica muy borracha cuyo novio había roto con ella. Y allí no salía nadie, ni Fabi, ni Moni, ni Raquel, hasta que lo hizo Antonio.

Observé cómo me buscaba con la mirada, no quería ni verle la cara, estaba rabiosa. Me di la vuelta y me alejé sin rumbo, el coche estaba en la dirección contraria.

—Pelirroja —lo escuché detrás de mí, pero seguí andando, nadie sabía a dónde—, vamos tonta —me gritó y lo escuché correr, acercarse—, Aurea —me cogió del brazo.

—No me toques —le advertí soltándome de su agarre y lo encaré con ganas de abofetearlo—. Te has pasado un huevo —lo acusé señalándolo con el dedo.

—Era una broma —volvió a dedicarme su sonrisa traviesa.

—Pues no ha tenido puta gracia —le dije—, ya ves cómo me estoy riendo.

—Venga —me cogió otra vez del brazo—, que le digo a Karim que

te deje entrar y te invito a un cubata —dijo cansino, tirando de mí de vuelta.

—No me va a dejar entrar —dije con pocas esperanzas, aunque dejé que me guiara.

—Si yo se lo pido sí que te dejara —aseguró y así fue.

Y eso fue lo que me hizo, así se las gastaba *Mr. Antonio nos vemos dentro*, pero después del incidente. La verdad es que fue una gran noche, para algunas más que para otras; yo me lo pasé genial y esperaba repetir pronto.

Y el verano siguió corriendo, todas las tardes entre semana eran de banquitos. Luis se apuntó un par de veces, pero no estaba cómodo, así que con él hacía planes algunas mañanas, a veces veíamos películas, escuchábamos música en su habitación con la puerta abierta, íbamos a las pistas o dábamos algún paseo, pero poco más; las tardes eran para mis chicas y los fines de semana también. Vips se nos había quedado pequeño, una pena para mí porque, aunque no fuera ni de lejos al mismo nivel, seguía acordándome de Gaspy. Entre semana pasaba poco por casa, pero el fin de semana ni asomaba la cabeza por allí, siempre estaba en casa de mis amigas, sobre todo de Raquel que, aunque le costó, al final dejó de preguntar por el rollo que su hermano y yo nos traíamos, gracias a Dios.

Aquel año sucedieron muchas cosas; por ejemplo, que Mónica perdió la virginidad con un surfero inglés muy feo, aunque muy inteligente, alguien de quien no querría saber nada finalizado el verano. Eso no fue nada, hubo una que dejó el resto en nimiedades, cosas estúpidas y sin relevancia. De esos momentos que recuerdas nítidamente, porque cambian tu vida estés preparada o no. La de una de nosotras no volvería a ser igual, ni parecida.

Apurábamos los últimos días de libertad con codicia, el septiembre que todo lo barre había llegado y estábamos en la playa. Raquel y Mónica jugaban con las palas en la orilla, mientras a los chicos se les iban los ojos a la delantera de la segunda. Fabiola había estado leyendo una revista mientras cotilleaba conmigo y, en aquel momento, hacíamos un test; yo tenía puestos los auriculares bajitos, con uno de los cd de Luis. Todo era calma hasta que, de pronto, el teléfono móvil de Fabiola empezó a sonar en su bolsa de la playa.

En aquel momento aquel ladrillo era lo más, era azulito con una pantalla mini y ella siempre que podía fardaba de él, aunque solo la llamaban sus padres.

—Sabes que te han regalado un móvil para tenerte controlada, ¿verdad? —le dije.

—Pero tengo móvil —contestó altiva, buscándolo en la bolsa.

Cambié de posición y me puse boca arriba, relajada, sonaba un tema de Shubert.

—¿Estás llorando? —escuché que decía Fabiola y presté atención—. ¿Qué te pasa?

—¿Qué pasa? —le pregunté en un tono bajo.

Me miró y negó con la cabeza.

—¿Pero desde cuándo? —pareció perder la paciencia—. ¿Estás en el trabajo? —esperó la respuesta—. Vale, nosotras estamos en la playa. Sí —me miró—, estamos todas.

—¿Es Esther? —pregunté preocupada, era muy raro que llamara al móvil de Fabi.

—Vale, ve a mi casa, hemos venido andado, tardaremos un poco —le advirtió—, pero acortaremos por el caminito viejo y llegaremos en un momento. Tranquilízate —le pidió.

No necesité escuchar más, si íbamos por el caminito viejo es que Esther tenía problemas, Fabiola nunca quería coger ese camino y por muy buenas razones. Por allí no iba gente recomendable y solían dar el palo a los despistados, así que, aunque se acortaba mucho, siempre se negaba a cruzar aquella arboleda abandonada. Supe que pasaba algo malo, muy malo, o al menos muy urgente. Me puse de pie y fui a por Moni y Raquel.

—Tenemos que irnos —les dije y Raquel paró el juego—, a Esther le pasa algo.

Al momento estábamos en marcha. Fabiola había acabado de hablar y ya recogía. Emprendimos la marcha haciéndole mil preguntas a la pija, que no sabía contestar, pero seguimos atosigándola. Debíamos estar por la mitad de la arboleda cuando, acercándonos a un claro, divisamos un grupito de chavales; eran más de diez, con unas pintas que no presagiaban nada bueno, aunque no estaban tan acabados como los del caminito ni de lejos. Eran unos quinquis, como los amigos de Antonio, pero no esos, no era su zona.

—¿Qué hacemos? —preguntó Mónica reduciendo el paso.

Me dio muy mal rollo, estábamos lejos, pero repararon en nosotras tan pronto como nosotras en ellos, y se reagruparon mirando en nuestra dirección. Mis pasos se ralentizaron también, acompasándose a los de la *Peras*, que no se había puesto la camiseta.

—Seguimos adelante —contestó Raquel con voz firme, sin aminorar, liderándonos.

—Sí —estuvo de acuerdo Fabiola, que tampoco redujo el paso.

Pensé que muy desesperada debía haber visto Fabiola a Esther para querer pasar delante de esa gente, que como mínimo nos robarían hasta el bikini.

—Ponte la camiseta —le pedí a Mónica mirándola.

Sin abrir la boca, volviendo a coger el ritmo, me pasó su mochila y lo hizo. Le daba el mismo miedo que a mí pasar por allí. Cuando se colocó la mochila en ambos hombros, nos dimos la mano y seguimos a

nuestras amigas, con la vista puesta al frente.

—¿Dónde van estas niñas tan guapas? —gritó uno cuando estábamos bastante cerca.

Mónica me apretó la mano, era la más bajita de las cinco, la miré dese arriba.

—Tendríamos que haber cogido palos —le dije en voz baja—, aunque Fabiola puede tirarles el móvil —intenté bromear para quitarle hierro al asunto, pero la verdad es que el humor nunca ha sido ni será lo mío—, al que le dé lo mata —aseguré alzando la vista.

—¿Por qué tanta prisa, preciosas? —dijo otro acercándose—. ¡Joder! —dijo fijándose en Fabi—. Eres la bomba, tía —dijo impresionado por su belleza, mirándola de arriba abajo.

—Apártate —ordenó Raquel con esa firmeza tan fiera que le salía cuando se cabreaba.

Ninguna de las dos redujo la velocidad, parecían dispuestas a arrollar a aquel imbécil si no se apartaba de su camino. Mónica y yo las seguíamos de cerca atemorizadas, la verdad.

—¿Qué te pasa bombón? —contestó él sin hacerle caso, moviéndose lentamente.

Otros dos tíos se acercaron al primero y después otros dos más lo flanquearon. Los demás nos miraban desde sus posiciones, algunos cuchicheando entre ellos, sin dejar de mirarnos, alguno incluso se relamía. Me pregunté si solo nos robarían o si sería peor.

—Vámonos —dije desde atrás en un tono bajo que esperaba solo oyeran ellas.

—No me acojonan estos *pichaflojas* —escupió Raquel lo suficientemente alto para que al menos los cinco que se acercaban cortándonos el paso la oyeran—, ni de coña.

—¿Cómo nos has llamado? —preguntó el cabecilla.

—Me has oído —contestó ella llegando hasta él. Paró frente al individuo, tan cerca que desde mi posición parecía que se estuvieran besando—. ¿Qué? —lo encaró enfadada.

—No perdamos el tiempo —le dijo Fabiola a Raquel intentando esquivarlos.

El que se encaraba con Raquel la cogió del brazo cuando pasó por su lado.

—¡Suéltala ahora mismo! —gritó Raquel.

—¿O qué, niñata estúpida? —atrajo a Fabiola hacia él—. Estás buenísima, nena —dijo con tal lascivia que parecía que en su mente ya se lo estuviera haciendo.

En aquel momento sentí verdadero terror, no teníamos nada que hacer, éramos cuatro contra trece, los había contado mientras nos acercábamos. Que nos robaran era una putada, pero que además nos hicieran daño era jodidamente terrorífico. En mi mente ya me estaba

imaginando la escena. Fabiola forzada mientras las demás luchábamos por ayudarla, ellos nos impiden socorrerla, cogiéndonos, obligándonos a mirar. Quizás no fuera solo Fabiola, Mónica y sus enormes atributos siempre llamaban la atención y yo me quería morir, morir de verdad, aquello me pareció lo más injusto del mundo.

Raquel ni dudó, le dio un puñetazo de derecha al que había cogido a Fabiola, que la soltó al momento, y esta aprovechó su desconcierto para darle un buen rodillazo. La pija del grupo tumbó a aquel indeseable. Desde el suelo, lloró agarrándose la entrepierna.

—Prepárate para salir corriendo —le dije a Mónica en voz baja.

—Yo no sé correr —susurró atemorizada, estrujándome la mano.

«*Yo tampoco*», pensé, pero no encontré necesario decírselo.

—¿Alguien más quiere? —demandó Raquel.

No podía creer que los provocara así. Dos más hicieron el amago de acercarse, mientras uno de los que estaba adelantado se agachó a socorrer al que habían tumbado.

—Parece que eres tú la que quieras, zorra —dijo uno de ellos, dando un paso al frente.

—Ven a por ello —le hizo una señal con las manos, alzando los puños para recibirlo.

—¿Gallega? —interrumpió alguien detrás nuestro.

Me giré, no podía ser a mí. Fue como si el cielo se abriera y Dios bajara para tocarnos con su gracia, y eso que yo no soy creyente, pero algo nos protegió aquella mañana.

—¡Pet! —exclamé más feliz de lo que recordaba haberme sentido nunca al ver a un desconocido. Lo había visto una vez en mi vida, pero no necesitaba más, sabía que nos sacaría de aquella situación—. Peter —lo llamé de nuevo con un suspiro de calma.

Con el ceño fruncido observó a mis amigas y reparó en Raquel.

—Raque —reconoció a mi amiga—, ¿qué hacéis por aquí? —nos preguntó.

—¿De qué conoces a Pedro el loco? —demandó Raquel desconcertada y bajó los puños.

—Me lo presentó tu hermano —me encogí de hombros, todavía tensa.

—¿Cuándo? —quiso saber y me volví a encoger, no era momento para aquello—. ¿Son colegas tuyos? —se dirigió a él—. Porque se están pasando de la raya y mucho.

—¿Pero tú de que vas, pava? —le preguntó el chulito con el que estaba a punto de partirse la cara.

—¡Eh! —llamó Peter la atención del chaval—. No te pases —le advirtió—. ¿Sabes quién es? —demandó y el otro negó, sin cambiar su expresión de furia furibunda—. Es la hermana del *chispas* —le advirtió—, así que mucho cuidado con ella.

—No lo sabíamos tío —se le bajaron los humos de golpe—, ella no ha dicho nada.

—Porque puedo con todos vosotros, panda de soplapollas —dejó Raquel de mirar a Pet para dirigirse a él—. Si quieres acabar como tu amigo, dale —lo vaciló.

—Yo no quiero saber nada —se apartó—, pero deberías cuidar a quién vacilas así.

—Eso deberías hacer tú, le voy a decir a mi hermano que te meta la lengua por el culo, para que no vuelvas a hablarle a una chica como nos has hablado a nosotras.

—Vámonos —intervino Fabiola.

Sin más preámbulo, pasó por en medio de aquellos chavales y siguió su camino, como si tan desagradable interrupción no hubiera sucedido.

—Hasta luego, Pedro —la siguió Raquel sin más que añadir.

—Gracias —me giré para mirar a Pedro el loco. A mí no me pareció que estuviera loco, me pareció que aquella mañana salvó a cuatro chicas, no estoy del todo segura de qué, pero aquello nos hubiera marcado a las cuatro de por vida y él lo evitó—, de verdad.

—Ya pasó —dijo acariciándome la cabeza—, id con vuestras amigas —me sonrió.

No hizo falta que dijera más, sin soltarnos la mano seguimos a Raquel y a Fabiola. Todos nos miraron mientras cruzábamos entre ellos, y fue muy incómodo. Sentí envidia, mucha, deseé algún día tener el valor que Raquel mostró aquella mañana, yo me paralicé, pero ella estaba dispuesta a todo por defender a Fabi. Conocía a mi mejor amiga, sabía que era fuerte y leal, que era aguerrida, pero aquellas agallas me hicieron admirarla todavía más.

Al llegar nos encontramos a Esther sentada en el escalón de la puerta exterior de la casa; cuando la rubia alzó el rostro, me di cuenta de que debía ser muy grave. Esther era la optimista del grupo, la dulce, divertida e imprevisible loca que siempre encontraba la forma de darle la vuelta a las situaciones para hacernos sentir mejor. A todo le encontraba el lado bueno y, cuando vi su rostro hinchado y rojo de tanto llorar, me temí lo peor.

Al vernos se puso de pie y fue entonces cuando reparé en el paquete que tenía en la mano. Nos acercamos y, en silencio, sin hablar, la abrazamos, hicimos una piña. Sin saber todavía qué pasaba, tampoco importaba mucho. Fuera lo que fuera lo que le pasara, lo que llevara en ese pequeño paquete, todas la íbamos a apoyar, porque no solo era nuestra amiga, además era buena, quizás la más noble de las cinco y no se merecía nada malo.

13

Estaba en el balcón de casa de los Gómez, fumándome un segundo cigarro. No podía dormir, seguía procesando lo ocurrido con Esther y era incapaz de creerlo. La puerta del balcón se abrió y le di una calada al cigarro para acabar pronto. No me daba miedo que me pillaran fumando, a aquellas horas solo él y yo salíamos al balcón.

—Hola —dije sin mirarlo.

—¡Joder! —se quejó cuando cerró la puerta—. Me has asustado —no contesté, le di otra calada al cigarro. Antonio, en líneas generales, no era buena para mí, pero mucho menos en el estado anímico en el que me encontraba. Estar allí con él no me iba a hacer ningún bien. Se sentó a mi lado en la semioscuridad—. ¿Qué haces? —preguntó.

—Fumarme un cigarro —contesté alzándolo para que lo viera.

—¿A quién se lo has gorroneado? —empezó a quemar una china, olía bien.

—He comprado —contesté de mala gana, recordando una de nuestras últimas broncas.

—Si fumas, compras —dijo él y no me molesté ni en contestarle.

Nos quedamos callados, yo con la cabeza tan llena que no sabía ni cómo enfrentarme al problema de Esther y él liado liando (valga la redundancia) su porro.

—¡Eh! —llamó mi atención cuando después de apagar la colilla hice el amago de levantarme—. ¿Qué te pasa? —me preguntó.

—Como si te importara… —apoyé los codos en las rodillas y me aparte el pelo de la cara, mirando al suelo, seguía en shock.

—Ponme a prueba —contestó él y yo suspiré.

—No puedo dormir —reconocí incorporándome—, necesito relajarme —lo miré, mis ojos estaban más que acostumbrados a la oscuridad, llevaba allí un rato—. ¿Me das? —le pedí el porro, segura de que me soltaría alguna mala contestación invitándome a irme.

—Cuéntame qué te pasa —puso el porro frente a mí, ofreciéndomelo.

—Tengo muchas cosas en la cabeza —reconocí dándole una honda calada—. Esta mañana hemos visto a tu amigo —cambié de tema, no quería hablar de lo que realmente me carcomía, no con él desde luego—, a Peter —le aclaré.

—¿Dónde? —preguntó con poco interés—. ¿En los banquitos?

—No, en el caminito viejo que va de la playa al tenis.

—¿Qué hacías tú por allí? —noté cómo su voz se alteraba, yo me sentía inalterable.

Esther ocupaba cada neurona de mi cerebro, por dentro estaba en

ebullición. Preocupación, angustia e inquietud peleaban entre sí, no sé cuál de ellas ganaba, pero por fuera estaba como derrotada. Sentía una fatiga emocional que entonces era desconocida.

—Teníamos prisa por llegar a casa de Fabi —le expliqué sin interés—. Hemos tenido problemas con la gente que se pone allí y Peter nos ha ayudado, después de que Fabi y tu hermana tumbaran a uno de ellos, claro —sonreí orgullosa de ellas y le devolví el canuto.

—¿Cómo se os ocurre? —me reprochó—. Esos niñatos tienen el cerebro frito.

—Los que me llevaste a ver tú aquella noche no —contesté asqueada.

—Para que lo sepas, son menos violentos —aseguró—, además estabas conmigo —dijo con esa bravuconería suya—. ¿Estás bien? —relajó el tono—. ¿Os han hecho algo?

—Pensaba que nos harían daño, de verdad que sí, cuando cogieron a Fabiola… Me imaginé lo peor —me angustié al recordarlo, pero era como un sentimiento lejano, estaba medio ida, realmente en shock—, pero tu hermana es tan valiente… —dije con admiración.

—La próxima vez les decís que sois mis hermanas, no se atreverán ni a miraros.

Volvió a ofrecerme el canuto, lo miré negando con la cabeza por su comentario y acepté de buena gana su oferta, necesitaba adormecer el cerebro o me estallaría la cabeza.

—Yo no soy tu hermana —le recordé lo obvio tras soltar el humo—, desde que entré en esta casa no has hecho otra cosa que fastidiarme —puntualicé sin emoción; no era un reproche, sino un hecho—, ¿y ahora te las das de hermano? ¿Finges que te preocupo? —le di otra calada al porro y solté le humo al cielo—. No me hagas reír.

—Una cosa es lo que haga yo y otra lo que hagan los demás —contestó sobrado.

—¿En serio? —giré la cabeza para mirarlo interesada—. ¿Y qué te da derecho a pasarte la vida intentando joder la mía? —le pregunté dándole otra calada al canuto.

—¿Qué quieres que te diga chica? —demandó chulesco—. Estás todo el puto día en mi casa —solté el humo sonriendo mientras él torpemente buscaba una excusa—; ya que tengo que aguantarte al menos me entretengo.

—Eres imbécil —me reí de verdad por primera vez desde la playa.

—Tú porque no te has visto —se cachondeó, le cogí el brazo para que me prestara atención y le devolví el porro—, pero eres muy graciosa cuando te picas y es tan fácil mosquearte… —siguió y lo dijo con emoción, no supe descifrarla, pero había sentimiento.

—Ya… Pues a veces te pasas —dije relajada—. Me voy a dormir,

gracias por la charla.

—Cuando quieras —contestó y lo dejé allí fumando.

Al fin pude dormirme, pero tuve pesadillas. Cuando Raquel me despertó, sentía que no había descansado nada. Remoloneé en la cama mientras ella se duchaba, cuando llegó Mónica, salté de la cama y me preparé en tiempo récord. Aquella mañana le di plantón a Luis y no me enteré hasta al día siguiente que me llamó para ver si estaba bien.

En casa de Fabiola, dábamos vueltas hablando de una cosa y otra, sin ir a lo que nos perturbaba a las cuatro, aunque ninguna dijera nada del tema, hasta que Fabi lo soltó.

—¿Alguna ha hablado con la futura mamá? —preguntó al aire mientras inspeccionaba un vestido.

—Fabi —la censuró Mónica.

—¿Qué? —la miró—. ¿Habéis hablado con ella o no? —nadie contestó y devolvió la atención a la prenda de ropa—. ¿Qué creéis que le habrá dicho Javi? —preguntó.

—Tiene diecisiete años y él veintiuno, no están preparados para ser padres —contestó Mónica—, espero que uno de los dos ponga un poco de cordura a la situación.

—Ella hará lo que diga Javi, como hace siempre —opinó Fabiola—, por eso me pregunto qué habrá dicho él.

—Yo no creo que ella haga lo que dice Javi —opiné yo.

—Yo tampoco —me apoyó Raquel—, de ser así no discutirían como lo hacen.

—Eso es por culpa de él, que es un celoso patológico —opinó Mónica.

—Ella es una santa —dije irónica, defendiendo al novio de mi amiga, me caía genial.

Las tres me miraron mal, no es que quisiera ser desleal a mi amiga, ella siempre estaría por encima de Javi, por supuesto, pero los dos eran igual de celosos y me parecía injusto.

A Mónica no creo que Javi le cayera bien jamás, nunca supe el por qué, ni tampoco se lo pregunté, segura de que lo negaría. Fue después de comer que bajamos a la playa, a nuestros banquitos, andando con un sol de las cuatro de la tarde a principios de septiembre. Al llegar lamenté no haber bajado el biquini, me habría dado un baño.

A Esther la trajo Javi en coche, nosotras ya estábamos allí, las cuatro nos pusimos de pie cuando vimos el coche parar frente a nosotras; nos acercamos, pero Javi se marchó.

—¿Cómo estás? —preguntó Raquel casi sin dejarla bajar del coche.

—¿Te encuentras bien? —la siguió Mónica.

Esther nos dedicó una sonrisa abierta, tenía ojeras y color en las mejillas; con su melena rubia algo enmarañada, tenía un brillo especial, al menos eso me pareció a mí.

—Me encuentro igual que ayer —aseguró alcanzándonos.

—Igual no —opinó Fabiola mientras ella y Mónica se abrazaban—. ¿Qué ha pasado? —demandó ansiosa, parecía que la curiosidad podía con ella—. ¿Qué ha dicho Javi?

—¿Puedo sentarme? —dijo incrédula mirando a la pija del grupo mientras Raquel la besaba en la mejilla.

—Sí —dijo Mónica rodeando su brazo con el de ella para acompañarla al banco, como si de pronto tuviera ochenta años en lugar de diecisiete—, es mejor que te sientes.

—¡Madre mía! —exclamó Fab incrédula y horrorizada—. La que nos espera; que está de semanas, por Dios, Moni —la criticó mientras las seguíamos. No dije nada, pero estaba de acuerdo y estaba segura de que Raquel también—, ni siquiera sabe si lo va a tener.

—Por supuesto que lo va a tener —discutió Raquel sin cambiar de actitud.

—O no —discutió Mónica—, es su decisión. Y te apoyaremos decidas lo que decidas —puntualizó mirando a la rubia, que le sonrió en agradecimiento.

Las cuatro se sentaron en el banco, yo cogí el paquete de tabaco del bolsillo trasero de mi short y me senté en el suelo frente a ellas; saqué un cigarro del paquete.

—Dame uno —me pidió Esther y sin pensármelo se lo ofrecí.

—¿Estáis tontas o qué os pasa? —me arrebató el cigarro Mónica poniéndose de pie—. No puedes fumar en tu estado —censuró a Esther—, ¿y tú en qué piensas dándole tabaco a una embarazada? —me criticó a mí.

—Pienso que es pronto para empezar a dar la chapa —dije lo que todas pensábamos.

—Dame el cigarro —le pidió Esther.

—No lo va a tener —apuntó Fabiola como si hubiera apostado y ganado.

—¿Podéis dejarla hablar? —pidió Raquel y le quitó el cigarro a Mónica para dárselo a Esther—. ¿Habéis hablado? —afirmó con la cabeza.

—Sí, claro. Fuimos a la farmacia de guardia e hicimos otra prueba —nos explicó.

—¿Cómo se lo tomó Javi? —la interrumpí.

—Al principio con susto —reconoció con una sonrisa soltando el humo—, como yo —aclaró—, pero lo procesó bastante bien; quisimos asegurarnos antes y la prueba dio otra vez positivo, así que sí, estoy embarazada —reconoció, y lo dijo como si ya se hubiera hecho a la idea, algo que me agradó, envidié su entereza—. Hemos puesto medios, vosotras lo sabéis, son cosas que pasan —se encogió de hombros y yo me mordí la lengua, porque aquello no era del todo

cierto. Sí, ponían medios, pero ella era muy despistada y más de una vez se le había olvidado tomar la *antibaby*—. Si ha venido así es porque tiene que ser así, estamos enamorados y, aunque esto nos va a venir un poco grande, y da miedo —reconoció—, los dos estamos de acuerdo en que queremos tener el bebé y que…

—¡Nos vas a hacer tías! —la interrumpió Raquel, abrazándola.

Fue la única que reaccionó al momento. Mónica lo estaba procesando, veía su cara de problema de matemáticas, su mente analítica y racional procesaba aquella información, descifrándola. Fabiola desaprobaba su decisión, eso lo sabías solo con conocerla un poco. Raquel era obvio que se alegró al momento y yo, tras hacerme a la idea, también lo hice.

Septiembre corrió en nuestra contra y pronto empezó un nuevo curso escolar. Qué diferente fue todo. Pensé que estaba preparada, pero no fue así. Luis me esperó en la puerta y me acompañó a mi aula, y aunque aún no había visto la ausencia de mis amigas, podía sentirla en cada paso a mi nuevo destino. Fabiola ya estaba en el internado donde repetía cuarto de la ESO. Raquel iba a otro instituto donde haría un ciclo medio de educación física. Esther seguía embarazada y se había despedido de las noches de fiesta, cambiándolas por las noches de tranquis; seguía en su trabajo y sus padres se lo tomaron mejor de lo que todos esperábamos. Ella y Javi parecían más felices que asustados, algo que me sorprendía, pero sobre todo agradaba. Y Mónica, ella y yo empezábamos bachillerato, pero no íbamos juntas, así que tenerla cerca pero sin estar con ella tampoco me consolaba.

—¿Preparada? —me preguntó Luis cogiéndome de las manos en la puerta del aula.

—Siempre —mentí y él me dedicó una sonrisa.

Me besó en la boca y me dejó allí, a merced de la nueva situación, con lo mala que era yo con los cambios, lo poco que me agradaban.

Y los días se transformaron en semanas, las semanas rápidas sumaron un mes y de nuevo mi cumpleaños. Dieciséis. Por fin mis ansiados dieciséis; quizás pareciera que no cambiaba las cosas, pero para mí lo cambiaba todo y estaba deseando que ese día llegara.

Era lunes, y antes de clase Esther me invitó a desayunar en su panadería y perdí una hora de clase por estar un rato con ella. Después de clase improvisamos unas pizzas en casa, estábamos Raquel, Moni, Luis y yo; después, Raquel se fue a clase y nosotros a la biblioteca. Cuando Raquel acabó las clases la pasé a buscar y nos fuimos a las pistas; no estuvimos mucho rato, nos fuimos a su casa. Fabiola me llamó desde el internado para felicitarme.

—No quiero chafarte la sorpresa, pero es que sé que tu novio se equivoca —me dijo después de felicitarme y de las preguntas de rigor.

—¿De qué hablas? —le pregunté sin saber a qué venía aquel

comentario.

—Dijiste que querías ir este finde al *Pont Aeri*[8] para celebrarlo —afirmé con la cabeza. Sí, lo había dicho, ese era el plan, quería celebrarlo allí, sabía de sobra que a Fabi no le molaba, ni el ambiente, ni la música, y mucho menos a Mónica, pero era mi cumple y yo decidía cómo celebrarlo y había dejado claro que quería ir a esa discoteca—. Mónica quiere cancelarlo, por lo visto Luis quiere hacer algo especial contigo esa noche…

—¿La del sábado? —demandé, y lo cierto es que lo dije más molesta que emocionada.

Mi novio estaba preparando algo especial; quizás, solo quizás, no quería hacerme falsas ilusiones, tal vez ya estaba listo para dar el salto final en nuestra relación. Tampoco importaba mucho, hacía tiempo que ya ni pensaba en ello. La noticia debió emocionarme, meses atrás lo habría hecho, pero sucedió lo contrario. Me jodió, me molestó que quisiera imponerme uno de sus planes súper calculado y esquematizado, sin importarle lo que yo quería hacer en mi cumpleaños, que era irme de fiesta con mis amigas, con mi DNI y liarla como la ocasión merecía. Ahí debí darme cuenta de que algo estaba fallando, la romántica que llevaba dentro estaba en huelga, pero ni lo vi venir, la verdad.

—¡Exacto! —exclamó, parecía tan molesta como yo, y eso me alentó—. Ya me dirás si no lo podrías celebrar con él hoy o el viernes, pues no, quiere prepararte algo para el sábado, y Mónica le está ayudando —me explicó—. Sé que he fastidiado la sorpresa, pero no entiendo que, si tú tienes claro lo que quieres, por qué él tiene que cambiar nuestros planes.

—Paso de pasarme el sábado noche viendo una peli con su hermano, para acabar en casa a las doce de la noche como si cumpliera trece años en lugar de dieciséis —sentencié.

—Normal —aseguró—. Deja a ese aburrido, Aury —me aconsejó y no quise escuchar.

Cené en casa de los Gómez, donde con ilusión soplé las velas; aquel año estaba hasta Antonio, quien me manchó el pelo de pastel e intentó fastidiarme, como era típico en él y, aunque estaba acostumbrada, no me hizo gracia, pero tampoco hice un drama. Llamé a mi padre para pedirle permiso y quedarme a dormir; no me dejó y eso despertó mi ira, por supuesto. Al llegar a casa, ni siquiera lo saludé, fui directa a mi cuarto y me encerré de un portazo.

—Aurea —dijo tras llamar a la puerta con suavidad—, es tu cumpleaños, solo quería pasar un rato contigo, no te he visto en todo el día —me recordó con voz quejicosa.

—Ahora te importa —abrí la puerta para encararlo—, hace un tiempo no te importaba tanto —le reproché, como hacía siempre—.

Aquí me tienes —dije molesta—, voy a ducharme —salí de la habitación sin más que añadir.

Al día siguiente hablé con Luis, le ofrecí hacer algo el viernes, alegando lo mucho que me apetecía el plan del sábado con mis amigas. Le dije que así podía celebrarlo con él también. Sabía que no iría de fiesta con nosotros ni de coña y, para ser sincera, tampoco yo lo quería allí. No quería pasarme la noche controlando lo que hacía, si estaba cómodo, si lo pasaba bien y sin apenas beber para que no me juzgara, cuando nada de todo aquello iba a pasar, ni iba a estar cómodo ni lo iba a pasar bien. Ni se lo ofrecí.

No me equivoqué en sus planes para celebrar mi cumpleaños, fuimos con mi moto a un terreno que tenía en medio de una urbanización apenas urbanizada en el pueblo de al lado. Había decorado el lugar con mucho detalle, porque así era él, muy indeciso, pero cuando tomaba una determinación y decidía hacer algo se curraba hasta el mínimo detalle.

—¿Quién te ha ayudado? —quise saber observando a mi alrededor.

Estaba todo lleno de pequeñas velas por toda la estancia, olía a flores, también había pétalos perfumados por todas partes. La mesa estaba puesta para dos, con un pequeño ramo de flores que no iba nada conmigo, pero lo demás era muy bonito y romántico.

—Mi hermano —reconoció y se acercó a mí—. ¿Te gusta? —demandó inseguro.

—Claro que sí —aseguré abrazándome a él antes de besarlo llena de amor y gratitud.

La noche no fue como ninguno de los dos esperaba. Luis era muy planificador y hasta el mínimo detalle estaba estudiado, y a mí ese vamos del punto A al punto B llegaba a cortarme el rollo. Prefería que las cosas se dieran por sí mismas, que surgieran sin buscarlas o forzarlas y sentí aquello impuesto, y aunque lo intenté, no pudo ser.

Primero me agobié pensando que podía quedarme embarazada como Esther, algo que me quitó hasta las ganas. Eso no me frenó, lo notaba muy inseguro, muy vacilante y, cuando llegó el momento, me hizo daño, así que a medianoche lo dejé en casa y me fui a la de Raquel, que era donde mi padre creía que dormiría.

Y llegó el fiestón en mayúsculas, con luces de neón y un bombo que dejaría sordo a cualquier imprudente que se acercara a menos de cinco metros de él. Aquella noche todas fuimos en tren, hasta Esther; aunque Javi fuera con sus amigos en coche, vino con nosotras, como antiguamente, como cuando íbamos a Vips, aunque sin beber; estaba embarazada, aunque no se le notara nada. La noche fue un desfase, bebí lo mío y lo de Esther, Javi no dejaba de malcriarme con copas gratis. Bailé, salté y sudé por Mónica y Fabiola, que apenas movían un

pie del suelo, ni siquiera para marcar el ritmo. No sabría decir cuál de las dos estaba más fuera de lugar, escondidas en un rincón, donde nadie las golpeara mientras Raquel, Esther y yo lo dábamos todo en la pista.

No lo sabíamos, pero aquella sería la última noche de discoteca en la que estaríamos todas. Ya nos habíamos empezado a distanciar, no sé si las demás eran conscientes o no; yo sí, pero fingía que no estaba pasando.

Los meses pasaron y las navidades volvieron a llevarme al norte, con mi adorada Sofi, y de vuelta a casa para enfrentar el segundo trimestre, que no me estaba yendo mal. A Mónica y a Raquel las veía a diario. A Fabiola solo el fin de semana; había conocido gente nueva en el internado con la que por lo visto había encajado muy bien, así que debía repartir su tiempo, y cada vez dejó menos para nosotras. El embarazo de Esther fue robándole más tiempo a medida que avanzaba; la llegada de Emma en abril la alejó a marchas forzadas de nosotras, o a nosotras de ella. Ya no fluíamos, no íbamos en la misma dirección, y era natural, ella era madre y nosotras seguíamos siendo una niñatas que se creen mayores.

Antes de eso ocurrió algo más, algo que lo cambiaría todo. Debemos ir un poco hacia atrás, a Semana Santa. Cayó en marzo y me visitó mi prima Sofía. Justo antes de que ella llegara pasó algo que no tenía nada que ver conmigo y que, sin embargo, cambiaría mi vida, mi mundo, me cambiaría a mí. Estaba a punto de perder la niñez que me quedaba. Tras su marcha, empezaría una nueva etapa, una que arrasaría conmigo y con todo lo que me rodeaba.

14

Tenía muchos planes para la llegada de Sofía, estaba deseando presentarle a mis nuevos amigos: Berta, Laura y Jaume. Íbamos juntos a clase, no éramos íntimos, pero ahí estaban y quería presentárselos. También me apetecía que ella y Luis se relacionaran más, que se conocieran. No sabía si sería posible; Luis estaba agobiadísimo con la sele y parecía que no tenía tiempo para nada más que estudiar, arrastrando con él a Mónica, que también parecía estresada, algo absurdo, ya que los dos iban muy bien en sus respectivos cursos.

Era sábado casi al mediodía, aquella tarde llegaba Sofía, y mi padre y yo habíamos quedado para comer, después iríamos al aeropuerto a recogerla. Estaba deseando que llegara el momento. Como siempre, estaba loca de ganas de verla, abrazarla y pasar todo el tiempo con ella, deseaba que viera lo súper embarazada que estaba Esther.

Pasé por casa de los Gómez a buscar un jersey que tenía de Sofía, sabía que iba a ser lo primero que buscara en el armario. Me había pasado la mañana buscándolo en casa y no lo encontré por ninguna parte, así que supuse que estaría allí, por lo que fui corriendo a por él. Llamé al timbre y nadie contestó, la puerta simplemente se abrió y subí por las escaleras.

Al entrar en el comedor no dije ni hola, la habitación estaba cargada de tensión, casi podía verla y me dejó con la boca abierta, pero sin nada que decir mientras me fijaba en la escena. En el primero en el que me fijé fue en Antonio; tenía el pómulo rojo, supuse que se había peleado, y no era raro verlo con la cara marcada, aunque cuando eso sucedía solía tener también los nudillos machacados; pero no era el caso, sus manos estaban bien. Volví a su rostro, me estaba mirando, agachó la cabeza y se frotó el cráneo rapado; después salió por el balcón, cabreado. Desconcertada observé al resto. La madre de Raquel lloraba en el sofá, mientras su padre le rodeaba la espalda con el brazo y la consolaba. Sus hermanos pequeños cuchicheaban en una punta del sofá y Raquel estaba de pie junto a la mesa con los ojos vidriosos. Se me cerró la garganta al ver el rostro de mi mejor amiga.

No dijo nada, se alejó de su familia y vino a mi encuentro.

—Vamos a mi cuarto —me pidió en un susurro cuando estaba frente a mí.

—¿Qué ha pasado? —pregunté en cuanto me di la vuelta—. ¿Qué le pasa a tu hermano?

—Vamos —me apremió a caminar rodeándome los hombros.

Fuimos a su habitación y cerró la puerta. Tenía la cara descompuesta, en sus ojos marrones se apreciaban centenares de

motitas verdes, tenía la nariz roja y el rostro pálido.

—¿Qué pasa? —la cogí de las manos—. ¿Qué ha pasado con tu hermano?

—Esta mañana ha venido la policía a buscarlo y se lo han llevado esposado.

Abrí la boca sin poder creerlo, preguntándome qué habría hecho esta vez. Sabía que había dormido un par de noches en el calabozo, pero nunca habían ido a por él, lo habían pillado haciendo algo. Una vez lo pillaron con droga y otra haciendo el gilipollas.

—¿Qué? —demandé incrédula. Antonio no era un santo, al contrario, siempre se metía en líos y a veces le explotaban en la cara—. ¿Por qué? —le apreté las manos, angustiada.

—Una chica lo ha denunciado por violación —contestó mirando al suelo.

Pensé que era imposible que hubiera escuchado bien, pero sabía que lo había hecho y los pensamientos se agolparon, chocando entre sí con contundencia mientras mi cerebro procesaba sus palabras. Aquello era mentira, lo supe tan pronto Raquel pronunció aquella falsa acusación y mi estupefacto cerebro la procesó. Podía ser muchas cosas, muchísimas, pero en el fondo no era una mala persona, y desde luego no era un violador. Yo misma me había ofrecido medio borracha para que hiciera conmigo lo que le diera la gana, y en lugar de aprovecharse de la situación o de mí, intentó darme una lección, ni siquiera sé de qué, dudo que lo supiera él, pero fue lo que hizo, respetarme y no aprovecharse.

—¿Por qué? —demandé asqueada e incrédula.

—¿Por qué, qué? —me miró mi amiga sin comprender la pregunta.

—¿Por qué lo ha denunciado? —pregunté angustiada—. Tu hermano no violaría a nadie —le soltó enfadada y me alejé. Empecé a caminar por la habitación, nerviosa, incapaz de creer aquella mierda. Sentí hervir la sangre—, las tiene a patadas, puede elegirla —apunté volviendo junto a ella—, ¿por qué iba a forzar a una que no quiere?

La miré con el ceño fruncido, esperando que me dijera que no era verdad, que confiaba tanto como yo en su inocencia. Raquel agachó la mirada al suelo y un pensamiento que no quería creer cruzó mi mente: ella no confiaba en él, creía a aquella chica.

—Raque… —escuché salir de mi boca en un susurro ahogado.

—Tiene el puto cerebro frito —alzó la mirada quejándose con rabia, encarándome, estaba llorando— con las mierdas que se mete —sentenció.

Me ofendió muchísimo que dudara de Antonio, yo hubiese puesto la mano en el fuego por él y, en aquel momento, estaba segura de que saldría intacta. Pero por muy ofendida que estuviera, tampoco estaba

acostumbrada a ver a Raquel llorar. Me rompió el corazón, me sentí fatal, dividida entre los dos hermanos. Dolida de que creyera que su hermano era capaz de aquello y triste por cómo debía sentirse al creer que era cierto.

—Raquel… —dije con pena sin saber qué decir, no podía admitir que lo creyera capaz. Se dejó caer al suelo y, pegando las piernas a su pecho, arrancó a llorar con ganas—. No llores, por favor —le pedí agachándome con ella—, no dudes de él. Raque, porfa —la cogí y la atraje hacia mí, la abracé—. Antonio es idiota, pero no es capaz de algo así.

—¿Crees que controla una mierda cuando va puesto? —alzó la mirada a mis ojos y lo cierto es que no, no lo sabía. Comprendía que las drogas te cambiaban, yo misma era mucho más desinhibida y extrovertida cuando bebía, pero Antonio no haría eso, por más puesto que fuera—. ¿Que es el mismo que cuando está en casa? No te engañes —negó con rabia—, ese no es mi hermano. Ni tú, ni yo, ni siquiera él, sabemos de lo que es capaz.

—De eso no —negué y le cogí la cara para que no volviera a apartar la mirada—, confía —le pedí—, averigüemos quién es y saquémosle la verdad a hostias si hace falta.

—¿Tú a hostias? —conseguí hacerla reír—. ¿Por mi hermano?

Sonreí incrédula yo también, aquello no tenía sentido, pero sí, la rabia que me nacía de las entrañas dejaba a la cobarde que vivía en mí a un lado para que una camorrista que no conocía ocupara su lugar. Antonio y yo no nos llevábamos bien, en aquellos días pensaba que nunca llegaríamos a hacerlo, pero me daba lo mismo. Sabía que lo conocía, no me importaba lo que se metiera o cómo le sentara, él no era así y no se me ocurría una injusticia mayor que ser señalado por algo tan grave cuando es mentira. No solo él sería repudiado, acusado y señalado, si no toda la familia, y aquel era un estigma que nunca se quitarían de encima. Vivíamos en una ciudad, pero una pequeña, y mi familia no iba a ser calumniada ni el centro de los cotilleos de todo el mundo, ni pensarlo.

—Por su honor —le limpié la cara de lágrimas— y el de tu familia —contesté segura.

—Toni no va a querer que nosotras nos metamos en sus cosas —contestó.

—¿Desde cuándo me importa a mí lo que tu hermano quiera? —demandé haciéndome la fuerte, intentando aferrarme a la rabia para no hundirme o ella caería más hondo.

Raquel me abrazó y yo me emocioné al escucharla llorar, sentía cómo su angustia y pena llegaban hasta mi ser y me colmaban. No estoy segura de si lloraba por lo que estaba pasando, porque dudaba de su hermano o porque realmente lo creía capaz. En aquel momento

tampoco me importó el por qué, solo quería que lo dejara salir, que se desahogara mientras yo hacía lo mismo en silencio, abrazándola, sintiendo su pena como propia. Era momento de soltarlo para después recomponernos y ponernos en marcha.

Me costó mucho dejarla allí y marcharme; al llegar a casa mi padre estaba cabreadísimo. Ya no nos daba tiempo de ir a comer antes de ir al aeropuerto. Al verlo tan enfadado conmigo le solté toda la mierda que llevaba dentro en una discusión sin mucho sentido. Con la distancia, me doy cuenta de que podría haberle dicho que había ocurrido algo en casa de los Gómez, una tragedia familiar sin entrar en detalles, y que no me había podido marchar antes. Habría hecho preguntas, seguramente podría haberlas sorteado, pero en lugar de eso me puse a la defensiva, atacándolo como hacía siempre, alejándome sin remedio.

Entre los brazos de mi prima me sentí a salvo, como si el mundo frenara para volver a su velocidad normal y todo pudiera solucionarse. Me había mostrado fuerte frente a Raquel, pero lo cierto es que estaba medio demolida y, entre sus brazos, me di cuenta de hasta qué punto lo estaba. La abracé con ganas, agarrándola como mi bote salvavidas.

—¿Qué pasa? —demandó acariciándome el pelo, ni siquiera había abierto la boca.

—En casa —contesté sin soltarla.

El camino a casa fue tenso, mi padre y yo no nos hablábamos, no lo hacíamos desde la discusión de antes de ir al aeropuerto. Yo no quería hablar delante de él, ni de lo que me sucedía ni de nada, y mi prima estaba allí en medio incómoda de la hostia, sin saber muy bien qué hacer, respondiendo amable a las preguntas que mi padre le iba lanzando.

—Vete con ella —me dijo mi prima tras contárselo todo.

—¿Cómo? —demandé.

—Sé que quieres ir con ella y que te necesita, es una putada, lo sé, no quiero quedarme aquí sola, pero esta noche duerme con tu amiga —me dijo—. Raquel te necesita, yo estaré aquí por la mañana y te ayudaré a encontrar la manera de aclararlo todo —aseguró.

—¿Estás segura? —dije indecisa, la verdad es que era lo que quería, pero no me parecía bien, acababa de llegar, no podía irme y dejarla sola—. No puedo —dije pensándolo.

—Claro que puedes —aseguró y la abracé super agradecida.

Me presenté en casa de Raquel sin avisar, lo que no era nada nuevo, y me di cuenta de cuánta falta le hacía a Raquel. En cuanto me vio entrar en su habitación, se le iluminó la cara. Hablamos de una cosa y de otra, no del tema, cenamos en su habitación unos bocadillos y nos fuimos a dormir pronto. Hubo movimiento, el timbre sonó en varias ocasiones, escuchamos a su padre gritar, pero no nos movimos

del cuarto. Esperé a que Raquel se durmiera, ya era tarde cuando lo hizo, aunque nos habíamos metido pronto en la cama.

Salí de la habitación, parecía que todos dormían; fui a la de Antonio, insegura, sin tener la menor idea de qué decirle, ni mis intenciones estaban del todo claras, pero fui hasta allí, un paso tras otro, preguntándome qué estaba haciendo, sin vacilar en mis acciones. No llamé, simplemente entré y, a tientas, fui hasta su cama; lo llamé suavemente, me senté y lo busqué y, al no encontrarlo, encendí la lamparita. La cama estaba vacía, fría. No podía creer que se hubiera largado, pero después lo pensé mejor, cuando no podía dormir o estaba nervioso se iba al balcón a fumar, y debía estar atacado. Fui en su búsqueda.

Salí del comedor y cerré la puerta corredera detrás de mí, la noche me saludo gélida.

—Hoy no, pelirroja —me dijo mientras la cerraba.

Hice caso omiso y fui a por él, que como esperaba estaba fumando.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté mientras llegaba a él.

—Te digo que ahora no, Aurea —resopló—. Déjame solo —ordenó enfadado.

—No —me planté delante de él—. ¿Por qué esa chica miente?

Alzó la cabeza para mirarme, mis ojos podían verlo en aquella semioscuridad ya conocida para mí también. Los dos nos quedamos callados, midiéndonos, analizándonos.

—¿Por qué crees que miente? —rompió él el silencio, mirándome con interés.

—Porque te conozco —contesté sentándome a su lado mientras su mirada trataba de penetrar mi piel y ver más allá de mis ojos, como si quiera ver mis pensamientos— y sé que eres incapaz de hacer algo así —nos miramos de frente, uno junto al otro, lo suficiente para que nuestros hombros se rozaran—. ¿Me equivoco? —lo reté a responder.

Siguió mirándome sin responder, lo cual no me importó, sabía que no dudaba de él, dudaba de mí, pero no parecía creer que yo confiara en él como lo hacía. Aquella fue la primera vez que nuestras miradas hablaron entre sí, al menos para algo más que odiarse y desearse cosas malas. Me dio la sensación de que él no creía merecer que lo creyera y se me cerró la garganta frente a ese pensamiento. Como si en mis ojos pudiera ver la tristeza nacer, apartó la mirada, vi dolor en la suya mientras lo hacía. Agachó la cabeza, se frotó la cabeza rapada con ambas manos y, agarrándosela, me respondió.

—No —contestó cabreado—, no te equivocas —aseguró sin mirarme.

—¿Por qué? —volví a preguntar.

Alzó la mirada y lo vi, iba a enfrentarse a mí, lo supe y no me

amedrenté. No iba a asustarme o cambiar de idea, si era eso lo que esperaba, pensaba confiar en él.

—Me la tiré —confesó, y lo cierto es que no me sentó bien aquello, nada bien. En aquel momento no estaba preparada para analizar por qué me molesté tanto, él era así, se tiraba todo lo que podía, todos lo sabíamos, pero eso no lo convertía en un violador. Más tarde, de nuevo en la habitación de Raquel, analizando aquella conversación, lo que habíamos verbalizado, lo que habíamos dicho sin hablar y lo que no se había dicho, me convencería de que me había jodido porque había compartido algo especial con aquella mentirosa, aunque fuera un rato de pasión, y ella le había traicionado y por eso me molestaba, pero vamos, la escusa, si la hubiera dicho en voz alta, no me la habría creído ni yo, pero no hacía falta decirlo y con eso bastó—, me la follé —siguió y yo afirmé tratando de ocultar cómo aquello me hacía sentir—, pero ella quería más que yo —aseguró y yo lo creí.

—Entonces por qué miente —volví a preguntar.

—No lo sé —contestó con un suspiro recuperando el encendedor de la mesa. Encendió el porro apagado y le dio una honda calada, no esperaba que dijera nada más cuando me sorprendió que siguiera hablando—. Fue un polvo salvaje —reconoció con la mirada perdida y de una profunda tristeza—, incluso violento —siguió frunciendo el ceño—, los dos íbamos de farlopa —confesó y yo lo miré decepcionada, porque ahí Raquel no había fallado y solo podía rogar que sí se hubiera equivocado en el resto—, muy puestos —alzó las cejas y apretó un momento la boca antes de darle otra calada al canuto—, pero ella lo provocó y lo buscó, quería más que yo la hija de puta —aseguró con rabia.

—Tienes que saber por qué miente —insistí intentando que no me afectara.

—Tiene novio —dijo como si no le diera importancia, dando otra calada.

—¿Cómo? —demandé flipada, ahí estaba el motivo por el que mentía, era obvio.

—Es colega —dijo, y yo ya no sabía quién era Antonio. Creía que era amigo de su gente, tenía un séquito de amigos, todos lo adoraban, tenía carisma y don de gentes. Pensaba que era leal a los suyos, pero eso me hizo pensar en lo poco que en realidad lo conocía—, la coca era suya —me ofreció el canuto y negué asqueada, volvió a mirar a la nada—. Solo quería pillar un pollo para el fin de semana y me pasé por su casa, ella me abrió medio desnuda, ya estaba puesta y a tope; me entró a saco, me invitó a un par de rayas, me las metí y la conversación nos llevó a donde ella quería ir —negó con la cabeza sin centrar la mirada, me sentí como si hubiera olvidado que yo estaba allí, como si lo reviviera para él mismo—. Yo no quería —aseguró y

alcé las cejas pensando si él creía que era imbécil o algo—, y las rayas y los picos en lugar de la mesa estaban sobre su cuerpo y, joder, me lo metí todo, la esnifé y saboreé entera. Perdí de vista quién era, de quién era parienta, solo veía la farlopa en su cuerpo, su ropa cara de encaje mientras ella se contoneaba primero frente a mí y después encima… Está muy muy buena y se me puso muy dura —sentí mis mejillas ruborizarse, el calor en mi rostro a pesar de la fría noche—. De pronto mi rabo ya no estaba en los gallumbos y ella esparcía polvo blanco sobre él, parecía un árbol de navidad, largo, duro y erecto, y se lo llevó a la boca. Fue brutal —reconoció y, aunque a mí lo sucedido me parecía asqueroso, también me excitó un poco, aunque en aquel momento hubiera muerto antes que confesárselo a alguien—, jamás había sentido así una mamada, y me han hecho muchas —dijo tan engreído como él era—, no sé cómo no me corrí allí mismo… Dejó de chupármela, me puso un condón y yo a ella a cuatro patas sobre el sofá; se lo hice tan duro como ella lo iba pidiendo, desde atrás, esperé a que ella se corriera y, cuando lo hizo, me dejé ir, no sé cómo aguanté tanto, fue muy intenso. Ni siquiera me lavé —reconoció—, me la guardé, cogí lo que había ido a buscar, dejé el dinero sobre la mesa y me largué sin más. No quería ni mirarla a la cara. Las mujeres siempre traéis problemas —dijo y quise estrangularlo, había tratado a aquella chica como un trapo y se preguntaba por qué mentía, era obvio que quería vengarse—, pero las que están tan buenas como esa más, y supe en cuanto me corrí que me iba a salir caro, pero no pensé que fuera a ser así, me esperaba otra cosa, no sé qué es peor…

—Esto es peor —lo interrumpí cabreada y su mirada por fin se centró, se humedeció los labios y suspiró antes de volver a mirarme—; si su novio te hubiese dado una paliza te habría estado muy bien —aseguré mirándolo a los ojos—, ojalá, pero no, ella no solo te está acusando a ti, está humillando a toda tu familia, dejándoos en evidencia. Cuando esto explote, y lo hará —aseguré—, nadie de tu familia podrá salir a la calle sin escuchar cuchicheos a su alrededor; no solo tú, también ellos serán señalados, por culpa de que seas un puto drogadicto salido de mierda —lo acusé, asqueada y enfadada con él.

—¿Por qué te enfadas? —preguntó tratando de contener su propio cabreo—. Tú querías saber lo que pasó y te lo he contado —se encogió de hombros—. ¿Qué esperabas? —me preguntó y yo apreté la boca enfadada—. En serio —se giró para cogerme del brazo y yo me solté de él, no quería que volviera a tocarme en su vida—. ¿Qué esperabas? ¿Una historia de amor? ¿Un ataque de celos? ¿Un amor no correspondido? ¿Una venganza? ¿Qué esperabas? —alzó la voz, exasperado, repitiéndose.

—No esperaba que te aprovecharas de esa chica —escupí lo que

pensaba.

Se tiró para atrás, como si en lugar de verbal le hubiera escupido literalmente, me pareció que mis palabras le hicieron daño, pero no creía conocer a aquella persona.

—¿Yo me aproveché de ella? —subió aún más el tono.

—Por supuesto —lo encaré, elevando también la voz, me daba igual quién se despertara, estaba cabreadísima—, la usaste —lo acusé con rabia.

—Madura —me advirtió—, o te vas a llevar una de hostias que no sabrás ni por dónde te vienen —cogió la silla de plástico por los reposabrazos, como si fuera a levantarse, pero se lo pensó mejor y siguió hablándome—. Te enfadas porque crees que la usé, pero no fui yo quien se tumbó sobre la mesa en ropa interior, dejando polvo por mi cuerpo para ser chupado y sentirme deseado, no fui yo el que me arrodillé para llevarla al límite, ni tampoco el que me puse el condón —dijo con rabia y yo le quité el porro de entre los dedos y me lo llevé a la boca para calmarme—. No, pelirroja —dijo con rabia mientras yo lo miraba con el mismo odio y encendía el canuto—, no te equivoques, le di lo que ella quería. ¿Yo la usé? —me preguntó y apreté la boca—. La usé tanto como ella a mí…

—Estaba colocada —interrumpí su discurso antes de que me convenciera, era capaz.

—Lo estaba —reconoció mientras yo fumaba—, es cierto, pero ella no es una niña de quince años que no sabe qué está haciendo —aquel comentario me hirió, odié que me comparara con ella. Tras escucharlo, me daba tanto o más asco que él; después de todo, al menos él se suponía era honesto—, sabía muy bien lo que estaba haciendo y pasó lo que buscaba que pasara; ¿por qué? no lo sé. Como tampoco sé por qué ahora dice que yo la forcé, porque no lo hice. Júzgame cuanto quieras —me advirtió—, me da igual lo que pienses.

Me dejó allí, en la fría noche, sola, sintiéndome mal. Me acabé el canuto pensando en todo ello. Me subió enseguida, fumé deprisa porque estaba enfadada y fumé mucho, demasiado para mí sola. Me quedé allí, planchada, inmóvil, devastada.

Se llevó con él el calor de la discusión. Tenía que entrar, cada vez tenía más frío, pero estaba tan cansada que no creí poder moverme, solo pensar. Imágenes de lo que me había contado venían a mi mente y allí, en medio de aquel comedor, estaba yo, mientras ellos se divertían y yo me sentía tan poca cosa, tan insignificante, tan insuficiente…

—¿Aún estás aquí? —lo escuché a lo lejos—. Pelirroja —me llamó, sus manos estrecharon mi cara, las sentí arder contra mi rostro helado—, mírame —me pidió en un tono apremiante—. Estás helada —advirtió—. ¡Joder! —exclamó en voz baja, pero no era capaz de

centrar la mirada, estaba muy colocada—. Vamos —dijo tirando de mi brazo.

—Me encuentro fatal —fue lo único que pude decir y me pareció que tardada una eternidad en decir aquella corta y patética frase.

Consiguió que me pusiera de pie, pero a duras penas podía mantenerme, mucho menos dar dos pasos; me pregunté qué llevaba aquel canuto, pero no quería ni saberlo, solo llegar a mi cama y morir con la poca dignidad que me quedaba, si es que albergaba alguna a aquellas alturas. En el comedor, me cogió en brazos y al instante me sentí ligera, pequeña, menos patética y más reconfortada. Me apreté contra él y, para mi sorpresa, en lugar de llevarme al cuarto de su hermana, me llevó al suyo y me abandonó sobre la cama.

Conseguí fijar la vista en una estantería y me dediqué a intentar adivinar de qué discoteca era la colección de latas que había sobre ella. Era difícil cuando tu mirada no es capaz de quedarse en un punto fijo, por lo que no tuve mucho éxito en mi propósito.

—Toma —escuché que me decía, ni lo había visto marcharse ni volver. Sentí el peso sobre mí, me había echado ropa por encima y, frente a mí, apareció una tableta de chocolate; también me llevó un momento enfocarla—, come —me tendió el dulce.

—Es de los mellizos —conseguí decir, sin cogerla.

Me apeteció tanto como a un drogadicto un último viaje, como a un bebé lactante las atenciones de su madre. Sentí en mi estómago un alien moviéndose, y todo por la promesa de aquella apetitosa y dulce ofrenda, así que supe que no podría resistirme.

—¡Qué les den! —exclamó haciéndome sonreír.

—Sí —contesté levantándome poco a poco. Me tendió la otra mano y la cogí, me ayudó a incorporarme y me colocó la manta por encima de los hombros; después se sentó en la cama. Me pegué a su costado buscando calor, supongo, ni siquiera era consciente, pero lo hice y entonces cogí la tableta roja—, qué les den —repetí rompiendo el embalaje.

Apoyé la cabeza sobre su hombro y en silencio comimos; él intentaba darme conversación, pero mi cerebro no estaba mucho por la labor, las cosas como son.

—Empiezas a tener color —advirtió pasado un rato y sonreí sin ganas.

—Y sueño —reconocí sintiéndome mejor, aunque medio ida, me había matado.

—Pues vete a dormir, estoy harto de hacer de canguro —dijo el muy imbécil.

No me molesté, ¿para qué?, no lo decía de verdad, estuve segura de que él tenía las mismas ganas de estar solo que yo de moverme. También sabía que preferiría muchas otras compañías antes que la

mía, pero que yo era mejor que nada.

—¿Quién es la chica? —le pregunté.

—¿Qué chica? —preguntó él en respuesta, aunque sabía a quién me refería.

—La que te ha denunciado —contesté igualmente—. ¿Dónde podemos encontrarla?

—No necesitas encontrarla —se sacudió, quitándome el punto de apoyo de la cabeza, ya por fin centrada, aunque anestesiada—. No quiero que la busquéis —dijo muy serio, agachando la cabeza para buscar mi mirada.

—No vamos a dejar que se salga con la suya —sentencié convencida, mirándolo con la misma firmeza en que él me miraba a mí.

—No quiero ni que mi hermana ni tú os metáis en esto —dijo enfadado.

—Solo queremos ayudar…

—No quiero que me ayudéis —no me dejó acabar la frase—, esto no tiene nada que ver con ninguna de las dos —discutió poniéndose de pie—. No pienso permitiros que os metáis donde no os llaman, no es cosa vuestra, es cosa mía, solo mía.

—¿Y cómo piensas impedirlo?

—No me toques los cojones —me advirtió—, ni lo intentes porque te hundo —afirmó.

—¿Tú hundirme a mí? —empecé a espabilarme al ver que hablaba en serio.

—Sí, fácil, solo tengo que decirle a mi hermana que llegaste una noche borracha y, mientras ella dormía, te metiste en mi cama y me pediste que te fo…

—¡Basta! — exclamé incapaz de escucharle decir una palabra más.

Aparté la mirada, no quería que siguiera, era humillante y me hacía sentir patética y poco deseable. Más allá de eso, me merecía que me la jugara; por no haber sido sincera con mi mejor amiga, siempre estaría en sus manos. No dije más, salí de la habitación.

15

A la mañana siguiente me importó bien poco la amenaza de Antonio. Decidí que si le quería contar a Raquel lo que había pasado que lo hiciera, hasta valoré hacerlo yo, con tal de quitarle aquel poder, pero cuando lo intenté, me di cuenta de que no podía, sabía cuánto se iba a enfadar, cuánto la iba a decepcionar y no me atreví. Eso no cambió mi decisión de ayudar al mismo que me chantajeaba; es absurdo, lo sé ahora y lo sabía entonces, no se merecía mi ayuda, pero no era solo él lo que estaba en juego, era el bienestar de Raquel, de su familia, que también era la mía.

Raquel y yo fuimos a mi casa y recogimos a Sofía; de allí nos fuimos a casa de Esther, que la pobre estaba ya de baja y muy embarazada. Mi prima tenía muchas ganas de verla.

De todos los planes que hice para aquella Semana Santa, ir a visitar a Esther fue el único que llevamos a cabo. Cuando llegamos a su casa, mandó a Javi a buscar chocolate, su antojo estrella. Tuvieron una breve y absurda discusión, el ambiente estaba caldeado porque la noche anterior Javi había salido, a pesar de que Esther le pidió que no lo hiciera; al llegar no lo había dejado dormir, atosigándolo con tareas para mantenerlo en pie y de esa forma castigarlo.

Antes de que Javi se marchara para dormir en el coche, bromeábamos diciéndole que no se extrañara si la niña salía de color, sería normal con todo el chocolate que la madre comía, parecía que Esther solo quería dulce. Por aquel entonces, Javi ya no estaba bien, ninguno de los dos. Para Esther, tan despreocupada, optimista, imprevisible y divertida no fue fácil el cambio de rol, le tocó madurar de golpe y, si ella no estaba preparada, él menos.

Cuando nos quedamos solas, le explicamos a Esther lo que había ocurrido e ideamos un plan. Primero debíamos localizar a la mentirosa, después le pediríamos explicaciones y la haríamos confesar. Sofía grabaría discretamente nuestra conversación, como en esos programas de cámara oculta, y se la entregaríamos a Antonio para que pudiera enseñársela a la policía y demostrar su inocencia. Un plan perfecto.

—Es importante que no la coacciones —advertía mi prima a Raquel.

—¿Qué quieres decir?

—No puedes pegarle —contestó Esther, que conocía muy bien su temperamento

—Tampoco amenazarla —aclaré yo antes de que lo dijera ella.

—¿Y cómo vamos a sacarle la verdad? —quiso saber.

—Con tacto y psicología supongo… —contestó mi prima Sofía.

—Psicología… —repitió Raquel pensativa.

Sí, no era el plan más perfecto del mundo, es cierto, de echo era un plan descabellado y absurdo. De todas mis amigas, de lejos, Raquel era la que tenía la mecha más corta y el carácter más explosivo. Pero era el único plan que teníamos y era mejor a no hacer nada.

—¿Cómo la localizamos? —cambió de tema Sofía.

—Hay que preguntarle a mi hermano —dijo Raquel encogiéndose de hombros.

—No nos lo dirá —aseguré yo antes de darle una calada al cigarro que se consumía entre mis dedos—. Ayer estuve hablando con él y no quiere que nos metamos —expliqué.

—¿Cuándo? —me interrumpió Raquel sorprendida.

—No podía dormir —me excusé—, así que salí a fumar al balcón y estaba allí. Estuvimos hablando, me contó lo que había pasado, tú tenías razón —reconocí mirando a mi amiga, con medio cuerpo fuera de la ventana para no molestar a Esther con el humo del tabaco—, iba puesto de coca, los dos iban de lo mismo —alcé las cejas y le di otra calada, apartando la mirada a la nada—. Fue a pillarle al novio y ella se la dio a esnifar de su cuerpo, incluso ella misma le puso el condón —añadí todavía incrédula, aquello decía mucho—, y luego va y lo denuncia —reconocí pensativa—, no tiene sentido… Dijo que había sido un polvo salvaje, pero que no la había forzado; al acabar dejó el dinero sobre la mesa y se llevó la droga que había ido a buscar. Si averiguamos quién es el camello de tu hermano, sabremos quién es ella —deduje y miré a Raquel.

Las tres me miraron anonadadas. Raquel estaba flipando, lo vi en su cara, tenía hasta la mandíbula un poco desencajada después de escucharme, y eso que no había entrado en detalles. Esther también estaba sorprendida y la cara de mi prima no era muy diferente, aunque sí los motivos de la sorpresa, aquello era muy sórdido para ella.

—¿Todo eso te ha contado mi hermano? —demandó incrédula Raquel.

—Supongo que necesitaba hablar con alguien —contesté apagando la colilla—. Deberíamos hablar con Peter, son muy amigos, ¿no? ¿O se te ocurre alguien mejor?

Dejé el cenicero en la ventana, que era su sitio, y cerré para que no entrara más frío.

—Sí, está igual de colgado que mi hermano, seguro que les suministra el mismo.

—¿Dónde lo encontramos? ¿En el *caminito*? Habrá que hacerlo antes de que tu hermano le diga que no hable con nosotras —advertí y me di cuenta de que estaba molesta.

—¿Por qué me da la sensación de que me estoy perdiendo algo,

Aury? —demandó.

—¿Por qué yo sé más que tú? —pregunté—. Le pregunté y tenía ganas de hablar, eso es todo. ¿Tú le preguntaste? —negó con la cabeza—. Quizás tampoco te hubiera dicho nada, supongo que lo pillé en un momento vulnerable, la verdad es que no lo vi bien…

—No es para menos —intervino Sofía—, es muy fuerte —apuntó impresionada aún.

—Sí que lo es —estuvo de acuerdo Esther—, debe estar echo polvo…

—No os compadezcáis de él —nos pidió Raquel con aquel tono tajante que usaba tan bien—, le pasan estas cosas porque se las busca —sentenció muy seria.

Quise discutir, decirle que nadie se merecía una calumnia como aquella, nadie, ni siquiera su hermano, y yo le debía unas cuantas, pero eso la hubiera hecho enfadar y callé.

No tardamos mucho en despedirnos de Esther. Javi aún no había vuelto, estaba segura de que dormía la resaca en el coche. Encontrar a Peter no nos costó, tampoco sacarle la información, no pareció darle mucha importancia cuando Raquel preguntó. Se llamaba Manoli, el camello era Monky, todos eran amigos y conocidos. Según Pet tenía el cerebro frito de un mal viaje y se le iba la pinza, pero su novio era incapaz de dejarla porque fue él quien la había metido en ese mundo y ahora se perdía en cuanto no la vigilaba un rato.

—Es carne de psiquiatra —fueron sus palabras—, hace cosas muy raras, todo el mundo sabe que se le va la pinza. Nadie se cree lo que cuenta, ni siquiera Monky, ya la conoce, siempre está haciendo locuras para llamar su atención —nos explicó. Peter me caía bien, a mí no me parecía que estuviera loco, era el más normal de la gente que había conocido a través de Antonio—. Yo creo que si tu hermano hablara con Monky y le explicara lo que pasó, cómo pasó y le pidiera disculpas por tirarse a su novia, quizás se lo pasaría, son amigos, se conocen desde chicos —se quejó—, pero no quiere hablar con él.

—¿Por qué? —me interesé.

Negó con la cabeza apretando la boca, parecía incómodo, pero no estaba segura.

—Tengo mis sospechas y mi propia teoría, pero él no me lo ha dicho —me contestó.

—¿Y cuál es? —demandó Raquel—. ¿Cuál es tu teoría?

Nos miró, una a una, fijándose más en mí y en Raquel, pero sobre todo en mí.

—Prefiero quedármela para mí, chicas —nos dijo en general—. No creo que le haga gracias que os metáis en sus cosas —añadió mirando a Raquel—. Se va a cabrear.

—Así lo espero —contestó ella indiferente—. Él se mete en las

mías desde que nací, así que un poco de su medicina le vendrá bien. ¿Dónde encontramos a la loca? —solicitó.

—No la menosprecies así —pidió mi prima en un hilo de voz.

Los tres la miramos, la pobre no estaba acostumbrada a aquellas cosas, a aquellos ambientes, ni siquiera yo lo estaba y era parte del entramado, aunque fuera una pequeña. Se la veía muy pequeña e insegura, y no me extrañaba, con las pintas de los colegas que esperaban a Pet detrás de él, con las pintas del propio «Pedro el loco», no era para menos.

—¿Tu hermana pequeña? —me preguntó Peter.

—Es mi prima —rodeé sus hombros, solo nos llevábamos un año, pero se notaba.

—Muy guapa también —le dedicó una sonrisa y yo me ruboricé por ese «también».

Raquel se dio cuenta y me miró con cara de «¿Qué cojones haces?», negando con la cabeza, y yo agaché la mirada más avergonzada todavía.

—¿Dónde la encontramos? —insistió Raquel.

No nos costó localizarla, estaba justo donde Pet nos dijo que se ponía. Reconocerla entre aquel grupito fue un poco más difícil, conseguir nuestro objetivo imposible.

Tuvimos muchos elementos en contra, pero el mayor de todos fue el carácter de mierda de Raquel, que no ayudó nada en nuestro cometido. Tanto mi prima como yo le pedimos calma repetidas veces, pero Raquel siempre fue como un cartucho de dinamita con la mecha muy muy cortita. Manoli y sus amigas tampoco le dieron mucha cancha, estaban a la defensiva, incapaces de aceptar que unas niñatas como nosotras las vacilaran, en su territorio y encima con exigencias. Mi prima y yo pronto nos dimos cuenta de que aquello no iba a acabar bien, pero ya era tarde para recular. Si albergaba alguna esperanza de que aquello fuera medianamente civilizado, expiró en el momento en que Raquel le dijo a la tal Manoli que reconociera que era una guarra y había buscado a su hermano como la perra en celo que era. Así, sin paños calientes y a la cara.

Cuando la escuché no podía creer que hubiera dicho aquello, ellas tampoco. Se abrió un silencio, aquel que precede el estallido que inicia una guerra, y de pronto esta se desató, sin más. Los golpes volaron, al principio me sentí paralizada por el miedo, hasta que vi a mi prima forcejeando con una de las amigas de Manoli, que luchaba por quitarle la cámara de video, que con dos cojones mi prima había sacado para grabar el enfrentamiento primero de Raquel y Manoli, al que se unieron otras dos en vistas de que Raquel le estaba dando una buena a la esquelética rubia de grandes pechos, supuse que operados, ya que eran demasiado grandes para una figura tan pequeña. Saqué

valor no sé de dónde y traté de ayudar a mi prima, pero otras dos vinieron a por nosotras y la cámara acabó en el suelo.

La gente se arremolinó a nuestro alrededor y pronto empezaron a separarnos. Yo había recibido mucho más de lo que había repartido, pero alguna patada buena había dado a diestro y siniestro, aunque me había llevado dos bofetadas, un tirón de pelo de los buenos y un empujón por detrás que me derribó, arrastrando manos, mejilla izquierda y rodilla derecha por el suelo cementado de la plaza. Sentía la cara arder mientras me levantaba.

Me giré para encarar a la cobarde que había atacado por detrás y le di una bofetada que apenas la rozó, lo que hizo que mi rabia hirviera liándome a patadas.

—¡Basta! —gritó una potente voz de hombre.

Me detuve y me giré, observé al grupo que había llegado. Los curiosos se alejaron tan rápido como habían aparecido y entonces reconocí a Peter, que se acercaba a nosotras.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó el mismo que nos hizo parar con una sola palabra.

—¿Estás bien? —observé cómo Peter cogía a mi prima de los brazos.

La vi afirmar y decir algo que no llegué a escuchar. Manoli estaba hablando, pero yo observaba a mi prima, que al momento estaba entre los brazos de Peter.

—Son unas niñas —le recriminó el que imaginé era el novio de Manoli.

—Han empezado ellas —señaló Manoli a Raquel—, vienen por lo de Toni…

—No quiero volver a escuchar ese nombre —dijo él con rabia, y se llevó el puño a la boca, como si no quisiera golpear algo de rabia y ella se encogió un poco—, nunca más.

—Es mi hermano —se cuadró Raquel—, y ella miente —señaló a Manoli.

—¡Que sabrás tú! —saltó Manoli indignada, interrumpiendo a Raquel.

—Sé que una persona que es forzada —dijo enfadada, mirando al novio e ignorándola a ella, con rabia y a la vez con frialdad, desde una calma que nada tenía que ver con la furia de un instante atrás y, sin embargo, allí estaba, pero de una manera manida—, no le pone el condón a su supuesto violador, que no se la chupa ni lo invita a farlopa, eso sé.

—Eso es mentira —negó Manoli y se dirigió a Raquel, dispuesta a pegarla.

—¡Basta! —gritó el camello mirando a su novia y sus pasos se detuvieron—. Lleváosla —ordenó a nadie en concreto, pero dos de sus

amigos se pusieron a cada lado de ella y uno de ellos rodeó su brazo; se la llevaron mientras ella rogaba que la creyera con voz lastimera, sin oponer resistencia. El novio no dejó de mirar a Raquel—. ¿Es eso cierto?

Raquel dio un paso al frente con esa chulería suya que siempre nos metía en problemas.

—Mi hermano es gilipollas, pero nunca ha sido un mentiroso —reconoció Raquel.

—Pero sí un cobarde —discutió Monky con la atención de todos—, si envía a su hermana con acusaciones como las que acabas de hacer en lugar de dar la cara.

—No sabe que están aquí —intervino Peter soltando a mi prima—, yo les dije dónde encontrar a Manoli, porque sé que Toni no hará nada, aunque ella mienta. Conozco a mi amigo, y tú también —dijo con cierto hastío—. No es su estilo forzar a una pava —aseguró.

—Llévatelas —le ordenó a Peter—. No voy a permitir que Manoli vaya a por vosotras por lo que ha pasado aquí —nos dijo mirándonos un instante a Sofi y a mí para dejar morir la mirada sobre Raquel, que sabía era la que mandaba, y no porque fuera la hermana, sino porque nos lideraba con su carácter fuerte—, pero nunca volveréis a pisar esta plaza —nos advirtió volviendo a mirarnos un momento a nosotros también.

—Ni en mil años —aseguró Sofía para nadie, recogiendo la cámara rota del suelo.

Nos marchamos sin mirar atrás. De las tres, gracias a Dios mi prima era la que tenía mejor aspecto. Con su melena pelirroja alborotada y despeinada, todavía pálida por el susto, miraba la cámara con preocupación. Como yo no llevaba bien la violencia, no era una guerrera como Raquel. Se había llevado algún golpe la pobre, pero la habíamos defendido bien. Raquel tenía cara de concentración, algo cavilaba en esa cabecita suya; su ropa estaba rota, en su cara podían apreciarse rojeces por los golpes que había recibido, pero de momento no tenía nada hinchado. La había visto salir de algún partido callejero tras una reyerta con peor aspecto. La ropa rota dejaba a la vista su brazo izquierdo, que había sido atacado por una loca de uñas afiladas, dejando una marca ya sanguinolenta sobre su piel. Mi titánica amiga había repartido estopa de la buena ella solita.

—¿Cómo se os ocurre? —nos reprendió Peter mientras salíamos de la soleada plaza.

Di un respingo al escucharlo, estaba absorta observando a mi feroz amiga.

—¿Qué creías que íbamos a hacer con la información que nos has dado? —demandó Raquel con aquel sarcasmo que a veces sacaba a pasear.

—Ser un poco más prudentes —contestó Peter enfadado—, os podrían haber hecho mucho daño —nos advirtió y nos miró una a una sin detener su pasos—. ¿Estáis bien? —cambió el tono tras desahogarse.

Raquel escupió en el suelo en respuesta, dejó su marca de sangre en aquella plaza.

—¿Has podido grabar algo? —ignoró Raquel la pregunta de Pet.

—Se la han cargada —alzó la cámara mi prima y caí en algo.

—Mi padre se va a cabrear —me quejé.

—¿Podemos recuperar la cinta? —preguntó Raquel escupiendo otra vez.

—¿Te duele? —me preocupé al ver la sangre— ¿Es un diente? —quise saber.

—No —contestó Raquel y se masajeó la mejilla izquierda—, creo que es la encía —le quitó importancia—, últimamente me sangran mucho. ¿Sofi? —dio el tema por zanjado.

—No creo que la cámara funcione —reconoció mi prima, observando el aparato roto—, pero supongo que la cinta sí —la abrió y sacó la cinta intacta.

—¿Qué pensáis hacer con eso? —intervino «el loco»—. ¿Habéis grabado la pelea?

—Hay que ver qué se ve —dijo Raquel con una sonrisa de satisfacción—, esas zorras, son mayores de edad —cogió la cinta de las manos de mi prima cuando empecé a comprender a dónde quería ir a parar—. Si ella retira la denuncia contra mi hermano, yo no la denunciaré a ella —nos mostró la cinta en alto.

Los tres paramos frente a ella, ya habíamos salido de la plaza e íbamos en dirección a ninguna parte por una calle peatonal ancha, con pequeños frutales a los lados. Yo sonreía satisfecha por el giro que pensaba darle a nuestra misión fallida, pensando que al menos serviría de algo, al contrario que mi prima que, junto a mí, negaba, algo no le cuadraba. Peter miraba a mi prima de una manera que me hizo fruncir el ceño con desconfianza.

—Pero tú has provocado la pelea —comentó Sofía con un hilo de voz.

—No solo eso, eres con diferencia la que más ha repartido —apunté yo, muy a mi pesar de acuerdo con mi prima.

—Bueno… —pensó mirando la cinta—, podemos cortar el principio —sugirió poco convencida—. Da igual quién empezara la pelea, o quién golpeara más o más fuerte —siguió en un tono por el que deduje necesitaba reafirmarse—, ellas nos pegaron, son mayores de edad y nosotras no. Eso es ilegal y podemos denunciarlas.

—Eso es verdad —apunté yo de acuerdo, algo era algo.

—Vamos a mi casa a ver qué tenemos —propuso Raquel pasando

el brazo sobre los hombros de mi encogida prima.

—Hasta luego, Pet —me despedí de nuestro «salvador».

—¿Así? ¿Sin más? —nos preguntó indignado.

—¿Qué esperabas? ¿Una ola? —se burló Raquel.

—¿Qué tal un poco de gratitud tras salvar vuestros culos de una paliza?

—¡Una paliza dice! —se burló Raquel de él, emprendiendo la marcha.

Sofía lo despidió con la mano y una pequeña sonrisa en la que no mostró su dentadura, mientras Raquel tiraba de ella sin soltar sus hombros. Observé la espalda de mi prima pensando que tenía complejo de su boca y, cuando alguien le gustaba, no enseñaba los dientes. No me gustó ni un pelo, ni ese gesto de ella, ni la forma en que Peter la miraba. ¡Era una cría para él!

—No se lo digas a Antonio —le pedí a Pet antes de seguirlas.

—A su servicio, mis señoras —me hizo una reverencia que me hizo sonreír.

16

Nada ocurrió como esperábamos. Antonio formó una colosal, tiró la cinta al suelo y la pisó frente a nosotras, mientras nuestras esperanzas se hacían añicos con la única baza que teníamos para sacarlo de aquel lío en el que él solito se había metido.

—No sé ni para qué te ayudo —le dijo Raquel fuera de sí antes de irse.

—No deberías haber ido allí —me dijo muy enfadado, pocas veces lo había visto tan cabreado—, pudieron haceros mucho daño, son gente peligrosa. ¡Joder! —me gritó.

—Tu hermana es fuerte, les dio una buena —contesté yo manteniéndome serena.

—¿Tú eres tonta o qué te pasa? —me cogió de los brazos y, por primera vez en toda mi vida, tuve miedo de él—. ¿Crees que esto se va a quedar así? ¿Que van a permitir que tres niñas se metan en su territorio, les den una paliza, todavía no sé cómo, y luego se vayan de rositas? —me callé, impresionada por su enfado, y él me zarandeó—. ¿Lo crees de verdad?

—Me haces daño —me oí decir. Al momento me soltó, sus manos me liberaron, pero no sus ojos, me mantuvo presa de su mirada esperando una respuesta—. Solo queríamos ayudarte —dije con la voz tomada por el llanto que pugnaba por salir de mis ojos.

—No os lo he pedido y ahora tendré que arreglarlo yo —dijo antes de marcharse.

Me dejó allí, con el corazón encogido, y ni siquiera comprendía el motivo de la angustia, de qué ocasionaba que mi garganta se sintiera estrangulada, pero allí estaba.

Intenté olvidar el asunto, dejarlo correr; no era mi problema, o eso me decía mientras me preguntaba por qué había malgastado mi tiempo con Sofi en ayudar a alguien a quien despreciaba, alguien que no me tenía la más mínima estima, y mi enfado con él siguió creciendo día tras día. Estaba segura de todo ello hasta que una tarde, algo colocada, pensé en ello y, por primera vez, me encerré en mí misma, ahondé en mis emociones y sentimientos y me di cuenta de algo que en aquel momento me pareció revelador, aunque no lo era: lo apreciaba, más de lo que fuera capaz de pronunciar en voz alta o admitir y, a su manera, él también a mí, me dije mientras recordaba aquella noche que con sus chantajes no me había dejado olvidar, aunque yo tampoco había querido hacerlo. Aquella revelación no cambió nada entre nosotros, pero mi enfado se esfumó de pronto.

Era domingo cuando fuimos a recoger a Raquel, la Semana Santa había pasado en un suspiro y mi prima se marchaba. Habíamos

quedado para comer todas en casa de Esther, apenas habíamos visto a Mónica y a Fabiola, una porque decía que tenía que estudiar y la otra porque tenía muchos planes en los que no estábamos incluidas. Hacíamos aquella comida a modo de despedida, después mi padre nos recogería y nos llevaría al aeropuerto, donde tendría que despedirme de mi Sofi. Me sentía especialmente nostálgica por su partida. Fingía estar bien, pero no lo estaba, su visita se me había hecho muy corta.

Cuando subimos a casa de Raquel la puerta estaba abierta, entramos y pensábamos ir a su habitación pero, al asomarme al comedor para saludar, vi una estampa que me dejó de piedra en el quicio de la puerta de la estancia. Antonio tenía en su rostro la mayor sonrisa que le había visto nunca y, entre los brazos, alzada del suelo, a su hermana, a la que besaba como un loco sin perder la sonrisa mientras ella, en lugar de apartarse como la arisca que era con él, se reía como una niña que adora al hermano que la está haciendo reír. Sus padres sonreían mirándolos y yo me apoyé en el marco de la puerta, emocionada.

Lo sentí dentro, un vasto peso que me abandonaba. Se había resuelto, estaba segura de que no gracias a nuestro ridículo, precipitado y patético plan de chantaje, el cual él había tirado por tierra y tampoco importaba. Se había solucionado, solo así la alegría podía volver a esa casa, y allí estaba presente en las miradas de sus padres, en las sonrisas de él y de Raquel.

—Si lo miras así acabarán dándose cuenta —me susurró mi prima.

Sus palabras explotaron mi burbuja, fue como volver a una realidad que no tiene el mismo brillo. Me aparté para poder mirarla a la cara, buscando qué había querido decir con aquello, aunque en mi fuero interno lo sabía muy bien, pero no estaba preparada.

—Yo no lo…

—Lo haces —discutió— y, al parecer, ni te das cuenta. Ve con cuidado —me pidió.

La miré sin saber qué responder; quise discutirlo, pero me detuve, preguntándome por un instante si estaba en lo cierto, para al momento responderme que solía estarlo.

—Esta noche lo vamos a celebrar por todo lo alto —llamó mi atención Antonio.

—Toni —le advirtió su madre.

—No —la miró—, hay que celebrarlo, casi me llevan a juicio por algo que no he hecho, necesito celebrarlo —dijo y lo hizo con tal necesidad que me compadecí de él.

—¿Por qué no te lo tomas con un poco de calma? —sugirió su padre.

—Ni de coña —contestó—, veníos —le dijo a su hermana y luego me miró a mí—, veníos las tres —nos ofreció animado.

Dejar a mi prima en el aeropuerto se me hizo cuesta arriba, siempre me pasaba. Me convencí de que pronto volveríamos a encontrarnos e intenté no llorar mientras la abrazaba y mi padre se reía de nosotras por hacer aquel drama cada vez que nos despedíamos. Mi padre me invitó a cenar con él para supuestamente animarme, pero le dije que tenía planes con las chicas, que dormíamos en casa de Esther, y pareció quedarse conforme.

Al volver a casa me di un largo baño relajante y me vestí para salir, habíamos comentado durante la comida lo de la «fiesta» de Antonio. Esther estaba demasiado embarazada para venir, pero Javi se apuntó sin que nadie lo invitara, así que me recogió y luego fuimos a por las demás. Mónica pasó, alegando que tenía que prepararse para la vuelta a clase y Fabiola, contra todo pronóstico, vino. Había pasado más tiempo con sus nuevos amigos del internado que con nosotras, aunque tampoco la extrañé mucho.

La fiesta se organizó en una vieja casa de campo de uno de los amigos de Antonio, Javi sabía dónde, y él nos llevó en coche a las tres. Nos presentamos allí con bebida y ganas de pasarlo bien y lo hicimos, nos lo pasamos muy bien. A Fabiola al principio se le notaba que no estaba cómoda, pero no hizo ni una queja y se fue soltando. Javi iba y venía, conocía a muchos de los presentes y Raquel me presentó a alguno de los amigos de su hermano. Unos cuantos acabamos bebiendo chupitos de vodka, grosella y nata, Peter estaba entre ellos, también Javi, y un par de colegas de Antonio que Raquel nos había presentado a Fabi y a mí. Bebimos, fumamos, bailamos y sobre todo nos reímos.

Buscaba una cerveza para Fabiola, se le había antojado y Javi y yo habíamos hecho una apuesta, así que tenía que encontrar una como fuera. Buscaba en la mesa de las bebidas una sin abrir, después de mirar en la nevera y en los dos congeladores sin éxito cuando lo noté. Una presencia detrás de mí, la suya, mis entrañas me advirtieron de que era él, y por dentro me revolví sin remedio, ansiosa e inquieta.

—Eh —llamó mi atención hablando muy cerca de mí.

Me di la vuelta y lo encaré, estaba un poco mareada, pero lo pude enfocar con nitidez. Antonio no era guapo, nunca lo fue ni lo sería, pero era sexy, atractivo y, lo más importante, era aquel magnetismo del que ya no era inmune, por mucho que me costara admitirlo. Observándolo me di cuenta de que Sofi tenía razón, ya no lo miraba igual, no podía, había caído en su trampa y no sabía si habría retorno. Era puro polen, limpio y sin tratar, el resto de pobres mortales como yo acabábamos siendo abejitas revoloteando a su alrededor, nos gustara o no tenía algo que, una vez te cogía, te atraía hacia él y no te dejaba ir.

—¿Contento? —pregunté, aunque era obvio que sí, sus ojos

brillaban con emoción.

Me dedicó una de sus bobaliconas sonrisas y yo se la devolví, me gustó verlo tan alegre, por fin iba a volver a ser él y, aunque eso implicara que me torturara y se burlara de mí, no me importaba. Se inclinó sobre mí, decidido, lo observé esperando su reacción con la misma sonrisa relajada, pensé que me abrazaría y lo hizo, pero después de coger mi cara entre sus manos y apretar su boca contra la mía en un beso corto pero intenso que me pilló por sorpresa y me dejó sin palabras. Nuestras bocas chocaron y mis labios correspondieron a los suyos, fue un beso sencillo y natural; después me estrechó entre sus brazos y, con la misma confianza, lo abracé, agradecida de que hubiera acabado todo.

—Has intentado ayudarme —dijo separándose de mí, no me soltó, sus manos estrecharon mis hombros hasta que una de ellas se deslizó hasta mi rostro, allí me apartó un rizo pelirrojo detrás de la oreja y acaricia la pequeña herida en mi mejilla—. ¿Te duele?

—Apenas —hablé sin pensar, inquieta mientras negaba, quitándole importancia.

No había mucho que pudiera hacer en aquel momento, más que intentar no deshacerme por él y que no se diera cuenta de cómo fracasaba sin remedio. Deseaba que volviera a besarme, con la misma soltura, pero con más pasión, mientras fingía normalidad.

—No te di las gracias —me dijo con la sonrisa más turbadora que le había visto.

—¿Me las estás dando? —demandé con una sonrisa bobalicona. Me sentía muy boba a su lado, me estaba haciendo algo y no sabía si lo hacía a posta, si era consciente del efecto que de pronto tenía sobre mí. Me pregunté si estaba más borracha de lo que creía—. ¿Dónde está la cámara oculta? —bromeé, fingiendo buscar a mi alrededor, sin mover mucho los ojos de los suyos.

—¡Era una idea absurda y descabellada! —exclamó burlándose, pero no me molestó lo más mínimo, su sonrisa era demasiado bonita para que sus palabras la estropearan—. Fijo que fue tuya —soltó una carcajada y en mis oídos fue como música.

—Pues no, listillo —contesté acercándome a él—, no fue mía. Además, no me des las gracias —le dije—, no lo hice por ti, lo hice por la familia —alcé las cejas, divertida.

—Aun así —contestó bajando el tono de voz a uno que me resultó de lo más seductor.

—¿Ahora me debes una? —demandé de forma algo coqueta sin llegar a serlo de todo, fingiendo vacilarle para tantear un poco—. Quizás no espere, puede que me la cobre ya.

Soltó otra carcajada, me gustó que volviera a ser él, solo había sido una semana, pero una larga y horrible. Me alegraba que al fin

acabara, con él me di cuenta de cuánto.

—No te debo nada, porque tú no hiciste nada, pero me intrigas —reconoció—. ¿Qué podría hacer yo por ti esta noche? —ladeó la cabeza, alzando las cejas de forma sexy.

—Necesito una cerveza para Fabi, debo ganar una apuesta —dije automáticamente, procurando que no se notara el puro efecto que aquella noche ejercía sobre mí.

—Ven conmigo —me soltó el hombro y me cogió de la mano.

Salimos de la improvisada sala de fiesta al exterior. Fuera hacía frío y, a pesar de ello, había algunas personas sueltas por la propiedad. La música estaba fuerte, pero estábamos en medio de la nada y no molestábamos a nadie.

—No se lo puedes decir a nadie —dijo tirando de mi mano, la suya estaba caliente.

—¿Decir el qué? —pregunté emocionada de compartir más con él.

Me llevó a un cobertizo, me pidió silencio con el dedo índice sobre sus carnosos labios. Apenas llegaba la luz de la casa. Miró a su alrededor y me soltó, y de pronto desapareció.

—Antonio —lo llamé, agachándome, tratando de ver por dónde se había ido—. ¿Toni?

La luz de una linterna en mi cara me cegó por completo.

—Nunca me llamas Toni —bajó la luz al suelo para que pudiera mirarlo.

Me encogí de hombros y comprendí que le había gustado; volvió a cogerme de la mano y, por una apertura en la misma piedra, junto a la leña apilada, entramos al cobertizo.

—¿Vas a matarme? —me burlé una vez dentro, lo cierto es que quería otra cosa.

—Podría —contestó y me soltó, alejándose de mí y alumbrando su camino mientras yo seguía observando la polvorienta estancia—, a veces hasta lo he deseado —se giró para mirarme—, pero hoy no —siguió.

—¿Qué me harías hoy? —me lancé a la piscina.

Lo escuché hacer un ruido de incredulidad y entonces volvió a enfocarme.

—Hoy te haré ganar una apuesta —ignoró que acababa de insinuarme con torpeza.

Paró frente a una nevera, pensé que allí no había electricidad, íbamos con una linterna, pero al abrir la puerta, el interior del electrodoméstico se encendió y me mostró su alijo.

—¡Vaya! —exclamé sorprendida—. Qué escondido lo tenéis.

—Hay que hacerlo así —sacó un paquete de latas de seis—. No le puedes decir a nadie de dónde las has sacado —me advirtió tendiéndome el pack—, compártelas con ellos.

Cogí las latas, estaban frías y yo nerviosa. Solo había sido un pico, pero me había besado delante de todos sus amigos, y yo quería más.

—¿Quieres una? —saqué una lata de las anillas de plástico del paquete.

Nos miramos a los ojos, la nevera iluminaba nuestros rostros y nuestras miradas conectadas analizaban la del otro; yo esperaba con un punto de ansiedad su respuesta.

Entonces lo percibí, no solo nos miramos, conectamos, pude verme a través de sus ojos, tenía el mismo poder de atracción que él ejercía sobre mí. No comprendía en qué momento habíamos dado aquel giro de ciento ochenta grados, pero así era; me desquiciaba, como siempre, pero ahora además me gustaba y supe que era mutuo.

Di un paso adelante, con la mirada más sexy que mis ojos hubieran abanderado antes, y le tendí la bebida. Me golpeó la mano apartándola de nosotros y esta cayó al suelo convirtiéndose en espuma que voló a nuestro alrededor tras el impacto. Lo mismo pasó con las demás latas cuando las dejé caer en el momento en que sus manos rodearon mi cintura y mies pies dejaron de tocar el suelo. Nuestros cuerpos chocaron, yo rodeé el suyo con mis largas piernas enfundadas en un pantalón de campana y él se giró, mientras mis brazos abrazaban su cuello. Me humedecí los labios esperando los suyos, que no se hicieron de rogar; en cuanto equilibró mi peso apoyándome contra el electrodoméstico, su boca buscó la mía y esta le respondió con la misma necesidad y desesperación en un largo y húmedo beso en el que dejamos de ser nosotros para ser dos seres irracionales, que necesitan la humedad de la boca del otro para seguir con vida, en pie.

—No quiero —le escuché decir de forma lejana—. Pelirroja —me llamó.

—¿Qué? —demandé distraída.

Las latas de cerveza volvían a estar en mis manos y él a un prudencial metro de mí. Me había montado muchas películas en mi vida, sobre todo con Gaspy, pero nunca de aquella manera. Hubiese estado bien, ¿verdad? Así me lo imaginé yo, pero lo cierto es que no, no conectamos de una forma profunda y mística, no hubo espuma a nuestro alrededor. Él rechazó la cerveza, ergo, me rechazó a mí, y eso fue todo.

—No quiero —repitió cerrando la puerta de la nevera—, será mejor que volvamos.

Su rechazo debió sentarme mal, pero estaba realmente aturdida por lo que acaba de pasar en mi mente. Así que decidí olvidarme de todo, de lo que solo había pasado en mi loca cabeza soñadora y de su rechazo en el mundo real. Me lo estaba pasando muy bien y nada, ni nadie, iban a cortarme el rollo, y mucho menos él, decidí.

—Vale —me callé lo que realmente pensaba y fingí que nada

había cambiado.

Lo seguí de cerca, guiada por la luz de la linterna, distraída por lo que había pasado, preguntándome cuánto había imaginado y cuánto había sido real. Salió por el hueco y no me ayudó, con las cervezas lo tenía más complicado, pero no le pedí ayuda. Como pude salí, y una vez fuera me caí de rodillas; al momento lo tenía al lado, cogiéndome del brazo.

—Más torpe y no naces —dijo burlándose de mí mientras me levantaba del suelo.

Sonreía mirándome de una forma muy particular, una mirada pícara y juguetona que no sabía si era real o no. Me solté de su agarre preguntándome si flipaba otra vez, y qué me habían dado de fumar aquella gentuza.

—Cállate —le pedí mientras mis mejillas se sonrojaban no sé muy bien por qué.

Me marché antes de montarme una nueva película y pude escucharlo volver detrás de mí, pero no me increpó y, una vez volvimos al caldeado interior de la casa, cada uno siguió su camino. Todo fueron alabanzas para mí con el botín que llevaba bajo el brazo. Nos las bebimos, fumando un poco de *chocolate* y Pet nos invitó a *maría*. Mis ojos intentaban buscarlo, pero yo fijaba la mirada en los que estaban cerca de mí para no hacerlo. No tardamos mucho más en irnos, yo estaba derrotada. De camino a casa me quedé dormida.

Me dejé caer en la cama, era tal la sensación de tranquilidad que pensé que nunca nada ni nadie podrían bajarme de aquella nube de bienestar. ¡Qué ilusa he sido toda mi vida! Estaba a punto de desatarse la mayor de las tormentas y no era consciente ni de que se avecinaba temporal. Estaba anestesiada, relajada, tranquila, como si todos los problemas del mundo hubieran desaparecido. Me sentía tan reconfortada y en calma…

—¿Toni te ha besado? —escuché la voz de Raquel.

—¿Importa? —demandé sin abrir los ojos, fingiendo que el recuerdo no me removía.

—Mucho —contestó mi amiga y, por el tono, supe cuán enfadada estaba.

—Ha sido un pico —confesé sin entusiasmo, no fingía, estaba demasiado cansada— inofensivo, no tiene importancia —contesté—, así que no se la des —le pedí indiferente.

—No quiero que te enrolles con mi hermano —dijo sin cambiar el tono, ese duro, el que no pedía, sino que exigía y ordenaba, lo conocía muy bien, pero estaba muy cansada—, tú siempre has pasado de él, no sé a qué ha venido lo de esta noche, pero tienes que prometerme que no permitirás que se repita, que pasarás de él siempre —exigió.

«¿Qué pasaría de él siempre?», me pregunté para mis adentros en

un trance que me acercaba a los brazos de Morfeo, donde un plácido sueño esperaba para acogerme.

—¿Qué importa? —pregunté somnolienta.

—Quizás sea tarde —dijo enfadada y yo la ignoré a punto de dormirme, cuando algo blando impacto contra mi cara, dándome un susto de muerte.

—¡Joder Raquel! —abrí los ojos enfadada—. ¿Qué quieres? —le tiré el cojín con el que me había golpeado—. Estaba a punto de dormirme —me quejé—, estoy muerta.

—¿Ha pasado algo entre mi hermano y tú? —demandó poniendo los brazos en jarras.

—¿Qué? —esquivé su pregunta sin pretenderlo, mi cerebro estaba más despierto de lo que yo creía en aquel momento—. ¿De qué hablas?

—Hablo de que siempre te ha horrorizado Toni y todo lo que tiene que ver con él y ahora te besa delante de todos, y mira, a él se le va la pinza pero, ¿qué pasa contigo?

—¿Qué pasa? —demandé esperando que acabara.

—¡Joder Aurea! —exclamó y vi cómo se exasperaba—. ¡Te has dejado, tía!

—¿Y qué querías que hiciera? —me defendí—. No me lo esperaba.

—Hace unas semanas le hubieras dado una hostia, o al menos lo hubieras intentado —me reclamó y me mordí el labio porque era verdad, no había hecho nada, al contrario, me había quedado con cara de boba esperando más, valorando devolvérselo—, pero por lo visto te has dejado y, por lo que me han dicho, parecía que te gustaba la idea de seguir.

—Eso no es verdad —mentí sin pensarlo.

—No me falles Aury —me pidió y vi cómo su enfado pasaba a derrota—, si te gusta mi hermano es el momento: dímelo —me pidió y yo negué con la cabeza. Aquella noche Antonio había removido muchas cosas en mí, pero estaba medio borracha y colocada, me dije a mí misma que no significaba nada, pero algo dentro de mí me advirtió que no era así, pero lo ignoré, necesitaba reconfortar a mi amiga, no quería herirla—. No te líes con Toni —me suplicó—, tú no —añadió con los ojos llenos de tristeza—, tú no por favor.

—¿Qué pasa Raquel? —me incorporé en la cama y se sentó a mi lado—. ¿Por qué tiene tanta importancia? —demandé.

—Tiene importancia porque sigues sin exclamar «¿Qué dices? ¿Cómo se te ocurre que pueda liarme yo con ese imbécil?» —me miró esperando que siguiera su guión, pero me quedé callada, en shock, preguntándome por qué le importaba tanto, sin plantearme cuánta verdad había en sus palabras y por qué no reaccionaba como era debido—. Siempre arrasa con todo —se quejó— y todo lo destruye

—sentenció—, no quiero que haga eso contigo. Siempre has pasado de él —dijo con orgullo—, eres capaz de verlo como yo, no te dejas llevar por su encanto, y no quiero que ahora caigas en su red.

—Si no reacciono es porque estoy muerta de sueño —dije medias verdades—. Raquel —me quejé cogiéndola de la mano—, paso de él —aseguré—. ¿Podemos dormir?

Nos metimos en la cama e intenté dormir, pero toda esa calma se había visto devorada por las palabras de Raquel, por sus exigencias. Mi cerebro me decía cuánta razón tenía, yo lo sabía, lo sabía bien, pero una parte del mismo me pedía que no cediera, evocaba imágenes nuestras; él y yo en el balcón, cobijados por una manta compartida, riéndonos de una de sus ocurrencias estúpidas, él besando mis labios aquella noche y dedicándome una de las sonrisas más auténticas que jamás le había visto expresar, nosotros en la ermita, revolcándonos en el suelo, luchando, jugando como dos tontos mientras todo mi interior despertaba, desbocándose en emociones que me había negado a mí misma y, de pronto, todos aquellos recuerdos las despertaron. Las mariposas, asesinadas por mi novio, revolotearon en mi estómago con fuerza por otro, ni más ni menos que por mi enemigo. Mientras, yo hacía una lectura de mis propios sentimientos, analizando mis emociones, intentando convencerme de que estaba confundida, de que había fumado y bebido, de que estaba medio colocada, de que aquello se me pasaría, intentando autoengañarme.

Me quedé pensando en todo, en nada, en él, en mí, en él, en Raquel y de nuevo mis pensamientos me llevaban a él: Antonio. Mi enemigo número uno, que había pasado a ser no sé el qué, pero despertaba cosas en mí. Sentía algo por él, me gustaba, era dañino, era contraproducente, cada vez me gustaba más, era peligroso para mi bienestar, era nocivo para mi relación con Raquel y no podía evitar sentir ese tirón hacia él. Sentir algo por Toni era autodestructivo, no era bueno, pero era inevitable, estaba en mí, hacía tiempo que lo estaba y podía mentir a Raquel, pero no debía seguir mintiéndome a mí misma.

Decidida, me levanté de la cama y salí de la habitación, mis pasos me llevaron a donde esperaba que él estuviera. Pensé que encontrarlo sería una señal y fue grande mi decepción al salir al balcón y ver que allí no había nadie. Me fumé un cigarro, con la esperanza de que saliera, de encontrarnos, de pedirle una explicación a aquel beso y al posterior rechazo, de que se repitiera lo primero, de que volviéramos a la normalidad, de que al verlo se me pasara aquella absurda locura. A la espera de todo y de nada, de algo.

Toni no vino a mi encuentro, mi llamada telepática no obtuvo respuesta, fue decepcionante, no mentiré diciendo que fue mejor así, o que no me importó, para mí fue una señal de que aquel no era el

camino, pero tampoco importaba mucho cuál fuera, lo que estaba claro era que me estaba equivocando en el que seguía y debía ponerle fin.

Aquella noche fui incapaz de definir qué sentía por él, pero saqué otras conclusiones.

17

Me desperté por la mañana, e hice una especie de chequeo emocional tras el cual me ordené a mí misma que lo de Antonio se me tenía que ir pasando. Decidí no decirle nada a Raquel, era absurdo, en un par de días haría algo que me sacara de quicio y volveríamos a odiarnos. ¿Para qué decirle que estaba mentalmente confundida? No valía la pena. Luis era otra historia. Había dejado que Antonio me besara, no había puesto ninguna resistencia, incluso había querido más y no era la primera vez que nos besábamos… No me había acordado de él en absoluto, y eso hablaba por sí solo de cómo estaba nuestra relación. No era así como yo percibía el amor, no estaba enamorada de él, hacía mucho que no lo estaba y debía ponerle fin de una vez por todas.

—Voy a cortar con Luis —expuse a mis amigas sin darle mayor importancia.

Me daba pena cortar con él, había significado mucho para mí, pero ya no era lo mismo y debía afrontarlo. Había olvidado lo enamorada que me sentí de aquel chico que tocaba el piano para mí, pero yo no era la misma y aquellas cosas que tanto me gustaban de él se habían ido diluyendo en otras que no soportaba, mezclándose con la frustración por nuestros fracasos sexuales, mientras nos alejábamos sin que al otro pareciera importarle que cada vez nos viéramos menos, apenas nos buscábamos o nos preocupábamos.

—¡Por fin! —exclamó Fabiola con un teatrero gesto de mirar al cielo y dar gracias.

—¿Estás segura? —preguntó Esther tumbada en la cama, acariciándose la barriga.

Las miré a todas, una por una, todas mi miraban a mí; solo dos habían hablado, pero creía conocerlas lo suficiente para descifrar lo que pensaban. Que Fabi se alegraba de mi decisión era algo más que obvio, así como que Mónica no solo pensara en mí ya que, a diferencia de Fabiola, también pensaba en él, porque eran muy amigos y no solo se pondría en mi piel, se pondría en la de ambos. Quizás su opinión era la única que de verdad me importaba. A Raquel le parecería bien, por supuesto, ella siempre me apoyaría, y tampoco es que se hubiera hecho muy amiga de él a pesar de ser mi mejor amiga. Esther quizás intentaría convencerme, ella era la optimista que creía que todo tenía solución y, como yo, una romántica, pero aquello no tenía marcha atrás, lo había decidido.

—Sí —contesté a la pregunta de Esther—, estoy segura —afirmé.

—Le vas a romper el corazón —se lamentó Mónica.

—¿Por qué ahora? —preguntó Raquel suspicaz, dedicándome una

mirada que no me gustó un pelo.

—Porque anoche, cuando no me dejaste dormir, empecé a pensar —contesté; imaginé a la conclusión que había llegado Raquel, y no iba del todo desencaminada, pero tampoco estaba en lo cierto, lo de Antonio se me pasaría—; dejé que Antonio me besara y ni si…

—¿Cómo? —gritó Esther interrumpiéndome y revolviéndose a cámara lenta, flipando.

—¡No me lo puedo creer! —se indignó Mónica, mirándome con desaprobación.

—¿Estáis liados? —preguntó Esther, que odiaba enterarse de las cosas fuera de tiempo—. Anoche Javi salió con vosotros y no me dijo nada —siguió indignada.

—No estamos liados, no nos liamos —expuse, hablando rápido para no darles espacio y que volvieran a interrumpirme—. Solo me dio un pico porque estaba contento, no fue nada —aclaré—, pero yo… —titubé—. No sé… Me dejé, supongo, no hice nada, tampoco es que me importara mucho —mentí—, pero ni siquiera pensé en Luis. Mientras intentaba dormir, me di cuenta de ese detalle y empecé a pensar, y me di cuenta de que ya no siento lo mismo, que cada vez cuento menos con él y está menos en mis pensamientos. Esta semana apenas lo he visto —expresé—, has estado tú más tiempo con él que yo —señalé a Mónica—, y no lo he echado de menos —me encogí de hombros—, ni él a mí.

—Él está muy centrado en acabar el curso y preparándose para la sele —lo defendió Mónica, tal como esperaba—, y tú has estado con tu prima, liada con el tema de Raquel y su hermano, por eso no te has acordado. Creo que te estás precipitando —me dijo seria.

—Yo creo que deberías haber hecho esto hace meses —discutió Fabiola—. Necesitas conocer gente —aseguró—, vivir, salir, pasarlo bien: divertirte —sentenció—. Y ese muermo te está frenando.

—No todo es divertirse y pasárselo bien —discutió Mónica.

—Pues si no te diviertes ahora, ¿cuándo lo vas a hacer? —contratacó Fabiola muy condescendiente—. ¿Cuando tengas treinta? —pronunció la cifra con asco.

Se enfrascaron en un eterno debate en el que nunca se pondrían de acuerdo. Raquel y Esther empezaron a hablar del embarazo, que ya estaba en la recta final. Yo escuchaba a ratos una conversación u otra, muy segura de la decisión que había tomado.

El lunes después de Semana Santa es festivo en Cataluña, cada una comía con su familia, excepto yo, que lo hacía con la de Raquel. Aquel año mi padre no me acompañó, ni me interesó que no lo hiciera o me extrañó que no buscara un plan para nosotros.

Mónica me pidió que la llevara a casa, Fabiola y ella se habían picado y no querían ir la una con la otra, así que Fabiola llevó a

Raquel y yo a Mónica.

—Espera a que termine el curso —me pidió Mónica cuando la dejé en casa.

—No puedo seguir con él tres meses más —discutí sin quitarme el casco.

—Luis siempre es muy generoso —me dijo—, tú lo sabes —y era cierto, aquella era una de sus muchas virtudes—. Le vas a romper el corazón, Aury —me dijo apenada—, no le jodas también el curso. Se lo ha currado mucho para descentrarse a última hora por ti y echarlo todo a perder.

—No creo que mi ruptura le afecte tanto, Moni —me quejé—. No me hace ni caso.

—No es cierto —discutió Mónica—. Está loco por ti —aseguró, pero yo no lo creía—, y puede que no haya sido el novio ideal y perfecto, pero se ha esforzado en ser el mejor.

—¿Insinúas que yo soy una mala novia? —me puse a la defensiva.

Supongo que me puse así porque sabía que lo era, no por lo que ocurrió la noche anterior, no, aquello era una tontería. Lo era por la noche en que me ofrecí a Antonio y nos besamos de verdad. Por las veces que lo había esquivado en los últimos meses, cuando había buscado esa intimidad que en el pasado tanto había anhelado yo. Por no sentirme como debería, preocuparme o pensar en él. Era una pena de novia, las cosas como son.

—No, no insinúo nada, solo te digo que recuerdes las veces que él ha sido generoso contigo —me pidió—. Puedes esperar a que haga la selectividad, eso es todo.

—Queda todo el trimestre, Moni —me quejé.

—Él lo haría por ti —aseguró y me dedicó una sonrisa triste—. Nos vemos.

Se marchó y yo también; pasé por casa, no había rastro de mi padre. Me di una ducha mientras pensaba en la solicitud de Mónica, en sus argumentos, pero no creía que Luis estuviera tan enamorado de mí. Estaba segura de que yo había perdido tanto brillo para él como él se había deslucido para mí, después de todo éramos muy diferentes.

Antes de irme a comer con los Gómez lo llamé.

—Ha ocurrido algo —dije al teléfono cuando al fin se puso—, necesito verte esta tarde.

—No es un buen momento, Aurea —contestó él—, mañana volvemos y vamos a hacer las simulaciones de selectividad, no puedo distraerme, no puedo desconcentrarme.

Me molestó muchísimo que después de apenas vernos no pudiera dedicarme un momentito aquella tarde, y tentada estuve de cortar con él por teléfono.

—Estaré en la puerta de tu casa en diez minutos —le dije sin

admitir replica—, será un momento —le aseguré molesta por su actitud, reafirmándome en mi decisión.

No le di opción a decir nada, colgué y recogí el casco de la habitación y, tras ponerme el abrigo, partí hacia su casa. No estaba esperándome abajo y no quería hablar con su madre ni por el telefonillo, así que simplemente le puse el caballete a la moto y me senté sobre ella fumándome un cigarro. Odiaba que fumara, lo había expresado en repetidas ocasiones, por eso siempre intentaba no fumar delante de él o comer chicle. En aquel momento me daba igual, estaba nerviosa y hasta me la pelaba que su madre me viera desde el balcón, así le comería la oreja diciendo que yo no era buena para él, lo cual era muy cierto, la mujer no tenía ni idea de cuánto.

Lo vi salir del portal, llevaba una chaqueta azul eléctrica y tejanos con sus deportivas favoritas. Le di una última calada al cigarro y lo apagué con el pie levantándome para encontrarme con él. Observé su rostro cuando se topó con el mío, estaba enfadado, no era fácil hacer enfadar a Luis, pero ser yo tenía sus ventajas e inconvenientes.

—¿Qué pasa ahora? —demandó mientras me acercaba.

Lo dijo con un hastío, con un hartazgo de mí, que me molestó. En otro momento habría llegado a dolerme, pero en aquel instante que creía tener las cosas tan claras, no. Mi pequeño malestar me alentó, recordándome que no estábamos hechos para estar juntos.

—Sé que es un mal momento —me acerqué a él, no sabía ni cómo empezar.

Esperé a que me alcanzara mientras buscaba las palabras que no había conseguido encontrar en toda la noche. Había hasta valorado usar la trillado «*no eres tú, soy yo*», pero no me parecía justo, porque aunque yo había fallado antes, no había salido bien por culpa de los dos, o eso intentaba decirme para no sentirme tan mal conmigo misma.

—¿Qué te pasa? —demandó otra vez, pero su tono ya no fue el mismo. Estaba molesto, lo sabía, pero aun así fue amable, porque él era así. Agaché la mirada—. ¡Eh!

Me cogió del mentón y me obligó a mirarlo a los ojos. No tengo ni idea de qué vio en mi mirada, pero yo pude observar cómo la tristeza empañaba la suya rápidamente.

—Últimamente no hablamos —dije y ni siquiera sé por qué, no era eso lo que quería decirle. No había ido hasta allí para escusarme, sino para ser sincera de una vez por todas. Hacía mucho tiempo que debí hacer aquello, me di cuenta observando el azul de su mirada, su bonito rostro. Luis siempre fue muy guapo, y yo lo había olvidado por completo, no lo miraba como antes, lo daba por hecho y él a mí también. Le había fallado, me había fallado a mí misma traicionándolo, pero sobre todo no asimilando antes que lo nuestro

había acabado, que estaba muerto. Había más cosas que me irritaban de las que me agradaban. Ya no quedaba nada de aquella admiración y amor que sentí al verlo tocar el piano por primera vez, ya no quedaba nada de aquel amor sincero, tranquilo. Nuestro momento había pasado y había que ponerle punto final—, estamos muy distantes —seguí sin saber a dónde quería ir a parar—, me siento muy lejos de ti —reconocí.

—Ya lo sé —me cogió el rostro con ambas manos y lo acunó como había hecho un millar de veces y, sin embargo, en lugar de sentir la ternura que despertaba en mí, sentí tristeza. Deseé volver a sentir por él lo que una vez sentí, deseé que fuera capaz de devastarme de emociones y sensaciones como solo Gaspy lo había hecho, deseé que me alterara como hacía Antonio sin proponerse hacer nada. Deseé muchas cosas, pero ninguna de ellas se iba a hacer realidad y no creía que fuera culpa de él o mía, simplemente nuestro momento había acabado— y sé que es culpa mía —dijo el pobre desarmándome.

—No es verdad, no es culpa tuya… —discutí observando la tristeza en su mirada.

Sus ojos se volvieron más claros, más de lo que los había visto antes, se llenaron de lágrimas no derramadas y yo me sentí morir por hacerle aquello. Me sentí una novia nefasta al ver que Mónica parecía conocer sus sentimientos por mí mejor que yo misma.

—Sí lo es, cari —me cogió del hombro, lo estrechó y me atrajo hacia sí.

Me sepultó entre sus brazos en un abrazo en el que lo noté temblar, estaba llorando y mi primer instinto fue consolarlo; lo rodeé, le acaricié la espalda intentando calmarlo.

—No quiero que llores —le pedí compungida al sentirlo temblar.

—No me dejes —me pidió y yo cerré los ojos al escuchar su voz tomada.

—Luis… —me quejé con un nudo que estrangulaba mi garganta sin dejarme hablar.

Se separó de mí y se limpió la cara, después limpió mis lágrimas, ni siquiera me había dado cuenta de que estaba llorando hasta ese momento.

—Te necesito —me dijo.

—No es cierto —discutí sin dejarlo acabar.

—Más de lo que tú te piensas —aseguró arrullando mi rostro entre sus dedos de pianista. Me besó los labios, besos rápidos y húmedos, cargados de amor, de pena, de lágrimas—. Cari, sé que este año está siendo difícil, que no estoy por ti como debería —dijo pegando su frente a la mía, sin soltarme—, no creas que no he notado cómo se ha enfriado nuestra relación, cómo te has ido distanciado cada vez más sin que yo haya reaccionado. No es porque no te quiera —lloró con

más fuerza y no pude aguantarlo más.

—Cari, por favor —acaricié su pelo y besé sus labios—, no te pongas así —le pedí.

—Te quiero muchísimo —aseguró, y lo cierto es que lo creí, lo sentí—, pasaremos más tiempo juntos, lo arreglaré, volveremos a conectar y nada nos separará —aseguró.

Mónica tenía razón, él había sido generoso conmigo y yo una cobarde.

—Lo superaremos —mentí antes de besarlo.

Me fui a la zona de picnic donde sabía se iba a hacer la comida, se me había hecho tarde, no encontraría a nadie en casa. No me costó localizarlos y me agobié al ver tantas cabezas. Aquella festividad solían pasarla con unos vecinos, pero acercándome observé que había más gente de la habitual. Enseguida reconocí a Antonio de pie junto a la mesa y, mientras me acercaba, caí en la cuenta de que una de esas cabezas era la de Peter. Me sorprendió que Antonio estuviera allí, no solía asistir a esa clase de eventos familiares, y menos si la noche anterior había estado de fiesta, y ellos siguieron hasta mucho después de que nosotras nos fuéramos. Lo sabía bien porque había estado esperando en el balcón.

Todos estaban a la mesa o cerca, el padre estaba botellín en mano con la vecina junto a la barbacoa hablando, mientras hacía aire a las brasas con un plato de plástico.

—Hola —saludé tímidamente con la mano, algo cabizbaja mientras llegaba a ellos.

—Creíamos que ya no llegabas —me riñó la matriarca de la familia; al alzar el rostro de la mesa y mirarme, buscó la mirada de su hija y me miró de nuevo—. ¿Estás bien?

Debía tener una cara bonita, lo notaba, había estado llorando y, cuando esto pasaba, se ponía muy roja y se me hinchaba con suma facilidad si me disgustaba. Debía estar hecha un cuadro si la madre de Raquel había preguntado aquello delante de todos.

—Sí —mentí—. Lo siento —me disculpé escueta—, me he entretenido.

Llegué hasta mi amiga, que estaba en una esquina de la mesa, guardando sitio.

—Menuda cara traes —me dijo Raquel mientras me sentaba a su lado.

—Ha sido muy duro… —reconocí todavía compungida y me abrazó, apartándome de la cara el pelo todavía húmedo de la ducha.

—No creí que fueras capaz de hacerlo —reconoció meciéndome.

—No he podido —alcé la cabeza mirándola a los ojos y sentí que las lágrimas volvían a acudir a mí.

—¿Qué te pasa? —demandó Toni mirándome con intensidad.

—Métete en tus cosas —le dijo Raquel enfadada. Yo ni siquiera moví mis ojos de los de mi amiga—, estate por tu amigo y deja a la mía tranquila —le dijo con rabia.

—Pelirroja —me llamó, e ignoró a su hermana sin dejar de mirarme.

No moví mis ojos de donde estaban, en el rostro cabreado de Raquel, pero notaba su mirada tan intensa sobre mí, taladrándome.

—No es nada —me restregué la cara, debía tenerla hinchada todavía del disgusto.

—¿Puedes parar? —le preguntó Raquel cabreada a su hermano.

—Ya vendrás —fue su chulesca respuesta y me hizo levantar la mirada.

—Sí claro, seguro —contestaba su hermana mientras nuestras miradas se encontraban.

Raquel me atrajo hacia sí cortando mi contacto visual con Antonio y me susurró al oído que le contara qué había pasado. Empecé a narrarle lo ocurrido en aquel tono bajo y susurrado, confidente, mientras los demás seguían a lo suyo excepto uno que no me quitaba ojo de encima, podía sentir su mirada sobre mí, aplastándome mientras hablaba.

—Mamá —se quejó Antonio—, Raquel y Aurea están cuchicheando como alcahuetas y eso es de mala educación —nos delató como un niño repelente.

—Por favor, Toni —se quejó la madre—, a veces eres más chiquillo que los mellizos. Si quieren hablar de sus cosas no seas entrometido y déjalas tranquilas —le ordenó.

—Eres gilipollas —lo increpó Raquel.

La comida de picnic se me hizo realmente larga, y empeoraba a marchas forzadas. Las miradas aplastantes de Antonio eran cada vez más difíciles de ignorar, sobre todo cuando empezó a acompañarlas de comentarios malintencionados que intentaba que no me afectaran. La amable preocupación de Peter no ayudó tampoco, y mucho menos la compasión de la matriarca, cuando yo solo quería pasar desapercibida y que nadie me prestara atención.

Pero lo peor estaba por llegar. Raquel y yo fuimos las primeras en irnos, estaba agobiada con todo, sumado a lo que traía de mi fallida ruptura con Luis. Nos marchamos a mi casa, buscando algo de calma, que fue lo contrario a lo que allí encontramos. En el sofá del comedor mi padre retozaba con alguien, como si fuera un adolescente.

Raquel tiró de mi mano, tratando de salir de allí, pero una furia caliente me subió desde el estómago hasta el pecho y con rabia tiré el casco de la moto al suelo para que se dieran cuenta de nuestra llegada. Pude escuchar cómo mi padre susurraba un «joder» y un «vístete, rápido», mientras yo observaba la estampa intentando no ponerme a

gritar que era un hijo de puta y Raquel tiraba de mí sin éxito para que saliéramos de allí.

Fue vergonzoso ver a mi padre subirse los pantalones. Raquel se marchó en cuanto él nos miró. Yo alcé el mentón, retándole a abrir la boca, deseando atacar. Me fijé en ella, se recolocaba la ropa sin levantar la mirada, rubia, pequeña, mi padre le sacaba al menos diez años, tenía el rostro rojo, de vergüenza o del magreo. Sentí mucho asco.

—Ya veo por qué no podías venir a comer —fue lo primero que dije, mientras hervía de rabia. Me sentía asqueada, dolida y sobre todo traicionada por mi padre. No contestó y no aguanté su silencio—; ya lo dicen, que dos tetas tiran más…

—No sigas Aurea —me advirtió mi padre cuadrándose todo lo alto que era.

—¿O qué? —esperé su respuesta—. ¿Qué harás? ¿Castigarme?

—No quiero pelear contigo —intentó relajarse mientras la mujer parecía que no sabía dónde meterse ya con la ropa en su sitio—, quisiera que tuviéramos una conversación de adultos… Esta no es la forma en que quería que te enteraras de que tengo una relación.

Aquellas palabras me enfurecieron todavía más, aunque no creí que eso fuera posible.

—¿Vas en serio con ella? —demandé con asco.

—Así es —contestó y tendió la mano en su dirección—. Te presento…

—Ahórratelo —lo corté con muy mala educación, estaba muy enfadada—, me da igual quién sea. ¿Le vas a dedicar el mismo tiempo que a tu hija?

—¿Cómo dices? —demandó por un momento impresionado—. Eso no es justo.

—¿Quieres que hablemos de justicia? —lo ataqué.

—No —se acercó a mí e intentó cogerme del brazo, me aparté—, quiero que te relajes.

—Tengo derecho a estar cabreada —dije rabiosa—. Si hablamos de justicia, injusto es que me arrastraras hasta aquí, separándome de todo lo que conocía por un trabajo y que pasaras de mí, cuando solo te tenía a ti y no conocía a nadie.

—Injusto es que me recrimines algo que sucedió hace años, cuando ni siquiera comprendes el porqué de las cosas. Cuando eres incapaz de dedicarme diez minutos de tu vida. Para mí tampoco fue fácil —aseguró—, no vinimos aquí porque sí; he esperado a que fueras más mayor para explicarte las razones, pero es imposible hablar contigo… No sé quién eres, no sé cómo llegar hasta a ti, Aurea, no tengo ni idea de cómo compensarte…

—Traerte a una fulana no es la solución —contesté sin querer

hablar más con él.

Me cruzó la cara. No recuerdo que mi padre me hubiera puesto la mano encima antes, mi madre sí, aunque no guardaba muchos recuerdos de ella, pero él nunca. Fue una buena bofetada, de esas que no se olvidan, de las que marcan más el alma que la piel, dejando huella.

18

Los días se sucedieron, dando paso a las semanas y la vida siguió, no se detuvo. Poco cambiaron las cosas. En casa, si ya me costaba pasar tiempo, apenas aparecía más que para dormir o cuando sabía que mi padre no iba a estar; los fines de semana ni pisaba por allí. Mi padre me buscaba, intentaba acercarse a mí, pero yo me sentía profundamente traicionada y dolida, no quería ni verlo y poco a poco fue desistiendo.

Él se sentía mal por haberme pegado, así que me daba espacio esperando, no sé muy bien el qué, quizás que entrara en razón, quizás que madurara, no lo sé, pero lo que hice fue alejarme de él tanto como pude. Nada cambió entre Luis y yo. Lo intentamos, los dos lo hicimos durante una temporada, pero al final salió la verdad a flote. Para Luis lo primero eran sus estudios, estaban muy por encima de mí, y lo cierto es que yo prefería que fuera así, desde que había tomado la decisión de que se había acabado, ya no sentía esa conexión. Algo se rompió en mí y fui distanciándome más cada vez, asegurando que todo iba bien. Las Spice seguíamos alejadas, nos íbamos viendo, pero no coincidíamos las cinco, hasta que el día de Sant Jordi nació la pequeña Emma.

Era la niña más preciosa del mundo, con lo feos que son los bebés recién nacidos, se ponga la gente como se ponga, eso es así. Emma no, fue preciosa, llegó por cesaría y tenía un color rosadito y unos cortos cabellos rubios como su madre. Todas estábamos muy emocionadas, hasta a Fabi se le saltó alguna lagrimita. Mónica vino cargada con documentación que había sacado de internet y Raquel la incordiaba mientras ella le daba la chapa a la joven mamá, que parecía agotaba, pero sus ojos brillaban con felicidad.

Fabiola salió al descansillo a fumar y la acompañé, y allí nos encontramos con Javi.

—¡Papá! —exclamé emocionada abriendo los brazos.

—¿La has visto? —preguntó mientras se acercaba a nosotras.

—Es lo más bonito que vas a hacer en tu vida —lo abracé con toda la estima que le tenía.

—Eso seguro —dijo con su sonrisa torcida que tan bien quedaba en su rostro moreno.

—Felicidades —dijo Fabiola dándole dos besos.

—Me alegro de verte —le dijo—. Ahora que viene el verano tienes que venir más a vernos, que estás muy desaparecida —le recriminó con afecto Javi y pensé que había visto lo mismo que yo al mirarla.

—Es verdad —apoyé a Javi sin perder la sonrisa—, tienes que dejarte ver más.

Alguien se acercó a darle la enhorabuena y vi que Fabiola se removía sobre sí misma.

—¿Quieres que fumemos fuera? —ofrecí—. Así nos da el aire.

—Sí —afirmó con cara de angustia—, me agobian los hospitales.

Fuimos a una zona de bancos, era mediodía y hacía un perfecto sol de primavera de esos que preceden al calor del verano. La primavera siempre fue mi estación favorita.

Hablamos de Esther, de Javi y de Emma. Mientras lo hacíamos la observaba con detenimiento, y cuanto más la miraba yo, parecía que más rehuía mi mirada ella. La verdad es que no la vi muy bien, me di cuenta de que había adelgazado bastante y su rostro, siempre tan bonito, seguía siendo hermoso, pero estaba algo consumido.

—¿Va todo bien? —le pregunté cambiando de tema.

—La misma mierda de siempre, el ritmo allí es jodido, mucha presión, no veo el momento de que acabe el curso —reconoció con cierto hastío.

—Pareces cansada —dije intentando suavizar lo que pensaba.

—Sí, estoy cansada —reconoció sin mirarme—, y he perdido peso, me veo escurrida.

—Bueno —choqué su hombro con el mío esperando que me mirara—, este verano nos ponemos cerdas de comer en los banquitos y solucionado —no contestó, ni me miró, quizás porque le apetecía más salir con la gente nueva, o tenía planes—. ¿Aún sales con aquel tío? —me interesé.

—*Nah* —tiró la colilla al suelo, pisoteándola—. Paso de tíos, solo piensan en una cosa y es para lo único que sirven. Bueno… Todos menos el tuyo, que es tonto del culo.

—Ya queda menos para que acabe todo —dije sin pensar en lo que había dicho.

—¡Es absurdo que sigas con él todavía! —dijo indignada mirándome al fin.

—Mi padre se ha echado novia —le confesé y sentí un poco de vergüenza al decirlo.

—¡Qué asco! —exclamó y me hizo sentir normal y no una harpía de mierda como hacían las demás las pocas veces que había salido el tema.

—¿Verdad? —la cogí de las manos, agradecida de que alguien me entendiera al fin.

Fabiola se dejó ver un poco más los fines de semana siguientes, pero no fue como antes, y no solo por ella. Mónica tampoco aparecía, Esther llevaba otro ritmo con Emma y yo me pasaba todo el finde en casa de Raquel con tal de no ver a mi padre ni un minuto.

Una tarde me llamó Esther, ya todas teníamos móviles; estaba en la biblioteca del instituto, Mónica y Luis cuchicheaban sobre algo del

trabajo de fin de curso de Luis, yo miraba por la ventana distraída, preguntándome cuándo me iba a sacar Raquel de aquel sitio que empezaba a aborrecer, cuando el aparato empezó a cantar como un loco la canción «Libre» de Nino Bravo. Impresionada, di un salto en mi silla, no sonaba nunca.

Busqué el teléfono en la mochila entre siseos que me pedían que lo apagara y miradas recriminatorias que venían de todas partes. Lo abrí silenciándolo y salí corriendo.

—Esther —la saludé todavía dentro de la biblioteca—, no veas qué susto —le dije.

—Necesito que me haga un favor —me pidió seca, casi cortante.

Algo iba mal, muy mal, lo noté en su voz, no solo en el tono y me asusté al momento.

—¿Es Emma? —demandé poniéndome nerviosa.

—No —contestó con la voz tomada, la conocía bien—, es su padre —contestó con rabia—, no puedo más con él, quiere volver a salir este sábado, yo creo que tiene a otra.

—No empieces a montarte películas, Esther —le pedí. Aquello no era bueno, ni para ella, ni para Emma, ni para la relación—, he salido mil veces con él y no tiene a nadie.

—Eso es lo que quiero pedirte, que vayas, que le eches un ojo, no quiero que lo cohíbas, ni que intervengas, solo quiero saber qué hace. No va ninguno de sus amigos —se rompió y yo me cagué en Javi, por muy bien que me llevara con él no se estaba comportando—, entonces ¿por qué va él? —la sentí desesperarse—. Si se está metiendo, si tiene a otra o simplemente no está satisfecho con nuestra vida… —se rompió llorando.

—No sigas —le pedí—, voy para tu casa, ¿vale?

Le mandé un mensaje a Fabiola, que enseguida me contestó diciendo que contara con ella, lo cual me sorprendió. Raquel tenía partido el domingo por la mañana y, como siempre, Mónica tenía que estudiar. El sábado comí en casa de Esther y, durante la comida, me acoplé al plan de Javi; él estuvo encantado y supe que no tenía nada con nadie, simplemente debía cambiar el chip y no lo hacía. Tenía que hablar con él, pero no aquella noche, aquella noche era para ver, oír y chivar a Esther.

Me preparé en casa de Fabiola, no me gustaba ir a aquel tipo de discoteca en falda, pero me dejó un vestido que era precioso y me sentaba muy bien. Me maquilló, ella era la reina en todo a lo que estética se refería y, al mirarme en el espejo, me vi más mujer de lo que me había visto antes, la niña parecía que había desaparecido. Tenía mis curvas, mi melena pelirroja recogida en una alta cola de caballo planchada, con la cara despejada excepto algunos mechones que enmarcaban mi rostro tan bien maquillado, no había en mi rostro

indicio de grano o marca.

—Estás muy guapa —dijo Fabiola detrás de mí mirándome a través del espejo.

—No parezco ni yo —dije impresionada, de acuerdo con ella, estaba que lo petaba.

—No sabes sacarte partido —negó antes de ponerse a recoger.

Mientras esperábamos a que llegara Javi, nos tomamos unas cervezas para ir calentando motores; en su estéreo sonaba Christina Aguilera, nada que ver con lo que nos esperaba aquella noche. La verdad es que no tenía ni idea de por qué Fabiola se había apuntado, aquel ambiente no iba nada con ella, ni le había preguntado, todo hay que decirlo.

Javi nos recogió puntual como siempre era, pero no iba solo en el coche, lo acompañaba un colega, lo conocía de vista, lo había visto con él más de una vez, pero nunca habíamos hablado, ni tampoco nos habían presentado, ni falta que hacía, era un pesado. Se pasó todo el camino moviéndole ficha a Fabiola, como un babuino baboso que me puso enferma. Por suerte Fabi no era de las que se callaba las cosas, más bien al contrario, y después de que le pidiera que se callara la boca y se fuera a la mierda, con esa delicadeza y tacto que la caracterizaba, no volvió a hablar y nadie le recriminó nada a Fabiola por ser tan borde.

Al llegar, Javi y su amigo se quedaron en el parking haciéndose unos cubatas mientras se fumaban un porro. Fabiola me dijo que entráramos sin ellos y no me lo pensé mucho, nos marchamos dentro y quedamos con Javi en que nos veríamos más tarde.

Como siempre, había cola para entrar y hacía frío, mucho, me estaba arrepintiendo de haber ido en falda, las medias negras no abrigaban lo suficiente. Me había puesto unos calcetines altos y deportivas, porque no concebía ir a una discoteca de ese rollo, con esa música tan cañera y de dar saltos y patadas con algo en los pies que no fuera cómodo.

Era pronto, y aunque había gente, era poca y se iba a llenar muchísimo más. Había más gente bebiendo y trapicheando en el parking que dentro. Fabiola pidió en la barra, cerveza para ella y mi mezcla potente: tequila, ginebra, vodka con blue tropic, también conocido como TGV y bautizado por mí como «la poción mágica de Astérix».

Ninguna de las dos bailaba, yo me contoneaba de vez en cuando, dando pequeños sorbos a mi imbebible bebida y de vez en cuando nos dábamos una vuelta por el local, cada vez más lleno. Al primer cubata le siguió otro y ese empezó a entrar mejor, mientras mi cuerpo se movía cada vez con más ganas de empezar a dejarse llevar por la música.

Nos pusimos donde se ponía la gente de nuestra zona; sí, la discoteca iba por zonas dependiendo de dónde eras, al menos para los asiduos y, aunque nosotras no lo éramos, nos quedamos donde estaba la gente que conocíamos. Teníamos una barra detrás, estábamos dos escalones por encima de la pista y, junto a nosotras, había un pódium todavía vacío, frente a la cabina. Me extrañaba no haber visto por allí a Antonio o a Peter, pero sobre todo a Antonio. Cuanto más bebía más extrañaba su presencia, signo de que el alcohol empezaba a hacer de las suyas. Cuando bebía me afectaba de una forma que serena no.

Javi entró cuando íbamos a pedir la tercera ronda. Fabi nos invitó a los dos a chupitos y a otro cubata, mientras ella iba por la cuarta cerveza. Se marchó al baño poco después y yo me quedé con Javi, que me obligó a bailar con él, mientras los dos nos partíamos de risa. Un amigo llamó su atención y me dejaron sola, así que recuperé mi copa azul.

Alguien me cogió de los brazos, al momento pensé que Javi había vuelto, esas manos eran demasiado ásperas para ser de Fabiola, intenté darme la vuelta y me apretó manteniéndome donde estaba. Pude sentir como se pegaba a mi espalda sin tocarme.

—Llevo rato mirándote —en mi rostro se dibujó una sonrisa al escuchar su voz, llené mis pulmones con ganas mientras todo el vello de mi cuerpo despertaba por el roce de su aliente sobre mi oído. Esperé, ansiosa y paciente a que dijera algo más, siempre tenía más que decir—, no sé de dónde has sacado ese modelito, pero no es apto para esta discoteca.

Intenté girarme y encararlo, pero sus manos sujetando mis brazos desnudos no me lo permitieron. Estiré el cuello y busqué su mirada. Sus ojos verdes chocaron con los míos marrones, haciendo de mi mirada su nueva prisionera. Estábamos cerca, mucho más de lo que pensaba, y pude sentir ese tirón, esa fuerza invisible que tiraba de mí hacia él.

Llevábamos semanas distanciados, desde que me rechazó en lo que él mismo denominó como «Fiesta de la justicia», cuando Manoli retiró la denuncia. Después de la comida del día de la mona[9], me dio la impresión de que estaba enfadado conmigo, pero en lugar de increparme o molestarme me evitaba y me pareció genial, yo hice lo mismo que él. Había decidido seguir con Luis, «intentarlo», con lo que cuanto más lejos de Antonio, mejor.

Toda aquella atención que no le había prestado en ese tiempo estaba ahora sobre él y volvía a ser esa triste abejita atraída por el néctar que él representaba una vez más. Era todo un canalla o un cabrón, pensé mientras lo observaba a aquella corta distancia, las luces se movían sobre nosotros. Me conocía sus métodos, camelaba a las chicas con zalamería, prometía diversión con su encantadora

sonrisa. Una vez te entregaba lo que ofrecía, no te daba ni un gramito más de él y eso enganchaba, aunque estaba segura de que a mí no me pasaría, lo conocía demasiado bien para caer en su trampa de araña. Había bondad en sus ojos, y supuse que aquello despistaba a sus presas. Las chicas debían pensar que podían sacarlo de aquella vida, de vicios, alcohol, drogas, amigos y rollos de una noche, pero no, solo una lo había hecho, total, para después romperle el corazón y que se pusiera una coraza que ninguna de sus conquistas era capaz de sortear o romper.

—¿Vas a decirme cómo debo vestir? —demandé, fingiendo indignación, aunque la verdad es que me importaba más que se hubiera fijado en mí a que me censurara.

—Si yo tuviera que decirte cómo vestir, irías todos los días igual de cañón que hoy —dijo para mi sorpresa y sus manos me liberaron—, aunque tuviera que partirle la cara a todos los gilipollas que quisieran propasarse contigo, como seguro me tocará hacer hoy.

Lo observé anonadada, no era muy alto, poco más que yo, si me ponía zapatos altos le ganaba algún centímetro, pero no era el caso y su boca estaba muy cerca de la mía. La música tronaba y el mundo giraba muy deprisa a nuestro alrededor, mientras las luces bailaban. Nada se había detenido, la gente pasaba a nuestro lado, bailaban a escasos metros, pero yo me sentía lejos de todo, excepto de él, y me sentía bien.

—¿Así que cañón? —alcé la cejas poniendo cara impresionada y después le dediqué una sonrisa coqueta. Nunca he sabido encajar bien los halagos o los piropos, me hacen sentir tímida y torpe—. ¿Y piensas pegarte por mí? Me impresionas —reconocí.

Puso una cara que entonces no supe descifrar, se mordió el labio inferior mirándome. Observé el gesto perdiéndome en él, inconsciente de que no había retorno. Deseé una vez más probar sus mullidos, voluminosos y apetecibles labios. Inconscientemente, imité su gesto, humedeciendo los míos, secos por la impresión causada por la forma tan arrebatadora en que sus traviesos dientes habían atrapado su carnoso labio inferior.

—Mataría por ti —contestó y su rostro se inclinó hasta mi cuello, su nariz se paseó por él en todo lo largo que era, oliéndome, y mis piernas temblaban a la vez que entre ellas yo palpitaba de deseo y locura por ese gesto que me dejó sin palabras—, aunque normalmente te materia a ti, no voy a negarlo —me sonrió enfriando mis hormonas y avivando mis mariposas, no sabría decir qué era más peligroso—. Estás muy guapa —aseguró y vi cómo el momento se iba, se alejaba de nosotros devolviéndonos al lugar donde estábamos; pude verlo en sus ojos enfriándose, en la forma en que me miraba, separándose de mí para ponerse de frente. Me besó la mejilla, pero hubo frialdad en el

gesto y, aunque lo percibí sin problemas, no comprendí el cambio en su actitud—. No he visto a mi hermana —dijo.

Lo miré, preguntándome cómo era capaz de alterarme como lo hacía sin si quiera despeinarse, como frase hecha, porque su cabeza estaba rapada, no había mucho que peinar por ahí arriba. Unas entradas denotaban lo que yo le venía diciendo desde hacía tiempo para herirlo, no le quedaba mucho tiempo a su pelo castaño, con su nariz torcida a causa de alguna pelea, sus orejas desplegándose sin llegar a ser de soplillo pero casi y esos voluminosos labios tras los que escondía una dentadura pequeña y desordenada que era ridículamente sexy y seductora de un modo nada convencional.

—Tu hermana mañana tiene partido —le expliqué—. He venido con Fabiola, Javi y un amigo suyo muy pesado, que no para de entrarle a Fabi… ¡Qué babas! —me quejé.

—¿Y tu novio? —preguntó para mi sorpresa.

—En casa —respondí intentando no mostrar cómo su pregunta me había molestado, aunque no alcancé a comprender por qué me molestó tanto, pero así fue—, estudiando.

—Y tú aquí, rompedora —se frotó la cabeza con la mano mientras esta se movía en una larga negación—, ese chico estudiará mucho, pero no es muy listo —aseguró.

Sonreí, sí, lo hice, fui así de mala, pero me salió sin más; era cierto, me estaba perdiendo y no parecía importarle mucho y, en aquel ambiente, ya con el alcohol haciendo de las suyas, me alegré que fuera así, que no se esforzara, era más fácil para mí.

Fabi volvió del baño, venía con una compañera de clase; nos la presentó a Antonio y a mí. Javi estaba frente a la cabina del dj entregado a la causa. Claudia me pareció extraña, vestía con un pequeño top, bajo el cual no llevaba nada más, marcándole todo lo que puede marcar, pantalones de tiro bajo de campana, dejando poco a la imaginación. Tenía unas curvas de lo más peligrosas, pecho y caderas generosas y una cinturita estrecha, un pendiente colgante adornaba su ombligo. No me gustó cómo Antonio la miró, cómo se la comía con la mirada, tampoco caer en la cuenta de que nunca me había mirado así, y que probablemente nunca lo haría por más rompedora que dijera que estaba.

Lo que más me disgustó de todo fue cómo aquella situación me hizo sentir, tan pequeña e insignificante, me negaba a sentirme así por él. Sin decir nada, cogí mi copa azul y me fui a la pista con Javi. Al ver que me acercaba a él, me dedicó una sonrisa abierta y cogidos de la mano nos dejamos llevar por la música, el ambiente, la noche, la fiesta.

Me quedé cerca de Javi, al fin y al cabo, para eso estaba allí aquella noche, para hacer de niñera del novio de mi amiga, no para

obsesionarme con el hermano de mi otra amiga. Nos bebimos mi copa azul y juntos fuimos a por otra, entre risas, confidencias y desvaríos provocados por el alcohol. Tuve que esforzarme en no buscar a Antonio, cuanto más bebía, más difíciles eran de contener mis impulsos, pero Javi era una excelente compañía.

Fabi se acercó a nosotros en un par de ocasiones, ella no bailaba y llegar al centro de la pista con todos aquellos tíos dando golpes y patadas no era fácil.

—Deberías advertir a tu amiga sobre Antonio —le dije ya a altas horas de la noche.

Ya estaba muy perjudicada y mi misión de no ignorar a Antonio hacía rato que había fracasado y, al hacerlo, ya no pude dejar de buscarlo con la mirada, para encontrarlo todo el rato en el mismo sitio, cerca de la amiga de Fabi y cada vez me molestaba más.

—Solo está jugando con él —contestó ella indiferente. Cogió el brazo de Javi para llamar su atención—. ¿Os hace una ronda de chupitos? —nos ofreció.

Nos bebimos los chupitos. Fabi le dijo algo a Javi al oído y me dejaron sola pidiendo mi último cubata. No estuve sola ni un minuto, apenas se habían marchado y sus manos rodearon mi cintura, para estrecharla mientras se pegaba a mi espalda. Su cabeza se asomó por el lado derecho, buscando mi mirada, la mía estaba al frente, mi boca rígida, seria.

—¿Por qué tuerces el morro? —me preguntó al oído.

—Intento pedir —contesté sin dejar de seguir con la mirada a la camarera con rastas.

Su brazo se adelantó, llamando la atención de la chica que, en cuanto lo vio, asintió, a su disposición. Giré la cara para mirarlo, enfadada, estaba tan cerca que si hubiera habido más luz podría haber adivinado cada uno de sus pensamientos en sus ojos verdes.

—¿Qué te pongo guapo? —la voz de la camarera me sacó del trance.

—Un par de chupitos de esos que tanto nos gustan, y el pitufo azul que toma esta.

La camarera me miró con una cálida sonrisa, esperando una aclaración y a mí me llevó más tiempo del necesario comprender qué quería. En cuanto le dije lo que estaba tomando, se giró y me di cuenta de que antes hacía rodar los ojos mientras negaba con la cabeza y pude imaginar lo que pensaba. Otra tonta que caía en brazos de «El Chispas». Me encendí.

—Pelirroja… —negó con la cabeza mirándome a aquella corta distancia.

—¿Qué quieres? —seguí con la vista a la camarera, mientras nos servían los chupitos.

No podía ni mirarlo a la cara, una parte de mí necesitaba abofeteársela y la contraria, besarlo, que era mucho peor. Miré al frente, tratando de quedarme en mi enfado con él.

Sus labios se posaron sobre mi hombro derecho, donde dejó un húmedo beso. Mi cuerpo se tensó al momento para aflojarse de gusto cuando su torcida nariz se paseó a lo largo de mi cuello desnudo, reconociéndome de la forma más íntima en que nadie lo hubiera hecho antes. Sus manos me estrechaban de aquella forma posesiva en que mi novio nunca me había tocado, de aquella forma que hacía que mis piernas temblaran y mi corazón se acelerara por él, disolviendo mi enfado en desconcierto y agrado.

—¿Qué te ha pasado? —me preguntó—. ¿Por qué te has enfadado?

Apenas podía recordar ya qué me había molestado, mis sensaciones ocupaban cada parte de mí y no era capaz de pensar con mucha claridad. Le dio un billete a la camarera.

—¿Qué estás haciendo? —demandé con la voz contraída por lo que me hacía sentir.

—Mírame —me ordenó.

Apenas pude procesar su orden, que mi cuerpo ya la seguía. Lo miré a los ojos y nos encontramos. Los suyos me saludaron con calidez y mi enfado se diluyó hasta la nada.

Me soltó y se colocó junto a mí, sin dejar de mírame a los ojos y hablarme a través de ellos; cogió un chupito y me lo tendió, chocó su vaso con el mío y tragué.

Por fin pude salir del trance en el que estaba presa, aquello fue lo peor que mi cuerpo hubiera asimilado antes, quemó más de lo que el fuego puede hacerlo, abrasándome por dentro mientras sentía cómo se movía con su calor por mi cuerpo y mi boca salivaba con necesidad de devolver de lo fuerte que era.

—Tranquila —me acarició la espalda y me tendió el cubata. Le di un trago con avaricia, tequila, ginebra y vodka, no era precisamente agua y sin embargo me supo a gloria, enfriando el infierno de aquella bebida horrible—. Muchos vomitan la primera vez —dijo mirándome con cara de no haber roto un plato en su vida y mi mirada asesina dibujó una sonrisa en su rostro.

—Puede que aún lo haga —afirmé con los ojos llorosos.

—Confío en ti —aseguró y yo me derretí por él—. ¿Salimos a fumar? —me invitó.

—Aquí podemos fumar —contesté yo; iba bebida, mucho, además, pero en algún recoveco de mi mente había una parte lúcida que se pronunció y despertó mi miedo a salir con él. Llevaba toda la noche en una montaña rusa emocional por él, me afectaba más de lo debido y no quería arrepentirme de nada más—, además tengo el cubata entero.

—Lo que quiero fumar no se puede fumar aquí —contestó alzando las cejas de forma significativa, antes de cogerme de la mano—, yo lo sacó por ti —me quitó la bebida.

Nos alejamos de la pista, llegamos a las escaleras y subimos los dos tramos, salimos del local y nos alejamos de la puerta sin llegar a perderla de vista. Allí fuera debíamos estar a pocos grados, pero mi cuerpo tenía gasolina suficiente para no darse cuenta.

Se sentó en el saliente y empezó a quemar chocolate, mientras yo recuperaba mi copa y bebía observando a mi alrededor, balanceándome por la música lejana que llegaba allí. Cuando reparé en él me miraba de una manera intensa, al momento apartó la mirada liando el canuto, pero ya lo había visto. Me giré y bajo mi nariz se dibujó una sonrisa.

—¿Quieres petarlo? —preguntó detrás de mí; intenté calmar mi regocijo y me giré.

Me senté a su lado y nos fumamos el canuto como hacíamos en el balcón de su casa; a veces podíamos hablar del tiempo y otras, de cosas trascendentales, o al menos lo eran para nosotros, y en ocasiones ni siquiera hablábamos. Me relajé con el canuto, pero sentí que el alcohol me subía más, como si el globo se inflara, y se lo pasé.

—No deberías pegarte tanto a Javi —dejó caer el comentario como si nada.

—¿Perdona? —demandé flipada girando todo mi cuerpo para encararlo.

—La noche, la fiesta, el alcohol, las drogas… —siguió sin mirarme y soltó una larga bocanada de humo que se extendió por el cielo nocturno—. Las cabezas pierden el rumbo, juegan otros factores, y a veces puede ser peligroso…

—¿De qué cojones estás hablando? —demandé con mala hostia.

—Es el novio de tu amiga y te has pasado la noche pegada a él, como si fuera el tuyo.

—Somos muy buenos amigos —le aclaré tratando de calmarme sin éxito.

—Sí, seguro que sí, de día con la cabeza en su sitio —fruncí el ceño mirándolo—. Acaba de tener una niña con una de tus amigas, no la líes pelirroja —me pidió.

—¿Pero tú quién te crees que soy? —le grité indignada poniéndome de pie.

—No me montes un número —me advirtió con una mirada que hablaba por sí sola.

—¡Entonces no digas gilipolleces! —le grité, sí, armando espectáculo. La gente nos miraba, pero yo solo podía mirarlo a él, enojada—. No me conoces lo más mínimo —le escupí con rabia, herida al ver el concepto que tenía de mí—; si no, no dirías eso. Es mi

amigo y lo respeto, así como también respeto a Esther y jamás le haría algo así.

—Tú ándate con ojo —dijo poniéndose de pie.

—Eres imbécil —le escupí y me marché dejando la copa allí.

Al volver dentro no encontré a nadie, quería marcharme. Antonio me había enfadado tanto que me dolía el estómago. Me había cortado todo el rollo, con lo bien que lo estaba pasando a pesar de justamente él, que me había vuelto la cabeza del revés toda la noche.

Pasado un rato vi a Fabi, destacaría entre un millón; su amiga, que había encandilado a Antonio, había desaparecido, y aunque se había ido con ellos, solo volvían ella y Javi.

—¿Dónde estabais? —le recriminé a Fabi.

—Fuera —contestó indiferente, buscando con la mirada algo o alguien.

—¿Haciendo qué? —demandé irritada.

—¿Qué te pasa? —cambió de tema mirándome un segundo para volver a su búsqueda.

—¿Qué estabais haciendo fuera? —volví a preguntarle.

—Nada —contestó sin mirarme. Tiré de su brazo para que me prestara atención—. ¿Qué hacíais? —volví a preguntarle cuando me miró—. Habéis tardado un montón.

—¿Tú qué crees? —demandó acusándome—. Tú y Javi no habéis parado de beber y él tiene que conducir, llevaba encima una importante, tenía que despejarse.

—¿Os habéis metido? —pregunté y no contestó, no hacía falta, sabía la respuesta—. Sabes que Esther no quiere que se meta mierda —le recordé—, ahora es padre.

—Pues no se lo digas… ¡Ah! Se me olvidaba que has venido aquí en calidad de espía…

—Eres una arpía —le escupí y me marché indignada sin saber a dónde iba.

19

Me perdí.

Sí, lo hice, me perdí, ni siquiera sé cómo ocurrió, me marché enfadada con Fabiola, con Javi, con Antonio y conmigo misma. Recogí mis cosas del guardarropa y me largué sin saber a dónde iba; quería ir a la estación, pero no llegué, no creo ni que fuera por donde debía, no lo sé. Los *Mossos d'escuadra*[10] me encontraron vagando por ahí, borracha, menor de edad y perdida. Me llevaron a comisaria y llamaron a mi padre. Me quería morir.

Mi padre se presentó una hora y media después, llevaba como dos litros de agua y el colocón casi se me había pasado entre una cosa y otra. Apareció allí con *Catástrofe*, alias Catalina, la insoportable aspirante a madrastra.

—¿Has bebido? —me recriminó mi padre enfadado.

Si hubiera venido solo habría agachado la cabeza, me hubiera tragado la bronca y hubiera dormido de camino a casa mientras me comía la oreja, pero se había presentado allí con ella, apenas podía creerlo y mi enfado por todo lo que aquella noche había ido mal ardió como la mecha de una bomba emocional que amenazaba con destruirlo todo.

—¿Acaso tú no bebes? —contesté enfadada—. Sí —reconocí—, he bebido, tenía mucho que celebrar gracias a ti, grandes Catástrofes —miré a la susodicha con asco.

—Podríamos llevarnos tan bien si quisieras —dijo ella en un falso tono conciliador.

La rabia que se acumulaba en la boca de mi estómago me estaba estrangulando la garganta; cuando la miraba, sentía el odio más puro y vivo que hubiera sentido antes.

—Prefiero vivir bajo un puente que compartir tu techo —escupí con asco.

—Aurea —me censuró mi padre.

—No me conoces —me recriminó ella a la vez.

—¡Es verdad! ¿Ahora también se me censura por decir la verdad?

—¿Pero quién te ha censurado nada? —preguntó él—. Si haces lo que te da la gana —me recriminó no sin razón, pero eso lo veo ahora—. ¿Quién te ha dado permiso para salir esta noche? ¿Esto haces cuando dices que te quedas a dormir en casa de Raquel?

—No —negué con la cabeza gacha, me jugaba mucho con esa pregunta—, no he salido con Raquel, iba con otra gente —reconocí.

—¿Con quién? —quiso saber él.

—Con otros amigos —contesté yo.

—¿Qué amigos?

—¿Ahora me vas a interrogar? —pregunté indignada—. Cuando llevas toda la vida sudando de mi cara, más pendiente del trabajo que de tu hija —le recriminé.

—¡Estoy harto de esos reproches! —gritó y yo no me lo esperaba, me asustó, también el *Mosso* que estaba con nosotros se removió incómodo—. Siempre son los mismos y no te dejo pasar ni una más —dijo con un tono más bajo, pero igual de duro—. Hice las cosas lo mejor que pude teniendo en cuenta las circunstancias, pero tú eres incapaz de ver más allá, porque eres una niñata caprichosa y malcriada que se cree que puede hacer lo que le da la gana y estoy harto. Harto de tus modales, de tus formas, de tus salidas, de tus desplantes… No puedo más Aurea —dijo con la cara desencajada—, me has llevado al límite, ahora resulta que además de fumar también bebes… —agaché la cabeza más abajo, no sabía que él sabía que fumaba—. ¡Y yo te regalo una moto! —exclamó fuera de sí.

—Esteban —dijo ella, alcé el rostro y vi que le cogía del brazo para calmarlo, supongo.

—No lo toques —salté, poniéndome de pie. Lo soltó al momento y dio un paso atrás.

—Se acabó —dijo mi padre, cara a cara, frente a mí, los dos a la misma altura—, se acabó la moto, dormir en casa de Raquel, hacer lo que te dé la gana —sentenció.

—Papá —quise discutir.

—Se acabó la paga, el tabaco, las amigas —siguió mirándome muy enfadado, apenas podía mantenerle la mirada, aquel no era mi padre—. Mostraste ser muy madura dadas las circunstancias con tu madre, te adaptaste bien al llegar y creí que habías aprendido a ser válida e independiente, pero veo que me equivocaba, que te he sobrevalorado y no imaginas cuánto duele eso, lo decepcionado que estoy… Has perdido toda mi confianza.

Me dolió, no creí merecerlo. Sí, me había metido en un lío, joder, me habían metido en la dura parte de atrás de un coche patrulla, no era algo que fuera a olvidar fácilmente, me había asustado al verme allí detrás, como los delincuentes, y mi padre se estaba pasando tres pueblos. No podía dejarme sin moto, sin salir, me iba a dar algo.

—¿La cago una vez y ya me lo quitas todo? —pregunté intentando no mostrar lo dolida que estaba, demostrar solo que estaba enfadada.

—¿Qué la cagas una vez? —demandó de nuevo fuera de sí—. Te has ido a una hora y media de casa de fiesta, sin permiso, sin decirle nada a tu padre, que se piensa que estás durmiendo en casa de tu amiga como cualquier chica de dieciséis años. Te has ido a una discoteca de pastilleros, te has emborrachado… Me ha llamado la policía a las cinco de la madrugada, porque te han encontrado vagando borracha por una carretera solitaria en plena noche… ¡Podría

haberte pasado algo! ¡Podrían haberte matado! ¡Violado! ¡Secuestrado! ¡Atropellado! ¿Es que no lo entiendes? —me preguntó desesperado y yo me hice un poco más pequeña—. Eso sin contar tu comportamiento desde antes de Semana Santa…

Sí lo entendía, él tenía parte de razón, había sido una inconsciente, confiada y estúpida, pero estaba bien y mi padre se estaba pasando tres pueblos. Podía asumir mis errores y enmendarlos, hacerlo a mi manera, pero estaba demasiado enfadado para entrar en razón y yo demasiado cansada para seguir peleando.

—¿Podemos irnos ya? —le pedí al policía, tragando el nudo de la garganta.

Nos dejaron ir, claro, estoy segura de que agradecieron que nos marcháramos con nuestras peleas a otra parte, a aquellas horas de la mañana. No cruzamos palabra entre nosotros hasta salir de comisaria, y fue mi padre con sus preguntas quien rompió el silencio.

—¿Cómo has venido hasta aquí? —miré al suelo. No había respuesta válida para aquella pregunta; si le decía que había ido en coche se me caería el pelo de verdad, y si mentía y se enteraba sería peor, así que me quedé callada—. ¿Dónde están tus amigas? —seguí callada y Catastrófica nos adelantó en dirección al coche—. ¿Por qué aquí, Aurea?

—Me gusta la música, y me da igual el ambiente, yo no me drogo —quise dejar claro, sabía cuánto podía llegar a preocuparle eso porque, aunque tenía vagos recuerdos, tenía algunos, discusiones de él y mi madre por las drogas, el dinero, la hipoteca, la casa…

—No puedes hacerlo, Aurea —dijo con tono de súplica.

Alcé la cabeza lo justo para mirarlo un momento y la volví a dejar caer.

—Lo sé —respondí. Corta y sincera.

Nos dirigimos al coche en silencio, ella iba dos pasos por delante de nosotros, directa al lado del copiloto, mi lado.

—Yo siempre voy delante —le dije a Doña Catástrofe, que soltó la manilla de la puerta.

—Tú vas detrás —discutió mi padre.

—Sabes que detrás me mareo —le recordé.

—Si te mareas, recuérdalo antes de beber la próxima vez —hizo el amago de subir y se detuvo—; como vomites en el coche lo vas a limpiar con la lengua —me advirtió.

«Con la cara de tu novia», quise contestar, pero bastante caldeado estaba el tema ya.

Le dediqué una mirada de odio a Catastrófica y me monté en el asiento de atrás. Quise pedirle que se acercara al *Pont*, asegurarme de que Javi y Fabiola se habían ido a casa y no me estaban buscando, pero tampoco quería que mi padre viera el ambiente de la discoteca,

bastante le habían dicho ya los Mossos sobre skins, drogas y peleas.

—¿Me dejas tu móvil? —le pedí desde el asiento de atrás.

—¿Qué pasa con el tuyo? —me miró desde el espejo retrovisor.

—No lo llevo —contesté.

—¿Lo has perdido con la borrachera? —me acusó.

—Ni que tú nunca te hubieras emborrachado —dije molesta por sus continuos reproches.

—No con dieciséis años —contestó él.

—No, claro, tú eres un Santo. Sant Esteban de todos los Santos, mártir padre abnegado.

—Aurea, cállate de una puta vez o vas a estar castigada hasta que me jubile.

—Tendrás que estar en casa para mantenerme allí encerrada —discutí.

—O mandarte al internado de Fabiola, pero sin dejarte venir los fines de semana —me amenazó—, iba a estar bien tranquilo.

—Eso seguro, deshacerte de mí arreglaría todos tus problemas.

—Qué injusta eres —me reprochó.

—Tengo dieciséis años y puedo ponerme a trabajar, independizarme —ignoré el dolor en sus palabras, el mío propio al escucharlo.

—Cállate —me pidió—, estás empeorando las cosas. No vas a dejar de estudiar.

—No vas a meterme en un internado.

—Tienes lo que queda de curso y el verano para demostrarme que me equivoco y hacerme cambiar de opinión.

—No vas a mandarme a un internado —insistí antes de callarme.

Al final me dormí, al llegar a casa llamé al móvil de Fabiola, me lo cogió enseguida.

—¿Aury?

—Hola —contesté—, lo siento.

—Menos mal que estás bien —dijo acelerada y al momento la escuché suspirar—, nos hemos vuelto locos buscándote —me dijo todavía con la voz alterada.

—¿Es ella? —escuché a Javi.

—¿Dónde está?

Miré el teléfono extrañada, me pareció que aquel era Antonio, pero era imposible que siguieran juntos. Me giré para mirar el reloj de encima del mueble del comedor y me di cuenta de que mi padre me estaba observando. Eran casi las diez de la mañana.

—¿Te importa? —tapé el auricular del teléfono pidiéndole intimidad.

—Cuelga el teléfono —contestó mi padre—, y deja de vacilarme. Estás castigada.

—¿Dónde estáis? —ignoré a mi padre dándome la vuelta hacia el terminal.

—Acabamos de llegar a Vilanova, nos hemos pasado horas buscándote por todas partes, ¿cómo se te ocurre? Estaba tan asustada que casi ni estoy enfadada, pero mañana, bueno, en cuanto te vea me vas a escuchar… —me amenazó.

—Ya he tenido bastante… —contesté—. No te imaginas, los Mossos me llevaron a comisaría y ha tenido que ir mi padre a buscarme —me giré mirando de reojo a mi padre que seguía allí, plantado, con los brazos cruzados, mirándome enfadado—. ¿Puedo hablar por teléfono? —le pedí molesta.

—No —contestó y vino directo a por mí—, estás castigada —repitió y me quitó el auricular del teléfono. No colgó, no, se lo llevó a la oreja—. ¿Quién eres? —preguntó.

—¿Qué haces? —demandé indignada peleando por quitárselo—. ¡De qué vas!

—Han colgado —me lo dio por fin y me lo llevé a la oreja—. ¿Quién era?

No pensaba contestar, así que negué con la cabeza y colgué. Me alejé, con intención de ir directa a la cama, no pensaba ni pasar por la ducha, estaba destruida.

—¿A dónde te crees que vas? —preguntó y me giré desconcertada, ¿a dónde iba a ir?

—Me voy a dormir —contesté, y alcé las cejas al ver su cara.

No, no me dejó irme a dormir, ni usar el teléfono, ni irme a mi cuarto. Buscó mil tareas para mí y después me obligó a comer con él y Catastrófica. Ella cocinó, odié tener que comer algo hecho por ella, pero la paella estaba que te caías de la silla de buena. Después de fregar los platos, al fin me dejó libre, ellos se quedaron en el sofá viendo una peli y yo directa a la cama. Al despertar me di una ducha exprés y me vestí para irme.

—¿Dónde vas? —me preguntó interceptándome en el recibidor.

—Tengo todas mis cosas para ir a clase mañana en casa de Raquel —me excusé.

—Te llevo a casa de Raquel, recoges todo y volvemos, nos vas a quedarte allí a dormir.

—Por favor —le pedí—, me está ayudando con una cosa.

—¿Qué parte de «estás castigada» no entiendes, Aurea? No voy de farol, no estás castigada, estás lo siguiente a eso, castigadísima, para lo que resta de año por lo menos.

—¿Qué dices? —demandé incrédula—. ¡Eso es desmedido! —exclamé enfadada—. Te pasas —lo acusé—, no me lo merezco —añadí sin saber cómo suavizar la situación.

—¿Que no te lo mereces? —se alteró.

—Pues no —no le dejé seguir, sabía lo que iba a decirme, no dejaba de echármelo en cara—. Estoy aprobando todo a pesar de lo difícil que es pasar de la ESO a bachillerato, es el primer lío en el que me meto en mi vida y…

—Es el primer lío gordo —me corrigió interrumpiéndome y menos mal, porque no sabía que más decir, últimamente no estaba siendo muy modélica que digamos—, no me trates como un imbécil solo porque haya decidido hacer la vista gorda y darte tu espacio.

—No me lo puedes quitar de golpe —contesté enfurruñada.

—Te lo has ganado a pulso —negó con la cabeza—. Demuéstrame que mereces mi confianza e irás recuperando tus privilegios a medida que te los ganes.

—¿Cómo? —quise gritar.

Iba en serio, siempre amenazaba con castigarme, incluso había llegado a hacerlo, pero castigos absurdos que luego me dejaba saltarme, pero aquella vez no sería así, lo sabía.

—Para empezar…

—Mañana es lunes —interrumpió Catastrófica a mi padre y ambos la miramos con calcadas caras de estupefacción ante aquella obviedad—. Que empiece mañana el castigo —sugirió con voz tímida, alcé una ceja mirándola, intentaba ganarme. Miré a mi padre, esperando su respuesta, su cara era un cuadro, él no quería dejarme ni muerto y ella lo sabía, pero fingía estar de mi parte, volví a mirarla—, deja que esta noche duerma en casa de su amiga, podrá recoger sus cosas y hablar con ella, tampoco ha tenido que ser fácil para ella verse en esa situación —se humedeció los labios, parecía asustada.

—Eso sería justo —apunté yo esperando la respuesta de mi padre con curiosidad.

Me pregunté qué haría, y la verdad es que no me sentí capaz de adivinarlo.

—No —contestó mi padre—, no es justo, pero lo aceptaré, para que te vayas haciendo a la idea. No pongas esa cara —me advirtió—, no estoy cediendo, solo lo prorrogo a mañana. Esta vez no te vas a salir con la tuya.

—¿Me das las llaves de la moto? —extendí la palma de mi mano.

—No —contestó seco—, la moto se acabó desde este momento hasta que te la ganes. Te llevaré yo, recogerás todo lo que no necesites para ir a clase mañana, y me lo traeré a casa. Vas a estar una larga temporada sin dormir en casa de Raquel, y no quiero más excusas del tipo «es que tengo esto allí». No —me cortó al ver que iba a quejarme—, no discutas más, esto no es negociable, mucho estoy haciendo al dejar que te quedes esta noche.

De camino a casa de Raquel me estuvo poniendo al día de cómo iba a funcionar mi castigo, no podía creer que hablara en serio,

mientras escuchaba todos los puntos. Hice lo que me pidió, recogí mientras Raquel convocaba a las chicas en su casa, yo no podía salir. Solo dejé un par de mudas, mis cosas del insti y mi manta favorita.

—Tienes media habitación aquí —se quejó mi padre al verme salir cargada.

Los tres estaban de pie en el comedor, les había estado contando a los padres de Raquel lo sucedido la noche anterior y yo no quería que dejaran de mirarme con el cariño que solían hacerlo, sobre todo ella. Agaché la cabeza avergonzada y le di las cosas a mi padre.

Las chicas no tardaron en llegar y la última en hacerlo fue Fabi, que tenía algo que decir que, sin saberlo, daría un giro a mi vida para el que no estaba lista.

20

Contra todo pronóstico Esther fue la primera en llegar, mi padre salía por la puerta cuando se la cruzó, toda cargada con la niña y las mil cosas sin las que no salía de casa.

—¿Qué ha pasado? —entró a degüello—. Javi ha llegado a las diez de la mañana —no paró ni para coger aire—, diciendo que te han detenido.

—Solo me han llevado a comisaría para que mi padre viniera a recogerme.

Me puse de pie y fui a ver a la cachorrita, Emma estaba preciosa y gordita de esa forma sana y bonita. La llevaba vestida toda de rosa, de pies a cabeza, hasta un gorro rosa llevaba la criaturita. Se lo quité para que no se asara y debajo de él llevaba una diadema, rosa.

—¡Que fuerte! —exclamó Esther cogiendo sitio en la cama de Raquel.

—¿No deberías quitarle el abrigo a Emma? —pregunté.

—Es que está tan dormida… Como le jodamos la siesta no parara de llorar —se quejó.

—Esther, se va a escalfar con el abrigo puesto —la reprendió Raquel.

—Como empiece a llorar será culpa vuestra —dijo de mala gana poniéndose de pie—. No nos va a dejar hablar —se quejó acercándose al cochecito.

Se quedó frente a él, mirando a la pequeña desde todos los ángulos, calculando supongo cómo hacerlo para que no se despertara, mientras negaba exasperándose sola.

—¿Por qué no se la has dejado a su padre? —demandó Raquel.

—¡Raquel! —la censuré—. Yo tenía ganas de verla.

—¿A su padre? Llegó a las diez de la mañana y le he hecho ir a desayunar con sus padres, después hemos ido a lavar el coche y le ha tocado hacer la comida; habrá caído muerto, seguro que ni la escucharía llorar, por las noches no se entera.

—O finge que no se entera para que lo hagas tú —opinó Raquel.

—¡Qué va! No se entera —aseguró—, sé muy bien cuando duerme y cuando finge que duerme, el oído se hace a esas cosas. No estaba segura con él en ese estado.

—Ya va siendo hora de que se ponga un poco las pilas, ¿no te parece?

Miré a Raquel sin creer que hubiera dicho eso, bastante presión tenía ya Esther con el tema para que ella lo remarcara de aquella forma tan poco delicada. Esther siempre tuvo el carácter más voluble, desde la perspectiva del tiempo diría que incluso tenía rasgos de

ciclotimia. Desde hacía unos meses su optimismo innato la había abandonado. No estaba feliz con su nueva vida, y aunque se quejaba de Javi, de su poco compromiso, de Emma, de sus llantos nocturnos, sus colitis, nunca se quejaba del conjunto y esperaba verla brillar de nuevo pronto, porque extrañaba a mi escandalosa y dulce Spice rubia. Ya no podría ser aquella chica despreocupada que siempre fue, pero sería alguien mucho mejor.

—Acabara haciéndolo —dije mirando sus ojos acuosos, intentando animarla. Tenía que hablar con Javi, no podía seguir así—, solo necesita un poco de tiempo.

—Ya —contestó Esther con apatía, sin interés, sacando a la niña del cochecito.

La ayudé a quitarle la dichosa prenda a la bebé, que ni se inmutó, y el timbre sonó. Raquel salió de la habitación y Esther aprovechó el momento.

—¿Qué tal Javi? —preguntó en cuanto nos quedamos solas, con un tono de voz bajo—. ¿Se portó bien? ¿Viste que se le acercara alguna? ¿O que mirara mucho a alguien?

—¡Qué va! —exclamé sin alzar la voz, ayudándola con Emma—. Solo tiene ojos para ti, no lo vi ni mirar a nadie, se pasó la noche bailando conmigo y de cachondeo.

—Estoy muy desilusionada con él —se sinceró con el mismo tono, confidente. Se me encogió el alma al escucharla, al ver el cansancio en sus ojos claros y transparentes. Despacio, se agachó para dejar a la bebé en el cochecito—, no quiero que las demás lo sepan de momento, pero me siento superada y, si no cambia —se incorporó y le dedicó una diminuta sonrisa a su hija, como agradeciéndole que le diera aquel rato para ella. Volvió a mirarme a mí con los ojos tristes—, me voy a ir a casa de mis padres, con la niña —afirmó con más pesar—, y será definitivo. Ya lo he hablado con ellos y me ayudarán.

Se me encogió el corazón. Me encantaba Javi, lo apreciaba mucho y sin duda Esther, con todas sus taras mentales, era una de mis personas favoritas en el mundo, esas que no quieres perder por nada del mundo. No eran la pareja perfecta, pero encajaban a pesar de todas sus movidas. En ocasiones eran capaces de entenderse con una mirada y en otras podían decirse mil palabras y no llegar a comprenderse nunca. Emma los necesitaba a los dos, nadie hacía enfadar a Esther como Javi, pero tampoco nadie le arrancaba carcajadas tan largas. Supe que tenía que hacer algo, no podía permitir que Emma se lo perdiera, los necesitaba a los dos, no podían romper queriéndose como lo hacían.

—Cambiará el chip —aseguré, y haría lo imposible para que así fuera—, dale tiempo.

—No le queda mucho —aseguró alejándose para volver a la cama,

donde se sentó preparada y ansiosa por mi exposición—, me tiene hasta los huevos —aseguró molesta.

—Él te quiere mucho —le recordé, no quería que lo olvidara.

—Y yo a él, Aury —aseguró con pesar—, por eso estoy tragando, pero no me merezco lo que me está haciendo, que sea tan egoísta conmigo y tan poco generoso con las dos. No quiero hablar de esto ahora —dijo al escuchar cómo se acercaba la voz de Raquel.

—¿Estás bien? —fue lo primero que me preguntó Mónica al cruzar la puerta.

—Sí —afirmé y ella me miró de arriba abajo—, solo ha sido un susto.

—¿La policía, Aurea? —demandó *La Peras* y pude ver cómo su mirada marrón al comprobar que estaba bien me juzgaba tras sus gafas de pasta—. No me lo puedo creer.

Se acercó al cochecito de Emma y le dijo un par de tonterías, esta seguía dormida.

—¿No te lo puedes creer? —demandé yo a la defensiva—. Ni siquiera sabes qué pasó.

—Me lo puedo imaginar —paró frente a Esther—. ¿Tú cómo estás?

—Bien —mintió Esther, que se levantó para saludarla.

—Te la voy a dejar pasar porque hoy le toca a Aurea, pero no puedes seguir así. ¿Es por la niña o por el niño? —demandó apartándole el pelo rubio de la cara.

—No quiero hablar ahora —contestó Esther.

—De acuerdo —le sonrió afable, Moni era la más empática de todas nosotras.

—¿Empezamos? —demandó Raquel emocionada saltando sobre la cama.

—No grites —le pidió Esther, preocupada porque se despertara Emma.

—¿No esperamos a Fabi? —preguntó Mónica descolocada.

—¿Para qué? —dijo Raquel con desdén.

—En verdad ella estaba allí —comentó Esther—, puedes irnos poniendo en situación.

Les conté cómo fue la noche, omitiendo a Antonio, y eso implicaba omitir mucho, muchísimo, pero no quería analizarlo, ni lo sucedido, ni mi comportamiento, ni cómo era capaz de afectarme cuando iba bebida, aquello daba para otra sesión y no estaba lista.

—¿Por qué te marchaste? —demandó Mónica.

—Me enfadé con Fabi —reconocí.

—¿Por qué? —me preguntó Esther y no quería mentir, pero no podía decirle la verdad.

Si le confesaba que me había enfadado con ella por darle coca a Javi, se iba a liar. Su vaso estaba muy lleno y aunque en el pasado los

dos ocasionalmente habían consumido de fiesta y en alguna de sus juerguecitas privadas, Esther dejó eso atrás al saber que estaba embarazada y le exigió a Javi hacerlo también. Ahora eran padres y ella consideraba que no había cabida para eso en sus vidas, algo en lo que yo la apoyaba. Si se enteraba no esperaría un minuto más, estaba segura de que plantaría a Javi esa misma tarde.

—No sé, hizo algo que no me gustó y yo estaba muy borracha y fumada —intenté salir de la situación como pude—. Discutimos brevemente y me largué, quería irme a casa.

—¿Cómo se te ocurre irte sola? —me reprendió Moni, que era la más sensata del grupo—. Eso está en medio de la nada, tuviste suerte de que te encontraran los *Mossos* y no unos descerebrados con las neuronas fritas por las drogas, a saber qué hubiese pasado…

—¡Cállate! —le pidió Esther incómoda—. Me das escalofríos.

—Ella tiene razón —intervino Raquel por primera vez—, no vuelvas a hacer algo así.

De pronto se abrió un juicio, enfrentadas Mónica en la fiscalía y Esther en la defensa, como si yo no estuviera allí. Raquel mediaba, de acuerdo, a veces con una o con la otra, casi parecía el juez y yo allí, flipando mientras era juzgada, hasta que Raquel se marchó a abrir a la pija del grupo.

—¿Dónde está mi delincuente? —entró Fabiola como un elefante en una cacharrería.

—No tiene gracia —dijo Mónica cruzándose de brazos.

—Lo que no tiene gracia es que con tanto estudiar no te quede sitio para el sentido del humor —contestó Fabiola al ataque. Yo miré a Mónica y a Raquel, esperando cuál de las dos saltaría primero, la primera por alusiones, y la segunda porque le tenía ganas—. Pero no te lo voy a tener en cuenta porque hoy estás especialmente guapa —le acarició le pelo.

—Estás fatal —dijo Esther poniéndose de pie con una sonrisa.

Fabiola y ella se abrazaron y después saludó a la pequeña.

—Menudo me liaste —se acercó a mí negando—, no sabes lo que fue aguantar al novio de esta —señaló con la cabeza a Esther— y al hermano de la otra —señaló a Raquel— porque te habías ido por mi culpa, y si te había pasado algo, vaya dos pesados. Los dos desesperados… Ya les dije que estabas bien —me abrazó y me dio dos besos al aire.

El comentario fue rápido, pero se quedó en mí. Antonio preocupado por mí, desesperado había dicho Fabiola, casi no podía ni imaginármelo en esa tesitura.

—Sí, estaba muy bien… —apuntó Raquel—. En comisaria, detenida.

—No estuve detenida —me defendí.

—¿Te pusieron esposas? —demandó Esther entre morbosa y divertida.

—¡No! —exclamé yo y su cara de decepción nos hizo reír a casi todas.

—¿Te metieron en el calabozo? —esa pregunta fue de Mónica y la hizo con aprensión.

—Qué va —le quité importancia—, me tuvieron sentada dentro de la comisaria mientras ellos trabajaban y me daban agua para que se me pasara la borrachera.

—Tu padre estará contento —comentó Mónica.

—Me ha castigado para lo que resta de año, sin moto, paga, salidas, noches fuera y ha amenazado con mandarme al internado si no cumplo el castigo —miré a Fabi.

—Eso es porque no sabe lo que se mueve por ahí —dijo la pija sentándose en la silla del escritorio—. Hay más contrabando que en el caminito, allí puedes pillar de todo.

—¿Y qué pillas tú? —demandó Mónica y, aunque sonó mal, no la estaba atacando—. Estás demasiado delgada —le dijo con cariño—, no te estarás metiendo en rollos raros.

—¡Qué va! —se alejó en busca de su bolso y nos enseñó lo que había dentro.

—¿No tuviste bastante ayer? —le recriminó Raquel.

—¡Por dios, que son una birras! —se quejó y sacó una lata del bolso—. ¡Esther!

—No puedo —dijo y lo hizo con verdadero pesar—, estoy lactando.

—¿Aurea? —me miró y le sonreí.

—A saber cuándo me puedo beber otra —dije asqueada de mi nueva situación y aún no había empezado. Le hice una seña con la mano—, tira una —le pedí.

Me la lanzó y la pille al vuelo.

—Las demás ni de coña, ¿no? —miró a Mónica y a Raquel.

—No entiendo cómo estás tan delgada con todo lo que bebes —le reprochó Mónica e intuí cierta envidia, no estuve segura, era impropio de ella—, deberías cuidarte más.

—Y tú menos, hacer algo divertido, desmelenarte un poco, como haces en verano.

—Lo haré cuando llegue el verano —contestó—, ahora tengo mucho que estudiar.

Y con esa misma excusa fue la primera en marcharse. La siguió Esther, después de que Emma estuviera veinte minutos berreando. Fabi se marchó con ella y Raquel y yo cenamos pizza en su habitación.

—¿Pasaste miedo? —me preguntó mientras intentábamos dormir.

—Por momentos un poco —reconocí—, pero cuando bebo soy muy

valiente.

—Si yo hubiera estado allí no hubiera pasado eso —comentó—. Nunca vuelvas a hacer algo así, podrías haber acabado muerta en una zanja, atropellada o algo mucho peor.

—Vale, ya he tenido bastantes sermones por un día —le pedí.

No volvimos a hablar, intenté dormirme, estaba cansada, pero no podía y eso me puso nerviosa. Estaba inquieta, aquella era mi última noche de libertad, mi vida sería una cárcel. Era demasiada presión, no creía poder cumplir todas las exigencias de mi padre, me ahogaría encerrada en casa, y encima con «*ella*». Resoplé removiéndome en la cama y Raquel me pidió que me durmiera; al segundo su respiración se acompasó, volviéndose pesada y supe el momento exacto en que había caído en un profundo sueño.

Me levanté de la cama y en silencio rebusqué en mi bolso, cogí el paquete de tabaco, necesitaba un cigarro. Me fui al balcón, no veía a Antonio desde nuestro encontronazo en la discoteca; no es que me preocupara mucho, nosotros nos comunicábamos así, a base de encontronazos, discusiones y algunos pocos momentos de confidencias tranquilas. Y aunque no estaba preocupada, sí inquieta, preguntándome cómo iba a reaccionar frente a él después de cómo lo hice aquella noche. No tenía ni idea de qué esperar de mí misma.

Salí al balcón con mi manta, no había nadie, debió parecerme bien, pero me sentí decepcionada, al menos me concedí ser sincera conmigo misma y aceptar esa verdad. Las noches fuera de casa se habían acabado y me hubiese gustado compartir un ratito con él, aunque fuera para discutir, tenía un as bajo la manga que llevaba su nombre.

Me encendí el cigarro y me lo fumé, pensando en lo que había dicho Fabiola, que me había buscado desesperado; era gracioso y no iba a poder restregárselo por la cara.

Estaba a punto de apagar el cigarro cuando escuché el balcón abrirse, me mordí el labio inferior con una sonrisa idiota. Al final iba a tener mi despedida.

—¿Qué haces aquí? —preguntó en cuanto cerró la puerta corredera.

—Aclara aquí —le pedí apagando la colilla en el cenicero,

—¿No tienes casa o qué pasa? —me echó en cara acercándose a mí.

—No me verás mucho por aquí —contesté con desgana acurrucándome dentro de la manta.

—¿Y eso? —preguntó sentándose a mi lado; pude sentir cómo su mirada me buscaba.

—Estoy castigada —reconocí—, castigadísima por lo visto.

—He oído que acabaste en un coche de policía —se burló, lo oí en

su voz.

—Y yo que me buscabas desesperado —me giré para encararlo.

—Yo no diría desesperado —le quitó importancia y empezó a quemar el chocolate.

—Venga Toni —me burlé—, me lo ha dicho Fabi, que nunca te había visto así, que has movilizado a media discoteca buscándome, que no querías marcharte a casa sin mí. Cuando he hablado con ella a las diez de la mañana seguías con ellos, esperando saber.

Decirlo en voz alta me hizo darme cuenta de cuánto me apreciaba y algo en mi pecho se calentó, despertando a las inoportunas mariposas que me atacaban cuando iba bebida. Fabiola me había dado la llave y nada sería igual después de aquella noche.

—Si llega a pasarte algo no me lo hubiera podido perdonar —reconoció con voz tensa.

Me incorporé en la silla y, sin titubeos, con mi mano izquierda, cogí su mejilla derecha, girándole el rostro para que me mirara. Su rostro no era tan suave como pensaba, pero imaginé que aquel día no se había afeitado como de costumbre. El brillo de sus ojos delataba que me miraba, pero no había suficiente luz para apreciar detalles.

—Yo no soy tu responsabilidad —le dije, impresionada por la confesión que acababa de hacer, porque yo le tomaba el pelo y él había hablado en serio—, no cargues con eso.

—No vuelvas a hacer algo así —me pidió y su mano cubrió la mía, calentándola, manteniéndola sobre su mejilla. Mis mariposas batieron las alas con más garbo, mientras el calor de mi pecho se intensificaba—, nunca.

—No creo que pueda —contesté sin pesar. Intentaba aclarar mis sentimientos, comprender mis emociones, darle sentido, sin querer llegar a la conclusión a la que me acercaba peligrosamente—, estoy castigada como casi para toda la eternidad o algo así.

—Ya será menos —estrechó la mano que tenía cogida y la separó de su rostro.

Dejó caer mi mano y siguió preparando el porro. Nos quedamos callados y me sentí muy incómoda, no quería seguir pensando, no quería asumir lo que sentía por él.

—Mi padre está cabreadísimo conmigo —le confesé—, nunca lo había visto así. Siempre me ha dejado mucho a mi aire y ahora me va a atar en corto; solo de pensarlo me agobio.

—Haz lo que te diga a rajatabla unas semanas —me aconsejó una vez encendido el peta—, entrégale un par de buenos exámenes y hazle la pelota —soltó el humo al cielo—, en menos de un mes estarás aquí dando por culo otra vez.

—No creo que sea tan fácil. La situación en casa se puede volver Catastrófica.

—¿Qué quiere decir eso? —me ofreció de fumar y yo acepté.

Le conté la situación, le hablé de Cata-Catastrófica, lo difícil que me resultaba tolerar su presencia, era como un insulto que mi padre se hubiera echado novia.

—Me hace sentir insignificante que meta a esa mujer en casa —confesé en voz alta por primer vez—. ¡Bueno, mujer! Nos llevamos menos años nosotras que ellos dos.

—No entiendo por qué te hace sentir así —reconoció tirándome de la lengua.

—No tiene tiempo para su hija, pero sí para una desconocida que no es nada suyo.

—Bueno… —escuché en su voz que iba burlarse—. Ella le da cosas que tú no.

—¿Dónde me deja eso a mí? —lo ignoré—. ¿Tan insignificante soy?

—No digas eso —me ordenó muy serio—. Jamás. Eres lo opuesto a insignificante.

Sonreí sin muchas ganas al escucharle decir aquello, era lo más amable que me había dicho nunca. Pensé que quizás lo había dicho sin pensar o por decir, pero me hizo sentir especial y removió mi alma, haciendo que en mi pecho la presión aumentara por él.

—Es extraño —dije espachurrada en la silla, buscando en el cielo estrellas imposibles de encontrar con la luz de las farolas—, voy a extrañar estos momento —lo miré de reojo y sonreí—, al menos estos en que tenemos un poco de paz —le sonreí de nuevo, relajada.

Su mirada cambió y llamó mi atención. Seguí mirándolo, observando cómo parecía brillar más que un momento atrás, en aquella semioscuridad que nos cobijaba, que nos daba nuestros momentos secretos, aquellos tan «nuestros». No puedo decir qué cambió, pero pude ver el cambio con total nitidez, como he visto pocas cosas en mi vida tan claras. Esa determinación, esa seguridad, esa desesperación que después nos movería a ambos.

—Voy a arrepentirme de decir esto —dijo casi enfadado. Acto seguido se incorporó y acunó mi rostro entre sus manos—: Yo también voy a echarte de menos.

Volví a sonreír, flipando la verdad, pero la sonrisa se me congeló al verlo acercar su rostro al mío. Poco tiempo tuve, pero me lo dio, pude apartarme, pude esquivarlo, pero deseaba aquello y mi estómago se contrajo de ansia y anticipación. Entonces no estaba lista para asimilar cuánto lo deseaba, ni tampoco desde cuándo, solo era capaz de racionalizar que lo deseaba en aquel momento y permitírmelo, que fue lo que hice.

Nuestras bocas se encontraron y extrañamente se saludaron como viejas conocidas, con dulces y tímidos besos sobre los labios, que me

hicieron sentir en conexión con él, como si fuera lo que necesitáramos. Besos controlados al principio para poco a poco dejarse llevar, hasta descarrilar por el frenesí y la necesidad más básica y primaria.

El roce de nuestras lenguas abanderó el momento de nuestra pasión y sus manos se deslizaron por mi rostro hasta mi cuello donde, agarrándome de la nuca, me atrajo hacia él. Ardía, latía y vibraba por él. Me hacía sentir plena, llenaba cada fibra y partícula de mi ser. Sentí que me descontrolaba mientras sus labios me mimaban y amaban.

—¿De verdad crees que soy lo opuesto a insignificante? —demandé rozando mis labios con los suyos, necesitada de su respuesta tanto como de sus enardecidos besos.

Acarició mi rostro con los pulgares, agarrando a mi nuca, y sus dientes atraparon mi labio inferior. Lo mordió y tiró de él con suavidad, un agradable castigo por dejar de besarlo quizás, no lo sé, solo sé lo bien que me supo, lo bien que me sentía.

—Si supieras cuánto significas para mí —tenía la respiración entrecortada y sus manos me mantenían allí, bajo su boca, a su merced, sin que yo quisiera estar en cualquier otro lugar del mundo—, no podría seguir mirándote como lo he hecho hasta ahora.

—¿Cómo? —demandé sin creer haberle entendido bien, pensé que era imposible.

No hubo respuesta, ni aclaración, al menos no verbal. Volvió a besarme con la misma entrega, con más empuje, espoleó mi boca y dominó mi cuerpo, se adueñó de él, de mí. Cuando me di cuenta, ambos estábamos de pie, sus manos ya no rodeaban mi cara, sino que se aferraban a la barandilla del balcón, apresándome entre esta y su cuerpo rígido.

Fue excitante, el momento más erótico de mi vida; había ido más allá con Luis, pero no tenía nada que ver. Mi pelo era mecido por una suave y fría brisa nocturna, la misma que sentía en la espalda, pero yo ardía con su cuerpo pegado al mío, sintiendo su entrepierna hinchada contra mí.

—Ayer —se separó de mi boca y habló sin aliento—, me enfadé —dijo y mis manos subieron por su torso, con intención de acariciarle el rostro— me enfadé contigo.

—Me lo imagino —contesté desconcertada, buscando en su mirada.

—No —respondió—, antes de que te largaras —me aclaró y mis manos rodearon su rostro, acariciándolo como había hecho él antes, el mío ardía por el roce de su barba incipiente—. Te dijo eso de Javi porque le hacías más caso a él que a mí.

Separé mi frente de la suya y lo miré incrédula; no podía verlo con toda la claridad que deseaba, aunque allí la luz de las farolas llegaba

mejor y se veía más. Lo observé con suma atención, buscando una respuesta que me estaba dando, pero me parecía tan increíble que no podía o quería asimilarla.

—¿Estabas celoso? —demandé con una mueca de incomprensión, incapaz de creerlo.

—Algo así —contestó escueto.

—¿Algo así? —pregunté desconcertada—. ¿Te estás declarando? —demandé sin poder creerlo, necesitaba saber qué estaba pasando. Me sentí perdida.

—¡Qué dices! —exclamó ofendido, como si lo hubiera acusado de algo.

Dio un paso atrás, separándose de mí y mis manos cayeron, observé que iba a volver a sentarse. Le cogí de la muñeca para que no se distanciara de mí.

—¡Eh! —di dos pasos adelante recuperando mi posición pegada a su cuerpo—. ¿Es un truco para que se me bajen las bragas? —demandé buscando una explicación.

Escuché su sonrisa, la sentí sobre los labios. Sus manos se colocaron sobre mi cintura, para después atrapar mi trasero; clavándome los dedos me atrajo hacia él, con intención de que notara su excitación. Lo hice, la sentí, lo sentía todo y me desbordaba.

—Puede —respondió sobre mi boca en un tono juguetón, tanto que nuestros labios se rozaron, sin embargo, no llegaron a besarse o acariciarse—. ¿Funciona? —demandó.

—Quizás —contesté, aunque los dos sabíamos que así era.

Pelirroja

21

Me costó muchísimo despertarme, estaba agotada, había dormido muy poco aquel fin de semana y había sido de lo más movidito. Al recordar la noche anterior me desperté de golpe, nerviosa, exaltada. Abrí los ojos y me encontré a Raquel ya levantada, estaba acabando de vestirse. La saludé sin mucha floritura y me preparé para ir a clase, ella tampoco estaba muy habladora aquella mañana. Fue al baño y yo me vestí, perdida en mis pensamientos, me sentía muy desorientada después de lo sucedido la noche anterior, casi eufórica y a la vez medio derrotada, nerviosa, eso seguro, necesitaba hablar de ello.

Al pensar en Antonio me recorrió un escalofrío de pies a cabeza mientras un desbocado vértigo en la boca del estómago precedía a aquellas mariposas tan malvadas. Recordaba nítidamente sus manos apretándome el trasero, su lengua explorando mi boca, mientras nuestros cuerpos chocaban entre sí. El mío buscando una liberación que, como siempre, no obtuvo. Aquella mañana me desperté segura de que habría llegado hasta el final. Ya no necesitaba el momento y lugar perfectos, ni una persona a la que amara y ser correspondida. Creía necesitar a aquel neandertal engreído, obstinado y sexy, punto, nada más, sin florituras, sin corazones y bombones, solos él y yo, y el mundo por montera. Era peligroso, contraproducente, pero así lo sentí al levantarme aquella mañana, a pesar de todo lo sucedido la noche anterior.

—Aury —llamó mi atención Raquel.

—¿Qué? —demandé sobresaltada, perdida en las sensaciones de la noche anterior, había dejado de vestirme y me acariciaba los labios con anhelo y el corazón resentido.

Tropecé con mis propias plataformas y me caí de cara en el suelo, paré el golpe con un hombro y la mano contraria. Raquel se partió de risa, no tuvo ni la decencia de ayudarme a levantarme del suelo.

—¿Estás bien? —me preguntó cuando acabó de carcajearse—. Estás en la parra.

—Creo que aún tengo resaca —mentí de forma automática.

La miré preguntándome qué hacer, cómo decírselo, qué decirle.

Ni yo misma entendía qué había ocurrido, ni el cómo o el por qué, no me entendía ni a mí misma. Mis sentimientos por su hermano eran cada vez más confusos y debía decírselo, pero se iba a enfadar de verdad. Me había pedido que no me enrollara con Antonio y había caído como una tonta, me tenía la cabeza hecha un caos total. Raquel era mi mejor amiga, pero si se lo decía no habría vuelta atrás, no volvería a ser la misma conmigo, no tenía dudas al respecto, lo sabía bien. Todavía recordaba su desesperación cuando se enteró que

Antonio me había dado un besito. Sabía que la decepcionaría y me sentí incapaz de hacerle aquello. Callé como la cobarde que era.

—Me voy ya o no llego —recogió sus cosas para marcharse—. Deberías darte prisa —me recomendó mientras me ataba los cordones—, no tienes moto —me recordó.

—¡Joder! —exclamé molesta—. Esto va a ser una tortura —me quejé.

—Ya verás como no será para tanto —intentó alentarme y yo me sentí fatal. Era la peor amiga del mundo. Agaché la cabeza, ocultando la vergüenza que me daba mirarla a la cara—. ¿Vendrás a la cancha esta tarde? —preguntó antes de irse, ya en la puerta.

—No puedo —dije con pesar, no iba a acostumbrarme a lo de mi castigo.

Como bien había predicho Raquel tuve que salir corriendo; por suerte, el instituto estaba muy cerca de su casa, no como de la mía, mi padre iba a tener que devolverme la moto. Iba pensando que aquella era una buena baza para recuperar ese cachito de libertad cuando lo vi, el estómago me dio un vuelco y me llené de vergüenza y temor.

Luis me esperaba en la puerta. Me agobié solo de verlo, en cuanto le vi la cara supe que estaba enfadado, y agobiada me pregunté cómo se había enterado, era imposible.

—¡Cari! —exclamó al verme y yo me acerqué dubitativa, esperado su reacción, cavilando que era imposible que supiera que lo había engañado—. Llegas tarde —me recriminó.

Besó mis labios con ligereza y tiró de mí al interior del centro, me dejé arrastrar. Iba detrás de él observándolo. Luis no se merecía lo que le había hecho, y yo no quería seguir con él, a la vista estaba. La noche anterior me habría entregado a otro tío, lo nuestro estaba muerto, finiquitado y no quería seguir con aquella farsa. Era absurdo y me daba pereza.

—¿Qué tal el finde? —me llevaba a la carrera a mi aula, sin apenas mirarme a la cara.

—El sábado salí con Javi y Fabiola —le expliqué siguiendo sus pasos rápidos—, acabé en comisaria y mi padre me ha castigado de por vida… —comenté. Se paró un segundo y me miró con la boca abierta, paré con él. Aquello no iba nada con él, Luis era un buen chico. Pensé que quizás se asustaría y me dejaría él, ya que no me dejaba cortar a mí—. Una movida que te cagas —saqué a pasear a la barriobajera que llevaba dentro—, no veas cómo estaba la comisaria, llena de gentuza, me dijeron que así iba a acabar yo —exageré la situación para, quizás, asustarlo, desenamorarlo, ni yo misma sé lo que pretendía.

—Pero ¿qué pasó? —me miró a los ojos alarmado y me acarició la mejilla—. ¿Estás bien, cari? —demandó preocupado—. ¿Por qué no

me llamaste? —solicitó con dulzura.

Era un buen chico, no se merecía lo que le había hecho, lo que me estaba pasando. A veces me daba pereza y otras pena, y lo que merecía era un amor como el que él entregaba, tan desinteresado, pero el mío por él se había consumido. Por mucho que intentara esforzarme, no quedaba más. Me había dicho a mí misma que no le jodería la sele, y debía hacerlo; ya que era tan mala persona como para engañarlo, le debía al menos eso.

—Un malentendido en verdad —le di la importancia que tenía—, me encontraron sola, había bebido y, siendo menor de edad, me llevaron con ellos, mi padre vino a buscarme.

—¿Por qué no estabas con Fabiola? —me preguntó retomando la marcha.

Con otro pico me dejó en mi clase y se marchó corriendo, entré en el aula sin ningunas ganas. Berta y Laura estaban giradas hacia atrás y me senté en mi sitio, en la última fila.

Jaume les explicaba algo del trabajo que nos habían mandado. Saludé con pocas ganas y rebusqué en mi mochila; tenía el trabajo hecho, pero no me acordaba de nada. Era como si lo hubiera hecho en otra vida, aunque tenía un recuerdo nítido de Mónica corrigiéndome en la biblioteca mientras Luis intentaba hacerme entender dónde estaba fallando.

Pasé las primeras clases distraída, perdida en mis preocupaciones, que no eran pocas. En la hora de descanso me quedé con ellos, normalmente iba con Luis y Mónica, pero no me sentía capaz. Las chicas nos explicaban que habían ido de camping el fin de semana con los padres de Berta y unos amigos de estos. Yo de vez en cuando afirmaba y decía un «mola» distraído, esperando que no se dieran cuenta de lo poco que me importaba su fin de semana, el mío me había dejado demasiado en lo que pensar.

Estaba en clase de matemáticas, pero mi mente voló a la noche anterior sin mi permiso. Antonio y yo nos besábamos en el balcón, entregados el uno al otro, a la causa, sin reservas. Podría haber amanecido y yo seguiría todavía allí, pero el momento se rompió.

—Si no paro ahora, no voy a poder dejarlo, estoy a tope —reconoció sobre mi boca.

Jadeaba sofocado y su respiración me agitaba más de lo que ya lo estaba.

—Vamos a tu cuarto —contesté excitada, deseando rematar por fin.

En aquel momento no medité mucho mi respuesta, me movía la necesidad, las ganas de él, pero en el aula, cavilando, pensé que en sus manos podría descubrir qué era el sexo mejor que con otro. Antonio tenía experiencia, me excitaba y sabía que tendría cuidado, aunque me maltratara más que tratarme bien, sabía que en esa tesitura lo

haría, pero había otros peligros, claro.

—¿Qué? —dio un paso atrás al escuchar mi sugerencia. Parecía asustado; absurdo, lo sé, pero lo parecía—. ¿Te digo que es un truco para llevarte a la cama y esa es tu respuesta? ¿Ofrecerte? —me cuestionó y vi cómo se enfadaba conmigo—. ¿Otra vez?

—¿Por qué te enfadas? —me acerqué a él y me cogió de los hombros, apartándome.

—Porque estás muy perdida —dijo frío, marcando de nuevo esa distancia que yo intentaba acortar— y no te haces valer, me revienta —respondió con rabia, soltándome.

Vi que iba a marcharse y lo cogí de la mano, pero me rechazó, alejándose de mí.

—Toni... —le pedí con el corazón encogido, sus pasos se detuvieron en la puerta acristalada y lo escuché soltar el aire por la nariz—. No te vayas —le pedí—, no te enfades.

—Claro que me enfado —se giró para encararme y yo apreté los dientes, preocupada por si lo habían oído hablar tan alto en el silencio de la noche—. A veces me pregunto si eres tonta o te lo haces —soltó y yo agaché la cabeza, dolida. En otro momento le habría devuelto el insulto, multiplicado por dos a ser posible, pero me sentí vulnerable. Me había abierto a él, entregándome, y no intentaba picarme, hablaba en serio, pensaba lo que decía y sus palabras me hirieron profundamente—, es imposible que seas tan inocente —siguió enfadado.

Me quedé callada, reprimiendo mis ganas de llorar, mientras un nudo estrangulaba mi garganta; deseé haberlo dejado marchar, me habría ahorrado aquello, pero allí estábamos y no se iba mientras los segundos se sumaban y mis lágrimas se desbordaban de mis ojos sin remedio.

—Vale —contesté para que se largara de una vez.

—¿Estás llorando? —demandó.

Negué con la cabeza, no podía contestar o mi voz me delataría. Dio un paso en mi dirección y yo otro en contra. Nos quedamos parados, observándonos, sin llegar a vernos con claridad. Vino a por mí directo y me sepultó entre sus brazos, peinando mi melena aleonada de no haberla planchado tras la ducha. Rompí a llorar, no pude evitarlo, y él me apretó más contra sí.

Odié llorar por él y mucho más delante suya, y encima era quien me consolaba. Era como el sumun del patetismo. Pensé que así era yo, patética a la par que estúpida, y aunque odiaba la situación, mi llanto se calmó entre el calor de sus brazos, aunque no llegara a desaparecer.

—Intento protegerte —aseguró al sentir que me calmaba. Me pregunté de qué quería protegerme y yo no lo creí—, no quiero que el mundo te coma, no quiero que se aprovechen de ti y lo harán si no cambias de actitud.

—Soy como soy —respondí sin llegar a comprenderlo, pero incapaz de

preguntarle para que volviera a llamarme tonta o algo peor.

Se separó de mí, lo justo para poder mirarme de cerca, me limpió la cara con los pulgares, eliminando los restos húmedos y me cogió de la cintura. Besó mis labios con ternura y suavidad antes de volver a estrecharme contra su cuerpo, calmándome.

—Intenta ser un poco más dura —me aconsejó y me besó la frente—, te invito a un cigarro — me ofreció sin moverse ni un centímetro.

Lo pensé más del tiempo del necesario, allí se estaba muy bien entre sus brazos, pero me había hecho daño. Él era así y yo estaba echa un lío, uno que se enmarañaba más con cada encuentro.

—Me voy a dormir —contesté dando un paso atrás, alejándome de él. Había tenido suficiente por el momento, me sentía muy confusa, demasiado para seguir allí, con él—, mañana tengo clase y estaré echa polvo —argumenté.

Una de sus manos me cogió de la muñeca, reteniéndome allí unos segundos, no luché.

—Buenas noches —dijo soltándome.

—Igualmente —me di la vuelta, y nuestros caminos se cruzaron para separarse en direcciones opuestas del balcón—, que descanses —añadí antes de abrir la puerta, observando cómo se sentaba en el que yo ya consideraba «nuestro rincón».

Me marché, cerré tras de mí y me alejé moviéndome con el sigilo propio de una delincuente, de alguien que se oculta pues no ha actuado bien, moviéndose entre el silencio y las sombras para no ser descubierta. A hurtadillas, regresé a la habitación de Raquel. Ni se enteró de que me había movido.

Me metí en la cama y, aunque estaba muerta de cansancio, me costó un mundo dormir. Demasiadas sensaciones, demasiado en lo que pensar, Antonio era demasiado para mí.

Salí de mis recuerdos, de mis ensoñaciones cuando Jaume me dio un puntapié. Lo miré molesta y me di cuenta de que el profesor de matemáticas se estaba dirigiendo a mí. Dos veces había tenido que llamarme la atención y, si no es por el golpe, ni me hubiera dado cuenta. Salí del apuro como pude, no demasiado bien pero, aunque me costó responder, al menos la respuesta fue correcta.

—¿Dónde estás? —me pregunto Jaume cuando la clase continuó.

Negué con la cabeza e intenté prestar atención, con poco éxito debo reconocer.

Al acabar las clases me fui dando un interminable paseo a casa. Después de comer solía ir a la biblioteca con Luis y Mónica, y de allí a las gradas a ver jugar a Raquel o pasar el rato con ella, pero ni de coña volvía al instituto andando, iba pensando. Cavilé que debía recuperar aunque fuera la moto; con la excusa de la biblioteca y estudiar con Mónica, quizás mi padre me diera un poco de cancha.

Mónica era mi amiga que más le gustaba y podría aprovechar esas salidas para también pasar un rato con Raquel.

Al llegar a casa, como era de esperar, no había nadie; herví un poco de pasta y comí viendo Los Simpson. Aunque pensé en llamar a mi padre no lo hice, hablaría con él en la cena, tampoco es que me apeteciera ver a Raquel o a Luis. Le mandé un mensaje a mi prima para que me llamara al llegar a casa y repasé mientras esperaba sin mucha atención.

Pensé que hablar del tema me ayudaría a aclararme, pero el resultado fue el contrario.

—Está claro que te gusta, Aury —dijo mi prima al exponerle lo sucedido y lo perdida que me sentía. Me asombró su conclusión, a pesar de todo yo no lo tenía tan claro como ella. Sí, había disfrutado mucho con él aquella noche, a veces me lo pasaba bien y podía hablar con él, a veces era gracioso y agradable, pero otras… Sacaba lo peor de mí, me desquiciaba y torturaba, era mi némesis y no puede gustarte tu némesis—, me di cuenta en Semana Santa. Ya te lo dije, a veces te quedas embobada mirándolo —me recordó.

Recordé el momento con nitidez y una sonrisa boba se instaló en mis labios.

—Fue un caso excepcional —me defendí como sí que el me gustara fuera una gran ofensa—, todos habíamos acumulado mucha tensión aquellos días, tú lo sabes. Y disfruté al verlo tan alegre y relajado, al ver a toda la familia —rectifiqué.

—Puede ser, pero solo lo mirabas a él, y de qué manera. Y él… —dejó la frase en el aire, torturándome con la intriga.

—¿Él, qué? —demandé ansiosa y ella se echó a reír—. ¿Viste algo en Semana Santa?

Siguió riéndose de mí, torturándome. Era muy observadora, no se le escapaba nada, a diferencia de mí, que vivía entre el real y mi mundo paralelo, sin enterarme de nada.

—Cuando no estás delante, él no se comporta igual y, cuando los dos estáis en la misma habitación, la tensión entre vosotros es más que evidente, casi puede tocarse —sentenció—. Tu forma de defenderlo, de moverte cuando sabes que anda cerca y puede verte, la manera en que él te mira cuando tú o su hermana no le prestáis atención…

«La manera en que él te mira cuando tú o su hermana no le prestáis atención», me repetí en mi cabeza mientras en mi rostro se instalaba una estúpida sonrisa bobalicona.

—¿Cómo me mira? —necesité saber—. A ti no se te escapa una —reconocí.

—Con afecto, parece vigilar tus movimientos y hay cariño en sus ojos cuando eres tú el objeto de su escrutinio. No le vi esa mirada con ningún otro miembro de su familia.

—¿Crees que me mira como a una hermana? —solicité y no me gustó. A mi cabeza vino otra noche. También me rechazó, aunque me dejó ver que me apreciaba y «quería» en cierto modo. Aquel recuerdo me pesó más de lo debido—. Una vez me dijo que era como una hermana más —le expliqué sintiéndome mal, no quería ser como una hermana.

—¿De verdad no eres consciente de cuánto te gusta, Aurea? —preguntó mi prima.

22

Tuve que colgarle a Sofía cuando llegó Javi, le había mandado un mensaje para que se pasara por mi casa al salir del trabajo. Necesitaba hablar con él, ponerle sobre aviso. No quería que Esther rompiera con él; no era perfecto, pero era especial y me encantaba la alborotada y estable pareja que hacían. No quería que se rompiera la familia que acababan de formar juntos; tal vez yo podría hacer algo por ellos, aunque quizás traicionara a Esther.

—Me han dicho que estás castigada —dijo cuando me acerqué a él.

—No me hables —le pedí y nos abrazamos—, dame de fumar, ¿quieres? —solicité.

Mi padre estaba al caer, pero me daba igual que me pillara fumando, de todas maneras, ya lo sabía. No estaba incumpliendo ninguna de las reglas de su nueva dictadura, también conocida como «castigo». Aquella situación me tenía harta y era el primer día.

—¿Qué es eso tan urgente? —me preguntó pasándome el cigarro.

Me apoyé en su coche junto a él y dejé caer la cabeza sobre el techo del vehículo.

—Me preocupáis —reconocí sin mirarlo, dándole una calada. Aún era de día, los días eran cada vez más largos y tenía muchas ganas de que llegara el verano—, tú y Esther.

—¿Por? —preguntó haciéndose el inocente.

—¿Te dijo Fabiola por qué me fui así? —le pregunté girando la cabeza para mirarlo.

—Sí —reconoció con desgana, agachando la cabeza.

No era nadie para darle el sermón, y no debía meterme en su relación, pero era incapaz de quedarme de brazos cruzados, sin hacer nada por ellos, mientras su amor naufragaba.

—Tu vida ha cambiado —le dije soltando el humo del cigarro—, no volverá a ser la misma, debes hacerte a la idea —le aconsejé con el tono más sereno posible.

—Me esfuerzo, ¿vale? —dijo a la defensiva, separándose del coche.

Incorporé mi cabeza y seguí fumando, observándolo con atención. Él sabía que no estaba actuando bien, todos lo sabíamos, y era cuestión de tiempo que aquello explotara.

—Javi —lo llamé y esperé a que me mirara—, te aprecio muchísimo —reconocí y él se acercó—, no le he dicho a Esther por qué me marché del *Pont* sola —dije mientras se apoyaba de nuevo contra el coche, a mi lado—, ni a ella, ni a nadie para que no le llegue.

—Te lo agradezco —me miró y creí ver que estaba avergonzado.

—Ella no quiere eso en su vida y lo sabes —le recordé—, y es normal. Ahora sois padres, las noches de juerga deben acabar, o al menos minimizarse por un tiempo.

—Ella dice que no le importa que salga —discutió sin energías.

—Claro que le importa, pero prefiere que no estés a que estés quejándote o de mal humor —discutí—. Te necesita, las dos —rectifiqué—. Y, ¿qué me dices de la farlopa?

—Estaba muy borracho, por eso me metí —se excusó—, no se lo digas —me pidió.

Nos miramos a los ojos. Javi estaba realmente asustado, quería a Esther y no quería perderla a ella, y tampoco a Emma. Esperaba que aquella conversación diera sus frutos.

—Eso solo es una excusa para meterte, le prometiste que no lo harías —le recordé.

—Solo fueron un par de tiros —se justificó—. No es una excusa…

—Sí lo es —lo corté—, esta vez no le he dicho nada, pero no voy a volver a mentirle. Javi —intenté hablarle tranquila, pero aquello era muy doloroso, más para él que para mí, y aun así no era fácil—, si no cambias, va a dejarte —le advertí. No pensaba decírselo, Esther me lo había contado en confianza, pero necesitaba que reaccionara—, se marchará con Emma y, si lo hace, no volverá, las perderás a las dos y no habrá marcha atrás.

—¿Te lo ha dicho ella? —me miró asustado.

Afirmé con la cabeza y él se llevó las manos a la cabeza, agachándose, metiendo la cabeza entre las piernas. Me acabé el cigarro y tiré la colilla, acariciándole la espalda, diciéndole sin palabras que estaba allí, que quería ayudarlo, que lo apoyaría si hacía las cosas bien.

—Demuéstrale que vas a sentar la cabeza, que ella y la niña son mis importantes que todas las noches locas —le pedí—, que cualquier otra cosa del mundo.

—Lo son —aseguró alzando la cabeza, tenía las mejillas húmedas—, son mi prioridad.

—Demuéstraselo entonces —le aconsejé y tiré de su brazo para que se incorporara.

Cuando se levantó me abrazó, a pesar de la cabeza y media que me sacaba lo sentí pequeño entre mis brazos. Acaricié su espalda intentando calmarlo.

—Ya has hecho lo más difícil, que era enamorarla —bromeé—, ahora no la cagues —le pedí y él me soltó con una sonrisa y los ojos tristes—. Ese es mi padre —me separé de él, no quería que se hiciera ideas raras—. No le digas que te lo he contado, ¿quieres?

Nos despedimos con dos besos, pero cuando iba a marcharme me cogió de la mano.

—Gracias, Aurea —dijo con cierta solemnidad antes de soltarme e irse.

Al entrar en casa mi padre me hizo un tercer grado, por supuesto. Que si quién era Javi, que si el teléfono había estado descolgado toda la tarde, que si quería tomarle el pelo.

—Me hubieras llamado al móvil —le dije—, estaba hablando con Sofí —le dije antes de ir a mi habitación.

No quería seguir pensando en Esther y Javi, me daba miedo haber metido la pata, pero creía haber actuado bien. Repasé la conversación con mi prima, ella tenía muy claro que estaba pillada por Antonio, yo no. Porque sí, tenía ganas de verlo, eso era un hecho, como que el Sol salía todos los días; aunque estuviera nublado, ahí estaba. Y aunque él me sacara de quicio casi siempre y nos odiáramos día sí y día también, tenía ganas de verlo, lo aceptaba y había aprendido a asumirlo, aunque me costó. Mis ganas de reencontrarnos crecieron, alimentadas por el paso de los días llegando a ser semanas de no saber de él.

Los primeros días de castigo fueron duros, para todos. Yo no dejaba de quejarme y ser muy insufrible con lo injusto que era aquello y mi padre aguantaba como podía mi malhumor. Fue bastante benévolo, era incapaz de levantarme antes para ir al instituto y tras faltar tres días consecutivos a primera hora, me devolvió la moto, pero cada tarde hacía llamadas a casa para asegurarse que estaba allí, afirmando que al primer fallo me la quitaría de nuevo. Catastrófica no apareció por casa, me hice ilusiones pensando que habían cortado y mi actitud mejoró mucho, también la de mi padre. Parecía contento de verme al llegar a casa, en lugar de asqueado, como cuando era más niña. Tras dos exámenes notables, me dio un poco más de margen, se le pasaba el enfado. Me permitió salir por las tardes, siempre y cuando estuviera en casa cuando llegara de trabajar.

Aproveché aquellas tardes para dejarme caer por casa de Raquel, a diferentes horas, con cualquier pretexto, aunque ella no estuviera, esperando ver a Antonio. No sucedió. Parecía que se lo había tragado la tierra, nunca coincidíamos y me desesperaba.

El que más me desesperaba por eso era Luis. Quedaba un mes para la dichosa selectividad y se me estaba haciendo eterno. Estar con él se me hizo cada vez más forzado y cuesta arriba. Luis no era tonto, a pesar de lo que pensaran algunos, cuanto más me alejaba, más encima de mí estaba el tiempo que pasábamos juntos y me agobiaba mucho.

Habían pasado dos semanas desde el fin de semana en cuestión cuando una tarde mi padre y yo preparábamos pizza. Había salido antes de trabajar y nos habíamos puesto manos a la obra con la masa, en el estéreo sonaba música de su época y me dejó beber una cerveza mientras él degustaba un vino tinto. Era la primera vez que cocinábamos juntos que yo recordara y también fue la última, a pesar

de lo bien que lo pasamos.

Estábamos en ello cuando sonó el timbre, nos miramos extrañados. Yo esperaba que no fuera una encerrona para que volviera la catástrofe andante, me iba a enfadar y mucho.

—Ya voy yo —me ofrecí y descarté que fuera ella, porque le pareció bien

Al abrir la puerta me lo encontré a él, con todo lo guapo que era allí, en mi casa, en mi puerta, con mi padre dentro haciendo la cena. Me quedé de piedra, sin reaccionar.

—Hola —me saludó en la puerta e intentó besarme. Me aparté.

—¿Qué haces aquí? —demandé incómoda, ajustando la puerta.

—Te has dejado tu libreta esta tarde —me enseñó mi libreta de matemáticas.

—Me la podrías haber dado mañana —la cogí enfadada—, en lugar de venir hasta aquí —le reproché.

—De nada —respondió él con aquella santa paciencia.

—Vale, gracias —seguí con el mismo tono desagradable—, pero ahora vete, mi padre está en casa —argumenté y solo me faltó empujarlo para que se largara de una vez.

—Quizás sea un buen momento para que me lo presentes —ofreció.

—No —negué—, no lo es —le dediqué una sonrisa incrédula, era el peor momento.

—¿Qué te pasa, cari? —demandó viniéndose abajo—. No sé qué he hecho ahora —se quejó—, intento estar más atento, estar más por ti, dentro de lo que puedo. Últimamente, cuanto más intento acercarme, más lejos parece que quieras irte —me reprochó con razón.

—No es el momento ni el lugar —lo corté.

—Ya lo sé —empezó a decir, pero se interrumpió al ver a mi padre detrás de mí. No me di cuenta hasta que miró por encima de mi cabeza—. Hola —saludó con una sonrisa amable.

—Hola —cogió la puerta y la abrió de par en par—, soy Esteban, el padre de Aurea.

Mi padre le tendió la mano y Luis se la estrechó.

—Es Luis —le dije a mi padre, molesta por aquel encuentro innecesario, no quería tener que responder a preguntas de mi padre—, es un compañero de estudio, me dejé la libreta en la biblioteca y ha venido a traérmela.

—Qué amable —afirmó mi padre complacido—. ¿Quieres quedarte a cenar? —lo invitó y yo miré a Luis diciéndole con los ojos que no—. Estamos haciendo pizza casera.

—No puedo, estoy muy liado con la selectividad, pero más adelante estaría encantado.

—Pasa a tomar algo, hombre —contestó mi padre animado

cogiéndolo del hombro para que entrara en casa—, aunque sea algo rápido —insistió tirando de él al interior.

—Te ha dicho que no puede, papá —me quejé cogiendo a Luis de la mano cuando pasó junto a mí—, ya vendrá otro día —tiré de su mano para que no diera un paso más.

—Aurea, solo quiero charlar un rato, solo conozco a tus amigas de siempre, no sé nada que los que has hecho ahora en bachillerato. Además, tú eres de segundo, ¿no?

—Sí, señor —afirmó e intentó entrelazar sus dedos con los míos—. No nos hemos conocido este curso, llevamos saliendo ju…

—Tienes mucho que estudiar, y nosotros no queremos entretenerte —tiré de su mano y lo eché de mi casa, preguntándome de qué iba, iba a decirle a mi padre que estábamos juntos, cuando era obvio que yo no quería—. Gracias por venir —añadí enfadada.

—Cari…

—Nos vemos mañana —dije cuando lo planté en la puerta y se la cerré en la cara.

—¿Cari? —demandó mi padre, me golpeé la frente contra la puerta, enfadada.

Al darme la vuelta mi padre empezó a reírse a carcajadas y yo sentí cómo el calor subía desde mi cuello a mi cara. Enfadada con los dos, me marché a mi habitación.

—Así que tienes novio —soltó mi padre durante la cena.

—Por poco tiempo —contesté cuando tragué el bocado, la cena estaba muy rica.

—No seas exagerada, Aurea —dijo mi padre con burla—, parece buen chico. Ahora tienes muy buenas notas, me pregunto si es por su influencia.

—No importa —contesté—, no quiero hablar más de él.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero hablar de eso contigo —dije molesta por su insistencia.

—Hay cosas de las que quizás deberíamos hablar, más ahora que sé que tienes novio.

—¡Por Dios cállate! —le grité—. ¿No irás a pegarme la chapa del sexo, no? —demandé con un punto de aprensión y por su cara vi que sí, quise que se me tragara la tierra—. Llegas años tarde para eso —noté que me subía el color de la cara—, así que dejémoslo.

—¿Cómo de tarde? —agrandó los ojos, asustado—. ¿Tú ya…? ¿Ya has practicado…?

—De verdad: cállate —le pedí de nuevo roja, esta vez de vergüenza.

—Puedes hablar conmigo —aseguró, pero no se le veía muy cómodo—, sé que no es lo mismo que hablar con una mujer, que

seguramente sería más fácil con tu madre…

—No quiero hablar de ella —lo corté, no me hacía bien hablar de ella y a él tampoco.

—Yo tampoco si tú no quieres —contestó.

Nos quedamos callados, los dos incómodos; la pizza iba bajando, pero no la estábamos disfrutando igual, mencionar a mi madre nos había cortado todo el rollo.

—Ha quedado muy buena la pizza —comenté pasado un rato por rellenar la incomodidad de aquel extraño silencio. Siempre había mucho silencio entre nosotros, pero no tan incómodo como aquel, no sé por qué—, somos buenos cocineros —sonreí.

—Sí, está muy rica. Seguro que a Cata le habría gustado —alcé una ceja mirándolo, no había sido nada sutil—. ¿Te parece que venga a cenar un día de estos?

—Dime el día para no estar —contesté—, o está ella o yo —me encogí de hombros.

—Vas a tener que estar, porque estás castigada y esa actitud no te va a ayudar, al contrario —amenazó—. Te he preguntado, intentando ser amable, pero Cata es mi pareja —me recordó y quise vomitar—, y nos va muy bien. Me gustaría que os llevarais bien, nuestra relación avanza y va a ver cambios… Importantes… —dijo con cierto temor.

—¿Qué cambios? —me temí lo peor, y ni me acerqué a lo que se avecinaba.

23

Era sábado por la noche, el cumpleaños de Raquel. Fabiola nos había invitado a todas a su casa para celebrarlo. Era la primera noche que pasaba fuera desde mi castigo. Mi padre había llamado a la madre de Fabiola, asegurándose de que pasaba allí la noche, y esta se lo confirmó. Lo que no le dijo era que ella se marchaba a uno de sus retiros de fin de semana, así que ni de broma íbamos a quedarnos encerradas en casa.

Estaba emocionada. Primero por poder saborear un cachito de mi añorada libertad; segundo, porque Esther iba a salir con nosotras por primera vez desde que Emma llegó a nuestras vidas y, por último, pero no menos importante, lo íbamos a celebrar en el *Pont*, así que era seguro que me encontraría allí a Antonio, en quien no había dejado de pensar.

Por muchas ganas que tuviera de ver a Antonio, aquello traería grandes problemas. En primer lugar, me ponía nerviosa reencontrarme con él, no tenía ni idea de cómo se comportaría, si volvería a ser el hermano mayor insoportable que disfrutaba maltratándome o aquel chico que era capaz de tratarme como a una igual, para al final acabar tratándome como a una niña. Con él nada era fácil, ni lineal, siempre me daba una de cal y otra de arena, y nunca he sabido cuál de las dos es la buena, pero siempre acababa recibiendo más de la otra. A pesar de ello estaba deseando volver a verlo, aunque sabía que allí no podríamos mantener la conversación que teníamos pendiente. No era un buen sitio para hablar y menos con Raquel cerca, y ella era el otro principal problema. Me di cuenta al momento, y que mi mejor amiga fuera un problema, confirmaba que el problema era otro, nunca ella. Pensé que lo mejor que podía hacer era pasar del tema, pasar de Toni, no me iba a traer más que problemas. Solo faltaba que fuera capaz y que él me dejara.

Javi se quedó en casa con Emma, a regañadientes, tengo que admitir, pero lo hizo, así que nosotras nos fuimos en tren; unos amigos de Javi también iban y le ofrecieron a Esther ir, pero no cabíamos todas en el coche, así que acordaron al menos recogernos en la estación para que nos ahorráramos la caminata de una hora junto a la carretera.

Salimos temprano, más de lo normal. En el tren bebimos, brindamos por la cumpleañera, por la mamá, por lo poco que quedaba para acabar el curso, por la cena que se iba a pagar Fabiola, por mi castigo y por estar juntas de nuevo. Al llegar a nuestro destino, cenamos en un restaurante chino que había junto a la estación y, cuando acabamos, Esther le mandó un mensaje al colega de Javi y este

nos recogió en diez minutos.

Nos apretujamos como pudimos en el asiento de atrás del Hyundai coupé rojo. Esther, en el asiento del copiloto, iba contando anécdotas a Jairo de nosotras, mientras detrás íbamos metiendo baza y partiéndonos de risa. Una vez en la discoteca nos quedamos fuera del coche, haciendo botellón, y las anécdotas siguieron. Otros amigos de Javi se acercaron.

Jairo era extremadamente simpático, se reía por todo y tenía una risa particular y contagiosa. Con ganas me quedé junto a él y, cuando me di cuenta, cuchicheábamos juntos, burlándonos de uno de sus amigos que, como todos, había caído rendido a la belleza de Fabiola, mientras esta ponía su cara de fastidio y se quejaba de que quería ir dentro.

Estábamos en ello cuando de pronto apareció, y a mí el cuerpo me dio un vuelco al verlo. Me di cuenta de que a pesar de lo que había buscado aquel encuentro no estaba lista, o quizás me pilló con la guardia baja, fuera como fuera me afectó, y mucho.

Venía en nuestra dirección, directo, con pasos firmes y seguros, mirada al frente, dura, fría. Sabía muy bien a dónde quería ir y noté cómo mi cuerpo se tensaba con su avance.

—¡Eh! —llamó mi atención Jairo junto a mí—. ¿Estás bien? —demandó extrañado.

Afirmé sin quitarle el ojo de encima a Toni; vestía deportivas oscuras, tejanos rectos demasiado cortos y una camiseta con el logo de la discoteca. Venía hacia nosotros, pero desde luego no a por mí, no me dedicó ni una mirada de soslayo. Me sentí invisible.

A la primera que saludó fue a Raquel, después habló un minuto con Esther, preguntándole por Javi y la niña y ya con los demás en general.

Cuando se acercó a mí, mordí mi cañita con nervios, inquieta por si Raquel se daba cuenta de que había algo, de que se percatara de cuánto me afectaba, de que él hiciera algo que nos delatara, pero sobro todo, esperando que al fin me mirara. No lo hizo.

—¿Qué pasa, tío? —le dio la mano a Jairo.

Aparté la mirada y me alejé al otro lado del coche. En el asiento de atrás busqué mi mochila, cualquier cosa antes que seguir prestándole una atención que no merecía. Me sentía estúpida por haberlo buscado aquel tiempo, por haber puesto unas expectativas tan altas en algo tan insignificante como volverlo a ver. Odié todas las canciones de Camela y La oreja Van Gogh que me habían recordado a él, también haber fantaseado con aquel momento y, todavía más, lo alejado que este había sido de mis vanas ilusiones.

Saqué el paquete de tabaco y me encendí un cigarro, me entretuve en hacerlo, en guardar de nuevo la mochila, esperando que se largara.

Como no lo hacía volví con el grupo, pero no me acerqué a donde estaba antes, pues él seguía allí. Me quedé junto a Mónica y Esther, le pasé el brazo por los hombros a la primera y empecé a burlarme en su oído de lo bien que nos lo íbamos a pasar, sabiendo que odiaba todo aquello.

—No quiero oler a tabaco —se quejó de mí, para que la dejara tranquila.

—¿A dónde te crees que has venido? —apunté yo con una falsa sonrisa.

—¿Estás bien? —me preguntó en voz baja Esther, con el ceño fruncido.

—Necesito entrar —contesté con normalidad y miré a Fabi—. ¿No? —le pregunté.

—Por favor —contestó ignorando el resto de las conversaciones—. Raquel —llamó la atención de la única que seguía en la otra conversación—. ¿Entramos o qué? —solicitó.

—Me acabo de poner un cubata —señaló el vaso, sin disimular su fastidio.

—Yo te espero dentro —contestó Fabi y me miró a mí.

—Sí, voy contigo —afirmé mirando a la morena explosiva.

Esther se vino y Moni se quedó. Jairo y otro colega decidieron entrar también. El maligno se quedó fuera, charlando como si no pasara nada, y yo me alegré de poner distancia.

Nos comimos la cola entre risas y escalofríos, allí siempre hacía frío. Jairo seguía haciendo bromas, pero mi humor se había oscurecido con la presencia de Mr. Chispas.

Esther me preguntó si me pasaba algo y, al mirar sus claros ojos verdes, me dije a mí misma que tenía que cambiar el chip, ya, en ese momento.

—He traído la cámara de fotos —dije sacando mi cámara digital de la mochila.

—Que no se te caiga al váter esta vez —comentó Fabiola y empezó el cachondeo.

Al entrar dentro había ambiente, habíamos estado un rato fuera y la discoteca se había ido llenando. Nos pusimos en el sitio de siempre, después de pasar por la barra.

Fabi iba y venía, imaginé que buscando a su amiga, aquella que le gustaba tanto a Antonio, y el pensamiento me atacó con un picotazo de celos que traté de ignorar. Esther no bailaba, pero se movía charlando con el colega de Javi y se la veía relajada.

Todo iba bien, la noche transcurría con normalidad. Nos lo pasábamos bien, las chicas entraron, me abracé a la cumpleañera, procurando no buscar a su hermano con la mirada y me la llevé al centro de la pista, donde bailamos con Jairo y su otro amigo.

Estaba intentando pedir mi segundo cubata azul cuando unas manos atraparon la barra, creando una fortaleza a mi alrededor que me retenía sin ni siquiera tener que tocarme.

—Pelirroja —dijo en mi oído como quien dice «hola», el tono fue el mismo.

No diré que no me importó porque mentiría, no era indiferente a él y quizás el alcohol me diera el valor necesario para afrontar algo que estaba más que claro que yo misma sabía, pero me negaba a admitir: me gustaba, me gustaba mucho, demasiado incluso.

—Preferiría que siguieras ignorándome —contesté yo sin mover un músculo, aunque podía ver mi pecho agitarse arriba y abajo, alterado por su presencia y proximidad.

Sus dedos atraparon mi melena, apartándola a un lado de mi cuello; al momento la mano volvió a su lugar, manteniendo su bastión alrededor de mí. Dejó un húmedo beso en el lado del cuello que había dejado libre, a su merced, como estaba yo. Después su nariz se paseó por toda la zona, de arriba abajo, inhalando, como si mi olor lo alimentara.

Mis piernas temblaron y mi respiración se volvió rápida, acelerada, casi jadeante.

—¿He herido tu ego? —demandó hablándome encima de la oreja.

—Para nada, no eres tan importante para mí —respondieron mis labios. Volvió a besarme el cuello y yo me agarré a la barra, apretándola dentro de mis puños—. ¿Por qué juegas conmigo? —le pregunté con la respiración jadeante y el corazón encogido.

—¿Lo hago?

—Obviamente —intenté recomponerme sin mucho éxito, me afectaba y él sabía muy bien de qué forma. Me di la vuelta y lo encaré—, pero no entiendo por qué —le recriminé molesta. Siempre que estaba cabreada con él, acababa enfadada conmigo misma por permitir que me afectara como lo hacía, era inevitable—. ¿Te divierte? —solicité.

—Me divierten muchas cosas —dijo y lo hizo casi sobre mi boca—, pero tú no eres una de ellas —respondió.

—¿Entonces por qué me buscas? —pregunté.

Nos miramos a los ojos, yo lo miré con desafío, acababa de darle bien y lo sabía. Él a mí con aquella chulería suya, que no solía preceder a nada bueno. Era un brabucón, uno sexy y travieso que a veces dejaba su mirada abierta para que vieras lo que yo ya sabía a pesar de todas las que me había hecho, y de las que me haría, no tenía dudas; pero también había bondad en él. Tenía buen corazón a pesar de todo, pero era inquieto y travieso y esa mezcla, esa potente mezcla, podía llegar a ser arrebatadora y adictiva.

No podía aguantarle la mirada, no aquella que me dedicaba con

una sonrisa de suficiencia, que no se permitía expresar con los labios, pero que se leía en sus ojos.

Cautivada, me puse de puntillas, incapaz de aguantar mi ansia por él un segundo más, me apoyé sobre su pecho y fui a por su boca, directa, con ganas. Algo cruzó sus ojos, no sé qué fue, pero apartó la cara, me rechazó, dejándome todavía más descolocada.

—¿Qué haces niñata? —me atacó y solo le faltó empujarme.

Sus manos soltaron la barra y me miró de una manera que nada tenía que ver con la mirada de un momento antes. Me dejó tan cortada que no supe ni qué decir. Me lo quedé mirando, preguntándome cómo era tan cabrón de hacerme aquello cuando me estaba provocando con la mirada, con su boca y nariz, paseándose por mi disponible cuello.

—No —intenté tragarme la vergüenza—. ¿Qué haces tú? Estoy hasta los cojones de tus juegos —dije lo que pensaba—. Primero vas de una cosa, luego de otra, y ya no sé qué esperas de mí. Después de lo que pasó, ni siquiera me has saludado —le recriminé.

—¿Qué pasó? —demandó mirándome con intriga—. No pasó nada —aseguró.

Juro que lo hubiera abofeteado, la primera vez de otras que quise hacerlo esa noche.

—Sabes muy bien lo que pasó —ni siquiera quería hablar de ello, pero lo necesitaba, no podía controlarme—. Fuiste tú quien empezó, me tienes la cabeza loca —le apunté con mi dedo índice y se lo clavé en el pecho con saña—, ¡loca! —exclamé—. Primero me besas, luego finges que sientes por mí cosas que no sientes, un truco para llevarme a la cama, para luego no llevarme y pedirme que madure. Eres más inmaduro que yo y vas dando bandazos y volviéndome la cabeza del revés —esperé una respuesta, pero solo me miró con una media sonrisa que todavía me sacó más de quicio. Sentí que mi cara seguía roja, ya no de vergüenza por su rechazo, sino de rabia, una que podía llegar a consumirme—. ¿Qué quieres? —volví a preguntar y nada en él cambió—. ¿Por qué lo hiciste? —demandé.

—Me diste pena —reconoció cuando creí que no diría nada.

—¿Cómo? —demandé ganando tiempo para que mi cerebro asimilara sus palabras, mientras mi corazón, más rápido, ya sentía la presión que estas ejercían sobre él—. ¿Te di pena? —pregunté sin poder creerlo, intentando que la bofetada a mano abierta que acababa de darle a mi amor propio no se reflejara en mi cara.

—Sí —contestó con esa chulería tan suya, con un gesto de a mí todo me la pela—, lo que dijiste de tu padre… Fue muy patético —se burló de mí y me dejó tan impresionada que no tuve ni palabras para responderle. A nadie le había confesado lo abandonada que me había sentido de niña, solo a él, y se burlaba—. Estás muy perdida, Aurea

—me dio la estocada final sin cortarse ni un pelo—, si no llego a frenarte te habrías acostado conmigo.

—Tú también querías —dije entre dientes, quedándome con el final, pues lo demás era demasiado doloroso. Mi pecho subía y bajaba a toda máquina, ya no de enfado o rabia, sino de dolor. Me sentí humillada y pisoteada, despreciada—. Estabas súper empalmado —le escupí como si fuera un insulto.

—No lo estaba —se rio de mí y quise abofetearlo, la palma de mi mano me picaba por arrearle de una vez por todas—, lo que pasa que la debo tener más grande que tu novio.

—¿Qué sabrás tú de mi novio y de la enorme polla de mi novio? —dije alterada.

—Tan enorme no será cuando crees que yo estaba super empalmado —se burló de mí.

No sé cómo no le crucé la cara, me hizo sentir tan pequeña y ridícula, tan insignificante. Él era un experto en hacerme daño y yo una tonta por darle aquel poder.

—No vuelvas a hablarme —lo empujé con todas mis fuerzas y apenas se movió.

Me fui directa al baño, incapaz de permanecer a su lado un segundo más.

24

Entré en el baño con los ojos llenos de lágrimas sin derramar y me eché agua antes de que la cara se me hinchara, no quería que se diera cuenta de cuánto me afectaba. Aunque en mi fuero interno sabía que era tarde para eso, necesitaba al menos creérmelo.

Mientras me miraba al espejo, a los ojos, me dije que ya estaba bien, que no sentía nada por él, que estaba borracha y lo estaba exagerando, que se fuera a tomar por el culo, que no lo necesitaba ni lo quería en mi vida, que Luis era cien veces mejor que él.

A buenas horas me acordaba yo de mi novio, lo sé, cosas de la taja.

—¿Qué te pasa? —me sorprendió Esther detrás de mí.

La miré a través del espejo y negué con la cabeza, sin querer contarle, y ella ladeó la suya alzando las cejas, como diciéndome: «¿con quién te crees que estás hablando?». Su expresión hablaba por ella, la conocía bien, no lo dejaría pasar ni muerta, ella era así.

—Nada —contesté—, me he rallado —me justifiqué e intenté quitarle importancia.

—Eso ya lo veo —contestó cogiéndome de los hombros para girarme—. ¿Por qué?

—Por nada... —fui a apartarme y apretó mis hombros manteniéndome frente a ella.

—Aurea —me advirtió.

Me miraba a los ojos con intensidad. Era la primera vez que salía desde que había tenido a Emma, no volvería a salir en una muy larga temporada y no podía arruinarle la noche. La necesitaba, la merecía después de todo por lo que había pasado, por lo que estaba pasando aún, entre la niña, aquella atropellada maternidad y el padre de la criatura.

Las cinco éramos muy diferentes unas de otras, cada una de mis Spice me aportaba una cosa diferente y Esther, con su dulzura y optimismo, era especial.

—Se me pasa —sentencié con una sonrisa, calmándome, intentando relajarme—. Ya.

—Vale —contestó—, me alegra que se te pase, pero cuéntame qué ha pasado. Te he visto discutir con Toni —reconoció y yo agaché la mirada.

—¿Qué más has visto? —pregunté con la cabeza gacha.

—Te veo a ti, a punto de llorar —me puso el pelo detrás de las orejas y me alzó la cabeza para que la mirara— y no me gusta —reconoció.

Esther sabía guardar un secreto, yo había guardado los suyos y

ella lo haría por mí, no tenía ninguna duda. Necesitaba expresar lo que tenía dentro, sacar lo que me estaba pasando, lo que Antonio me provocaba, lo que hacía directa e indirectamente. Si no podía confiar en ella, no podía hacerlo en otra. Mónica me juzgaría, parecía tener más presente a mi novio que yo misma. Fabiola era una bocazas, esa sinceridad suya no solía calcular lo que decía, y no quería que lo soltara en un arrebato. Y solo quedaba Raquel, mi mejor amiga Raquel, la última persona del mundo que quería que supiera nada de todo aquello.

—¿Podemos salir a fumar un cigarro? —le pedí, necesitaba la nicotina y aire fresco.

Me dedicó una sonrisa cerrada y, rodeándome los hombros, me llevó fuera.

—Has discutido con Toni, ¿no? —afirmé encendiendo el cigarro—. ¿Qué te ha dicho?

—¿Recuerdas la última vez que nos vimos todas en casa de Raquel?

—Claro, antes de tu castigo —contestó contrariada.

—Esa noche —afirmé—, nos enrollamos —solté a bocajarro, sin pensarlo más.

—¡¿Cómo?! —gritó y se levantó del saliente donde estábamos sentadas. Afirmé alzando la mirada para seguirla con ella—. Pero si lo odias… —dijo aún más contrariada—. Siempre lo has despreciado, sois como el perro y el gato —siguió ella, mientras yo la seguía con la mirada, afirmando—. Mira que algo me dijo Javi y le dije que ni de coña…

—¿Qué? —demandé yo asombrada—. ¿Qué te dijo Javi?

—Lo que dijo Fabi aquella tarde, que estaba desesperado por encontrarte, que nunca lo había visto así y lo conoce desde hace tiempo. También que lo había pillado echándole miraditas nada amistosas cuando estaba contigo, que no te quitó ojo en toda la noche…

—¿En serio? —no me lo podía creer.

—Sí —contestó agrandado los ojos como si todo cobrara sentido—. Me dijo que estaba celoso —añadió sentándose a mi lado—, pero como sois así como sois, no me lo creí… ¿Qué pasa con Luis? —reparó en mi novio olvidado, mirándome con cierto pesar.

Le di una honda calada al cigarro, apurándolo, y solté el humo al cielo.

—Estoy harta de Luis —solté con toda la sinceridad del mundo—, me agobia, me aburre y me agota… —rodé los ojos hastiada—. Ni siquiera me siento mal, y es un amor de chico, pero ya no quiero estar con él y no me deja dejarlo, es absurdo…

—Lo es —confirmó con la cabeza—, ya te dije lo que pensaba. ¿Y

Raquel? ¿Sabe lo de su hermano? —demandó—. Porque no le va a hacer ni puta gracia.

—Ninguna —afirmé—, pensé en decírselo, pero me faltaron huevos y ya no vale la pena. No voy a volver a acercarme a él, ni dejaré que vuelva a rechazarme y a tratarme como un trapo —me emocioné—, parece que disfruta humillándome y no me lo merezco.

—Te gusta —comprendió Esther y yo tiré la colilla al suelo para pisotearla.

—Debo ser masoquista… —me encogí de hombros—. Vamos dentro, te estás perdiendo la fiesta.

—No tengo muchas ganas de fiesta —reconoció con una mueca—. Si no os importa me iré con Jairo, tengo más ganas de estar en casa con mi niña que de fiesta…

—Pensaba que te apetecía el plan —le dije sorprendida.

—Yo también; además, quería que Javi probara un poco lo que es, pero me ha dado mucha penita dejarla y estoy todo el rato pensando en las cosas que pueden salir mal.

—¿Y qué tal con Javi? —me interesé.

—Le fue muy bien la charla que le diste…

—Se supone que no tenía que decírtelo —dije molesta—, ¿no te has enfadado?

—No, claro que no —negó moviendo su melenita rubia, se había cortado el pelo en media melena y se le veía super sano y brillante—. Sé que lo hiciste con la mejor intención y tuvo efecto, llegó a casa descompuesto —me sonrió y me alegré de que sirviera de algo haberla fallado—, por fin habló conmigo y fue capaz de escucharme, espero que siga así.

—Seguro que sí, os queréis mucho y no puedo alegrarme más de que estéis bien.

Abrí los brazos hacia ella y nos fundimos en un cálido abrazo.

—¿Quieres que nos quedemos un rato más? —me ofreció.

—Como tú quieras, no tengo ninguna gana de bajar… Con lo mucho que me apetecía salir y ese imbécil… Lo arruina todo —se me llenaron los ojos de lágrimas otra vez.

—Cuéntamelo, nena —me pidió pasándome el brazo por encima.

Después de una lacrimógena charla de borrachas en la que solo yo estaba perjudicada, me desahogué; fue demoledor expresar todo lo que me provocaba, cómo removía tanto en mí, pero la verdad es que al acabar me sentí mejor, decidida a pasar de él. Mónica se nos unió cuando ya estaba todo calmado y nos quedamos un poco más.

Al bajar fui directa a la barra, estaba seca y, con mi copa de pitufo, me metí entre el gentío. Bailé con Raquel, que estaba con unos amigos de su hermano, él había desaparecido. Había fantaseado con ese momento semanas y lo había echado a perder en minutos, no lo

quería ni ver. Pensaba asesinar a las mariposas y me daba igual el precio a pagar.

Me interceptó cuando iba a por otra copa, había cogido una manía muy mala.

—¿Hablamos? —demandó obstaculizándome el camino a la barra.

—No —me paré para mirarlo a la cara, me obligué a ser fuerte, a no sentir más que la rabia que su rechazo me había provocado, tenía que alejarlo. La conversación con Esther había sido liberadora, no lo quería en mi vida—, no tengo nada que hablar contigo.

Me cogió de la muñeca al ver que iba a seguir mi camino. Lo miré con toda la rabia que despertaba en mí. Odiaba lo diminuta que me hacía sentir, lo frágil que era capaz de volverme, lo ofensivo que era cuando yo, si de algo estaba segura, era de que no lo merecía.

—Pelirroja —me dedicó esa sonrisa que sabía usar tan bien contra mí, la que me perdía—, te invito a fumar —me ofreció—, así nos relajamos un poco los dos.

—No quiero nada de ti —contesté con una mueca de asco—, ni siquiera que te dirijas a mí, y mucho menos tu compasión. Las cosas entre nosotros han quedado muy claras esta noche —le aseguré—, yo soy una niñata patética y tú un gilipollas de mierda. Hagámonos un favor y mantengamos las distancias.

Sus ojos se movieron por mi rostro, analizando mi mirada, buscando algo.

—No es eso lo que quieres —intentó mantener su sonrisa de superioridad moral, pero esta se le caía, como a quien se le cae una careta—, ahora no vayas de dura —me dijo.

Sonreí y lo hice sinceramente, porque no iba de dura, me estaba haciendo valer y él estaba descolocado, y me gustó ese giro, que se volvieran las tornas, se lo tenía merecido.

—Lo que quiero es estar con gente que me valore y aprecie, que me trate todo lo bien que yo trato a los demás. Así que no, no quiero nada de ti, ni ahora, ni nunca hasta que cambies tus maneras conmigo. Entiendo que te divierta picarme —ya que estaba lo solté todo—, ya me lo dijiste, pero a veces te pasas, me haces daño y ya no te lo consiento más.

Hice un gesto para que me soltara, pero no lo hizo, me retuvo donde estaba, mirándome con intensidad a los ojos, intentando taladrar los míos.

—Suéltame de una puta vez —le dije enfadada—, yo te daré mucha pena, pero tú a mí me das mucho asco —aseguré— y no quiero que sigas tocándome.

—Nada de eso es verdad —dijo antes de soltarme.

Lo dejé allí, plantado, no tenía nada más que decir, nada más que hablar con él. Me alejé con el corazón latiendo con vigor,

alentándome a ser fuerte y, mientras me preguntaba de dónde habían salido las agallas para dejarlo en su sitio, me sentí orgullosa de mí misma.

La noche siguió. Esther, por mucho que se lo tomó con calma, acabó enloqueciendo un rato, la que es una loca es una loca, por mucho que le toque madurar de golpe. Raquel consiguió que Mónica bailara un rato y no estuviera tan tiesa, esperando que alguien le diera un golpe y yo me sorprendí a mí misma, hablando con Jairo y pasándolo genial. Fabiola había desaparecido hacía rato.

Acompañé a Mónica al baño, que estaba en la otra punta y, al salir, allí estaba él, esperándome en la puerta. Rodeé el brazo de Mónica con el mío e intenté ignorarlo.

—Hablemos un momento —me pidió en cuanto nos vio.

—No tengo nada que hablar contigo —seguí adelante, tirando de una Mónica desconcertada.

—Vamos a hablar —aseguró cogiéndome del brazo de nuevo, sin dejarme avanzar.

—¿Puedes dejarme tranquila de una puta vez? —le grité haciendo un movimiento brusco con los brazos con el que no solo me solté de él, también de Moni—. Déjame.

—Vas a tener que hablar conmigo te guste o no.

—Ya te he dicho todo lo que tenía que decirte, métetelo en la cabeza hueca esa que tienes y créetelo, porque he hablado muy en serio.

Cogí la muñeca de Mónica y tiré de ella, avanzamos unos cuantos metros, nos alejamos, pero no llegamos a la pista. Mónica detuvo sus pasos y se me quedó mirando.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—¿Desde cuando estás liada con Toni? —demandó, acusándome con la mirada.

—¿Qué? No —negué con asco—. No estoy liada con él.

—Pero habéis tenido algo —aseguró convencida—, no me mientas —me pidió.

No quería mentirle, ni a ella ni a nadie, quería cerrar el capítulo Antonio, como si no hubiera habido nada entre nosotros. No pensaba ni dedicarle un pensamiento más.

—No se lo digas a Raquel —fue mi respuesta automática.

—Debería preocuparte más Luis —me recriminó—, se está esforzando mucho por contentarte, dedicándote un tiempo que no tiene para que le hagas esto. No te reconozco.

Me dejó con la palabra en la boca y se largó, pensé que no era mi noche. Sabía que Mónica acabaría juzgándome, lo que no esperaba era que su juicio pudiera hacerme sentir tan mal, ni que se diera cuenta tan rápido. Con diferencia era la más observadora y perspicaz, además

de muy inteligente, no se le escapaba nada y debí haberlo sospechado.

Volví a la pista e intenté pasármelo bien, pero era complicado, tenía demasiados frentes abiertos. Por un lado, vigilar que Antonio no me la liara con su hermana, que él era muy capaz; por otro, que a Mónica tampoco se le fuera la pinza.

Unas manos se posaron sombre mis hombros, sabía que no era él.

—Estás otra vez tensa —me habló Jairo al oído para que pudiera oírlo a pesar de la música atronadora—. Te invito a un chupito —me ofreció inclinado sobre mí.

Me giré para mirarlo, era mucho más alto que yo y, como algunas de nosotras, tampoco parecía que aquel fuera su sitio, no encajaba con la estética de la gente. En lugar de un *pelao*[11], parecía un surfero con su media melenita ondulada suelta, su tez morena y su camiseta ancha de marca. Mirándolo me dije que era cien veces más guapo que Antonio, más alto y con mucho más pelo. Era una mala idea dejar el fuerte sin proteger, pero no sabía cuándo volvería a salir y tenía ganas de pasarlo bien, así que me fui con él a la barra.

El chupito se convirtió en tres rondas, y a la última se nos unió Esther.

—¿A que tengo amigas guapas? —le dijo Esther a Jairo avergonzándome.

—Mucho —aseguró él mirándome con una sonrisa. Me pareció que tenía una de las dentaduras más perfectas que yo había visto en mi vida y es extraño, pero aquello me desagradó. Era un chico muy mono, quizás uno o dos años menor que Javi, que tenía veintiuno—. Es una pena que no estés libre —me dijo y yo alcé las cejas, sorprendida.

—¿Quién te ha dicho que no lo está? —preguntó Esther tan pasmada como yo.

—El Chispas —nos miró a una y a otra—. ¿No es así?

—Yo lo mato —le dije a Esther y me di la vuelta buscándolo con la mirada.

—Está intentando llamar tu atención —me cogió de los hombros y me giró hacia la barra—, no caigas en su juego, está buscándote, no piques —me ordenó.

—¿Qué pasa? —preguntó el chaval—. ¿Me ha mentido?

—Tengo novio —afirmé—, solo que lo nuestro lleva tiempo muerto. No lo hemos dejado todavía porque yo soy imbécil y él un pesado que no me deja cortar —expuse y aquella era más explicación de la que quería dar—. Voy a la pista —me alejé.

Me lo crucé de camino a la pista que estaba a cinco metros y fui a por él directa.

—¿Tú de qué cojones vas? —lo ataqué con rabia.

—¿Qué te pasa muñequita? —se burló de mí—. ¿Te he fastidiado

el plan?

—¡Eres…! —grité con rabia—. ¡Lo puto peor! —escupí iracunda—. ¡Y no te aguanto!

—Te he hecho un favor —dijo sin alterarse—, Jairo no es para ti —aseguró.

—¿Qué sabrás tú? —pregunté con la cabeza un poco ida. Pensé que Esther podía estar en lo cierto, parecía celoso. No solo mis pensamientos hacían que la cabeza se me fuera, los chupitos habían ayudado— Tú sí que no eres para mí, así que déjame tranquila.

—¿Crees que Jairo te valora y aprecia? —me escupió a la cara y me cogió de la muñeca con fuerza—. No te conoce como yo —me atrajo hacia él—, no le importas una mierda.

—Me trata mucho mejor de lo que tú me has tratado un buen día —lo encaré.

—Te puede tratar como a una Reina, no importa, no te despierta ni una décima parte de lo que yo te altero —aseguró.

—No te lo tengas tan creído —me burlé de él—, no sea que te tragues tus palabras.

Aquello sí que lo alteró, tiró de mí y me arrastró a un rincón del local. Me acorraló.

—¿Vas a regalarte? —demandó—. ¿Vas a ofrecerte como te ofreciste a mí?

—Quizás —contesté con desdén, aunque me estuviera dejando fatal a mí misma.

—Tú no eres así —dijo decepcionado—. Deberías hacerte valer un poco —añadió muy serio—, pero tú sabrás lo que haces —acabó soltándome.

Sentí un hormigueo allí donde su mano me sujetaba, quise coger la suya y tirar de él de vuelta, hacia mi boca. Casi pude saborear sus labios sobre los míos mientras lo observaba alejarse. Me quedé fantaseando con que volviera a hacerme su prisionera, entre sus brazos y la pared del local, en aquel rincón oscuro, que podría ser nuestro nuevo balcón.

25

—Paso de Antonio —le dije a mi prima—, no quiero volver a verlo o hablar con él, no quiero ni cruzármelo por la calle. No volveremos a hablar de él, no te vas a creer lo que hizo anoche el muy cabrón —soltaba por mi boquita el domingo por la tarde cabreada.

—Que pillada estás —se rio de mí Sofía.

—Hablo en serio —ignoré sus burlas—, se acabó —sentencié—. Anoche me di cuenta de lo estúpida que soy. Luis es un chico fantástico, me quiere y yo lo quiero a él, ¿qué hago perdiendo el culo por un sinvergüenza como Antonio?

—¿Qué te ha hecho? —demandó y pude escuchar una sonrisa en su boca.

—Voy en serio, Sofi —me quejé—, que resulta que se enrolló conmigo porque le di pena —expuse fuera de mí.

Le resumí algunas de las perlas que nos habíamos dedicado la noche anterior y tomé la férrea decisión de pasar de él. Pensé que no me resultaría difícil, teniendo en cuenta que ya no dormía nunca en su casa, ni tenía por qué ir. No verlo me ayudaría sin duda.

Hice las paces con Luis por la que me lio con mi padre e intenté estar más por él. Quería que volviéramos a conectar, pareció funcionar unos días, incluso alguna semana, pero no encajábamos, ya no. Cuando estaba con él no me sentía yo misma, en aquel intento por volver a conectar, me perdía. Me sentía atada, forzada, ya no me salía natural, ni tampoco me nacía esforzarme. Todo era autoimpuesto y, aunque era una inexperta que no sabía nada de relaciones e incluso incapaz de reconocer sus propios sentimientos, sí sabía que mi relación con Luis estaba herida de muerte, por mucho que me hubiera esforzado. Ya no lo quería, sentía un enorme cariño por él, cierto, pero nada más.

Faltaban dos semanas para que se acabara el curso, me estaba yendo muy bien. Las horas de estudio con Luis y Mónica habían dado sus frutos. Seguía esperando el momento para cortar con Luis, éramos compañeros de estudio, solo que nos besábamos en la boca para saludarnos y despedirnos, a veces paseábamos de la mano, pero aparte de eso, mi relación con él no difería mucho de la que mantenía con Mónica.

Todo dio un vuelco una tarde, una como cualquiera otra, excepto porque al llegar a casa me encontré a mi padre, lo que me pareció extraño, era temprano.

—¿Qué tal el día? —me preguntó ansioso y dejé caer la mochila al suelo.

—¿Qué pasa? —lo observé perspicaz.

—¿No puedo preguntarle a mi hija cómo le ha ido el día?

Hice rodar los ojos, preguntándome qué se traía entre manos y me encogí de hombros mentalmente, esperando que dijera lo que realmente quería decirme.

—Tu hija ha tenido un día normal tirando a bueno —contesté de camino a la cocina—, el examen me ha ido de coña, mejor de lo que esperaba, y me han dado la nota de mates.

—¿Y bien? —demandó interesado, siguiendo mis pasos.

Las mates siempre habían sido lo mío pero, al llegar a bachillerato, se habían complicado de forma absurda y me costó asimilar que ya no era solo entenderlas.

—Un siete —giré la cara para observarlo, esperé una reacción más efusiva, pero apenas reaccionó. Miré al frente preguntándome por qué, no era una nota super notable, pero estaba muy bien—. Espero que lo tengas en cuenta para este fin de semana —dejé caer echándole otra miradita de reojo—. ¿Estas cocinando? —demandé contrariada en la puerta de la cocina y de pronto su actitud me encajó— .¿Por qué?

—Esta noche cenaremos acompañados —afirmó.

—¿Por quién? —pregunté a pesar de saber la respuesta sin temor a errar.

—He invitado a Cata, quiero que vosotras os vayáis conociendo mejor.

—No me interesa conocerla, no quiero saber nada de tu fulana.

Vino directo hacia mí, pude sentir el calor en mi mejilla derecha tras el impacto de su mano. Como yo, mi padre era zurdo. Pero este no llegó, y no porque le faltaran las ganas, estaba claro, se podía leer en su mirada las ganas que tenía de darme dos buenas hostias.

—No es mi fulana —dijo con rabia, tratando de contenerse—, es mi novia, va siendo hora de que te hagas a la idea —me crucé de brazos, preparándome para contraatacar, pero sus siguientes declaraciones me noquearon—, porque le voy a pedir que viva aquí.

—¿Aquí dónde? —no quise creerlo.

—Aquí —señaló el suelo—, con nosotros.

—No pienso vivir con esa mujer —aseguré enfadada—. ¡Ni con ninguna otra! —grité con rabia—. No vas a meter a esa tía a vivir en mi casa —añadí colérica, creí que mi cuerpo no sería capaz de contener el fuego que ardía en mí—, ni de broma —sentencié.

—Quería decírtelos después de la cena, con ella, pero…

—¡No pienso cenar con esa tía! —bramé con rabia.

Entré en la cocina como un huracán y barrí la encimera con los brazos, tirando todo lo que había sobre ella al suelo en un estallido que debió oírse en todo el bloque.

—¡Aurea! —me censuró y se acercó a mí muy enfadado.

Me iba a llevar el bofetón, lo sabía y me dio lo mismo. No era

capaz de más que de intentar controlar aquella rabia furibunda que nacía en mis entrañas y aceleraba mi pulso hasta cotas sospechaba que jamás vistas. Vino a por mí con la cara desencajada y yo alcé el mentón, encarándolo, preparada para que me pegara o hiciera lo que le diera la gana.

Paró frente a mí, miró el desastre que había causado y me miró a los ojos.

No pensaba cambiar de idea, ni de actitud, me iba a negar a vivir con esa mujer hasta el día que me emancipara; quizás incluso entonces me negara a que ellos vivieran juntos. Y como pretendieran hacerme tragar, les iba a hacer la vida imposible a los dos.

—¡Hostia puta, Aurea! —cogió un trapo de la cocina y me tapó el brazo—. ¿Qué te pasa? —tiró de mí y me llevó a su pecho, luché por separarme y entonces lo sentí, un dolor lacerante en mi antebrazo izquierdo, donde él me tapaba—. ¿Por qué te pones así?

—No quiero que me abraces —dije con rabia, consumida por el enfado—, ni que me toques —me aparté, cogiendo el trapo para taponar la herida—, para luego apuñalarme.

—¿Quién te está apuñalando? Por el amor de Dios, hija —se quejó—. Déjame verte el brazo —me pidió tendiendo las manos hacia mí.

—¡No! —grité y pasé por su lado para esconderme en el cuarto de baño.

Cerré de una patada. No sé cómo no se agujereó la madera de la potencia que le di al puntapié. Llorando me dejé caer al suelo, apoyada contra la puerta. Al momento, llamó.

—Tienes que calmarte —me pidió.

—¡Vete a la mierda! —fue mi respuesta automática.

—No me hables así —me exigió e intentó abrir la puerta—. Déjame entrar —ordenó.

—¡No! —volví a gritar, desgañitándome en la sílaba.

Se marchó, no pude sentirlo con mi respiración entrecortada, pero no dijo nada más, ni volvió a intentar entrar. Mi llanto se calmó, pero las lágrimas seguían bajando por mis mejillas, veloces y cargadas de angustia y desasosiego. Pensé que nadie me quería, aunque sabía que no era cierto, pero así fue como me sentí, siempre relegada, abandonada.

A medida que mi corazón se calmaba, la rabia de mi cuerpo se fue diluyendo, dejándome en un estado de letargo muy pesado. El dolor del brazo hizo aparición. Me fijé, la sangre no había dejado de brotar, había empapado el paño y manchaba el suelo y mi ropa.

Tuve miedo de mirar bajo la tela, pero lo hice y me encontré con una herida, grande y abierta; mi estómago dio un vuelco, me mareé, incluso creí que vomitaría, pero no lo hice.

Como pude me puse de pie, envolví el trapo con una toalla y abrí la puerta.

Para mi sorpresa, allí estaba, con el rostro aún desencajado, esperando todo aquel rato.

—Estás pálida —dijo angustiado, él también había perdido un tono de color. Rodeó mis hombros y me llevó hasta el inodoro. Ni siquiera luché, me había quedado sin fuerza. Sin rabia, era un cascaron vacío que se dejó caer sobre el sanitario, desprovista de toda energía. Se acuclilló delante de mí y quitó la toalla; aparté la mirada a un lado, no quería volver a verlo—. Yo creo que necesitas puntos —negó inquieto—, hay que ir a urgencias.

Doce puntos me dieron y, una semana después, aquella mujer empezó a quedarse a dormir en mi casa noches sueltas. La miraba con odio cada vez que me la cruzaba y la ignoraba cada vez que me hablaba; maquinando qué podía hacer para que se largara y no volviera, llegamos a la recta final del curso.

Mi padre me dio permiso para pasar el fin de semana con las chicas en casa de Fabiola, asegurando que, si mi actitud con Doña Catástrofe mejoraba, después de lo bien que me había ido el trimestre, podía hacer que el castigo se rebajara, pero para ello debía ser amable con ella y no pensaba hacerlo. Yo estaría jodida en casa castigada, pero ellos lo estarían conmigo, aguantando mi música, mis miradas y malas palabras, mientras les cortaba el rollo, para que a ella le quedara claro que mudarse a mi casa no era buena idea.

Aquel fin de semanas la madre de Fabiola había desaparecido, como venía siendo habitual. En secreto, opinaba que la madre de Fabiola pasaba de ella más de lo que mi padre había pasado de mí. Entre semana estaba en el internado y el fin de semana, en lugar de hacer para estar con ella, semana si, semana no se largaba fuera, y como ella pasaba de ir con su padre, tenía la casa para ella, y no parecía importarle en absoluto ese desinterés.

La tarde empezó tranquilita, las Spice al completo. Esther vino con Emma, que estaba cada vez más rechoncha y bonita. Más tarde se nos unió Javi, cenamos los siete, ni siquiera invité a Luis. Más tarde Javi invitó a otros amigos entre los que estaba Jairo. Por la noche empezó a llenarse la casa de gente extraña, al menos para mí, amigos de Fabiola del internado. Javi y Esther se marcharon con la niña cuando aquello empezó a desmadrarse- Mónica se marchó con ellos, incómoda, aunque iba a quedarse a dormir.

Yo iba por la casa como si estuviera allí por primera vez, mirando y observando; conocía el lugar, pero todo era nuevo. Llevaba una copa en la mano, que no sabía ni lo que era, y un globo en el cuerpo de los que marcan historia. Me habían dado a probar un pastel de María y no creía que me estuviera sentando muy bien. Deambulaba observando,

mirara donde mirara todo me parecía extraño. Parejas montándoselo a saco por todas partes, grupitos esnifando coca sin ningún tipo de pudor. Mis amigas desaparecidas.

—Pelirroja —me llamaron.

Me giré, con una sonrisa que era incapaz de ocultar. Llevaba casi un mes sin verlo, un mes desde que tomé la decisión de que debía cortar lo que fuera que había entre nosotros. Donde me ponía por delante de todo. La sonrisa se marchó, era Jairo quien me llamaba.

—¿Qué pasa? —pregunté saludándolo mientras me acercaba a él.

—¡Madre mía cómo estás! —se burló de mí y rodeó mis hombros cuando llegué a él.

—No sé por qué lo dices —arrastré las palabras, siseando.

—Necesitas comer algo —me arrastró con él.

—No quiero más pastel —alcé la cabeza para mirarlo a la cara.

Me llevó a la cocina y me dio a comer pizza. No sabía en qué momento había llegado eso allí, porque no era la misma que habíamos cenado. No me apetecía.

—Te sentará bien —me animó a comer acariciándome la cabeza.

A regañadientes, empecé a comerla, con bocados de hormiga al principio, para acabar el trozo con bocados de apenas podía comer con la boca cerrada. Cayeron dos trozos más de pepperoni y un trozo de pastel de chocolate sin edulcorar.

—¿Te sientes mejor? —me preguntó acariciándome la espalda.

—Mucho —reconocí—, estaba mareada.

—Si quieres algo más fuerte… —sugirió, dejando la frase en el aire.

Lo miré, preguntándome si me estaba ofreciendo lo que creía. Nunca la había probado; Fabiola la consumía, Esther también la había tomado, aunque no desde que era madre, y Raquel me constaba que la había probada el último sábado que salimos.

—Me apetece una copa —reconocí, no me apetecía probar más cosas nuevas.

—Eso está hecho —me besó la frente y se marchó.

Lo observé alejarse, preguntándome qué pensaba traerme, no le había dicho lo que tomaba. Con la cabeza mucho más despejada, fui en busca de Raquel. Primero encontré a Fabiola, que vitoreaba algo. Al verme me pescó, rodeando mis hombros, y me puso delante de ella, primera fila para el espectáculo, creo que se me desencajó la mandíbula.

—Estoy flipando —reconoció Fabiola apoyándose en mi hombro.

—El chico está bueno —moví la cabeza, intentando adivinar cómo era el chico que Raquel casi estaba violando—. ¿Lo conoces?

—Sí, tiene dos años más que nosotras, es su último curso, repetidor. Una buena pieza, aunque es bastante buena gente, en el

internado nos consigue todo lo que queremos.

—¿Crees que deberíamos frenarla? —demandé, nunca había visto a Raquel así.

—Déjala que disfrute —me animó y se separó de mí.

Fabiola se acercó a Raquel y la apartó un momento para hablarle al oído. Observé al chico, no era nada del otro mundo, pero no era feo. Raquel y él y se alejaron juntos.

—¿Qué le has dicho? —le pregunté curiosa a Fabiola cuando volvió a mi lado.

—Que se fueran a mi habitación —me besó en la mejilla—. Ya solo quedas tú —dijo.

—Eso no lo sabes —me giré para mirarla después de perder de vista a Raquel.

—Lo sé —se río—, lo de ese novio tuyo no tiene perdón... —apreté la boca sin contestar—. ¿Lo estás pasando bien? —cambió de tema—. Te he visto tocada con el pastel.

—Jairo me ha dado de comer y estoy mejor —contesté distraída, pensando en Raquel.

No podía creerme que Raquel fuera a tirarse a ese desconocido, pero ella era de impulsos, así que era probable que fuera la única virgen del grupo, en efecto, y no me gustó nada.

—Le gustas a Jairo —me dijo y yo me encogí de hombros—, le gustas más que a tu novio —se burló y yo me sacudí para sacármela de encima—. Eso está muerto ya, Aurea.

Jairo volvió con la copa y la fiesta siguió, las rondas de chupitos que yo decliné, los juegos de beber a los que me apunté la primera me encantaban. Jairo se valió de ellos para besarme. Me supo raro, no mal, pero estaba acostumbrada a los besos de Luis, estaba hecha a ellos. Y luego estaban los del innombrable, del que no podía pensar cuando bebía porque perdía el rumbo, y que no tenían nada que ver tampoco, aquel hombre tenía un máster.

De pronto y sin venir a cuento de nada, Fabiola me cogió de la cintura y me arrastró. Nos quedamos en el borde la piscina; la miré extrañada, preguntándome a qué venía aquello. No pude preguntárselo, me empujó y juntas caímos al agua.

—Se te va la pinza —la acusé con una sonrisa, se estaba bien, el agua estaba calentita.

Hubo bitores y exclamaciones, algunos se quitaban la ropa y otros saltaban a la piscina vestidos, como nosotras dos. Allí gritaban y se salpicaban unos a otros, mojándolo todo.

Jairo volvió a por mí, me buscó y me encontró. Era muy sobón, no era desagradable, buscaba tocarte, pero sin propasarse, con suavidad y cariño. Caricias inocentes que imaginaba a dónde querían ir a parar a pesar de todo. Me pregunté si quería aquello y me di cuenta de que

no. No lo quería. No quería estar con Jairo, me caía muy bien, me parecía guapo, era agradable, pero no era ÉL, y con ÉL no pensaba en mi novio, claro.

Era él quien me estaba buscando todo el rato y, mientras me besaba el cuello, abrazándome la cintura desde atrás, yo cavilaba, pensaba en otro. Aquel que siempre me acusaba de ofrecerme, como si yo fuera una cualquiera, cuando solo me ofrecía a él. Estaba claro que Jairo no me diría que no, pero me estaba besando y no sentía nada.

Repasé nuestras conversaciones, mi mente se alejada de la piscina, del bullicio, de la música a tope y me encontré con mis recuerdos y él, él era el protagonista de ellos.

Y entonces encajó, lo mucho que parecía afectarle que me ofreciera, que me entregara. Decía que se iban a aprovechar de mí y me pregunté si lo que le pasaba no era que tenía miedo de ser él quien lo hiciera, quien se aprovechara. Me veía como a una niña, una a la que todavía no le han dado los palos suficientes. Todavía quedaba inocencia en mí y él era capaz de verla, porque Antonio me miraba de verdad, y no quería que la perdiera.

Necesitaba saber si estaba en lo cierto, y lo necesitaba en aquel justo momento.

26

Entré en la habitación y, en silencio, cerré detrás de mí. Como pude llegué a la cama, medio borracha, medio perdida, pero segura del destino. Guiada por un impulso que me obligué a seguir, incapaz de frenar o negarme a aquello. No importaba cuán peligroso fuera, ni cuánto pudiera llegar a doler, ni el daño que pudiera ocasionar el dejarme llevar. Nada importaba. Estaba harta, cansada de hacer lo que los demás esperaban, hastiada de intentar controlar mis pensamientos, emociones y sentimientos, cuando no podía y era agotador.

Me sentía exhausta de negarme a mí misma algo tan incontrolable como es sentir.

No había estado muchas veces allí, no conocía bien la habitación y todo estaba a oscuras, no veía nada. A tientas llegué a la cama, dejé que mis dedos se deslizaran por ella, acariciando las sábanas con una suavidad imperceptible, hasta que mi rodilla chocó.

Lo escuché removerse en la cama por el ruido, pero no llegó a despertarse y mi mano se deslizó hasta la mesita de noche. Busqué el interruptor de la lamparita y me di un momento, a pesar de no necesitarlo, me lo concedí para asegurarme de si era aquello lo que quería. Cuando encendiera aquella luz no habría marcha atrás, podía salir de allí con el corazón roto, perder a mi mejor amiga o ser humillada una vez más. Cogí aire y lo solté, segura de que debía concederme aquello, al menos intentarlo.

Encendí la lamparita y esperé, pensé que se despertaría, pero no fue así. Observé su expresión relajada, sus voluminosos labios dejando su boca entreabierta y sexy. Era perturbador el efecto que me causaba, pero en aquel momento yo era impasible por algo que no fuera él, aunque ese «algo» fueran las emociones que él despertaba.

Era agotador negar mis sentimientos, decirme que él no significaba nada, cuando no podía apartarlo de mí. Mi corazón latía por él, como en aquel momento, desbocado solo por contemplarlo dormir. Siempre estaba en mi cabeza y las fantasías eran cada vez más recurrentes y detalladas. Las ganas de tocarlo, besarlo, sentirlo, se habían adueñado de mí.

Me quedé allí, quieta, inmóvil, y lo observé por el puro placer de mirarlo. Medio desarropado, en aquel momento solo pude ver que llevaba una de sus camisetas de tirante ancho, aquella era negra. Me deleité en su rostro calmado, en el subir y bajar de su pecho, mientras aquella inusual calma ocultaba al verdadero Antonio: impetuoso, vacilón, culo inquieto, engreído y obstinado. Intenté grabar aquella imagen en mi cabeza y deseé no olvidar aquello al día siguiente con la reseca, aunque ahora sé que no lo olvidaría nunca.

Llevó el brazo a sus ojos, intentando evitar la luz que ahora iluminaba la habitación, luchando por mantenerse en los brazos de Morfeo.

—He estado toda la noche pensando en ti —confesé sin reparos, sin vergüenza.

Se removió, apartó el brazo de su cara e intentó abrir los ojos. Estos me miraron una fracción de segundo sin llegar a enfocarme. Bizqueaba, luchando por despertar.

—¿Pelirroja? —preguntó desorientado.

Antonio no era adorable, no era delicado o tierno, al contrario, era fuerte y duro, pero en aquel momento, observándolo, me pareció más vulnerable de lo que lo hubiese visto nunca. Solía escudarse tras un muro de chulería y bromas, así se protegía. Le habían hecho daño, como a todos, había sufrido por amor, yo lo sabía, hacía mucho de eso. Solo había tenido una novia y esta lo hirió muy hondo, tanto que no parecía capaz de volver a abrirse. Quizás por eso nunca iba a más con ninguna chica, eran para un rato y ya está.

Yo no quería cambiarlo, no tenía pretensión alguna al respecto. No esperaba que pasara de ser un picaflor, pasota y engreído, al hombre romántico de mis sueños, para nada. No había bebido tanto para creer esa tontería. Aquella noche solo pretendía sentir y para ello necesitaba antes una respuesta. Llevaba mucho tiempo obligándome a hacer cosas, intentando no sentir otras, mintiéndome a mí misma y dejando que el orgullo gobernara mis movimientos. Todo aquel intento de autocontrol había saltado por los aires, estaba harta, quería ser, quería dejarme ir, quería aquello y lo necesitaba con él.

No merecía que estuviera allí, yo desde luego creía no merecer los desplantes que a veces me hacía, su forma de vejarme y herirme por el puro placer de poder hacerlo. Pero nada de todo aquello importaba, solo el momento, y el momento era ÉL.

—Hola —le dije con una dulzura impropia de mí cuando se trataba de él.

—¡Ey! —intentaba volver a la Tierra, se frotó los ojos—. ¿Qué pasa? —demandó.

Se apoyó en los codos, mirándome con los ojos entornados. Fue extraño, no se enfadó porque lo despertara, no se preocupó de que estuviera allí. Era calma y era raro en él.

—Estaba en una fiesta —le expliqué despacio, para que procesara mis palabras en su aturdimiento—, había alguien buscándome y yo pensaba en ti, en lo que me dijiste…

—¿El qué? —preguntó con modorra.

—Me preguntaba si te preocupa aprovecharte de mí porque crees que soy una niña inocente, a la que le faltan muchos palos y por eso me rechazas, no porque no quieras.

—¿Acaso importa? —eludió mi pregunta.

Lo observé suspicaz, preguntándome si estaba tan sobado como quería hacerme creer.

—Importa mucho —aseguré y confié en mi hipótesis, supe que estaba en lo cierto.

—¿Por qué? —demandó sin acabar de abrir los ojos del todo, avivando mis sospechas.

—Porque soy imbécil —reconocí sin acritud— y quiero estar contigo —contesté totalmente segura de mi respuesta, sin un ápice de duda o conflicto en aquella afirmación.

Me incliné y cogí su rostro entre las manos, sobre sus labios hinchados dejé el beso más tierno y suave que los míos pudieron regalarle y me incorporé sin soltarlo. Lo acerqué a mí y apoyé su cabeza sobre mi estómago. Acaricié su cabeza a contrapelo, como tantas veces había soñado hacer. Sus manos subieron por mis piernas desnudas, pero no se colaron bajo mi falda, sino que rodearon mi cintura a cada lado. Solo el tacto de sus manos ásperas contra mi piel fría me hizo estremecer, tenía un poder sobre mí férreo e innegable.

—Pelirroja… —se quejó mientras mis manos se paseaban por su cráneo rapado.

—Cállate —le ordené besándole la cabeza.

Me daba igual lo que tuviera que decir, que aquello no significaba nada, que no iría a más, que no era bueno… Me daba igual todo, su intención era detenerme, y eso era imposible.

Había llegado el momento, nuestro momento, estaba lanzada y pillada por aquel fanfarrón sexy, de ese que llevaba media vida tocándome los cojones, burlándose de mí. Ese que durante tantos años me había desquiciado le había dado un giro a mi vida, a mí. No importaba el cuándo, el cómo ni el por qué, todo me daba igual. Estaba enamorada de él, lo sentía en cada poro de mi piel, en el bello erizándose con el tacto de su piel contra la mía. Lo percibía dentro de mí, alterando mis latidos, mi estómago y también mi alma.

—¿Por qué estás mojada? —preguntó alzando la cabeza, apoyó el mentón en mi barriga y me observó.

Le dediqué una sonrisa, pensando en que le había llevado demasiado rato darse cuenta, preguntándome si no estaba fingiendo y yo era una desconfiada.

—Es una larga historia —respondí manteniéndole la mirada, admirando la suya.

Antonio me había mirado de muchas maneras a lo largo de los años, sería incapaz de nombrarlas todas, pero nunca antes lo había hecho como en aquel momento. Sus ojos, ya despiertos, estaban clavados en los míos y parecían venerarme.

—Cuéntamela —me pidió con aquella especie de admiración

capitaneando su mirada.

Me sentí tan poderosa allí, de pie, él entre mis brazos y el poder de la situación en mis manos. Lo supiera él o no, estaba en mis manos, desde luego yo lo tenía claro. Su mirada me lo había revelado y aquella era una verdad que no dejaría a un lado. Aquel era nuestro momento y no solo pensaba vivirlo, iba a exprimirlo, a agotarlo si era lo necesario para sentirme saciada y quizás, solo quizás, poder seguir adelante después de él.

Solté su cabeza y me incliné, sus manos cayeron a cada lado de su cuerpo. Subí a gatas a su cama y me coloqué sobre sus piernas, arrodillada frente a él, a la altura de sus ojos.

—Bésame —exigí con una seguridad en mi voz tan insólita como la devoción de su mirada. Ladeó la cabeza, como si pensara quejarse, pero no lo dejé—. Hazlo —ordené.

No se lo pensó ni un segundo. Sus manos rodearon mi rostro, apartándome el cabello de la cara, buscando su lugar; con el fuego crepitando en sus poderosos ojos, estos me parecieron de un verde mucho más claro. Lo hizo, me besó y lo hizo con ganas, con pasión y empuje, arrasándome entera. Mis brazos rodearon su cuello mientras su lengua hacía estragos en mi boca y también en mi ser. Sus manos se deslizaron por mi espalada, empujándome contra él y yo luchaba con su boca, ansiosa de más.

Ambos nos quedamos sin aliento, mi pecho subía y bajaba loco por él. Agarrada a su nuca trataba de respirar. Sus manos me sujetaban, manteniéndome allí, en la cama, frente a él, a punto de desmayarme de aquella emoción tan pura y honesta que se creaba en mí.

—Desnúdame —le pedí y noté cómo mi voz ya no era tan segura.

Me humedecí los labios, intentando volver a encontrar esa seguridad que me había guiado hasta allí, la misma que había conseguido que él me mirara como lo hacía. No podía perderla. Apoyé las manos junto a sus rodillas, alzando el trasero para que pudiera quitarme el vestido. Necesitaba sus manos, el tacto de ellas envolviendo todo mi cuerpo.

Pese a mi titubeo, obedeció. La ropa subió por mi cuerpo, guiada por sus grandes y rudas manos, que lo colmarían en cuanto la prenda saliera por mi cabeza y cayera en el olvido. Y aunque el alcohol me desinhibía, me dio vergüenza estar desnuda delante de él.

Me incorporé y me oculté en su cuello, donde aspiré su aroma y besé su garganta.

—¿Qué te ha pasado en el brazo? —preguntó observando el apósito, empapado.

—Me corté —dije escondida, sin alzar la cabeza—, me han tenido que poner puntos.

—Deja que te vea —me pidió, oliéndome el pelo.

Alcé la cabeza lo justo para ver sus ojos. Lo miré, buscando dentro de ellos, buscando dentro de mí, y me sentí tranquila, estaba donde debía. Me aparté para que me viera y apoyé de nuevo las manos detrás de mi cuerpo. Quedando expuesta a él, a su escrutinio.

Volvió a mirar mis ojos antes de dedicarme una sonrisa cerrada y torcida. Sus manos atraparon mi cintura y se zambulló en mi cuerpo, alzándome un poco para besar desde mi ombligo hasta mi barbilla, mientras yo me estremecía agarrada a él, retorciéndome de gusto y placer. Sus expertos dedos se deshicieron de mi sujetador, liberando mis pequeños y turgentes pechos. Los colmó de atenciones mientras yo me movía, frotándome contra él, mi centro cada vez más cerca del suyo, mientras el resto de mi cuerpo se dejaba caer sobre sus manos, que me agarraban de los hombros envolviendo mi espalda para que su boca se llenara de mi sensible y estimulada delantera.

Sin duda, aquel fue el momento más erótico que había experimentado.

Su barba incipiente marcaba mi figura como suya y yo me retorcía, entre sus caricias y besos. Mi cuerpo encontró lo que buscaba, esa hinchazón en su entrepierna que chocaba contra el lugar donde vibraba sin remedio de ansiedad, de placer, de necesidad y gusto.

La necesidad ardió en mi entrepierna al notar la suya, una excitación tan intensa de la que pensé no podría reponerme. Estuve segura de que de aquella no me recuperaría. Todo lo que estaba sintiendo se concentró en mi éxtasis, en el centro de mi excitación contrayéndose para hacerse tan intensa que dolía y, de pronto, sin avisar, llegó.

La ansiada liberación arrasó conmigo, con cada partícula de mi ser, expandiéndose en un arrebato de furia y placer que me dejó sin aliento, que arrasó sin remedio ni retorno.

Me sentí inerte entre sus brazos, un pelín mareada mientras creía recuperar mi ser.

—¿Ya? —escuché su tono de extrañeza, alzaba la cabeza para mirarme.

Solté el aire que llenaba mis pulmones despacio, sobre su boca, mirándolo. Negué observando su mirada dubitativa mientras yo sonreía satisfecha. Mis piernas seguían entumecidas, recuperándose de aquel tremendo estallido de placer. Mi primer orgasmo.

—Quiero más —aseguré antes de atrapar su labio inferior entre los míos y tirar de él. Era gordito y esponjoso. Me aferré a su nuca y lo mordí también, hambrienta de él. Le quité la camiseta por la cabeza y lo empujé contra la cama—, mucho más —aseveré apoyando las manos en su torso desnudo.

—Si ahora mismo pudieras verte con mis ojos —dijo, y no fue lo que dijo, aunque también sumó, fue el modo en que lo dijo. Sus ojos brillaban de deseo y admiración, observándome—, serías la tía más guapa y segura del puto Pont Aeri y de toda Cataluña —siguió como enfadándose—. Estás jodidamente sexy —negó con rabia y yo me henchí de amor propio, me hizo sentir el ser más hermoso que hubiera visto antes, me hizo sentir sexy, algo completamente nuevo para mí—, peligrosamente arrebatadora, pelirroja.

Me incliné sobre él y lo besé con rabia, la misma que ardía en sus palabras, en aquella forma tan embriagadora de mirarme. Sus manos se colocaron sobre mi trasero, lo apretó, acercándome contra su hinchada erección y yo me moví sobre ella, presionando.

—¿Vas a volver a decirme que no te la pongo dura? —pregunté haciendo círculos con mi trasero sobre ella.

Mi cuerpo se apoyaba sobre él, mi boca pegada a la suya esperaba una respuesta

—Nunca —aseguró fingiendo estar sometido—, jamás volveré a mentir en eso.

—Sabía que mentías —me incorporé para mirarlo a los ojos y lo señalé triunfante.

—Por supuesto que lo sabías —dijo como si realmente creyera lo que estaba diciendo. No sabía que mentía; de hecho, me hizo mucho daño aquella noche, sus palabras me hirieron de verdad. Me las creí, de principio a fin—. Yo sabré muy bien el efecto que te causo —siguió hablando—, pero tú también lo sabes, y contra eso no puedo luchar.

—¿Por qué siempre peleas conmigo? —necesitaba saber.

Podíamos llevarnos bien, lo habíamos demostrado; si poníamos un poco de nuestra parte, podíamos entendernos, pero él era tan obstinado, le gustaba tanto pincharme…

—Es más fácil —contestó escueto y me descolocó más todavía.

—¿Más fácil? —pregunté yo sin comprenderlo, frunciendo el ceño.

—Es más fácil pelear contigo que dejarse llevar, justo lo que ha pasado esta noche —lo miré como si acabara de darme una bofetada—. Tendremos que asumirlo y pagar las consecuencias —me advirtió.

—¿Por qué tiene que haber consecuencias? —demandé contrariada.

—Porque siempre las hay —contestó y lo dijo con cierto desánimo.

—Tú nunca te preocupas por nada —contesté perpleja, preguntándome qué pasaba ahí.

—No tienes ni idea —aseguró justo antes de besarme.

Nos besamos, nos comimos el uno al otro y en algún momento, entre beso y beso, cargándome desde la cintura, me sacó de encima de él. Me colocó sobre el colchón y, apoyado en su mano, acarició mi

rostro con aquella mirada bondadosa.

—Tendríamos que dormir —sugirió y quise protestar, pero no lo hice. Afirmé y él me besó—. Deberías irte con Raquel —añadió, echándome con educación.

—Raquel no está aquí —contesté—, pero puedo irme. Sí —negué, no quería ser ridícula, ni arrastrada, quería dormir y allí no pintaba nada—, debería irme —comprendí.

Me incorporé y me quedé sentada buscando mi sujetador. Al momento su brazo rodeó mi cintura, impidiéndome que llegara hasta el vestido, no veía el sujetador por el suelo.

—¿Dónde está mi hermana? —preguntó besándome las costillas.

—En casa de Fabiola —contesté distraída por su boca.

—¿Y qué haces tú aquí? —escuché la risa en su voz.

Su voz se volvía tan agradable cuando reía o sonreía, cambiaba tanto y me calentaba por dentro de una manera tan significativa y peligrosa.

—Me escapé de la fiesta, después de robarle las llaves a tu hermana.

—¿Por qué? —demandó y ya no había risa o sonrisas en su voz.

Creyendo que se había molestado, intenté ponerme de pie, pero hizo su presa más fuerte para que no me moviera. Era perfecto, porque no quería partir de donde estaba.

—Te lo he dicho cuando te has despertado —giré la cabeza, mirándolo—, necesitaba una respuesta y quería estar contigo —me encogí de hombros, quitándole importancia.

Por fin me soltó y se movió por la cama sin levantarse. Iba a incorporarme, aunque lo último que quería era moverme de su lado. No lo hice y me tendió su camiseta de tirantes.

—Quédate si quieres —dijo ofreciéndome la prenda.

Volví la cabeza para mirarlo, preguntándome si de verdad era lo que quería.

—Vale —sonreí creyéndolo. Me coloqué la camiseta y me giré en su dirección.

Recuperó su posición en la cama y me tumbé junto a él. Me rodeó con el brazo y pensé que iba a abrazarme, pero en lugar de eso apagó la luz de la lamparita, la única testigo de nuestro encuentro. Me dije que nadie podía saberlo, como mucho Sofí, nadie más.

Me relajé enseguida, todo sumaba: el alcohol que llevaba en el cuerpo que, aunque su efecto parecía haberme abandonado allí seguía, y mejor ni hablar del pastel de maría. Pero, sobre todo, lo que habíamos vivido juntos, ese momento de conexión y liberación que tanto había necesitado.

Estar con él era una montaña rusa, me arrastraba de arriba a abajo con esa sensación de mareo en el estómago, con las mariposas

haciendo de las suyas. Con Antonio todo era muy intenso, más a medida que mis sentimientos aumentaban y parecía que ese crecimiento no fuera a tener fin.

—¿Seguro que no te importa que me quede? —demandé ya mecida por Morfeo.

—Quédate —me pidió en el tono más relajado que le había escuchado.

Volvió a pasarme el brazo por encima de la cintura, pero esta vez para abrazarme. Pegó su pecho a mi espalda y yo cogí su mano, me la llevé al pecho y me estreché contra ella.

Relajada le besé la mano, al tiempo que giraba un poco la cabeza hacia él, temerosa de que me echara, aunque fuera por pesada. Me besó la frente. Aquel fue el beso más tierno que me había dado en todos los años que hacía que nos conocíamos, y atesoro ese recuerdo con mucho amor, con un calor especial que se concentra en mi pecho. En aquel momento me supo tan bien como los apasionados que habíamos compartido minutos antes, porque fue un beso suave, pero cargado de sentimiento, de cariño, de respeto y me hizo sentir en casa, como si en él hubiera encontrado mi lugar, un sitio en el que estar segura y tranquila.

27

El sonido del timbre me despertó de golpe, sonaba diferente, más fuerte. Estaba sudada y, por un momento, desorientada; no me costó mucho ubicarme y lo sucedido la noche anterior había sido demasiado intenso como para no recordarlo al momento.

Los recuerdos de la noche anterior me golpearon y cuerpo y mente reaccionaron de forma opuesta. Mi cuerpo tenía resaca de aquella plenitud que Antonio me hizo sentir, quería más. En mi mente se agolpaban el arrepentimiento, la inquietud, el pesar y la vergüenza, luchando entre sí para ser más poderosos que los otros. Ganaron los remordimientos y, en cuanto hicieron entrada, por momentos me quise morir. No podía, no quería creer que fuera de esas chicas que engañan a su novio, y todavía era peor porque Luis era un encanto. Podía tener defectos, pero por cada uno tenía sus virtudes y me quería, me quería de verdad, pero yo sentía que no podía corresponderle, ya no.

Intenté moverme, pero Antonio estaba durmiendo literalmente encima de mí. No parecía que nos hubiéramos movido en toda la noche. Seguía pegado a mi espalda, me rodeaba con un brazo, mientras una de sus pesadas piernas aplastaba las mías sin dejar que me moviera y la mano libre estaba sobre mi cabeza, acariciándome el pelo.

La luz que se filtraba por la persiana delataba que ya era de día. El timbre volvió a sonar, estridente, en aquella habitación más próxima a la entrada se oía mucho más fuerte.

Raquel vino a mi cabeza, el sonido del timbre, las llaves robadas que ni siquiera recordaba dónde había dejado y yo allí, vestida con nada más que una de las camisetas de Antonio, entre sus brazos, aferrado a mí como un koala a un árbol.

Empecé a agobiarme, mucho. Sentí que se me acumulaban los problemas, y uno de ellos era el que me hacía sudar, aplastándome. Su cuerpo, mucho más grande que el mío, aquel que me hubiera encantado recorrer como hizo él con el mío cuando me concedió el placer de mi primer orgasmo. Hormigueé al recordar aquella sensación tan explosiva.

Esos recuerdos calmaron mi agobio y despertaron mi cuerpo, así, sin más. Me había regalado una noche para la posteridad, una que no olvidaría con facilidad. Me había hecho gozar, gozar de verdad, y mi cuerpo se espabilaba con el recuerdo, sintiendo el suyo, eso era suficiente para querer más. Mente y cuerpo iban por caminos diferentes y no podían ser más distintos, era imposible encontrar una intersección donde ambos pudieran unirse y seguir adelante. Debía

salir de allí, la cabeza ganó la batalla.

Me removí tratando de salir, cual culebrilla serpenteante. No liberó su presa, al contrario, su agarre se volvió más intenso. No quería ni pensarlo, pero la verdad era que se estaba muy bien allí, entre sus brazos. Corría el peligro de volverme adicta. Aquello no estaba bien, Raquel iba a matarme, debía salir de allí y que no me viera nadie de la familia.

—Me la estás poniendo morcillona con tanto movimiento —susurró en mi oreja.

Sentí el calor en el rostro por la vergüenza y en la entrepierna al escucharlo. Quería ponérsela «morcillona», en cuanto lo escuché decir aquello se convirtió en mi mayor deseo. Una necesidad, exagerada y primaria se adueñó de mí, un anhelo de ser capaz de provocar en él lo que él había logrado en mí, un reto, uno que debería esperar.

—No seas burro —le pedí sin ninguna convicción, lo único que allí estaba claro era cuánto deseaba hacerlo. Escuché un sonido húmedo en mi oreja. Puede que sonriera, que se humedeciera los labios o que simplemente siguiera respirando. Para mí sonó a pecado, a deseo carnal, el que él despertaba en cada fibra de mi ser—. Tengo que irme.

—¿Ahora huyes, pelirroja? —demandó y quise girarme para mirarlo.

Siempre me llamaba así, desde la primera vez que se dignó a dirigirme la palabra, cuando todavía iba al colegio y las Spice seguían siendo cinco. Nunca le había dado aquella entonación o, al menos, yo no la había percibido, su demanda sonó muy seductora.

—Quizás deba hacerlo —reconocí contrariada por su acusación, por el tono.

Era cierto, lo más prudente era que huyera de él, era un peligro para mí, para mi salud emocional, para mi corazoncito tonto, romántico y enamoradizo. Debía ir con cuidado.

—Quizás —contestó él en aquel tono relajado y tranquilo, aspirando sobre mis cabellos—, pero dime una cosa —solicitó—: ¿Huyes de mí o por lo que pasó anoche?

—¿Por qué iba a huir de lo que pasó? —pregunté, segura de que huía de él. Me estaba arriesgando mucho, demasiado, lo sabía y sin embargo era incapaz de hacer nada al respecto, a pesar de lo alto que podía ser el coste—. ¿A qué viene eso? —quise saber.

—No soy tonto, ¿sabes? —dijo sin cambiar su tono tranquilo y susurrado, como el que intenta no despertarse del todo—. Anoche estabas tocada, quizás no borracha, no tenías aspecto de ir pasada, pero habías bebido —lo escuché con atención, en verdad sí que estaba bastante tocada, pero con él fui recuperando mi yo, reencontrándome con el residuo del valor que me había dado el alcohol—, y me preguntaba si solo había sido eso, una idea de olla de borracha, de las

que al día siguiente quieres que se te traga la tierra.

—Fue una ida de olla —reconocí—, de la que no me arrepentiré mientras tú no hagas que me arrepienta —fui sincera con él, no aguantaba que me pisoteara, no lo merecía.

Su mano me apretó en silencio contra él y se relajó, sin soltarme en ningún momento.

—¿Y por qué te quieres ir ahora? —demandó besándome el lóbulo de la oreja, acariciándolo dentro de su boca con la lengua—. Es pronto todavía —aseguró subiendo mis pulsaciones con sus jueguecitos, mientras yo me estremecía por sus caricias.

No me moví del sitio, ya no por temor a despertarlo, obvio, tampoco por contradecirlo; no, era mucho más fácil que todo eso. No me moví porque allí se estaba demasiado bien.

—No hace falta que te levantes —dije, pero no hice el mínimo intento de hacerlo yo, ni me moví, no podía—, solo deja que me vaya, antes de que nos pille Raquel y se lie.

—Me la pela —contestó liberando mi oreja de sus labios, acariciándome el pelo.

—A mí no —respondí e intenté poner un poco de cabeza a la situación. Por mucho que me hubiera gustado quedarme allí, cuanto más tiempo pasara con él más gente de la familia se despertaría y mis posibilidades de pasar inadvertida caerían en picado, si no estaban ya bajo cero—, muévete —volví a pedirle y esa vez lo dije con intención de irme.

Cogió aire por la nariz, imagino que perdiendo la paciencia, pero el cabrón no se movió y quise matarlo. Iba a salir de allí, aunque fuera a la fuerza, pero volvió a olerme el pelo y acto seguido hizo un gemido placentero que me puso mucho.

Mi agitación estaba a punto de subir a cotas casi tan altas como las de la noche anterior cuando, con todo el descaro del mundo y para que yo fuera consciente, se movió en mi espalda, clavándome en el trasero esa parte de su anatomía que había estado ocultándome deliberadamente y que había empezado aquella absurda y esclarecedora conversación. Me encendió rápido, fácil, como un fósforo contra el roce. Fuego.

La cabeza quedó relegada al olvido, junto con la sensatez y la honradez. Los caminos antes tan diferenciados se desdibujaban, convirtiendo dos posibilidades en una, única y certera, irracional y seguramente directa al fracaso, pero la única que podía tomar en aquel momento. Allí mandaba el cuerpo y el mío respondía a él, a su llamada, e iba por libre.

Mi mano derecha pasó por detrás de mi cuerpo, en busca de lo que encendía mi necesidad. No le costó encontrar lo que buscaba, el bulto que se clavaba en mi trasero. En cuanto mis dedos rozaron su

erección, el muy canalla se movió dándole espacio a mi mano para maniobrar tanto como quisiera.

En cuanto mi mano rodeó su excitación, me agarró del cuello con la mano que reposaba sobre mi abdomen, tirándome la cabeza hacia atrás. Con la respiración entrecortada, me olió el pelo, aspiró de él con la misma necesidad que yo sentía en la mano por satisfacerlo. Lo toqué, con la poca experiencia que me caracterizaba y encima de espaldas y con sus bóxer de por medio; un cuadro, vamos. Aunque tan mal no debí hacerlo, porque su cabeza se hundió en mi cuello, mordiéndome la clavícula para ocultar un gemido más intenso, que acompañó con una cadencia en la respiración a medida que mi mano lo estimulaba.

Sin esperarlo, mientras dibujaba la forma de su miembro con la mano, frotándola con avaricia y ganas, la mano que le quedaba libre cubrió la mía. Contrariada pensé que no lo estaba haciendo tan bien como creía, como su respiración me había hecho imaginar.

Me quitó la mano, pero en lugar de apartarme la introdujo dentro de la ropa interior. Mi cuerpo se removió de excitación cuando la dejó allí. Las puntas de mis dedos dibujaron su miembro, jamás se la había tocado a Luis sin ropa, casi no lo había hecho con ella. Me deleité en la suavidad de su piel en esa zona tan sensible. Lo toqué con suavidad al principio, para después rodear su dureza y estimularla lo mejor que pude.

No me había soltado el cuello en ningún momento, allí seguía su mano, contra mi garganta, sin apretar, solo allí, marcándome a fuego. El dedo pulgar se paseó por mi barbilla para llegar hasta mis labios. Los perfiló y acarició, haciendo que estos se abrieran para albergar su dedo, que se paseó por el interior del de abajo, a la vez que su respiración jadeante en mi oreja me enloquecía y me hacía mover la mano con más presión y ganas.

Sacó el dedo de dentro de mi boca y me cogió de la barbilla, me obligó a girar el cuello hasta quedar cara a cara. Estaba espléndido aquella mañana, quizás mis ojos no lo miraran igual que el día anterior o puede que fuera él. Sus ojos verdosos eran un mar en calma en el que descubrí islas marrones, desatacando por la claridad de aquella extraña mirada.

Me mordió el labio inferior y después introdujo en mi boca su dedo índice, bien adentro, sin que yo fuera capaz de plantearme qué hacía, incapaz de ver más allá de lo que me hacía sentir. Lo metió hasta el fondo, al sacarlo me besó en la boca con tanta rabia que quemaba. Ardía contra el roce de sus labios, golpeando los míos, furiosos.

Dejó de besarme y abrió los ojos, observando los míos con suma atención, sin que yo comprendiera el motivo de tal escrutinio. Hasta

que aquel dedo rociado de mi saliva se coló en mis bragas y después, sin avisar o esperarlo, en mi interior, arrancándome una exclamación que él silenció con otro apasionado beso.

Mis ojos se abrieron al máximo, impactados por la intrusión, observando los suyos. Había mucha atención en su mirada, pero me la perdí cuando mis ojos se entrecerraron, ahogados por el placer que provocaba tan hondo de mí como nunca había llegado nadie, en aquella caricia tan íntima como intensa, tan dolorosa como placentera.

El vestigio de razón que pudiera caber en mí entre tanta excitación, necesidad y anhelo, me abandonó por completo. Saqué mi mano de donde estaba tan gustosa y me di la vuelta, lo encaré, haciendo que su mano también saliera de mi ropa interior.

Pudiera parecer que éramos libres, pero yo nunca me había sentido tan esclava, y la forma en que sus ojos me miraban me dijo sin palabras que él sentía algo parecido.

—Házmelo —le supliqué, humedeciendo los labios para que pudieran pronunciar aquella palabra llena de deseo y necesidad.

—¿Estás segura? —demandó. Afirmé con fuego en la mirada, ardiendo por dentro por él—. Hay gente en casa —me recordó—, mi hermana…

Lo empujé del pecho, desnudo sobre la cama, y a horcajadas me puse sobre él. Me quité la camiseta y me incliné, alineando nuestras miradas mientras nuestros labios se rozaban sin llegar a besarse. Mi pelo, como una cascada, ocultó nuestros rostros, allí solo estaban nuestras miradas, hablando por nosotros, brillantes, comiéndose al otro de afán y necesidad. Me incliné y lamí sus labios, al instante su lengua se paseó por ellos saboreando la humedad que había dejado sobre los mismos.

—Me la pela —le devolví la frase—. Házmelo —repetí y me agarré a su cuello para besarlo—, necesito sentirte —rogué sobre su boca como no había pedido nada antes.

28

Lo besé con toda la necesidad que latía en mí y él respondió con el mismo afán, la misma desesperación. Me rodeó con un brazo, apretándome contras él mientras su mano invasora se colaba dentro de mis braguitas, apretándome el culo con ganas.

El roce de su erección hacía estragos en mi sexo, y aquella mano que se aferraba con tanto fervor a mi culo se aventuró más lejos, más hondo, y mi cuerpo se movió sobre ella, sintiendo cómo se rozaba contra toda mi zona íntima con una cadencia deliciosa.

—No quiero correrme —cogí su muñeca y detuve mis movimientos. Lo miré a los ojos, había fuego en su mirada y sabía que también en la mía, no sé cómo pude parar de aquella forma—. Quiero hacerlo contigo, juntos —aseveré muy segura de lo que decía.

Me dedicó una de sus sonrisas y volvió a besarme para, en un movimiento rápido, tumbarme sobre la cama. Se levantó y me dio la espalda, me pregunté qué hacía. Se quitó el bóxer y se dio la vuelta apuntándome con su miembro y un condón en la mano.

Se me secó la boca. Era la primera polla que veía, al menos en la vida real, y quise retractarme. Si no era capaz de meterme un tampón ni de coña iba a entrarme eso.

—Estás poniendo cara de susto —se acercó a la cama y se arrodilló sobre ella.

Gateó seductor subiendo por mi cuerpo, desde los pies, besándome con suavidad cada rincón de las piernas. Yo me quedé sin habla mientras el calor llegaba a los más alto y mi pulso aumentaba con él. Era la mismísima imagen de la seducción, era la sensualidad hecha hombre y era mío, aunque fuera por un rato; iba a ser todo para mí, mi primera vez.

Tenía que ser con él, sin duda, quería que él fuera el primero, no iba a echarme atrás.

Llegó hasta la única prenda que cubría mi anatomía, la cogió con ambas manos, una a cada lado, y bajó la ropa que dejó al descubierto mis rizos pelirrojos. Se incorporó para deshacerse de las braguitas y volvió a dejarse caer en la misma puta seductora posición.

—Siempre me lo pregunté —dijo entre mis piernas, alzando los ojos para mirarme.

—No hagas que me avergüence —le pedí vulnerable, me sentía demasiado expuesta.

—Al contrario —me besó la ingle—, me gusta que seas así de pelirroja.

Sentí calor en mi cara al escucharlo, pero no duró mucho, todo el calor de mi cuerpo se concentró allí donde él tenía la cabeza cuando

empezó a besuquear y lamer mi ingle. Uno de sus inquietos dedos penetró dentro de mí y yo me encorvé en la cama aferrada a las sábanas en dos puños, como si temiera salir volando. Que fue justo lo que pensé que pasaría cuando otro dedo empezó a hacer fricción en mi punto de placer.

—Hazlo —supliqué, retorciéndome del gusto, no podía más.

Me dio un momento, uno del que apenas fui consciente. Tenía la mirada clavada en el techo, pensando lo doloroso que podía ser el placer, analizándome con la respiración tomada. Sentí cómo volvía, cómo me acariciaba de arriba abajo a lo largo de mi entrada.

—Mírame —me pidió y mis ojos se encontraron con los suyos; le sonreí.

Estaba sobre mí y no eran sus manos las que hurgaban allí abajo, era su miembro, hinchado y fuerte. Empezó a introducirse en mí y pude sentir cómo mi cuerpo se tensaba.

—¡Eh! —me besó los labios y apoyó los codos en la almohada—. Relájate —me pidió antes de meter su lengua en lo más hondo de mi boca.

No me dio tiempo a nada, ni siquiera a intuir lo que iba a pasar. Tal como me besó, entró en mí, en una envestida que me habría hecho gritar de no ser porque su boca sometía la mía sin remedio.

—Aurea —separó sus labios de los míos y me miró con el ceño fruncido. Yo intentaba recuperarme de la impresión, evaluando cuánto había dolido—. Habías hecho esto antes —dijo como una suposición, pero era una clara pregunta a la que yo negué con la cabeza en respuesta—. ¿Por qué no me lo has dicho? —demandó molesto, volví a negar y él bufó.

Apartó la mirada y yo le cogí el mentón, le obligué a volver a mirarme a los ojos.

—No quiero que te enfades —le pedí, más vulnerable de lo que me hubiera sentido nunca.

—No me pidas eso, no me mires así —dijo compadeciéndose de mí—. Déjate llevar —me pidió moviéndose dentro de mí con un cuidado extremo—, relájate —suplicó haciendo círculos en mi interior. Empecé a destensarme, no me había dado cuenta de que estaba rígida como una tabla—, poco a poco —susurró sobre mi boca.

Salió y volvió a entrar, despacio, dándome tiempo a asimilarlo, mientras el dolor iba quedando relegado por el placer y yo me hacía su prisionera.

—Eres tan… —dijo en éxtasis sobre mi boca—, deliciosa y estrecha, tan arrebatadora.

«Arrebatadora» se repitió en mi mente. No era una palabra que le hubiera escuchado decir antes, ni tampoco una cualidad que yo me hubiese concedido, pero de la manera que lo dijo, lo creí por completo

y pensé que iba a arrebatarlo a él, a hacerlo mío.

Lo besé y me dejé llevar, disfrutando mientras el dolor quedaba atrás. Se movía encima de mí empujándome al éxtasis sin llegar a tocarlo. Colmándome de placer y excitación.

Los gemidos salieron de mi boca libres, expresando todo el fuego que ardía dentro de mí; debía salir de alguna manera o explotaría de pasión de un momento a otro.

—Calla —dijo sobre mi boca—, nos van a oír.

—¡Dios! —respondí yo—. Que nos oigan, me la pela —quise gritar de gusto.

Otra vez tapó mi boca con la suya y su mano bajó hasta mi hinchado clítoris.

—¿Quieres correrte conmigo? —dejó de besarme y después me lamió los labios—. Porque si te oigo un gemido más exploto —aseguró y lo hizo con cierta desesperación.

Noté su mano temblorosa sobre mi cuerpo, llegó a su destino y frotó mientras yo me retorcía del gusto, uno que no podría describir. Todo era nuevo, excitante y singular, y no perdía detalle a pesar de que mi cabeza estuviera medio ida por tan extremo placer.

Sus embestidas se volvieron más pesadas y profundas, sus ojos me miraban de una forma desesperada y ansiosa y yo no podía evitar gemir, mucho estaba haciendo por no gritar de gusto. Me incorporé lo justo para morderle el hombro y silenciarme cuando la sensación del orgasmo se concentró allí donde encajábamos y exploté.

Fue brutal y profundo. Me llevó a la más alta ola del placer y, cuando este empezó a mitigar, sus embestidas cambiaron, su cadencia se volvió diferente y comprendí que se estaba corriendo. Aquel pensamiento, unido a mi placer, me hizo remontar y volver a lo más alto del éxtasis, arrastrados los dos por el placer.

Cuando recuperé mis funciones motoras, me di cuenta de que me tapaba la boca con una mano y negaba mirándome con una sonrisa de satisfacción, sus ojos brillaban con amor y yo me deshice por él.

—Eres una escandalosa —me criticó—, te ha tenido que oír alguien.

Hizo el amago de salir de mí y mis piernas lo rodearon.

—Espera un momento —le pedí—, no sé si estoy lista, ha sido muy fuerte.

Mi respiración poco a poco se calmó, él apoyó el codo en mi lado derecho, inclinándose, unidos todavía. Me observaba con atención y me acariciaba distraído. Su mano se paseó por mi cintura hasta mi brazo, donde rozó el apósito de mi herida; subió por él hasta mi rosto, quitando algún cabello suelto. Siguió por el cuello y perfiló mis labios entreabiertos con la punta de los dedos. No soy capaz de describir cómo me miraba, había autentica veneración liderando su mirada

cristalina.

Fue dejando besos sobre mi hombro, yo no podía apartar mis ojos de los suyos, acariciando su cabeza rapada por el simple placer que me provocaba pasar mi mano a contrapelo, me sentía conmocionada. Me dolían piernas y brazos de aguantar una tensión tan grande como la que me había sobrevenido justo antes de la liberación.

—¿Qué pasa con tu novio? —preguntó de golpe, haciéndome volver a mi vida.

Negué con la cabeza como haciendo un *reset*, sin poder creer que me hablara de Luis.

—¿En serio? —pregunté con el ceño fruncido, observándolo.

—¿En serio qué? —demandó él sin cambiar ni un ápice.

—¿De verdad me preguntas por él? —demandé incómoda—. ¿Ahora? —añadí sin creerlo. Me había cortado todo el rollo, empecé a sentirme horrible—. Justamente ahora.

—¿No lo habías hecho con él? —preguntó como si no acabara de creérselo.

—No —contesté incorporándome y lo empujé, sentí cómo salía de dentro de mí. No quería hablar de Luis, era el tema más fuera de lugar del mundo—, ya has visto que no.

—¿Por qué?

—Joder, Toni —me quejé y busqué mi ropa con la mirada, necesitaba salir de allí.

—¿Qué pasa? —se incorporó y me abrazó por detrás, besando mi hombro.

—Que no quiero hablar de él cuando acabamos de hacer esto —dije incómoda.

—¿Pero sigues con él? —su tono fue muy diferente.

Ladeó la cabeza buscando mi mirada y me soltó, me dejó, me sentí ruin y vacía.

Giré el rostro para que encontrara lo que buscaba y mirarlo. Apretó la boca, enfadado. Me encogí un poco de hombros, sin saber cómo contestar a eso, a pesar de lo fácil que era la respuesta. Al verme dudar, él alzó las cejas y sus labios se curvaron hacia abajo mientras afirmaba como diciendo «ya entiendo», pero no entendía.

—Cortaré con él la semana que viene —le expliqué.

—Ya veo —dijo apartándose de mí para levantarse de la cama—, déjalo para la otra —dijo con todo el sarcasmo del mundo.

—No quiero hacerle daño —respondí y busqué la sábana para cubrirme.

—Pues te estás cubriendo de gloria, pelirroja —me giré para mirarlo, ese «pelirroja» fue todo un desprecio, no lo podría decir con más asco ni queriendo—. Aunque tampoco me extraña —se giró con un pantalón de deporte corto puesto—, si no ha sido ni capaz de

desvirgarte en todo este tiempo… Menudo inútil.

—No te pases —lo corté, una cosa es que me estuviera haciendo sentir una mierda y otra es que pusiera a Luis a la misma altura. Yo lo merecía, él no—. No tienes ni idea.

—Ni me interesa —contestó antes de marcharse.

Salió por la puerta airado y la dejó abierta de par en par, el muy mamón. Me levanté corriendo para cerrarla y, cuando llegaba, apareció por el pasillo su hermano pequeño. Cerré como si no nos hubiéramos visto, pero así fue y quise cagarme en todo.

Recogí mi ropa y me la coloqué, estaba toda arrugada y algo húmeda todavía. Me senté, creía que a esperarlo, pero cuando volvió no quería ni verlo.

—¿Qué haces aquí todavía? —me soltó, dejando claro que él tampoco a mí.

29

Seguir con Luis fue lo más generoso que pude hacer, darle el tiempo que me pedía. Para mí la relación ya había finalizado, hacía mucho que no sentía ni un ápice de lo que una vez sentí por él, pero estaba en un momento importante de su vida y se lo debía. Le había faltado al respeto, iba a romperle el corazón y al menos merecía poder hacer los finales con la cabeza donde debía tenerla, merecía no distraerse con lo que había luchado por estar donde estaba.

Los exámenes de selectividad habían pasado, se habían acabado las excusas, era el momento y yo tenía un conflicto interno pero las ideas claras, estaba segura, hacía mucho que lo estaba. Era una decisión pensada y calculada, no había retorno. Se había acabado.

Ni siquiera estaba nerviosa mientras esperaba a Luis. Habíamos quedado en una terraza, yo tomaba un refresco mientras el sol acariciaba mi piel de forma placentera, me sentía súper relajada a pesar de saber lo que estaba por venir, lo desagradable que sería. No quería hacerle daño, pero no podía seguir engañándolo, ni engañándome a mí misma, y esa convicción me hacía sentir tranquila. Lo que estaba pasando no era bueno, yo no estaba siendo una buena persona, y me afligía herir a Luis, que era tan honrado, generoso, que siempre fue tan bueno conmigo.

No estábamos hechos para estar juntos y esa era una verdad que yo no solo había asumido, también había tenido tiempo de asimilarlo y no estaba segura de cómo reaccionaría él. Me odiaba por herirlo, pero nuestro momento había pasado, se había acabado, debía ser sincera y había que seguir avanzando.

—¿Qué tal, cari? —me sacó de mis cavilaciones y di un respingo—. ¿Te he asustado?

—No —negué alzando la cabeza para mirarlo y él aprovechó para darme un rápido y tierno beso en los labios, seguramente nuestro último beso, pensé—. Estaba distraída.

—¿Cómo fue anoche?

—Una noche bastante reveladora —afirmé y él me sonrió, pero pude ver el temor en aquella sonrisa forzada.

Luis no era tonto, sabía que algo no funcionaba, pero como no había sido clara con él, no sabía el qué y había llegado el momento de ser sincera, por fin tenía las cosas claras.

—¿Y eso?

—Hace tiempo que las cosas no van bien entre nosotros.

—Hago lo que puedo, cari —me cogió la mano y me sentí la peor persona—, ya ha pasado la sele, todo va a ser diferente ahora —me prometió—, encontraremos el equilibrio.

—Ese no es el problema, amor —le respondí.

—¿Cuál es entonces?

—Somos muy diferentes —simplifiqué—, no nos gusta hacer lo mismo, tenemos gustos diferentes, amigos… Hemos intentado encajar, pero si fuéramos piezas de un puzle, tú serías una mañana tranquila y yo una noche estrellada, no podemos encajar.

—¡Claro que encajamos! —se quejó—. Cariño —me palmeó la mano, mirándola—, ¿quieres romper? —alzó los ojos y estaban tan apenados que por un momento me planteé si me estaba equivocando.

Sí, era un poco aburrido y sus despistes me sacaban de quicio casi tanto como aquella odiosa indecisión que me exasperaba cuando salía a relucir, pero también era muy generoso, dulce, detallista, paciente y honrado, cualidades que me encantaban de él y que seguramente no encontraría en otra persona. Pero todo aquello no compensaba el hecho de que no me hacía vibrar, de que lo que sentía por él era un inmenso cariño, no amor.

—Lo siento —dije con lágrimas en los ojos—, no puedes imaginar cuánto —aseguré.

—No lo sientas —me pidió alargando la mano para acariciarme el rostro—, no lo hagas —me pidió y deseé decirle que vale, porque sí le quería y me odiaba por hacerle aquello, pero no estaba enamorada de él por muy buen chico que fuera, no lo iba a estar nunca. Lo nuestro nunca mejoraría, al contrario—, hagamos que funcione —miró alrededor y bajó la voz—. Sé que hemos tenido problemillas con el sexo —quise que la tierra se me tragará—, pero buscaremos la solución, juntos podemos con todo.

—No quiero hacerte daño —declaré desde lo más hondo de mí—. Dejar lo nuestro es algo que he pensado y sopesado mucho, no ha sido una decisión fácil, y si no te lo he dicho antes es porque no lo tenía claro, pero ahora sí —afirmé—, y no hay vuelta atrás.

—¿Hay alguien más?

Los labios llenos y excitantes de Antonio vinieron a mi cabeza, se curvaban y sus ojos se aclaraban con amor. Nuestros cuerpos chocando con necesidad, la desesperación que solo él despertaba en mí y que me parecía imposible que otro pudiera siquiera acercarse.

—¿Qué? —pregunté intentando ganar tiempo.

—Ya veo que sí —me soltó y lo hizo con un desprecio que jamás pensé que pudiera sentir hacia mí.

Me había prometido ser sincera, pero no había razón para serlo hasta el final, solo conseguiría herirlo más. Saber que le había engañado, que sentía cosas que nunca sentí ni sentiría por él con otra persona solo le causaría dolor y no lo merecía, lo tenía muy claro.

—No —mentí y lo hice mirándole a los ojos—, no hay nadie más.

—¿Seguro?

Afirmé con toda la seguridad que fui capaz de fingir.

Para mi sorpresa se incorporó y me abrazó, rompió a llorar en silencio sobre mí, y mis lágrimas saladas acompañaron las suyas, silenciosas. Le cogí la cara y lo besé, quise decirle que le quería, pero entonces él insistiría en buscar solución a un problema irresoluble, así que me lo callé. Besé sus labios una última vez y, limpiando su rostro, me aparté de él, volviendo al respaldo de mi asiento, de donde no pensaba moverme.

—Yo también te quiero —dijo tragando saliva—, cuando me necesites estaré —aseguró poniéndose de pie—. Cuídate mucho —me pidió antes de irse.

Lo observé marcharse cabizbajo y, mientras lo dejaba ir, consciente de que difícilmente volveríamos a coincidir si nosotros no propiciábamos el encuentro, pensé en lo que me llevaba del tiempo compartido con él. Su amor por la música clásica, la honradez, su sinceridad que pensaba hacer que me caracterizara de ese momento en adelante. Esa al menos fue mi intención.

30

Empezaba la temporada de verano y yo estaba de nuevo soltera; además, era libre, sin castigo. Estaba muy emocionada. Podía hacer lo que quisiera. Luis ya no estaba en mi vida y, aunque a veces pensaba en él, lo hacía con nostalgia; rápido cogí distancia.

Mónica estaba molesta conmigo por haberle hecho daño a Luis. Me jodió bastante que se pusiera más de parte de él que de la mía, cuando yo aguanté tres meses con él para que pudiera estar centrado en la selectividad, a pesar de no querer estar con él ya.

Raquel tenía un trabajo de verano en un *esplai*[12], se le daban bien los niños, nadie lo hubiese dicho. Aquella noche, aquella fatídica y fantástica noche en que perdí la virginidad, ella también lo hizo, tal como había predicho Fabi. No quiso volver a verlo.

Fabiola aquel verano estaba más culo inquieto de lo normal, no paraba. Subía y bajaba de Barcelona, pasaba días con sus amigos del internado y otros con nosotras. Se fue a Ibiza una semana y otra a Menorca, olvidando que ella también vivía junto al mar.

Esther volvió al trabajo, su relación con Javi parecía ir por el buen camino; cuando estaban juntos volvían a sonreírse y, aunque sus vidas habían cambiado, parecía que ambos lo habían asumido al fin. Se les veía en paz con el cambio. Algunas tardes íbamos a la playa con la peque, luego yo me iba con el resto a los «banquitos» y ella volvía a casa.

A pesar de que ya no estaba castigada, de que podía dormir en casa de mis amigas, de que sabía dónde buscarlo y de que no podía sacarlo de mi mente y mis ensoñaciones, no había visto a Antonio. No desde aquella mañana en que tuve que salir a hurtadillas de su casa, mientras poco más que le faltó echarme de su habitación como a una vulgar ramera.

Los banquitos estaban cada vez más concurridos. Javi se pasaba a veces por allí, también alguno de sus colegas, como Jairo, que se me declaró un par de semanas después de lo que pasó en la fiesta de Fabi. También venía Peter y otros amigos de Antonio, pero él no asomaba por allí y sabía de sobra que yo era la causa.

La primera vez que lo vi fue la noche de San Juan. Lo celebramos en la playa, empezamos en los banquitos bien pronto. Esther y la niña estaban con nosotros, Fabiola y yo fuimos con Javi a por la cena y cenamos en los mismos banquitos unos bocadillos con latas de cerveza y la nevera cargada y preparada para la noche.

Acabamos en la playa, para entonces Esther, Emma y Javi ya se habían ido. Allí fue donde me lo encontré, esperé a que él se acercara, pero no lo hizo, a pesar de que Peter sí vino a saludarnos y estuvo un

rato hablando con Raquel y conmigo.

Quise ir yo, ni siquiera sabía con qué intención, si la de reñirle por no saludar, por lo que me hizo aquella mañana o por romper el hielo después de tantos días, pero con Raquel allí no me atreví a acercarme a él. Me afectaba demasiado y más cuando bebía.

Aquel mismo fin de semana, por supuesto, también me lo encontré en el Pont. Fabiola, Raquel y yo fuimos en tren. Estaba nerviosa, no sabía cómo iba a reaccionar, cómo iba a tratarme, ni yo a él, si íbamos a volver a ignorarnos y a no dirigirnos la palabra; era absurdo, pero también hablar de ello. Encima estaba Raquel otra vez, para complicar más la situación. Yo quería pasar de él después de lo mal que se comportó aquella mañana, después de que ni me saludara la noche de San Juan, pero también tenía ganas de verlo y sabía que a la que bebiera un poco, y empezamos ya en el tren con el botellón, mi orgullo sería vencido por mis ganas de verlo y lo presente que lo había tenido todos esos días.

Por supuesto allí estaba, sellaba cada finde. Apenas me miró y no me dirigió la palabra. Me hizo daño que me ignorara de nuevo, dejando claro que no le importaba lo más mínimo. Capeé la situación lo mejor que pude e intenté sin mucho éxito no derrumbarme. Raquel pensó que me había dado el bajón por Luis y yo alimenté su teoría falsamente.

Me lamenté, preguntándome dónde había quedado aquel chico capaz de besar con la mirada, aquel que me había abrazado y besado sin descanso, él que al mirarme era capaz de verme y hacerme sentir la persona más especial del mundo para él. No había rastro de ese Antonio y yo no quería ni acercarme a esa versión de él, que me miraba por encima del hombro como si una mancha en sus *cortez*[13] nuevas tuviera más importancia que yo.

Después de ese sábado se dejó caer alguna vez por los banquitos, con la misma actitud. No me tenía en cuenta ni para sus absurdas bromas, ni como blanco de sus críticas, era como si fuera transparente y, después de lo que habíamos compartido, su actitud me hacía mucho daño. Me desahogaba con Sofía y a veces con Esther, solo a ellas les había contado lo sucedido y, aunque me sentía mal por tener secretos con Raquel, era mejor así.

—Lo que tienes que hacer es darle celos —me pinchaba Esther—. ¿Qué se ha creído? —demandó ofendida—. ¿Que vas a estar esperándolo? De eso nada —sentenció—. Esta tarde te vas a casa de Fabi, que ella te preste algo bonito y te maquille, vas a estar rompedora. Javi sale esta noche con Jairo, le diré que os pase a buscar y te pasas toda la noche pegadita a Jairo, que aprenda ese idiota —sentenció más enfadada incluso que yo.

Le hice caso a la rubia y fui a casa de Fabiola; allí nos preparamos

para salir, Javi me mandó un mensaje diciéndome que nos recogían en casa de Fabi.

Jairo siempre estaba muy atento a mí, y aquella noche no fue diferente. En lugar de hacer lo que Esther me había aconsejado, que era pegarme a él para darle en la cara al otro imbécil, me nacía poner distancia entre los dos. Yo le gustaba, se había declarado y aunque él también podía llegar a gustarme y me caía genial, no era el caso, aquello no iba a ocurrir. No porque estuviera pillada por Antonio, que lo estaba, no quería seguir negándomelo, al igual que tampoco quería ahondar en esos sentimientos para ver cuán profundos eran; no, no era por eso, era porque cuando me besó en la fiesta de Fabi supe que no, que no había nada entre nosotros y era injusto utilizarlo, no se lo merecía.

A medida que la noche fue pasando y mi cuerpo calentándose de alcohol, mi enfado se fue disipando, era agotador seguir enfadada con él. Me agobiaba aquella situación y si bien era cierto que aquella mañana me trató fatal, yo tampoco le había facilitado que se disculpara. Sí, así de borracha estaba para tener esos pensamientos. Tenía ganas de él.

Llevábamos dentro un rato y yo no hacía más que buscarlo con la mirada, pero no aparecía y, cuando ya iba por mi tercera copa, lo vi, y él me vio a mí. Nuestras miradas se encontraron una fracción de segundo, pero él enseguida apartó la suya y yo lo seguí con la mía.

Mis pasos le siguieron hasta la barra, no iba solo, estaba con dos amigos y dos chicas, las dos muy chonis, con su ralla hasta la sien, pintadas hasta el extremo y recargadas.

Me puse junto a él y esperé a que me mirara, lo hizo de reojo, lo vi pero me ignoró como si no se hubiera dado cuenta. Le cogí la muñeca y alcé los talones poniéndome a su altura, no muy lejos de la mía. Besé la comisura de sus labios y por fin me miró.

—Hola —me separé unos centímetros para saludarlo cuando al fin me miró.

—¿Qué estás haciendo? —demandó en un tono despectivo.

—Solo te estoy saludando —recuperé mi posición, como si sus palabras me hubieran golpeado—, estoy cansada de que no nos hablemos. Es absurdo después de lo que pasó.

—¿De lo que pasó? —demandó frío—. Lo que pasó no debió pasar —me soltó a bocajarro, la primera en la frente—, ni volverá a ocurrir —aseguró siendo consciente o no del daño que sus palabras me provocaban—, nunca más —sentenció con desprecio.

—¿Por qué? —preguntó mi boca por mí. Ni siquiera quise preguntar, seguía tratando de asimilar el odio que desprendía por mí—. Si es por Luis ya he…

—No seas estúpida —me cortó, mirándome con los ojos

entrecerrados y el ceño fruncido, mientras yo me sentía cada vez más pequeña y estúpida por creer que siendo yo quien rompiera el hielo volvería aquel Antonio cariñoso y mimoso, aquel al que estaba dispuesta a darle más de lo que merecía—. Me importáis una mierda, tú y tu novio —declaró mientras mi pulso se aceleraba de dolor—. Deberías volver con él —me aconsejó y sentí que el nudo de mi garganta me ahogaba—, no creo que muchos tíos estén dispuestos a aguantar tus tonterías para lo que luego ofreces.

Quise decirle que era un cerdo, pero si abría la boca las lágrimas de mis ojos se desbordarían y no quería darle el gusto de verme llorar. La chica que estaba más cerca de él le dijo algo al oído, le rodeó la cintura y se alejaron a la barra, como si nada. Allí, su mano bajó hasta el trasero y lo manoseó con ganas, antes de colarse entre sus piernas.

Me di la vuelta, no quería ver más, cerré los ojos y las lágrimas silenciosas se escabulleron de mis ojos, rodando veloces. Desesperada busqué a Fabiola con la mirada, pero como siempre que la buscabas, no estaba. Divisé a Javi en el centro de la pista.

—¿Has visto a Fabi? —cogí a Javi del brazo, tirando de él para hablarle al oído.

Se incorporó para negar con la cabeza y, al verme la cara, cercó mi rostro entre las manos y buscó alrededor. Se agachó para hablarme al oído, no había otra forma en el centro de la discoteca para que pudiéramos escucharnos.

—Vamos —dijo antes de rodearme los hombros con el brazo y sacarme de allí.

—Lo peor es que me lo merezco —dije cuando ya me hube calmado un poco.

Javi tenía una paciencia de Santo, aguantó el chaparrón estoico; cuando solo sollozaba, me acarició la espalda en silencio y, cuando parecí calmarme, me sirvió un cubata.

—Eso no es verdad —discutió el pobre Javi.

—Tenía novio y me acosté con él —reconocí con vergüenza—, dejé que ese patán me desvirgara y me he pillado por él. ¿Se puede ser más estúpida? —dije enfadada.

—Tú le gustas, Aurea —aseguró él.

—No. Creía que me apreciaba, que me tenía cariño, pero por lo visto ni siquiera eso.

Aparté la mirada, queriendo patear el mundo, darme de cabezazos por ser tan tonta.

—He visto cómo te mira —me cogió la barbilla para que le mirara—. Esther también lo vio la noche que salió con vosotras. Su desesperación aquella mañana…

—No intentes convencerme de nada —le pedí—, no se merece lo que siento por él.

—Quizás no se lo merezca, seguramente —afirmó soltándome la barbilla y me dedicó una sonrisa cerrada—, pero no permitas que te haga sentir mal o estúpida por sentir. No podemos gobernar en nuestros sentimientos. ¿Crees que yo quería la vida que tengo? ¿Qué con veinte años estaba preparado para enamorarme de una chica a la que le sacaba cuatro y dejarla embarazada? No, no lo estaba, y de saberlo habría luchado contra ello, no era lo que quería y ahora no cambiaría nada. Él también se dará cuenta, solo de ti dependerá que sea tarde o no, pero no permitas que te haga sentir mal por sentir, por amar.

—Yo no lo amo —negué mirando mi cubata—, no podría, no se lo merece.

—Eres igual de cabezota que Esther —negó besándome la cabeza y se separó de mí.

Al volver dentro, se estaba enrollando con aquella choni de polígono, y yo allí, arreglada para él, con la cara descompuesta por el dolor que sus palabras me habían provocado, mientras tenía que ver cómo le daba a otra los besos que yo había anhelado.

Salí de la discoteca y no volví. Fabi salió conmigo, había reaparecido con su amiga Natalia, a quien no parecía caerle muy bien por las miradas que la pillaba a veces echándome. Jairo salió más tarde y ellas se fueron, se quedó conmigo, aguantándome la chapa, aunque con él no entré en detalles; cuando Javi volvió a salir nos marchamos.

—¿Me puedes dejar en casa? —le pedí a Javi.

—Es mejor que tu padre no te vea —me aconsejó Fabiola.

—Necesito dormir en mi cama esta noche, Fabi —la cogí de la mano—, no te enfades —le pedí, aunque sabía que no le importaría mucho.

—Lo que tú necesites —se encogió de hombros y puso una mano sobre la mía.

Eran casi las siete de la mañana, ni siquiera era de día cuando me dejó en mi casa y se marchó con el resto. Entré a hurtadillas y me colé en mi habitación sin que nadie me viera.

Supuse que ella debía estar allí, en mi casa, tirándose a mi padre, pero estaba tan agotada psicológicamente que no me importó. Dejé pasar aquella oportunidad de montar un número para ver si se largaba de una vez por todas para no volver.

—¿Dónde está mi padre? —entré en la cocina al día siguiente.

—Aurea —dijo sorprendida, hacía la comida y olía de muerte. El hambre voraz que solía tener después de una fiesta ayudaba—, buenos días —me saludó e hizo una pausa, supongo que esperando una respuesta que fueron mis brazos cruzándose, mirándola sin disimular el desprecio que me despertaba—. No sabía que estuvieras en casa.

Podía entender qué veía mi padre en ella, era joven, tenía buen tipo y una cara pasable; además tenía paciencia y parecía «agradable», no lo sé. Pero mi padre era demasiado mayor para ella, era asqueroso imaginar por qué se lo tiraba, me daba náuseas.

—Es mi casa —la corté con un tono tajante.

—Sí, por supuesto —se azoró—, claro que sí, es solo que tu padre me dijo que pasabas el fin de semana en casa de tu amiga. Esa que es tan guapa, ¿Fabiola? —me preguntó.

—¿Dónde está mi padre? —ignoré todas y cada una de sus palabras.

Se giró para remover la comida y agachó la mirada.

—Ha ido a comprar algo de postre. ¿Te quedas a comer?

—¿Me estás invitando a comer en mi propia casa? —demandé sin poder creerlo, ofendida—. Porque esta es mi casa, no la tuya —le recordé—. ¿A ti te ha invitado alguien?

—Sí Aurea —se giró para encararme, creo que era la primera vez que lo hacía—, tu padre me ha invitado. Me gustaría que nos lleváramos bien, si me dieras una oportuni…

—No me interesa —la corté, no quería ni escucharla.

—Eres muy egoísta —me acusó, cruzándose de brazos después del ataque.

—¿Cómo has dicho? —crucé la puerta de la cocina en su dirección.

—Tu padre lo está pasando fatal con esta situación —dijo bajando los brazos.

—Solo tiene que dejarte y todo volverá a la normalidad.

—No va a dejarme solo porque tú te encapriches —discutió y yo apreté la boca.

—¿Quieres apostar? —demandé, fingiendo un poder que yo sabía que no tenía.

—No quiero pelear contigo —dijo con renuncia—, no quiero hacerle daño a tu padre.

—Entonces lárgate —le sugerí.

—No voy a marcharme, estamos yendo despacio por ti, pero lo nuestro va en serio.

—¡No te aguanto! —exclamé dándome la vuelta, no quería ni verla.

Salí de la cocina y, en el pasillo, me encontré a mi padre, venía hacia nosotras con pasos largos. En las manos llevaba una barra de pan y, por la forma del envase del pastel, un brazo de gitano. Con el estómago rugiéndome me pregunté si sería de nata o de crema.

—¿Qué ocurre? —me preguntó en cuanto me vio salir de la cocina.

—Necesito salir de aquí —confesé desesperada, esperando que me

alcanzara.

—¿Salir a dónde? Ya no estás castigada —dijo cogiéndome del brazo—. ¿Qué pasa?

—No la aguanto —señalé a la cocina con los ojos llenos de lágrimas.

—Aurea, por favor —dijo con un tono desesperado.

—No puedo con ella —seguí agobiada—, no la puedo ni ver. Es que la veo y me da taquicardia —reconocí fuera de mí.

—Hablemos —me pidió dejando las cosas en la cocina.

Me condujo a su despacho, se sentó detrás del escritorio y se apoyó en él. Se pasó las manos por la cabeza, despeinándose. Nerviosa, me paseaba frente al escritorio fuera de mí.

—¿Qué puedo hacer? —alzó la mirada para encontrarse con la mía.

—Corta con ella —le pedí acercándome a la mesa, apoyé mis manos en ella para que me escuchara—, es desestabilizador tenerla en casa, va a hacerte daño —le advertí.

—No la conoces, si le dieras una oportunidad… —negué con la cabeza, apartándome. Me oía, pero no me escuchaba, volví a pasearme por la estancia—. Intenta llegar a ti y se está esforzando mucho para encajar, pero es que no le dejas ni acercarse, hija…

—No la quiero en mi vida —paré de nuevo, mirándolo, enfadada.

—Pues yo sí —discutió—, la quiero y la semana que viene va a mudarse —sentenció.

—No —negué como si acabara de abofetearme.

Mis pasos se detuvieron, me sentía vacía, me había levantado con el propósito de hablar con él para pedirle que me dejara marchar unos días. Necesitaba distanciarme, de todo, de Antonio. Aunque él era mi principal foco de malestar, también quería alejarme de esa casa, de Catastrófica, de mi padre, incluso de mis amigas. Estaba cansada de guardar silencio con Raquel, aburrida de la actitud de Mónica, y echaba de menos a Esther en todo lo que hacíamos y no estaba. Pensaba que unos días con mi prima me harían sentir mejor, ver a la familia, pero nada me animaría si esa mujer se mudaba a mi casa.

—Sí, te hemos dado tiempo para que te hicieras a la idea, te he levantado el castigo a pesar de que te puse como condición que fueras amable con Cata y no lo has sido. Ser indulgente está claro que no está dado frutos. Va a venir a vivir con nosotros —aseguró.

—Quiero marcharme a Vigo —declaré.

—¿A Vigo? —preguntó sin comprender.

—Sí, quiero irme con mi familia —sentencié, vencida. Nada salía como yo quería; nadie, nunca, me elegia a mí, pensaba, aunque no era cierto—, ya no pinto nada aquí.

—No digas tonterías, Aurea —me pidió poniéndose en pie.

Se acercó y me cogió de los hombros, me atrajo hacia sí con reparo, pude sentirlo. Me rodeó y yo me abracé a él, rompí a llorar como ya nunca lo hacía delante de él.

31

Mi padre nos recogió en el aeropuerto, solo; me alegré de que no viniera con ella y mi prima Sofia consumió la conversación la mayor parte del trayecto, explicándole a mi padre cómo le había ido el curso, aquel año había acabado la ESO, qué planes tenía en adelante.

Sabía lo que me esperaba en casa, mi padre había dejado caer algunos comentarios para que no hubiera sorpresas; aun así, nunca estaba preparada para ella. Al llegar a casa, enseguida empecé a ver cambios, y el primero nada más entrar; en el recibidor me encontré un jarrón con flores que te daban la bienvenida con un agradable aroma. Al entrar al comedor allí estaba ella, esperándonos con una sonrisa y su cara pedante, solo le faltaba estar sosteniendo un bizcocho de bienvenida con un delantal, como si fuera la perfecta señora de su casa, solo que la casa era mi hogar y lo estaba usurpado.

Agaché la cabeza buscando mi maleta, la cogí de las manos de mi padre y me marché a mi habitación sin abrir la boca, sin ni siquiera saludarla con tal de no seguir viendo su odiosa cara de Doña Perfecta.

—Tú debes de ser Sofía —escuché que saludaba a mi prima.

Dejé la maleta y ni siquiera la deshice; al volver al comedor mi prima hablaba con el enemigo y no quise ver más, cogí la moto y me marché donde se alegrarían de mi regreso.

—¡Has vuelto! —exclamó Raquel al verme.

Vino hacia mí corriendo y nos fundimos en un abrazo, de los que te sientes en casa.

—Claro que sí —la estreché con ganas mientras ella hacía lo mismo.

—¿Cómo te ha ido? —se separó para mirarme a la cara sin soltarme.

—Allí bien —reconocí—. Lo malo ha sido la vuelta.

—¿Está en tu casa? —demandó y afirmé con la cabeza. Volvió a abrazarme con ganas.

—Lo bueno es que me he traído a Sofí —dije sin soltarla.

—Ella siempre te hace mucho bien —me peinó el pelo, cogiéndome el rostro.

—¿Qué tal por aquí? —me interesé observando sus ojos castaños.

Raquel me puso al día. Fabiola estaba en Roma con su madre, volvía al día siguiente. Mónica se marchaba en dos días al pueblo, así que Esther estaba organizando una «fiesta de verano» para el viernes, era el día en que estaríamos todas.

—¿Te quedas a dormir en mi casa esta noche? —me ofreció animada—. Seguro que tienes un montón de cosas que contarme —creo que vio en mi cara que iba a decir que no y se adelantó,

errando el motivo de mi negación—. Sofí también puede quedarse, claro.

Mi visita a Vigo me había hecho cambiar el chip, al volver ya no era aquella versión histérica y superada que se marchó una semana y media antes. Tener a Sofí conmigo también ayudaba, ella siempre me ha hecho bien. Pero estaba a años luz de tener superado lo del «Chispas» y lo último que quería hacer nada más llegar era encontrarme con él. Había marcado una distancia y necesitaba mantenerla un poco más, por mi salud mental.

Nos reunimos todas en casa de Esther a media tarde, íbamos a cenar al centro de la ciudad, todavía no sabíamos dónde y, de ahí, dar un largo paseo hasta la playa para acabar en los chiringuitos, tomando algo más fuerte.

El reencuentro fue bien. Mónica seguía fría conmigo, así que yo tampoco me acerqué mucho, no me apetecía demasiado. Entendía su enfado, me había enrollado con Antonio, había engañado a Luis y, para rematar, luego le había roto el corazón al dejarlo. Todo cierto y culpa mía. Pero ya iba siendo hora de que lo superara, yo era más amiga de ella que él, o al menos eso se suponía. Fabiola parecía nerviosa, se movía mucho y, como siempre, tenía muchas cosas que contar. Raquel ignoraba a Fabiola hablando por lo bajo con mi prima, como si lo que dijera la morena no le interesara en absoluto.

—Necesito ir a comprar a la farmacia un momento —dijo Esther de pronto—, no puedo dejar a Javi solo con la niña sin provisiones. ¿Me acompañas, Aurea? —me pidió—, y luego nos vamos —dijo a las demás.

—Claro —me encogí de hombros dejando de atender la anécdota de Fabiola.

—¿Os veis capaces de quedaros diez minutos con la niña? —preguntó al resto.

—A mí no me mires —alzó las manos Fabiola, parecía que sus brazos estaban un poco más llenos, le había ido bien su estancia en Roma—, esa niña me tiene manía.

—¡Qué tonta eres! —se acercó Raquel a la pequeña Emma, que estaba en su trona—. Díselo, mi niña preciosa —le dijo a la bebé, que no dejaba de crecer—: dile que es tonta.

Esther y yo nos marchamos, quise preguntarle si había pasado algo entre Fabiola y Raquel, estaba claro que no estaban bien, pero su relación era así, bajadas y subidas. Esther me había apartado por algo, la conocía, me había sacado de allí porque quería decirme algo, solo a mí, y eso solo podía significar que tenía que ver con ÉL.

—¿Qué pasa? —le pregunté bajando la escalera.

—¿Por qué tiene que pasar algo? —se hizo la inocente. Me giré con un alzamiento de cejas que dejaba claro que a mí no me la

daba—. Toni ha estado preguntando por ti —reconoció a bocajarro y a mí me dio un vuelco el estómago solo con oír su nombre. Miré al frente, fijándome en los escalones a mi pies—. Le pidió a Javi el otro día que lo avisara cuando volvieras —me dijo mientras bajábamos las escaleras.

—¿Javi va a hacerlo? —demandé intentando mantenerme neutral, fría.

No me sentía ni una ni otra cosa, sentía que se me aceleraba el pulso por el simple hecho de estar hablando de él y era muy patético, yo me sentía patética. Llegamos al portal y Esther me cogió del brazo para que me detuviera.

—Javi hará lo que tú le digas —me aseguró—, pero acabará enterándose de que estás aquí, si no lo sabe ya. No es al único al que le ha preguntado por ti y cuándo volverías.

Me humedecí los labios observándola, mi rubia bonita estaba preocupada por mí. Ella sí sabía que en parte me había marchado por él, ella y Sofí eran las única que sabían hasta dónde había llegado con él, hasta donde llegaban mis sentimientos por ese malnacido que no merecía más que mi desprecio más profundo y absoluto.

—¿Qué quiere de mí, Esther? —pregunté con desesperación—. Se enrolló con otra en el Pont —confesé y ella afirmó sin sorprenderse, estaba claro que Javi la había informado y me pareció bien—, pasó de mi cara después de lo que ocurrió entre nosotros, me trató como a una mierda, me ignoró, me rechazó… ¿Y ahora pregunta por mí? ¿De qué coño va?

—No tengo ni idea —reconoció acariciándome el brazo—, pero no puedes dejar que te afecte así —me aconsejó—. Tienes que hacer algo con él.

—Hice lo que me dijiste, me puse guapa para él, fui yo a hablarle, a pesar de que me ignorara en San Juan, como si le importara menos que la arena que pisaban nuestros pies. ¡Y él se enrolló con otra en mi puta cara! —grité enfadada—. ¿Y ahora pregunta por mí? —demandé con rabia—. ¡Que le den por el culo! —exclamé enfadada, hervía de rabia.

Llevaba en casa dos días, todavía no lo había visto y ya estaba echando espuma por la boca por su culpa y causa.

—No grites —me pidió tirando de mi brazo fuera del edificio—. Creí que debías saberlo —me dijo una vez fuera, rodeando mi brazo con el suyo de camino a la farmacia—, al menos para estar preparada —sugirió buscando mi mirada.

—Con él es imposible estar preparada para nada, nunca sabes por dónde te va a salir.

—¿Y qué vas a hacer? —demandó.

—Pasar de su cara —contesté mirándola un instante—, pasar de su

puta cara —repetí y esa vez me lo dije a mí misma—. Me ignora, ¿no? Pues yo no lo ignoro más a él. ¿Se besa con esa choni barata? Pues yo buscaré otro con el que enrollarme —dije enfadada—, más alto, con más pelo y que esté más bueno. Está a una puta barbacoa de ponerse gordo.

—No está gordo, Aurea —se río Esther de mi malicia.

—Bueno… Eso al menos se puede trabajar, pero no la altura ni la alopecia —dije enfadada—. Voy a buscarme a uno que sea más alto que una torre —aseguré consciente de que tenía complejo de bajito, aunque no lo era, pero tampoco era alto.

—Jairo es alto —sugirió Esther sonriendo.

La miré, tenía razón, Jairo era alto y le gustaba pero, aunque me cayera genial y fuera guapo, él a mí no, ni siquiera sabía el por qué. Así como Antonio me gustaba por algún desconocido motivo, Jairo no me gustaba por lo mismo.

—No me gusta —le mantuve la mirada— y es una pena, porque el chico es mono.

—Y está pilladísimo por ti —aseguró ella entrando en la farmacia.

—Y yo haciendo el imbécil por ese gilipollas al que todavía no entiendo qué le veo para que me afecte como lo hace. No merezco cómo me trata, no lo aguanto más de diez segundos seguidos y, si Raquel llega a enterarse de que nos hemos enrollado y se lo he ocultado, no me volverá a hablar en mi vida —puntualicé—. No vale la pena —sentencié.

—Amén entonces —dijo Esther como quien da el tema por zanjado.

Yo era muy consciente de que la teoría estaba bien, la conocía, el dilema venía con la práctica, el problema aparecía cuando lo hacía él. Frente a él perdía fuerza, estaba comprobado, era capaz de perderme en él. En sus carnosos labios, en las motas marrones de sus ojos verdes, en sus manos cuando se dedicaban a mí, en la humedad de su boca, en su forma de hacerme sentir, de llenarme de vida para bien y para mal.

—Pues eso —dije distraída, extraviándome en el hilo de mis pensamientos.

—Tampoco entiendo lo de Raquel —me dijo devolviéndome a la farmacia—, también te lo digo —añadió—, a mí me encantaría que te liaras con mi hermano.

—Tu hermano está en primaria —le dije con una mueca de asco.

—Ya… —se inclinó de lado hacia mí—. Pero te llevas los mismos años que con Toni. Cuatro —añadió alzando los ojos para mirarme, mientras se burlaba de mí.

—Eres tonta —la empujé y las dos nos reímos—. Supongo que Raquel quiere protegerme de él, ya sabes cómo es con las tías, y aquí

estoy yo, sufriendo por él. Seguro que quería evitarme esto, que me hiciera daño. Ya no me lo va a hacer más —aseguré—, se acabó, del todo, para siempre —manifesté, intentando convencerme a mí misma.

No lo conseguí, me di cuenta en cuanto lo volví a ver aquella misma noche.

32

Aquel fue el verano del «Asereje», el «Ave María» de Bisbal y del «Que la detengan» de David Civera, todas con la coreo bien aprendida. Yo apenas me había dado cuenta, vivía en un mundo paralelo al del resto de los mortales de mi edad; las pocas veces que había salido, lo había hecho en un ambiente muy diferente, el del maldito *Pont Aeri*, donde ponían un tipo de música alternativa, algo más «cañera».

Allí estábamos en la playa, haciendo botellón después de coger comida en un sitio mítico de la ciudad, fricándola con patatas fritas para llevar que degustamos entre risas en el mismo centro, antes de ir como una comitiva de risas y exclamaciones de camino a la playa, surtidas de todo tipo de provisiones para una noche de encuentro entre amigas, una noche se suponía tranquila y diferente.

De tranquila no tuvo nada, no para mis nervios, al menos. En cuanto él apareció yo perdí el rumbo. Mis decisiones e intenciones me abandonaron en aquella playa, dejándome solo las ganas de acercarme a él, de hablar, de aproximarme, de conectar una vez más. De volver a ser aquellas dos personas que a veces se encontraban en el balcón y eran capaces de hablar de todo y simplemente entenderse. De ser los mismos que acariciaban el cuerpo del otro, que se besaban como si de eso dependiera su propia supervivencia. Ya no éramos aquellos, ningunas de esas personas, ninguno de los dos.

Lo observé, al principio esperando que se acercara a mí; cavilé que quizás se disculpara por su comportamiento de mierda. No porque se liara con otra, sino por lo cruel que fue, se pasó y él debía saberlo tan bien como yo. También temía que me la liara, y nuestras miradas se iban encontrando, pero ninguno daba el paso de acercarse al otro.

—Deja de mirarlo —me aconsejó mi prima sentándose a mi lado, llevaba una lata de cerveza en la mano—, a no ser que quieras hablar con Raquel y contárselo.

Le di una calada al cigarro buscando a Raquel con la mirada. Ella y Esther jugaban en la orilla del mar, esquivando las olas como dos niñas, cuando una se dedicaba a cuidarlos y la otra era madre. Allí estaban despreocupadas, jugando por el puro placer de hacerlo.

Me acabé la colilla y la tiré dentro de una lata de cerveza vacía. Me dejé caer en la arena y observé el cielo, estrellado y en calma, apenas lo veía perdida en mi cabeza. Preguntándome cómo me había dado tan fuerte por alguien que odiaba. Cómo se podía querer sin remedio y odiar sin fisuras a la misma persona, con esa intensidad exacta para ambos sentimientos, tan opuestos e irreconciliables. ¿Cómo era aquello posible?

—Va a acabar viniendo —le dije a mi prima, distraída en las

cuestiones que rondaban mi mente—, ha estado preguntando por mí y me la va a liar —vaticiné.

—Pues que venga —respondió mi prima dejándose caer conmigo. Giré la cabeza para mirar a mi duendecillo. Era menudita y preciosa, pelirroja también, como nuestras madres, pero ella tenía una piel mucho más bonita y unos preciosos ojos verdes que ojalá hubiera heredado yo; mi padre los tenía azules, mi madre verdes y yo marrones—, pero deja de buscarlo con la mirada.

—Ración doble de pelirrojas —ese comentario era muy de su estilo y, aunque me hubiera gustado, no era suyo. Me apoyé en mis codos para mirar a Peter—, me alegro de que estés de vuelta gallega —saludó a mi prima con una sonrisa llena de ilusión.

Al amigo de Antonio le había dado fuerte por Sofía, pero no iba a llevarle a ningún sitio. A ella no le interesaba, no era su tipo, había un desequilibrio inmenso entre ellos. Él parecía el más mayor de la playa y mi prima se notaba que era la más joven, a pesar de llevarse solo un año con nosotras, excepto con Esther, que se llevaba dos, era la mayor.

Antonio no se acercaba a donde estaba yo, y mi incomodidad alcanzaba cotas peligrosas, sazonada por la incomprensión y la sorpresa. Preguntaba por mí y luego no era capaz ni de saludarme. A medida que la noche fue transcurriendo, yo me fui indignando y envenenando sola, esperaba una disculpa que parecía no fuera a llegar.

—¿En qué momento se nos ha acoplado tanta peña? —demandó Raquel sentándose.

Observé a nuestro alrededor; sí, había cada vez más gente, alguien había dejado un coche abierto con la música a todo lo que el estéreo daba y habíamos estado bailando.

—¿Nos vamos? —sugerí con un hilo de voz.

—¿Estás loca? —me miró con el ceño fruncido Mónica—. Mira a Esther —me pidió y la divisé a lo lejos jugando con un pequeño grupo—, necesita tener diecisiete años, aunque sea un rato.

Afirmé con la cabeza de acuerdo con la lista del grupo y nos quedamos allí, sentadas un rato. Raquel, Fabiola y yo fumándonos un peta, ya llevábamos más de uno aquella noche. Mónica se marchó con Esther, que bailaba con mi prima. Peter no andaba lejos de ellas y Antonio estaba por allí, con unos y con otros, con todos menos conmigo.

No puedo decir que me diera igual, pero prefería que me ignorara a que hablara más de la cuenta delante de su hermana y estallara la tercera guerra mundial. Así que procuré mantenerme con los míos e ignorarlo, su actitud y distanciamiento ayudaron. Cuando nos marchamos a casa, decidí que Sofía y yo dormiríamos en casa, se

suponía que nos quedábamos con Raquel, pero era peligroso. Corría el riesgo de ir al balcón buscando algo que no era para mí, cayendo de nuevo en sus garras para que uno de los dos le diera al otro algo que no merecía. Yo no merecía sus desplantes, ni él mis atenciones.

Y a partir de aquella noche, cada tarde se pasaba por los banquitos. Salía de trabajar, se daba una ducha y se dejaba caer por allí, y con él desfilaban toda clase de personas y personajes, atraídos por su carisma o su don de gentes. Cuando él estaba era hora punta, a veces me hacía pensar que quería quitarme el sitio, pero Sofí me lo quitó de la cabeza. A mí seguía ignorándome y poco a poco se me fue haciendo más fácil hacer lo mismo.

Una tarde cualquiera mi prima, Esther con la niña y yo, íbamos de camino a la playa dando un paseo cuando, al pasar junto a un conocido hotel de la zona, mi prima se asomó de puntillas para ver la terraza dentro del cercado.

—Reconozco que soy más de piscina que de playa —dijo mirando dentro del recinto.

Esther y yo nos acercamos y miramos. La piscina estaba vacía, a excepción de dos muchachos de muy buen ver. Morenos y sudados, con gafas de sol ambos, bebiendo cócteles en copas altas mientras se reían con bocas blancas contra su piel bronceada.

—Creo que yo también prefiero la piscina —comenté observando a los chicos con ojo clínico. Uno era más rubio y pecoso, ese era más fuerte; el otro era más delgado, pero tenía un tupe castaño en el que deseé hundir los dedos— y más cuando es internacional.

—¿Italianos? —demandó mi prima con ansia y una sonrisa soñadora.

—Italianos —reconocimos Esther y yo apartando la mirada para reírnos.

—Tienen una fama… —comentó Sofía dejando los talones en el suelo.

—Dile eso a Fabiola —le dijo Esther empujando el cochecito— y te dará un millón de razones por las que los italianos no valen para nada, más allá de haber inventado la pizza.

Sonreí en silencio, de acuerdo con Esther, pensando en lo desproporcionada que podía llegar a ser Fabiola a veces.

—¡Chicas! —escuchamos una voz a nuestras espaldas con ese acento inconfundible.

Miré de reojo a Esther y nos dimos la vuelta. Iba a preguntar si era a nosotras.

—¡Hola! —saludó mi prima con un gesto en la mano al moreno de bañador verde.

—¡Ciao! —contestó acercándose descalzo—. Bellas —nos dijo de una forma teatrera a la que Esther fue inmune, pero mi prima y yo ni

de coña—, las hemos visto desde la piscina —comentó despacio, buscando las palabras—. Yo soy Leo —se presentó— y él es mi hermano Paulo —señaló detrás de él. El rubio salía a nuestro encuentro, calzado con chanclas y una sonrisa en la cara—. Estamos aquí de vacaciones —nos informó.

—Yo soy Sofía —dijo mi prima despacio, señalándose el pecho con la palma de la mano. Parecía que los trataba más de imbéciles que de extranjeros— y ella es mi prima Aurea —me miró y frunció el ceño para que dijera algo.

—¡Hola! —hice un gesto con la mano que quedó de lo más ridículo.

—Y Esther —señaló a la rubia.

Hubo una breve ronda de besos en la que comprobé que aquellos dos cuerpos sudados olían a cloro de piscina y verano, nada de sudor, a pesar de lo empapados que estaban.

—¿Sois… —buscó la palabra Paulo— … *baby sitter*?

—¿Qué ha dicho? —preguntó Esther.

—Es su hija —le dije a Paulo.

—¿Cuántos años tienes? —se sorprendió mirando a Esther.

—¿Qué confianzas son esas? —intervino mi prima—. Tenía entendido que los italianos eran caballerosos y educados, pero preguntarle a una chica su edad… —dijo dejándome con la boca abierta, los estaba marcando, pero con mucho estilo y con un deje coqueto que aquellos dos no pasaron por alto—, no es ni una cosa ni otra —sentenció negando, como si la hubieran decepcionado.

Me pregunté desde cuando mi prima tenía aquella soltura con los chicos, y de dónde había salido, porque yo quería dos raciones bien generosas.

—Disculpad a mi hermano —nos pidió Leo, se le veía con menos soltura con el idioma o al menos era más inseguro que su hermano—. ¿Podemos invitaros a la piscina para compensar la *offesa*? —nos invitó señalando la puerta del hotel.

—Y a un refresco sin cafeína bien fresco —contestó Esther dándole la vuelta al cochecito de Emma.

—*Certo* —afirmó Leo poniendo la mano junto a mi espalda sin llegar a tocarme.

—Bien —seguí a las chicas, mi prima iba detrás de Esther.

Nos lo pasamos muy bien, los hermanos italianos eran simpáticos y abiertos, veraneaban desde niños allí, así que la conversación fue fluida y agradable. Nos invitaron a dos rondas de cócteles, todos sin alcohol, nos bañamos en la piscina y todos nos lo pasamos bien, sobre todo la pequeña Emma, que era medio sirena, le encantaba el agua.

Se nos hizo tarde y Leo nos llevó a casa en coche; primero dejamos a Esther y a la peque, Javi había llamado mosqueado cuando no

volvíamos a la hora normal, y esperaba en el portal con cara de pocos amigos y una pose de chulo que a mí, que sabía que era un trozo de pan, me hacía mucha gracia. De camino a mi casa, nos invitó a cenar y, por supuesto, Sofía y yo aceptamos. Estábamos llegando cuando recibí un mensaje de Fabi, ella y Raquel nos esperaban en los banquitos. Le contesté acortando al máximo las palabras diciéndole que habíamos conocido a dos italianos y nos íbamos a cenar con ellos, que nos veíamos al día siguiente.

«*Pasadlo bien y usar condón. No quiero más sobrinas*» fue su respuesta. Me ruboricé.

Fue una cena agradable, y cara. Jamás hubiera elegido el sitio, pero nos invitaron y lo pasamos muy bien. Fue una suerte que Paulo estuviera interesado en Sofía, porque a mí me gustaba más su hermano y a Sofía Paulo, que tenía diecisiete años y los ojos negros.

Al día siguiente volvimos a quedar, pasamos el día en Barcelona, les obligamos a comer en un McDonald's y los invitamos, agradecidas de la cena y los cócteles de la tarde anterior. Le escribí un mensaje a Raquel diciéndole que no bajaríamos a los banquitos, pero ni siquiera me contestó; no pensé que estuviera enfadada, di por hecho que no tenía saldo.

Pasamos los siguientes días con ellos. Paulo y Sofía se cogían de la mano, se daban tiernos besos cuando encontraban espacio propio. Leo y yo no habíamos pasado de charlar, la conversación era agradable, él lo era, además de caballeroso y educado.

Una llamada de Fabiola me alertó del cabreo de mi mejor amiga y del hermano de esta.

—¿Cómo que está enfadado? —pregunté sin comprender.

—¡Buah! —exclamó Fabiola y pude oír cómo se venía arriba—. Si lo hubieras visto ayer —decía excitada—, hasta Raquel le tuvo que llamar la atención.

—¡Este tío es imbécil! —exclamé enfadada.

—¿Antonio? —demandó mi prima curiosa y yo afirmé.

—¡Estaba fuera de sí, tía! —exclamó—. Cuando le dije que habías salido otra vez con el italiano brotó —declaró. Yo no quería, de verdad que mi mayor deseo era que nada de aquello me afectara, pero me di cuenta de que me estaba regodeando en las palabras de Fabiola. Me hubiese encantado poder verlo y me hubiese reído en su cara como él hacía en la mía. Él siempre me estaba sacando de quicio a mí, le venía bien un poco de su propia medicina—. Que si no los conocíais, que si eres muy inocente y se van a aprovechar de ti, que si esto no es normal en ti, que si llámala para ver si está bien… ¡Qué pesadilla!

—¿Y Raquel qué decía? —me obligué a preguntar regocijándome.

—Pues al principio le daba la razón, pero es que ayer ya era

insoportable… —se medio lamentó, porque escuché en su voz que estaba disfrutando de la situación—. Estaba súper pesado, pidiéndonos que te llamáramos para ver dónde estabas, que iba a ir él a ver si los *spaghetti* eran de fiar y los iba a poner en su sitio, que aquello te quedaba grande, que acabarías llorando, echándonos la culpa de que no cuidáramos mejor de ti… Y cien chorradas iguales o peores… Al final Raquel le preguntó que qué más le daba a él, que qué pasaba contigo. Y ya empezó con que si eras como de la familia, que para él eras como otra hermana…

—Como una hermana… —repetí negando enfadada.

Me dio rabia. No era la primera vez que decía aquello, justificando así sus sentimientos por mí. A una hermana no le haces lo que él me había hecho a mí, a una hermana no la tocas como él me tocó, como me besó. No es que creyera que estaba loco de amor por mí, o que sus sentimientos estuvieran al nivel de los míos, él no era tan estúpido como yo, pero al menos podía reconocer que me apreciaba, dejando fuera falsos parentescos.

—Ya, ya… Es un falso —comentó Fabiola y me di cuenta de que era mejor así, agradecí que lo fuera—. Y así está el tema, háblame de los *spaghettis* —me pidió, más por cumplir que por otra cosa, porque sin dejarme contestar siguió hablando—. ¿Vamos este sábado al Pont?

—No quiero ver a Antonio —reconocí.

—¡Que le den! —exclamó—. Tráete a los *maccheroni* y lo haces rabiar —concluyó.

33

Sábado por la noche y, si las cosas no salían como esperábamos, el último sábado de Sofía en Cataluña. Habíamos rogado a los padres de Sofía para que la dejaran quedarse otra semana, y la cosa estaba en manos de la aerolínea, de lo que costara cambiar el billete.

Mónica volvió del pueblo el día antes y en casa de Fabiola estábamos en guerra. Fabiola y Raquel querían ir al Pont, Mónica y yo no, y Sofía, que desempataba, decía que le daba igual mientras Paulo fuera con ella. Yo no quería a Paulo y Leo cerca de Antonio, y mucho menos con Raquel por allí, lo más probable es que pasara de mí, como la noche de la playa, pero con él nunca podía estar segura de nada, así que era mejor prevenir. Mientras debatíamos, Esther libraba su propia batalla con Emma, que no dejaba de quejarse.

Finalmente convencí a mi prima de que los italianos estarían más a gusto en otro ambiente que no fuera el Pont y fuimos a unas carpas. Fabiola se enfadó y no vino. No cabíamos todos en el coche, así que Sofía se fue con ellos y las chicas y yo nos fuimos en tren. Dos trenes tuvimos que coger y luego Leo nos recogió en la estación.

No fue una noche memorable, pero sí una tranquila, divertida y agradable, sin dramas ni malos rollos. Al final de la noche, que ya era por la mañana, Leo nos recogió en la estación, dejamos a Raquel y a Mónica en casa de la primera, donde Sofía y yo también se suponía que íbamos a quedarnos, pero no me apetecía verlo.

Mientras esperaban a que llegáramos, Paulo y Sofía se fueron a desayunar para hacer tiempo, y nosotros fuimos a reunirnos con ellos al puestecito ambulante. Pocas cosas me gustan tanto como desayunar churros con chocolate después de una noche de fiesta. Es mi perdición.

—Espera un momento —me cogió Leo del brazo para que no bajara del coche—, hay una cosa que quiero decirte. Que sé que tú ya lo sabes —sonrió avergonzado y yo le devolví la sonrisa, afirmando, animándolo a seguir hablando—, pero necesito decirte que me gustas —se declaró acariciándome el interior de la muñeca—, me gustas mucho.

—Tú a mí también —reconocí cogiéndolo del rostro—, pero yo no soy como Sofía —me sinceré observando su cara—, ahora mismo tengo una mochila y no está vacía.

Era increíble que le estuviera guardando más respeto al sinvergüenza de Antonio que al que en su día le había guardado a Luis. Parece incoherente, lo sé, pero no le estaba siendo fiel a Antonio, estaba siendo sincera conmigo misma, estaba siéndome fiel a mí, a mis sentimientos. Leo me gustaba, cierto, pero no conseguía que dejara de

pensar en él.

—No tengo prisa —aseguró atrayéndome hacia él con la mano que me sostenía.

Me besó la mejilla con toda la ternura del mundo y yo le devolví la caricia en los labios. Después le di la espalda y me bajé del coche. Me siguió y, rodeándome la cintura, nos acercamos a la mesa donde los tortolitos se comían entre ellos en lugar de los churros.

Nunca antes había visto a mi prima como aquellos días, estaba enganchada al guapo italiano. Estar con ellos llegaba a incomodar, más incluso de lo que lo hacían Esther y Javi al principio, y aquello eran palabras mayores. Me senté frente a ellos. Sofía estaba sentaba encima de Paulo, que tenía alrededor de su boca todo lleno de chocolate que ella iba besando y lamiendo, como si no estuviéramos allí. Ni siquiera nos saludaron.

Atrapé el cono de churros y pasé de ellos, arrastré otra silla en la que apoyar los pies.

—Están de muerte —le dije a Leo, ofreciéndole.

Comimos observando cómo poco a poco iba llegando más gente, casi todos de paso; al principio algún fiestero, también los primeros jubilados, les siguieron los que iban con el perro y a estos los siguió gente de a pie. Eran ya las diez de la mañana.

—¿Os llevo a casa? —me ofreció Leo indeciso, después de un rato de cómodo silencio.

—¿Te apetece ir a la playa? —le pregunté.

—¡A mí sí me apetece ir a la playa! —exclamó Sofía, que parecía no estar, pero sí.

—¿No estás cansada, bella? —demandó acariciándome la cara, ignorando a mi prima.

—Sí —reconocí—, pero prefiero ir a la playa que a mi casa.

Pasamos por casa a cambiarnos y coger lo necesario para la playa, pero acabamos en la piscina de su hotel. Comimos con sus padres, yo me sentía tímida y avergonzada, pero Sofía hablaba por las dos con soltura y desparpajo. Dormimos en las tumbonas una siesta y ya por la tarde fuimos a la playa, a jugar a vóleibol. Le mandé un mensaje a Raquel.

La esperamos para jugar tras su mensaje de «ok». Lo que no esperaba era que vinieran en comitiva. La encabezaban las chicas, Raquel, Fabiola y Mónica, ni rastro de Esther o Javi, y me extrañó que Fabiola estuviera, estaba muy cabreada con nosotras por haberse quedado sin Pont Aeri. Las seguían otros entre los que enseguida divisé a Peter. Se me aceleró el pulso y me dio taquicardia, mientras buscaba a Antonio entre el pequeño grupo que se acercaba dando un tranquilo paseo. No había rastro de él y pude volver a respirar.

Se me rompió un poco el corazón cuando Peter me saludó, el

modo en que miraba a mi prima. Conocía aquella mirada, mis propios ojos habían sido custodiados por aquella tristeza velada y me supo mal por él, aunque mi prima nunca le hubiera dado esperanzas.

—¿Vas a jugar? —intenté distraerlo.

—Creo que paso —contestó mirando el suelo.

Rodeé mi brazo con el suyo y esperé a que me mirara. Le dediqué otra compasiva sonrisa que él me devolvió con la misma tristeza que sobresalía de su mirada.

—Te invito a un cigarro —le dije.

—Mejor que sea un porro —contestó alejándose mientras tiraba de mí.

Nos sentamos alejados y compartimos el cigarro, mientras él se liaba el porro y yo le hablaba de cosas banales. Intentando animarlo al principio, luego me conformaba con distraerlo. Quise preguntarle por él, prepararme si es que debía hacerlo, pero no dije nada.

—¿No juegas, bella? —se acercó Leo pasado un rato.

—No —negué alzando la mirada, observándolo—, no soy buena en los deportes —reconocí sin necesidad de hablar de mi descoordinación motora; en temas deportivos iba más allá que recién levantada—. Siempre he tenido más madera de animadora.

—Me gustaría verte vestida de animadora —aseguró acuclillándose frente a mí.

Sentí cómo mi rostro enrojecía de vergüenza, había sido un comentario bastante inocente, o no, no lo sé, pero me dio mucho apuro que lo dijera, más delante de Peter.

—Quizás para Carnaval —dije como una aguafiestas—, aunque dudo que estés aquí para entonces —me encogí de hombros.

—Quién sabe —me acarició la mejilla y nos miramos a los ojos.

Su hermano lo llamó a gritos, depositó un débil beso sobre mis labios y salió corriendo.

—¿Tú estás liada con el otro? —preguntó Peter con desprecio en cuanto se fue.

Me giré para mirarlo y me apoyé en su hombro.

—Siento lo de Sofí —aseguré—, sé que ella te gusta de verdad.

—Ya, bueno —me tendió el canuto—, no importa, estoy acostumbrado —aseguró.

La conversación nos llevó a sus fallidas relaciones, no sé qué me dio de fumar, pero un rato después estábamos los dos revolcándonos en la arena entre carcajadas que hacían que mi abdomen se resintiera. Después empezamos con los rechazos y ahí podía yo decir la mía, picándonos a ver cuál de los dos era más patético y ridículo. No conseguimos ponernos de acuerdo, los dos creíamos que era uno mismo.

—Necesitamos alguien que desempate —le dije mientras fumaba,

ya era el segundo.

—¿Qué tal Toni? —ofreció.

—¿Qué? —exclamé con voz chillona—. ¡No! Él es el epicentro de mi vergüenza.

—¿De qué os reis tanto vosotros dos? —alcé la cabeza para encontrarme con Fabiola sobre mí—. Dadme de fumar —pidió tirándose de rodillas frente a nosotros.

—Ahora me rio de ti —dije partiéndome de risa—. Estás como un tomate —me burlé—. ¿Quién te manda jugar? —le pregunté observándola toda sudada.

—Quizás se te corte la risa pronto —dijo molesta.

—Es muy *imparablemente* imposible —contesté con mi ciego.

—¿Por qué no juegas tú? —me preguntó dándole largas caladas al canuto—. Tienes al italiano distraído mirando para aquí todo el rato, y va en mi equipo —me recriminó.

—¡Paso de hacer el ridículo como tú! —seguí riéndome—. ¿Quieres ser juez?

—¿Juez? —demandó con una mueca de incomprensión.

—Estamos haciendo una competición —aclaró Peter—, a ver cuál de los dos ha hecho más el ridículo y el penas por amor. Quién es más patético —le explicó.

—¡Bueno! No sabes con quién estás tratando —se burló de mí y yo miré a Peter afirmando muy orgullosa de lo triste y patética que podía llegar a ser—. Es imposible que la ganes —aseguró—, si no que te hable de Gaspy —sugirió riéndose y yo me tiré al suelo, partiéndome—. ¡Un año suspirando por él! Menudo suplicio fue aquello.

—Eso es verdad —conseguí reconocer.

—¿Quieres ver cómo se le corta la risa? —le dijo Fabi a Peter mientras la observaba. Me pregunté a qué venía aquello, lo dijo con muy mala baba, pero no tuve tiempo de formular mi consulta. Me cogió de la barbilla y me obligó a mirar detrás de mí. Se me congeló la sonrisa, tal como ella había adivinado que pasaría y me invadió el miedo, que me paralizó hasta el corazón, presa de su enorme presencia. Antonio estaba allí, y cuando digo allí, es allí mismo, a escasos metros. Fabiola hacía rato que lo había tenido que ver acercarse y no dijo ni pío—. ¿Ese juez te gusta más? —preguntó.

Me solté de su agarre y me giré para mirar sus bonitos ojos azules. Vale, me había reído de ella, cierto, y además en muy mal momento, teniendo en cuenta que seguía cabreada, aunque no salir fue decisión de ella, no nuestra. Estaba siendo muy mala.

—¿Cómo eres tan cabrona? —demandé sin ápice de buen humor.

—Para que te rías de mí otra vez —le devolvió el porro a Peter y se levantó—. ¿Qué pasa, Toni? —lo saludó sacudiéndose la arena, que

fue a parar a mi cara—. Estamos jugando a voleibol —lo informó y yo no quería ni mirarlo—, pero creo que el debate que tienen estos dos, puede resultarte más interesante —acabó con malicia.

—¿Con quién estáis? —preguntó él y yo seguí con la mirada clavada en la arena.

—Con los italianos que se han ligado Aurea y su prima —dijo Fabiola con alegría.

Cerré los ojos y volví a abrirlos, incapaz de creer que Fabiola hubiera dicho eso. Dentro de aquella bruma de colocón en la que me encontraba, lo recordé: él tocándole el culo a otra como solo debía tocármelo a mí, besándola, en mi cara, importándole una mierda como aquello me afectara. Me di cuenta de que no le debía nada y, si le debía algo, era darle en la cara, como él me había hecho a mí, dejarle claro que estaba por encima de él.

—El mío es el alto —me escuché decir. Alcé la cabeza del suelo y señalé a los chicos que jugaban alrededor de la red que separaba un equipo del otro—, el del bañador verde —aclaré para más señas, girándome para encontrarme con su mirada furiosa.

—¿Te lo has follado? —preguntó a bocajarro.

Sentí vergüenza, no debí sentirla, pero fue así. Me trataba como a una fresca, como a una cualquiera, y todavía no tenía la madurez necesaria para que aquello no significara nada. Era demasiado joven para darme cuenta de que no importaba lo que dijera él, ni nadie, que mi cuerpo era mío y, como con mi espíritu, podía hacer lo que me viniera en gana sin tener que ser juzgada y que eso me hiciera sentirme mal conmigo misma. Entonces solo podía pensar que no quería ser una ofrecida, como él me había catalogado.

—¿Pero tú de qué vas? —lo empujó Fabiola del hombro—. No le hables así —le exigió.

—No te metas, Fabi —esquivó sus empujones con un movimiento de brazo—. Contéstame —me exigió con un tono duro.

Aturdida alcé la cabeza de nuevo y me encontré con su mirada enojada. Tenía la cara contraída del enfado, pero yo también estaba enfadada, harta de él y de su comportamiento. Cabreada, me puse de pie. No quería tener aquella conversación por debajo de él, no iba a permitir que quedara por encima de mí nunca más.

—A ti no te importa —contesté con toda la seguridad que el enfado dejaba en mí.

Me cogió de los brazos con fuerza y me atrajo hacia él. Pude sentir sobre mi boca el olor del dentífrico que desprendía su boca, con la respiración alterada.

—¿Te importa a ti que vaya hasta donde está y lo parta en dos? —dijo sobre mí.

—¿Pero tú de qué vas? —intervino otra vez Fabi—. ¿Qué te pasa?

Suéltala —ordenó.

No lo hizo, no me soltó, me mantuvo allí, frente a él, nuestras narices casi se tocaban mientras las aletas de su nariz se abrían y cerraban con la misma rabia que brillaba en su mirada, que se apreciaba en la forma con la que su mandíbula se apretaba.

—No sé quién partiría al otro —discutí yo con rabia mirándolo a los ojos.

Mi respuesta no sirvió para calmar la situación, lo sé, y no es que quisiera echar leña, de verdad. Sabía que era muy capaz de meterle a Leo la de su vida, también que Leo no se merecía verse allí en medio, pero necesitaba bajarle los humos. Que supiera que yo tenía vida más allá de él, que no besaba el suelo que él pisaba como creía y que quizás, la que decidía que lo que había pasado entre nosotros fue un error, era yo y no él.

Me soltó al escucharme decir aquello y buscó con la mirada al chico del bañador verde.

34

—Aurea —me censuró Peter y al mirarlo me di cuenta de lo que había hecho—. ¡Eh! —puso una mano sobre el pecho de Antonio—. Toni —intentó llamar su atención, pero no parecía capaz de centrarse—. Toni, no hagas esto, no la líes de esta manera —le pidió.

—Toni —lo cogí de la muñeca y tiré de ella para que me mirara—, escucha a tu amigo.

—¿Ahora vas de que te preocupas por mí? —escupió con rabia—. ¿Crees que ese *spaghetti* pijo de mierda puede conmigo? —preguntó colérico dejando de mirarme.

—No quiero que te pelees —contesté tirando de su brazo para que volviera a mirarme a mí y no a Leo. Yo era el blanco de su enfado, sin motivos, pero era yo, no Leo—, quiero que te relajes de una puta vez y dejes de armar espectáculo —añadí enfadada.

—Espectáculo va a ser su cara cuando acabe con él —aseguró apartándose de mí.

No lo solté, no lo dejé marchar y observé por encima de su cabeza. Habían dejado de jugar, se habían dado cuenta de que se estaba liando y miraban en nuestra dirección.

—No te metas en ese jardín —insistió Peter—. Mírala —le ordenó y fue Antonio quien lo miró a él, desconcertado por un momento—. Basta Toni —dijo tajante.

Miró a su amigo y me miró a mí, seguía enfadado, así lo revelaba la tensión de todo su rostro, pero más allá de eso, en sus ojos, pude ver algo más, pero no supe reconocerlo.

—Vámonos —le pedí—, vámonos y hablemos.

—No quiero hablar contigo —apartó el brazo, tratando de soltarse, pero no lo dejé.

—Claro que quieres —intervino Peter.

—Vámonos —le rogué tirando de él, que por fin me miró y mis ojos, seguramente rojos y apagados, le imploraban lo mismo que mi boca—, por favor —supliqué al ver detrás de él cómo Raquel venía en nuestra dirección, a nuestro encuentro. Tiré de él y se dejó llevar—. Fabi, no se lo cuentes a Raquel —le pedí—, dile que hemos ido a por bebida, porfa.

Fabiola ni siquiera me contestó, empezó a andar en dirección contraria a la nuestra, al encuentro de Raquel. Nosotros nos alejamos de la playa con pasos rápidos, no me atrevía ni a soltarlo, era capaz de tener uno de sus arrebatos e ir a por Leo sin contemplaciones.

Salimos de la playa sin que nadie nos lo impidiera, en silencio, con una tensión palpable. La notaba en todas partes, a nuestro alrededor, vibrando entre nosotros, la sentía en mis dedos apretando la carne de

su brazo, en la rigidez de la muñeca donde lo sujetaba.

Llegamos hasta la zona de motos y caí en la cuenta de que no estaba la mía. De hecho, no tenía nada, había dejado todas mis cosas en la playa tiradas, así como a mi prima. Él, ajeno a mis cavilaciones, se subió a la moto y me tendió su casco, el único que tenía.

—No pienso subirme contigo, y menos después de la que acabas de liarme —aseguré.

—¿Prefieres venir conmigo o vértelas con mi hermana? —siguió con el brazo en alto.

Ladeé la cabeza cabreada, era eso o volver y responder a las preguntas de Raquel. En aquel momento no quería lidiar con ninguno de los dos, pero al menos si lo hacía con él, me aseguraba de que la sangre no llegaba al rio.

—No te imaginas cuánto llego a odiarte —aseguré cogiendo el casco con enfado.

Me coloqué el casco y me subí en la moto con él, la encendió de una patada y aceleró como un loco. Me cogí a él, temerosa de caerme y, como soy imbécil, después de todo, me apreté contra él, no por miedo a caerme a pesar de que lo tenía, era otra clase de miedo el que hacía que apretara su cuerpo contra el mío, uno más hondo y profundo, uno que por el momento no estaba en situación de afrontar.

—No llevas casco —le recordé—, así que no hagas el gilipollas —le pedí, severa.

No me contestó. Nos alejamos, cruzamos de un extremo de la playa al otro, subiendo por una pendiente adoquinada, una zona alta y bonita con unas espectaculares vistas que, con el sol tan bajo, se hicieron todavía más preciosas. Ninguno de los dos prestó atención.

Paró la moto en el punto más alto del camino y lo solté para bajarme de ella, él también se bajó y la apoyó en el mirador. Se sentó en la balaustrada de piedra, con las piernas abiertas, dándole la espalda a la maravilla natural que se formaba con el sol rompiendo contra el mar, que dejaba el cielo para que la noche y la Luna tuvieran su momento.

Apoyé mi codo derecho junto a su pierna y le miré a los ojos, incapaz de ver algo más que no fuera él. Me mantuvo la mirada y nos observamos un rato incalculable.

—¿Qué pasa? —demandé rompiendo el silencio—. ¿Qué pasa contigo?

—No aguanto que otro tío te toque —sentenció con una simpleza pasmosa.

—¿Estás celoso? —demandé sin poder creerlo, aunque tenía que ser eso, qué otra cosa.

Mi interior se removió esperando su respuesta, y anhelaba que fuera positiva. Sí, lo sé, no es de ser muy buena persona o ser

mínimamente sensata. Tenía dieciséis años; él, lo quisiera yo o no, movía mi mundo, tenía el poder de hacerlo tambalear y yo deseaba tener el poder aunque fuera de sacudir un poquito el suyo, me conformaba con una agitación leve.

—No, sí, puede… —se contradijo y se frotó la cara, ocultándose tras las manos. Negué con la cabeza, era tantas cosas las que sentía que no me veía capaz de centrarme en una y asimilarla. Solo podía dejarme llevar por la situación, el momento, por él, siempre por él. Cogí sus manos entre las mías, apartándolas para poder mirarlo—. Sí —reconoció cuando nuestras miradas chocaron, capturando la del otro. No podía creer que estuviera celoso, todavía menos que lo reconociera—. Sí —repitió acunando mi rostro entre sus ásperas y curtidas manos—, estoy celoso. Me muero de celos cuando pienso que has dejado a ese gilipollas besarte, tocarte… —no sé si él me atrajo mientras sostenía mi rostro o si mi cuerpo buscó el suyo, pero cuando me di cuenta, estaba entre sus piernas—. Me mata pensar que ha habido otro después de mí, borrándome de tu piel —dijo con rabia.

Observé cómo su mandíbula se tensaba, el sufrimiento y la verdad que desprendían sus palabras, cómo su voz imprimía una sinfonía que hacía temblar mis piernas. Confusa en todo lo que me hacía sentir, perdida en la intensidad de cada emoción que despertaba. Antonio era un volcán, arrasaba allí por donde pasaba y lo estaba haciendo conmigo. Iba a convertirme en cenizas en sus manos y no me importaba nada mientras estuviera en ellas, mientras me sostuviera cerca de él.

Me sentí perdida, no era la primera vez, ni mucho menos sería la última. Todavía no lo sabía, pero siempre iba a ser así: perderme en él y encontrarme en él.

Se inclinó sobre mí y mis talones dejaron de tocar el suelo sin que yo fuera siquiera consciente. Era mi cuerpo el que se sacudía mientras observaba sus torturados ojos bicolor. Ni en su mirada había paz, el marrón y el verde siempre estaban en conflicto. En aquel momento el verde parecía ganar terreno, aclarando la tormenta de su mirada. Mis labios se humedecían, ardiendo de deseo por encontrarse con los de él, consumidos por la necesidad de fundirse y hallar en esa húmeda caricia la calma para mi ansiedad.

Agarrándome el rostro con las manos, nuestras bocas se encontraron, se rozaron para al final chocar con la necesidad que imperaba en ese momento. Nuestras lenguas buscándonos se desbordaban de deseo y anhelo, de necesidad y urgencia por la del otro, por más, por fundirse más allá de lo posible o real.

Reencontrarme entre sus brazos de nuevo fue tan contradictorio como lo eran a veces mis sentimientos por él. Sentía que aquel era mi sitio, que pertenecía allí, entre sus brazos, pero a la vez las mariposas

revoloteaban con nerviosismo porque estaba allí, y era emocionante.

—¿Te gusta ese chico, Aurea? —demandó sobre mi boca sin soltarme, sin mirarme.

—No —reconocí hambrienta de él, de su boca, de sus manos, de sus ojos recorriéndome, viéndome como él era capaz de hacer en ocasiones, como yo por algún motivo que aún no sabía que necesitaba. El que fuera capaz de verme no era un deseo, no, era una necesidad irracional y poderosa, capaz de cambiarlo todo—. No me despierta —me sinceré con la respiración acelerada.

Pude sentir su sonrisa sobre mi boca y mis mariposas batieron sus alas con energía mientras llenaba mis labios con sus vehementes besos, intensos y exigentes, calientes y húmedos, que avivaban cada célula y molécula de mi cuerpo. Me colmó con sus besos y estos se desbordaron por mi rostro, hasta llegar a mi cuello, donde apartó mi melena a un lado y siguió hasta mi garganta, en un recorrido que me estaba enloqueciendo.

—¿Yo te despierto? —demandó y mis gemidos cesaron, abrí los ojos y era de noche.

Me quedé callada, los dos sabíamos la respuesta a esa pregunta. Allí estábamos, junto a la playa, en un mirador. Era de noche y yo estaba tan pendiente de él que ni me había dado cuenta de que el sol nos había abandonado y ahora la Luna dirigía el cielo. Él gobernaba mi cuerpo sin que yo pudiera poner resistencia, apenas era consciente de su control, solo podía dejarme llevar.

La Luna, él y yo éramos testigos de los estragos que provocaba en mi cuerpo.

No respondí e intenté controlarme, volver en mí, no era fácil con su peligrosa boca jugando conmigo. Dejó de besarme, paseó su nariz por mi cuello hasta mi barbilla, cruzó mis labios y acarició la mía. Todo sin soltarme el rostro, se quedó a escasos centímetros, los justos para poder mirarnos a los ojos.

Nos observamos en silencio. Unas suaves luces marcaban el camino empedrado y nos permitían vernos. Mientras lo miraba era consciente de lo sexy que estaba y de lo muchísimo que me gustaba ver sus labios llenos, hinchados por besarme, sus ojos velados por el deseo, también por mí. Yo le hacía ser todavía más sexy de lo que ya era y necesité volver a besarlo, de inmediato, con urgencia y sin fin. No lo deseaba, lo necesitaba.

Me erguí para llegar a su provocativa boca y él, todavía envolviendo mi rostro, me lo impidió, manteniéndome donde estaba. No me dejó besarlo y me sentí muy frustrada.

—Eres un demonio —intenté llegar a sus labios y me retuvo donde me tenía.

—Vamos, pelirroja —se inclinó y me mordió el labio inferior,

matándome, lo soltó despacio entre sus dientes y yo me adelanté intentando llegar a su boca, pero de nuevo no me dejó—, los dos sabemos la respuesta —aseguró—, dame el gusto de oírlo —solicitó.

Apreté los labios, deseando volver a encontrarme con los suyos mientras debatía cómo de loca estaba para cumplir su petición, para caer en sus juegos sucios. No tardé mucho en darme cuenta de que estaba perdida, iba a darle una respuesta e iba a ser sincera.

—Me despiertas —reconocí a regañadientes mirando para otra parte.

Volví a mirarlo, me dedicaba una sonrisa pícara que me cautivó aún más, aunque yo creyera que era imposible tal cosa. Era el de siempre, aquel chico duro, malote, con sus pintas de macarra que por dentro era mucho más blandito de lo que nadie que no lo conociera fuera capaz de imaginar. El mismo que podía partirle la nariz a alguien sin importarle, pero luego se deshacía por su madre. Ahora el granuja tomaba las riendas.

—¿Cuánto? —me retuvo y siguió tensando la cuerda de mi cordura.

Acercaba sus labios a los míos y, cuando intentaba llegar a ellos, me mantenía donde estaba, impidiéndome llegar a él, apartándose justo a tiempo de que apenas se rozaran.

—Demasiado —reconocí, mirándolo a los ojos esta vez.

Me dedicó una sonrisa cerrada y se humedeció los labios, creí que iba a besarme de una vez e imité el gesto, esperando con ansia la humedad de su boca sobre la mía.

—¿Te has liado con él? —demandó, nada pareció cambiar, pero su rostro se oscureció.

Cogí una bocanada de aire con la boca y cogí sus muñecas, aparté sus manos de mi rostro y me separé de la piedra en la que la parte baja de mi cuerpo estaba apoyada, inclinada sobre la balaustrada, buscándolo a él. Solté sus manos y estas cayeron como un peso muerto sobre sus piernas, salí del refugio que era estar entre ellas. Del bolsillo trasero de mi short tejano extraje el paquete de tabaco. Saqué un cigarro y me lo llevé a los labios.

—¿Quieres? —le ofrecí el paquete.

Nuestras miradas se encontraron, no me contestó, solo me miraba, parecía que me acusaba de algo, con el ceño fruncido y la tensión dominando su rostro. Aparté la mirada para encenderme el cigarro y apoyé los codos en la balaustrada, alargando las piernas para cruzarlas a la altura de los tobillos, dándole la espalda. Exhalé el humo del cigarro.

—Pelirroja... —dijo detrás de mí.

—¿Qué? —exclamé sin mirarlo, observando la piedra al otro lado del camino.

—¿Te lo has tirado? —preguntó en el susurro más contenido que hubiera escuchado antes.

Su pregunta me ofendió, mucho. Acababa de confesarle que no me gustaba lo suficiente, que no despertaba en mí las cosas que sí despertaba él y, aun así, me preguntaba aquello. Me pregunté sin tan poco me conocía, mientras intentaba calmarme.

—Me he liado con él —confesé y debió darme igual, debí incluso sentirme orgullosa, pero fue el contrario, sentí que lo había traicionado, y era absurdo—. ¿Contento?

Me di la vuelta, enfadada. Me encontré con su rostro, él también estaba enfadado. Se habían acabado los juegos, la tregua, lo supe al instante, volvíamos a estar en guerra.

—No precisamente —contestó apretando la mandíbula mientras me miraba.

—Yo tampoco lo estaba cuando te liaste con otra tía en mi cara en el Pont. Me hiciste daño —le reproché— y me lo tuve que tragar, ahora te lo tragas tú.

—Tú y yo no estamos juntos —me recordó—, me puedo liar con quien me dé la gana.

—Eso mismo he hecho yo y mira la que me has liado —discutí—. ¡Querías pegarle al chaval! —le reproché, cada vez más enfadada—. ¿Con qué derecho? —lo encaré furiosa.

—Yo intento protegerte —saltó de la balaustrada para encararme.

—¿Cómo dices? —demandé incrédula—. ¿Ibas a pegarle para protegerme? —lo miré con el ceño fruncido—. No —discutí—, ibas a pegarle porque estabas celoso. Y déjame decirte que no tienes ningún derecho, tú y yo no estamos juntos —le devolví sus palabras.

—Ni lo estaremos —dijo con rabia cruzándose de brazos.

—Exacto —le di la razón para reafirmarme, fingiendo que no me afectaba aquella absurda discusión—. Nunca lo estaremos —aseguré, aunque me dolieran las palabras. Nos quedamos en tablas y en silencio, se habían acabado los arrumacos, los besos apasionados, el deseo y la necesidad, en su lugar quedamos nosotros. Él parecía enfadado y yo me sentí agotada, física y mentalmente—. ¿Me llevas a casa? —rompí el silencio.

—No tengo casco —contestó.

Alcé una ceja mirándolo, preguntándome si pensaba dejarme allí tirada.

—¿Y qué? —demandé molesta—. Tampoco lo tenías cuando hemos venido.

—Ahora las cosas son diferentes —dijo muy pagado de sí mismo—, llama a tu rollo y que te lleve él —me dio la espalda y cogió la moto.

—No tengo mis cosas —lo cogí de la muñeca—, se ha quedado

todo en la playa, no puedo llamar a nadie para que me recoja, Toni —le hablé muy en serio.

—Me rompes el corazón —se burló de mí e hizo un gesto brusco para que lo soltara.

—No me jodas —le advertí.

Se subió en la moto y la arrancó de una patada.

—Yo de ti no cogería el antiguo caminito, acuérdate cómo acabó la última vez —me recorrió un escalofrío al pensar en aquellos chicos cercándonos, pasé mucho miedo.

Lo observé alejarse anonadada, de verdad que no podía creerme que me dejara en aquella punta de la playa, sin móvil ni dinero para llamar en una cabina y nada más que el tabaco, ni llaves de casa o idea de dónde habría ido mi prima o a dónde ir yo misma.

Me quedé un rato esperando que volviera, flagelándome por ser tan estúpida de creer que iba a hacerlo. Me fumé un cigarro, aguantando a duras penas las ganas de llorar. Me sentía derrotada, humillada y demasiado cansada para aquella pateada. Las pocas energías que me quedaban se las había llevado él, demostrándome una vez más lo absurda que era, lo poco que yo le importaba y lo idiota que llegaba a ser por estar enamorándome de él.

No había dudas, dijera lo que dijera Peter, a patética no me ganaba ni él ni nadie, estaba segura.

35

Bajé del mirador por las escalares y emprendí el largo camino hasta el centro; una vez allí ya decidiría a dónde ir, no tenía ni idea de dónde estaría Sofía con mis cosas. Al pasar por los banquitos no había nadie, como era de esperar, tampoco en la playa donde habíamos estado jugando, por lo que seguí mi trayecto cruzándome con algunas personas, pocas, pero alguna había aquella tranquila noche de verano.

Llevaba unos veinte minutos caminando, llegaba a una de las arterias que cruzan la ciudad casi de punta a punta cuando lo vi, a lo lejos, parado con la moto. Supuse que esperándome. No quería ni verlo. Me desvié y me metí por una callejuela intentando esquivarlo, pero al salir de ella me esperaba en la esquina. Apoyado en la moto, dispuesto a torturarme un poquito más. Miré al frente y apreté el paso, enfadada con él.

—¡Eh! —me cortó el paso—. Me has visto —dijo y alcé el rostro para encontrarme con su sonrisa de imbécil, quise patearlo por reírse de mí—. ¿Por qué huyes, pelirroja?

—No quiero volver a verte en mi vida —aseguré esquivándolo como pude.

Subió a la acera con la moto y se puso a mi lado, empujando la moto con los pies.

—¿Y quién va a despertarte si no vuelves a verme?

—Encontraré a otro —contesté con suficiencia y un tono jocoso que sabía iba a molestarle. Necesitaba bajarle los humos, que no se lo creyera tanto—, eso seguro.

—Eso seguro —contestó con tono tranquilo.

Giré el rostro para encontrarme con el suyo, me dedicaba una sonrisa cerrada y relajada. Alzó las cejas mirándome y me tendió el casco en señal de tregua.

—No pienso irme contigo —aseguré apretando el paso.

—No seas cabezona —me siguió—, solo era una broma —se justificó—. He ido a por el otro casco, no quería que nos multaran —aseguró.

No disminuí el paso tras su explicación, y no porque no la creyera, sino porque me daba igual que la tuviera. Me había dejado tirada, de noche, en medio de la nada, incomunicada y sola, haciéndome sentir abandonada y vulnerable. Que le dieran por ahí.

—Podrías habérmelo dicho y te hubiera esperado —le recriminé.

—Era una broma, pelirroja —se quejó él—. Sube, va —me animó.

Paré en seco al darme cuenta de que no tenía por qué ir hasta casa andando, tenía una alternativa, allí mismo, a escasos metros, esperándome, incómoda pero segura, y lo más importante, ajena a él y

a sus gilipolleces. Me giré y lo encaré, que se detuvo y me miró.

—No ha tenido ni puta gracia —me acerqué a él y vi cómo se creía vencedor—. Y ya te puedes ir a tomar por el culo, porque no voy a ir a ninguna parte contigo —aseguré.

Pasé junto a él dejándolo con la boca abierta, pensé que me iba a pescar del brazo y me iba a hacer tragar mis palabras, pero solo me siguió con una mirada sorprendida.

—¿A dónde vas? —preguntó detrás de mí.

—¡No te importa! —contesté—. Lárgate de una puta vez, no voy a ir contigo.

—¡Como me vaya no vuelvo! —me advirtió gritándome.

—¡Hazlo! —me giré para gritarle de vuelta.

Lo observé sin detenerme, él me miraba con el ceño fruncido. Miré hacia adelante, temiendo caerme o tropezarme y darle otro motivo de burla para su arsenal.

Al llegar a la esquina giré sin mirar en su dirección y escuché el sonoro ruido de su moto. Apreté el paso y entré en el hotel donde Leo y su familia se hospedaban.

Pregunté en la recepción y pocos minutos después su madre vino a por mí. Al verla me arrepentí de haberme presentado de aquella manera, empecé a preguntarme qué cara llevaba, si se me notaría en los ojos que había estado fumando, si ellos se darían cuenta, y me agobié. Tímida, le expliqué que me había separado del grupo y no tenía móvil para localizar a mi prima. Me llevó con ella al restaurante y llamó a su hijo mientras su marido me presionaba para que pidiera algo para cenar. Tomé una Coca-Cola por no hacerles el feo, mientras esperaba en su agradable compañía a pesar de todo.

—Bella —exclamó Leo al acercarse a la mesa.

Di las gracias por su rapidez, sus padres eran agradables, pero quería largarme.

—Lamento haber molestado a tus padres —me disculpé una vez más, levantándome.

—No digas tonterías —dijo su madre con una sonrisa.

Al llegar hasta mí me abrazó y yo me sentí rígida entre sus brazos, aquello estaba fuera de lugar, delante de sus padres. Lo empeoró aún más cuando me besó en los labios delante de ellos, me pilló tan con la guardia baja, que ni me dio tiempo a apartarme o a reaccionar.

—Qué bonita pareja hacen —escuché a su madre con voz soñadora.

—¿Dónde está Sofía? —pregunté, aunque lo que quería decir era: «sácame de aquí».

—Espera fuera con Paulo, en el coche.

Mientras dejábamos el hotel, sentí miedo, temí que «*El Chispas*» estuviera allí, dispuesto a complicarme un poquito más la vida, pero

por suerte no había rastro de él.

Sofía quiso pasar un rato más con Paulo, pero yo estaba derrotada, necesitaba hablar con ella, saber qué había pasado con Raquel, explicarle lo sucedido con Antonio, y sobre todo alejarme de Leo. No sabía si era por sus padres o por Antonio, pero me había agobiado.

Raquel estaba mosqueada, me lo advirtió mi prima, pero no imaginé hasta qué punto. Tardé unos días en verla, la esquivé tanto como pude. Tras hablar con mi prima decidí que debía decirle la verdad. No era culpa mía, yo no gobernaba mis sentimientos, si hubiera podido elegir de quién enamorarme, habría sido de Leo, de Luis, incluso de Jairo, de cualquiera antes que de su hermano. Ni yo misma comprendía por qué sentía eso por él. Pero dijo algo que me dejó muda y mentí.

—Como te hayas liado con él —dijo cabreada—, te juro que no vuelvo a hablarte —aseguró mientras yo me hacía caquita encima—. Me lo prometiste —me recriminó.

Aquello era incorrecto, yo no se lo prometí, pero rectificarla habría sido esclarecedor. A fecha de hoy no sé si ya lo sabía o no, si fue coincidencia, pero me puso entre la espada y la pared y callé, callé en aquel momento, para seguir mintiendo en adelante.

Sofía se marchó tres días después. Siempre que nos separábamos acabábamos llorando, nuestra unión era especial, una conexión que no se encuentra fácilmente, y siempre era muy difícil dejarla marchar o dejarla atrás. Aquella vez lloró más que nunca, y no abrazada a mí, como de costumbre, lo hacía en los brazos del italiano, mientras el otro rodeaba mis hombros con el brazo y yo no veía el momento de salir de aquella prisión en que se había convertido su tediosa y pesada compañía. No quería que Sofía se fuera, pero necesitaba que Leo me diera espacio o acabaría mandándolo a la mierda, era muy lapa.

—Te voy a echar de menos —le dije cuando al fin se soltaron y llegó mi turno.

—No seas muy dura con Leo —me pidió y yo negué con la cabeza—. Hablaremos en cuanto aterrice —aseguró y afirmé compungida.

No quería dejarla ir, no quería que se marchara. La necesitaba para lidiar con mi padre y su novia, para esquivar a Raquel y sus preguntas, precisaba de su amor desinteresado, de ella que siempre me entendía, que sabía calmarme o alentarme, según necesitara.

Se marchó y los italianos y yo volvimos a casa. En el coche reinó un silencio sepulcral todo el trayecto, solo interrumpido por mis indicaciones. Leo intentó darnos un poco de conversación en un par de ocasiones, pero ni su hermano ni yo estábamos por la labor.

—¿Puedes dejar primero a Paulo para que hablemos? —le pedí al llegar a Vilanova.

—Claro —contestó, aunque noté en su voz que mi petición no le sentó bien.

Dejamos a su hermano en el hotel y nos marchamos a un mirador, en la otra punta de al que me llevó Antonio, junto al único faro que hay por la zona. Nos quedamos en el coche, con el aire acondicionado; en la radio sonaba «Partiendo la pana» de Estopa y me recordó a él. Tenía ese don del que hablaba la canción, era muy vacilón, sabía divertirse y siempre estaba de bares y, aunque no era bajito como el de la canción, tampoco era alto.

—Ahora que se ha ido tu prima no quieres que sigamos viéndonos —dio en el clavo.

—Creo que queremos cosas diferentes —intenté tener tacto, como me dijo Sofía.

—Seré todo lo paciente que necesites —me ofreció girándose hacia mí.

Me cogió el rostro y, solo eso, ya me agobió; siempre me estaba tocando, yo también era muy tocona, pero con él no me nacía y me molestaba que él lo fuera, no me gustaba.

—Ese no es el problema —cogí sus manos y las aparté de mi cara—. No creo que sea buena idea que nos sigamos viendo, tú pareces querer cosas que con paciencia no llegarán.

—¿Es por la mochila de la que hablaste? —demandó comprensivo.

—Así es —confirmé con una sonrisa triste, no podía controlar mis sentimientos.

—¿Es el de la playa? —afirmé con la cabeza—. No es bueno —dijo mirándome.

Yo también lo miré, de la misma manera profunda en que él lo hacía. No, Antonio no era un Santo, ni lo sería nunca, era más bien un cabrón y un descerebrado. Me había hecho mucho daño, sabía que seguiría haciéndomelo, todo cierto, pero nada de aquello cambiaba que Antonio, pese a todo, tenía buen fondo, tenía buen corazón y él no lo conocía.

—No lo conoces —me vi obligada a defenderlo, por principios—, es buena persona.

—A mí no me parece que sea buena persona, ni creo que te haga bien, bella.

—Por suerte ese es mi problema —contesté seca—, no el tuyo. ¿Podemos irnos?

No volvimos a vernos, sí nos mandamos algunos mensajes de textos y compartimos varias llamadas de teléfono, que fueron cada vez más cortas, hasta extinguirse.

Y volví a aquella nueva normalidad que se había vuelto incómoda. Las mañanas de piscina en casa de Fabi cuando estaba, Raquel estaba de monitora. Las tardes de playa con Esther y la niña, para acabar en

los banquitos sin ellas. Las noches en mi casa intentando no coincidir con Catastrófica o en casa de Raquel, intentando no coincidir con ÉL. Suficiente tenía cada tarde en los banquitos, donde se entretenía sacándome de quicio frente a la atenta mirada de su hermana, que no nos quitaba el ojo de encima cuando estábamos juntos. Mónica y yo estábamos muy distantes, las dos teníamos las mañanas libres, pero no quedábamos si no era en grupo. Se veía con Luis, sospechaba que tenían algo, me convencí de que no me importaba, pero escocía un poco.

No hubo más acercamientos entre Antonio y yo, cuando hablábamos era para discutir, picarnos o insultarnos, a veces las tres cosas a la vez. Los siguientes fines de semana fuimos al Pont, Fabi, Raquel y yo. No se lio con ninguna, algo que agradecí en silencio, pero tampoco lo intentó conmigo, algo que en aquellas noches me molestó más de lo debido, teniendo en cuenta que Raquel estaba presente y atenta a nosotros dos.

Esther se marchó dos semanas al pueblo con sus padres, la niña y Javi, pero prometió que al volver celebraríamos su cumple, ya que iba a estar fuera para la fecha.

Diría que todo estaba bien, pero no sería cierto, la cosa es que todo estaba tranquilo, hasta que él decidió que dejara de estarlo. El volcán Antonio entró en erupción una noche de fiesta; el lugar, el mismo de siempre, aquella discoteca de polígono en la que la mayoría de gente iba puesta, menos mis amigas y yo, o eso creía al menos.

—Me tienes loco esta noche —dijo en mi oído mientras esperaba por mi bebida azul.

Como una idiota sonreí al escucharlo, mientras mi cuerpo se revolvía de emoción y ganas de él. Me habría dado la vuelta y le hubiese comido la boca, y cuando digo que se la hubiera comido, quiero decir que la habría devorado como si se tratara del mayor manjar del mundo después de tres días en ayuno. Le tenía ganas acumuladas.

—No sé por qué —me hice la desinteresada, no me lo creí ni yo.

—¿Por qué no nos escapamos un rato? —pidió cogiéndome de la cintura.

—No voy a ir a ninguna parte contigo —aseguré pero, por mucho que lo deseara, pensé que debió probar más tarde—, llevas tocándome los huevos todo el puto verano —le recordé.

—Cuando hablas burro me pones muy burro —se burló de mí. Me giré para encontrarme con él, me dedicaba aquella socarrona sonrisa que había llegado a amar sin darme cuenta—. ¿Por qué estás tan guapa esta noche? —preguntó mirándome a los ojos.

—¿Y tú tan pelota? —demandé—. No te pega nada y no me fío.

—Ni un piropo puedo hacerte, ¿te das cuenta? —alcé las cejas y él

se rio—. Te invito.

—No hace falta —volví a girarme a la barra y él a cogerme de la cintura.

—Voy a pensar que ya no te despierto —su mano se adentró hasta mi abdomen.

—No lo haces —mentí controlando mi respiración al sentirlo tan cerca.

—Podría, si quisiera —dijo con esa soberbia tan suya, aquella que odié en el pasado, pero que desde un tiempo atrás, a veces, me hacía gracia.

—Pero no quieres —le recordé.

—En eso te equivocas —dijo sobre mi oreja y después me la mordió, antes de besarme el cuello, sus besos llegaron a mi clavícula y volvieron en el mismo húmedo y caliente recorrido. Hizo temblar mis piernas—. Y parece que ni siquiera te das cuenta de cuánto.

—Toni —casi gemí y me di la vuelta, debía detener aquello. Le puse la mano en el pecho para que parara—. Está aquí tu hermana —le recordé—, si nos ve en esta actitud perderé su amistad y es mi mejor amiga. No me hagas esto —le pedí, casi le imploré.

Afirmó con la cabeza y creí que lo entendía, fui a darme la vuelta otra vez y me retuvo donde estaba sin soltarme de la cintura. Uno frente al otro, mirándonos a los ojos.

—Duerme conmigo esta noche —me pidió a mí de vuelta, hablándome sobre la boca.

—¿Qué?

36

—Duerme conmigo esta noche —me repitió y yo solo podía negar mirándolo.

Nos observamos sin decir nada, calibrando al otro, intentando ver más allá de lo que nuestras bocas pudieran pronunciar en aquel momento. El dj hablaba desde la cabina y el público enloqueció. Mientras todo vibraba a nuestro alrededor, entre la música y los cientos de personas que saltaban y lo daban todo en el centro de la pista, nosotros éramos inmunes a aquel caos, hablando en silencio por primera vez.

—Estás loco —cogí su mano y la aparté de mi cuerpo.

—Por ti —contestó cogiéndome la mano.

—Y la semana que viene por otra —alcé las cejas en su dirección.

—Seguramente —reconoció mientras yo negaba con la cabeza, desesperada por lo descarado que era, por el efecto tan puro, inexplicable y descontrolado que tenía sobre mí. Tiró de mi mano acercándome a él, pegándose a mi cuerpo y el mío se inflamó al contacto con el volcán Antonio—, pero esta noche solo seré tuyo, nena.

«Esta noche solo seré tuyo, nena», zumbó la frase en mi mente y vibró en mi cuerpo.

Solté una falsa y sonora carcajada, solo para que se diera cuenta de lo ridículo que eso había sonado, pero lo cierto es que despertó a la fiera hambrienta que sentía rugir en mi interior. Meses atrás me habría reído de él sinceramente, me habría descojonado de su soberbia y le hubiese dado con ella en la cara, pero me tocaba fingir, porque ya no era la misma. Ya lo había probado, me había deleitado en sus besos, me había desecho en sus caricias, había degustado sus atenciones y me había perdido en ellas hasta volverme imbécil o adicta a él, ambas cosas podían ser la misma. Dudaba que hubiera retorno.

—¡Qué honor! —exclamé irónica—. Mejor no te digo por dónde te puedes meter tu oferta —dije con intención de volver mi atención a la barra, necesitaba alejarme de él.

—Dímelo —pidió estrechando mi cintura con ambas manos—, puede que me guste.

Sus manos me empujaron contra la barra con tanta suavidad que solo me di cuenta al chocar contra ella. Prácticamente estaba encima de mí y sus labios, aquellos voluminosos y carnosos labios, estaban hechos de la pura tentación, bordados con el mismo fuego que ardía en los míos cada vez que me fijaba en su boca, ardiendo por besarlos y saborearlos.

—Seguramente —conseguí decir, volviendo la mirada a sus ojos, intentando centrarme. Volvió a sonreírme y yo a perderme en los labios del pecado—. ¿Qué quieres?

—A ti —me puso el pelo detrás de la oreja, mirándome a los ojos con aquella intensidad, con el deseo tallado en su mirada—, ya te lo he dicho. No sé qué tienes hoy —agachó la mirada y la volvió a alzar para rematarme—, pero me tienes loco —declaró.

No fui capaz ni de contestar, porque él sí que me tenía loca. Siempre estábamos igual, nunca sabía qué esperar de Toni, con él todo era arriba y abajo, podía ser todo o nada, bueno y malo. Era capaz de entregármelo todo y después quitármelo sin más. Era una montaña rusa a la que me estaba volviendo adicta, en la que me gustara o no, quisiera admitirlo o no, deseaba montarme. Era peligroso, lo era de verdad, podía hacerme trizas, podía romper mi frágil y joven corazón en mil pedazos y seguir con su vida de macarra, fiestero y farlopero, mientras yo todavía me estaría preguntando qué y cómo había pasado.

—Tú loco estás siempre —contesté con la respiración contraída por su cercanía.

Mi mano se posó sobre su pecho y mis talones dejaron de tocar el suelo, no podía resistir un segundo más a su boca de caramelo. Sus labios eran lo más bonito y llamativo de su rostro, lo que hacían que este fuera tan sexy; su personalidad también ayudaba, así como su nariz torcida le quitaba encanto, pero ya la veía hasta en armonía con su cara.

A nuestro alrededor la fiesta seguía, y la música se ralentizó con una versión de la que siempre será mi canción favorita de ColdPlay. Él cantó en su inglés mirándome a los ojos.

«*Me he acercado a ti, a decirte que lo siento, no sabes lo encantadora que eres.*

Tenía que encontrarte, decirte que te necesito, decirte que te separé de los demás.

Corriendo en círculos, levantando las colas, es una pena que nos separemos».

—Ni siquiera sabes lo que dice —le critiqué, fingiendo no derretirme.

—No lo sé, es cierto, pero veo cuánto te gusta y sé lo que me dicen tus ojos, desviándose a mi boca. Voy a besarte —aseguró sobre ella y afirmé de acuerdo.

De pronto alguien tiró de mi brazo y me giré saliendo de su hechizo, era Fabiola.

—¿Qué estáis haciendo? —demandó Raquel y me fijé en cómo nos miraba.

Repasó el rostro de su hermano, el mío y se fijó en las manos de él rodeando mi cintura. Frunció el ceño y, antes de que pudiera decir

nada, la mano que tenía sobre el pecho de Antonio, lo empujó con ganas y se separó de mí, dejando caer las manos lejos de mí.

—Tu hermano, me está acosando —lo acusé señalándolo con el dedo.

Mentira no fue, lo hacía, me estaba hostigando, solo que a mí me encantaba y pensé que seguramente ella debió verlo en mi cara de lerda mientras esperaba a que me besara.

—Y a ti encanta —dijo Antonio para mi sorpresa.

—Que más quisieras tú —le grité para que tanto él como su hermana me oyeran.

Lo miré, preguntándome si seguía el teatro conmigo o discutíamos en serio.

—Algún día caerás, pelirroja —me advirtió con su mejor sonrisa y supe que estábamos en el mismo barco, me costó ocultar mi sonrisa—. Estás avisada —me señaló él a mí.

—Muérete antes —le dijo Raquel y se interpuso entre nosotros, cogiéndome del hombro me empujó de cara a la barra; aun así, pude escuchar la coletilla que le dedicaba—, y deja a mis amigas tranquilas de una puta vez —le pidió cabreada.

Se marchó y Raquel volvió a preguntarme si me gustaba, justo en aquel momento, cabreada como estaba. Pensé que quizás aquella era mi oportunidad para confesarle que sí, no tenía por qué contárselo todo de golpe, si se enteraba de todo lo que había pasado entre nosotros no me hablaría en siete vidas. Negué y bebí de mi copa azul.

Fabiola, como siempre, iba y venía con su amiga, pensaba que ella lo sabía, pero no estaba segura, nunca me preguntó qué pasaba entre nosotros. Raquel también desapareció un par de veces. Esperaba que Antonio volviera y, a la vez, temía que lo hiciera. Me daba miedo que aquello acabara explotándome en la cara pero, a medida que la noche pasaba, más me gustaba su propuesta, más me hubiese gustado pasar la noche con él.

Aquel día fuimos en tren; en el trayecto de vuelta me dormí, hecha un ovillo en mi asiento y apoyaba la cabeza en las piernas de Raquel. Ella tenía las suyas estiradas en el asiento de enfrente y junto a este la única que se sentaba debidamente era Fabiola.

—Estamos en Sitges —me dijo Raquel al oído.

Seguía acariciándome el pelo, no sabía si lo había hecho todo el trayecto; había dormido profundamente y me sentía más lenta de lo normal, todavía algo borracha.

—Se me ha hecho corto —contesté sin abrir los ojos, estaba a gusto a pesar de todo.

Llegábamos al final del recorrido: Vilanova i la Geltrú, nuestra pequeña ciudad.

—Despiértate Aury —ordenó Fabi—, que luego siempre hay que

esperarte —se quejó.

—Joder —me quejé de malhumor, abriendo los ojos e incorporándome.

Me aparté el pelo de la cara y me miré en la ventana del tren, cruzábamos los túneles y estaba oscuro. Mi cara, como de costumbre después de una noche de fiesta, era un poema.

—Te ha sonado el móvil hace un rato—me dijo Raquel.

Exhalé el aire con ganas, dudaba que fuera el mío, no sonaba mucho y menos a las ocho de la mañana de un domingo. Me agaché para buscarlo en mi mochila que estaba en el suelo. Lo abrí y en efecto tenía un mensaje, pero no sabía de quién era.

«*Sigo keriendo pasar la noxe contigo. Tu tren ya mismo llega y stoy en tu casa. Si quieres lo mismo que yo, dile a Rake que te vas a casa, y nos vemos aki. A*».

Me desperté al instante y dejé caer el móvil dentro de la mochila, incorporándome; nerviosa, miré a Raquel, preguntándome si había visto algo del mensaje.

—¿Qué pasa? —demandó mirándome extrañada—. ¿Quién era? —me preguntó tranquila y supe que no lo había visto.

—Mi padre, se han ido de carrera benéfica, tengo que comer con ellos —mentí y lo dije tan de carrerilla que casi me lo creo hasta yo—. Me iré directamente a casa —advertí.

—Pensaba que te quedabas en mi casa —dijo Raquel sorprendida.

—En mi casa no hay nadie y en la tuya siempre hay ruidos y estoy muy cansada…

—¿No quieres churros? —preguntó Fabiola extrañada, nada me gustaba más después de una noche de fiesta que una peperina de churros. Negué—. ¿Tú? ¿En serio? —insistió.

—Estoy muy cansada —insistí encogiéndome, saqué la tejana de la mochila.

—Pues yo te veo muy despierta —apuntó Raquel contrariada.

—Tengo ganas de pillar la cama —dije colocándome la prenda, preparándome.

Llegamos a la estación y nos bajamos del tren. Paré para buscar el paquete de tabaco y me encendí un cigarro, dándoles espacio para que me adelantaran. Saqué el móvil y contesté caminando detrás de ellas, grave error tratándose de mí y recién levantada.

«*No sé si te has dado cuenta de que hace rato que es de día, ya no podemos pasar la noche juntos. Acabamos de llegar a Vila. A.*».

Mandé el mensaje e iba tan ensimismada releyendo el suyo por tercera vez cuando algo me atacó, directamente en la cabeza, haciéndome caer de culo en el suelo.

Mis amigas se giraron, me tocaba la cabeza, pensando en el chichón que iba a salirme.

—¡Qué torpe es! —dijo Fabi exasperada, poniendo los brazos en jarra.

—Sobre todo por la mañana —se reía de mí Raquel, acercándose para socorrerme.

—Me he hecho daño —me quejé levantándome del suelo.

Guardé le móvil en la mochila y, cuando sonó un nuevo mensaje, ni lo saqué, las dos me miraron y alegué que debía ser mi padre otra vez.

Nos despedimos en la estación, yo me fui con mi moto a casa y ellas con la de Fabi no sé a dónde. Puede que a por churros o a casa de una de ellas, poco me importaba, solo quería llegar a mi destino y ver qué iba a pasar. No tenía ni idea de lo que me deparaba la mañana, solo sabía que no podía presentarme a esas horas en casa con mi padre allí.

No había pensado en nada, él me había dicho ven y allí que iba, como una kamikaze, directa al desastre, sin plantearme siquiera qué era lo que quería, porque aunque no lo hubiera pensado, ni asimilado, estaba claro lo que quería e iba a por ello sin miramientos.

De camino a casa me planteé mil escenarios y la mayoría no eran agradables, mi despierta imaginación me dio un abanico enorme de posibilidades. Que Antonio no estuviera allí y fuera una de sus estúpidas bromas, que al llegar se burlara de mí y me dejara tirada, que Raquel y Fabi me siguieran y Raquel se diera cuenta de mis mentiras…

Ninguna se cumplió, al llegar lo encontré en la esquina antes de mi calle. Ni siquiera sabía que él sabía dónde vivía, pero allí estaba, esperando. Me puse nerviosa al verlo, y me di cuenta de lo poco que había pensado en aquello. Yo, nerviosa, recién levantada y en moto, pensé que el drama estaba servido, pero no, conseguí parar la moto a su lado.

Me esperaba apoyado en la moto, con los pies cruzados a la altura de los tobillos y las manos apoyadas en el asiento en una pose relajada y diré que cautivadora, al menos en aquel momento me lo pareció. Admito, eso sí, desde la distancia, que estaba rompedor.

—No he podido leer el segundo mensaje —le dije después de quitarme el casco.

Me acerqué dubitativa, tímida. El escenario era desconocido, el momento diferente a todos cuantos habíamos compartido. Eran las ocho de la mañana y estábamos solos, serenos, al menos yo, no sentía una pizca de alcohol en mi sistema dándome agallas. La bebida me quitaba la vergüenza y el miedo. Llegando a él me sobrevenían las dos emociones.

Se incorporó, dio el paso final hasta mí y, cogiéndome el rostro con ambas manos, me besó. Lo hizo con toda la desesperación que

brotó de mis labios cuando los suyos tocaron los míos, nos enredamos en un beso largo y apasionado, cargado de deseo y necesidad que nos dejó sin aliento. Apoyó su frente contra la mía, recuperando el aire.

—En el mensaje te decía —me dijo con voz entrecortada, sin soltarme o moverse—, que Peter me esperaba para ver una peli, te preguntaba si te apetecía el plan.

—¿Una peli? —demandé desconfiada y él afirmó—. ¿Ahora? —seguí incrédula.

—Una peli —aseguró separando nuestras frentes para alzarme el rostro hacia él. Me mordió el labio inferior y yo creí derretirme en ese momento—. Se irá a la cama antes de que acabe y podremos estar solos —me ofreció y mis hormonas bailaban al ritmo de mi corazón desbocado—, sin mi hermana vigilando, sin nadie que nos interrumpa o moleste.

—Vale —contesté con la boca pequeña y me puse de puntillas buscando más de él.

Nos besamos, con menos prisas e iguales ganas. Mis brazos se colaron entre los suyos y rodeé su cuello, agarrándole de la nuca lo incliné hacia mí. Él liberó mi rostro y capturó mi cintura. Estar entre sus brazos era estimulante y a la vez era calma. Me excitaba y despertaba, pero a veces, entre sus brazos, cuando me besaba, sentía que estaba en mi sitio y de alguna extraña manera que aún no comprendía serenaba mi espíritu.

El beso fue largo, pero llegó a su fin, lo solté y al hacerlo me cogió de la mano, dedicándome una sonrisa cerrada, que seguramente con cara de idiota le devolví.

—¿Quieres que pasemos a por churros? —me ofreció, mirándome a los ojos.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté sorprendida, devolviéndole la mirada.

—¿Cómo no voy a saberlo? —se rio y me besó los labios—. Te conozco, pelirroja.

—Ya veo —dije todavía desconcertada.

Había estado cabreadísima, por millonésima vez me había prometido pasar de su cara para siempre, pero tenía la habilidad de hacerme olvidar y también de hacerme sentir, pero sentir de verdad, tanto y tan fuerte que se estaba grabando en mí sin que me diera cuenta.

Arrasaba conmigo y me arrastraba, me remolcaba hacia él y en aquella me vi, con dos papelinas de churros cargados de azúcar y un bote de chocolate caliente en casa de Peter.

No vivía lejos de mí, pero el piso no tenía nada que ver con el mío. Se notaba dejado, algo desordenado y sucio. Nada con lo que yo no fuera capaz de lidiar pero, por ejemplo, Fabiola allí no duraba ni

diez minutos, se hubiese agobiado, yo no.

—Me has hecho perder diez euros —dijo Peter levantándose del sofá para saludarme.

—No pensaba que fuera a venir, ¿no? —pregunté tendiéndole los churros.

—Ni de coña —me abrazó con afecto—, ese mamón no se lo merece —dijo sin soltarme—, pero si traes churros —se separó cogiéndolos—, siempre serás bien recibida.

—Tomo nota —contesté algo cortada a pesar de lo bien que me llevaba con Peter.

Me invitaron a sentarme y pusieron Shrek, y fue extraño porque aún estábamos en los títulos de crédito y ya me sentía en casa. Nos comimos los churros mirando la película, ellos no dejaban de picarse y hacerse bromas, obligándome a posicionarme. Al acabar los churros, se fumaron un peta, yo pasé. Sabía que si fumaba moría y no quería, me apetecía estar allí, con ellos, compartiendo risas, anécdotas, la peli. Me fumé un cigarro.

Nos fuimos apalancando, me quité las zapatillas para subir los pies al sofá y Antonio me pescó desde atrás y, rodeándome con un brazo, me llevó sobre él, con la espalda apoyada en su pecho. Allí me quedé, él me acariciaba el brazo y yo a él el antebrazo.

—Ya habéis visto esta peli —me giré para mirarlo por un comentario que había hecho.

—Casi todos los domingos al volver del Pont desde Reyes —me besó los labios.

Me giré hacia delante y miré a Peter de reojo, no nos prestaba ninguna atención.

—Estamos casi en agosto —pensé en voz alta.

—El rata este, que siempre tiene las misma películas —criticó Antonio.

—Pues regálame alguna, mamón —contestó el aludido.

Siguieron con su absurda discusión, sonreí por debajo de la nariz y me dediqué a ver la peli, a gusto en su compañía, entre los brazos de Toni, como si aquel fuera mi lugar, con aquella naturalidad y normalidad que debió estar fuera de lugar, pero no había nada más familiar. Fue un momento tranquilo y relajado, atesoro el recuerdo con mucho cariño.

Como Antonio había predicho, Peter no acabó de ver la peli, se fue a dormir antes, pero nosotros sí vimos el final.

—¿Vamos a la cama o quieres ver otra?

—No tengo sueño —reconocí.

—Vale —se quitó de debajo de mí y buscó en una destartalada y desordenada estantería—, a ver qué tiene este por aquí —dijo.

Puso una peli de los ochenta, no puedo decir mucho más; cuando

volvió se sentó en el sitio de Peter, colocando mis piernas encima de las suyas. Estiré el brazo y acaricié su cráneo, se fue dejando caer, buscando mi mano, mis atenciones y, cuando se giró para decirme algo, lo besé. En ese momento se acabó la película para los dos.

Nos besamos con la boca abierta y las ganas temblando en los labios, desesperados y hambrientos. Me fui moviendo y, cuando quise darme cuenta, estaba a horcajadas sobre él y sus manos buscaban debajo de mi top demasiado ceñido.

Me separé y miré sus ojos, rebosantes de deseo y pasión, cogí su camiseta y se la quité por la cabeza; mis labios bajaron por su cuerpo y sus manos lo hicieron por el mío, hasta atrapar mi trasero y apretarlo, empujándome contra él. Volví hasta su cuello y dejé que mi mano acariciara la zona rígida donde su deseo se acumulaba. Alcé las cejas tocándolo.

—Ya te he dicho que me tenías loco —sonrió—. ¿Quieres ir a la habitación?

—¿Tienes habitación? —demandé desabrochándole los botones del tejano.

Alzó el trasero para que le quitara la prenda, nos reímos en silencio por mis torpes intentos. Finalmente lo conseguí y, al hacerlo, no me fui por las ramas, metí la mano dentro de su bóxer, rodeé su erección y la estimulé. En un arrebato, feroz, me cogió el rostro y me miró a los ojos. Sus ojos estaban más claros, verdes y brillantes, parecían presos de la locura y yo me sentí poderosa frente a él, como si pudiera gobernarlo, cuando era él quien siempre hacía lo que quería conmigo sin que yo pudiera hacer nada al respecto.

—No es mía —dijo con la respiración tomada—, pero como si lo fuera —reconoció—. Me vuelves loco, pelirroja —tiró la cabeza hacia atrás y yo le besé el cuello. Se incorporó y volvió a tirar de mí para que lo mirara—, vamos a la habitación —solicitó.

Sus palabras pedían, pero sus ojos rogaban y yo afirmé en silencio, sin detenerme.

Una exclamación escapó de mi boca cuando de pronto me vi en el aire. Rodeé su cuello con el brazo izquierdo y me apoyé en su hombro. Allí me reí de mí misma, avergonzada por el susto que acababa de darme solo porque nos había puesto de pie y yo estaba demasiado concentrada en mi mano, perdida en sus ojos y en mis pensamientos para darme cuenta. Cogida del culo me llevó hasta la habitación, iba besándolo y él resoplando.

Cerró de un puntapié dando un portazo y me soltó encima de la cama, sacándome de encima suyo, mientras daba otro gritito que no pude contener por la impresión.

—Qué escandalosa eres —me censuró mirándome desde arriba.

—Como tú de bruto, más o menos —me apoyé en los codos para

mirarlo.

Me miraba desde los pies de la cama. Estaba desnudo, excepto por el boxer que dejaba al descubierto lo excitado que estaba. Era rematadamente sexy, su cuerpo estaba definido sin llegar a marcarse cada músculo, ni falta que le hacía. Sus ojos brillaban observándome con aquel deseo impreso en todo su atractivo rostro y, cuando se relamió, cuando su lengua paseó por sus apetecibles labios, creí que mi cerebro cortocircuitaba.

Bajo su atenta mirada empecé a desprenderme de los pantalones, al llegar a las rodillas se inclinó y me los acabó de quitar, mientras me deshacía del ceñido top rosa chicle.

Sus manos recorrieron mis piernas, las moldearon hasta las caderas y dejé caer la cabeza, caliente por su caricia, por las ganas de tenerlo dentro, la necesidad de que me calmara y saciara. Llegó hasta mi tanga y se deshizo de él, pensé que tenía que empezar a depilarme más que las ingles, pero fue un pensamiento fugaz, estaba demasiado entretenida y entregada al momento. Me quitó la prenda por los pies.

Besó mi tobillo y esos labios que tan loca me volvían subieron por toda mi pierna en un recorrido tan caliente como húmedo que me hacía retorcerme, deseando más de lo que ya me había dado, de lo que solo él me había entregado.

—Ven aquí —le pedí, tendiendo los brazos en su dirección cuando su boca estaba sobre mi ingle. Obediente subió y se colocó sobre mí—. Bésame —pedí sobre su boca.

Nos volvimos a besar, sus dedos hurgaron entre mis rizos, colándose entre ellos para llegar hasta mí y me hizo el amor con la mano, mientras yo le suplicaba por más.

Se colocó un condón y me penetró de una embestida que me puso los ojos del revés, literalmente. No hubo dolor, solo placer, besos, saliva, gemidos, algún mordisco y dos orgasmos. En cuanto mi cuerpo se liberó sentí cómo él se dejaba ir también. Fue glorioso.

—Joder —me llevé la mano al pecho, pensando que el corazón se me iba a salir de él de fuerte y rápido que latía—. ¡Ostia puta! —añadí buscando con la otra mano su cabeza.

Se había dejado caer a mi lado y había estado haciendo algo, supuse que deshacerse del preservativo, poco me importaba el qué. Nuestras respiraciones empezaron a calmarse, a acompasarse. Necesitaba sentirlo, tocarlo, alargué el brazo y le acaricié el cráneo, distraída, me gustaba jugar a contrapelo de su rapada cabeza.

Silencio, poderoso y tranquilo silencio a nuestro alrededor, demasiada luz para dormir, pero toda la calma para dejarse llevar y hundirse en un sueño merecido.

Se giró para mirarme y yo giré el rostro buscando su mirada, podía sentirla sobre él.

—Me encanta que me toques —confesó, y cogiéndome de la cintura volvió a mí. Me besó con calma, con parsimonia y amor, mientras mi mano seguía el recorrido por su cabeza y mi amor por él se adueñaba de mí de una manera no tan silenciosa y taimada—, de todas las maneras —añadió sobre mi boca, justo antes de besarme una última vez.

Apoyó la cabeza sobre mi pecho y se dejó hacer, tranquilo. Si ya me gustaba tocarlo, después de escucharle decir aquello, de la forma en que me lo había dicho, en la que me había mirado, no iba a poder apartar mis manos de él, lo tuve claro, iba a ser inevitable.

Me estaba quedando dormida cuando nos arropó con una ligera sábana, en silencio lo agradecí, estábamos en pelotas en casa de Peter y no era plan. Su mano acarició mi vientre plano con ligereza y suavidad, sonreí con agradó.

Recuerdo haberle besado la frente y después me quedé dormida, con él entre mis brazos y yo sintiéndome en mi paraíso particular. Las mariposas se calmaron.

37

Unos besos me despertaron, por todo mi rostro, pero estaba tan cansada… Intenté apartarlos, moverme para esquivarlos, pero no podía moverme, estaba inmovilizada.

—Eres como una culebra —escuché. Abrí los ojos al oír su voz. Me llevó un momento ubicarme, ponerme en situación—. ¿Quieres comer?

La pregunta hizo rugir mi estómago y él me dedicó una sonrisa. Después se levantó y abrió la puerta en pelota picada, me tapé con la sabana y aparté la mirada azorada.

—Nos quedamos a comer —gritó.

—Ya podéis espabilar —escuché a Peter a lo lejos—. La pasta estará en diez minutos.

—Deja que se haga —le pidió Antonio a gritos—, que siempre te queda cruda.

—Está al dente mamón, que no tienes ni idea —le respondió antes de que cerrara.

Me incorporé, con la sábana ajustada bajo mis axilas, apoyé los codos en las rodillas y me tapé la cara con vergüenza. Lo escuché acercarse, pero no alcé la mirada.

—¿Qué te pasa? —se sentó a los pies y me empujó del brazo—. ¿Por qué te escondes?

—Porque tengo vergüenza —reconocí y levanté la cabeza lo justo para poder mirarlo.

—¿Vergüenza de qué? —volvió a sonreírme. Lo miré embobada, él me conocía a mí muy bien, pero yo también sabía cosas, como el mal despertar que se gastaba mi amigo. Sin embargo, aquella mañana parecía de muy buen humor—. Cuando llegaste estabas serena, estabas bien. ¿Por qué te avergüenzas ahora? —demandó frunciendo el ceño.

Al observarlo, pensé que no lo permitiría. Sin soltar la sábana me adelanté y lo abracé. Sus brazos me rodearon y sus manos acariciaban mi espalda, lo sentí olerme el pelo.

—Peter ha tenido que oírnos —susurré abochornada.

Soltó una inmensa y sonora carcajada, me giré roja como un tomate para mirarlo y él rodeó mi rostro con las manos. Estaba contento, sin duda. Me besó los labios.

—Está acostumbrado —se rio y fue mi sonrisa la que desapareció al escucharlo.

Aquella respuesta dolió, mucho, no fue fácil de digerir, ni una sorpresa. Sabía lo que éramos: yo una niñata gilipollas y él una abeja que se zumbaba todo lo que podía y «hasta nunca». Eso era yo, una

más en su lista de conquistas, una más a la que Peter había tenido que aguantar gimiendo loca de placer por él, porque eso sí sabía darlo y enganchaba.

—Claro —intenté que no me afectara, que no significara nada, pero ya era tarde.

—¡Eh! —me cogió el mentón y yo aparté la cara buscando mi ropa con la mirada.

—¿Dónde están mis cosas? —forcé una sonrisa al mirarlo un segundo a los ojos.

—No te enfades —me pidió y noté en su voz pena, pero no lo miré, buscaba mi ropa.

—No lo hago —contesté encogiéndome de hombros.

No estaba enfadada, pero sí dolida y no era culpa de él, sino mía, por idealizar las cosas. Éramos lo que éramos, enemigos y amantes en las treguas. Él significaba mucho para mí y a veces sentía que yo también para él, pero por lo visto solo era una más.

—Te conozco —me advirtió, su tono era serio— y no me gusta que me mientas.

—No estoy enfadada contigo, ¿vale? —lo miré por fin y me aparté, tiré de la sábana hasta que levantó el culo y me dejó ponerme de pie. Encontré el top y el sujetador—. Creo que es mejor que me vaya a mi casa —recuperé la ropa del suelo.

—¿Qué ha pasado? —demandó viniendo a por mí como su santa madre lo trajo al mundo y sin avergonzarse de su desnudez. Me cogió del brazo—. ¿Qué te pasa?

—¿Puedes vestirte? —le pedí avergonzada.

—No quiero —contestó cabreado—, y da gracias a que no te he quitado ya esa sábana.

—¿Perdona? —me agarré a ella con ganas, era muy capaz de cumplir su amenaza.

—¿Qué cojones te pasa? —preguntó sacando su carácter de mierda.

—¡No me pasa nada, Toni! —grité como si por ello fuera a poder expresar lo que necesitaba, sin decir todo lo que no quería decir y que además me entendiera cuando no lo hacía ni yo—. Creo que me he equivocado al venir y ahora quiero marcharme.

—Estabas bien cuando te has levantado —me ignoró por completo y me miró a los ojos con el ceño fruncido, buscando la explicación a mi cambio de actitud—. ¿Es por Peter? —comprendió—. ¿Es por lo que he dicho de que ya está acostumbrado? —solicitó.

Nos miramos a los ojos, un debate de los que no se resuelven en unos segundos se originó en mi cabeza. Quería decirle la verdad, pero a la vez sabía que no debía.

—No me gusta —reconocí, no pude evitarlo—. Sé que has estado

con muchas tías y que estarás con muchas más y me parece perfecto —argumenté y al decirlo me di cuenta de que no me hacía ni puta gracia—, pero me ha molestado ser eso, otra más para ti.

A medida que iba hablando, las comisuras de sus labios se iban alzando y, al terminar, importándole una mierda mis sentimientos, soltó tal carcajada que me dieron ganas de golpearlo por reírse de mí. Me revolví tratando de soltarme, pero no me dejó.

—Tú no eres otra más —aseguró atrayéndome hacia él—. ¿Estás de broma?

—Por supuesto que lo soy —discutí dejándome llevar a sus brazos a pesar de todo.

Finalmente me soltó el brazo y me sepultó entre los suyos, peinándome el pelo con los dedos, mientras con la otra mano sostenía el abrazo, pegando mi cuerpo al suyo.

—Te conozco, pelirroja —aseguró y tiró la cabeza hacia atrás para mirarme—. Sé que eres la persona más torpe del mundo cuando te levantas —me besó la frente y sonreí porque era verdad, siempre me levantaba con dos pies izquierdos—. Que si la mentira no es espontanea no sabes mentir —me besó el ojo derecho y cerré ambos, escuchándolo—. Que eres súper expresiva —me besó el izquierdo—. Que prefieres la Nocilla a la Nutella —la nariz—. Que para ti la tortilla de patatas sin cebolla es un sacrilegio —una mejilla—. Que eres fiel y leal a tus amigas —la otra—. Que eres buena e inocente —la barbilla—. Que todavía tienes mucho que vivir y aprender —me besó el labio inferior y abrí los ojos, emocionada al escucharlo—. Que eres sensible y fuerte —me besó el labio superior—. Que mereces hacer todos tus sueños realidad —finalizó y me besó con ganas.

La sábana cayó al suelo y nuestros cuerpos chocaron, mis manos estrecharon su trasero, acercándolo a mí, y pude sentir cómo su miembro iba despertándose hacia arriba.

—Me gustas —declaró y yo lo miré sin poder creerlo y las mariposas batieron sus alas haciéndose notar en mi estómago, estimuladas por sus palabras—, mucho, además —le sonreí, él a mí también me gustaba mucho—, pero no quiero verme en una relación, no quiero ataduras. Podemos enrollarnos, pasárnoslo bien, pero ya está, no irá más allá.

—Ya lo sé —contesté, me sorprendió su declaración, el resto lo esperaba—. Yo también te conozco a ti —aseguré cogiéndolo de la nuca, me puse de puntillas y lo besé.

Escuché a Peter en la lejanía, pero sus besos eran demasiado buenos para anteponer cualquier cosa a su sabor en mi boca, haciendo estragos en mi ser, en mi persona.

Unos golpes contundentes en la puerta me hicieron saltar del susto, dejé de besarlo.

—¡Que ya vamos, pesado! —le gritó Toni y me acarició los brazos arriba y abajo.

—Ni la puta mesa habéis puesto —se quejó Peter y se alejó refunfuñando.

—La que nos va a caer ahora —se rio y me miró de arriba abajo—. También sé que eres preciosa, no debes esconderte delante de mí —volvió a besar mis labios y me soltó.

Nos vestimos deprisa, él salió al comedor colocándose la camiseta y yo me colé en el baño, que con diferencia era la estancia que más necesitaba de una limpieza a fondo. Ni me senté en la taza, y nunca he sido una tiquismiquis. Me miré en el espejo y me gustó la chica que me devolvió la mirada. Mi piel se veía sonrojada y luminosa, mis ojos brillantes y mis labios hinchados por sus besos. Me acaricié el labio inferior deleitándome en el recuerdo de su boca sobre la mía, me sonreí en el espejo y salí del baño a su encuentro.

Peter ya estaba en la mesa y, con unos toques sobre la silla, me indicó dónde sentarme. Al mirarlo sentí vergüenza, pero él estaba actuando con normalidad, así que yo estaba decidida a hacer lo mismo, como si nada hubiera pasado. Antonio llegó segundos después con una litrona de Coca-Cola. Se sentó junto a nosotros en la mesa redonda.

—¿No hay pan? —preguntó Antonio en tono crítico.

—Si querías pan haberte levantado antes —contestó el otro enfadado—, y vosotros fregáis los platos —nos señaló a ambos con el tenedor—. Aquí a mesa puesta —se quejó.

A la pasta le faltaba cocción y la salsa no era especialmente elaborada, tomate con un poco de orégano. Antonio se quejó en cuanto la probó y empezaron a discutir de nuevo.

—Si tú friegas los platos yo bajo al bar a por unos helados —me ofreció.

—Qué morro tienes —lo acusé con una sonrisa.

—No te dejes engatusar —me aconsejó Peter guardando la cola en la nevera.

—Tú cállate que después seguro que quieres helado —le dijo Antonio.

—Almendrado —soltó Peter saliendo de la cocina.

—Dos almendrados para nosotros y uno de chocolate blanco para ti —me dijo—, yo pago y tú friegas. Antes acabo de recoger la mesa.

Le sonreí negando con la cabeza y no necesitó más, me cogió de las caderas y me besó los labios, antes de volver al comedor.

Fregué los platos de la comida y algunos más, también las ollas y un par de sartenes, limpié la cocina y las baldosas frente a los fogones. Estaba barriendo cuando apareció.

—Deja eso —me cogió de la mano—, vamos a ver una peli —tiró

de mí.

—Espera que recoja —le pedí soltándome y recogí lo barrido—, podrías haberte bajado la basura cuando has ido a por los helados —comenté vaciando el recogedor.

—¡Vaya dos! —se quejó, vino a por mí y me alzó cogiéndome de la cintura, di un pequeño grito y me llevó en volandas hasta el comer—. Ya veo que me vais a dar la tarde —se plantó delante del sofá, se sentó y tiró de mi mano sentándome sobre él.

Nos comimos el helado, ninguno de los dos paró de meterse conmigo por mi forma poco convencional de comerme un Magnum. Yo siempre le quito el chocolate y lo aparto, me como el helado de vainilla y luego el chocolate me lo como al final, es lo más bueno.

—Déjame probarlo —me pidió Toni.

—Ni de coña, el chocolate es mío —aparté el envoltorio donde reposaba el chocolate.

Sujetándome el rostro, me atrajo hacia él, atrapó mi labio inferior entre los suyos y tiró de él, lo besó, lamió, mordió y saboreó. Yo me deshacía más rápido que el chocolate.

—¿Qué te parece? —intenté ignorar a Peter, era más fácil, si no me moriría de vergüenza.

—De tus labios está buenísimo —aseguró y me besó con ganas, espoleando mi boca.

—No seáis empalagosos —nos pidió Peter—, me estoy empachando —comentó.

Miré a Antonio con cara de circunstancia y él se rio negando con la cabeza. Me soltó.

—No te pongas celoso —le dijo a su amigo, acercándose a él—, para ti también tengo.

—Guárdatelo para ella —le dio un *cojinazo* en la cara—, no eres mi tipo. ¿Creéis que podemos ver la peli? —nos pidió—. Si no, iros a la habitación y dejarme tranquilo a mí.

—Vemos la peli —aseguré yo

—¿Seguro? —alzó las piernas, haciéndome dar un brinco como a una niña pequeña.

—¡Que hartazgo dais! —se quejó Peter.

Cuando me acabé el helado, apoyé la cabeza en su hombro, dejando mi frente sobre su cuello y vimos la peli. Distraída le acariciaba el antebrazo con las uñas y él a mí el muslo.

Peter hizo palomitas y vimos una segunda película, después le desocupamos el piso.

—Gracias por dejarme quedarme —le dije antes de marcharme.

—Cuando quieras, guapa —contestó el dándome un abrazo.

—Venga, va —tiró de mi mano Antonio—, cualquiera diría que has estado en el Hilton.

—¡Que gilipollas eres! —se quejó Peter y nos cerró la puerta en la cara.

—¿Mañana banquitos? —preguntó cuando me bajé de la moto.

—Creo que será esta tarde —consulté mi reloj—, si no voy Raquel se mosqueara, seguro que me ha escrito, pero se me ha apagado el móvil en algún momento del día.

—¿Nos vemos en un rato entonces? —me besó.

—El tiempo justo de una ducha —le devolví el beso.

—Me encantaría ducharme contigo —aseguró sobre mi boca y me mordió el labio. Me quedé callada imaginándome la escena y decidí que a mí me gustaría más que a él—. Va a ser raro verte en un rato y no poder tocarte o besarte como ahora.

—Delante de tu hermana ni se te ocurra —le dije muy seria.

—¿No confías en mí? —dijo con esa travesura que me embelesaba.

—Ni un poquito —aseguré y le di un beso rápido separándome de él.

Me costó dejarlo atrás, pero lo hice; me monté en mi moto y le dije adiós con la mano antes de arrancarla y cruzar la esquina para ir a mi casa. Me siguió y se marchó sin más.

Las siguientes semanas fueron intensas e interesantes. Cuando estábamos con gente, nos ignorábamos, excepto cuando no éramos capaces, entonces nos picábamos el uno al otro, nos buscábamos y nos pinchábamos. Yo le pegaba con tal de tocarlo y su hermana después me recriminaba que tonteaba con él y yo seguía negándolo. Buscábamos momentos para nosotros, nos escondíamos del mundo y nos dejábamos llevar.

Se acabaron nuestros encuentros en el balcón una noche que Raquel nos pilló de risas. Tuvimos suerte de que solo nos pillara en esa actitud; cuando estábamos solos, no dejábamos de tocarnos, besarnos y/o acariciarnos sin descanso, no podíamos hacerlo. Y si ya tenía la mosca detrás de la oreja, su actitud se volvió más exagerada. Sus vigilancias y acusaciones eran cada vez más constantes, mientras sentía que me apartaba de su lado con esa actitud.

Casi nunca estábamos de acuerdo y a veces tenía comentarios que me mataban, pero también actitudes que los compensaban, y su compañía era una constante balanza en la que me oscilaba, perdida cada vez más en él y todo cuanto empezaba a significar para mí.

Esther y Javi estaban a punto de volver y todo entre nosotros iba a cambiar después de la noche de celebración del cumple de Esther. Nada volvería a ser igual tras esa noche.

38

Llegamos al Pont temprano, se suponía que íbamos a ir en tren, todas no cabíamos en un coche y así todo el mundo podía beber, pero a última hora hubo cambio de planes. Jairo dijo que él también cogía el coche para que pudiéramos ir más cómodos. Nos dividimos, Raquel y Mónica fueron en el coche de Javi con Esther, y Fabiola y yo en el de Jairo con dos colegas de ellos, uno de los cuales ya conocíamos y era muy plasta.

—Voy a mear —advertí a Esther, no llevábamos en el parking ni media hora.

Solo se lo dije a Esther, que Raquel querría venir conmigo y yo solo quería localizar a su hermano y saludarlo, pasar dos minutos con él antes de fingir que no lo soportaba.

—¿Te acompaño? —se ofreció, negué con la cabeza y me sonrió, comprendiendo a dónde iba en realidad—. Mea a gusto —me guiñó un ojo y me dio una palmada en el culo.

Me alejé al coche de Jairo, recuperé mi móvil de la mochila y desde allí me alejé, ajena a las miradas del grupo, y mientras daba la vuelta a todo el polígono le mandé un SMS.

Me contestó diciéndome dónde encontrarnos y fui en su búsqueda. Observé los coches y la gente, mientras pasaba frente a ellos. Todos haciendo lo mismo, algunos realmente pasados. Era lamentable, mucho más a aquellas horas, la discoteca ni había abierto.

—¿Has venido en el coche de Jairo con otros dos tíos? —me preguntó en cuanto me pilló por banda y lo hizo con muy malas maneras.

No lo había visto acercarse y me sorprendió que estuviera detrás de mí, me giré.

—¿Cómo lo sabes? —demandé sorprendida y me acerqué a él. Estaba cabreado—. Nos hemos dividido en los coches —me encogí de hombros, sin darle importancia.

Cuando lo tuve delante intenté besarlo, aprovechar el momento, quizás el único de la noche. Sabía muy bien que Raquel no nos daría muchos, era lo único que sabía de aquella noche con total certeza, lo único en lo que no me equivoqué. Se apartó, rechazándome.

—Y tú tenías que ir con Fabi en el de los solteros, ¿no? —me reprochó.

Lo miré incrédula, molesta y dolida por su rechazo, me pilló con la guardia baja.

—¿Qué más da? —demandé cabreada, sin darle importancia a algo que no la tenía.

—A Jairo le molas y lo sabes, y nunca le paras los pies —me

reprendió.

—No le paro los pies porque no se excede conmigo —discutí flipando con él, con su actitud de mierda, no quería que me diera la noche—. ¿Celoso otra vez? —demandé.

—Más quisieras tú —contestó con desdén y me dejó allí plantada, sin beso y sin nada.

—Gilipollas —dije, observándolo alejarse, creo que me oyó, esa fue mi intención.

Siguió su camino y yo volví al coche donde estaban liados con el botellón.

Ya no me sentía cómoda, me había cortado todo el rollo, pensé que seguramente esa había sido su intención. No apareció por allí como esperaba y mi enfado crecía.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Raquel—. Parece que quieras matar a alguien.

—Me he enganchado con un gilipollas cuando he ido a mear —contesté enfadada.

—Pues que le den por el culo —me dijo—, ven aquí —me pidió que me acercara con la mano y lo hice. Me rodeó con el brazo y miró a Jairo—. ¿A que está guapa esta noche? —le preguntó y yo quise que se me tragara la tierra, preguntándome qué hacía.

—Siempre lo está —contestó Jairo con ese encanto tan suyo.

Sonreí sin ganas y me solté del agarré de Raquel, me alejé con el pretexto de hacerme un cubata y me dije a mí misma que tenía que cambiar el chip, que no podía permitir que me arruinara el cumple de Esther, que salía dos veces al año. No podía hacerle aquello.

—¿Damos una vuelta? A ver a quién vemos —me ofreció Fabiola y ni dudé.

—Deja que me sirva otro —le pedí enseñándole mi vaso a medias.

Me acabé la copa de un trago y me puse una segunda. Recorrimos todo el parking, no tenía ni idea de dónde estaba, no lo vimos y lo agradecí; sí nos encontramos con la amiga del internado de Fabiola y sus amigos. Natalia no me caía bien, por el simple hecho de que yo no le caía bien a ella. Siempre parecía querer fulminarme con la mirada, lo había comentado con Fabiola, y ella decía que era su forma de mirar, pero nunca lo creí.

Cuando por fin entramos, pasaba de la una y media y yo llevaba encima una considerable para la hora que era. En cuanto entramos lo primero que hice fue buscarlo.

—Déjalo ya —me pidió Esther, mientras mi mirada recorría la pista una y otra vez.

—No entiendo ni cómo se ha enterado, ni por qué cojones le molesta tanto —me quejé.

—Le molesta porque es un celoso de mierda —me contestó ella y

estuve de acuerdo—, y encima no tienen ningún derecho a tener celos, porque solo estáis enrollados.

Javi vino por detrás y se metió en medio de las dos, nos rodeó con los brazos a ambas.

—¿Por qué no empezamos a pasárnoslo bien? —ofreció mirándonos a una y a otra.

—Es mi cumple —dijo Esther dedicándome una sonrisa cerrada y yo se la devolví.

Fuimos a la pista y nos dejamos llevar por la música, estaba borracha y necesitaba sudar el alcohol, expulsarlo o la liaría. No volví a beber, temía que se me fuera la pinza y la liara con Raquel. Solo quería ir a buscar a Antonio y tenía que ser cauta, cuando bebía no era prudente, todo me importaba una mierda y no quería perder a mi mejor amiga.

—¿Tú bebiendo agua? —demandó Raquel en la barra—. No te reconozco —se burló—. ¿Qué te pasa esta noche, Aury? —me encogí de hombros y negué.

—El vodka ese malo que hemos comprado me ha sentado como el culo —mentí.

Me bebí el agua de un trago, no estaba serena, pero después de bailar más de una hora y media sin interrupción, me sentía mucho más despejada, dueña de mí, con el control de mis decisiones y acciones. Que por el momento se resumían en no buscar a Toni.

Jairo me invitó a un chupito y, como me sentía mejor, acepté y nos fuimos a la pista donde Esther y Raquel lo daban todo con Javi y los amigos de este. Fabiola y Mónica se mantenían cerca de la barra, ninguna parecía estar pasándolo muy bien.

—Ven conmigo —me gritó en la oreja Esther, cogiéndome del brazo.

La miré preguntándome qué pasaba y me dejé llevar, cruzamos la sala por el lado contrario a nuestra zona y me llevó hasta el lavabo.

—¿Qué te pasa?

—Nena —me acarició el pelo y pude ver en sus ojos que se compadecía de mí, no tenía ni idea de por qué—, estás preciosa esta noche —aseguró cogiéndome de los hombros, me puso frente al espejo de pie que dominaba una de las paredes del baño.

Me observé, y sí, estaba guapa. Fabi habría obrado su magia, me había prestado uno de sus millones de vestidos negros, no me quedaba tan bien como a ella, pero me veía bien. Lo combinaba con mis *martens* falsas, sin accesorios, me había maquillado con los labios rojos y los ojos muy oscuros y me había rizado el pelo con el difusor y colocado una diadema de plástico que lo apartaba de mi cara. Estaba muy roquera y me veía guapa.

—Fabi se ha superado —afirmé y me fijé en ella—. ¿Qué pasa?

—dije con aprensión.

—Se está liando con otra —contestó Esther a bocajarro.

Mi pulso se disparó mientras asimilaba la noticia. No necesité preguntar quién, era obvio, aquel gilipollas engreído que llevaba semanas regalándome el oído, tratándome como si yo fuera la persona más especial del mundo, engañándome. Sentí cómo la rabia se mezclaba con la tristeza, había vivido en una falsa burbuja y esta había estallado.

—¿Con quién? —pregunté con los ojos llenos de lágrimas.

—No lo sé —contestó Esther antes de abrazarme—. No llores —me pidió la rubia.

Quise no hacerlo, pero no pude evitarlo, me rompí entre sus brazos y lloré, lo hice hasta quedarme sin lágrimas y me dije a mí misma que no merecía aquello. Era el fin.

—Ya está —me separé y fui al lavamanos donde me hundí al verme la cara hinchada.

Mi cara estaba roja por la llantina, y esta se mezclaba con todo el negro que había salido de mis ojos, dejando restos de maquillaje que surcaban mis mejillas.

—Ven aquí —me pidió Esther y empezó a limpiarme la cara, a arreglarme el maquillaje. Con el chip de mami siempre encendido llevaba de todo encima—. No dejes que te vea así —me ordenó—, tienes que ponerlo en su sitio de una puta vez.

—No puedo decirle nada —contesté mirando sus ojos verdes—, no somos nada.

—Si no sois nada, no lo sois, así que corta esto ahora mismo, esta noche —me pidió—. No quiero volver a verte llorar por ese pedazo de cabrón, ¿me oyes? —afirmé con la cabeza y mis ojos se llenaron de lágrimas otra vez frente a la perspectiva de que se había acabado—. Aury —dijo Esther antes de volver a abrazarme—, no puedes dejar que te haga esto —aligeró el tono con cariño—, no puedes permitir que te pisoteé a voluntad.

—No voy a dejarle hacerlo más —dije tratando de serenarme—, se acabó —aseguré.

—No tiene por qué acabar sino es lo que quieres —me soltó Esther sacando a pasear a la romántica que había en ella, la optimista que siempre era capaz de buscar el lado positivo a todas las situaciones—, pero así no te vale. O estáis juntos o no lo estáis.

—Se acabó —sentencié—, se está liando con otra en mi cara y voy a hacer lo mismo.

—No hagas eso, nena —me pidió Esther, pero no iba a hacerme cambiar de opinión.

Esperamos en el baño a que mi rostro se calmara, lo cual tardó, mi rabia no dejaba que volviera a su color normal. Finalmente salimos,

volvimos por donde habíamos ido, cogidas de la mano para no perdernos entre el mogollón de gente. Cuando llegamos junto a Javi, este no dejaba de mirarme, no era la primera vez que Toni se enrollaba con otra en mi cara y a él le tocó aguantarme la primera vez. Llegué hasta Jairo y le hablé al oído.

Lo cogí de la mano y me lo llevé a la barra; mientras esperábamos a que nos sirvieran, lo vi. Ella estaba de espaldas y una de las manos de él reposaba encima de su culo, que estaba enfundado en un pantalón de cebra de lo más hortera que había visto en mi vida. Antonio me miró y yo alcé las cejas hacia él y apreté la boca negando con la cabeza.

Me giré hacia Jairo y le dije una gilipollez al oído, él me miró y me sonrió. Seguimos hablando de tonterías, hasta que nos sirvieron los chupitos, dos de tequila cayeron.

Al volverme mis ojos lo buscaron y allí seguía, con ella, pero con los ojos fijos en mí. Busqué con la mirada a Raquel, no había rastro de ella, ni tampoco de Mónica o Fabi.

—Voy a salir fuera, ¿nos vemos luego en la pista? —le dije a Jairo.

—¿Te acompaño? —se ofreció mirándome.

—No —negué y me puse de puntillas para besarle la mejilla—, debo arreglar algo.

Me alejé de él y fui directa a por el blanco de mi ira, no iba a consentir que me hiciera sentir pequeña o insignificante. Si él no me valoraba ya lo hacía yo y también lo haría otro en su lugar. Me acerqué directa a él, lo cogí del brazo al pasar junto a él y lo empujé con mi cuerpo, alejándolo de aquella rubia despampanante con cara de caballo.

—Tengo que hablar contigo —dije arrastrándolo conmigo.

—Tengo cosas mejores que hacer —se plantó y nos quedamos cara a cara.

—Vas a hablar conmigo ahora —aseguré— o te juro que haré que te arrepientas.

—¿Me amenazas? —demandó cabreado.

—Van a ser tres putos minutos y los dos podremos seguir con nuestras vidas.

Le cogí de la muñeca y tiré de él, si no hubiera querido, no habría podido con él, pero si yo estaba enfadada, también lo estaba él y tenía las mismas ganas de guerra.

Al llegar a la escalera lo solté y emprendimos el viaje fuera de la discoteca. Al salir nos saludó el frescor de la noche, estábamos en la montaña y siempre hacía biruji.

Seguimos el muro que delimitaba la propiedad sin mirarnos, sin hablarnos, yo iba delante y él me seguía a poca distancia. Giramos cuando el muro llegó a su fin y seguimos la otra pared hasta llegar a

un precipicio de uno quince metros. Allí, ocultos entre las sombras, alejados del ruido, de la gente, pensaba acabar con todo de una vez por todas.

39

Nos miramos en silencio, podíamos escuchar la música retumbando dentro del local.

—Ya está —dije enfadada—, se acabó —aseguré—, fuera lo que fuéramos nosotros, ya no somos nada, ni amigos, ni enemigos, ni amigos con derecho a una mierda.

—Por supuesto que se ha acabado —contestó—, ¿no te habías enterado?

Herví de rabia, la furia se apoderó de mí al oírlo vacilarme de aquella manera.

—No —negué fuera de mí—, por lo visto no me había enterado. Me alegro, ahora puedo hacer lo que quiera —escupí, con intención de cabrearlo—, justo lo que haces tú.

—¿Vas a ofrecerte como una puta? —preguntó con la cara desencajada de la rabia.

—Sí —lo encaré dando un paso al frente. Lo miré con todo el odio que sentía, ocultando el dolor provocado por sus palabras—, seguramente. Eso es lo que haces tú, ¿no? Ofrecerte como una puta a la primera que se te acerca. Me parece un buen plan.

—No pensaba que fueras así, pero te estás retratando —me dijo con asco.

—No… Yo no era así, pero he aprendido mucho a tu lado, contigo —declaré recuperando la calma, enfriando mi enfado—. Gracias —le dije y sabía que aquello le iba a molestar más que si le gritaba o insultaba como me nacía hacer—. Ahora tengo la seguridad y la práctica para seguir experimentando por mi cuenta y poder comparar.

—¿Experimentar? —observé sus pequeños ojos arder—. ¿Vas a tirarte a otro?

—Y sé por dónde voy a empezar —me di la vuelta.

Atrapó mi muñeca y me retuvo donde me tenía; cuando me giré para encararlo, cruzó los dos pasos que nos separaban con decisión. Se lanzó a por mí, hasta que mi espalda chocó contra el muro de hormigón, golpeándome la cabeza contra él.

Ni siquiera pude quejarme, al momento su boca arrasaba con la mía. La espoleó, apoderándose de ella, adueñándose de mí. Su cuerpo se apretaba contra el mío, y yo me apoyaba contra el muro buscándolo. En el fragor de nuestra cohesión, sentí que nuestros besos desesperados alimentaban nuestras almas, nuestros cuerpos se hacían uno. Y mis manos buscaban marcar todo su cuerpo como mío, mientras las suyas se colaban en el interior de mi falda y me apretaban el culo, acercando mi centro a su hinchada erección.

—Vas a empezar y acabar conmigo —dijo con rabia sobre mi boca,

me cogió del cuello con ambas manos y me alzó el rostro. Lo miré—. ¿Me has entendido? —demandó.

—Si vuelves si quiera a besar a otra, nunca, jamás —remarqué—, volverás a besarme.

Me besó con rabia y yo respondí con el mismo coraje. Su enfado mezclado con el mío nos hizo arder, mientras nuestros cuerpos se incendiaban, nuestros pensamientos, miedos, razones y motivos se convirtieron en ceniza que dejamos marchar, perdidos en el otro.

Mirándome fijamente a los ojos, me bajó el culote y yo me lo quité, mientras él se desabrochaba los pantalones y liberaba su erección. Quise llevármela a la boca, darle placer, matarlo de gusto hasta que se diera cuenta que en el mundo no había otra mujer para él que no fuera yo. Y era bastante absurdo, porque nunca lo había hecho, pero eso deseé.

—¿Tienes un condón? —cogí su erección con la mano y la estimulé besándole el cuello.

—Sí… —respondió con la voz entrecortada, sacando la cartera a cámara lenta.

—¿Llevas condones encima? —demandé cabreada y lo solté.

—Por supuesto —lo sacó de la cartera con más prisas, ahora que había dejado de tocarlo—. Sabía que nos veríamos aquí —se justificó y no me creí nada.

—No mientas —lo acusé observando cómo se lo colocaba.

—No seas estúpida —me cogió del trasero y me alzó—. Me muero por hundirme en ti —aseguró escondiendo el rostro en mi clavícula.

—Te odio —declaré, pero guie su pene a mi entrada y entró con una embestida certera.

Grité de placer, encajamos a la perfección, salió casi por completo y volvió a penetrarme, una, dos, tres veces, mientras mis piernas rodeaban sus caderas y mi pelvis se adelantaba buscando más, mucho más de él. Mi cuerpo se desesperaba por él, por más.

—No tienes ni idea de lo que es el odio —dijo mientras sus acometidas se volvían más cortas y mucho más rápidas—, ni puedes imaginar cuánto llegas a cabrearme —declaró.

—No más que tú a mí —respondí cogida a su cuello mirando sin llegar a ver el cielo.

No pude decir mucho más, el mayor placer vibraba en mi interior, lo sentía oscilar, peleando por salir de mí. Intenté moverme, buscando la liberación y entonces me miró.

—¿Vas a correrte? —preguntó clavándome los dedos en el trasero.

—Dios, sí —gemí muerta del gusto, a punto de arder de placer.

Se inclinó y me besó. Si algo me desesperaba de él, además de su puto carácter, eran aquellos voluminosos labios, aquella lengua juguetona y traviesa. Me perdía en sus besos.

—Córrete conmigo, nena —me mordió el labio y me hizo daño—. Córrete, córrete, córrete, pelirroja —me pidió desesperado antes de besarme.

Pude sentir como sus acometidas se volvían más profundas, se estaba corriendo y, al pensar en ello, sentí cómo mi propio placer estallaba, acompasándose al suyo, al ritmo de sus caderas sentí cómo me liberaba. Un placer galopante y potente fluía a través de mí.

—Joder —se apoyó sobre mí y mi cuerpo se mantuvo entre él y la pared a mi espalda.

—Ya —respondí intentando recuperar el aliento, apoyando mi frente contra la de él.

Lo abracé, mientras mi mano izquierda acariciaba su cabeza. Nos mantuvimos así unos minutos, recuperándonos, física, mental y hasta emocionalmente diría yo.

De todas las veces que lo habíamos hecho, y ya iban unas cuantas, no había habido ninguna parecida a aquella. No me sentía capaz de volver a tocar el suelo sin él. Pero entre las muchas virtudes que me sacaban de quicio de él, una de ellas era que también era un bocazas y siempre acababa cagándola con sus comentarios inoportunos.

—Nadie va a hacer que te corras así —dijo y yo apoyé la cabeza contra el muro, dándome cuenta de lo cabronazo que era él y lo que gilipollas que era yo—, lo sabes, ¿no?

—Quítate —busqué su mirada, cuando la encontré lo empujé y bajé las piernas. Salió de mi interior y me agarró de la cintura, dejándome en el suelo, sin llegar a soltarme, como si temiera que mis piernas no soportaran mi peso—. Quita —me aparté de él.

—Ya estamos otra vez —se quejó e intentó volver a cogerme.

—No me toques —le pedí áspera, buscando mis bragas por la hierba.

Me sentía mal conmigo misma, como si acabara de arrastrarme por el fango. Me sentía humillada y vejada, no por él, no, él era él y era así. Aquello me lo estaba haciendo yo solita. Yo había permitido aquella situación, yo me estaba haciendo aquello a mí misma. Le había permitido tratarme como si no fuera nada y a cambio me había entregado como si él lo fuera todo, porque lo era, igual que yo no era nada para él.

—No te enfades —me pidió él a mí, con ese tono suyo, el juguetón, pero era tarde.

Estaba súper cabreada, pensándolo bien, sí, conmigo misma, pero también con él, por ser tan puto cabrón y hacerme aquello, cuando podríamos haber seguido igual. Habíamos compartido mucho aquel verano, y se había acabado. Tenía que procesarlo y seguir.

—Déjame tranquila, ¿vale? —le pedí, intentando calmar la ansiedad que empezaba a crecer en mí, cabreándome otra vez

conmigo misma y dejándolo a él al margen—. Vete.

Encontré mi ropa interior, me agaché para recogerla y me la coloqué corriendo.

—No voy a irme, pelirroja —dijo con tono cansino y me cogió del brazo.

Intenté apartar el mío, pero lo sostuvo con ganas, me apretó, haciéndome daño.

—No estoy enfadada contigo, ¿vale? —seguí con el mismo tono, falsamente tranquilo—. Así que suéltame de una puta vez y déjame o acabaré estándolo —le advertí.

No tenía derecho a enfadarme con él, nosotros no éramos nada, estábamos enrollados, sí, pero nada más, ambos podíamos hacer lo que nos diera la gana y eso habíamos hecho. Sí lo estaba conmigo misma y necesitaba que me dejara sola, necesitaba estar conmigo, lejos de él. Toni era un canalla con las chicas y siempre lo sería, no iba a cambiar ni por mí, ni por ninguna; la única que le había hecho sentar la cabeza lo había dejado hecho una mierda, y no volvería a creer en el amor. Yo, por el contrario, era una jodida romántica que necesitaba cosas que él jamás me entregaría. Había caído en su trampa hasta el fondo, me había dejado pillar y me estaba enganchando a él, ya lo estaba, pero seguía sin estar lista para afrontar aquella obvia verdad.

—Te conozco —me advirtió, su tono era serio— y no me gusta que me mientas.

—No estoy enfadada contigo —intenté serenar mi tono, desesperaba porque se fuera.

—Si te dejo sola vas a empezar a rayarte —contestó.

—Ese es mi problema —le contesté manteniendo aquel tono que se me estaba atorando en la garganta de ganas de gritarle que se largara a tomar por el culo de una puta vez. No podía estar con él, no en aquel momento. Estaba a punto de desmoronarme y no quería hacerlo delante de él—, no el tuyo. Necesito un momento para mí y me lo estás negando.

—¿Un momento para qué? —empezó a desesperarse.

—¡Para pensar, joder! —lo empujé con todas mis fuerzas y ni por esas me soltó.

—¿Qué cojones te pasa? —me gritó sacando su carácter de mierda.

—Pues que tú eres tú y yo soy yo, y me conozco —me exasperé apartándome el pelo de la cara que se movía con mis aspavientos—, y te conozco a ti, y esto —gesticulé con las manos sin ni siquiera saber qué hacer con ellas—, no debería haber pasado.

—Nadie te hace gozar como yo —me echó en cara, como si le estuviera reprochando algo— y nadie lo hará —aseguró el muy gilipollas.

—Más gilipollas y no naces —le dije enfadada—. Enhorabuena machito —lo felicité sarcástica—, sí, me has dado mucho placer y eres el mejor. ¿Ahora puedes soltarme de una puta vez e irte a tomar por el culo? No puedes ser más simple —le eché en cara.

—No me da la gana de soltarte —contestó dejándome estupefacta—. Yo seré muy simple, pero ¿tú? ¿Qué mierda de explicación es esa? —demandó cada vez más cabreado.

—Simple, quizás no lo suficiente para ti —reconocí burlándome de él.

Nos miramos, en tablas, enfadados el uno con el otro, que era en realidad nuestro modo de comunicarnos, de ser juntos. No sabía a qué habíamos estado jugando aquellas semanas, pero al final había salido a flote la verdad, éramos incompatibles.

—Se acabó, Aurea —me dijo y yo hice lo imposible por mantenerle la mirada.

—Lo sé —intenté no emocionarme, no reaccionar, aunque era muy complicado.

—No vas a dejar que otro tío te toque o se te acerque —lo miré frunciendo el ceño, preguntándome si se había vuelto loco—, le vas a decir a todo el mundo que estás conmigo y yo voy a hacer lo mismo —lo miré sin estar segura de entenderlo bien—. No volveré a besar otros labios que no sean los tuyos —me soltó por fin el brazo, pero ya no quería escapar, necesitaba escuchar lo que estaba diciendo, preguntándome cuál de los dos estaba más loco, si él por decirlo o yo por creerlo. Acarició mi labio inferior con el dedo pulgar—, ni a tocar a otra que no seas tú —atrapó mi rostro entre las manos y lo sostuvo, mirándome a los ojos sin pestañear—, porque eres cuanto quiero en mi vida ahora mismo y pensar que otro puede tocarte… Te lo juro que me mata —dijo con rabia.

Lo miré, incapaz de creerme que acabara de declararse, preguntándome si a su ruda y primitiva manera me estaba pidiendo salir. Aunque era obvio que no pedía nada, exigía.

—Esos celos son enfermizos —respondí todavía perdida en mi debate interno.

—Lo son —aceptó—, pero si estamos juntos… —se humedeció la boca al decirlo y yo ya me moría por volver a zambullirme en ella—. Las cosas serán diferentes —aseguró.

—¿Por qué? —demandé intentando no creer en sus palabras, en la verdad de sus ojos.

—Porque estarás conmigo, estaremos juntos y no habrá nadie entre nosotros.

Ese no era el único problema, había muchos más, pero lo que me decía sonaba tan bien, nos imaginaba y me gustaba tanto la imagen, me hacía sentir tan en calma…

—¿Qué pasa con tu libertad? —demandé—. Dijiste que podíamos enrollarnos, pasarlo bien, pero que no querías verte en una relación, que no querías ataduras —le recordé sus propias palabras—. No pueden ser las dos cosas, Toni —intenté hacerle entender.

—Ya lo sé —se encogió de hombros—. ¿De qué me sirve esa supuesta libertad, si solo quiero estar contigo? Si me mata pensar que tú puedas usarla para estar con otro…

Yo no quería estar con otro, no había querido ni estar con mi novio cuando lo tenía porque pensaba en él. No se lo dije, claro, con él todo podía volverse un arma arrojadiza.

—Estás loco —le dije intentando ocultar una sonrisa.

—Por ti —contestó y no era la primera vez que me decía aquello.

—¿Y mañana por otra? —repetí la conversación que ya habíamos mantenido.

—Solo por ti, Aurea —aseguró—. ¿Qué me dices? —demandó con cierta aprensión.

Observé sus ojos, tenía miedo, creía que yo le iba a rechazar, lo que era absurdo, él sabía que estaba pillada, que me tenía enganchada. Rodeé su cuello entre mis brazos y poniéndome de puntillas besé sus mullidos y seductores labios. Sus brazos me rodearon y me alzó del suelo devolviéndome el beso y definiendo así nuestra nueva relación de pareja estable.

Sí, Toni y yo teníamos una relación de pareja estable, se venían curvas, no había duda.

40

Nuestra primera discusión de pareja fue en cuanto salimos de nuestro escondite. Él quería que entráramos de la mano, que dejáramos de ocultarnos, decirles a todos que estábamos juntos. Yo, por el contrario, sabía que no era el momento, no quería que su hermana se enterara así, necesitaba prepararla. Él no quería entenderlo y se enfadó. Fin.

Lo superamos y conseguí salirme con la mía, seguimos ocultando a todos que estábamos juntos, aunque cada vez lo sabía más gente: Esther y Javi, Peter, en aquel momento también Jairo, Fabi sospechaba, y por supuesto Sofía, fue la primera en saberlo.

Las dos semanas siguientes fueron nuestras, él estaba de vacaciones y pasábamos todas las mañanas juntos; las tardes también, pero manteniendo las distancias, y casi todas las noches en casa de Peter, sin que el pobre se quejara.

La vigilancia de Raquel se volvió menos disimulada, lo sabía y yo sabía que lo sabía, que me vigilaba, pero las dos fingíamos que estábamos bien mientras nos íbamos distanciando, desconfiadas de la otra y sus mentiras. Las dos mentíamos, no solo yo.

Agosto acabó y Toni volvió al trabajo, dividí mis mañanas entre Fabiola cuando estaba y Peter. Siempre nos llevamos bien y juntos limpiamos a fondo su piso, compré comida para agradecerle que nos dejara pasar tanto tiempo allí, visitamos tiendas de muebles de segunda mano y adecentamos su piso por poco dinero. Me sentía más en mi casa allí que en mi propia casa, donde siempre que iba tenía que encontrarme con Catastrófica.

—Ya queda poco para que empiecen las clases —me dijo mi padre una mañana. Yo buscaba en la nevera algo que llevarme a la boca, había pasado una noche de los más ajetreada entre los brazos de mi novio secreto—. ¿Tienes ganas?

—Ningunas —contesté de malhumor, Catastrófica fingía mirar una revista.

—Cuando empiece el curso, nada de dormir fuera entre semana —me advirtió.

—Ahora ya tengo más —contesté irónica con una falsa sonrisa.

Y así fue, dos semanas después empezó un nuevo curso; sin Luis, que ya estaba en la universidad, estudiando medicina como siempre soñó y sin Mónica, ya no sentía que fuera mi amiga de verdad. Yo no busqué su compañía y ella tampoco la mía.

En clase estaba con mis compañeros, a los que no había visto en todo el verano, y comía en casa. A veces me quedaba allí pero casi siempre me iba a casa de Esther o a la de Peter, alegando ir a la

biblioteca con tal de no compartir espacio con Doña Catástrofe. Lo complicado venía después, el único rato que podía pasar con Toni, pero también el que solía pasar en las pistas con Raquel: las tardes. Otra vez tenía que elegir entre los hermanos, con lo fácil que sería que Raquel lo supiera y estar los dos allí, con ella.

Lo mismo pasaba los fines de semana y era desesperante, la verdad. Intenté en diversas ocasiones decírselo, incluso lo hablé con Sofía y Esther, buscando la manera, pero cuando la tenía delante, mi cerebro me decía que nada volvería a ser igual y me callaba. Cuando en realidad, las cosas ya habían cambiado, nuestra relación ya no era la misma.

Seguí haciendo malabares entre los dos, y lo más complicado eran las noches de Pont cuando venía Raquel. Me moría por estar con él, por bailar con él y pasármelo bien, pero con ella observando y vigilando era imposible y me repateaba.

—¿Podemos salir a dar una vuelta? —me pidió una de esas noches Antonio.

—¿Qué te pasa? —demandé preocupada al mirarlo.

Quise acariciarle el rostro para que lo suavizara, pero Raquel estaba por allí, así que no lo toqué, solo afirmé con la cabeza y lo seguí fuera. Nos alejamos y nos sentamos en el saliente, lo más lejos de la puerta posible, vigilando por si venía alguien, por si venía Raquel básicamente. Solo faltaba ella por enterarse.

—Mi hermana va puestísima —dijo para mi sorpresa mientras preparaba un porro.

—¿Cómo puesta? —demandé sin entenderlo.

—Va hasta arriba de coca —dijo nervioso, poniéndose de pie mientras liaba el peta.

Empezó a moverse de un lado a otro, frente a mí, nervioso, tocándose la nariz todo el rato. El que parecía ir puesto era él, no Raquel, pensé observando su actitud.

—No creo —negué sin querer creerlo—, tu hermana no se mete esas cosas —aseguré.

—Te digo que sí se las mete —discutió sin dejar de moverse.

—Tú también te pones —le recordé, no era quién para criticar algo que él también hacía, otra cosa es que lo dijera yo, que ni la había probado—, y nadie te dice nada.

—Yo controlo, Aurea —dijo cabreado parando frente a mí

—Sí —contesté acusándolo con la mirada—, controlaste mucho cuando lo de Manoli.

—Eso es un golpe bajo —dijo enfadado—, yo no forcé a esa chica más de lo que te haya forzado a ti alguna vez —negó mirándome—. No puedo creer que salgas con eso.

Observé en sus ojos que lo había herido y me sentí fatal por

recordarle aquello, sabiendo además lo mal que lo pasó. Podría haber ido a la cárcel y yo salía por ahí, se me había ido la olla, pero me molestaba que criticara a Raquel por algo que él también hacía.

—Lo siento —me puse de pie, me acerqué a él y se apartó—, perdóname —le pedí.

—Me vas a tirar el porro —me advirtió—, joder, pelirroja —se quejó.

—¿Me perdonas? —me puse de puntillas besándole la mejilla mientras mi mano izquierda se deslizaba por su cuerpo—. Si me perdonas seré muy buena —dije seductora.

Sobre la boca le canté melosa aquella canción de *Evil Activities*, la habíamos hecho nuestra: *Nobody Said It Was Easy*. Él no comprendía la letra, pero yo sí.

—Eres una bruja —me besó y siguió liando el canuto que me dejó petar a mí.

Se sentó por fin y yo me senté encima de él, de cara a la discoteca, controlando que no nos pillara Raquel.

—¿Crees que es peligroso? —demandé preocupada—. Has dicho que se ha metido mucha…. —negó con la cabeza—. ¿Vas a hablar con ella? —pregunté pasándole el porro.

—¿Crees que me va a escuchar?

—Si no lo intentas seguro que no —contesté.

—¿Cuándo vas a hablar tú con ella? —demandó y suspiré con ganas bajándome de su regazo—. Llevamos dos meses saliendo, se acerca tu cumple, querrás pasarlo con ellas y yo contigo. Estoy hasta los huevos de esconderme, de encerrarme en casa de Pet.

Me entristeció no poder cumplir sus demandas, eran lógicas y normales. Yo también quería estar con él en mi cumpleaños, pero podía ser el último que tuviera a Raquel.

—Deja que lo haga después de mi cumple —le pedí y besé sus labios.

Intensificamos el beso hasta perdernos en él; al volver dentro observé a Raquel, estaba más nerviosa de lo normal y hablaba acelerada, pero tampoco me pareció exagerado.

Dos semanas más tarde fue mi cumple, un día más. Mónica fue la primera en felicitarme con un mensaje, así de fría estaba la cosa. Comí con Esther y la niña, Fabi me llamó por la tarde y estuve un rato en las pistas con Raquel. Me inventé un examen para largarme pronto. En casa de Peter, los dos me esperaban con una tarta casera hecha por Pet, en la que soplé las velas y me dieron los regalos. Pet me regaló la peli *Moulin Rouge*, la habíamos alquilado días antes y a los dos nos encantó, a diferencia de a Antonio. Él me regalo una cadena finita de oro con un corazón decorado con un brillante.

—Es precioso —dije emocionada, no me lo esperaba de ninguna

manera.

Peter se marchó con una absurda excusa que ni escuché, estaba muy distraída con Toni. Me besó entera, sin dejarse ni una porción de mí sin venerar, después hicimos el amor, con una calma con la que nunca lo habíamos hecho, fue romántico, erótico y placentero.

Llamé a mi padre y le pedí permiso para supuestamente dormir en casa de Raquel, no me dejó, él y Catastrófica me esperaban para cenar y yo no quería moverme de la cama, donde Toni me abrazaba contra él mientras me acariciaba el pelo y me besaba la frente para que dejara de fruncir el ceño.

Mi padre y su estúpida novia me regalaron un ordenador y debo admitir que fue emocionante, en unos días nos podrían internet en casa y me hizo ilusión, así que no chafé la cena. Cata no me gustaba, pero cocinaba bien y, a pesar de todas mis malas contestaciones y desplantes, siempre, siempre, intentaba al menos ser amable conmigo.

Lo celebramos el sábado en el Pont. Mónica se inventó una excusa y no vino, lo cual agradecí. Me pillé una importante, de la que no recuerdo el final, solo que desperté con la ropa aún puesta en casa de Peter, con Toni durmiendo prácticamente encima de mí.

—¿Por qué nos fuimos tan pronto? —le pregunté a Esther el lunes.

Como de costumbre habíamos quedado para merendar, ella se tomaba un café y yo a veces un chocolate, aunque normalmente solo le hacía compañía. Emma dormía.

—Javi y yo nos peleamos —dijo encendiéndose un cigarro. Había dejado de fumar durante el embarazo, pero había vuelto—. Cuando te dije que nos íbamos quisiste venir con nosotros, dijiste que no querías seguir escondiéndote y Toni también vino con nosotros. ¿No te lo ha explicado? —negué—. Pues el viaje fue movidito.

—¿Por qué? —demandé con curiosidad.

—Iban todos finos —me dijo Esther enfadada, tirando la ceniza con saña y yo me encendí un cigarro también, intrigada—, incluidos mi novio y el tuyo. Todos de farlopa.

—Raquel y Fabiola también se meten —le confesé—. Toni la otra noche estaba que se subía por las paredes porque Raquel iba puestísima. Estaba desencajada, tía —le conté.

—Sí, todos, ya lo sé. Fabi consume mucha, ¿por qué te crees que está tan delgada? Da asco —dijo con una mueca—. Empezó en el internado ese pijo, para que veas lo que son las cosas, sus padres la meten allí para que se centre y ella se convierte en otra *yonqui*.

—¿Crees que están enganchadas? —pregunté preocupada.

Ella también se había metido antes de que naciera Emma, pero lo dejó en cuanto supo que estaba embarazada y no la había vuelto a probar, como si nada, a diferencia del tabaco.

—Raquel no lo sé, pero Fabi seguro. La he visto drogada hasta a

media tarde, en los banquitos este verano, cuando te dejaba allí y me iba con Emma a casa.

—¿Cómo sabes que estaba puesta? —demandé—. Yo no me doy cuenta a no ser que sea muy evidente, como la noche que te digo de Raquel. ¿Por eso os peleasteis tú y Javi?

Dio una honda calada al cigarro y soltó el humo despacio, mirándome a los ojos.

—Voy a dejarlo —confesó con los ojos vidriosos, me dejó con la boca abierta.

—¿Qué dices, loca? —demandé mirándola sin poder creerlo.

—Se sigue metiendo —se le llenaron los ojos de lágrimas, deseé calmarla, negarlo, pero sabía que así era y una cosa era omitir y otra mentir, y no podía hacerle aquello a mi amiga, ni siquiera por su familia—, en realidad, creo que nunca ha dejado de hacerlo.

—¿Te lo has pensado bien? —demandé.

—No quiero que mi hija se crie con un *yonqui* —contestó y las lágrimas se desbordaron de sus ojos. La abracé sin saber qué otra cosa hacer—, y lo peor es que no quiero dejarlo —lloró con la voz tomada por la pena y la angustia, la misma que pude sentir como mía mientras mi propio corazón se resquebrajaba—. Es lo único que le he pedido, Aury.

—Lo sé —le acaricié la espalda—, pero creo que deberías hablar con él.

—Va a decirme que no se está metiendo, como hace siempre. ¿Cómo va a cambiar una actitud que ni siquiera es capaz de reconocer? —me preguntó desesperada.

—¿Quieres que hable yo con él? —le ofrecí.

—No —contestó—, quiero que me escuche a mí, que sea sincero conmigo, con su mujer, con la madre de su hija, con la que se supone que es su compañera de vida.

—A veces cuando te lo dice alguien de fuera… —me encogí intentando convencerla.

—Te lo agradezco, pero no, no quiero que te metas en esto, Aury. Hablo en serio.

Nos quedamos calladas, no quería que aquello pasara, no quería que dejara a Javi, no quería que sufrieran, que Emma se perdiera el amor que se tenían el uno por el otro.

—¿Crees que Toni se mete mucha? —le pregunté.

Resopló y alzó las cejas en mi dirección, no necesité más, apagó la colilla.

—¿Qué quieres que te conteste, nena? —me preguntó.

—Ya… —apuré yo también el cigarro antes de apagarlo.

Aquel fin de semana volvimos a ir al Pont. Raquel no vino, el domingo por la mañana tenía partido. Toni y yo estuvimos juntos toda

la noche, sin escondernos, aquello era peligroso, alguien podía hacerle un comentario inocente a Raquel y destaparse el pastel, pero creo que los dos estábamos ya hartos de escondernos, de fingir.

En un momento de la noche me encontré a solas con Fabiola fuera, sentadas en el murito, fumándonos un porro que nos había liado Peter, ninguna de las dos liaba bien. Yo estaba bastante borracha y contenta, estaba siendo una buena noche, no quería joderla sacando el tema, y sabía que no era el momento, aun así, lo saqué, no pude evitarlo

—¿Estáis enganchadas? —le pregunté y no me contestó—. ¿Vienes cada fin de semana para pillar o algo así? Nunca bailas, no te gusta la música, no parece que te lo pases especialmente bien, pero cada finde quieres venir a fichar sin falta.

—¿Tú crees que a Raquel le gustan las chicas? —me preguntó ella, desconcertándome.

—¿Qué? —demandé sin comprender. Estaba seria y a mí me dio la risa, ni siquiera sé por qué, pero así fue—. No lo sé, deberías preguntarle a ella, Mónica está segura de que sí.

—Ya sabes cómo chocamos a veces —afirmé y empecé a reírme recordando una enganchada que no tuvo la menor gracia, pero estaba entre muy borracha y colocada, los porros de Peter siempre me daban muy fuerte—. No tiene gracia, Aurea —me censuró.

—Me da igual lo que le guste —le di la importancia que tenía—. Me jodería que no me lo dijera, pero yo estoy saliendo con su hermano desde hace meses y tampoco se lo he dicho —dejé caer sin pensar, no pareció sorprenderle mucho. Lo mío con Toni era un secreto a voces—. La quiero, le gusten los rabos o no —dije indiferente pasándole el peta.

—A mí ya no me gustan —dijo mirando el cielo, soltó el humo de sus pulmones.

Fruncí el ceño, obligando a mi cerebro atontado a despertar. Intenté torpemente con la que llevaba encima procesar lo que había dicho, me parecía increíble haberla entendido. Si Raquel era lesbiana o no, no lo sabía, podía ser, era muy machorra, se entendía con los chicos como uno más y nunca le gustaba ningún tío, así que podía serlo. Todo clichés, sí, lo sé ahora, pero así pensaba entonces. Lo que nunca imaginé y me pilló por sorpresa era que Fabiola lo fuera. Siempre iba con tíos, todos le iban detrás y a ella le encantaba coquetear y gustar, era la más femenina. No le pegaba nada a la Spice pija ser de la otra acera y, la verdad, es que me costó procesarlo, pero al hacerlo no podía parar de reír.

—No sé qué te hace tanta gracia —dijo ofendida, pero yo no podía parar de carcajearme cuando vi que se ponía de pie toda agraviada—. Eres imbécil —me acusó.

—A Fabiola le gusta la caracola —canturreé como una imbécil, creyéndome graciosa.

La vi levantar la mano para darme una bofetada, pero en lugar de eso se alejó y yo con dificultad me levanté y la seguí, me tiré encima de ella y me apoyé en sus hombros.

—Te quiero mi pija vanidosa, te querré te guste lo que te guste o quien te guste.

—Pues me gusta alguien… —dejó caer y detuvo sus pasos.

—Supongo que Natalia —respondí—. Eso explicaría qué haces aquí cada finde; si no es por la droga, desde luego no es por tu amor a la música. Os habéis liado, ¿verdad?

—No seas chafardera —me censuró, me pasó el canuto y negué, estaba muy colocada.

—Claro que sí, por eso siempre me echa esas miradas —dije sentándome en el murito.

—Dice que vas de buena y en el fondo te las traes, que todas las pelirrojas sois malas.

—Muy maja tu amiga… —contesté removiendo el trasero, el murito estaba helado.

—Creo que te tiene un poco de celos —dijo emocionada y yo me reí con ganas. Me iba a costar procesar que Fabiola estaba enamorada, creía que por primera vez y encima de una chica—, eso es que le gusto —añadió ella siempre tan soberbia, fumando el porro.

—Yo no sé por qué no te llamaron Modestia —me partí de risa.

—Yo no sé por qué últimamente te cojes estos ciegos —me criticó, cruzándose de brazos mientras yo me doblaba de la risa en mi mundo—, no hay quien te aguante.

—No me aguanto ni yo —contesté—, pero es mejor que la coca —aseguré poniéndome seria—. Te está consumiendo, Fabi —rodeé sus hombros y me apoyé en ella.

41

Aquel primer trimestre no fue demasiado bien y mi padre se cabreó. Ni corta ni perezosa le eché la culpa a Catastrófica, al desequilibrio que suponía para mí que ella se hubiera mudado con nosotros. Obviamente no coló y mi padre amenazó con castigarme.

Pasamos las Navidades en Vigo, como siempre, pero aquel año hubo novedades. La primera fue tener que dejar a Toni atrás, me costó la vida despedirme de él. Nos iba bien juntos, la nuestra no era una relación idílica y perfecta, ni tampoco esperaba que lo fuera. Llevábamos toda la vida discutiendo y, como pareja, hacíamos lo mismo, pero también hacíamos las paces y las hacíamos a lo grande. Cuando estábamos bien, estábamos muy bien y me hacía más feliz de lo que hubiera sido nunca. Cuando me abrazaba, cuando me quería, me sentía en paz, con él, conmigo, con el mundo. Era mi escudo y nada podía penetrarlo. La segunda fue Catastrófica, ella vino con nosotros para mi total disgusto. Intenté pasar el mayor tiempo posible con Sofía y esa parte de la familia, la de mi madre, con tal de no estar con ellos. Todos parecían encantados con ella, hasta a Sofía parecía caerle bien, siempre la estaba defendiendo, y a mí me tocaba mucho los cojones.

—¿Puedes dejarme en casa de Raquel? —le pregunté a mi padre de camino a casa.

Habíamos aterrizado hacía una hora y media y, tras recoger el equipaje, íbamos de camino a casa. Necesitaba verlo, no quería esperar ni un minuto, no importaba que no pudiera besarlo, que no pudiera abrazarlo, necesitaba verlo, darle una sorpresa, que supiera que estaba de vuelta y de alguna manera oculta decirle que no se desharía de mí.

—¿Ahora? —demandó, y por su tono supe que le hizo la misma ilusión que a mí a compañía de su novia durante las vacaciones—. ¿Aún no hemos llegado y ya quieres irte?

—Déjala —contestó Catástrofe por mí, poniéndole la mano en el brazo. Se miraron a los ojos mientras los observaba y una mueca de asco se instalaba en mi boca, pensando lo que iban a hacer mientras yo estuviera en casa de Raquel, en casa de mi *avoa* no habían tenido mucha intimidad precisamente—, es normal que quiera ver a su amiga —alegó.

Se giró y me sonrió, intentando hacerse mi cómplice, como si me estuviera haciendo un favor, encima. Mi cara de asco no mudó, mientras la suya se volvía al frente, cortada. Me hubiese quedado en casa por joderles el polvo, pero mis ganas de Toni me podían.

Me dejaron en casa de Raquel, su vecina octogenaria se peleaba

con la llave, como era normal en ella. La ayudé a abrir y fui corriendo para arriba subiendo los peldaños de dos en dos. Por la hora suponía que debía estar en casa, dándose una ducha antes de ir donde tuviera previsto ir esa tarde, pero podía no estarlo y me llevaría un enorme chasco.

Paré frente a la puerta intentando recuperar el aliento, pero mis pulmones no estaban por la labor. Presioné el timbre y esperé. Era absurdo, pero estaba nerviosa, ansiosa, me iba a costar la vida no acercarme a él, mantenerme en mi sitio, fría e indiferente cuando estaba deseando comérmelo entero y no dejar ni el envoltorio.

Esperaba que fuera uno de sus hermanos pequeños el que me abriera, pero quiso el destino que fuera él. Le dediqué la sonrisa más grande que le hubiera brindada nunca.

—Hola —me mantuve en mi sitio a duras penas.

Fue obvio que iba a alguna parte, por eso me había abierto él. Llevaba el abrigo puesto.

—Estás aquí —dijo con la sorpresa cincelando su rostro.

Afirmé mordiéndome el labio, sin moverme. Sentía mis manos temblar de ganas de rodear su cuerpo en un abrazo, de sentirlo, de sentirme en casa cuando me lo devolviera y besarlo. Hacerlo hasta desgastar sus generosos labios, hasta ahogarme en él, como lo hacía en las emociones que en aquel momento me desbordan solo por tenerlo delante.

Dio un paso al frente y atrapó mi rostro entre las manos, lo miré desesperada y leyendo mi mente sus labios chocaron con los míos, besándome con la boca abierta. Desesperada, anhelante y ansiosa le devolví el beso. Nuestras lenguas se enredaron y también nuestros cuerpos, me di cuenta al sentir la pared del rellano en mi espalda, prisionera contra su cuerpo que se pegaba al mío, despertando cada terminación nerviosa de él.

—Te he echado mucho de menos —confesé sobre su boca.

—¡Joder! —soltó con un tono que dejaba al descubierto cómo se sentía. Paró y me miró a los ojos, los suyos estaban nublados, y no solo por el deseo, que también, brillaban con amor—. No me puedo creer que estés aquí —dijo como un niño pequeño ilusionado.

En mi boca tembló mi primer «*Te quiero*», no solo dispuesto a salir, deseando hacerlo. Lo quería, hacía tiempo que me había dado cuenta, pero nunca se lo había dicho. Me daba miedo que aquellas dos palabras lo espantaran, que se diera cuenta de que lo nuestro estaba pasando, que era real y extrañara su libertad, así que me lo venía callando.

Su boca cubrió la mía y las palabras se quedaron en mí, una vez más.

—¡Que asco me dais! —escuché y sentí el calor de mi cuerpo

abandonarme.

Me quedé helada. Dejamos de besarnos y nos miramos, a aquella corta distancia. Él había deseado aquello desde el principio, pero vi en su mirada cuánto lo sentía por mí.

—Raquel —cogí las muñecas de Toni y me asomé para ver a mi amiga en la puerta.

—¡Que asco me dais! —repitió, mirándome a los ojos—. ¡Pero que *ascazo*! —gritó.

—Raquel —me puse junto a Toni, despuesta a ir detrás de ella, pero se dio la vuelta y cerró la puerta de un portazo que retumbó todo el bloque—. ¡Mierda! —exclamé.

Me apoyé de nuevo en la pared y me golpeé la cabeza con ella, con ganas de empezar a soltar improperios y quedarme sola.

—Era cuestión de tiempo —me cogió Toni de la nuca para que dejara de golpearme.

—No así —cogí sus brazos mirándolo a los ojos, con ganas de llorar.

Me abrazó y yo me agarré a él. La puerta volvió a abrirse y me encontré con la mirada de la madre de las criaturas. Lo solté y agaché la cabeza, azorada me escondí en su pecho, agarrándome a su abrigo para no caer muerta de vergüenza. Él se giró para ver quién era.

—¡Acabáramos! —escuché exclamar a su madre.

Oí la puerta cerrarse con suavidad, volvíamos a estar solos. La luz del rellano se apagó y nos quedamos en penumbra. Me acarició los brazos arriba y abajo y me besó la cabeza.

—¡Qué vergüenza! —exclamé—. ¿Qué va a decir tu madre? —me lamenté.

—A ti nada —aseguró y caí en la cuenta.

Salí de mi refugió y volví a apoyar la cabeza contra la pared. Mirándolo a los ojos me tapé la boca al pensar en su padre, aquello le iba a hacer la misma gracia que a Raquel. Su madre sentía debilidad por él, pero su padre criticaba todo lo que hacía y lo nuestro no iba a ser una excepción, más bien la guinda del pastel. Casi podía escuchar en mi cabeza la ristra de reproches y críticas que le iban a caer al pobre.

—Tu padre —le dije.

—No me importa —aseguró, y cogiéndome de la nuca me acercó a él—. Estoy hasta los cojones de esconderme —declaró—. Estamos juntos, ¿no? —afirmé con la cabeza, deseando tener esa seguridad, esa determinación para enfrentar la situación, para encararme con su hermana como él lo haría con sus padres—. Lo demás me da igual.

—Te quiero —confesé sin querer evitarlo y poniéndome de puntillas lo besé.

Nos besamos con la misma entrega, pero sin las prisas. Recuperé

mi posición y nos miramos a los ojos, afirmé mirando los suyos, preparándome mentalmente para Raquel y le dediqué una tirante sonrisa. Al pasar junto a él para ir a por su hermana, no me soltó.

—Pelirroja —tiró de mi mano, giré el cuello—, yo también te quiero —declaró.

Me atrajo hacia él y yo me dejé llevar. Nos besamos una vez más. Tentada me sentí de decirle que nos largáramos, donde fuera, allí donde pudiéramos estar solos, juntos, sin discusiones, sin dar explicaciones, sin tener que sentirnos juzgados. Solo nosotros dos.

Tuvimos que llamar al timbre, sentía mis mejillas rojas de vergüenza mientras esperábamos; uno de los mellizos nos abrió, le importó poco nuestra presencia. Se dio la vuelta y se largó. Solté a Toni y fui detrás de él, en dirección a la habitación de Raquel.

Me encontré la puerta cerrada, no llamé, entré y la cerré detrás de mí.

—Lo siento —fueron mis primeras palabras. Raquel se movía de un lado a otro de la habitación, ni se molestó en dejar de hacer lo que estuviera haciendo tan afanosa, ni en mirarme—. Siento no habértelo dicho antes —aclaré y esperé, siguió ignorándome—. Estoy con él —reconocí, todavía en la puerta. Ya, ya lo sé, a buenas horas si…

Paró en seco y me miró, cogí aire, preparándome para sus voces, insultos, improperios y ataques. Ella solo me miraba, atacando así mis nervios, pero nada más.

—Ya lo veo que estás con él —contestó tranquila, inalterable. Flipé, no pensé que se lo fuera a tomar tan bien—. Quiero que entre hoy y mañana —siguió en el mismo tono sosegado— recojas todas tus cosas de mi cuarto, si es posible de mi casa —rectificó.

Comprendí que estaba más que enfadada, supuse que decepcionada y dolida. No era para menos, aquello era inevitable, le había mentido meses, no lo había hecho bien.

—Sé que no quieres que esté con…

—Me da igual lo que hagas con tu vida —me cortó—, te lo digo de verdad. Solo sé que te quiero fuera de la mía —aseguró con toda la frialdad.

—¿Qué dices? Tampoco te pases —intenté en vano quitarle importancia al asunto.

Me separé de la puerta y me acerqué a ella, esperando no sé bien qué.

—Harás lo que te dé la gana, como has hecho hasta ahora, pero conmigo no cuentes.

—Ya sé que estás enfadada, y lo entiendo, pero tú tienes que entender…

—Todo lo que tenía que entender ya lo he hecho —volvió a interrumpirme y empezó a alterarse, así que me detuve. De momento,

para lo que era su carácter, no muy diferente al de su hermano en cuanto a «pronto» se trataba, estaba tranquila—. Te lo pregunté —me reprochó—, llevo meses con la mosca detrás de la oreja y tú venga a negarlo… Sabía que estaba pasando algo, lo sabía —dijo con rabia—, pero no quería creerlo, no quería creer que me estuvieras mintiendo en la cara… Eso no se le hace a una amiga —me condenó.

Casi que prefería que me insultara, no me habría hecho sentir tan ruin y asquerosa, tan mala amiga como me sentí en aquel momento.

—Sabía que te ibas a enfadar y no quería…

—Ya es tarde, Aurea —volvió a interrumpirme, no me dejaba acabar ni una frase—, me dan igual tus motivos o tus explicaciones. Me prometiste…

—No lo hice —la interrumpí yo—, nunca llegué a prometerlo —le recordé desesperada porque me creyera, que recordara el momento—. No quería que esto pasara —aseguré.

—¿Qué es «esto», Aurea? —dibujó las comillas en el aire—. ¿Qué no querías? ¿Traicionarme? ¿Liarte con mi hermano? ¿Dejar que te folle como a una más?

Aguanté como pude, y la verdad es que no sé cómo. Aquello era muy doloroso, ver cómo la perdía sin encontrar qué decir que hiciera que me comprendiera. Aguantándole la mirada cuando me miraba como a una extraña, atacándome de aquella forma, sin contemplaciones, como si yo no fuera nadie, como si no le importara hacerme daño.

—No quería ocultártelo, no quería que te sintieras como te sientes ahora —aseguré—. No estamos enrollados, Raquel —expuse con miedo—, estamos saliendo —aclaré.

—A ver lo que te dura —contestó con desdén. Se acercó decidida y me tendió la bolsa de basura que sujetaba, la cogí—. O sacas tus cosas o las tiro a la basura —miré dentro, había estado recogiendo mis cosas—, lo mismo que tú has hecho con nuestra amistad.

Por fuera estaba más o menos serena, pero por dentro empezaba a entrar en pánico. Raquel iba en serio, lidiar con el enfado, con el cabreo es difícil, pero con la decepción es muy jodido y, aunque entonces no era del todo consciente de la diferencia, pude intuirlo y temí no poder arreglarlo, por primera vez me planteé que no me perdonara.

—Sé que te he mentido —intenté hacerla entrar en razón, no iba de farol, era más que capaz de tirar todas mis cosas y me daban igual—, que la he cagado y te pido…

—No me pidas perdón otra vez —me advirtió—, porque encima te cruzo la cara.

Eso tampoco iba de farol y quise decirle que lo hiciera, que si así se iba a sentir mejor que me pegara, pero que al menos me escuchara,

que intentara ponerse en mi lugar.

—¿Entonces qué quieres qué haga? —demandé desesperada, no podía hacer nada más.

—Quiero que te largues —me repitió—, te lleves tu mierda y no volver a verte en mi casa —concluyó muy seria—. Eso es lo que quiero —sentenció.

—No hagas esto —le pedí con el corazón encogido.

—Lo has hecho tú —contestó fría—, y te vas a arrepentir —me advirtió.

—¿Me estás amenazando? —demandé, había pasado una, ya estaba bien.

—No —contestó serena, mientras yo analizaba sus ojos con los míos plagados de lágrimas temiendo perderla, mientras el estómago se me contraía con miedo—, no es una amenaza —aseguró sin alterarse, que era lo que más me descolocaba—, te digo lo que va a pasar y te evito futuras sorpresas. No hay futuro con Toni y te va a hacer daño.

—Yo le quiero Raquel —revelé y ya no pude contener más las lágrimas, corrieron seguidas, lejos. Mi cuerpo intentaba liberarse de la presión, de la tristeza que sentía al darme cuenta de que la perdía, que estaba ocurriendo—, le quiero de verdad —confesé compungida. Apenas se lo había confiada a él y allí estaba, abriéndome en canal frente a ella, a pesar del odio que sentía por mí en aquel momento—. No puedo evitarlo —lloré.

Aparté la mirada intentando calmarme, no me consoló, pero al menos esperó a que me tranquilizara.

—Te va a destrozar —fue su respuesta cuando volví a mirarla. No lo dijo porque estuviera enfadada y quisiera herirme, no, era lo que pensaba, estaba convencida de ello, esa determinación en su mirada así me lo hizo saber—. Te llevará por el mal camino, ya lo está haciendo —aseguró—, te sacaste primero con unas notas de puta madre, este trimestre ya has suspendido más de la mitad, me has mentido a mí por él —argumentó—. Y eso no es lo peor, no… —se le llenaron los ojos de lágrimas, mientras las mías escapaban de mis ojos—. Lo peor es que no solo romperá tu corazón, también va a hacer añicos tu espíritu y, cuando acabé contigo… —se le tomó la voz, dejó de mirarme, intentando serenarse y yo di un paso en su dirección, alzó la mano para que no me acercara—. Cuando acabe contigo, serás incapaz de reconocerte —sentenció destilando dolor en sus ojos verdes—. Rompe todo lo que toca y tú no serás diferente.

Fue en ese momento cuando comprendí por qué ella no quería que estuviera con él. Allí tenía los motivos, cada una de las palabras que acababa de pronunciar, todo cuanto había dicho era una poderosa verdad en su mente, solo había intentado protegerme.

—Él también me quiere —fue lo único que fui capaz de decir.

—No sabe querer —me respondió y negó, como apiadándose—, no quiere bien y te darás cuenta de la peor manera posible —aseguró.

Me dejó allí, con la bolsa de basura con mis cosas en la mano y el corazón roto.

—Pelirroja —entró Toni en la habitación un minuto después. Rodeó mis hombros con el brazo y yo dejé caer la bolsa al suelo, algo en su interior se rompió. Me abracé a él y lloré desconsolada—. Vámonos de aquí —dijo acariciándome la espalda, un rato después.

Fuimos a nuestro mirador; hacía frío, mucho, pero nos quedamos allí, pegados el uno al otro. Fumándome un cigarro le expliqué lo que había hablado con Raquel, él se liaba un porro mientras. Nos lo fumamos abrazados para entrar en calor y nos fuimos a casa de Peter. Peter vino a saludarme animado, pero al verme la cara se frenó y miró a Antonio.

—¿Qué le has hecho? —le preguntó.

—No le he hecho nada —contestó Toni ofendido—, Raquel se ha enterado —aclaró.

—Entiendo —me acarició el brazo arriba y abajo—, dale tiempo —me aconsejó.

Abracé a Peter, me rompí desconsolada, intentando asimilar que la había perdido. No podía hacerlo y, a la vez, mi corazón roto y mis ojos llorosos parecían haberlo asumido.

—Ya está —dijo Toni cogiéndome, me separó de Peter y me acercó a él—. Ya se le pasará —dijo—, y si no se le pasa, más pierde ella que tú —me besó la cabeza.

Raquel no fue la única que se enteró de lo mío con Toni. Mi mundo estaba a punto de ponerse a arder y yo apenas empezaba a intuir que hacía un poco de calor.

42

No hubo fuegos artificiales aquella noche, nuestro reencuentro no fue como los dos habíamos esperado y soñado, como habíamos hablado por teléfono durante mi estancia en Vigo. Nada de todo lo que queríamos hacernos se llevó a cabo.

Nos metimos en la cama temprano, sin cenar. Me abrazó y no se quejó mientras yo seguía lamentándome y llorando, me dejó hablar, aunque repitiera las mismas cosas una y otra vez, y aunque no estaba cómodo en aquella situación, no me soltó, no se quejó, me abrazó, me consoló en silencio y me hizo saber a su manera que estaba allí, conmigo.

Al día siguiente cambió el chip y me forzó a hacer lo mismo, no estaba por la labor, me sentía devastada. Me arrastró con Peter a desayunar, paseamos por el centro cogidos de la mano y luego fuimos de cañas al bar que estaba al lado de su casa. Discutimos, aquello me pareció una provocación, no quería ir, alegó que ya bastaba de esconderse, que estaba harto y le seguí por no discutir. Era sábado y Fabiola y yo nos acoplamos con sus amigos en el coche para ir de fiesta. Solo el trayecto ya fue divertido. Conducía su amigo «*Bocas*», lo conocía de los banquitos, era un tipo divertido. Se pasó todo el camino metiéndose con el «chispitas», cambiándole el apodo ahora que había sido «cazado».

Temí que Raquel se presentara, no lo creía, pero cuando se cabreaba era imprevisible. No lo hizo y fue una de mis mejores noches de Pont, la verdad. Me olvidé de todo y solo me dejé ir con él y disfruté como nunca. Podíamos hacer lo que nos diera la gana, sin ocultarnos, sin contenernos, así que nos pasamos la noche enganchados el uno al otro, bailando, bebiendo, besándonos… Nos escapamos y quemamos en un polvo de los que se marcan en la memoria todo lo que nos habíamos extrañado, mi angustia, su alegría.

El martes siguiente se acabaron las vacaciones de Navidad. Comí con Esther y la peque, y le expliqué lo sucedido con Raquel; seguí su consejo y por la tarde me pasé por las pistas. Intenté hablar con Raquel, pero no dio su brazo a torcer.

—Vendré cada día hasta que me perdones —aseguré dando voces.

Y eso hice mientras intentaba ponerme las pilas en el instituto, dedicarle más tiempo. No solo quería mejorar, también necesitaba demostrarle a Raquel que se equivocaba, que Toni no era una mala influencia para mí, que nuestra relación no afectaría a mis notas.

Me engañaba, mis notas habían mejorado por Luis y Mónica, ellos me habían llevado por el buen camino, me habían ayudado y ahora estaba perdida. Además, llevaba fatal el «*Treball de recerca*». Ni

siquiera estaba segura de lo que quería hacer, había recopilado un montón de información inconexa con la que pretendía expresar algo, el problema era que no sabía qué. Necesitaba mejorar, lo sabía, pero en lugar de pasarme las tardes en la biblioteca, estudiaba un rato en casa, distraída con el ordenador y con mis divagaciones; después, cuando él salía de trabajar me iba al bar, de cañas con sus amigos. Ya no nos escondíamos en casa de Peter, aunque seguía siendo nuestra segunda residencia sin que el pobre se quejara.

Pasamos el fin de semana en casa de Peter, el viernes Pet y yo nos encargamos de pasar por el videoclub y por el quiosco, donde compramos toda clase de guarrerías. El sábado estuvimos apalancados en su casa y por la noche de discoteca; el problema vino el domingo por la mañana. Mi móvil no dejaba de sonar; harta, a eso de las once, lo cogí.

—¡Joder! —descolgué enfadada, de muy malhumor por la falta de sueño—. ¿Qué pasa?

—¿Dónde estás? —mi padre parecía muy enfadado.

—En casa de Raquel —me tapé la cara con el brazo y Toni se agarró a mi cintura.

Dejé caer la mano de mi cara a su cabeza y la acaricié, mientras él se acomodaba encima de mí.

—Te lo repetiré otra vez —dijo con un tono que no presagiaba nada bueno— y esta vez más te vale que no vuelvas a mentirme: ¿Dónde estás? —repitió.

Lo sabía, sabía que le estaba mintiendo, quizás se había encontrado a los padres de Raquel, o habían hablado por algo y había salido nuestro enfado. Dejé de tocar a Toni.

—Ya te lo he dicho —contesté sin convicción, sin saber cómo salir de allí.

—Te doy quince minutos para entrar por la puerta de casa, o voy a ir a los Mossos a denunciar al hermano de Raquel por secuestrar a mi hija menor de edad.

No podía creerme lo que acababa de decir; observé la cabeza de Toni, con la poca pero suficiente luz que se filtraba por las persianas. Nerviosa me incorporé, él no me soltó.

—¿Secuestrar? — demandé incrédula—. ¿Tú estás de la olla o qué te pasa?

—¿Tú quién te has creído que eres? —me escupió y empezó a alzar ese tono furioso—. ¿Con quién te crees que hablas? ¡Soy tu padre! —me gritó y yo miré a Toni, que me había soltado y se incorporaba frotándose los ojos—. Te juro por Dios que como no estés aquí en quince minutos, dispuesta a empezar a decir la puta verdad, denunciaré a ese chico —sentenció, miré a Toni y él a mí despertándose—, y se le va a caer el pelo.

—Él no ha hecho nada —discutí mirando los ojos de mi ya no tan clandestino novio.

—¿Que no ha hecho nada? —volvió a gritarme—. ¡Eres menor de edad, Aurea!

Aparté la mirada, no quería meter a Antonio en un lío. Mi padre podía parecer muy bueno, muy paciente y tranquilo, pero se dedicaba a los negocios y era bueno, cuando tenía una presa no la soltaba, era un tiburón y si iba a ir a por Toni, lo destrozaría.

—¡Tengo diecisiete! —grité yo de vuelta, poniéndome de pie.

—¿Y cuantos tiene él? —demandó y me callé buscando mi ropa por el suelo, me di cuenta de que no podía ir con aquello—. Ven a casa ahora mismo —colgó.

—¡Mierda! —exclamé tirando el móvil sobre la cama.

—¡Eh! —Toni me cogió de la muñeca y tiró de mí, me caí sobre la cama y me estrechó entre sus brazos—. ¿Tu padre? —preguntó besándome la sien—. ¿Qué pasa?

—Sabe que estamos juntos —giré la cara para encontrarme con su mirada todavía adormilada, no pareció que se sorprendiera o alterara—, que hemos dormido juntos —seguí y aparté la mirada, avergonzada—, y ha amenazado con denunciarte —reconocí.

Me humedecí los labios, necesitaba agua, un par de litros, tenía una buena reseca. Hacía menos de tres horas todavía estaba borracha, fumándome un porro con él y Peter mientras veíamos *Scary Movie*, antes de irnos a la cama y después de habernos comido como un kilo de churros entre los tres. No me sentía en las mejores condiciones para enfrentarme a mi padre. Supe que aquello iba a salir mal, ya iba mal y aún no había salido.

Toni me cogió el mentón y me giró el rostro para que lo mirara, me dedicó una tierna sonrisa de labios prietos, los mismos que besaron los míos con suavidad.

—Iré contigo —se ofreció y yo negué enérgicamente—, no voy a esconderme.

—No es el momento, Toni —reconocí besándolo rápido antes de ponerme de pie—. Está cabreadísimo —busqué algo de ropa limpia y más sport que ponerme—, y verte solo lo alterará más —se dejó caer en la cama molesto y fui a por él. Me senté a ahorcajadas sobre él, no quería tener que lidiar con él enfadado también, tenía demasiados frentes abiertos—. No es una cuestión de esconderse —lo cogí de las mejillas y las apreté para que sus abultados labios se pusieran en forma de pez—, sino de dialogar y hacerle entender —volví a besarlo—, necesitará tiempo para asimilarlo, ¿vale?

—Ha sido mi hermana —declaró y lo miré sin poder creerlo—, lo sabes ¿verdad?

—Tu hermana no haría eso —negué, no quería creerlo. Volví a

ponerme de pie—, se habrá encontrado a tus padres o habrá llamado por algo, o vete tú a saber —alegué.

Me puse el pantalón de la noche anterior, no tenía otro, y para la parte de arriba estaba entre un jersey que apestaba a cerveza o el de la noche anterior escotado y sin sentido.

—Ha sido Raquel —insistió mientras cogía una de sus sudaderas, puede que no fuera la mejor opción, pero al menos olía a limpio—. Mi madre intenta disimular, pero está encantada, o al menos lo estaría si no fuera por ella; y mi padre, pues tampoco se lo ha tomado tan mal. Ellos no van a decir nada, ha sido ella —volvió a acusarla y yo a negar.

Acabé de vestirme y me bañé en colonia, intentado no oler a sexo, a alcohol, a tabaco, a porro, a fiesta, a él… Sentí que no estaba preparada, no me encontraba nada bien.

—No creo que pueda volver luego —volví junto a él con el abrigo puesto.

—Ponte colirio en los ojos —me aconsejó— y comete un chicle si vas a fumar.

Afirmé, necesitaba un par de cigarros para afrontar la situación, para enfrentarme a mi padre; lo hacía a menudo, pero aquello era diferente. Era una mentirosa y él lo sabía.

—Deséame suerte —le pedí sobre su boca, besándolo.

Me cogió la cara y me apartó lo suficiente para poder mirarme a los ojos sin ponernos bizcos. Estaba muy serio y yo acojonada, estaba segura de que se veía en mi rostro.

—No has hecho nada malo —aseguró—, no dejes que te hagan pensar lo contrario como mi hermana. No tienes que pedir perdón por estar conmigo, ¿vale?

Hice caso de sus consejos, antes de entrar en el edificio me fumé un segundo cigarro. Si mi padre se asomaba a la ventana podría verme, pero aquel sería el menor de mis problemas, él ya sabía que fumaba. Entrando por el portal me metí un chicle en la boca y al salir del ascensor tuve que hacer varias respiraciones, preparándome para la guerra.

Entré en casa y no me dejó ni quitarme le abrigo. Me cayó la de mi vida, empezó a gritarme como un loco. Tenía reproches de todos los tipos, tamaños y colores, por mentir, Antonio, el insti, Raquel, la fiesta, las drogas… Estaba fuera de sí y no me dejaba hablar.

—¿Puedes relajarte? —le pedí cuando paró para coger aire. Estaba rojo de rabia.

—¿Que me relaje? —me gritó—. ¿Cómo? —gritó con más fuerza—. ¿Cómo me relajo?

—Por favor, Esteban —intervino ella que se había mantenido en un segundo plano, moviéndose incómoda, como si no estuviera por

nosotros, algo imposible. Con las voces que estaba dando mi padre, se iba a enterar toda Vilanova—, cálmate —le pidió.

—No puedo, no puedo calmarme —dijo fuera de sí— cuando está tirando su vida por la borda por un macarra de mierda, un drogadicto que la va a llevar por el mal camino.

Lo miré sin poder creer lo que acababan de pronunciar sus labios.

—¿Cómo te atreves? —demandé furiosa—. ¿Qué sabes tú de él? No lo conoces.

—Sé lo que me ha dicho su hermana —contestó y di un paso atrás, como si acabara de darme una bofetada. Toni no se había equivocado, no podía creer que Raquel me hiciera aquello—. Que solo sabe salir de fiesta, drogarse y aprovecharse de las chicas.

—Él no se aprovecha de nadie —contesté con rabia—. Tiene un trabajo, hace mucho más que salir y para criticar a los demás hay que estar muy limpio —añadí enfadada.

—¿Qué insinúas con eso, Aurea? —demandó muy serio creyendo que hablaba de él.

—Nada —contesté enfadada, no iba a ser como Raquel, no pensaba chivarme.

—¿Dónde has pasado la noche? —volvió a preguntarme—. ¿Dónde has estado desde el viernes? —agaché la cabeza—. ¡Contesta de una vez! —me gritó.

—¡Basta! —se interpuso Catastrófica por medio—. Gritándola no solucionas nada.

—¿Encima la defiendes? —se encaró con ella y me dejaron en un segundo plano, algo que agradecí—. No se lo merece, no merece nada de ti después de cómo te trata, ni de mí tampoco —me miró cabreado—. Te quedas sin paga y sin fines de semana fuera. Solo usarás la moto por las mañanas para ir al instituto y las tardes las pasarás en casa; viendo cómo fue el primer trimestre está claro que la biblioteca no la has pisado en todo el curso.

—Estás exagerando —traté de mantener la calma, de hablar en un tono sereno. Alguien tenía que mantener la calma, y no iba a ser él—, no puedes castigarme así, es demasiado.

—¿Demasiado? —se acercó a mí y por un momento pensé que me pegaba, estaba fuera de sí—. ¿Demasiado, dices? ¿Y qué tengo que hacer, Aurea? ¿Cómo hago para que te des cuenta de que estás echando por tierra tu futuro? ¿Cómo hago que veas que ese chico no te va a traer más que desgracia? ¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Ver cómo destrozas tu vida? ¿Cómo sigues el ejemplo de tu madre sin reaccionar? ¿Sin hacer nada?

—¿Por qué la metes a ella en esto? —demandé con el pulso acelerado.

Me cogió de los brazos y respondió a mi pregunta, abriendo una

brecha entre nosotros que, durante mucho tiempo, pensé que no podría cerrarse.

—¡Porque vas a acabar siendo una desgraciada como ella si no reaccionas ahora! —me gritó y sentí cómo la congoja me estrangulaba.

—Basta —intervino una vez más Catástrofe, se interpuso entre nosotros, apartando sus manos de mí—, es suficiente —dijo mirándolo a él, dándome la espalda.

—Me calmo —aseguró relajando el tono. Ella se giró para mirarme y se apartó. Las lágrimas corrían por mis mejillas, dolorosas, llenas de pena, angustia y desasosiego—. Solo quiero que estudies, que no te rodees de malas compañías. ¿Quieres ser dependienta como tu amiga? ¿Trabajar los fines de semana toda la vida por el salario mínimo?

—Lo preferiría a estudiar para tener un trabajo que me robe la vida como a ti.

Pude ver cómo mi respuesta volvía a encenderlo. Lo había hecho enfadar muchas veces, habíamos tenido discusiones de todos los tipos, pero ninguna como aquella.

—¡Y volvemos a los reproches de siempre! Ya no te sirven, Aurea. Estoy harto, de tus actitudes, de tus chantajes emocionales y de ti. ¡No puedo más contigo! —gritó de nuevo.

Cada una de sus palabras se clavó en mi pecho como si un puñal lo atravesara. Siempre sentí que le molestaba, no quería creerlo, pero siempre lo sentí y por fin había tenido los huevos de expresarlo en voz alta. Alcé el rostro, me aparté las lágrimas de los ojos con rabia, dispuesta a encararlo, prefería luchar que hundirme. Me miró con desprecio, como nunca lo había hecho y se marchó, dejándome con una profunda herida en el corazón.

—No hablaba en serio —dijo Catastrófica en un triste intento de alentarme—, cuando nos enfadamos, siempre decimos cosas que no pensamos. Se le pasará, ya lo verás.

La miré enfadada, las lágrimas corrían por mis mejillas imparables.

—¿Crees que lo conoces mejor que yo? —le reproché con voz estrangulada. La vi tragar saliva, negó con la cabeza—. Mejor cállate entonces —le dije con rabia.

Me marché, tal como había llegado, pero sin las llaves de la moto que me las quitó mi padre al llegar. Le mandé un mensaje a Toni y lo esperé en el portal de Pet, ni entré.

—¿Qué ha pasado? —se acercó a mí con largas zancadas, yo lo esperaba apoyada en su moto, fumándome el penúltimo cigarro del paquete. Le hice un placaje y me abracé a él, llorando desconsolada, sus manos me peinaron el pelo, me acarició la espalda—. Mi amor —lo escuché decir sobre mi cabeza.

Era la primera vez que me llamaba así y sentí que calentaba mi

corazón maltrecho.

—No me quiere —me lamenté empapando su ropa.

—¿Quién podría no quererte? —escuché que sonreía como si le pareciera imposible y estreché su cuerpo contra el mío—. ¿Subimos a casa de Peter? —ofreció cogiéndome de los hombros y me separó de él para mirarme a la cara—. Y así hablamos tranquilos —me ofreció y sus pulgares empezaron a borrar las lágrimas de mi cara.

—No quiero encerrarme en casa de Peter —reconocí, mi padre iba a encerrarme, necesitaba libertad, ver el cielo, sentirlo sobre mí—. ¿Podemos ir a la playa? —solicité.

—Podemos ir donde tú quieras —aseguró y la verdad es que me daba miedo su respuesta. No habíamos dormido nada, llevaba semana y media como alma en pena, llorando por los rincones por Raquel y ahora otro drama, esta vez por mi padre, y aquellos rollos no iban con él. Era divertido, desenfadado, el drama no iba con su personalidad y temí que me mandara a paseo, pero también supe que no lo haría, porque de verdad me quería—. Tengo que subir a coger el casco y la chaqueta —dijo.

—Me ha quitado la moto —reconocí—, he venido andado, no tengo casco.

—Seguro que encuentro alguno en su casa —me besó la frente y me dejó.

Cuando bajó ya estaba más serena, a años luz de estar bien, pero sí más tranquila.

Fuimos a nuestro mirador; mediados de enero, hacía frío, mucho, la helada brisa marina nos dio la bienvenida a sus dominios, pero hicimos caso omiso de ella. Nos sentamos uno junto al otro, dándole la espalda al camino; hablamos de lo ocurrido, no me preguntó si había sido Raquel, y yo no se lo dije, nunca lo hice. Observamos aquella maravilla que era el mar. Entonces no sabía apreciarlo, no era consciente de cuan afortunada era por tener la playa a los pies de mi casa, pero en el futuro iba a ser consciente y a extrañarlo.

43

Nunca volví a las pistas, no volví a pedirle a Raquel que me perdonara, ni le reproché lo que me había hecho, a pesar de que pagaba las consecuencias día tras día, mientras estas consumían mi espíritu, convirtiéndome en la desgraciada que mi padre había predicho que sería, y no por Toni, sino por él y su severo castigo.

—Voy a dejar bachillerato —me planté delante de mi padre una tarde de marzo.

Llevaba más de un mes castigada, sin apenas ver a Toni. A la hora que él llegaba de trabajar era casi la misma que lo hacía mi padre, así que con suerte podíamos vernos unos minutos, en la escalera de mi edificio, robándole segundos al reloj para poder estar juntos. Pero ese tiempo juntos se fue volviendo más amargo por los reproches a medida que los días pasaban. Él me echaba en cara que no le plantara cara a mi padre, que no solucionara aquella situación. A medida que se fue haciendo a ella, yo me desesperaba al ver que ya no me extrañaba tanto, al sentir que se acostumbraba a tener solo esos minutos y seguir con su vida como si nada, sin mí. Me di cuenta de que tenía que actuar, acabar con aquello.

Cata dejó de ser Catastrófica, sabía lo de Toni y nunca dijo nada. Un día que nos abstrajimos perdidos en el otro y no vimos llegar a mi padre ella me cubrió, le mintió por mí. Puede que lo hiciera porque no le gustaban las discusiones, los enfrentamientos, o porque me entendía, tampoco hacía tanto que había tenido mi edad, solo nos llevábamos diez años. Al día siguiente le di las gracias, tuvimos una charla agradable y le pedí disculpas por todas las veces que había sido maleducada o cruel, y eran unas cuantas.

Emma estaba preciosa, a Esther sí que la veía. Ella y Javi seguían juntos, pero no estaban bien. Hablaba con Fabiola por Messenger, mi padre ni sabía que chateaba con el ordenador o me lo habría quitado, igual que dejó de poner saldo en mi móvil para que no me mensajera con nadie. De Mónica y Raquel no sabía nada; a la primera la veía por el insti, si nos encontrábamos cruzábamos conversiones vacías y si podíamos lo evitábamos.

—¿Cómo dices? —demandó mi padre alzando la vista de los documentos que leía.

—No puedo más —reconocí—, no puedo seguir viviendo así. Me asfixio, no puedo respirar encerrada en esta casa, soy incapaz de centrarme en nada más que en la sensación de estar en una cárcel y no doy una en clase porque no estoy centrada. Es mejor que me ponga a trabajar y ahorre para largarme en cuanto cumpla los dieciocho en octubre.

—No vas a dejar de estudiar, Aurea —aseguró mi padre.

—No puedes impedirlo —contesté seria, serena. No iba de farol, había pensado y sopesado la situación, no había otra salida. Me estaba matando, me estaba marchitando; no solo no poder ver a Toni, que también, sino sentirme su prisionera, esclava de sus exigencias, solo por haberme enamorado de alguien que a él no le gustaba, por haber suspendido unas cuantas asignaturas. Sí, también había mentido, cierto, pero la penitencia estaba siendo exagerada. No podía más—. Estoy cursando una educación no obligatoria y, como la palabra indica, no puedes obligarme. Tú me has empujado a esto.

Me di la vuelta y me marché a mi habitación, a mi cárcel; pensé que me seguiría hecho un basilisco, estaba segura. No apareció por allí, me hice un sándwich y me lo comí en mi habitación, nunca cenaba con ellos, no quería compartir espacio y tiempo con él.

—Deja de salir con él y aliviaré el castigo —me dijo la tarde del día siguiente.

—No voy a dejarlo —aseguré, hablando con la misma calma con la que me había hablado él—, ni voy a seguir mintiendo. Lo quiero, es mi novio y lo va a seguir siendo, se interponga quien se interponga —manifesté con toda la seguridad que mis palabras me conferían—. Estamos juntos desde verano y no voy a volver a esconderme, ni a mentir.

—Es un pieza, Aurea —intentó hacerme entrar en razón.

—Lo es —admití sin alterarme—. Tiene el mismo carácter de mierda que su hermana, el mismo pronto, y se mete en líos —reconocí—. Le gusta la fiesta y ha estado con muchas chicas —me encogí de hombros—, pero a ninguna de ellas las miraba como a mí, igual que nadie me ha mirado como él. No había sentido antes lo que siento cuando estoy con él y me da igual que no te parezca que es la persona indicada, porque yo sé que lo es.

Nos quedamos callados, mirándonos a los ojos. Creo que aquello era lo más sincero que le había dicho en la vida, no estaba acostumbrado a que me abriera de aquella forma con él, yo misma no lo estaba, solo había querido ser sincera y lo fui hasta el fondo.

—No puedes dejar los estudios —dijo, como si no hubiera escuchado nada más.

—No estoy estudiando —reconocí—, no puedo. Estoy demasiado cansada, rabiosa y enfadada, no logro concentrarme en nada, ni cuando estoy en clase ni fuera.

Cedió, no mucho, pero cedió. Me devolvió la moto y me dejaba salir por las tardes hasta las ocho; era ridículo, como si volviera a tener doce años, pero no me quejé. Tenía una hora diaria para estar con él, pensaba exprimirla hasta grabarme en su piel y saciarme de él. Me devolvió parte de mi paga, lo justo para recargar el móvil y

comprar tabaco. Y los fines de semana podía salir, pero no dormir fuera, a las ocho, debía estar en casa.

No le dije nada, al día siguiente me planté en su casa, me daba igual encontrarme con Raquel o con sus padres, estaba de vuelta de todo. Cuando la furgo del trabajo lo dejó allí y me vio, su cara habló por él y corrí a su encuentro. Dejó caer la mochila y me cogió entre sus brazos; al momento me agarraba a su cintura con las piernas, mientras cogía su rostro entre las manos y nos besábamos desesperados, a la vista de quienes quisieran mirar, ajenos al mundo más allá de nosotros.

—¿Se acabó? —demandó desesperado.

—Aún no —reconocí—, pero me da un poco de libertad.

—Hay que celebrarlo —dijo desesperado volviendo a besarme.

Ni siquiera preguntó cuánta más libertad me daba, le era indiferente, fuera lo que fuera la íbamos a aprovechar, la necesitábamos, como pareja aquella situación pasaba factura.

No tardamos mucho en volver a discutir, ese mismo fin de semana. Le pedí que no fuera al Pont para pasar el domingo juntos, pero como si oyera llover. El domingo se presentó en mi casa con la cara desencajada de lo que se hubiera metido, no quería ni saberlo, y encima apestando a alcohol. Me enfadé mucho, lo mandé a dormir, no quería que mi padre lo viera o me mandaba a Vigo de vuelta con tal de separarme de él. Además, así no me servía, en cuanto se sentara se le iban a acabar las pilas y fin de nuestro tiempo.

No dejó de salir porque yo no pudiera ir, ni porque se lo pidiera. Encima yo era la egoísta por pedírselo, así que los domingos por la mañana me acoplaba con Esther y Javi.

Las Spice volvimos a reunirnos el fin de semana del cumple de Emma. Al principio fue tenso e incómodo, después solo emporó. Estábamos cada una en una esquina de la enorme terraza en casa de los padres de Esther donde se hacía la fiesta. Yo pensaba ir con Toni a pesar de que estuviera Raquel, pero estaba durmiendo después de una noche de juerga y la única de las cinco que estaba cómoda había compartido la noche con él. Fabiola estaba descontrolada, no sé de qué iba, pero iba muy colocada.

—Reunión de chicas, reunión de chicas —gritó, llamando la atención de todos los presentes. Se colocó en el centro de la terraza—. Solíamos ser inseparables… —empezó a contar a todos, a nadie, a quien la escuchara, que era toda la familia de Esther y de Javi.

—No puedo creerme que haya venido así —se lamentó Javi, los dos la miramos.

—Debería llevarla dentro —le dije, dejando la cerveza en la mesa.

—Pero esa —siguió hablando ella y me señaló. Me quedé parada—, se folla al hermano de esa —señaló a Raquel, que me miró

para dedicarme una mirada envenenada.

—No me lo puedo creer —dije volviendo a mirar a Fabi.

—Y esa —señaló a Mónica—, no tiene huevos de decirle que está saliendo con su ex.

—Sácala de aquí antes de que Esther se la cargue —me pidió Javi.

—Además —siguió ella hablando—, la mamá del año —dijo refiriéndose a Esther—, ya nunca viene con nosotros, prefiere estar con su…

—Se acabó el discurso —la corté cogiéndola del brazo.

—Pero no he acabado, Aury —se quejó mientras la arrastraba y dio un traspié.

—Es suficiente —tiré de ella al interior para que dejara de ponerse en evidencia.

La metí en el baño y cerré la puerta, la senté en el inodoro y al momento se volvió a abrir la puerta, las chicas entraron detrás. La miré sin saber por dónde empezar mi bronca.

—¿Estás colocada? —demandé mirándola, enfadada—. ¿En el cumple de Emma?

—Sí, estoy colocada en el cumple de la enana, ¿qué pasa? —se quitó las gafas de sol.

Me dio miedo lo que vi, sus preciosos ojos azules estaban opacos, muertos, enrojecidos y tristes. Me fijé más en ella, más allá de la que llevaba encima. Hacía dos meses que no la veía, aunque habíamos estado hablando y estaba aún más desmejorada.

—Que das vergüenza —respondió por mí Mónica mientras Esther, la última en llegar, cerraba la puerta—. Te has puesto en evidencia y has dejado en muy mal lugar a Esther.

—¡Perdona! —gritó—. Perdóname que no sea tan perfecta y correcta como tú. Solo quería decir algo bonito, animar un poco. Estaba todo muy aburrido y sin música…

—¡Es una fiesta infantil! —se agachó Raquel y la zarandeó—. ¿Dónde crees que estás?

—No creo que eso sea necesario —di un paso al frente y me cruce de brazos.

La soltó mirándome con rabia, sentía mucha por mí últimamente. Se incorporó sin apartar sus ojos de los míos, no tengo ni idea de qué expresaban mis ojos, pero yo también estaba muy cabreada, me habían castigado por su culpa.

—¿Tú ves normal lo que ha hecho ahí fuera? —me preguntó.

—Hay muchas cosas que no veo normales —contesté apretando la boca.

—¿Por qué no lo superáis de una puta vez? —nos dijo Fabiola con la mirada ida—. Sí, se folla a tu hermano —le dijo a Raquel—, ¿y qué? ¿A quién le importa? Te hizo una promesa absurda y la ha roto, qué

pena. Y tú —señaló a Mónica, que estaba frente a ella, mientras Raquel y yo estábamos una a cada lado, enfrentadas—, échale huevos de una vez y admite que sales con su ex —señaló en mi dirección y miré a Mónica esperando—. Le va a dar lo mismo —aseguró—, lo engañaba con el Chispas —declaró.

—¡Lo sabía! —gritó Raquel mirándome—. ¡Eres una mentirosa de mierda! —me acusó—. Sabía que estaba pasando algo con mi hermano cuando aún estabas con Luis.

—¿Pero qué cojones te importa tanto? —gritó Fabiola—. Alégrate por ellos —le aconsejó—, tu amiga y tu hermano están juntos y son felices, ¿cuál es el problema?

—Ella me mintió —respondió mirándome, señalándome con el dedo.

—¡No te mentí! —grité—. No es lo mismo omitir información u ocultar, que mentir.

La puerta del baño se abrió, Javi metió la cabeza con cara de circunstancias.

—¿Podéis bajar la voz? —nos pidió—. Se os oye desde fuera —alegó, incómodo.

Agaché la cabeza con vergüenza. Esther fue hasta la puerta y la abrió de par en par.

—Quiero que os vayáis —señaló el pasillo—. Habéis arruinado el primer cumpleaños de mi hija —nos acusó y no esperó ni una respuesta, cogió a Javi y volvieron fuera.

—Qué mal —dijo Mónica.

—Esto es culpa tuya —me señaló Raquel.

—Sí —cogí a Fabiola del brazo—, yo tengo la culpa hasta del hambre en el mundo.

Como pude llevé a Fabiola a su casa. Por el camino le dio el bajón y estaba muy disgustada. Me dio un paquete de tabaco y me pidió que se lo guardara, pensé que era cosa del colocón. Me lo guardé sin darle importancia y me quedé con ella hasta que se durmió. Esperé un rato por si se despertaba y me marché a casa de Peter.

Antonio me esperaba en la puerta del rellano, vi en su cara que acaba de despertarse.

—¿Cómo ha ido el cumple? —me preguntó cuando pasé junto a él.

—Mejor no preguntes —me cogió de la cintura y fue a besarme, le puse la mejilla—, es mejor que no hayas ido —reconocí, aunque eso no cambió que estuviera enfadada con él, por dejarme tirada—. He pillado *Minority Report* —le enseñé a Peter la peli del videoclub y seguí adelante, lejos de las manos de Antonio—, ¿te hace? —le sonreí.

—Planazo —contestó él encantado, quitándome la peli de las manos para ponerla.

—¿Os molesto? —dijo Toni cabreado—. ¿Queréis un poco de

intimidad?

Peter y yo lo miramos sin poder creer lo que estaba insinuando.

—¿Me dejas tirada y encima ahora me vas a montar una estúpida escena de celos?

—Es que parece que te alegres más de verlo a él que a mí —me reprochó.

—Es que me alegro más de verlo a él que a ti, porque él no me ha dejado tirada.

—Pues entonces quédate con él —dijo en un arrebato y se fue a la habitación.

—¿Tú te lo puedes creer? —le pregunté a Peter, yo apenas podía, era absurdo.

No esperé que me contestara, fui detrás de él enfadada y discutimos, mucho, muy alto. Conseguí que reconociera que lo había hecho mal, le costó, pero lo hizo, así que hicimos las paces, mucho también e incluso más alto. No sé cómo Peter no nos echaba de su casa.

Comimos viendo la peli y después nos fumamos un peta charlando. Les expliqué lo sucedido en el cumple. Parecían más interesados que por la peli, los dos cotillas.

—¿Y tú querías que yo fuera allí? —se burló encima el muy sinvergüenza.

—Tengo que darle las notas a mi padre —cambié de tema. Ya había pasado Semana Santa, acabaría llamando al instituto después de mis evasivas, tenía que dar la cara, pero no quería—. Me han quedado prácticamente todas. Va a encerrarme de por vida.

—No puedes dejar que te castigue otra vez —dijo Toni y yo me encogí de hombros.

—¿Quieres trabajar? —me ofreció Pet—. Eso te dará independencia, no solo económica, también podrás salir de casa sin que tu padre te controle.

—¿Trabajar de qué? —demandé desconfiada.

Durante mucho tiempo me pregunté a qué se dedicaba Peter, nunca tenía un trabajo, pero pagaba el alquiler y las facturas. Nunca lo pregunté por un buen motivo, siempre lo supe, o al menos lo intuí, y por supuesto no era licito, ni mucho menos legal trapichear.

—Camarera —contestó y me interesó mucho—. Ahora mismo no, pero sé dónde buscan gente de cara al verano. Quieren personal con experiencia, pero puedo arreglarlo —aseguró—. Eso te dará la excusa para salir de casa.

—Y trabajar los fines de semana, perderte las vacaciones —puntualizó Toni—. ¿Vas a perderte el verano? —me preguntó, osco.

—¿Perderme el verano? —lo miré incrédula, preguntándome qué le pasaba—. Voy a pasarme el verano castigada —le recordé—, no me

va a dejar salir ni a por el pan.

—También estás castigada ahora, y aquí estás —se encogió de hombros—, puedes hacer lo mismo cuando acabes las clases.

—Aún no ha visto mis notas —le recordé—. ¿Qué voy a hacer? ¿Escaparme de casa y pelear con mi padre todo el día? ¡Menudo verano! —me quejé y me volví hacia Peter—. Habla con quien tengas que hablar, me interesa —aseguré.

—Si trabajas de camarera no nos veremos —me reprochó Toni.

—Tranqui —le dijo Peter—, siempre necesitan más refuerzo en el servicio del mediodía, les diré que solo le den un turno —resolvió.

Di un salto hacia Peter y lo abracé, era perfecto, podía decirle a mi padre que trabajaba por las noches también y estar con él.

—¡Siempre a lo puto tuyo! —soltó Toni cabreado, solté a Pet y me giré para mirarlo—. No me mires así, es verdad. Nunca me consultas, vas a tu rollo y no me tienes en cuenta.

—¿Pero a ti qué te pasa? —demandé—. Esto no tiene nada que ver contigo, tú no sales de trabajar hasta las seis, no te afecta en nada. Aunque solo trabaje en el servicio del mediodía, podré decirle a mi padre que trabajo todo el día, eso me dará las tardes y noches para estar contigo. Es lo que queremos, ¿no?

—¡No! —me gritó—. Lo que queremos es tener tiempo para nosotros, no que te pases los putos fines de semana esclavizada —soltó super cabreado.

Me dejó con la palabra en la boca y se largó airado. No comprendía nada.

—¿Por qué se pone así? —observé la puerta por la que acababa de salir.

—Porque el restaurante es de la familia de un antiguo colega suyo, y no acabaron bien.

—¿De quién? —me giré para mirarlo.

—Se llama Gaspar —contestó y mi boca se abrió por la sorpresa, después de tanto tiempo—. ¿Conoces a Gaspy? —me preguntó extrañado y yo negué con la cabeza. Quise conocerlo, cada detalle, cada virtud y defecto hasta amarlos todos como lo amaba a él sin conocerlo. No fue posible, desapareció y nunca más supe de él, hasta entonces—. Es verdad —entrecerró los ojos recordando—, Fabiola dijo algo, te gustaba o algo así.

—Fue mi amor platónico —reconocí, impactada solo por su sola mención.

—¿Él lo sabe? —preguntó refiriéndose a Toni y me encogí de hombros, no estaba segura—. Vale, ahora sí que entiendo su mosqueo —puso cara de circunstancias—, queda más de un mes para la temporada de verano, piénsatelo antes de que les diga algo.

—¿Qué tengo que pensar? —demandé molesta—. Es una

oportunidad.

—Aury —inclinó las cejas—, Toni acabó mal con Gaspy y si encima sabe o se entera de que te gustaba, se lo llevarán los celos… Ya lo conoces —se encogió de hombros.

—Estoy harta de sus celos—reconocí—, de las películas que es capaz de montarse en la cabeza, como lo que ha dicho hoy de nosotros. Tiene que confiar en mí —me quejé.

—Tú misma, guapa —contestó Peter—, es tu relación lo que vas a jugarte si aceptas.

Una tormenta más importante y mucho más inmediata se forjaba en mi casa, mientras Peter y yo teníamos aquella conversación. Al volver a casa mi vida iba a dar una enorme sacudida, y no por las notas, no, algo mucho peor. Me alejarían de él, de todo, y la idea de ello fue de la persona en la que más confiaba en el mundo.

44

Acabábamos de aterrizar; como suele pasar, la gente se puso de pie, nerviosa, desesperados por salir del avión. Yo no me moví del asiento, apoyé la frente en la ventana y miré sin ver a través de ella, perdida en mis pensamientos. Hacía dos semanas mi padre había comprado un billete de ida para mí y me había facturado a Vigo. Estaba de vuelta.

Lo que quedaba de aquella niña que hacía años empecé a dejar atrás había acabado de extinguirse para no volver de aquel traumático viaje al doloroso pasado. Ya no era yo, volvía derrotada, como si la vida me hubiera pasado por encima y me hubiera demolido por dentro, destruyéndome también por fuera. Sentía que la Aurea alegre, egoísta y despreocupada, inocente e inconsciente se había quedado allí, junto con mis ganas de sonreír y vivir. A cambio llegaba una nueva Aurea; melancólica, apática y agotada.

Fui la última en bajar del avión, lo hice con paso tranquilo, cabizbaja y esperé en la cinta mi maleta; no tardaron en salir todas y fue fácil reconocer la mía.

—¿Cómo ha ido el vuelo? —preguntó quitándome el asa de mi trolley—. He oído que ha habido turbulencias —rodeó mis hombros y me acercó a él, me besó la sien.

—Eso creo —respondí sin ganas de hablar—. ¿Nos vamos, papá? —demandé.

Me sonrió sin ganas y nos alejamos, no me soltó hasta llegar al coche. Cargó la maleta en el maletero y yo me senté en el asiento del copiloto, preguntándome dónde estaba Cata.

Al llegar a casa me fui directa a mi habitación, no había rastro de la detective. Me pregunté si habrían roto, no lo creía. Esperaba encontrarme mi móvil allí, pero no estaba.

—¿Dónde está mi móvil? —salí del cuarto.

—¿No puede esperar a mañana? —solicitó—. Creo que sería bueno que habláramos.

—Llevo días hablando, no puedo más —reconocí en un suspiro de agotamiento.

—Entonces no necesitas el móvil —contestó con el mismo tono tranquilo.

—No es contigo con quien tengo que hablar ahora mismo —reconocí.

No quería, no quería hablar con él, no me sentía con fuerzas, pero tenía que hacerlo. Había desaparecido de la noche a la mañana y en el devenir del tiempo había tomado una decisión de la que debía hacerle partícipe, yo misma debía afrontarla. Debía enfrentarme a él y aceptar

que, aunque no quisiera, aunque lo amara tanto o más que el día que me separaron de él, nuestro tiempo se había acabado. Ya no era la misma y no quería seguir con alguien como él, no quería ser una desgraciada, ni una perdedora. Quería tener sueños y la capacidad de cumplirlos, ser algo más que la novia de alguien como él.

—Puede esperar —contestó mi padre—, yo, sin embargo… Me gustaría explicarte…

—No quiero hablar —lo corté y me marché a mi habitación, sin móvil.

Deshice la maleta con la compañía de La oreja de Van Gogh, que sonaba por los altavoces del ordenador, mientras la pena seguía consumiendo mi espíritu.

Dos días más tarde mi padre por fin tuvo esa charla que tanto anhelaba, una que no quería escuchar. Lo había comprendido, lo había visto, no quería seguir con aquello, pero me pareció que él lo necesitaba, así que le dejé hablar y recuperé mi móvil.

Tenía mensajes, ni los leí, solo me interesaba una cosa en aquel momento.

«He vuelto y tenemos que hablar. Estaré en los banquitos a eso de las 6».

Dejé el móvil cargando y, ni dos minutos después, empezó a sonar. No respondí, cogí ropa y me fui a dar un baño para templar mis nervios, para atenuar mi miedo a reencontrarme con él y no ser capaz de hacerlo, de hacerlo y no superarlo, de no volver a ser yo, de perderlo.

Me bañé, me lavé el pelo, me lo sequé y planché, me vestí con un look cómodo y un maquillaje muy básico, antiojeras, colorete y crema de cacao. Me marché a su encuentro, ni siquiera cogí el móvil, no estaba segura de qué esperar. No eran ni las seis menos cuarto cuando llegaba a la playa y, al acercarme a los banquitos, vi que estaba allí. La moto encima de la acera y él de pie, esperando junto al banco, buscándome con la mirada.

Nerviosa, aparqué la moto y suspiré quitándome el casco. No esperó a que me acercara a él, en cuanto paré la moto ya venía a por mí con grandes zancadas.

—Pelirroja —lo escuché llamarme y se me contrajo el estómago con miedo. Colgué el casco en el manillar y me subí a la acera. Me sepultó entre sus brazos, haciéndome dar un traspié. Me tenía bien cogida y no me moví del sitio, mi sitio: entre sus brazos—, estás aquí —me estrechó y me acarició el pelo, peinándomelo. Lo abracé con ganas, con todo el amor que despertaba en mí, que me hacía temblar por tenerlo de nuevo a mi lado, que me hacía sentirme en casa—. ¿Dónde has estado? —preguntó cogiéndome la cabeza entre las manos—. Nadie quería decirme nada —aseguró con los ojos

angustiados, atrayéndome de nuevo hacia él, abrazándome—, estaba desesperado —confesó y lo creí, lo conocía y aún sonaba desesperado—. Estuve en tu casa, llamé a tu prima y nada.

—¿Llamaste a Sofi? —demandé contrariada, no me dijo nada.

—Después de ir a tu casa y discutir con tu padre dos veces —se apartó y volvió a atrapar mi cabeza. Me besó, sus labios se posaron sobre los míos y cerró los ojos, desesperada por guardar aquel momento, por saborearlo y no perderme ni un solo matiz—. Nadie quería decirme dónde estabas. Fabi me dio el teléfono —aclaró—, pero tu prima me dijo que no estabas allí y tu padre que no estabas aquí. ¿Dónde has estado?

—Ella te mintió —reconocí con los ojos llenos de lágrimas, atrapé sus manos con las mías y las aparté de mí, con todo el dolor de mi corazón—. He estado en Vigo —admití.

No sentí rencor contra mi prima por sus mentiras. Mantuve sus manos cogidas y observé cómo su rostro se desdibujaba, mientras el mío era recorrido por las lágrimas que me estrangulaban antes incluso de intentar pronunciar las palabras que había ido a decirle.

—¿Por qué? ¿Por qué me ha mentido? ¿Qué te pasa? —superponía las preguntas sin darme tiempo a contestar, le solté las manos—. ¿Estás enfadada? —siguió mirándome a los ojos—. ¿Por qué te apartas, Aurea? ¿No me has echado de menos?

—Claro que te he echado de menos —contesté con el corazón contrayéndose de dolor y pena—, más de lo que puedo llegar a hacerte entender con palabras —admití, colocando mi mano izquierda sobre su nuca. Le acaricié la cabeza, como había hecho mil veces desde que estábamos juntos, pensando que sería la última—, pero no puedo estar contigo.

—¿Qué has dicho? —demandó sin reaccionar.

—Me has entendido —reconocí cogiendo su cabeza con ambas manos.

—¿Por qué dices eso? —dio un paso atrás, como si acabara de golpearlo o intentarlo.

Se apartó de mí, de mis manos, y yo me aparté de él. Me senté en el banco de piedra blanca y observé el mar a lo lejos, tras la carretera, el paseo y las palmeras, aguardando.

—He visto a mi madre —dije con el corazón encogido mientras él se sentaba a mi lado, sin tocarme—. Tú —lo acusé triste—, Fabiola… Seguís su estela —volví a emocionarme y no fui capaz de seguir hablando.

No quería aquel terrible final para ninguno de los dos, pero había comprendido que si no cambiaban era lo que el destino guardaba para ellos. No podía obligarlos a hacer algo que no quisieran, lo intentaría con Fabi, pero no podía hacerlo con él. No creía ser capaz de soportar

que él tampoco me eligiera a mí, como ya había hecho mi madre. Después de todas las ayudas que mi familia le prestó, ella siempre eligió mal y él también lo haría y me destrozaría, me haría añicos y no quería ser mi padre. Me negaba, de ninguna manera.

—¿De qué estás hablando, Aurea? —preguntó más serio que preocupado.

Saqué el tabaco y se lo ofrecí, cogió dos cigarros y los encendió mientras yo guardaba la cajetilla en el bolsillo interior de mi tejana de marca. Me ofreció uno y yo aspiré con ganas, queriendo llenar mis pulmones y calmarme, pero mucho más llenar mi boca del gusto de la suya, esa que no iba a volver a probar mientras me ahogaba sin su sabor.

—De las drogas —reconocí tras soltar el aire—, de la coca para ser más exacta.

—¿Y eso?

—Me abandonó, lo perdimos todo por sus vicios, por la droga. Llevó a mi familia a la ruina, creyendo que se recuperaría, y hoy es una yonqui que no quiere dejarse ayudar, que ha antepuesto el polvo blanco a su familia, a su hija, a la que ni siquiera reconoce.

—Yo no soy así —discutió escueto y seguro.

—Ahora no —reconocí—, pero acabarás siéndolo y entonces, quizás, esté demasiado enamorada de ti para hacer lo que voy a hacer ahora, que es cortar contigo.

—No hablas en serio —se puso de pie. Alcé la mirada y afirmé con la cabeza—. Te están comiendo la olla —dijo paseándose delante de mí—, ¿no te das cuenta?

—Sí —admití—, por supuesto que me doy cuenta y lo entiendo —reconocí—. Mi familia quiere protegerme, no quieren que esté con gente que consume, que me lleven por ese camino y estoy de acuerdo —paró frente a mí y vi que iba a discutir—. He visto a mi madre, Toni —rompí a llorar, incapaz de contener en mi cuerpo la pena que su recuerdo hacía brotar en lo más profundo de mí para ir creciendo hasta desbordarse—, he visto en lo que se ha convertido —escondí la cabeza entre mis manos y al momento sus brazos rodeaban mis piernas, acuclillado frente a mí—. He visto a esa mujer que fue mi madre y ahora no es más que una deformada versión de ella —me lamenté, desbordada. Atrapó mi trasero arrodillándose en el mismo suelo y me atrajo hacia sí. Me abrazó la cintura y yo escondí la cabeza junto a la suya—. Es incapaz de pensar con fluidez, de reconocer a su hija —lloré mientras la pena y la rabia luchaban en mi interior—. La coca la ha consumido y no puedo quedarme a mirar cómo hace lo mismo contigo, no puedo seguir a tu lado —lo solté y me limpié la cara, intentando en vano relajarme, tranquilizarme—. No puedo pedirte que elijas entre eso o yo —esperé que alzara la mirada antes

de seguir. Cuando lo hizo sus ojos estaban rojos, acuosos y tristes—, porque si eligieras seguir metiéndote, como hizo ella, no creo que sea capaz de superar el sentimiento de abandono.

—¿Por qué te han hecho esto? —me preguntó, cogiéndome el rostro entre las manos—. ¿Por qué te han llevado a verla? Sabiendo el daño que te iba a hacer, no lo entiendo.

Mi mente viajó a aquella tarde en que Toni y yo discutimos frente a la posibilidad de que Pet me buscara un trabajo de camarera en el restaurante familiar de Gaspy. Se marchó, le esperé un rato, para finalmente irme también. Al llegar a casa me esperaban.

Mi padre estaba fuera de sí, no tenía ni idea de qué pasaba. Me hizo entregarle las llaves de casa y de la moto, el móvil. Así, por las buenas, sin una explicación, y estaba tan enfadado, tan desquiciado, que lo entregué sin rechistar, a la espera de una explicación.

—¿Cuánto tiempo llevas haciéndolo? —me preguntó y empezó a mirar dentro de los bolsillos de la chaqueta que acababa de quitarme y dejar colgada—. ¡Responde!

—¿Qué estás haciendo? —demandé sin entender qué buscaba en mis bolsillos.

Dejó la chaqueta y me arrebató el bolso de las manos. Ni siquiera pude reaccionar, no comprendía qué estaba pasando. Lo vació frente a mis ojos y no paró hasta que miró dentro del paquete de tabaco que Fabi me había pedido que le guardara.

Lo estrujó dentro de su mano y se llevó la mano a la frente. Tenía la cara contraída, la respiración acelerada y el cuello tenso. Busqué a Cata con la mirada, no estaba.

—¿Desde cuándo? —preguntó mirándome a los ojos—. ¿Cuánta consumes?

—No sé a qué viene esto —dije enfadada—. Ya sabías que fumo, no es nuevo.

Nos miramos en silencio y la tensión crepitaba en el ambiente, entre nosotros.

—¡No puedo pasar por esto otra vez! —gritó fuera de sí y yo di un salto, impresionada.

Vino a por mí con decisión y yo di un paso atrás, no sirvió de nada, me cogió la cabeza con las manos y me retuvo allí. Me observó sin decir nada con la cara contraída por el enfado. Nos miramos sin hablar y pude apreciar cómo la rabia, que contraía su rostro, abandonaba sus ojos, dejando en ellos una profunda tristeza que supe reconocer muy bien.

—¿Qué pasa? —demandé asustada, no comprendía qué pasaba.

—¡Tú no! —gritó soltándome y se dejó caer al suelo.

Lo observé desde arriba, desde mi altura, como quien mira a un niño pequeño con una conducta con la que no sabe lidiar. Yo no sabía

qué hacer con mi padre, qué le ocurría, cómo gestionar aquel momento. Creí que estaba llorando y no sabía qué decir o hacer.

—¿Papá? —no sabía si agacharme e intentar hablar con él, buscar a Cata para que ella tratara con él o no moverme, esperar a que se le pasara lo que fuera que le estaba dando. Me sentía paralizada por la impresión, la incomprensión y el miedo—. ¿Qué pasa?

—¿Por qué Aurea? —alzó el rostro y sus ojos llenos de lágrimas me encogieron el corazón—. ¿Por qué lo has hecho? ¿Qué necesidad tenías de hacer esto?

No era la primera vez que lo veía llorar, pero nunca lo había visto tan roto como en ese momento, o al menos no lo recordaba.

—No sé qué he hecho ahora —reconocí arrodillándome junto a él.

Me puse a su altura y lo miré, quería tocarlo, consolarlo, calmarlo de alguna manera y, mientras pensaba qué hacer, me di cuenta de que no sabía lidiar con él. No lo conocía, aunque fuera mi padre y viviéramos bajo el mismo techo. Fue muy triste darme cuenta.

El miedo estrangulaba mis entrañas, provocándome dolor de estómago. Lo había herido antes, cierto, pero él a mí también; sin embargo, aquello fue diferente, lo vi derrotado, hundido.

—¿Qué pasa? —aguanté la respiración, esperando su respuesta.

—¿Por qué te drogas? —demandó llorando—. ¿Por qué me haces lo mismo que tu madre? —se rompió y pude sentir cómo era yo la que se hacía añicos al escucharlo.

Mi madre nos había abandonado, la convivencia entre ellos llegó a ser insoportable, no guardaba muchos recuerdos. Ya no era una niña pequeña cuando sucedió, podía recordarlo, pero llevaba demasiados años intentando no pensar en ello. Los recuerdos desaparecieron, o eso creía, al parecer los había enterrado, sepultado en mi mente y estos emergieron con el dolor al escucharle hablar abiertamente de lo que pasó con mi madre.

—No me drogo —aseguré tartamudeando, golpeada por el dolor al pensar en aquello, al recordar fragmentos de algunas escenas—. Nunca —negué con miedo—, yo nunca...

Desde mi punto de vista de entonces, los porros, el chocolate, la marihuana, no eran más droga que el tabaco o el alcohol, solo que esas eran legales y las otras no.

—No voy a hacer la vista gorda, no voy a dejarte pasar ni una —me cogió la cabeza con ambas manos y me mantuvo allí, mirando sus abatidos ojos llenos de tristeza y remordimientos—. No vas a volver a verlo —negó con la cabeza y la pena que despertaba en mí se fue trasformando en rabia a medida que hablaba—, sabía que era una mala influencia para ti, lo entendí antes de saber que estabas con él, pero no pensé que fueras tan estúpida para cometer los mismos errores que tu madre… —me acusó.

—¡Basta! —no quise escuchar más, intenté soltarme de sus manos, pero me agarraba con fuerza—. Yo no me drogo —repetí—, y si lo hiciera, sería culpa mía, de nadie más.

—No —me cogió de los hombros para sostenerme mejor, mientras yo luchaba por ponerme en pie, enfadada—, la culpa es de él que te lleva por el mal camino.

—¿Por qué? ¿Porque Raquel lo dice? ¿Ella te ha dicho que yo me drogo? ¡Es mentira!

—¿Qué es esto, Aurea? —me soltó y me enseñó lo que tenía en la mano.

Del paquete de tabaco de Fabiola sacó un pollo. Soplé y agaché la cabeza, ni siquiera sabía lo que le estaba guardando a Fabi. Todo encajó.

—No es mía —aseguré con la cabeza gacha, era cuanto podía decir.

—¡Ya sé de quién! —me gritó.

—¡No tienes ni puta idea! —le grité yo a él poniéndome de pie.

Me alejé, directa a mi habitación, cabreadísima, con Fabi por cargarme con eso sin avisar, con Raquel por haberse ido de la lengua con mi padre respecto a su hermano, y con él por culpar a Toni de algo que no había hecho. Nunca, jamás, me había pedido que le guardara droga, ni me la había ofrecido, ni siquiera se metía delante de mí. Ni sabía cuándo iba puesto, ni si lo hacía; suponía que sí, claro, pero nunca lo veía sobrepasado.

Toni era inocente y mi padre muy injusto, con él y también conmigo.

—No te vayas —gritó detrás de mí—, estamos hablando —me advirtió, pero no me detuve.

Mi habitación era un caos, él y Catastrófica la habían desmontado entera, nada estaba en su lugar. Imaginé que era cosa de los dos, porque ella seguía allí, recogiendo la ropa tirada por todo el suelo y doblándola sobre la cama, recogiendo aquel desorden que ellos habían provocado, invadiendo mi espacio, violando mi intimidad.

—¿Qué os habéis creído? —demandé mirándola a ella, que agachó la cabeza—. ¿Con qué derecho? —me giré para encontrarme con mi padre, que estaba ya casi a mi altura.

—Eres mi hija, por casualidad he encontrado esto —me enseñó una bolsita con mucho más polvo blanco que el del paquete de tabaco—, eso me da mucho derecho.

—Eso es mentira —aseguré mirándolo con odio. La misma rabia que aparecía en su mirada, dejando atrás la tristeza. Prefería enfrentarme a mi padre enfadado en lugar de triste—, eso no es mío. ¡Yo no me drogo, joder! —me dejé la garganta en el grito.

—No vuelvas a gritar así —me advirtió—. Mañana sabremos si te

drogas o no.

—¿Que vas a hacer? —demandé—. Te lo estoy diciendo yo —discutí.

—Te has convertido en una mentirosa, no puedo confiar en ti —sentenció—, iremos al médico y te harán la prueba, y como des positivo... —lo dejó ahí. La tristeza volvió a invadir su mirada y negó, buscando entereza, creo—. Cata —llamó a su amorcito.

Amontonó la ropa que quedaba por el suelo y la dejó en la cama, al lado de la doblada. En ningún momento alzó la mirada del suelo, mientras se acercaba a la puerta, a mí.

—¿Tú la has encontrado? —le corté el paso en el marco de la puerta—. ¿Has rebuscado en mis cosas? —la instigué—. ¿La has colocado para sacarme de en medio?

—¿Cómo puedes decir eso? —demandó alzando la mirada a mis ojos, en ese momento pensé que fingiendo sentirse dolida.

—Déjala pasar —ordenó mi padre con ese tono especial, el que no admite replica.

—Cuando demuestre que no me drogo quiero que tú te disculpes conmigo —señalé a mi padre— y que ella se largué de mi casa —sentencié mientras mi padre negaba mirándome. Entré en la habitación y ella salió, dejándonos solos—. ¿No estás tan seguro de que soy una *farlopera* [14]de mierda? —le dije con toda la chulería que tenía en mi cuerpo—. Pues juégatela —lo reté antes de cerrarle la puerta en la cara.

Me apoyé en la puerta y miré a mi alrededor con ganas de llorar de rabia, aquello era tan injusto que no aguantaba la ira dentro de mí. Cogí una mochila, metí algo de ropa y salí con ella dispuesta a irme a casa de Pet, desde allí ya le escribiría a Toni.

Me encontré la puerta de entrada cerrada con llave, no me dejó marchar y se lio una buena, otra, quiero decir. Le pedí explicaciones a Fabi por Messenger pero no se conectó. Al día siguiente seguía muy rabiosa, ni siquiera fui a clase, ni mi padre a trabajar. Como había dicho me llevó a hacerme un test, tuve que aguantar una charla de dos horas sobre las drogas y sus efectos a largo plazo mientras esperábamos y mi enfado iba consumiéndome. Di negativo en esa sustancia, pero como era de esperar positivo en otras.

Al volver a casa, vi que Fabi volvía a estar en el mundo de los vivos, ya en el internado, supuse, pero me había contestado. Durante ese día y el siguiente en el que tampoco me dejó salir ni para ir a clase, las piezas acabaron encajando. Cata, volvía a ser Catastrófica, ella había encontrado la droga, en mi «mochila de fiesta», la que usaba básicamente para ir al Pont. Un mini bolso de Fabiola estaba dentro, ni lo sabía, ni ella se acordaba, me dijo que creía haberlo perdido. Se dejó allí más de tres gramos de farlopa, abandonados, en mi poder. Mi

padre era incapaz de creer que no eran de Toni, y a pesar de todo, yo fui incapaz de delatar a mi amiga, a pesar de la que me estaba cayendo aun dando negativo en el test.

Esa misma noche me llamó mi prima, me pidió que fuera a pasar unos días con ellos, que había hablado con mi padre y era lo mejor para mí, para calmar los ánimos. Ella me convenció y de ella fue la idea de alejarme de Toni. Eso lo descubrí mucho más tarde, ya en Vigo, cuando le confesé solo a ella de quién era la droga en realidad.

—¿Por qué te han llevado a verla? —repitió Toni, devolviéndome a la playa, a su lado.

—Necesitaban que la viera para que no cometiera los mismos errores —contesté—, encontraron farlopa de Fabi en mi mochila del Pont y me hicieron el test.

—Debiste dar negativo —dio por hecho y yo afirmé, dándole la razón—. ¿Por qué dejas que te manipulen? —preguntó enfadado ahora que yo me calmaba—. Si me dejas ahora, no volveremos a estar juntos, ni sueñes que voy a ir detrás de ti —aseguró.

—Sé que no lo harás —reconocí emocionada, apenada, observando el dolor en sus rojos y llorosos ojos heridos— y por eso me está costando tanto.

—No lo hagas, pelirroja —me pidió y puedo imaginar cuánto le costó pedirme aquello.

—No quiero transformarme en mi padre, ni quiero ver como tú te conviertes en ella —iba a replicar y le tapé la boca con la mano—. No quiero estar con alguien que se meta y no puedo hacerte elegir —volví a decirle, llevaba días repitiéndome aquello—, no superaría que no me eligieras —bajé la mano dejándole hablar. No dijo nada, solo me miró con una tristeza que me estaba matando, rompía mi alma—. Solo puedo dejarte marchar —concluí con todo el dolor de mi corazón—, aunque te quiera más que el día que te lo dije por primera vez, en la escalera de tu casa después de que tu madre nos pillara, aunque te quiera más de lo que haya podido querer antes a otra persona.

—¿Lo tienes claro? —fue su única respuesta.

Afirmé con la cabeza y se puso de pie, se subió en la moto sin mirarme y se marchó.

45

Ilusa.

Siempre fui una ilusa, no sabía lo que era tener el corazón roto hasta esa tarde de mayo.

Me quedé allí, plantada, observándolo marchar mientras rogaba en mi fuero interno que no lo hiciera, que no me lo pusiera tan fácil, que hiciera algo por mí, que me demostrara que me quería y que la idea de perderme era tan demoledora para él como lo era para mí.

Se fue y yo sentí que me hundía sin retorno, devastada por su falta de cariño, de amor por mí, por cuanto habíamos sido, por cuanto íbamos a construir juntos. Todo era nada.

Qué gris se volvió la vida sin él. Me sentí más sola de lo que hubiera experimentado antes. No volví a clase, nadie me lo reprochó, el curso hacía meses que estaba más que perdido. Volvía a ser libre, tenía más tiempo que nunca, y nada que hacer con él sin Toni.

Saqué fuerzas no sé de dónde para enfrentarme a Fabiola, intenté que reconociera que tenía un problema, que se estaba pasando, pero no dio su brazo a torcer. Le hablé de mi madre, de su experiencia. No le importó nada, ni lo que le contaba, ni cómo me hacía sentir a mí revivir todo para explicárselo. La dejé estar, pero no la di por perdida, no podía.

Lo hablé con Esther, con Javi, les pedí consejo y Esther sugirió que hiciéramos lo que ahora es conocido como «intervención». Escribí a Raquel y a Mónica, recordándoles el cumpleaños de la pequeña Emma, la que Fabiola lio y ese viernes, por primera vez desde entonces, las cinco volvimos a unirnos. Fue un desastre absoluto y Fabiola dejó de hablarme también por convencer a las demás de hacer aquello.

Esther me buscaba constantemente, me invitaba a su casa, salíamos a merendar, paseábamos con la niña. Sofía me llamaba a diario, intentaba en vano como la rubia animarme, pero no era capaz de ver más allá de lo que había dejado atrás, de Toni.

Una tarde me acerqué donde me prometí que no volvería, e intenté hablar con ella.

—Ya no estamos juntos —le dije cuando se acercó a mí.

Llevaba allí tres cuartos de hora, observándola correr detrás de la pelota sin que se dignara siquiera a mirarme, cuando sabía muy bien que estaba allí, me había visto llegar.

—Ya lo sé —contestó indiferente.

Me costó un mundo reprimirme, no preguntar por él, por cómo lo llevaba. Necesitaba saber que me echaba de menos, aunque fuera un poco, para aflojar mi carga, suavizar la sensación de desamor en la

que me hundía más cada día, en lugar de superar la ruptura como parecía ser incapaz de hacer. Sabía que Raquel no me diría nada, no me daría ni una migaja de información, que solo lograría cabrearla todavía más, pero también sabía que vivían bajo el mismo techo, que ella lo sabría mejor que nadie y yo necesitaba saber.

—Necesito una amiga —reconocí—, no lo estoy pasando bien.

Era obvio que no lo estaba pasando bien, era tan triste lo que quedaba de mí que cualquiera que me mirara a los ojos, sin conocerme, podía ver lo rota que estaba.

—Tienes muchas amigas —contestó, fría como un témpano de hielo.

—Se supone que tú eres mi mejor amiga, te toca comerte este marrón —traté de bromear, de despertar a mi amiga, de hacer volver a aquella a la que había perdido.

—Dejé de serlo cuando empezaste a esconderte de mí —respondió sin inmutarse—. ¿Recuerdas las que guardaron tu secretito? —demandó con todo el desapego e indiferencia que alguien puede mostrarte—. Acude a ellas ahora —me aconsejó.

No dijo más, ni esperó mi réplica, se dio la vuelta y se alejó. Recogió sus cosas y se marchó, cuchicheando con una chica que no conocía, quizás una nueva amiga. Yo ya no lo era, prueba de ello era que no tenía ni idea de quién era aquella chica que parecía ser tan cercana a ella. No me moví, me quedé allí, perdida en la nada en la que vivía.

Nada cambió durante la semana siguiente hasta que una tarde, para mi sorpresa, Peter me mandó un mensaje; le contesté y quedamos en la playa media hora después.

—Pet —dije con nostalgia al verlo aparecer por el paseo.

Nos acercamos al otro, hasta quedar frente a frente, sin tocarnos, ni besarnos.

—¿Tomamos algo? —me ofreció y yo afirmé sonriéndole sin abrir la boca.

Nos sentamos en el chiringuito que había en la playa. Faltaba un mes para que llegara el verano, pero ya hacía mucho calor. Pet se pidió un café con hielo y yo una Coca-Cola.

—¿Cómo estás? —me preguntó preparándose la bebida.

—Ya lo ves —le contesté encogiéndome de hombros, era una pregunta absurda—. No quería llamarte —confesé antes de preguntar por él y perder toda capacidad de hablar de otra cosa que no fuera Toni—, él es tu amigo y no quería que te sintieras mal por él, ponerte en una situación incómoda o comprometida. Tu amigo es él, no yo —reconocí.

—Tú también eres mi amiga —puso su mano sobre la mía y la palmeó.

Rompí a llorar por esa triste muestra de afecto, porque estar con Peter era como recuperar un poco de él, aunque no fuera nada. Solo con mirarlo me venían a la mente un montón de momentos que compartimos en su casa, no todos bonitos, pero desde luego con muchísima más luz de la que mi vida tenía tras su marcha.

—Pelirroja —se lamentó apretándome la mano.

—Estoy muy sensible —reconocí limpiándome los ojos.

Me soltó la mano, cogió su silla y se sentó junto a mí. Me abrazó como se esperaría que hiciera un amigo y me consoló, como nadie después de Raquel era capaz de hacer.

—No entiendo por qué habéis roto —me dijo sin soltarme—, esperaba verte mejor, verte bien, pero estás tan o más echa polvo que él y no soporto verte así —aseguró.

—¿Lo ha pasado mal? —demandé con reparo, soltándolo para poder mirarlo a la cara.

—No —negó y sentí dolor en el corazón al entender que no me quería—, no lo ha pasado mal, lo está pasando —dijo y más tarde me sentiría la peor persona del mundo, pero en aquel momento me lleno de esperanza pensar que me quería, me llenó de ilusión, aflojando la losa que aplastaba mi corazón malherido—. Es insoportable estar con él, siempre está de malhumor, ya no hace bromas y ha vuelto a las andadas…

—¿A las andadas por qué? —demandé preocupada.

—Cuando empezó a salir contigo —siguió preparándose su café— se alejó de ciertas compañías que no le traían nada bueno, ha vuelto con ellas. Los fines de semana se desfasa más que nunca y está cogiendo un camino muy peligroso —me miró de reojo—. Ha perdido todo el equilibrio que tú le diste, está más perdido que nunca —aseguró—. No habla de ti, ni de lo que pasó, estaba seguro de que fue decisión tuya, pero ahora te miro —se apoyó en el respaldo de la silla haciéndolo, con el café ya en el vaso con hielo— y ya no estoy tan seguro que tú tomaras la decisión. No estás bien, Aurea —reconoció con pena.

—No —admití sin pudor, era obvio—, no lo estoy. Lo echo muchísimo de menos —confesé entre lágrimas.

—Cálmate —me pidió acariciándome la espalda arriba y abajo—. ¿Qué pasó, Aury?

—Es cierto que yo lo dejé —intenté serenarme—, pero nunca pensé que fuera a ponérmelo tan fácil, le dio lo mismo. Con lo puto cabezota que es para todo, le importó una mierda que cortara con él, no hizo ni el amago de convencerme de que era una locura que cortáramos, nada. Me demostró lo poco que le importo y eso me está consumiendo.

—Literalmente —añadió—, estás demasiado delgada, me ha

costado reconocerte —me encogí de hombros. A mí tampoco me gustaba verme así, pero no podía hacer más de lo que ya hacía por no escuchar a mi padre y sus sermones—. Le importas —aseguró mirándome a los ojos—, mucho más de lo que quiere admitir y está hecho una mierda.

—¿Por eso me has escrito? —demandé con esperanzas de encontrarme con él pronto.

—No, quería saber si todavía te interesaba el trabajo—rompió mis esquemas.

Lo valoré y decidí ir a la entrevista, probar, era mejor que quedarme en casa comiéndome la cabeza, necesitaba hacer cosas y Peter ya les había hablado de mí.

Al día siguiente fui a hacer la entrevista, estaba nerviosa, pensar en reencontrarme con Gaspy me daba dolor de estómago. Era como si hubiera pasado una vida desde que estaba loca por ese amor imaginario que sentía por él y, a pesar de ello, fue real y me afectó.

Me dieron el trabajo, y empecé esa misma semana, hasta verano solo trabajaría el fin de semana al medio día, me pareció bien y mi padre estuvo de acuerdo, siempre y cuando fuera solo un trabajo de verano y me comprometiera a volver al instituto. Como no tenía experiencia me pusieron detrás de la barra y lo agradecí, prefería no tratar con gente.

Todo cambió un domingo, era mi segundo fin de semana; salía con unos compañeros, ellos hacían bromas entre sí y yo los seguía, sonriendo sin ganas, solo por integrarme sin un interés real en hacerlo. Me llevé la sorpresa de mi vida al verla sentada en el muro que delimitaba la playa, marcando dónde comenzaba el paseo en el que estaba mi restaurante.

—Nos vemos chicos —me despedí en general sin muchas florituras. Sin esperar una respuesta me alejé—. ¿Qué haces aquí? —demandé, incapaz de imaginar qué quería.

—Está en el hospital —reconoció poniéndose de pie.

Dejé de andar al escucharla. El miedo, uno tan real como el suelo que pisamos cada día se apoderó de mí, dando paso a una desesperación tan o más intensa que me paralizó.

—¿Qué le ha pasado? —demandé con el corazón en un puño—. ¿En qué hospital?

—Bellvitge —respondió acercándose ella a mí los pasos que me faltaban por dar.

—¿Cómo que Bellvitge? —me despeiné temiendo lo peor. No te llevaban a Barcelona porque sí, sabía que había sido algo grave y mi corazón retumbaba en mi pecho, marcando el ritmo por el miedo a perderlo. Mientras mi alma se oscurecía de remordimientos por haberlo permitido, por no haberme mantenido a su lado, por haber

malgastado todos aquellos días, semanas, por algo que se me antojaba insignificante—. ¿Por qué?

Me cogí a sus brazos, sentía las piernas débiles, tambaleantes. No creí que pudieran sostenerme, la congoja era demasiado pesada, más que yo misma.

—El Chispas ha acabado quemándose —contestó haciéndose cargo de mi peso.

—¿Cómo que quemándose? —demandé sin comprender—. ¿Qué le ha pasado?

—Le ha pasado lo que tendría que haberle pasado hace tiempo.

—¿El qué, joder? ¡Raquel! —grité fuera de mí—. ¿Qué le ha pasado?

—Incendiaron un coche y se ha quemado —explicó con fluidez mientras yo sentía que me quedaba sin fuerzas—, está en la unidad de quemados de Bellvitge desde el viernes de madrugada—me explicó, negué tratando de centrarme—. Esta mañana nos han dejado verlo, ahora vamos para allí y mis padres se ofrecen a llevarte, si quieres venir.

—¿Podré verlo? —demandé desesperada.

—No lo sé —reconoció.

—Cuéntame qué ha pasado —le pedí rodeando su brazo, la necesitaba para asegurarme de no acabar en el suelo. Me dirigí a la zona de aparcamiento—, no te dejes nada —pedí.

46

—Toni —me acerqué a él con aquel traje verde que me habían colocado para verlo.

—¿Qué haces aquí? —demandó al verme.

—No —llegué a la cama y lo observé. Estaba tapado con una sábana ligera hasta los hombros, cansado. Su rostro estaba intacto, tan sexy como de costumbre, aunque claramente fatigado, sin heridas a la vista—. ¿Qué haces tú aquí? —rompí a llorar y me importó una mierda el protocolo o hacerle daño, se lo había buscado, quemando coches como un idiota. Lo abracé, desesperada por tocarlo—. ¡Jodido cabrón delincuente y loco!

Lloré sobre él, no se movió, me dio la impresión de que ni respiraba.

—No pensaba que fueras a venir —le escuché decir.

Me separé de él como un resorte, comprendí por su voz que le estaba haciendo daño; no se quejaría, pero le costaba hablar, y comprendía cada matiz de su ronca voz. Había aprendido tanto de él que a veces creía conocerlo mejor que a mí misma.

Mientras lo observaba con las lágrimas corriendo por mis mejillas, no podía hacer más que sentir cómo esa pena que me había estado acosando desde que cortamos se aligeraba, sustituida quizás por la de verlo en aquella cama de hospital, pero al menos verlo.

—¿Te duele? —demandé preocupada.

—¿Por qué has venido? —me preguntó él sin responder a mi pregunta.

—¿Cómo no iba a venir? —demandé buscando su mano en la cama.

—¿Pet te lo ha dicho? —negué con la cabeza, siendo consciente de que no me quería allí y ese pensamiento me hundió—. Le dije que no te dijera nada —dijo enfadado.

—Raquel ha venido a buscarme al restaurante, nos han traído tus padres —reconocí, tratando de no mostrar lo demolida que me sentía por su claro rechazo—. Solo dejan entrar a una persona, quizás sea mejor que entre uno de ellos —señalé mi espalda.

—¿Ya? —me apretó la mano y yo me encogí de hombros. No quería marcharme, pero no parecía que se alegrara de verme. Qué pintaba yo allí entonces—. ¿A qué has venido?

—Necesitaba verte —admití; tratando en vano de no llorar, agaché la cabeza. Quizás no debía ser tan sincera, pero lo necesitaba—, saber que estás bien. Es tan duro —me embargó la pena—, te extraño muchísimo —reconocí incapaz de guardármelo para mí.

—Esto es culpa tuya —fue su respuesta y apretó mi mano

llamando mi atención.

Alcé la cabeza, lo miré a los ojos sin comprender, estupefacta.

—¿Cómo? —demandé incapaz de creer haberlo entendido bien, no tenía sentido.

—Tú me dejaste y mira lo que me has obligado a hacer —aseguró para mi sorpresa.

Mi boca se abrió sin poder creer lo que acababa de salir de la suya, no daba crédito.

—¿Yo te he obligado a comportarte como un niñato estúpido? —me enfadé.

—He tenido que ingeniar una forma de hacerte volver —se rio.

Suspiré al comprender que estaba bromeando, pero no me dio tiempo a sonreír. Su risa se cortó tan rápido como llegó, hizo una mueca de dolor y yo me agobié al momento.

—¿Te duele? —demandé, sin saber qué hacer.

—¿Qué quieres que te diga, Aurea? —fue su respuesta.

Joder, que mal sonó ese «Aurea» de sus mullidos labios, una sensación de frío me recorrió y quise llorar, ya no de preocupación sino de pena. Sentí que lo había perdido, estaba hecho. Ya no habría más bromas, arrumacos, pasión, risas, besos ni discusiones. Mi vida seguiría siendo anodina y gris, sin él para darle sentido a todo.

—La verdad —contesté—, quiero saber cómo estás —aseguré.

—Estoy hecho una puta mierda, pero no por las quemaduras —negó—, sino desde la tarde que discutimos en casa de Pet, desde que desapareciste. Tu vuelta solo acabó de rematarme. Es tan absurdo lo que has hecho, Aurea —me echó en cara.

—No me llames Aurea —solicité con mal cuerpo—, no lo soporto —reconocí.

—Necesito que me dejes solo —me pidió y yo afirmé sin querer marcharme.

—Cuídate, ¿vale? —demandé apretando su mano con cariño.

Quise besarlo hasta hacerle olvidar que éramos un par de estúpidos, pero solo me alejé.

—¿Vendrás a verme otro día? —me preguntó cuando ya llegaba a la puerta.

—Si es lo que quieres sí —contesté girándome.

Esperé una respuesta que no llegó y salí de la sala, su madre ya estaba vestida con el EPI y entró sin decirme nada, solo me dedicó una sonrisa y pasó a mi lado.

Estuvo cinco días más en la unidad de quemados, fui a verlo todos y cada uno de ellos. Iba por las mañanas en tren, para poder estar en las visitas de las mañanas; pasaba allí él día sola y, cuando lo veía la familia, consumía los pocos minutos que me dejaran de la tarde. Volvía a casa con ellos en coche y al día siguiente repetía la

operación.

Al final no hubo que operarlo y día a día fue mejorando, encontrándose mejor y la tensión entre ambos se fue relajando. No paraba de hacerme bromas, cada vez menos hirientes, aunque seguía lanzándome indirectas muy directas y con mala hostia. Al principio me sentía mal, pero acabé tomándomelo como lo que era y volvimos a fluir.

Todo se volvió más fácil cuando lo pusieron en una habitación normal. No había horarios, ni aforos, y me pasaba el día con él, observando cómo volvía a ser el sinvergüenza de siempre, aquel al que amaba sin remedio, a veces incluso sin sentido, pero el sentimiento allí estaba, inamovible, inquebrantable. No tardaron en darle el alta.

—¿Puedes bajar esto? —le tendió a su madre las bolsas que quedaban—. Pídele a papá que acerque el coche —le dijo—, ahora bajamos nosotros.

Su madre cogió las bolsas que le tendí y me dedicó una sonrisa cómplice.

—No os dejéis nada, que sois tal para cual —se alejó—, dos desastres.

Nos quedamos solos, el compañero de habitación hacía rato que se había ido a hacer unas radiografías. Estaba claro que quería quedarse conmigo, pero no sabía por qué.

—¿Estás preparado? —llené el silencio por miedo a lo que tuviera que decirme.

Me dedicó una sonrisa y se acercó a mí, le sonreí expectante. Me acarició la mejilla con el dedo pulgar y me apartó el pelo de la cara, colocándomelo detrás de la oreja. Era la primera vez que me tocaba de verdad en todo aquel tiempo. Su boca buscó mi oreja.

—Nunca lo he hecho en un hospital —me susurró, sorprendiéndome.

Giré el rostro para mirarlo incrédula, mientras mi cuerpo reaccionaba a su invitación. El muy descarado se mordió el labio inferior y me guiñó un ojo, quise violarlo.

—No vas en serio —negué y me di la vuelta.

—Por supuesto que sí —me cogió de la muñeca y tiró de mí.

Me besó, lo hizo sin contenerse, sin remilgos, con desesperación y hambre, y yo respondí con la misma voracidad, deseando sentirle hundirse en mí. Me estrujé contra su cuerpo y mis manos buscaron su entrepierna, la noté dura y rugí sobre su boca, mordiéndola.

No llegamos hasta el final porque el hombre de la cama de al lado volvió. Intentamos serenarnos y salimos recomponiéndonos, con un calentón de los que hacen historia.

—Espera —me pidió al salir del ascensor en la planta baja—, quería decirte algo —entrelazó sus dedos con los míos y me apartó de

la puerta dejando pasar a la gente—. Tú no me haces elegir —dijo y entrecerré los ojos sin comprenderle—, no hay nada que pueda preferir o estar por encima de la vida que tenía a tu lado, de la persona que soy cuando estoy contigo, de lo que me haces sentir, de lo que somos juntos —mi pulso se iba acelerando palabra a palabra, calentando mi alma como jamás soñé que pudiera volver a sentirme—. No volveré a meterme si vuelves conmigo.

—¿Vas a dejarlo? —demandé incrédula.

—Llevo limpio desde que ingresé —aseguró—, me han traído farlopa y la he rechazado. Si lo que quieres para que volvamos es que esté limpio, lo estaré. Lo he dejado.

—¿Estás seguro?

—Sé lo que quiero y sin lo que no puedo vivir, y es otra de droga.

—¿Yo soy esa droga? —pregunté coqueta, sabiendo la respuesta.

—La única que voy a tener en mi vida —contestó antes de que lo besara.

47

—Esta tarde en casa, ¿eh? —advirtió su madre de camino a Vilanova—. Van a venir tus tíos a verte.

—Pues qué bien —dijo irónico y me dedicó una mirada alzando las cejas molesto.

Le sonreí contenta. Todavía no podía creerme que volviéramos a estar juntos, apenas cabía en mí de felicidad. Sentada en el coche como si nada hubiera cambiado, cuando mi mundo volvía a estar donde debía, todo encajaba de nuevo, con él protagonizando no solo mis pensamientos, también mi vida, y solo quería bajarme de aquel coche y estar con él. Él y yo, juntos, solos por fin; tendría que esperar, pero no me agobié, sería épico.

—Pues sí —dijo su madre con un tonito muy particular. Toni hizo rodar los ojos mirándome—, tienes suerte de que tu familia se siga preocupando por ti, a pesar de que las cosas que te pasan te las buscas tú solito —le echó en cara.

Ahora que ya se encontraba bien, su madre había empezado a escupir el veneno que se había guardado en la recámara mientras él no estaba en plena forma.

—Tienes suerte, sí —intervine yo para picarlo un poco.

Me pinchó en las costillas haciéndome cosquillas y yo le cogí la mano para que parara.

—¿Te quedas a comer, Aurea? —me preguntó su madre.

No supe qué contestar. ¿En qué calidad iba a quedarme a comer? ¿De novia? Había visto a Raquel en el hospital y mi presencia no pareció ni molestarla ni sorprenderla, pero en su casa no sabía por dónde podía salir. Le miré sin saber que decir y él afirmó.

—Vale —contesté con la boca pequeña.

Cogió mi rostro con una mano y se inclinó aproximándose a mí, miré adelante, avergonzada, su padre podía vernos. Volví a mirar sus ojos y me incliné también, pensando que me iba a besar. En lugar de eso, acercó sus labios a mi oreja.

—No duermas en tu casa —me susurró—, pasemos la noche juntos, follando —me miró a aquella corta distancia y la mano con la que me había estado haciendo cosquillas se soltó de la mía y se apoyó sobre mi muslo. Me humedecí los labios observando su pícara mirada. Mi pulso se aceleró y retumbó cuando sus dedos se colaron en el interior de mi muslo; miré al frente, dividida entre las ganas de que me tocara y la vergüenza si nos pillaban. Me giró el rostro para que volviera a mirarlo—, follando lento —susurró sobre mi boca y atrapó mi labio inferior entre los dientes, tiró de él—, toda la noche.

—A eso se le llama hacer el amor —respondí con la voz tomada, el

pulso acelerado y mi entrepierna haciendo petazetas, mientras sus dedos me rozaban donde quería que se sumergiera.

—Hazme el amor toda la noche, pelirroja —solicitó.

Quise besarlo, enrollándome entre sus brazos, disfrutando de la humedad de su boca, perdiéndome en él sin importarme otra cosa que no fuéramos nosotros. Por suerte, algo de cordura quedaba en mí, aunque debo admitir que bien poca. Cogí su mano y la saqué del escondite besándole los labios, antes de recuperar mi sitio y mirar al frente.

Fue extraño volver a su casa. Raquel actuaba como si nada, distante con nosotros, pero sin hacer ningún comentario. No era como siempre, pero volvía a sentirme una más, parte de la familia, y Toni no dejaba de tocarme, de acariciarme y besarme, sin importarle quién estuviera delante, que sus hermanos pequeños se rieran. Todo le daba igual y yo fui adoptando su misma actitud sin darme cuenta, dejándome llevar por él.

Cenamos fuera y dormimos en casa de Pet, fue una noche mágica como pocas. Hicimos el amor toda la noche como hablamos, nos entregamos al otro como jamás nos habíamos atrevido. Nos tocamos el alma y nos hicimos muchas promesas que pensábamos cumplir.

Estuvo otras dos semanas de baja, le mentí a mi padre diciéndole que iba a trabajar todos los días al restaurante en turno doble para estar con Toni. No le dije que habíamos vuelto, pero mi cambio de actitud, de humor, incluso mi físico, sumado a que siempre estuviera fuera, eran factores claves, y mi padre no era tonto. Tampoco nos escondíamos, si mi padre no lo sabía, era porque así lo prefería y no dije nada.

Los fines de semana seguía yendo a trabajar, me pidió que lo dejara, pero me negué y tuvimos un par de discusiones absurdas por ello. Me recogía en el trabajo y hacía porque todos lo vieran, para después besarme y agarrarme dejando claro que yo tenía novio, una actitud de neandertal que al principio me hizo gracia, pero que acabó cabreándome. Era extraño, nunca lo había hecho cuando iba a clase, pero se volvió más territorial.

Gaspy nunca apareció por el restaurante, ni se le nombró, ni se le esperaba. Al principio lo agradecí, y pronto lo olvidé, no volví a pensar en él, hacía mucho que no me importaba.

Llegó el verano y fue una luna de miel constante, a pesar de sus cambios de humor intermitentes, de su irritabilidad y fatiga. Eran señales de que cumplía su palabra y se lo dejaba pasar, podía cargar con ello por los dos. Con lo que no podía era con sus escenitas de celos. No salimos de fiesta en todo el verano, para él era mejor evitar algunos ambientes y a mí no me importaba, no quería ir si no era con él de la mano. Si no estaba trabajando estaba conmigo hasta la 1 o las

2 de la madrugada que yo debía volver a casa. Casi no veía a sus amigos, a excepción de Peter y algún otro, era mejor así, alejarse de ciertas personas, y yo también lo hice. Cumplió su palabra, me eligió a mí y no se metió nada, estuvo conmigo, llenándome en todos los sentidos, alimentando mi alma con su ser.

No fue perfecto, porque nada lo es, pero crecimos como pareja y fue un verano inolvidable. Cumplimos nuestro primer año, su regalo sigue todavía hoy conmigo, un recuerdo constante de él, de lo que fuimos, de quién fui yo en el pasado. Nos tatuamos la inicial de nuestro nombre, una A en el dorso de nuestra muñeca, él en la derecha y yo, que soy zurda, en la izquierda. Nos hicimos un millón de fotos dándonos la mano con nuestros tatuajes idénticos, símbolo de un amor que con esa edad piensas que será eterno.

Nada es eterno o para siempre y aunque fue un verano maravilloso, el mejor, este llegó a su fin, con el inicio de un nuevo curso, uno repetido para mí, que no fue nada fácil.

Las Spice nos disolvimos antes del inicio de curso. Solo tenía relación con Esther, ella me contó que Mónica empezaba en la universidad de Barcelona, le había llegado la nota e iba a hacer lo que siempre quiso. Fabiola volvió al internado, no me hablaba con ella desde agosto, desde el cumpleaños de Esther, en sus cumples parecía que siempre se liaba. Fue la única noche que salí en todo el verano, Toni no vino con nosotras. Fabiola ya iba sobrepasada antes de llegar al Pont, tuvimos nuestra enésima discusión por el mismo tema, pero a lo grande, tanto que casi llegamos a las manos; fue Raquel quien la paró. Me di cuenta de que no podía seguir persiguiéndola, intentar ayudarla cuando ella no quería. Rompimos aquella noche. A Raquel la veía en su casa y a veces hablábamos, pero ya no éramos amigas ni de lejos, cursaba su último curso. Esther y Javi volvían a estar bien, siempre de culo con la niña, el trabajo y la familia, la madre de Javi estaba enferma.

Yo me prometí que estaría centrada, mi padre asimiló que estaba con Toni poco antes de mi cumpleaños, cuando nos pilló dándonos el lote en el portal de mi casa una tarde de otoño. Necesitaba demostrarle que no dependía de él mi compromiso con los estudios, que estar con él no me afectaría de manera negativa.

Centrarme más en mis estudios y en el *Treball de recerca* implicaba no estar tanto por él, no poder pasar el mismo tiempo juntos y, como consecuencia, de vez en cuando le daba una pataleta, se enfurruñaba como un niño pequeño, alegando que ya no le hacía caso.

—¿Le cambias tú el pañal o lo hago yo? —le dije a Pet una noche mientras recogía.

Peter se echó a reír y el otro se pilló un rebote desmedido, se largó dando un portazo.

—Qué sensible es para algunas cosas —rodé mis ojos al cielo, negando con la cabeza.

—Está nervioso —lo defendió. Lo miré preguntándome qué sabía que yo no, qué me ocultaba Toni. Llevaba unos días que fumaba más de lo normal, que parecía algo ansioso, pero decía que estaba bien—. Ya le ha llegado la notificación del juzgado por lo del coche.

—No me lo ha dicho —admití molesta—, no entiendo por qué me oculta esas cosas —me quejé—. Y le he preguntado —añadí enfadándome más.

—No quiere preocuparte —se encogió de hombros Peter.

—Eres demasiado considerado con él, Pedro el loco —seguí con mi tarea de recoger.

Me esperaba abajo, no le dije nada del tema y él tampoco. Me llevó a casa.

—¿Cuándo vas a decirme qué te pasa? —le dije en el portal.

Me besó la frente y sus amorosos labios recorrieron todo mi rostro, haciendo que mi enfado se diluyera con sus besos de hormiga.

—Te quiero —dijo sobre mi boca, antes de besarme.

—Habla conmigo, amor —le pedí antes de devolverle el beso.

Me quitó la mochila, me cargó desde el culo y me apoyó contra la pared del portal. Nuestros besos se volvieron más intensos, más calientes y nos dejamos llevar por el momento, sin importar el dónde.

Un carraspeo provocado nos hizo volver al mundo real. Me dejó en el suelo y recogió mi mochila del mismo; cuando se agachó vi que había sido cosa de Cata.

—Si tu padre te pilla así, le da un ataque —me dijo con una sonrisa.

Al volver de Vigo no estaba pero, como era de esperar, mi padre no sucumbió a mi chantaje de «si estoy limpia, ella se larga». Volvió tras un viaje de trabajo e hizo muchos intentos de apoyarme cuando lo pasé tan mal tras la ruptura, yo no se lo puse fácil. Nuestra relación tan tensa había ido mejorando día a día, aflojándose. Había descubierto que era maja, muy empática, solía hablar a mi favor con mi padre y hacía porque yo me pusiera en la piel de él. Además, siempre traía cosas que le daban en su trabajo como publicista.

—Ya… —cogí la mochila que Toni me tendía con la cara colorada por la vergüenza.

—Soy Cata —se acercó presentándose a Toni que me agarraba de la cintura.

—Toni —contestó él sin soltarme ni para darle dos besos.

—Lo sé —le dedicó otra sonrisa—, deberías venir un día a comer a casa —lo invitó—, ya va siendo hora de que te conozcamos un poco. ¿Te parece? —me miró a mí.

Miré a Toni y él a mí, afirmé con la cabeza. Yo era una más en su

casa, iba siendo hora de normalizar la situación en la mía. Quizás Toni nunca sería el chico que mi padre querría para mí, pero era el que yo había elegido, e iba siendo hora de que viera que era mucho más que un chaval problemático, que tenía buen corazón y me hacía feliz.

—¿Te gustaría? —demandé ilusionada.

—Lo que tú quieras —contestó escueto—. Tengo que irme —me dijo.

—Un placer conocerte —intervino Cata antes de irse, dándonos intimidad.

—¿Te apetece o no? —demandé en cuanto Cata se marchó.

Me cogió la cabeza con las dos manos y vi cuán serio se ponía.

—Puede que vaya a la cárcel, pelirroja —confesó y me dejó en shock—, tengo antecedentes y al final va a haber juicio por lo del coche que quemamos.

—No puedes ir a la cárcel —dije preocupada—, es una chiquillada —alegué—, un error absurdo que ya pagaste con tu propio cuerpo —dije refiriéndome a sus heridas.

—Ya veremos qué pasa —me soltó agachando la cabeza.

—¡Eh! —cogí su cara entre las mías y le hice alzar la mirada a la mía.

—¿Si me meten en la cárcel me harás un álbum de fotos guarras para que piense en ti? —bromeó sin cambiar la seriedad de su rostro.

—Mira que eres gilipollas —me hizo sonreír el muy desvergonzado.

Rodeó mi cintura con los brazos y me alzó del suelo, yo rodeé su cuerpo y lo abracé.

—No quiero que te preocupes —me dijo, lo miré—, por eso no te lo he dicho antes.

—¿De verdad puedes ir a la cárcel? —demandé incapaz de hacer lo que me pedía.

—Ya se verá —me dejó en el suelo y me alisó mi aleonada melena pelirroja—. Tengo que hablar con los que estábamos allí, hay algunas cosas que podemos hacer, creo —siguió poniéndose serio—, pero no sé qué pasará. Tendré que buscarme un abogado.

Me puse de puntillas y lo besé, tratando de ocultar la congoja que la sola idea me provocaba. Me devolvió el beso, rodeando mi cuerpo en un fuerte abrazo.

Nos fundimos en ese abrazo, cargado de sentimientos y emociones que no expresamos con palabras. Acaricié su cabeza, diciéndole mentalmente que todo iría bien, que yo iba a estar allí siempre, diciéndonos a los dos que no pasaría nada, que él estaría bien.

48

Centré mi *Treball de recerca* en el consumo de drogas en gente de mi edad en adelante y sus efectos secundarios, a corto y largo plazo. Como se quejaba de que no le hacía caso, le pedí que me ayudara, que se involucrara en mi proyecto; le costó, pero al final lo hizo.

—¿Por qué me haces esto? —me reprochó un día en el tren, de camino a casa.

—¿Qué te hago? —demandé extrañada sin alzar la vista de mi cuaderno, donde ampliaba las notas que había tomado, aprovechando que aún estaban frescas en mi mente.

—¿Puedes atenderme cinco putos minutos? —demandó quitándome el cuaderno.

Lo miré molesta, me crucé de brazos para escucharlo. Volvíamos de un hospital mental, había entrevistado a un chico solo un año mayor que él que sufría esquizofrenia y depresión a causa de las drogas, llevaba tres meses ingresado allí.

—¡Qué! —exclamé cuando se quedó callado mirándome.

—Nada —me tiró la libreta a las piernas con desprecio.

—No —cogí la libreta—, ahora dime —exigí—. Dime: ¿qué te estoy haciendo?

—No me estoy metiendo… —empezó a decir y no lo creí, sonó falso.

No me había planteado si lo hacía o no hasta ese momento, me había dado su palabra y yo confiaba en ella. Los dos habíamos hecho sacrificios para que no consumiera. Habíamos dejado de salir de fiesta, él se había apartado de muchos amigos y yo estaba centrada y volcada en él, pasando todo el tiempo del que disponía a su lado. Que me diera explicaciones sin pedirlas me llevó a plantearme si estaba siendo demasiado confiada.

—¿Te estás drogando? —interrumpí su discurso con el corazón encogido de miedo.

Lo miré a los ojos, con el corazón retumbando con fuerza. Había pasado medio año, había sufrido sus cambios de humor, su irritabilidad, sus idas de olla y las había capeado, lo habíamos hecho juntos, últimamente parecía estar mejor, aunque todavía algo ansioso.

—No —negó—, claro que no, pero me jode que me traigas a conocer a esa gente, o la granja a la que me llevaste la semana pasada, poniéndome al nivel de esos drogadictos.

—No hables así de esa gente —dije molesta, no me gustó un pelo esa soberbia—. ¿Crees que tú no lo eres? ¿Te crees mejor que ellos? Lo único que te diferencia soy yo.

—¿Tú?

—Yo —aseguré enfadada, volviendo la vista a mi cuaderno—, ese es el camino que llevabas —alcé la mirada para encontrarme con sus ojos enfadados—, era cuestión de tiempo que acabaras así —intenté hacerle entender relajando el tono.

—No voy a acompañarte más a estas entrevistas y visitas, Doña Importante, me deprimen tanto como tu soberbia.

—Mi soberbia, ¿dices? —demandé incrédula.

No contestó y, como dijo, no volvió a acompañarme, a pesar de mi insistencia. Acabé el trabajo y lo expuse, saqué muy buena nota. Mi padre estaba rebosante de orgullo.

Fue durante la investigación que me di cuenta de qué quería hacer, a dónde me gustaría dirigirme y era a ayudar a otros. No me veía preparada para medicina, era un área muy exigente, demasiado para mí y opté por algo más realista como servicios sociales. Me gustaba la idea de ayudar a gente con menos suerte que yo, de ayudar a personas que querían superarse, personas que no eran capaces de ver su propio valor, mostrárselo.

Me sentí feliz de saber a dónde me dirigía y todos aplaudieron mi decisión, a todos les pareció que era para mí, excepto a una persona: a él. No me dijo abiertamente que no le pareciera bien, pero dijo que no era lo suficientemente fría y distante, que me involucraría en la vida de esos «desgraciados» y me llevaría los problemas a casa, donde otros, o sea él, tendría que aguantarlos, para a final de mes cobrar una miseria.

Me desanimó, había parte de verdad en lo que decía, era innegable. No me desalentó, tardaría años en formarme y ejercer, tiempo para crecer y madurar, antes tenía que hacer selectividad y ver hasta dónde podía llegar.

—No te pongas un chándal —le pedí horrorizada.

—¡No iba a ponerme un chándal! —exclamó buscando en su armario. Sacó un pantalón tejano gastado, recto y una camisa a cuadros—. ¿Le parece bien a la señorita?

—Pruébatelo —le exigí.

Resopló, pero lo hizo. A aquel pantalón le faltaba bajarle el dobladillo, no podía ir enseñando los tobillos como un *pelao makinero*. No es que lo fuera a ver por primera vez, ya se conocían, pero era la primera vez que iba a ir a mi casa en calidad de novio y quería que mi padre se llevara una buena impresión, no que su estética le recordara a lo que le contó Raquel.

—Hay que ir a comprarte ropa nueva —sentencié sentada en la cama.

—No pienso comprarme ropa nueva para ir a comer con tu padre —discutió él— y fingir ser alguien que no soy. Tú misma, o voy así o no voy —aseguró.

—Necesitas ropa nueva, este año apenas te has comprado más que un par de prendas —le recordé.

—Es cuanto necesito —discutió malhumorado—, no tengo dinero —alegó.

—¿En qué te lo gastas? —toqué un tema espinoso.

El dinero se había vuelto un tema de discusión desde hacía un tiempo. La falta de él me hacía sospechar que había vuelto a las andadas, pero no quería creerlo realmente y no comprendía en qué lo gastaba, sus explicaciones nunca me convencían y mi falta de credulidad lo sacaba de quicio. Me había gastado todo lo que gané aquel verano. Como siempre estábamos en casa de Peter, solía llevar comida o darle dinero para ayudarle con las facturas; aunque siempre insistía en que no hacía falta, me parecía lo justo, siempre metidos en su casa. Intenté obligar a Toni a seguir mi ejemplo cuando ya solo me quedaba la paga semanal de mi padre, pero no estaba por la labor, alegando que no tenía dinero, cuando no ayudaba en su casa. Aquello le metió más tensión a la relación.

La comida fue como esperaba: desastrosa. Nunca había visto a Toni tan inseguro como aquel día, tan fuera de lugar, mientras mi padre no paraba de cuestionarlo e incomodarlo.

—No pienso volver a tu casa —me dijo en el portal—, no dejaré que tu padre vuelva a tratarme con esa superioridad —aseguró nervioso—. ¿Quién cojones se ha creído qué es —demandó fuera de sí— para tratarme así?

—Solo busca lo mejor para mí —alegué.

—¿Lo defiendes? —paró frente a mí cabreado—. ¿Te parece que se ha comportado bien? ¿Qué merecía que me tratara como lo ha hecho? —siguió fuera de sí.

—Te he defendido, ¿no? —le recordé manteniendo la calma por los dos.

—Sí —contestó todavía enfadado—, pero ahora parece que lo defiendas a él.

—No defiendo a nadie, solo quiero que te relajes de una vez y lo dejes correr —le pedí.

—No le he dado un puñetazo por ti —aseguró y sus palabras me hirieron, tampoco había sido para tanto, estaba exagerando—, así que no vuelvas a juntarme con él o acabaré dándoselo si vuelve a tratarme como lo ha hecho hoy.

La tensión siguió creciendo entre nosotros por muchos y dispares temas que antes no significaban nada. A medida que llegaba el final del curso, se volvió insostenible. Estaba nerviosa por los exámenes finales, por el de selectividad y no me quedaba paciencia, la había agotado con sus gilipolleces, con sus cambios de humor e idas de olla. Con discusiones absurdas que no nos llevaban a ninguna parte.

Solo hacíamos dos cosas, constantes inamovibles y dispares: discutir y follar. Aquella era nuestra vida en las últimas semanas, discutíamos y luego quemábamos la tensión en polvos explosivos que nos devolvían al momento previo a la discusión, en un círculo infinito que no solucionaba los problemas de fondo, mientras la pelota crecía sin control.

Dejamos atrás mayo y todo empeoró. La noche antes del examen de selectividad tuvimos una de nuestras mayores discusiones. Hasta Peter, que siempre se mantenía al margen, intervino, pidiéndonos a ambos que nos relajáramos. Toni se largó.

—No puede hacerme esto ahora —le lloré a Peter.

—Vete a casa —me aconsejó cogiéndome de los brazos, acariciándomelos para que me relajara—, descansa. Mañana necesitarás estar centrada —me recordó.

Debí hacerle caso, pero no lo hice. Me pasé la noche buscándolo por toda Vilanova, recorriendo cada lugar oscuro de la ciudad, esperando encontrármelo esnifando una raya mientras la idea de que se pasara de rosca por el ansia me llevaba a temer lo peor.

Amaneció mientras seguía buscándolo sin encontrar rastro de él en ninguno de los antiguos lugares que solía frecuentar, tras hablar con todo el mundo y pedirles que me dieran un toque si lo veían, que le dijeran que lo estaba buscando.

Compré un paquete de tabaco en la gasolinera y me quedé en la puerta de su edificio, haciendo guardia, segura de que tarde o temprano volvería, pero no apareció por allí.

Derrotada por la búsqueda infructuosa, por la preocupación, por el cansancio de no dormir, me marché a casa de Peter. Me abrieron el portal y arriba me encontré la puerta abierta. Entré en el piso y me lo encontré en el sofá, como si tal cosa, como si no pasara nada y fuera un día más. Quise matarlo al ver que seguía de una pieza.

—¿Cómo te ha ido el examen? —preguntó sin levantar la vista del canuto que liaba.

—No he podido ir —reconocí observándolo con atención.

Esquivaba mi mirada, no la alzaba y supe que lo había hecho, que no me equivocaba.

—¿Cómo que no has podido ir? —demandó enfadado— ¿De verdad no has ido?

No podía creerme que encima me fuera a echar en cara que no me hubiera presentado, con el estado de nervios en el que me había dejado. Me había pasado toda la noche llamándolo hasta quedarme sin batería y allí estaba, tan fresco.

Alzó la mirada a mis ojos. No había nada en su rostro que delatara lo que yo sabía que había estado haciendo la noche anterior, pero lo sabía y no necesitaba que él lo confesara. Sentí que en mi interior mi

enfado hervía como un volcán a punto de entrar en erupción.

—¡He estado buscándote, pedazo de mierda! —me acerqué al sofá decidida y le golpeé el brazo, incapaz de guardarme la rabia, el odio que en ese momento despertaba en mí—. ¡No sabía nada de ti! —le reproché, golpeándole la mano para que el porro que se estaba liando se fuera a la mierda y me prestara atención a mí de una puta vez—. ¡Cabrón!

Alzó las manos y esquivó mis golpes como pudo, se puso de pie y me cogió las muñecas para que parara. Sentirme inmovilizada atizó mi enfado y forcejeé con todas mis fuerzas para liberarme de él, deseando machacarlo como él me había hecho a mí.

—No podemos seguir así, pelirroja —dijo para mi total sorpresa con tono calmado.

—¿Quieres dejarlo? —demandé incapaz de creerlo, dejando de pelear.

—Quizás sea lo mejor —contestó soltándome—. No me puedo creer que no te hayas presentado al examen —empezó a alzar la voz, alterándose él en ese momento—, ahora todos me echarán la culpa a mí —se frotó el cráneo nervioso—, cuando no has ido porque no te ha salido de los huevos.

—¡No he ido porque estaba histérica preguntándome si estabas bien! —le grité fuera de mí, superada por su incapacidad de responsabilizarse de algo—. Intentando comprender qué había hecho tan mal para que me hicieras esto la víspera del examen más importante de mi vida —le recriminé—. Y ahora, en lugar de preocuparte por mí, por mi futuro, solo te preocupas por ti, como siempre —le eché en cara—. Te importo una mierda.

—Si eso es lo que piensas está claro que no podemos seguir juntos.

—No le vas a dar la vuelta a las cosas —discutí—, no me vas a hacer a mí culpable, como siempre, para que al final sea yo quien acabe pidiéndote disculpas. Esta vez no.

Me alejé de él y, sin saber qué hacer o a dónde ir, me marché.

Acabé en casa de Esther, no quería ir a mí casa, mi padre iba a preguntarme por el examen e iba a desatarse la tercera guerra mundial cuando se enterara de que no me había presentado.

—Toni quiere dejarme —me abracé a Esther en cuanto me abrió la puerta.

49

Yo lo amaba, tanto que estaba dispuesta a todo por él, sería lo que necesitara en cada momento, me olvidaría de mí, de mis necesidades y lo convertiría en mi lista de prioridades. Estas empezarían por él y en él acabarían hasta que se recuperara. Me había dado un millón de razones para dejarlo, para abandonar, pero yo tenía una razón para quedarme, y sí, solo era una, pero era suficiente. Lo amaba y estaba segura de que sería el amor de mi vida, así que lucharía contra todo y todos, incluso contra él para que volviera mi Toni, para que volviéramos a reír juntos, a ser uno, como lo fuimos en el pasado.

Habían pasado tres días desde lo del examen, aquel era mi primer soplo de libertad. Ya me había enfrentado a mi padre, que por supuesto puso el grito en el cielo y me encerró en casa sin móvil. Había aprovechado ese tiempo conmigo misma para comprender que Toni estaba enfermo, que no podía culparlo por lo sucedido, la culpa era de las drogas.

Nos encontramos en nuestro mirador, por la mañana, tras enviarnos unos mensajes de texto. Los suyos escuetos, los míos llenos de palabras casi incomprensibles buscando acortarlas para decir cuanto deseaba en tan poco espacio.

Yo llegué primero, dejé la moto frente al restaurante. Un mes atrás me habían ofrecido volver aquel verano, pero rechacé la oferta. La cosa entre nosotros estaba demasiado tensa y volver allí sabía que solo lo empeoraría, así que lo antepuse, como siempre.

Dando un paseo tranquilo bajo el sol de junio, subí la cuesta empedrada que desembocaba en el mirador. Hacía calor, mucho para aquellas horas de la mañana. Iba a ser uno de los veranos más calurosos, pero todavía no había llegado oficialmente.

Me senté de espaldas al camino y dejé que mis pies se quedaran colgando a la nada, observando el mar en calma, la gente bañándose en sus tranquilas aguas, despreocupados.

—Hola —lo escuché detrás de mí.

Giré el cuerpo para encontrarme con él. Vestía bermudas verdes militar y una camiseta de tirante ancho de un blanco inmaculado que realzaba el bronceado *paleta* de su cuerpo. En verano sus ojos solían volverse más verdes, no sé si era un efecto óptico por su piel tostada o las horas de sol los aclaraban, pero así era y lo vi guapísimo. Toni no era guapo, era sexy, era atractivo, era atrayente y era explosivo, pero su belleza iba mucho más allá de un rostro o un cuerpo marcado por los cánones de belleza de la sociedad.

—Hola —respondí yo observándolo acercarse a mí.

Tenía miedo, empezaba a ser mi estado anímico por excelencia.

Temía perderlo, temía toparme con la misma frialdad y distancia que había encontrado en sus mensajes y sobre todas las cosas temía que me hubiera dejado de querer. Yo era incapaz de no amarlo.

Su pierna derecha rodeó el muro que hacía de balaustrada y se sentó frente a mí. Un pie apoyado en el camino y el otro colgando a doce o quince metros de la arena de la playa, como estaban los míos.

—¿Cómo estás? —pregunté con aprensión, buscando en el pozo de su mirada.

Pasé la pierna por encima del muro de piedra, adoptando la misma postura de él. Apoyando las manos entre mis piernas alcé el trasero, acercándome a él, nuestras rodillas se rozaron y, tras sacudir mis manos para sacarme la arenilla, cogí su rostro entre ellas.

—No me gusta verte triste —ignoró mi pregunta, cogiendo mis manos para apartarlas de su cara, las sostuvo mirándome a los ojos—, y últimamente estás triste o enfadada.

—Ya lo sé —agaché la mirada, triste.

—No podemos seguir así —sentenció soltándome y yo alcé los ojos a los suyos.

Sus ojos eran del color del mar bajo nuestros pies, estaban mucho más embravecidos que el agua aquella mañana, rojos y llenos de tristeza y desconsuelo, me partió el corazón.

—¿Así cómo? —pregunté asustada, sabiendo la respuesta.

—Pues así, Aurea —señaló el suelo, triste, enfadado y yo empecé a acojonarme.

Me levanté sin querer escucharlo, incapaz de aceptar que lo nuestro pudiera tener un final, de admitir que este se aproximaba, que aquello no era más que la agonía de una relación que llegaba a su fin. Lo amaba demasiado para dejarlo ir, para tolerar aquello.

—¿Ahora soy Aurea? —demandé apartándome de él, como si mi nombre fuera una enorme y honda puñalada, sentí que me faltaba la respiración.

Se puso de pie también y lo miré, intentando controlar mi respiración. Sus ojos se inundaron de lágrimas y vino a por mí. Directo, con aquel fuego en su mirada que tan bien conocía, pero antes de que llegara a mí se apagó y su mirada se llenó de tristeza, a la vez que mi corazón bombeó aún más deprisa, a punto de entrar en colapso.

Se frenó cuando estaba frente a mí y me acarició la mejilla con un amor tan profundo que al recordarlo vuelve a sacudirme un escalofrío. A pesar de mis dudas, en ese momento supe que él me amaba.

—Siempre serás mi pelirroja —declaró acariciándome el rostro con esa dulzura que solo era capaz de expresar conmigo—. Siempre te querré, pero no nos hacemos bien.

Se estaba despidiendo, me estaba dejando y sentí que no podía

soportarlo.

—Mejoraremos, lo hemos hecho otras veces —rogué sintiendo cómo se me cerraba la garganta. Algo había cambiado, no sabía qué era, pero estaba segura de que esa vez era de verdad, que era una decisión que había medido y sopesado. No eran palabras dichas con rabia en medio de una discusión, o una manera de retenerme a su lado. Algo había cambiado y debía remediarlo, debía abrirle los ojos—. Estamos hechos para estar juntos, lo sabes tan bien como yo —dije con lágrimas en los ojos.

Su caricia se deslizó hasta mi nuca y, cuando creía que iba a besarme, me abrazó.

—Te quiero tanto —dijo con la voz rota.

—Y yo a ti —rompí en llanto, incapaz de tragarme las lágrimas un segundo más.

Me abracé a su cintura, aspirando el aroma de su pecho, ese olor en el que me sentía en casa, aquel que era mi hogar. Sus brazos eran la frontera de mi felicidad, más allá de ellos no había nada.

—Te estoy frenando —se lamentó sobre mi cabeza, mientras yo aspiraba y lloraba.

—No es cierto —aseguré alzando la cabeza para encontrarme con su mirada—. No me frenas, subiré en septiembre, tengo todo el verano para prepararme —aseguré convencida.

—Llegarás lejos —me cogió ambos lados de la cara—, tanto como quieras y yo soy un peso muerto que no te deja avanzar.

Le había pedido un millar de veces que aceptara responsabilidades y ahora que por fin parecía hacerlo, no quería escucharlo. Lo que decía era estúpido, absurdo para mí.

—No digas eso, no es cierto —discutí rodeándolo con los brazos, sujetándome a él—, si viviera mil vidas en todas te elegiría y no serías una carga, al contrario. Eres el que hace la vida más tenue, llevadera, haces que tenga sentido —aseguré y hablaba en serio—, me quedo contigo. Siempre —aseguré tras un puchero que me nació del pecho.

—Sabes que digo la verdad, pero no quieres verlo. Yo tampoco quería —aseguró y escuchándolo sentía que me asfixiaba—, aceptarlo implicaba muchas cosas que no estaba preparado para admitir, pero debo hacerlo, por tu bien, por el de los dos —rectificó.

—Eso no es verdad —solté su cintura y atrapé el dorso de su camiseta, poniéndome de puntillas. Besé sus labios—, no lo es, no puedo avanzar sin ti, no hay vida sin ti, eres el centro de mi mundo —aseguré entre besos húmedos por nuestras lágrimas—. Eres cuanto me importa —aseguré cogiéndole la cara para que no apartara la mirada—. A la mierda la universidad, a la mierda la carrera y a la mierda el futuro si no puedo compartirlo contigo —declaré—. Tú eres lo único que me importa —aseguré mirándolo a los ojos antes de

volver a besarlo—, estar contigo es lo único que me completa.

Respondía a mis besos, pero no se entregaba a ellos, solo intentaba complacerme, como si no quisiera que me sintiera rechazada, pero fracasaba, destrozándome.

—He vuelto a meterme —declaré. Dejé de besarlo y negué con la cabeza, no quería creerlo, me negaba a aceptar eso, aunque ya sabía que era así—, y no es la primera vez.

Agachó la cabeza y yo sentí que no podía más. Preferiría que siguiera mintiéndome, no estaba preparada para aquella verdad, no estaba lista para que fuera sincero conmigo, no tenía la capacidad de aguantar que acabara de romperme el corazón.

—Mientes —discutí, aferrándome a la nada de mi propia mentira.

—Tarde o temprano lo ibas a descubrir; es poco, pero me estoy poniendo otra vez.

Lo solté sin saber qué creer o pensar, di un paso atrás llena de tristeza y decepción. Miré a mi alrededor, mareada, aquellas preciosas vistas capaces de serenar mi espíritu eran un borrón y todo se movía despacio, mientras sus palabras se repetían en mi mente.

—Mientes —repetí negando, con el corazón en un puño y el estómago revuelto.

—No —negó y volví a mirarlo y, cuando nuestras miradas chocaron, él bajó la cabeza—, creía que Pet acabaría diciéndotelo. Fue el fin de semana que te preparabas para los finales, vinieron unos colegas a casa de Peter y, no sé, empezaron a pasármelas por la cara y… —se rascó la sien, avergonzado creo, no estaba segura, sentí que ya no lo conocía, de aquello hacía semanas, lo que le convertía en un mentiroso de mierda—. No pude resistirme, se me ha ido de las manos y he caído otra vez en el agujero.

—¿Por qué? —exclamé molesta.

—¡Porque soy un puto adicto, Aurea! —estalló mirándome para volver a agachar la mirada en cuanto nuestras miradas se encontraron—. Tú ya lo sabes, por eso me has arrastrado a esos sitios, con la excusa del puto trabajo —alzó el rostro y me miró a la cara—. No soy bueno para ti, ¿acaso no te das cuenta? —bajó el tono, lleno de pena.

—¡Joder, Toni! —me quejé frustrada. Suspiré con ganas, sabía que tenía mucho en lo que pensar, pero me sentía incapaz de hacerlo en aquel momento, necesitaba estar con él, sacarlo de aquella mierda otra vez. Me dije a mí misma que aquella sería la última vez, de verdad—. Saldrás de esta —sentencié—, para siempre, lo haremos juntos —aseguré.

—No —me miró por fin.

—¿Cómo dices? —juro que creí que no lo había escuchado bien.

—Saldré —su labio tembló—, pero lo haré solo —aseguró

mirándome a los ojos.

La tristeza empezó a teñirse de rabia, no había sido fácil, nada lo había sido para que ahora que podíamos disfrutar de la victoria lo jodiera, volviendo a tirarse al pozo, después de casi un año limpio. Una idea empezó a formarse en mi cabeza, no quería creerla, me sentía incapaz, pero no comprendía por qué lo había vuelto hacer.

—No quieres estar conmigo, ¿no? —demandé incrédula de que fuera eso.

Había amenazado con dejarlo, me había dicho cosas muy hirientes, los dos lo habíamos hecho. Pero aquello era diferente, no era un hablar por hablar, querer hacer daño. No lo era.

—No —contestó y el mundo dejó de girar.

Solté una exclamación incrédula mirándolo, pero él solo miraba al suelo.

—¡Eres un puto cobarde de mierda! —declaré rabiosa—. ¡Hijo de la gran puta! —le di una bofetada de las buenas, sonora y de esas que te pican en la palma de la mano. Esperé su reacción, pero no la hubo, me pareció que aún agachaba más la cabeza—. ¿Te estás drogando porque no has tenido huevos a dejarme o me dejas porque yo no te dejo drogarte?

—Voy a dejarlo —aseguró.

—¿Entonces es lo primero? —pregunté agobiada—. ¿Has empezado a meterte para que yo te deje? —demandé fuera de mí.

—No puedo estar contigo, pelirroja —respondió alzando la cabeza—, lo eres todo para mí y no te merezco. Tú no te mereces la vida que yo puedo ofrecerte.

—¿De qué cojones hablas? —pregunté enfadada.

—No nos hacemos bien el uno al otro, nos pasamos la mitad del tiempo peleando.

—¿Y qué? Siempre lo acabamos arreglando —contesté.

—Tú tienes un futuro por delante. Te estás perdido la juventud por mi culpa, encerrada siempre en casa de Peter, dejando a todos de lado para estar conmigo y vigilarme. No quiero que te pierdas nada más, tienes que seguir creciendo, descubriéndote, divertirte…

—No puedo hacer ninguna de esas cosas sin ti.

—Claro que sí.

—Toni —le pedí, casi imploré, con el corazón temblando—, no puedes hacerlo solo.

—Eso no depende de ti —contestó sereno—. Tienes dieciocho años, un futuro y mil experiencias por vivir y descubrir, en lugar de estar vigilando si me meto o no, encerrada para que no lo haga. No sales, apenas ves a tus amigas… No es la vida que mereces.

—A mí me da igual salir o no. Me la pela la fiesta y la noche. Tú me importas.

—Te has convertido en una carcelera y vives en una cárcel. Vive tu vida, pelirroja —volvió a cogerme la cara—, lejos de mí —me pidió mirándome a los ojos y le aparté la mano, no quería que me tocara—, pasa página y, si lo nuestro tiene que ser, volveremos a encontrarnos —aseguró—. Tú habrás vivido, te habrás descubierto y reinventado, serás quien quieras ser y yo estaré limpio. Entonces te mereceré y podremos estar juntos.

50

No acabamos aquella mañana, no sé cómo seguimos adelante a pesar de todo, pero nada volvió a ser como antes.

A ratos sentía que me desmoronaba, la idea de perderlo me aterraba y acosaba. Fingía que todo iba bien cuando estábamos juntos, intentando no presionarlo, darle espacio, pero a la vez no me sentía capaz de darle ni un centímetro. Las dudas sobre si me quería se volvieron más recurrentes en mi cabeza, mientras mi corazón me alentaba a confiar en él.

Aquel verano Sofía no vino a verme, estaba muy atareada con la que iba a ser su nueva vida. En agosto se mudaba a Madrid, allí iba a estudiar una carrera, estaba emocionada. Tenía mucho lío preparándolo todo y yo me sentí incapaz de dejar a Toni solo e irme a Vigo para estar con ella unos días, tal y como estaban las cosas.

El verano corrió, entre arrumacos cada vez más esporádicos, momentos de pasión y discusiones absurdas y descontroladas que se hacían cada vez más frecuentes.

Un sábado por la mañana desayunábamos en el bar de debajo de casa de Peter. Él se tomaba un café con leche mientras yo me deshacía por un donut azucarado.

—¿Quieres que pillemos unas pelis esta noche? —le ofrecí acabándome el *Cacaolat*[15].

—Es el cumple de Esther —me recordó.

—No me apetece, irá Fabiola, no la veo desde que discutimos y no tengo ganas.

—Yo ya he hecho planes —se encogió de hombros cogiendo la cajetilla de tabaco.

—¿Has hecho planes? —demandé sorprendida—. ¿Con quién?

—Voy a ir al Pont —declaró y sentí que se me desencajaba la mandíbula al escucharlo—, necesito una noche de fiesta —alegó.

La rabia me hirvió la sangre, pude sentir cómo mi rostro se acaloraba de enfado.

—¿Para ponerte hasta el culo de todo? —demandé cabreada, con un tono tranquilo.

—No lo sé.

—Claro que lo sabes —dije enfadada y él se encogió de hombros—. Si sales esta noche, si te metes, no volveremos a estar juntos —aseguré, no podía seguir así—. Se habrá acabado de verdad —alegué mientras él se encendía un cigarro como si tal cosa, como si hablara del tiempo que hacía en Valladolid—, y para siempre —me miró al fin—. Hablo muy en serio —le aseguré—, no volveremos a estar juntos, aunque eso me mate.

Me levanté y nos miramos unos segundos, él cortó el contacto visual dándole una calada al cigarro. Me di la vuelta y me alejé. La verdad es que esperaba que viniera detrás de mí, que me suplicara que lo perdonara, que me prometiera que iba a cambiar de actitud, que no volvería a meterse, que todo sería como antes, que no saldría aquella noche ni ninguna otra sin mí. Lo cierto es que no movió ni un músculo, me dejó marchar.

Acongojada llamé a mi prima y le expliqué lo que había pasado, la discusión.

—No te mereces esto, Aurea —aseguró ella—, tienes que cortarlo. Se ha acabado.

—No puede acabar —me eché a llorar, rota frente a ese supuesto—, no puedo dejarlo.

No fui al cumpleaños de Esther, me quedé en casa, comiéndome la cabeza, incapaz de hacer otra cosa. No pude comer, dormir, ni centrarme en nada. A las ocho de la mañana me levanté y me presenté en su casa, no estaba, esperé en la puerta del edificio, fumando como si mi vida dependiera de la nicotina que entraba en mi sistema. No apareció.

Una hora y media después, cansada de esperar, me presenté en casa de Peter. Desde el telefonillo me dijo que bajaba, no me invitó a subir, algo que me extrañó mucho.

Me encendí otro cigarro, con los nervios estrujándome las entrañas y el pulso fuerte. Mi corazón temblaba dentro del pecho, con fuerza y rotundidad, resquebrajado y dolorido.

—Sé que está aquí, Pet —le dije en cuanto salió a mi encuentro—. Se ha puesto ¿no?

—Joder, Aury —dijo acongojado y lo miré suspicaz.

Pet, Peter, Pedro el loco, era parte de nuestra relación. Se había comido nuestras mierdas y también había presenciado algunos de nuestros mejores momentos. Se había convertido en mi amigo, me había apoyado en él, había llorado y reído con él. Lo apreciaba y conocía, y él a mí también. Estaba jodido, pude verlo en su mirada, escucharlo en esas dos palabras que acababa de decir, y mientras lo miraba, esperando una explicación, supe que nada volvería a ser igual. Que habría un antes y un después.

—¿Qué pasa? —pregunté preocupándome todavía más—. Está aquí, ¿no?

—Lo siento, Aury —dijo y se me llenaron los ojos de lágrimas—. Está arriba —afirmó y mi cabeza imitó el gesto con energía—, pero no está solo —declaró.

El mundo giró muy deprisa mientras yo intentaba convencerme de que le había entendido bien, me sentí incapaz de creerlo, aquello no podía ser. Sentí que era imposible.

—¿Se ha tirado a otra? —pregunté sin poder creerlo.

—Anoche me dijo que lo habías dejado —me explicó—. Que tú habías cortado con él.

Me miraba sin entender qué estaba pasando y yo sentí que me faltaba el aire a medida que lo comprendía, que lo interiorizaba.

—¿Con quién está? —dije con el pulso en la garganta, estrangulándome.

—No la conoces —contestó y yo me agarré a la fachada—. Aurea —se acercó a mí y me cogió del hombro—. ¿Cortaste con él ayer?

No contesté, estaba mareada, rota, había partido mi alma en pedazos y no podía hacer otra cosa que no fuera hundirme, mientras me preguntaba cómo había sido capaz de pisotearme de aquella manera. Cómo alguien que me había dado tanto, que me había hecho tanto bien, era capaz de causarme el mayor dolor que hubiera experimentado antes.

Rompí a llorar, incapaz de mantener mi congoja dentro del cuerpo un solo segundo. Peter tiró de mí y me abrazó, lo que hizo que mi pena necesitara aún más salir de mí, era como si no pudiera contenerla y lloré, lloré como si el mundo llegara a su fin.

—Él no me merece —gimoteé sobre él.

—No —contestó Peter—, no te merece, hace mucho tiempo que dejó de merecerte.

Fuimos a un parque y nos sentamos allí, a ratos hablábamos, otros yo lloraba y otros nos quedamos en silencio. Nos fumamos un par de porros que templaron mis nervios, adormilaron mis sentidos, pero no disminuyeron la pena, el sentimiento de pérdida.

Pet no me soltó ni un segundo, y cuando creí que era el momento de irme, me llevó a casa con mi moto para que yo no condujera.

—¿Me traerás mis cosas? —le pedí en la puerta de mi casa, ya más serena.

—Te voy a echar mucho de menos, ¿sabes? —declaró emocionado.

—Y yo a ti —rodeé su cuello y me abracé a él por última vez.

No quería perder a Pet, se había convertido en un buen amigo, pero era inevitable.

—El piso estará más oscuro sin ti *papalloneando*[16] por todas partes —se separó de mí y me cogió la cara con ambas manos—. Además, ninguno de esos gilipollas tiene puta idea de cine —me hizo sonreír y me limpió las lágrimas con los pulgares, no me había dado cuenta ni de que volvía a llorar—. Eres única y mereces a alguien que esté a tu altura.

Me besó la mejilla y, sin decir nada más, se marchó.

Me encerré en mi cuarto y no quise salir, ni hablar con nadie durante días. Sola, con nuestra canción en bucle. La crónica de una muerte anunciada, pensaba con pesar.

«*Nadie dijo que fuera fácil, nadie nunca dijo que sería así de difícil. Oh, llévame de nuevo al principio*».

—No puedes seguir así —dijo mi padre acongojado—, solo es un chico —alegó.

Lloré con más ganas, no era solo un chico, era mi amor. El amor de mi vida; me había abandonado, había preferido ponerse, tirarse a otra y romperme el corazón antes que seguir conmigo, con todo lo que había luchado por él, por nosotros, así me lo pagaba.

Había sido sincera y trasparente, le había hablado de mis miedos más profundos como jamás lo había hecho con otra persona, ni siquiera con mi prima, explicándole que no podría superar que eligiera la cocaína antes que a mí, como ya había hecho mi madre. Me había puesto en sus manos, y como si no fuera más que un papel usado e inservible, me había arrugado y destrozado dentro de ellas, sin ni siquiera pensar en mí.

—No vuelvas a hacerme esto —me reprochaba mi prima al teléfono—. Llevo días llamándote, Aury… —me recriminó—. ¿Cómo estás? —aligeró el tono.

—No puedo más —aseguré desquiciada.

—Ven conmigo a Madrid —me sorprendió.

Ya se había mudado a Madrid, a principios de mes, tenía una beca para estudiar allí y había alquilado una habitación en un apartamento de estudiantes.

—¿Qué? —demandé planteándome lo que significaría marcharme, dejarlo todo atrás.

—Una de las chicas, Marcia —me dijo—, se ha echado novio y va a dejar la habitación. Septiembre está a la vuelta de la esquina y necesitas salir de ahí, centrarte, no puedes volver a perdértelo, no habrá más oportunidades —me recordó—. Haz aquí el examen de selectividad, aléjate de él, ven conmigo —me pidió.

Por primera vez en semanas, sentí esperanza. Nada de esperanzas en él, en que rectificara, en que me pidiera perdón y yo fuera capaz de perdonarlo y volver a estar juntos, en el punto donde mejor estábamos. Nada de eso, no creía que fuera capaz de perdonarlo, aunque se arrastrara y besara el suelo que pisaba, por mucho que yo siguiera amándolo. Y por supuesto sabía que él no haría nada por mí, había hecho todo lo que estaba en su mano, todo. Me había hecho feliz y también la más desgraciada del mundo.

Lo que sentí en aquel momento era real, esperanza de verdad. Lejos de él, donde lamer mis heridas y sanar, volver a ser yo misma y no su patética novia o exnovia. Necesitaba alejarme, superarlo de verdad y la propuesta de Sofí me dio esperanza, en letras mayúsculas y de neón. Necesitaba distancia, poner tierra de por medio.

—Necesito salir —afirmé—, alejarme de él.

—Exacto —contestó mi prima.

—Alejarme de todo lo que me recuerda a él, que es todo —simplifiqué.

—Empieza de nuevo conmigo, juntas, como siempre hemos querido —pude sentir en su voz cómo se alteraba frente a aquella posibilidad—. Tú, yo y la ciudad de Madrid para nosotras —dijo animada, emocionada.

Sonreí por primera vez en lo que me parecía un siglo. Podía verme allí, con Sofía, ella me ayudaría, era mi hermana y, junto a ella, podía superar cualquier cosa, incluso a Toni.

No tenía medios, me había gastado cuanto tenía, si me iba a Madrid no podría estudiar, tendría que trabajar para mantenerme y mis aspiraciones se irían a la mierda.

—No podré estudiar si me marcho a Madrid contigo —me desanimé.

—¿Qué estás diciendo? Aquí hay tan buenas universidades como en Barcelona.

—Ya… Pero tendré que trabajar para mantenerme, mi padre no me lo va a pagar…

—Yo hablaré con él —aseguró—, le haré ver que es lo que necesitas, que aquí podrás examinarte y empezar la carrera de trabajo social. No le importará pagártelo, él puede hacerlo y lo que quiere es que estudies, que te forjes un futuro. Lo convenceré —aseguró.

A quien convenció fue a mí. Su optimismo resquebrajó mi pena, dejando entrar un rayo de esperanza que me tocó con entusiasmo e ilusión, alentándome, mostrándome que podía salir de aquel pozo. Era posible, podía volver a ser yo misma por fin, a sentirme como era antes de él. De pensar en mí y dejar de sentirme insignificante, lo necesitaba.

Fue muy sorprendente para mí, sobre todo al verlo en retrospectiva, con la distancia del tiempo. Lo poco que me costó convencerme a mí misma de que tenía que marcharme, coger el mundo por montera y anteponerme, salvaguardar lo poco o nada que me quedara de amor propio e irme de donde me hubiera quedado toda una vida, que era con él, entre sus brazos. Aquello ya no era posible, sus brazos ya no eran mi lugar, no volverían a serlo nunca más y sabía que debía seguir adelante, sin Toni, lejos de él.

—Hazlo —le pedí—, habla con él, quiero irme contigo a Madrid. Cerrar esta etapa.

Se me encogió el corazón al verbalizar aquella verdad, pero así era, quería cerrarla. No podía darle más, se lo había dado todo, cuanto tenía y era, le había entregado mi ser. Lo había despreciado, pisoteado y no se merecía nada de mí, ni siquiera una despedida.

Me levanté de la cama y alcé la persiana. Fuera era de día, hacía

sol, un sol de verano resplandeciente me esperaba. Le sonreí al cielo con esperanza por primera vez en mucho tiempo. Salí de la habitación y me di una ducha, la primera en días. Cuando me miré en el espejo, allí seguía él, en mí. No podía borrarlo de mi piel, pensé acariciándome la *A* de la muñeca, aunque tampoco quería hacerlo, pero tenía que salir de allí, lejos de él.

Por primera vez me quité la cadena con el corazón que me regaló tiempo atrás y la guardé con intención de olvidarlo, deseando escapar de todo cuanto me recordaba a él.

Epílogo

—Me han dicho que vives en una comuna de tíos —dijo Fabiola mirándome.

—Soy una zorra con suerte, supongo, aunque creo que siguen sin irte los tíos.

—Menos que nunca —aseguró abriendo los brazos en mi dirección.

Le dediqué una sonrisa y la abracé, y así, sin más, Fabiola y yo hicimos las paces. Nunca volveríamos a ser las amigas que fuimos, lo había asumido mucho tiempo atrás, como también el hecho de que cada uno es como es y no se puede cambiar a las personas.

—Esther ha dejado que Raquel cocine —me dijo con desaprobación—, espero que no vengas con mucha hambre. Estás muy guapa —dijo besándome la punta de la nariz.

Me soltó y cerró la puerta tras ella, yo seguí a Moni hasta la cocina. Allí Esther y Raquel discutían y se peleaban por un brik de leche. Observé a la segunda con ojo clínico.

Raquel no había cambiado mucho. Estaba mucho más guapa y se la veía fuerte, llevaba un intrincado recogido a base de trenzas que despejaba su rostro, con un maquillaje fuerte que hacía destacar el verde de sus ojos y un vestido que, sin ser ceñido, marcaba cada curva de una anatomía perfecta, que desde luego no tenía cuando yo me marché.

Cuando reparó en mí me dio un abrazo tan sentido que sentí que me hacía saltar las lágrimas. Me pidió disculpas por lo que pasó entre nosotros y yo admití mi culpa, disculpándome por haberle mentido en tantas cosas. Fue bonito asumir cada una nuestra parte de responsabilidad y perdonarnos. Esperaba que esa vez fuera la definitiva, mirándola me di cuenta de cuánto la había extrañado, de cuánto había perdido sin ella.

—Quería que volviéramos a reunirnos, porque nuestra vida está a punto de cambiar —nos dijo Esther tras una cena de lo más animada entre risas, anécdotas y tras ponernos un poco al día—. Javi y yo vamos a buscarle un hermanito a Emma, así que esta será mi última fiesta en mucho, mucho tiempo y quería pasarla con mis chicas, mis Spice locas.

Todas vitoreamos a Esther y le dimos la enhorabuena, ya hacía tiempo que tenía ganas, pero nunca parecía ser un buen momento, me alegraba que al fin lo hubiera encontrado.

Llevábamos años sin vernos; pensándolo, caí en que desde aquel primer y fatídico cumpleaños de Emma. Todo era muy diferente, pensé mirando alrededor de la mesa.

—¿Sigues con Luis? —le pregunté abiertamente a Moni por primera vez.

—Me ha pedido que nos casemos —confesó y todas abrimos la boca o los ojos.

—¿Todavía hay gente que es tan estúpida de casarse? —preguntó Fabiola con asco.

—¡Enhorabuena! —dijo una emocionada Esther levantándose para besar a Moni.

Raquel y yo nos miramos con cara de circunstancia, todo era surrealista y a la vez natural, como eran mis amigas. Fabiola golpeando con esa boca suya que no filtraba, Esther actuando como si no hubiera dicho nada, y Raquel y yo hablando en silencio sin decir nada, como solíamos hacer antes de que mi corazón decidiera amar a su hermano.

—¿Y con cuantos tíos vives? —se interesó Fabiola.

—Con cinco —contesté—, aunque uno nos deja el mes que viene.

—¿A cuántos te has tirado? —siguió ella al ataque, teníamos mucho que actualizar.

—A ninguno —sonreí mirándola—. Son amigos, además yo tengo novio. Vamos a hacer cuatro años —le expliqué.

—Tan enamorada que estabas de Toni, no tardaste en buscarle sustituto —soltó.

Imagino que era lo que todas pensaban, solo que la pija del grupo había tenido huevos de decirlo en voz alta. Poco me importaba, ni siquiera me sentó mal, les expliqué cómo fue mi llegada a Madrid y cuánto había aprendido y cambiado con mis Pitufos.

Nos preparamos para salir, como si no hubieran pasado los años. El mismo plan de siempre, y debo confesar que me comían los nervios, me daba pavor volver a ver a Toni. Me aterraba que, al encontrarnos de nuevo, todo siguiera allí, dentro de mí, esperándolo.

Mónica, como era de esperar, no vino. Luis la recogió, era tan guapo como lo recordaba, con diferencia el chico más guapo con el que haya estado, por desgracia también el más aburrido. Mónica era muy feliz con él, me había dado cuenta aquella noche, hablando abiertamente por fin del tema y no podía más que alegrarme por ellos.

Me acerqué a él y, tras felicitarlo por el compromiso, le di un fuerte abrazo con mis mejores deseos. Merecían ser felices, ambos eran buenas personas, con los que compartía un pasado que guardaba con cariño y esperaba poder compartir parte de un futuro.

Javi había cambiado su Hyundai Coupé por un Passat familiar, con una pegatina en el cristal del maletero de esas de padre. Y allí estábamos con veintidós años, fingiendo que seguíamos teniendo dieciséis, en el parking, bebiendo antes de entrar a la discoteca.

Encendí el móvil y mandé dos mensajes:

«Te quiero y te echo de menos. Ojalá estuvieras aquí y las cosas volvieran a ser como antes, ojalá lo superemos. Me habría encantado que conocieras a mis chicas».

«Te quiero y siempre lo haré. Siento haberme ido así. No quiero que nada cambie, eres mi muy mejor amigo y una de mis personas favoritas. No lo estropeemos. Besos».

—¿Le escribes a tu novio? —se puso Javi a mi lado.

—Y a mi amante —bromeé, pero luego me di cuenta de la cagada—. Es broma —solté guardando el aparato.

Fin

1 Grupo pop femenino considerado el más emblemático debido a su impacto cultural y récord
2 Revista juvenil de la época.
3Ratón en catalán.
4 proyecto de investigación que los estudiantes catalanes llevan a cabo en segundo de bachillerato.
5Persona que falta a clase y aprovecha el tiempo para divertirse.
6 Abuela en gallego.
7 Sonido o estilo musical electrónico.
8 Discoteca de música electrónica, predominado música mákina y hardcore.
9 Festividad catalana, se celebra el lunes siguiente al Domingo de Resurrección.
10 Policia autonómica de Cataluña.
11 Tribu urbana poligonera, frecuentaba discotecas de makina y hardcore. Apariencia estética similar a los Skins, con las cabezas rapadas y las marcas de ropa que usaban, también eran racistas y violentos, pero estos suelen drogarse y eran más fachada que otra cosa.
12 Clubes de tiempo libre en Cataluña para el disfrute del tiempo libre de los niños.
13 El modelo Cortez, famoso por ser el calzado que usaba Forrest Gump en la película.
14 Consumor de farlopa (cocaína)
15 Batido de chocolate de marca catalana.
16 Mariposear en catalán.

Los alias de Aurea

Una relación intensa y dolorosa.
Él.
Un amor juvenil.
Una obsesión.
El padre de mis hijos.
Una relación imposible.
Una segunda oportunidad.
Quien más me querrá.
Un amor platónico.
Una relación larga y segura.
Esta historia no acaba aquí, apenas ha empezado.

-AUREA-

Gina Peral nació un doce de diciembre en Vilanova i la Geltrú (Barcelona). Tímida, creativa e impaciente, es amante de la literatura romántica, el cine y los animales.

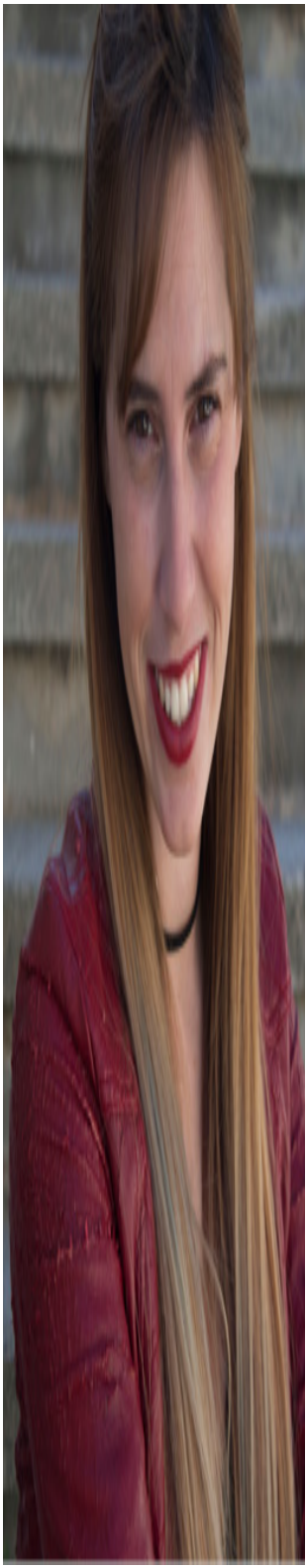
Se define como una soñadora experta.

Es autora de la trilogía Los secretos de Boira (2016), compuesta por Agua y Aceite, Frío y Calor y Noche y Día, una historia de misterio y suspense con trasfondo romántico, con un aire juvenil y paranormal que atrapó por su frescura e intriga. Cambió de género y sorprendió con Una estrella en la oscuridad (2017), una novela romántica, repleta de emociones y sentimientos a flor de piel y que ha enamorado a sus lectores. La agenda roja (2018) fue su quinta obra, un thriller romántico lleno de sorpresas y misterio, una trepidante e intrigante historia que atrapa a sus lectores. El mismo año probó suerte en el concurso Indie Amazon con La perdición de Charly (Serie 5), una historia muy especial para ella con la que destacó durante el certamen como una de las obras mejor valoradas y cuya continuación, La maldición de Charlotte (2019), sigue ganando lectores. El juego de la horca fue su octavo libro, una aventura con la que sorprendió y cautivo a sus lectores. Vuelve a probar suerte con Los alias de Aurea en el certamen de Amazon.

Actualmente sigue trabajando en la trilogía Los alias de Aurea y en nuevos proyectos con la ilusión de consolidarse, hasta llegar a ser la escritora que sueña.

Podrás encontrarla en:

Facebook: @ginaperal05

Instagram: @ginaperal05

www.ginaperal.com